Sigmund Freud
Obras completas

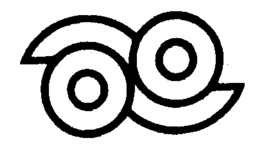
comentarios y notas
es Strachey,
ación de Anna Freud

La interpretación de los sueños
(segunda parte)
Sobre el sueño
(1900-1901)

V

Amorrortu editores

Obras completas
Sigmund Freud



Volumen 5

Obras completas
Sigmund Freud

Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey
con *la colaboración de Anna* Freud,
asistidos por Alix Strachey y Alan Tyson

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

Volumen 5 (1900-01)

La interpretación de los sueños (segunda parte)

Sobre el sueño

Amorrortu editores

El título original en alemán de las dos obras de Sigmund Freud incluidas en este volumen, cuyos derechos se consignan a continuación, figura en la página 3 del volumen 4 y en la página 615 del presente volumen, respectivamente.

Primera edición en castellano, 1979; segunda edición, 1984; primera reimpresión, 1986; segunda reimpresión, 1989; tercera reimpresión, 1991

Traducción directa del alemán: José Luis Etcheverry
Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson
Asesoramiento: Santiago Dubcovsky, Fernando Ulloa y Jorge Colapinto
Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards. Primera edición en *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, 1953; segunda edición, corregida, 1958; sexta reimpresión de la segunda edición, 1975.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 950-518-575-8 (Obras completas)
ISBN 950-518-581-2 (Volumen 5)

Indice general

Volumen 5

La interpretación de los sueños (continuación)

VI. El trabajo del sueño *(continuación)*

D. El miramiento por la figurabilidad

Hasta aquí estuvimos indagando el modo en que el sueño figura las relaciones {lógicas} entre los pensamientos oníricos. Pero al hacerlo debimos incursionar, una y otra vez, en un tema más vasto: la alteración que el material onírico en general experimenta a los fines de la formación del sueño. Ahora sabemos que el material onírico, despojado de buena parte de sus relaciones, sufre una compresión, mientras que al mismo tiempo desplazamientos de intensidad sobrevenidos entre sus elementos fuerzan en él una subversión de los valores psíquicos. Los desplazamientos antes estudiados resultaron ser sustituciones de una determinada representación por otra que, de algún modo, le era vecina en la asociación; se volvían aprovechables para la condensación puesto que así, en lugar de dos elementos, conseguía ser recogido en el sueño uno solo, algo común intermedio entre ambos. Aún no hemos hablado de que haya otro tipo de desplazamiento. Sabemos de su existencia por el análisis: se anuncia por una *permutación* de la *expresión lingüística* de los pensamientos respectivos. En ambos casos se trata de un desplazamiento a lo largo de una cadena asociativa; el proceso es el mismo, pero se cumple en esferas psíquicas diversas y el resultado de tal desplazamiento es, en el primer caso, la sustitución de un elemento por otro, mientras que en el segundo un elemento permuta las *palabras que lo expresan* por las que expresan a otro.

Este segundo tipo de desplazamiento que se presenta en la formación del sueño posee gran interés teórico; más aún: contribuye notablemente a esclarecer esa apariencia de absurdo fantástico con que el sueño se disfraza. El desplazamiento se consuma, por regla general, siguiendo esta dirección: una expresión incolora y abstracta del pensamiento onírico es trocada por otra, figural y concreta. La ventaja —y con ella el propósito— de esa sustitución es patente. Para el sueño, lo figural es *susceptible de figuración*, puede insertarse en una situación; en cambio, la expresión abstrac-

ta ofrecería a la figuración onírica dificultades parecidas a las que opondría, por ejemplo, el artículo político de fondo de un periódico a su ilustración. Pero no sólo la figurabilidad, también los intereses de la condensación y de la censura pueden ganar con ese trueque. Si el pensamiento onírico, inutilizable en su expresión abstracta, es remodelado en un lenguaje figural, entre esta nueva expresión y el resto del material onírico pueden establecerse con mayor facilidad que antes los contactos e identidades que el trabajo del sueño requiere y que él se crea toda vez que no los encuentra ya dados; en efecto, en cualquier lenguaje, en virtud de su evolución, los términos concretos son más ricos en anudamientos que los conceptuales. Cabe imaginar entonces que en la formación del sueño buena parte del trabajo intermedio, que procura reducir los pensamientos oníricos aislados a la expresión más unitaria y escueta posible, se produce de esta manera, a saber, mediante la apropiada remodelación lingüística de cada uno de ellos. Un pensamiento, cuya expresión acaso está fijada por otras razones, influirá sobre las posibilidades de expresión de otro distribuyéndolas o seleccionándolas, y ello quizá de antemano, como sucede en el trabajo del poeta. Si una poesía ha de crearse respetando la rima, la segunda serie de versos está atada a dos condiciones: debe expresar el sentido que le corresponde y hallar la consonancia con los versos de la primera serie. Las mejores poesías son sin duda aquellas en que no se nota el propósito de hallar la rima, sino que los dos pensamientos han seleccionado de antemano, por inducción recíproca, su expresión lingüística, tras lo cual una ligera reelaboración permite hacer surgir la consonancia.

En algunos casos, la permutación de la expresión facilita la condensación onírica por una vía aún más corta: cuando permite hallar una *construcción léxica* que por su multivocidad pueda servir de expresión a varios pensamientos oníricos. Todo el ámbito del chiste verbal queda entonces al servicio del trabajo del sueño. No cabe asombrarse ante el papel que toca a la palabra en la formación del sueño. La palabra, como punto nodal de múltiples representaciones, *está por así decir predestinada a la multivocidad*, y las neurosis (representaciones obsesivas, fobias) aprovechan tan desprejuiciadamente como el sueño las ventajas que la palabra ofrece así a la condensación y al disfraz.[1] Es fácil mostrar

[1] [*Nota agregada* en 1909:] Véase mi volumen sobre los chistes (1905*c*) [esp. la última parte del capítulo VI] y el uso de «palabras-puentes» en la solución de síntomas neuróticos. [Véase, por ejemplo, la síntesis del primer sueño de «Dora» en «Fragmento de análisis de

que la desfiguración onírica saca también provecho del desplazamiento de la expresión. Ya induce a engaño el que una palabra multívoca remplace a dos unívocas; y la sustitución de los giros expresivos usuales y sobrios por una expresión figural suspende nuestra comprensión, en particular porque el sueño nunca enuncia si los elementos que ofrece han de interpretarse en sentido literal o traslaticio, ni si es preciso referirlos al material onírico directamente o por mediación de giros lingüísticos intercalados.[2] En general, en la interpretación de un elemento onírico cualquiera es dudoso:

a. Si debe ser tomado en sentido positivo o negativo (relación de oposición).
b. Si debe interpretárselo históricamente (como reminiscencia).
c. Si debe serlo simbólicamente.
d. O si debe aplicárselo partiendo de su enunciación literal.

A pesar de esta multiplicidad de vertientes, puede decirse que la figuración característica del trabajo del sueño, si bien es cierto que *no lleva el propósito de que se la comprenda,* no ofrece a su traductor dificultades más grandes que las que ofrecía a sus lectores la escritura jeroglífica de los antiguos.

Ya he citado muchos ejemplos de figuraciones oníricas que sólo por una ambigüedad de la expresión se mantienen cohesionadas («La boca se abre bien», en el sueño de la inyección; «Y no puedo marcharme», en el último sueño, etc.).[3] Comunicaré ahora un sueño en cuyo análisis la remodelación figural del pensamiento abstracto desempeña un papel más importante. La diferencia entre esta interpretación del sueño y la interpretación por medio del simbolismo puede precisarse mejor: en la interpretación simbólica, la clave de la simbolización es escogida arbitrariamente por el intérprete; en nuestros casos de disfraz lingüístico,

un caso de histeria» (Freud, 1905*e*), *AE*, **7**, págs. 77 y sigs. (donde se usa también la expresión «cambio de vía»), y la solución de la obsesión de las ratas del «Hombre de las Ratas» en «A propósito de un caso de neurosis obsesiva» (Freud, 1909*d*), *AE*, **10**, págs. 157 y sigs.]

[2] [El resto de este párrafo se agregó como nota al pie en 1909 y se incluyó en el texto en 1914.]

[3] [Cf. *supra*, **4**, págs. 132 y 341, respectivamente. {Se entiende que las remisiones internas de los volúmenes 4 y 5 corresponden a las páginas de la presente edición. Como aclaramos en la «Advertencia sobre la edición en castellano» (*supra*, **4**, pág. xii, *n.* 5), en el volumen 24 se dará la equivalencia con la paginación de las *Gesammelte Werke* y la *Standard Edition.*}]

en cambio, esa clave es de todos conocida y la procuran unos hábitos idiomáticos arraigados. Si uno atrapa en la oportunidad justa la ocurrencia que viene al caso, es posible resolver total o fragmentariamente los sueños de este tipo, aun con independencia de las informaciones que pueda proporcionar el soñante. He aquí el sueño de una dama de mi amistad:

Ella se encuentra en el teatro. Representan una obra de Wagner. La función ha durado hasta las 7 y cuarto de la mañana. En la platea y los palcos bajos hay mesas donde se come y se bebe. Su primo, que acaba de volver a casa tras su viaje de bodas, está sentado a una de estas con su joven esposa; junto a ellos, un aristócrata. De este se dice que la joven se lo trajo de su viaje de bodas desembozadamente, como habría podido hacerlo con un sombrero. En mitad de la platea se alza una alta torre; encima, una plataforma rodeada por un enrejado de hierro. Ahí, arriba de todo, está el director de la orquesta, con los rasgos de Hans Richter; de continuo corre de un lado al otro tras su enrejado, traspira terriblemente y desde ese puesto dirige la orquesta desplegada en la base de la torre. La soñante está sentada {sitzen} en un palco con una amiga (también de mi conocimiento). *Su hermana menor quiere alcanzarle desde la platea un gran pedazo de carbón, aduciendo que ella no sabía que eso se prolongaría tanto y seguramente estaría ahora muriéndose de frío. (Como si los palcos, durante esa prolongada representación, debieran ser caldeados.)*

Si bien es cierto que se refiere a una situación única, el sueño es bastante disparatado. La torre en mitad de la platea, desde la cual el director guía la orquesta; más todavía: ¡el trozo de carbón que la hermana de la soñante alcanza a esta! Deliberadamente no promoví análisis alguno de este sueño; con algún conocimiento de las relaciones personales de la soñante pude interpretar por mí mismo fragmentos de él. Sabía que ella había sentido gran simpatía por un músico cuya carrera malogró prematuramente una enfermedad mental. Me decidí por eso a tomar *literalmente* la torre de la platea. Resultó entonces que el hombre que ella habría deseado ver en el lugar de Hans Richter se destacaba *como una torre* {*turmhoch*} sobre los otros miembros de la orquesta. Esta torre {*Turm*} ha de caracterizarse como un *producto mixto*, construido *por aposición*: su estructura inferior figura la grandeza del hombre, y su enrejado en lo alto,

donde este corre de un lado al otro como un prisionero o como un animal enjaulado (alusión al nombre del desdichado),[4] figura su destino final. «*Narrenturm*» * sería quizá la palabra en que ambos pensamientos podrían coincidir.

Una vez descubierto así el modo de figuración del sueño, se pudo tratar de resolver con la misma clave el segundo absurdo aparente: el carbón que su hermana alcanzaba a la soñante. «Carbón» tenía que significar «amor secreto»:

«Ningún *fuego* ni *carbón*
pueden dar calor tan fuerte
como da el *amor secreto*,
del que nadie sabe nada».**

La soñante y su amiga habían *permanecido sentadas* {*sitzen geblieben*, solteras}; la hermana más joven de aquella, aún casadera, le alcanza el carbón porque «no sabía *que eso se prolongaría tanto*». ¿Qué era lo que se prolongaría tanto? El sueño no lo dice; en un cuento, completaríamos: «la función de ópera»; en el sueño tenemos el derecho de considerar la frase por sí misma, declararla multívoca y agregar: «hasta encontrar marido». La interpretación «amor secreto» está apoyada también por la mención del primo, que está sentado con su mujer en la platea, y por el *amorío desembozado* que le endilgan a ella. Las oposiciones entre el amor secreto y el desembozado, y entre el fuego de la soñante y el frío de la joven desposada, presiden el sueño. Por lo demás, aquí como allí hay un «encumbrado» {«*Hochstehender*»} como palabra intermediaria entre el aristócrata y el músico en quien se cifraban tantas esperanzas.[5]

Con las elucidaciones precedentes hemos terminado por descubrir un tercer factor [6] cuya contribución a la mudanza de los pensamientos oníricos en el contenido del sueño no ha de tasarse en poco: *el miramiento por la figurabilidad dentro del peculiar material psíquico de que se sirve el sueño*, y que consta entonces, las más de las veces, de imágenes visuales. Entre los diversos anudamientos colaterales de los pensamientos oníricos esenciales se prefieren los que per-

[4] [*Nota agregada* en 1925:] Hugo Wolf {«*Wolf*», «lobo»}.

* {Antiguo término para designar un manicomio, como «casa de orates» en castellano.}

** {«Kein Feuer, keine Kohle», canción popular alemana.}

[5] [El elemento de absurdidad en este sueño es comentado *infra*, pág. 434.]

[6] [Los dos primeros son la condensación y el desplazamiento.]

miten una figuración visual, y el trabajo del sueño no ahorra esfuerzos para refundir tal vez primero los pensamientos abstractos en otra forma lingüística, aun la más insólita, con tal que posibilite la figuración y así ponga fin al aprieto psicológico del pensamiento estrangulado. Pero este vaciamiento del contenido del pensamiento en otra forma puede ponerse simultáneamente al servicio del trabajo de condensación y crear vínculos con otro pensamiento, que sin ello no habrían existido. A su vez, este otro pensamiento puede haber alterado ya antes su expresión originaria con miras a la transacción {*zum Zwecke des Entgegenkommens*}.

Herbert Silberer (1909)[7] indicó un buen camino para observar directamente esa trasposición de los pensamientos en imágenes que se produce durante la formación del sueño y, así, para estudiar aislado este aspecto particular del trabajo del sueño. En estado de fatiga y somnolencia, Silberer se imponía un esfuerzo intelectual; solía suceder entonces que el pensamiento se le escapaba y en su lugar aparecía una imagen en que podía individualizar el sustituto de aquel. Silberer llama a este sustituto, no del todo adecuadamente, «autosimbólico». Reproduzco aquí algunos ejemplos del trabajo de Silberer [*ibid.*, págs. 519-22], que volveré a considerar en otro lugar a causa de ciertas propiedades que presentan los fenómenos por él observados [cf. *infra*, págs. 498 y sigs.]:

«"*Ejemplo nº 1:* Pienso en que me dedico a mejorar, en un ensayo, un pasaje complicado.

»"*Símbolo:* Me veo cepillando un trozo de madera".

»"*Ejemplo nº 5:* Procuro hacerme presente el fin de ciertos estudios metafísicos que ahora me propongo realizar. Ese fin consiste, según entonces pienso, en alcanzar trabajosamente, a la busca de los fundamentos de la existencia, formas de conciencia o estratos existenciales cada vez más elevados.

»"*Símbolo:* Introduzco un largo cuchillo debajo de una tarta, como si quisiese tomar un trozo.

»"*Interpretación:* Mi movimiento con el cuchillo significa el 'alcanzar trabajosamente' en cuestión. (...) He aquí la explicación del fundamento de ese símbolo: algunas veces me toca, estando a la mesa, dividir y servir una tarta, tarea para la cual utilizo un cuchillo grande y largo, lo cual

[7] [Este párrafo y la subsiguiente cita de Silberer se agregaron en 1914.]

exige alguna precaución. En particular, retirar limpiamente de la tarta los trozos ya cortados ofrece ciertas dificultades: el cuchillo debe deslizarse cuidadosamente *debajo* de los trozos correspondientes (el largo 'alcanzar trabajosamente' para llegar a los fundamentos). Pero la imagen contiene otros simbolismos. La tarta del símbolo era hojaldrada, y por lo tanto el cuchillo debía atravesar diferentes *estratos* para cortarla (los estratos de la conciencia y del pensamiento)".

»"*Ejemplo nº 9:* Pierdo el hilo de mis pensamientos. Me esfuerzo por reencontrarlo, pero debo reconocer que se me ha escapado por completo.

»"*Símbolo:* Un trozo de composición tipográfica cuyas últimas líneas faltan"».

En vista del papel que chistes verbales, citas, canciones y proverbios desempeñan en la vida intelectual de las personas cultas, es atinado esperar que disfraces de esa índole se empleen con mucha frecuencia para figurar los pensamientos oníricos. ¿Qué significan en el sueño, por ejemplo, vagones cargados cada uno con una legumbre distinta? Es lo opuesto en el deseo a «como coles y nabos» {«*Kraut und Rüben*»}, dicho que significa «revoltijo» y, por tanto, «desorden». Me asombra que este sueño me haya sido comunicado una sola vez.[8] Muy pocas son las materias para las cuales se ha puesto de relieve un simbolismo onírico universalmente válido, basado en alusiones y en sustituciones de palabras de todos conocidas. Por lo demás, el sueño comparte en buena medida este simbolismo con las psiconeurosis, las sagas y los usos populares.[9]

En efecto, si lo consideramos más atentamente, es preciso reconocer que el trabajo del sueño en modo alguno rinde algo original con este tipo de sustitución. Para alcanzar sus fines (es decir, en este caso, la figurabilidad exenta de censura) no hace más que transitar las vías que ya encuentra facilitadas en el pensamiento inconciente; prefiere aquellas trasmudaciones del material reprimido que en calidad de chiste y alusión tienen permitido también devenir concientes, y de las cuales rebosan todas las fantasías de los neuróticos. Aquí se nos abre de pronto una vía para comprender las interpretaciones de sueños de Scherner, cuyo núcleo correcto

[8] [*Nota agregada* en 1925:] En realidad, nunca más encontré esta figuración, así que anduve errado en cuanto a mi manera de justificar la interpretación.

[9] [El tema del simbolismo onírico se trata con detalle en la sección siguiente.]

he defendido en otro lugar.[10] El fantaseo acerca del cuerpo propio en modo alguno es exclusivo del sueño ni característico de él. Mis análisis me han mostrado que es un fenómeno regular en el pensamiento inconciente de los neuróticos y que se remonta a una curiosidad sexual cuyo objeto son, para los niños y las niñas en crecimiento, los genitales del otro sexo, pero también los del propio. Como Scherner [1861] y Volkelt [1875] han destacado con todo acierto, el de la casa no es el único círculo de representaciones empleado para simbolizar lo relativo al cuerpo, y esto vale tanto para el sueño cuanto para el fantasear inconciente de la neurosis. Por cierto, conozco pacientes que han conservado el simbolismo arquitectónico para el cuerpo y para los genitales (el interés sexual, a buen seguro, va mucho más allá del ámbito de los genitales externos), y para quienes pilares y columnas significan piernas (como en el *Cantar de los Cantares*), toda puerta sugiere uno de los orificios del cuerpo («agujero»), y las cañerías, el aparato urinario. Pero con la misma facilidad se escoge el círculo de representaciones de la vida vegetal o el de la cocina para esconder imágenes sexuales;[11] en el caso del primero, los usos lingüísticos tienen ya preparado, y con gran riqueza, el precipitado de comparaciones de la fantasía que provienen de los tiempos más remotos (la «viña» del Señor, las «semillas», el «jardín» de la doncella en el *Cantar de los Cantares*). Con alusiones en apariencia inocentes a las prácticas culinarias pueden pensarse y soñarse los detalles más desagradables o íntimos de la vida sexual, y los síntomas de la histeria no podrán ser interpretados si se olvida que lo cotidiano y lo trivial pueden procurar el mejor escondrijo a los símbolos sexuales. Sin duda tiene su buena cuota de sentido sexual el hecho de que ciertos niños neuróticos no quieran ver sangre ni carne fresca o sientan náuseas a la vista de huevos y fideos, o que el natural temor del hombre a las serpientes se intensifique enormemente en el neurótico; dondequiera que la neurosis se sirve de tales encubrimientos, recorre caminos ya transitados por toda la humanidad en épocas remotas de la cultura, y de cuya existencia dan hoy testimonio los giros del lenguaje, las supersticiones y las costumbres, a poco que se las desbroce ligeramente.

Inserto aquí el sueño sobre las flores, ya enunciado,[12] de

[10] [Cf. *supra*, **4**, págs. 106 y sigs. y 239.]

[11] [*Nota agregada* en 1914:] Para un abundante material probatorio sobre esto, véanse los tres volúmenes complementarios de Fuchs (1909-12).

[12] [Cf. *supra*, **4**, pág. 321.]

una de mis pacientes, destacando en él todo lo que ha de interpretarse sexualmente. Después de la interpretación, a la paciente dejó de gustarle su bello sueño.

a. SUEÑO-PRÓLOGO: *Ella va a la cocina y reprocha a las dos muchachas que no tengan preparado ese «bocadito»; allí ve mucha vajilla vuelta hacia abajo para que se escurra, vajilla tosca amontonada.* Añadido posterior: *Las dos muchachas van por agua y para eso tienen que entrar como en un río, que llega hasta la casa o hasta el patio.*[13]

b. SUEÑO PRINCIPAL:[14] *Desciende desde lo alto,*[15] *por extraños barandales o troncos unidos en forma de grandes paneles de pavimento, compuestos por un tejido de pequeños cuadrados.*[16] *Verdaderamente eso no está preparado para subir; ella tiene siempre cuidado de afirmar bien el pie, y le alegra que su vestido con todo eso no se haya desgarrado en ninguna parte y pueda seguir tan decorosa en su marcha.*[17] *Lleva en la mano una* GRAN RAMA,[18] *en verdad como si fuese un árbol densamente poblado de* ROJAS FLORES, *muy ramificado y extendido.*[19] *Sugiere la idea de* FLORES *de cerezo, pero también parecen como* CAMELIAS *dobles, que por cierto no crecen en los árboles. Mientras desciende, ella tiene primero* UNA, *luego de pronto* DOS, *y después de nuevo* UNA.[20] *Cuando va llegando abajo, las* FLORES *inferiores están ya bastante* MARCHITAS. *Una vez que ha descendido, ve a un criado de la casa que, diría ella, peina a un árbol parecido: con un* MADERO *mesa* ESPESOS MECHONES *que penden del árbol como musgo. Otros trabajadores han arrancado* RAMAS *semejantes de un* JARDÍN *y las han arrojado a la* CALLE, donde YACEN, *de manera que* MUCHAS PERSONAS LAS TOMAN {*sich davon nehmen*}. *Pero ella pregunta si está bien* TO-

[13] Para la interpretación de este sueño-prólogo, que ha de llamarse «causal», cf. [*supra,* **4**] pág. 321. [Cf. también *supra*, **4**, págs. 324-5 y 330.]

[14] Describe el curso de su vida.

[15] Su elevado linaje: es el opuesto en el deseo al sueño-prólogo.

[16] Un producto mixto que reúne dos lugares: lo que llamaban el «sótano» de su casa, donde solía jugar con su hermano, el objeto de sus posteriores fantasías, y la granja de un tío malo que solía embromarla.

[17] Una deseada antítesis de una reminiscencia real que conservaba de la casa de campo de su tío, donde solía quitarse las ropas mientras dormía.

[18] Tal como en la Anunciación de María el ángel lleva un ramo de lirios.

[19] Para la explicación de este producto mixto, cf. [*supra,* **4**] págs. 324-5: inocencia, período, *La dama de las camelias.*

[20] Por la multiplicidad de las personas que sirven a su fantasía.

MARSE TAMBIÉN UNA.[21] *En el jardín se encuentra un* HOMBRE *joven* (una personalidad conocida de ella, un extranjero), *a quien se dirige preguntándole por el modo en que podrían* TRASPLANTARSE *tales* RAMAS A SU PROPIO JARDÍN.[22] *El la abraza, frente a lo cual ella se revuelve y le pregunta cómo se le ocurre que se pueda abrazar así. El dice que no es ninguna falta, que está permitido.*[23] *Declara estar dispuesto a ir con ella al* OTRO JARDÍN *y mostrarle esa implantación, y le dice algo que ella no entiende bien: «Me faltan por lo demás tres* METROS (luego dice ella: *"metros cuadrados"*) *o tres brazas de terreno». Es como si él quisiera pedirle algo a cambio de su aquiescencia, como si tuviera el propósito de* RESARCIRSE EN SU JARDÍN *o de* BURLAR *alguna ley, de obtener así una ventaja sin ocasionarle un perjuicio. La soñante no sabe si efectivamente le mostró algo.*

Este sueño, en el que he destacado sus elementos simbólicos, ha de llamarse «biográfico». Tales sueños son frecuentes en los psicoanálisis, pero probablemente sean raros fuera de ellos.[24]

Desde luego,[25] poseo sobrado material de este tipo, pero comunicarlo me haría entrar demasiado profundamente en

[21] Pregunta si puede quitarse una {«*sich einen herunterreissen*»}, es decir, masturbarse. [Freud ya había prestado atención a este simbolismo en su trabajo «Sobre los recuerdos encubridores» (1899*a*); cf. también *infra*, págs. 391-2.]

[22] La rama desde hace mucho ha tomado sobre sí la subrogación del genital masculino, pero también contiene una alusión muy clara a su apellido.

[23] Esto, como lo que sigue a continuación, se refiere a precauciones matrimoniales.

[24] [Este párrafo fue agregado en 1925. — La nota que sigue (originariamente referida al párrafo anterior) es de 1911:] Un sueño «biográfico» análogo se encontrará más adelante; es el tercero que comunico entre los ejemplos del simbolismo onírico [págs. 369-70]. Otro es el comunicado con detalle por Rank [1910*a*]; para otro, que debe leerse «al revés», véase Stekel (1909, pág. 486). — [Se hallará una referencia a sueños biográficos en «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (Freud, 1914*d*), *AE*, **14**, pág. 62.]

[25] [En las tres primeras ediciones (las de 1900, 1909 y 1911), a este párrafo lo precedía el que consignamos a continuación, omitido de 1914 en adelante: «Debo mencionar otro círculo de representaciones que a menudo sirve de disfraz para el material sexual, tanto en los sueños cuanto en las neurosis, a saber: las representaciones vinculadas con el "mudarse de casa", fácilmente remplazables por el "mudarse de ropa" {la palabra "*Ausziehen*" tiene ambos significados} y que por ende se vinculan con la "ropa". Si además hay en el sueño un ascensor {en inglés, "*lift*"}, tendremos presente el verbo inglés "*to lift*" en la expresión "*to lift one's clothes*" {"alzarse la ropa"}».]

el estudio de las constelaciones de la neurosis. Todo él nos encamina a la misma conclusión: no hace falta suponer una particular actividad simbolizante del alma en el trabajo del sueño, sino que el sueño se sirve de tales simbolizaciones, que están contenidas ya listas en el pensamiento inconciente, debido a que ellas satisfacen mejor los requerimientos de la formación del sueño por su figurabilidad, y las más de las veces también por estar exentas de censura.

E. La figuración por símbolos en el sueño. Otros sueños típicos[1]

El análisis del sueño biográfico mencionado en último término vale como prueba de que ya desde el comienzo advertí el simbolismo en el sueño; pero sólo poco a poco lo aprecié en todo su alcance e importancia, cuando mi experiencia se amplió e influido por los trabajos de W. Stekel (1911*a*), acerca de los cuales corresponde decir aquí unas palabras. [1925.]

Este autor, que quizás ha traído al psicoanálisis tantos perjuicios como beneficios, aportó gran número de traducciones simbólicas insospechadas; al principio no hallaron crédito, pero después en su mayoría se corroboraron y debieron admitirse. No menoscaba el mérito de Stekel la observación de que la reserva escéptica de los otros no era gratuita. En efecto, muchos de los ejemplos en que apoyó sus interpretaciones no eran convincentes, y se sirvió de un método dudoso desde el punto de vista científico. Stekel descubrió sus interpretaciones simbólicas por vía de la intuición, en virtud de una facultad, que le es propia, de comprensión inmediata de los símbolos. Pero un arte así no puede presuponerse en todos los individuos, su modo de operar no admite ser sometido a la crítica y, por tanto, sus resultados no pueden exigir credibilidad. Es como si se quisiese fundar el diagnóstico de las enfermedades infecciosas en las impresiones olfativas que se obtienen en el lecho del enfermo, aunque sin duda hubo clínicos a quienes el sentido del olfato, atrofiado en la mayoría de los hombres, rindió mejores servicios que a otros, y que realmente estaban en condiciones de diagnosticar por el olfato un tifus abdominal. [1925.]

La experiencia cada vez más rica del psicoanálisis nos ha

[1] [A excepción de dos párrafos (en págs. 395-6), la primera edición del libro no incluía nada de esta sección E. Como expliqué en mi «Introducción» (*supra*, **4**, pág. 6), gran parte de este material se agregó en las ediciones de 1909 y 1911, pero en el capítulo V, bajo el encabezamiento de «Sueños típicos» (sección D de ese capítulo). La presente sección se constituyó por primera vez en la edición de 1914, en parte con el material previamente agregado al capítulo V y en parte con material nuevo. En las ediciones subsiguientes se la amplió más aún. Debido a estas complicaciones, hemos agregado al final de cada párrafo, entre corchetes, la fecha correspondiente. {Entre las págs. 359 y 365 se ha hecho lo mismo con los fragmentos de cada párrafo que pertenecen a fechas diferentes.} De lo dicho se desprende que lo fechado en 1909 y en 1911 apareció originalmente en el capítulo V, y fue trasferido a su posición actual en 1914.]

permitido descubrir pacientes que exhiben en grado asombroso esa comprensión directa del simbolismo onírico. Con frecuencia padecían de *dementia praecox*, por lo cual durante un tiempo se tendió a sospechar esa afección en todos los soñantes que poseían tal comprensión de los símbolos.[2] Pero esto es incorrecto; se trata de una dote o característica personal sin significado patológico discernible. [1925.]

Cuando uno se ha familiarizado con el generoso empleo que del simbolismo se hace en el sueño para la figuración del material sexual, por fuerza se preguntará si muchos de estos símbolos no aparecen, como los «estenogramas» de la taquigrafía, con un significado establecido de una vez para siempre; y uno se ve tentado de bosquejar un nuevo libro de los sueños siguiendo el método del descifrado.[3] Frente a ello debe observarse: Este simbolismo no pertenece en propiedad al sueño, sino al representar inconciente, en especial del pueblo; y más completo que en el sueño lo hallaremos en el folklore, en los mitos, sagas y giros idiomáticos, en la sabiduría del refranero y en los chistes que circulan en un pueblo. [1909.]

Por tanto, tendríamos que rebasar en mucho la tarea de la interpretación de los sueños si quisiéramos dar cuenta del significado del símbolo y elucidar los incontables problemas, aún irresueltos en buena parte, que atañen a su concepto.[4] Aquí nos limitaremos a decir que la figuración mediante un símbolo pertenece a las figuraciones indirectas, pero que toda clase de indicios nos alertan para que no confundamos en indistinción la figuración simbólica con los otros modos de figuración indirecta, sin haber podido aprehender todavía con claridad conceptual esos rasgos diferenciales. En una serie de casos, lo común entre el símbolo y lo genuino que él remplaza es manifiesto, pero en otros casos está oculto; la elección del símbolo parece entonces enigmática. Precisamente estos casos tienen que poder echar luz sobre el sentido último de la referencia simbólica; indican que esta es de naturaleza genética. Lo que hoy está conectado por vía del

2 [Freud señala en otro lugar (1913*a*) que así como la *dementia praecox* facilita la interpretación de los símbolos, una neurosis obsesiva la torna más difícil.]

3 [Cf. *supra*, **4**, págs. 119-20.]

4 [*Nota agregada* en 1911:] Cf. los trabajos de Bleuler [1910*a*] y de sus alumnos de Zurich, Maeder [1908*a*], Abraham [1909], etc., acerca del simbolismo, y los autores no médicos a los que ellos remiten (Kleinpaul [1898], etc.). [*Agregado* en 1914:] Lo más certero que se ha dicho sobre este tema se encuentra en el escrito de O. Rank y H. Sachs (1913, capítulo I). [*Agregado* en 1925:] Cf., además, Jones (1916*a*).

símbolo, en tiempos primordiales con probabilidad estuvo unido por una identidad conceptual y lingüística.[5] La referencia simbólica parece un resto y marca de una identidad antigua. Acerca de ello puede observarse que en muchos casos la comunidad en el símbolo se alcanza a través de la comunidad de lenguaje, como ya lo afirmó Schubert (1814).[6] Algunos símbolos son tan viejos como la formación misma del lenguaje, pero otros son recreados de continuo en el presente (p. ej., el aeróstato, el Zeppelin). [1914.]

Ahora bien, el sueño se sirve de este simbolismo para la figuración disfrazada de sus pensamientos latentes. Y es el caso que entre los símbolos así usados hay muchos que por regla general o casi siempre quieren significar lo mismo. Sólo que no debe perderse de vista la peculiar plasticidad del material psíquico [en los sueños]. Con bastante frecuencia, un símbolo que aparece dentro del contenido onírico no debe interpretarse simbólicamente, sino en su sentido genuino; y en otros casos un soñante, partiendo de un material mnémico especial, puede crearse el derecho de usar como símbolo sexual todo cuanto le sirva para ello y que en general no recibe ese uso.[7] Toda vez que para figurar un contenido se ofrezcan a su elección varios símbolos, se decidirá por el que muestre, además, vinculaciones temáticas con algún otro material de pensamientos, y por tanto admita una motivación individual junto a la vigente en sentido típico. [1909; la última oración es de 1914.]

Si las más recientes investigaciones sobre el sueño, después de Scherner, han obligado a admitir el simbolismo onírico —aun H. Ellis [1911*a*, pág. 109] confiesa que no puede caber duda de que nuestros sueños rebosan de simbolismo—, debe concederse, empero, que la existencia de los símbolos

[5] [*Nota agregada* en 1925:] Esta concepción hallaría extraordinario apoyo en una de las tesis sustentadas por el doctor Hans Sperber (1912). Opina que todas las palabras originarias designaban cosas sexuales, y perdieron este significado sexual cuando se traspasaron a otras cosas y actividades que se comparaban con las sexuales.

[6] [Esta última frase fue agregada en 1919. — *Nota agregada* en 1914:] Por ejemplo, de acuerdo con Ferenczi [véase Rank, 1912*d*, pág. 100], el barco que navega por el agua aparece en los sueños de micción de soñantes húngaros, aunque es ajena a esta lengua la designación «*schiffen*» {«navegar»; «orinar»} para «orinar». (Véase también *infra*, págs. 372-3.) En los sueños de franceses y de hablantes de otras lenguas romances, la habitación sirve como figuración simbólica de la mujer, aunque estos pueblos no conocen nada análogo a la expresión alemana «*Frauenzimmer*». [Cf. *supra*, **4**, pág. 228, *n*. 39.]

[7] [En las ediciones de 1909 y 1911 aparecía aquí la siguiente oración: «Por lo demás, los símbolos sexuales empleados de ordinario no siempre son inequívocos».]

en el sueño no sólo facilita la tarea de interpretarlo; también la dificulta. La técnica de interpretación que se guía por las ocurrencias libres del soñante nos deja las más de las veces en la estacada respecto de los elementos simbólicos del contenido del sueño; y, por razones de crítica científica, está excluida la vuelta a la arbitrariedad del intérprete tal como se la practicó en la Antigüedad y como parece revivir en las interpretaciones silvestres de Stekel. Así, los elementos presentes en el contenido del sueño que han de aprehenderse como símbolos nos obligan a una técnica combinada que, por una parte, se apoya en las asociaciones del soñante y, por la otra, llena lo que falta con la comprensión de los símbolos por el intérprete. Recaudos críticos en la resolución de los símbolos y un estudio cuidadoso de estos en ejemplos de sueños particularmente trasparentes tienen que conjugarse para desvirtuar el reproche de arbitrariedad en la interpretación. Las incertidumbres todavía adheridas a nuestra actividad de intérpretes del sueño proceden en parte del carácter incompleto de nuestro conocimiento, que una progresiva profundización podrá salvar, y en parte dependen precisamente de ciertas propiedades de los símbolos oníricos. Estos a menudo son multívocos, de modo que, como en la escritura china, sólo el contexto posibilita la aprehensión correcta en cada caso. Con esta multivocidad de los símbolos se enlaza también la capacidad del sueño para admitir sobreinterpretaciones,[8] para figurar en un solo contenido diferentes formaciones de pensamiento y mociones de deseo, a menudo de naturaleza muy dispar. [1914.]

Tras estas restricciones y advertencias anoto: El emperador y la emperatriz (el rey y la reina) figuran de hecho, la mayoría de las veces, a los padres del soñante; él mismo es el príncipe o la princesa. [1909.] Pero esa alta autoridad que se atribuye al emperador se otorga también a grandes hombres, y por eso en muchos sueños aparece Goethe, por ejemplo, como símbolo del padre (Hitschmann [1913*c*]). [1919.] — Todos los objetos alargados, bastones, troncos de árbol, paraguas (¡por la erección que semeja el abrirlo!), quieren ser los subrogados del miembro masculino [1909], como también todas las armas largas y puntudas: cuchillos, puñales, picas. [1911.] Un símbolo de lo mismo, no bien comprensible, es la lima de uñas (¿por el restregar y frotar?). [1909.] — Los estuches, cajitas, cofres, armarios,

[8] [Cf. *supra*, **4**, pág. 287.]

hornos, corresponden al vientre femenino [1909], como también cavidades, barcos y toda clase de recipientes. [1919.] — Las habitaciones son en los sueños casi siempre mujeres [cf. pág. 358, *n.* 6], y si están descritas sus diversas entradas y salidas difícilmente nos engañemos en esta interpretación. [1909.][9] En este contexto, es bien comprensible el interés en que la habitación esté «abierta» o «cerrada».[10] No necesitamos, entonces, nombrar expresamente la llave que abre la habitación; este simbolismo de la llave y la cerradura fue empleado con la más atrevida salacidad por Uhland en la canción del «Conde Eberstein». [1911.] — El de pasar por una serie de habitaciones es un sueño de burdel o de harén. [1909.] Pero también es usado, como lo mostró H. Sachs [1914] con bellos ejemplos, para figurar el matrimonio (por oposición). [1914.] — Una relación interesante con la investigación sexual infantil se establece cuando se sueña con dos habitaciones que antes eran una, o el soñante ve partida en dos la habitación de una casa conocida, o a la inversa. En la infancia se creyó que los genitales femeninos (la cola)* formaban un espacio único (la teoría infantil de la cloaca),[11] y sólo después se supo que esta región del cuerpo comprendía dos cavidades y aberturas separadas. [1919.] — Las escalas de cuerda, las escaleras de mano y las escaleras interiores de las casas, y el ir por ellas, y por cierto tanto en sentido ascendente cuanto descendente, son figuraciones simbólicas del acto sexual.[12] — Paredes lisas por las que uno se encarama,

[9] [*Nota agregada* en 1919:] «Uno de mis pacientes, que vivía en una pensión, soñó que *se encontraba con alguna de las muchachas de servicio y le preguntaba qué número tenía; ella respondió, para su sorpresa: "14"*. De hecho, él mantenía relaciones con esa muchacha y hasta habían tenido varias citas en el dormitorio de él. Como es natural, temió que la patrona entrase en sospechas, y el día anterior al sueño se había formado el propósito de encontrarse con ella en una de las habitaciones desocupadas. En la realidad, esta tenía el número 14, mientras que en el sueño es la mujer la que lleva ese número. Difícilmente pueda imaginarse una prueba más clara de la identificación entre mujer y habitación» (Jones, 1914*a*). Cf. Artemidoro, *Oneirocritica*, libro II, capítulo X (traducido al alemán por F. S. Krauss, 1881, pág. 110): «De este modo, por ejemplo, un dormitorio hace las veces de la esposa, si la hay en la casa».

[10] Cf. el [primer] sueño de «Dora» en mi «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905*e*) [*AE*, **7**, pág. 59].

* {En alemán, «*Popo*»; elegimos «cola» porque es el término más corriente en el castellano coloquial.}

[11] [Cf. la sección sobre «Teorías del nacimiento» en *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905*d*), *AE*, **7**, pág. 178.]

[12] [*Nota agregada* en 1911:] Repito lo que en otro lugar (Freud, 1910*d*) [*AE*, **11**, pág. 135] he manifestado sobre este tema: «Hace algún tiempo supe que un psicólogo ajeno a nosotros hizo a uno de los nuestros la observación de que sobrestimábamos sin duda el sig-

fachadas de casas por las que se descuelga (a menudo con fuerte angustia), corresponden a cuerpos humanos erguidos, y probablemente repiten en el sueño el recuerdo del niño pequeño que se trepaba a sus padres y niñeras. Los muros «lisos» son hombres; a los «saledizos» de las casas no rara vez nos aferramos en la angustia del sueño. [1911.] — Mesas, mesas preparadas para una comida y tablas son asimismo mujeres, sin duda por la oposición que aquí cancela las redondeces del cuerpo. [1909.] «Madera» parece ser en general, por sus referencias lingüísticas, un subrogado del material femenino (materia). El nombre de la isla *Madeira* significa eso en portugués, madera. [1911.] Puesto que «mesa y cama» constituyen el matrimonio, a menudo en el sueño la primera sustituye a la segunda y, hasta donde es posible, el complejo de representaciones sexuales es traspuesto al complejo de la comida. [1909.] — Entre los adminículos de la vestimenta, el sombrero de una mujer muy frecuentemente ha de interpretarse con certeza como los genitales, y por cierto del hombre. Lo mismo el manto {*Mantel*}, respecto del cual queda en suspenso la parte que le toca en este uso simbólico a la homofonía de la palabra {*Mann*, hombre}.[13] En sueños de hombres encontramos muchas veces que la corbata simboliza el pene, y no sólo porque es algo alargado que pende y es característica del varón, sino también porque puede elegírsela a gusto, una libertad que la naturaleza nos niega en cuanto al original de este símbolo.[14] Las personas que emplean las corbatas como

nificado sexual secreto de los sueños. Su sueño más frecuente era el de subir por una escalera, y ahí por cierto no se escondía nada sexual. Alertados por esta objeción, atendimos expresamente a la aparición en el sueño de escalas de cuerda, escaleras de mano y de interiores, y pronto pudimos comprobar que las escaleras (y cosas análogas) figuran un indudable símbolo del coito. No es difícil descubrir el fundamento de esa comparación; con pasos rítmicos, quedándose cada vez más sin aliento, uno llega a una altura y después, en un par de rápidos saltos, puede bajar de nuevo. Así, el ritmo del coito se reencuentra en el acto de subir escaleras. No nos olvidemos de aducir el uso lingüístico; él nos muestra que "*steigen*" {"montar"} es usado sin más como designación sustitutiva de la acción sexual. De un hombre suele decirse que es un "*Steiger*" {"uno que monta"}, y se habla de "*nachsteigen*" {"rondar (a una muchacha)"; literalmente, "montarle atrás"}. En francés, al escalón se le llama "*la marche*"; "*un vieux marcheur*" tiene el mismo significado que nuestro "*ein alter Steiger*" {"un viejo disoluto"}». [Cf. también *supra*, **4**, págs. 293 y sigs.]

[13] [Véanse otros comentarios sobre este símbolo en la 29ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1933*a*), *AE*, **22**, pág. 22 y *n*. 16.]

[14] [*Nota agregada* en 1914:] Véase el dibujo hecho por un maníaco de 19 años, reproducido en *Zentralblatt für Psychoanalyse*, **2**,

símbolo en el sueño suelen usarlas en su vida con mucha magnificencia y poseer colecciones enteras de ellas. [1911.] — Todas las maquinarias y aparatos complicados de los sueños son con gran probabilidad genitales —por regla general masculinos [1919]—, en cuya descripción el simbolismo onírico se muestra tan inagotable como el trabajo del chiste.[15] [1909.] Es igualmente incontrastable que todas las armas e instrumentos se usan como símbolos del miembro masculino: arados, martillos, fusiles, revólveres, dagas, sables, etc. [1919.] — Asimismo, muchos paisajes de los sueños, en particular los que muestran puentes o los montes boscosos, se reconocen sin trabajo como descripción de los genitales. [1911.] Marcinowski [1912*a*] ha reunido una serie de ejemplos en que los soñantes ilustraron sus sueños con dibujos destinados a figurar los paisajes y los lugares que aparecían en ellos. Tales dibujos hacen bien patente la diferencia entre significado manifiesto y significado latente en los sueños. Si considerados sin prevención parecen ofrecer planos, mapas, etc., ante una investigación más penetrante se revelan como figuraciones del cuerpo humano, de los genitales, etc., y sólo después que se los aprehende así permiten comprender el sueño. (Véanse sobre esto los trabajos de Pfister [1911-12 y 1913*a*] sobre criptografía y cuadros enigmáticos.) [1914.] En el caso de las creaciones léxicas incomprensibles, estamos autorizados a pensar que pueden hallarse compuestas por ingredientes de significado sexual. [1911.] — Los niños que aparecen en los sueños no suelen significar sino genitales, así como hombres y mujeres tienen la costumbre de designar mimosamente a sus genitales como su «pequeño». [1909.] En el «hermanito», Stekel [1909, pág. 473] individualizó con acierto al pene. [1925.] Jugar con un niño pequeño, pegarle, etc., son muchas veces figuraciones oníricas del onanismo. [1911.] — La calvicie, el cortarse el cabello, la caída de dientes y la decapitación son usados por el trabajo del sueño para figurar la castración. Debe verse una protección contra esta en el hecho de que

pág. 675. [Rorschach, 1912.] Representa a un hombre con una serpiente a guisa de *corbata*, que se vuelve hacia una muchacha. También la historia «El vergonzoso» (*Anthropophyteia*, **6**, pág. 334): Una dama entró en un baño, y ahí se encontró con un señor que apenas alcanzó a ponerse la camisa; estaba muy avergonzado, pero de pronto se tapó el cuello con el faldón de la camisa y dijo: «Disculpe usted, estoy sin *corbata*».

[15] [Véase el libro de Freud sobre los chistes (1905*c*), donde introdujo la expresión «trabajo del chiste» (por analogía con «trabajo del sueño») para designar los procesos psicológicos involucrados en la producción de chistes.]

uno de los símbolos usuales para el pene aparezca en el sueño en número doble o múltiple.[16] También la aparición de la lagartija —un animal al que vuelve a crecerle la cola después que se la cortaron— tiene en el sueño el mismo significado. (Cf. el sueño de las lagartijas, *supra*, **4**, págs. 38-9.) — Entre los animales que en la mitología y el folklore se emplean como símbolos genitales, muchos cumplen ese papel también en el sueño: el pez, el caracol, el gato, el ratón (por el vello pubiano), pero sobre todo el símbolo más significativo del miembro masculino, la serpiente. Animales pequeños, la sabandija, son los subrogados de niños pequeños, por ejemplo del hermanito no deseado; ser atacado por la sabandija equivale muchas veces al embarazo. [1919.] — Como símbolo reciente de los genitales masculinos debe citarse al aeróstato, que justifica ese empleo tanto por su relación con el vuelo cuanto, eventualmente, por su forma. [1911.]

Stekel ha indicado y ejemplificado una serie de otros símbolos, parte de los cuales no han sido todavía suficientemente verificados. [1911.] Sus escritos, en particular su libro *Die Sprache des Traumes* (1911*a*), contienen la más rica colección de resoluciones de símbolos, colegidas muchas de ellas con agudeza y que el examen posterior corroboró; por ejemplo, los de la sección sobre el simbolismo de la muerte. La defectuosa cautela crítica de este autor y su tendencia a establecer generalizaciones a toda costa vuelven, empero, dudosas o inutilizables otras de sus interpretaciones, de modo que es aconsejable la prudencia al usar estos trabajos. Sólo destacaré, pues, algunos ejemplos. [1914.]

Derecha e izquierda, según Stekel, han de entenderse en el sueño en sentido ético. «El camino a diestra significa siempre el camino de lo justo; el camino a siniestra es el del crimen. Así, el izquierdo puede figurar homosexualidad, incesto, perversión, y el derecho, el matrimonio, el comercio con una prostituta, etc. Siempre juzgado ello desde el punto de vista moral individual del soñante» (Stekel, 1909, págs. 466 y sigs.). — En el sueño, los *parientes* en general desempeñan las más de las veces el papel de genitales (*ibid.*, pág. 473). En este significado sólo he podido confirmar al hijo, la hija, la hermanita,[17] vale decir, hasta donde alcanza el campo de aplicación del «pequeño». En cambio, ejemplos

[16] [Este punto es considerado en el artículo sobre «Lo ominoso» (Freud, 1919*h*), *AE*, **17**, pág. 235. Cf. también el artículo sobre «La cabeza de Medusa», escrito en 1922 y publicado póstumamente (Freud, 1940*c*), e *infra*, pág. 413.]

[17] [Y aparentemente también al hermanito; cf. *supra*, pág. 362.]

seguros permiten reconocer a las *hermanas* como símbolos de los pechos, y a los *hermanos* como símbolos de los hemisferios mayores. — El *no alcanzar* un coche lo resuelve Stekel como lamentación por una diferencia de edad inalcanzable (*ibid.*, pág. 479). — El *equipaje* con que se viaja —sostiene— es la carga de pecados que nos abruma (*loc. cit.*). [1911.] Pero precisamente el equipaje del viajero se revela a menudo como símbolo inequívoco de los genitales propios. [1914.] — También a los números, de aparición frecuente en los sueños, atribuyó Stekel significados simbólicos fijos [*ibid.*, págs. 497 y sigs.], aunque esta resolución no parece bastante certificada ni universalmente válida, si bien en casos individuales esa interpretación puede admitirse como probable la mayoría de las veces. [1911.][18] El número tres, por lo demás, es un símbolo bien comprobado de los genitales masculinos.[19] Una de las generalizaciones que emprende Stekel se refiere al doble significado de los símbolos de genitales. [1914.] «¿Cuál sería el símbolo —se pregunta— que no pudiese emplearse (con tal que la fantasía lo permitiese en alguna medida) tanto en sentido masculino como femenino?» [Stekel, 1911*a*, pág. 73]. Sin duda, la frase entre paréntesis resta a esa afirmación buena parte de su certeza, pues la fantasía precisamente no siempre lo permite. Pero no juzgo superfluo hacer constar que, de acuerdo con mis experiencias, el enunciado universal de Stekel tiene que dejar sitio al reconocimiento de una mayor diversidad. Además de símbolos que con igual frecuencia hacen las veces de genitales masculinos y femeninos, hay otros que predominantemente o de manera casi exclusiva designan a uno de los sexos, y los hay también de los que no se conoce sino el significado sólo masculino o sólo femenino. Es que la fantasía no admite usar objetos alargados y rígidos, o armas, como símbolos de los genitales femeninos, ni cavidades (estuches, cajitas, polveras, etc.) como símbolos de los genitales masculinos. [1911.]

Es cierto que la inclinación del sueño y de las fantasías inconcientes a usar bisexualmente los símbolos sexuales deja traslucir un rasgo arcaico; en efecto, en la niñez se ignora la

18 [En la edición de 1911 aparecía aquí la siguiente oración: «En el volumen de Wilhelm Stekel, *Die Sprache des Traumes* (1911*a*), que se publicó demasiado recientemente como para que yo pudiera dar noticia de él, se hallará (págs. 72-3) una lista de los símbolos sexuales más corrientes, que procura demostrar que todos los símbolos sexuales pueden ser empleados en sentido masculino y femenino».]

19 [En «Una neurosis demoníaca en el siglo XVII» (Freud, 1923*d*), *AE*, **19**, pág. 90, hay algunas consideraciones sobre el número 9.]

diferencia de los genitales y se atribuye a ambos sexos genitales idénticos. [1911.] También puede extraviarnos y llevarnos al supuesto erróneo de un símbolo bisexual el olvidar que en muchos sueños ocurre una inversión general de los sexos, de suerte que lo masculino es figurado por lo femenino y a la inversa. Tales sueños expresan, en una mujer por ejemplo, el deseo de ser un hombre. [1925.]

Los genitales pueden estar subrogados en el sueño también por otras partes del cuerpo; el miembro masculino, por la mano o el pie; el orificio genital femenino, por la boca, la oreja y aun el ojo. Las secreciones —mucosidad, lágrimas, orina, esperma, etc.— pueden sustituirse unas a otras en el sueño. Esta tesis de Stekel [1911*a*, pág. 49], correcta en líneas generales, experimentó una justificada restricción crítica por unas observaciones de R. Reitler (1913*b*). En lo esencial, se trata de sustituir las secreciones plenas de significado, como el semen, por una indiferente. [1919.]

Ojalá basten estas indicaciones, muy incompletas, para alentar a otros a un trabajo de recolección más cuidadoso. [1909.][20] En mis *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17 [10ª conferencia]) intenté una exposición más detallada del simbolismo onírico. [1919.]

Ahora insertaré algunos ejemplos del uso de tales símbolos en los sueños; habrán de mostrar cuán imposible es obtener la interpretación del sueño si uno se niega a aceptar el simbolismo onírico, y cuán incontrastablemente se impone este en muchos casos. [1911.] Pero al mismo tiempo quisiera advertir de manera expresa que no debe exagerarse la importancia de los símbolos para la interpretación del sueño, como si el trabajo de traducir este hubiera de limitarse a la traducción de símbolos, desechando la técnica que recurre a las ocurrencias del soñante. Las dos técnicas de interpretación de los sueños deben complementarse; pero tanto en la práctica como en la teoría la precedencia sigue correspondiendo al procedimiento que describimos primero, el que atribuye la importancia decisiva a las proferencias del soñante, viniéndose a agregar como medio auxiliar la traducción de símbolos que acabamos de introducir. [1909.]

[20] [*Nota agregada* en 1911:] A pesar de todas las diferencias existentes entre la concepción de Scherner acerca del simbolismo onírico y la desarrollada aquí, debo destacar que ha de considerárselo el verdadero descubridor del simbolismo en los sueños, y que las averiguaciones del psicoanálisis han rendido a la postre homenaje a su libro, que se publicó muchos años antes (en 1861) y fue considerado fantasioso.

I. *El sombrero como símbolo del hombre (de los genitales masculinos)* [1911]

(Fragmento del sueño de una mujer joven, agorafóbica a consecuencia de una angustia de tentación.)[21]

Es verano y voy de paseo por la calle; llevo un sombrero de paja de forma extraña: su copa es puntiaguda y sus alas penden hacia abajo (la descripción se hace aquí vacilante), *y de tal modo que una cae más que la otra. Yo estoy alegre y con talante aplomado; en eso, paso junto a un grupo de oficiales jóvenes, y pienso entre mí: «Nada podéis hacerme vosotros todos».*

Puesto que ella no puede producir ocurrencia alguna relativa al sombrero, le digo: «El sombrero es, sin duda, un

[21] [Este sueño y los dos que siguen fueron publicados por primera vez en «Agregados a la interpretación de los sueños» (Freud, 1911*a*). Encabezaban ese escrito los siguientes párrafos, no reimpresos después en alemán {hasta la publicación de *Studienausgabe*}:

«*Algunos ejemplos de símbolos oníricos.* — Entre las muchas objeciones que se han hecho a la práctica psicoanalítica, la más extraña y, si es lícito decirlo, la más ignorante paréceme la duda sobre la existencia del simbolismo en el sueño y en el inconciente, pues nadie que trabaje con el psicoanálisis puede renunciar al supuesto de un simbolismo tal, y, además, la resolución mediante símbolos se practicó desde los tiempos más antiguos con relación al sueño. Eso sí, estamos dispuestos a admitir que la demostración de este simbolismo tiene que hacerse con particular rigor en vista de la multiplicidad que priva en este ámbito.

»En lo que sigue reúno algunos ejemplos de mi experiencia más reciente, en los cuales me parece particularmente ilustrativa la solución mediante un determinado símbolo. El sueño recibe entonces un sentido que de otra manera no podría tener; de ese modo se inserta dentro de la trama de pensamientos del soñante, y el propio analizado admite su interpretación.

»Con relación a la técnica, hago notar que justamente en el caso de los elementos simbólicos de los sueños suelen fallar las ocurrencias que el soñante asocia, de manera que por sí misma esta conducta incita a ensayar una interpretación simbólica. En la exposición de los pocos ejemplos de sueños que he escogido, puse especial cuidado en distinguir mi propia intervención del trabajo autónomo del paciente (y soñante)».

El mencionado artículo terminaba con algunos ejemplos más breves, reimpresos en la sección F de este capítulo (números 2, 3 y 4, de págs. 409-10). Antes de ellos aparecía el siguiente preámbulo:

«*Algunas figuraciones oníricas más raras.* — He mencionado el "miramiento por la figurabilidad" como uno de los factores que influyen en la formación del sueño. En la trasformación de un pensamiento en una imagen visual se evidencia una particular facultad del soñante, que rara vez puede ser igualada por la capacidad de colegir del analista. Por eso tiene que darse por satisfecho si el soñante y creador le alcanza el significado de esas figuraciones mediante una intelección intuitiva».]

genital masculino con su parte media enhiesta y las dos partes laterales colgantes. Que el sombrero haya de ser un hombre es quizás extraño, pero suele decirse: "*Unter die Haube kommen*" {"casarse"; literalmente, "ponerse la toca"}». Deliberadamente omito en la interpretación el detalle de la caída desigual de las partes laterales, aunque son tales detalles, en su determinación, los que han de señalar el camino a la interpretación. Prosigo: «Si usted tiene un marido con unos genitales tan magníficos, no necesita temer nada de los oficiales, vale decir, no necesita desear nada de ellos, pues en todo otro caso son esencialmente sus fantasías de tentación las que le hacen abstenerse de andar sin protección y sin compañía». Este último esclarecimiento de su angustia ya había podido brindárselo repetidas veces, apoyándome en otro material.

Ahora bien, es muy notable la conducta que adoptó la soñante tras esta interpretación. Se retractó de la descripción del sombrero y pretendió no haber dicho que las dos alas pendían hacia abajo. Yo estoy bien seguro de lo que he oído como para dejarme confundir, y me atengo a eso. Ella guarda silencio un momento y después encuentra coraje para preguntar qué significa que su marido tenga un testículo más bajo que el otro y si es así en todos los hombres. Con esto quedaba esclarecido el curioso detalle del sombrero, y aceptada la interpretación en su conjunto.

Desde mucho antes que la paciente me comunicase este sueño yo conocía el símbolo del sombrero. Por otros casos, si bien menos trasparentes, creí lícito inferir que el sombrero puede hacer las veces también de los genitales femeninos.[22]

II. *El «pequeño» es el órgano genital. El «ser aplastado» es un símbolo del comercio sexual [1911]*

(Otro sueño de la misma paciente agorafóbica.)

*Su madre echa a su pequeña hija para que deba ir sola.**

[22] [*Nota agregada* en 1911:] Cf. un ejemplo de esto en Kirchgraber (1912). Stekel (1909, pág. 475) comunica un sueño en que el sombrero con una pluma torcida en el medio simboliza al hombre (impotente). [En un artículo posterior (1916*c*), Freud sugirió una explicación para el simbolismo del sombrero.]

* {Intentamos reproducir el juego de las identificaciones sugerido por el modo de redacción de Freud; la construcción alemana no permite discernir si la madre de la soñante la echa a la pequeña hija de esta, o a la soñante misma.}

Entonces se va en tren con su madre y ve a la pequeña encaminarse derecho hacia las vías, donde será aplastada. Se oye el crujido de los huesos (experimenta un sentimiento de desasosiego, pero no una genuina consternación). Después avizora por la ventanilla del vagón por si se ven atrás los pedazos. Entonces reprocha a su madre por haber hecho ir sola a la pequeña.

ANÁLISIS: No es fácil dar en este caso la interpretación completa del sueño. Proviene de un ciclo de sueños, y sólo en conexión con estos puede comprendérselo de manera acabada. Tampoco es fácil aislar satisfactoriamente el material requerido para demostrar el simbolismo. — La enferma descubre primero que el viaje en ferrocarril ha de interpretarse históricamente: es alusión a un viaje que hizo cuando dejó un establecimiento para enfermos mentales, de cuyo jefe, naturalmente, se había enamorado. Cuando la madre se la llevó de allí, el médico se presentó en la estación y le obsequió como despedida un ramo de flores; le resultó desagradable que la madre fuese testigo de ese homenaje. Aquí la madre aparece, entonces, como la que estorba sus afanes de amor, papel que de hecho esa rigurosa mujer había cumplido en la adolescencia de la paciente. — La ocurrencia siguiente es sobre la frase «avizora por si se ven atrás los pedazos». Dentro de la fachada del sueño, desde luego, habría que pensar en los pedazos de la hijita aplastada y despedazada. Pero la ocurrencia apunta en muy diversa dirección. Recuerda que una vez vio en el baño a su padre desnudo; lo vio desde atrás. Da en hablar sobre las diferencias entre los sexos, y destaca que en el hombre los genitales pueden verse también desde atrás, no así en la mujer. En este contexto ella misma interpreta que la pequeña son los genitales, su pequeña (tiene una hijita de cuatro años) son sus propios genitales. Hace a la madre este reproche: le habría exigido que viviese como si no tuviera genitales; y redescubre este reproche en la frase introductoria del sueño: «La madre echa a su pequeña para que deba ir sola». En su fantasía, el ir sola por la calle significa no tener hombre, no tener relación sexual («*coire*» [palabra latina de la que deriva «coito»] = «ir juntos»), y no le gusta eso. Todo indica que la paciente sufrió realmente en la adolescencia por los celos que despertaba en su madre el ser ella la preferida del padre.[23]

[23] [En la edición de 1911 —solamente— se agregó en este punto la siguiente oración: «Stekel [1909, pág. 473], basándose en un uso lingüístico muy común, ha sugerido que "el pequeño" es un símbolo de los genitales masculinos o femeninos».]

La interpretación más profunda de este sueño se obtiene por otro que tuvo la misma noche y en el que se identifica con su hermano. En realidad, de niña fue un poco machota, y muchas veces le dijeron que era lástima que no hubiese nacido varón. En esta identificación con el hermano se vuelve particularmente claro que «pequeño» significa los genitales. La madre lo (la) amenaza con la castración, que no puede ser sino el castigo por jugar con el miembro, y así la identificación revela que ella misma se masturbó de niña, cosa que hasta el momento su recuerdo sólo había acreditado respecto de su hermano. En esa época temprana, según lo indica este segundo sueño, ella tiene que haber adquirido un conocimiento de los genitales masculinos, que después perdió. Además, el segundo sueño alude a la teoría sexual infantil según la cual las niñas son varones castrados.[24] Después que yo le expuse esa opinión infantil, ella la corrobora al punto recordando la anécdota en que el varoncito pregunta a la niñita: «¿Cortado?», a lo cual ella responde: «No, siempre fue así».

El echar a la pequeña, a los genitales, en el primer sueño, hace referencia también a la amenaza de castración. En definitiva, ella le reprocha a la madre el que no la haya hecho nacer varón.

Que el «ser aplastado» simboliza comercio sexual no sería evidente por este solo sueño, pero muchas otras fuentes lo certifican.

III. *Figuración de los genitales por edificios, escaleras, pozos [1911]*

(Sueño de un joven inhibido por su complejo paterno.)[25]

Va de paseo con su padre por un lugar que seguramente es el Prater,[26] *pues se ve la* ROTONDA, *y en su parte frontal un pequeño* PÓRTICO *donde hay fijado un* GLOBO CAUTIVO *que, empero, parece bastante* FLOJO. *Su padre le pregunta para qué está allí todo eso; a él le asombra la pregunta, pero se lo explica. Después llegan a un* PATIO *donde hay tirada una gran* PLANCHA DE HOJALATA. *Su padre quiere* SACARSE *un gran pedazo, pero avizora en torno para cerciorarse de*

[24] [Cf. Freud, 1908*c*.]
[25] [Este sueño y su interpretación se reproducen en la 12ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1916-17), *AE*, **15**, págs. 177-8.]
[26] [Cf. *supra*, **4**, pág. 207, *n*. 3.]

que nadie lo ve. El le dice que no necesita sino decírselo al guardián, y después puede tomarse {sich nehmen} lo que quiera. Desde ese patio una ESCALERA *desciende hasta un* POZO, *cuyas paredes tienen un blando acolchado, como de un sillón de cuero. Al final de ese pozo hay una plataforma más extensa, y después empieza un nuevo* POZO. . .

ANÁLISIS: Este soñante pertenecía a un tipo de enfermos difíciles desde el punto de vista terapéutico: hasta cierto momento del análisis no ofrecen resistencia alguna, y a partir de allí se muestran casi inaccesibles. A este sueño lo interpretó casi por sí solo. Dijo: «La rotonda son mis genitales, y el globo cautivo antepuesto es mi pene, cuya flojedad me da motivo de queja». Así, ahondando la traducción, estamos autorizados a decir que la rotonda es el trasero —que el niño por regla general incluye en los genitales—, y el pórtico más pequeño, el escroto. En el sueño el padre le pregunta qué es todo eso, vale decir, le inquiere por el fin y la función de los genitales. Cabe invertir la situación, de modo que sea él quien pregunta. Puesto que en la realidad nunca preguntó eso a su padre, debemos aprehender el pensamiento onírico como deseo o quizá tomarlo como cláusula condicional: «Si yo hubiese pedido esclarecimiento sexual a mi padre. . .». Enseguida hallaremos, en otro pasaje, la continuación de este pensamiento.

El patio donde está tirada la hojalata no debe entenderse en primera instancia simbólicamente, sino que proviene del local del negocio de su padre. Por discreción he puesto «hojalata» en lugar del verdadero material con que trafica el padre, pero sin modificar en otra cosa la literalidad del sueño. El soñante ha ingresado en el negocio de su padre y le repugnaron muchísimo las prácticas más bien incorrectas con que se granjea parte de la ganancia. Por eso la continuación del pensamiento antes consignado sería: «(Si yo le hubiera preguntado), me habría engañado, como engaña a sus clientes». Acerca del *sacarse*, que sirve para figurar la deslealtad comercial, el propio soñante proporciona la segunda explicación: significa el onanismo. Esto no sólo es notorio para nosotros hace mucho (cf. *supra*, pág. 354, *n*. 21), sino que concuerda muy bien con ello el que el secreto del onanismo se exprese por lo contrario (se puede hacerlo desembozadamente). Y todo hacía esperar que la actividad onanista habría de atribuirse al padre, como lo fue la pregunta en la primera escena del sueño. Al pozo lo interpreta sin vacilar, por referencia al blando acolchado de las paredes, como vagina. Que el descender, como el subir en otros casos, quiere

describir el coito dentro de la vagina, yo lo agrego por saberlo de otro lado.[27]

El detalle de que al primer pozo le siga una plataforma más extensa y después un nuevo pozo, él mismo lo explica biográficamente. Copuló durante cierto período, luego dejó de hacerlo a consecuencia de ciertas inhibiciones y ahora espera recuperar eso con el auxilio del tratamiento. Pero hacia el final el sueño se hace menos nítido, y al experto tiene que parecerle verosímil que ya en la segunda escena se haga sentir la influencia de un tema diverso, al que apuntan el negocio del padre, su fraudulento proceder, así como la primera vagina figurada como pozo; ello deja suponer un vínculo con la madre.[28]

IV. *Simbolización de los genitales masculinos por personas y de los femeninos por un paisaje [1911]*

(Sueño de una mujer de pueblo cuyo marido es policía; comunicado por B. Dattner.)*

«. . .*Alguien entró con violencia en la casa y yo clamé angustiosamente por un policía. Pero este, en compañía de dos pícaros, se ha ido a una iglesia*[29] *a la que se sube por varios escalones;*[30] *tras la iglesia había un monte*[31] *y en lo alto un bosque espeso.*[32] *El policía tenía casco, alzacuello y manto.*[33] *Llevaba barba entera, oscura. Los dos pillastres que van amigados con el policía tenían delantales recogidos a la cintura, a modo de bolsas.*[34] *Frente a la iglesia pasa un camino que lleva al monte. A los lados había pasto y había*

[27] Véanse mis observaciones [en Freud, 1910*d*] antes citadas, pág. 360, *n*. 12.

[28] [El siguiente párrafo iba agregado a este sueño en su primera publicación (Freud, 1911*a*): «Este sueño como un todo pertenece al grupo, no raro, de los sueños "biográficos", en que el soñante proporciona un panorama de su vida sexual en la forma de un relato continuado. (Véase el ejemplo dado [en págs. 353 y sigs.].) — La frecuencia con que edificios, localidades y paisajes se emplean como figuración simbólica del cuerpo y, en particular (con reiteración constante), de los genitales merecería sin duda un ensayo ilustrado con numerosos ejemplos».]

* {Este sueño se consigna también en la 12ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1916-17), *AE*, **15**, págs. 176-7.}

[29] «O capilla (= vagina)».

[30] «Símbolo del coito».

[31] «*Mons veneris*».

[32] «*Crines pubis*».

[33] «Según la opinión de un especialista, los demonios con capas y capuchas son de naturaleza fálica».

[34] «Las dos mitades del escroto».

malezas que se iban espesando hasta hacerse en la cumbre del monte un bosque en serio».

V. *Sueños de castración en niños [1919]*

a. Un niño de tres años y cinco meses, a quien el regreso de su padre del frente le resulta visiblemente incómodo, despierta una mañana conturbado y excitado, y repite a cada instante esta pregunta: «*¿Por qué papi llevaba su cabeza en un plato? Hoy a la noche papi llevaba su cabeza en un plato*».

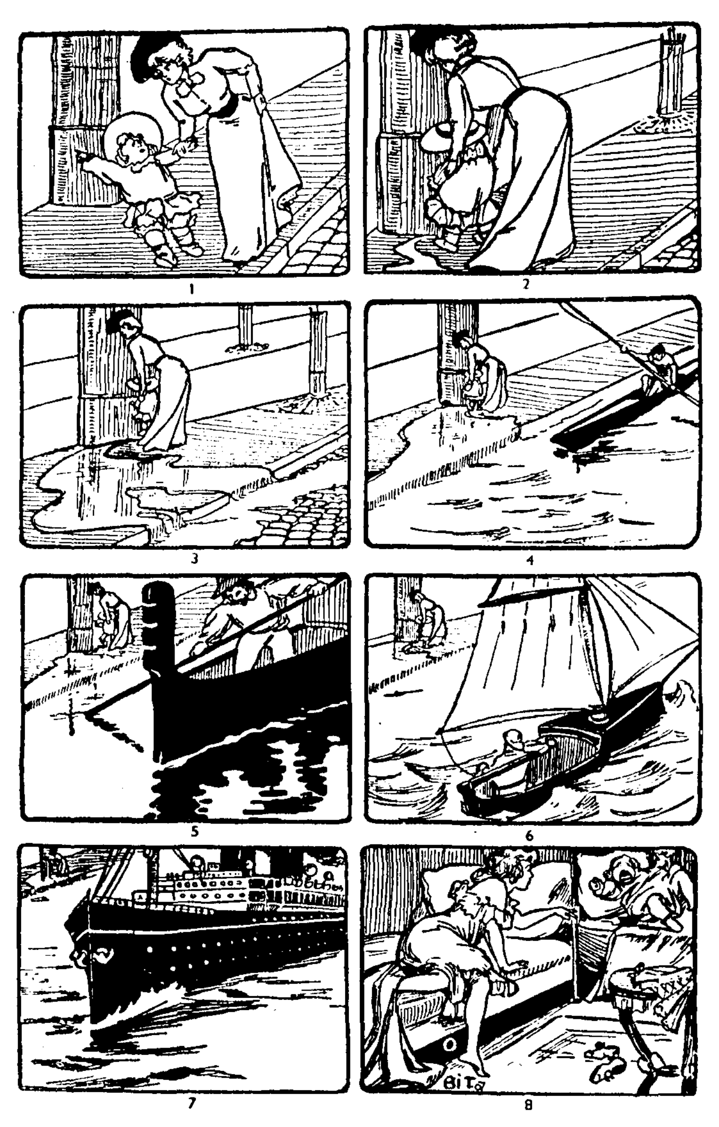
b. Un estudiante que hoy padece una grave neurosis obsesiva recuerda que en su sexto año de vida tuvo repetidas veces el siguiente sueño: *Va al peluquero para hacerse cortar el cabello. Entonces viene a él una mujer grande, de expresión severa, y le corta la cabeza. A la mujer la reconoce como la madre.*

VI. *Sobre el simbolismo de la orina [1914]*

Los dibujos que reproducimos [en la pág. 373] provienen de una serie de imágenes que Ferenczi descubrió en una hoja humorística húngara (*Fidibusz*), cayendo en la cuenta de que podían usarse para ilustrar la teoría del sueño. Ya O. Rank empleó ese ejemplo, titulado «Sueño de la niñera francesa», en su trabajo sobre la estratificación de los símbolos en el sueño de despertar (1912*d* [pág. 99]).

Sólo la última imagen, que presenta el despertar de la niñera a consecuencia del berrinche que tiene el niño, nos muestra que las primeras siete figuran las fases de un sueño. La primera imagen individualiza el estímulo que después provocará el despertar. El niño ha exteriorizado una necesidad y pide la asistencia correspondiente. Pero el sueño permuta la situación: un paseo en lugar del dormitorio. En el segundo cuadro, el niño ya fue arrimado a un rincón de la acera, orina y... ella puede seguir durmiendo. Pero el estímulo despertador prosigue, y aun se refuerza; el niño, viendo que no le hacen caso, berrea cada vez más fuerte. Y cuanta más insistencia pone en reclamar el despertar y la asistencia de su niñera, tanto más asegura el sueño a esta que todo está en orden y que no necesita despertarse. Así el sueño traspone el estímulo despertador a las dimensiones del símbolo. La corriente de agua que el niño produce al orinar se hace cada vez más potente. En el cuarto cuadro

El sueño de la niñera francesa.



soporta ya a una canoa, después a una góndola, a un buque de vela y por último a un gran trasatlántico. El travieso artista ha representado ingeniosamente, en esas imágenes, la lucha entre la obstinada necesidad de dormir y el incansable estímulo despertador.

VII. *Un sueño de escaleras [1911]*

(Comunicado e interpretado por Otto Rank.)[35]

«Al mismo colega de quien procede el sueño por estímulo dentario [consignado *infra*, págs. 391 y sigs.] debo el siguiente sueño de polución, de parecida trasparencia que el mencionado:

»*"Doy caza escaleras abajo a una niña pequeña que me ha hecho algo; quiero castigarla. Abajo, al final de la escalera, alguien (¿una persona adulta del sexo femenino?) me detiene a la niña; le echo mano, pero no sé si le he pegado, pues de repente me encuentro en mitad de la escalera, donde (como si fuera en el aire) copulo con la niña. En verdad no era un coito, sino que me limitaba a frotar mis genitales contra sus genitales externos, por lo cual yo se los vi con toda nitidez, como vi su cabeza echada hacia atrás y caída hacia un lado. Durante el acto sexual vi a la izquierda, encima de mí (también como en el aire), dos pequeños cuadros colgados, paisajes, que figuraban una casa en medio de un parque. En la parte inferior de uno, más pequeño, en vez de la firma del pintor estaba mi propio nombre, como si me estuviera destinado a manera de regalo de cumpleaños. Después, delante de ambos cuadros pende todavía un cartelito donde se lee que hay también cuadros más baratos; (me veo entonces, con extrema falta de nitidez, como si yaciera en cama, arriba, sobre el descanso de la escalera) y me despierto por la sensación de mojadura, que proviene de la polución habida".*

»INTERPRETACIÓN: La tarde del día del sueño el soñante había estado en la tienda de un librero donde, mientras esperaba, examinó algunos de los cuadros expuestos, que figuraban motivos parecidos a los cuadros del sueño. Un cuadrito pequeño le había gustado particularmente; se acercó a él y buscó la firma del pintor, pero le resultó por completo desconocido.

»Esa misma tarde, algo después, estando de tertulia había oído contar que una sirvienta de Bohemia se jactó de que su hijo, extramatrimonial, "fue hecho en la escalera". El soñante quiso saber los detalles de este episodio insólito, y se enteró de que la sirvienta había ido con su novio a casa de los padres de ella, donde no se les ofreció ocasión para el comercio sexual; y el hombre, excitado, consumó el coito en la escalera. Escuchado esto, nuestro soñante, aludiendo en broma a la maliciosa expresión que se usa para

35 [Aparentemente no publicado en otro lugar.]

indicar la falsificación de un vino, manifestó que el hijo se había fabricado realmente "en la escalera de la bodega".

»Estos son los anudamientos diurnos, subrogados con bastante insistencia en el contenido del sueño; el soñante los reproduce sin vacilación. Pero con igual facilidad produce un viejo fragmento de recuerdo infantil que también encontró uso en el sueño. La escalera es la de aquella casa en que pasó la mayor parte de su infancia y donde, en particular, había alcanzado su primera familiaridad conciente con los problemas sexuales. En esa escalera solía jugar; entre otras cosas, se descolgaba patinando por ella a caballo sobre el pasamanos, y haciéndolo sentía excitación sexual. En el sueño se precipita escaleras abajo con esa misma enorme rapidez, tanta que, según él mismo indica nítidamente, ni roza los escalones sino, como suele decirse, "*vuela*" o patina por ellos. Si se considera la vivencia infantil, este comienzo del sueño parece figurar el momento de la excitación sexual. Ahora bien, en esa misma escalera y en la vivienda a que pertenecía, el soñante solía armar con los niñitos de la vecindad violentos juegos sexuales, en los que se satisfacía de manera parecida a la que muestra el sueño.

»Por las investigaciones de Freud sobre el simbolismo sexual (1910*d* [cf. *supra*, pág. 360, *n.* 12]) sabemos que las escaleras y el subir por ellas casi siempre simbolizan en el sueño al coito. Entonces este sueño se vuelve trasparente. Su fuerza impulsora es, como ya lo muestra su efecto (la polución), de naturaleza puramente libidinosa. Dormido, en el soñante despierta la excitación sexual (figurada en el sueño por el precipitarse —patinar— escaleras abajo), cuyo sesgo sádico, sobre la base de aquellos juegos violentos, es indicado por la persecución y el sometimiento de la niña. La excitación libidinosa aumenta y empuja a la acción sexual (figurada en el sueño por la captura de la niña y su traslado hasta la mitad de la escalera). Hasta aquí, podría decirse, el sueño fue de puro simbolismo sexual y por completo impenetrable para el intérprete poco ejercitado. Pero a la excitación libidinosa exacerbada no le basta con esa satisfacción simbólica que había velado por el descanso del durmiente. La excitación lleva al orgasmo, y así todo el simbolismo de la escalera se descubre como subrogación del coito. Freud destaca como uno de los fundamentos del uso sexual del símbolo de la escalera el carácter rítmico de ambas acciones, y este sueño parece particularmente probatorio de ello: según la indicación expresa del soñante, el ritmo de su acto sexual, el refregar para arriba y para abajo, fue el elemento más nítidamente perfilado de todo el sueño.

»Todavía una observación sobre los dos cuadros, que, prescindiendo de su significado real, valen también en sentido simbólico como "*Weibsbilder*",* según lo prueba ya el hecho de que se trata de un cuadro grande y de uno pequeño, así como en el contenido del sueño aparecen una mujer grande (adulta) y una niña pequeña. Que haya disponibles cuadros más baratos lleva al complejo de representaciones referidas a las prostitutas, como, por otra parte, el nombre del soñante escrito en el cuadro pequeño y el pensamiento de que le está destinado para su cumpleaños apuntan al complejo paterno (ser concebido en la escalera = engendrado en el coito). La escena final no nítida, donde el soñante se ve yacente en cama sobre el descanso de la escalera y siente la mojadura, parece remitirnos todavía más atrás del onanismo infantil, y presumiblemente tiene por modelo escenas placenteras de mojarse en la cama».

VIII. *Un sueño de escaleras modificado [1911]*

A uno de mis pacientes, un abstinente, enfermo grave, cuya fantasía [inconciente] está fijada a su madre y que repetidas veces ha soñado que sube escaleras en compañía de ella, le hago la observación de que una masturbación moderada probablemente lo perjudicaría menos que su forzada continencia. Esa insinuación le provocó el siguiente sueño:

Su maestro de piano le reprocha que descuide ejercitarse, y no ensaye los estudios de Moscheles ni el «Gradus ad Parnassum» de Clementi.

Sobre esto observa que *Gradus* es también una escalera, como el teclado mismo, puesto que contiene una escala.

Puede decirse que ningún círculo de representaciones es refractario a la figuración de hechos y deseos sexuales.

IX. *Sentimiento de la realidad y figuración de la repetición [1919]*

Un hombre que ahora tiene 35 años cuenta un sueño que recuerda bien, y dice que lo soñó a los cuatro años: *El notario a quien su padre confió el testamento* —el soñante perdió al padre a la edad de tres años— *trajo dos grandes peras, y a él le dieron a comer una. La otra quedó en el alféizar de la ventana de la sala de estar.* Despertó convencido de

* {Literalmente, «figuras de mujer», un giro idiomático con el que se suele designar en alemán a las mujeres.}

que era realidad lo soñado, y obstinadamente pidió a la madre la segunda pera, que sin duda seguiría sobre el alféizar. La madre se rió de ello.

ANÁLISIS: El notario era un señor mayor, jovial, que, según creía recordarlo, una vez trajo realmente peras. El alféizar era tal como lo vio en sueños. Otra cosa no se le ocurre sobre ello; quizá solamente que la madre poco antes le había contado un sueño. Dos pájaros se han posado sobre su cabeza y ella se pregunta cuándo se volarán; mas no lo hacen, sino que uno vuela hasta su boca y chupa de ella.

El fracaso de las ocurrencias del soñante nos da el derecho de intentar la interpretación por sustitución de símbolos. Las dos peras —«*pommes ou poires*»— * son los pechos de la madre, que lo amamantó; el alféizar es la saliencia del busto, análogamente a los balcones en el sueño de casas (cf. pág. 361). Su sentimiento de realidad al despertar tiene justificación, pues la madre lo amamantó de hecho, incluso bastante más tiempo que el usual, y acaso el pecho materno estaría aún disponible.[36] El sueño ha de traducirse así: «Mamá, dame (enséñame) de nuevo el pecho del que antes bebí». El «antes» está figurado por el acto de comerse una pera, y el «de nuevo» por el pedido de la otra. La *repetición temporal* de un acto se convierte en el sueño, por lo general, en la *multiplicación del número* de un objeto.

Es muy llamativo, desde luego, que el simbolismo ya desempeñe un papel en el sueño de un niño de cuatro años, pero esta no es la excepción sino la regla. Puede decirse que el soñante dispone del simbolismo desde el comienzo.

Cuán temprano se sirve el hombre de la figuración simbólica, aun fuera de la vida onírica, puede enseñárnoslo el siguiente recuerdo, no influido, de una dama que ahora tiene 27 años: *Tiene entre tres y cuatro años. La niñera los lleva al retrete a ella, a su hermanito once meses menor y a una prima cuya edad es intermedia entre ambos, para que hagan allí sus pequeños menesteres antes de salir de paseo. Siendo la mayor, ella se sienta en el inodoro, y los otros dos lo hacen en bacinillas. Ella pregunta a la prima: «¿Tienes tú también un* MONEDERO*? Walter tiene una* SALCHICHITA, *yo*

* {La palabra alemana «*Birne*» puede significar «pera» o «manzana», como «poma» en castellano.}

[36] [Cf. *supra*, **4**, pág. 203. Freud insiste sobre este punto —que un sentimiento de realidad especialmente intenso en relación con el sueño o con alguna parte de él, después de despertar, se vincula de hecho con los pensamientos latentes— en su estudio sobre la *Gradiva* de Jensen (1907*a*), *AE*, **9**, pág. 48, y en el curso de sus primeros comentarios sobre el sueño del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *AE*, **17**, pág. 33.]

tengo un monedero». Respuesta de la prima: «Sí, yo también tengo un portamonedas». La niñera los oyó riendo y contó la conversación a la mamá, quien reaccionó con una recia reprimenda.

Intercalemos ahora un sueño (registrado en un artículo de Alfred Robitsek, 1912) cuyo bello simbolismo permitió una interpretación con escasa ayuda de la soñante.

X. *«Sobre la cuestión del simbolismo en los sueños de personas sanas» [1914]*

«Una objeción que suelen presentar los oponentes del psicoanálisis —últimamente también Havelock Ellis (1911*a*, pág. 168)— es que el simbolismo onírico es quizás un producto de la psique neurótica, pero en modo alguno rige para las personas normales. Ahora bien, si la investigación psicoanalítica no establece entre la vida anímica normal y la neurótica diferencias de principio, sino sólo cuantitativas, el análisis de los sueños, donde tanto en los sanos cuánto en los enfermos operan de igual modo los complejos reprimidos, muestra la plena identidad de mecanismos como el del simbolismo. Y aun los sueños despreocupados de personas sanas suelen contener un simbolismo mucho más simple, trasparente y característico que los de personas neuróticas, en quienes el mayor rigor con que opera la censura y la más acusada desfiguración onírica resultante suelen traer por consecuencia un simbolismo torturado, oscuro y difícil de interpretar. El sueño que a continuación comunico sirve para ilustrar este hecho. Proviene de una muchacha no neurótica, de naturaleza más bien mojigata y reservada; en el curso del diálogo supe que está comprometida, pero han surgido obstáculos capaces de diferir el casamiento. Me cuenta espontáneamente el siguiente sueño:

»"*I arrange the centre of a table with flowers for a birthday*"* ("Arreglo el centro de una mesa con flores para un cumpleaños"). Preguntada, me revela que en el sueño estuvo como si fuera en su hogar (que para ese tiempo no tenía) y experimentó un "sentimiento de *dicha*".

»El simbolismo "popular" me permite traducir por mí mismo el sueño. Es la expresión de sus deseos de novia:

* {En inglés en el original. El autor citado traduce a continuación, entre paréntesis, al alemán.}

la mesa con el centro floral la simboliza a ella y a sus genitales; figura como cumplidos sus deseos para lo venidero, pues ya le ocupa el pensamiento de que nacerá un niño; por tanto, las bodas se consumaron hace tiempo.

»Le hago notar que "*the centre of a table*" es una expresión insólita, y lo admite; desde luego, en este punto no puedo seguir indagándola directamente. Evito con cuidado sugerirle el significado de los símbolos, y sólo le pregunto por lo que se le ocurre sobre las partes singulares del sueño. En el curso del análisis, su reserva dejó sitio a un vivo interés por la interpretación y a una franqueza posibilitada por la seriedad del diálogo. Al preguntarle qué clase de flores eran, respondió primero: "*expensive flowers, one has to pay for them*" ("flores caras, hay que pagar por ellas"), y después, que eran "*lilies of the valley, violets and pinks or carnations*" ("lirios del valle, violetas y claveles").* Conjeturé que la palabra "lirio" aparecía en este sueño en su significado popular de símbolo de la castidad; ella corrobora esto, pues para "lirio" se le ocurre "*purity*" ("pureza"). "*Valley*", el valle, es un frecuente símbolo de la mujer; así, el hecho accidental de que ambos símbolos se conjuguen en el nombre "lirios del valle" es aprovechado en el simbolismo onírico para destacar su preciosa virginidad —"*expensive flowers, one has to pay for them*"— y expresar la esperanza de que el hombre sepa apreciar su valor. La frase "*expensive flowers*, etc." tiene, como veremos, un significado diverso para cada uno de los tres símbolos florales.

»En cuanto al sentido oculto de "*violets*", en apariencia totalmente asexual, busqué explicármelo —con mucha osadía, me pareció— mediante una relación inconciente con el francés "*viol*". Para mi sorpresa, la soñante asoció "*violate*", equivalente inglés de "violación". El sueño aprovecha la gran semejanza entre las palabras "*violet*" y "*violate*" (en la pronunciación inglesa apenas se distinguen por una diferencia de acentuación en la última sílaba) para expresar "por la flor"** el pensamiento de la violencia de la desfloración (también esta palabra se sirve del simbolismo floral) y aun, quizás, un rasgo masoquista de la muchacha. He ahí un bello ejemplo de los puentes verbales [cf. pág. 346, *n.* 1] por donde atraviesan los caminos que llevan a lo inconciente. El "*one has to pay for them*" significa aquí la vida, con que ella ha de pagar el hacerse mujer y madre.

* {En inglés, tanto «*pink*» como «*carnation*» designan al clavel, aunque la primera de estas palabras es más corriente.}

** {Véase la nota de la traducción castellana, *supra*, **4**, pág. 321.}

»Con respecto a "*pinks*", que ella después llamó "*carnations*", se me ocurre la relación de esta palabra con "carnal". Pero la ocurrencia de ella es "*colour*" ("color"). Agrega que "*carnations*" son las flores que su prometido le obsequió "con frecuencia y en gran cantidad". Al final del diálogo confiesa de pronto, espontáneamente, que no me ha dicho la verdad; no se le había ocurrido "*colour*", sino "*incarnation*" ("encarnación"), la palabra que yo había esperado; por lo demás, tampoco "*colour*" anda descaminado como ocurrencia: lo determina el significado de "*carnation*" ("*color carne*"), y, por tanto, el mismo complejo. Esa falta de veracidad muestra que la resistencia era máxima allí, lo cual responde a la circunstancia de que el simbolismo es aquí en extremo trasparente y la lucha entre libido y represión alcanzó su mayor reciedumbre en torno de este tema fálico. La observación de que tales flores le habían sido obsequiadas con frecuencia por su prometido es, junto al doble significado de "*carnation*", otro indicio del sentido fálico que cobran en el sueño. La ocasión diurna del obsequio floral es aprovechada para expresar el pensamiento del obsequio sexual y la retribución de este: ella obsequia su virginidad y espera a cambio una rica vida amorosa. También aquí el "*expensive flowers, one has to pay for them*" pudo cobrar quizás un significado (sin duda concreto, financiero). Por consiguiente, el simbolismo floral del sueño contiene el símbolo de la virginidad femenina, el símbolo masculino y la referencia a una desfloración violenta. Cabe apuntar que en el simbolismo sexual de las flores, por lo demás harto difundido, los órganos sexuales humanos se simbolizan mediante flores, órganos sexuales de las plantas; probablemente el regalarse flores los amantes tenga este significado inconciente.

»El cumpleaños {*birthday*, día del nacimiento} que ella prepara en sueños significa sin duda el nacimiento de un niño. Ella se identifica con el novio y lo figura como preparándola para un nacimiento, vale decir, poseyéndola sexualmente. El pensamiento latente podría formularse así: "Si yo fuese él, no esperaría, sino que desfloraría a la novia sin su licencia, usando de la violencia"; a ello apunta, sin duda, el "*violate*". Así se expresa también el componente libidinal sádico.

»En un estrato más profundo del sueño, el "*I arrange, etc.*" quizá tenga un significado autoerótico, y por ende infantil.

»También muestra ella un conocimiento, posible sólo en el sueño, de las deficiencias de su cuerpo; se ve lisa como

una tabla; y ello realza tanto más lo precioso del "*centre*" (en otra ocasión lo llama "*a centre-piece of flowers*"),* su virginidad. La posición horizontal de la mesa, asimismo, podría aportar un elemento al símbolo. — Es digna de notarse la concentración del sueño: nada sobra, cada palabra es un símbolo.

»Después aporta un suplemento al sueño: "*I decorate the flowers with green crinkled paper*" ("Adorno las flores con papel crespo verde"). Agrega que es "*fancy paper*" ("papel de fantasía"), con el que suelen revestirse las macetas. Sigue diciendo: "*to hide untidy things, whatever was to be seen, which was not pretty to the eye; there is a gap, a little space in the flowers*". Es decir: "para ocultar cosas impuras que no son lindas de mirar; un hueco, un pequeño espacio entre las flores". "*The paper looks like velvet or moss*" ("El papel parece terciopelo o musgo"). Con "*decorate*" asocia "*decorum*" {"decoro"}, como yo había esperado. El color verde, dice, es dominante; asocia con ello "*hope*" ("esperanza"), una nueva alusión a la gravidez. — En esta parte del sueño no gobierna la identificación con el hombre, sino que se abren paso unos pensamientos de pudor y franqueza. Se embellece para él, se confiesa defectos físicos de los que se avergüenza y que procura corregir. La ocurrencia del terciopelo o musgo es claro indicio de que se trata del *crines pubis*.

»El sueño es una expresión de pensamientos que difícilmente conozca la muchacha en su pensar despierto, pensamientos que versan sobre el amor sensual y sus órganos; ella es "preparada para un nacimiento", vale decir, la poseen sexualmente; se expresan el temor a la desfloración y quizá también el sufrimiento teñido de placer; confiesa sus fallas corporales y las compensa con creces exagerando el valor de su virginidad. Su pudor descarga de culpas a la sensualidad que se insinúa en ella: su meta es el hijo. También consideraciones materiales, ajenas a los amantes, encuentran su expresión. El afecto de este sueño simple —el sentimiento de dicha— indica que en él hallaron satisfacción fuertes complejos afectivos».

Con acierto,[37] Ferenczi (1917) ha llamado la atención sobre la facilidad con que precisamente los «sueños de personas desprevenidas» dejan traslucir el sentido de los símbolos y el significado de los sueños.

* {Forma usual de designar el «centro de mesa» o florero habitualmente colocado en ese lugar.}

37 [Este párrafo y el siguiente se agregaron en 1919.]

Intercalo aquí el sueño que sigue, proveniente de una personalidad histórica de nuestro tiempo, porque en él un objeto de suyo apropiado para subrogar el miembro masculino es caracterizado de la manera más nítida, mediante una precisión que se le agrega, como símbolo fálico. El «alargamiento interminable» de una fusta difícilmente pueda significar otra cosa que la erección. Además, este sueño proporciona un bello ejemplo del modo en que con un material sexual infantil pueden llegar a figurarse pensamientos serios y ajenos a lo sexual.

XI. *Un sueño de Bismarck [1919]*[38]

«En sus *Gedanken und Erinnerungen* {Pensamientos y recuerdos},[39] Bismarck cita una carta que escribió el 18 de diciembre de 1881 al emperador Guillermo I. Ella contiene el siguiente pasaje: "La comunicación de Vuestra Majestad me anima a relatarle un sueño que tuve a comienzos de 1863, en los días más difíciles del conflicto, cuando el ojo humano no podía divisar salida alguna transitable. Tuve entonces un sueño que enseguida conté por la mañana a mi mujer y a otros testigos; iba caballero por una angosta senda de los Alpes, a la derecha el abismo, la roca a la izquierda; la senda se estrechó más, tanto que el caballo se empacó, y la falta de espacio hacía imposible volver riendas o desmontar; empuñando mi fusta en la mano izquierda, di con ella un golpe contra la lisa pared de la roca, e invoqué a Dios; la fusta se alargó interminablemente, la pared rocosa se derrumbó como el decorado de un teatro y dejó al descubierto un ancho camino con un panorama de colinas y bosques como los de Bohemia; tropas prusianas agitaban banderas y yo, todavía en sueños, cavilaba sobre el modo más rápido de comunicárselo a Vuestra Majestad. Este sueño se cumplió, y yo desperté de él contento y reconfortado...".

»La acción del sueño se descompone en dos secciones: en la primera parte el soñante se ve en un aprieto del que es salvado de manera milagrosa en la segunda. La difícil situación en que se encuentran en el sueño caballo y jinete es una figuración fácilmente reconocible de la situación crítica del estadista, que él, al atardecer de la víspera, bien pudo sentir con particular amargura reflexionando sobre los problemas de su política. Con el mismo giro que a manera de símil llegó a la figuración {en el sueño}, describe Bismarck

38 Tomado de un artículo de Hanns Sachs [1913].
39 Volumen 2 de la edición popular, pág. 222 [1898, 2, pág. 194].

en el citado pasaje de su carta lo desesperante de su posición de entonces; es prueba de que ese giro {"salida transitable"} le acudía habitualmente. Además, estamos frente a un bello ejemplo del "fenómeno funcional" de Silberer [cf. págs. 498 y sigs.]. Lo que pasaba por el espíritu del soñante, quien para cada solución que ensayaba en su pensamiento tropezaba con obstáculos insuperables y a pesar de ello no podía ni debía desentenderse de los problemas, es figurado muy apropiadamente por el jinete que no puede avanzar ni retroceder. El orgullo que le veda pensar en una dimisión o en la retirada halla expresión en el sueño con las palabras "imposible volver riendas o desmontar". En su calidad de hombre activo y siempre esforzado que se consagra al bien público, era para Bismarck natural compararse con un caballo, y así lo hizo en varias oportunidades; por ejemplo, en su famosa sentencia: "Un buen caballo muere con la silla puesta". Así explicitadas, las palabras "el caballo se empacó" no significan sino que él, abrumado, siente la necesidad de extrañarse de las preocupaciones del presente o, dicho de otra manera, que está en tren de libertarse de los grillos del principio de realidad durmiéndose y soñando. El cumplimiento de deseo que después se expresa con tanta fuerza en la segunda parte es preludiado por las palabras "senda de los Alpes". Bien sabía Bismarck ya por entonces que sus próximas vacaciones las pasaría en los Alpes —en Gastein—; el sueño, trasladándolo ahí, lo libra por tanto de un solo golpe de todos esos fatigosos asuntos de Estado.

»En la segunda parte, los deseos del soñante se figuran doblemente —de manera no disfrazada y visible, pero también simbólica— como cumplidos. Simbólicamente, por la desaparición de la roca estorbosa, en cuyo lugar aparece un ancho camino —por ende, la salida buscada, y en la forma más cómoda—; y sin disfraz, por la visión de las tropas prusianas que avanzan. No hace falta imaginar unos nexos místicos para explicar esta visión profética; se basta enteramente la doctrina freudiana del cumplimiento de deseo. Ya por ese tiempo Bismarck discernía la mejor salida para los conflictos internos de Prusia en una guerra victoriosa con Austria. Cuando ve tropas en Bohemia, vale decir, en tierra enemiga, con sus banderas desplegadas, el sueño no hace sino figurarle ese deseo como cumplido, según postula Freud. Lo único significativo en el plano individual es que el soñante de que aquí nos ocupamos no se satisfizo con el cumplimiento onírico, sino que supo conquistar también el real. Un detalle que tiene que llamar la atención a todo el que conozca la técnica interpretativa del psicoanálisis es la

fusta, que se "alarga interminablemente". Fusta, bastón, lanza y cosas parecidas nos son bien familiares como símbolos fálicos; y si esta fusta posee encima la propiedad más llamativa del falo, la de dilatarse, no pueden subsistir dudas. La exageración del fenómeno por el "alargamiento interminable" parece apuntar a la sobreinvestidura infantil.[40] El empuñar-la-fusta alude nítidamente a la masturbación, que desde luego no debe entenderse con respecto a la condición actual del soñante, sino a un placer infantil muy remoto. Harto valiosa es aquí la interpretación descubierta por el doctor Stekel [1909, págs. 466 y sigs.], según la cual la *izquierda* significa en el sueño la falta, lo prohibido, el pecado, lo cual convendría muy bien a un onanismo infantil que se practicó a pesar de su prohibición. Entre ese estrato infantil, más profundo, y el más superficial que se ocupa de los planes diurnos del estadista puede señalarse todavía un estrato intermedio que mantiene relación con los otros dos. Todo el hecho, la salvación milagrosa de un aprieto después de golpear la roca y de invocar el auxilio de Dios, se parece llamativamente a una escena bíblica, aquella en que Moisés, golpeando la roca, hizo brotar el agua para los sedientos hijos de Israel. Admitiremos sin vacilar que Bismarck, que provenía de un hogar protestante en el que la Biblia era reverenciada, conocía al dedillo ese pasaje. Y no le fue difícil a Bismarck, en aquella época de conflictos, compararse con Moisés, el guía de su pueblo, que quiere liberar a este pero recibe en pago la sedición, el odio y la ingratitud. Por esa vertiente el pasaje bíblico pudo apuntalarse en los deseos actuales. Por otro lado, contiene muchos detalles que se prestan bien a que los use la fantasía masturbadora. Contraviniendo el mandato de Dios, empuña Moisés el bastón y el Señor lo castiga por esa trasgresión anunciándole que morirá sin pisar la Tierra Prometida. La prohibición de empuñar el bastón —de carácter inequívocamente fálico en el sueño—, la producción de algo líquido después de golpear con él y la amenaza de muerte: he ahí, reunidos, los principales elementos de la masturbación infantil. Interesante es la elaboración que, por mediación del pasaje bíblico, ha soldado esas dos imágenes heterogéneas, la una proveniente de la psique del genial estadista y la otra de las mociones del alma infantil primitiva, consiguiendo eliminar de pasada todos los aspectos penosos. Que empuñar el bastón es un acto prohibido, levantisco, viene indicado apenas, simbólica-

40 [Sachs parece estar usando la palabra simplemente para significar una «investidura adicional», y no en el sentido especial en que Freud la utiliza *infra*, págs. 583, 592 y 604.]

mente, por ser la mano izquierda la que lo hace. En el contenido manifiesto del sueño, empero, se invoca a Dios, como para aventar por vía de ostentación cualquier sospecha de algo prohibido o furtivo. De los dos anuncios que hizo Dios a Moisés, que vería la Tierra Prometida mas no la pisaría, el primero se figura nítidamente como cumplido ("un panorama de colinas y bosques"), pero el segundo, penoso en extremo, ni se menciona. El agua probablemente se ofreció en sacrificio a la elaboración secundaria [cf. págs. 485 y sigs.], que se empeñó con éxito en unificar esta escena con la anterior; en lugar de brotar agua, se desmorona la roca misma.

»Al final de una fantasía infantil de masturbación en la que aparece el tema de la prohibición, esperaríamos el deseo del niño de que las personas con autoridad que lo rodean no se enteren para nada de lo sucedido. En el sueño este deseo está sustituido por su contrario, el de anunciar enseguida al rey lo ocurrido. Pero esta inversión se acopla de manera singular y por completo inadvertida a la fantasía de victoria contenida en el estrato superficial de los pensamientos oníricos y en una parte del contenido manifiesto del sueño. Semejantes sueños de victoria y de conquista son a menudo la cobertura de un deseo de conquista erótica; detalles aislados de este sueño, como el hecho de que el que va penetrando tropiece con una resistencia, pero usando de su fusta que se alarga haga aparecer un ancho camino, quizás apunten a eso, pero no son suficientes para profundizar desde ellos en una dirección del deseo y del pensamiento bien precisa, que atravesase al sueño todo. Vemos aquí el caso ejemplar de una desfiguración onírica lograda acabadamente. Lo chocante se retrabajó de manera que en ninguna parte se saliera de la tela que se echó sobre él como cubierta protectora. La consecuencia fue que pudo evitarse cualquier desprendimiento de angustia. Es un caso ideal de cumplimiento de deseo que se alcanza sin infringir la censura, y por eso es comprensible que el soñante se despertara "contento y reconfortado" de un sueño así».

Concluyo con el

XII. *Sueño de un químico [1909]*

Es el sueño de un joven que se esforzaba por abandonar sus hábitos onanistas en favor del comercio con la mujer.

INFORME PRELIMINAR: El día anterior al sueño explicó a un estudiante la reacción de Grignard, por la cual puede disolverse el magnesio, mediante la acción catalítica del yodo,

en éter absolutamente puro. Dos días antes esa misma reacción había provocado una explosión en que un obrero se quemó la mano.

SUEÑO: I) *Debe fabricar bromuro de magnesio fenílico, ve el aparato con particular nitidez, pero él mismo se ha sustituido al magnesio. Ahora se encuentra en un estado extrañamente inestable; se dice una y otra vez: «Es lo correcto, esto anda, mis pies ya se disuelven* {*auflösen*}, *mis rodillas se ablandan». Después se palpa, tiene sensibilidad en los pies, y entretanto saca (no sabe cómo) sus piernas de la retorta, y se dice de nuevo: «Esto no puede ser. Y sin embargo, está bien hecho». Tras eso se despierta parcialmente y se repite a sí mismo el sueño porque quiere contármelo. Le causa directamente temor la solución* {*Auflösung*} *del sueño, y en toda esa duermevela está muy excitado y se repite sin parar: «Fenil, fenil».*

II) *Está con toda su familia en ...ing, debe llegar a las once y media a la Schottentor,*[41] *donde se ha citado con cierta dama, pero sólo se despierta cerca de las once y media. Se dice: «Ahora es muy tarde; mientras llegas, serán las doce y media». En el momento que sigue ve a toda la familia reunida a la mesa, con particular nitidez a la madre y a la mucama con la sopera. Se dice entonces: «Y bien, si ya comemos, no es hora de ir».*

ANÁLISIS: Está seguro de que ya el primer sueño tiene relación con la dama de su cita (soñó la noche anterior a la esperada cita). El estudiante a quien impartió enseñanza es un tipo particularmente repugnante; le dijo: «No es lo correcto», puesto que el magnesio aún estaba intacto, y el estudiante le respondió, como si nada le importase: «Y bueno, no es lo correcto». Ese estudiante tiene que ser él mismo —tan indiferente hacia su *análisis* como el otro hacia su *síntesis*— y, en cambio, el que aparece en el sueño como él mismo, el que realiza la operación, he de ser yo. ¡Cuán repugnante tiene que ser para mí su indiferencia hacia el resultado!

Por otra parte, él es eso mismo con que se hace el análisis (síntesis). Se trata del éxito de la cura. Las piernas del sueño le recuerdan una impresión de la tarde de ayer. En la academia de baile se encontró con una dama a quien quiso conquistar; la apretó contra sí tan fuerte que ella hubo de gritar una vez. Pero cuando dejó de oprimirle las piernas, sintió la fuerte contrapresión de ella hasta arriba de la rodilla, en

41 [«...ing» era presumiblemente un suburbio de Viena (cf. *supra*, **4**, pág. 305; la Schottentor está cerca del centro de la ciudad.]

los lugares señalados en el sueño. Dentro de esta situación, por tanto, el magnesio de la retorta es la mujer; por ahí andan las cosas, en definitiva. El es femenino hacia mí, como es viril hacia la mujer. Tal como andan las cosas con la dama, así andan con la cura. El palparse y las percepciones en sus rodillas apuntan al onanismo y se corresponden con su fatiga del día anterior. La cita se había convenido realmente para las once y media. Su deseo de quedarse dormido y de permanecer junto a los objetos sexuales hogareños (o sea, de quedarse con el onanismo) responde a su resistencia.

Acerca de la repetición de «fenil», informa: «Todos esos radicales en "il" siempre me gustaron mucho, son muy cómodos para usarlos: bencil, acetil, etc.». Ahora bien, esto nada explica, pero cuando yo le propongo el radical *Schlemihl* * ríe mucho y me cuenta que durante el verano leyó un libro de Prévost, donde, en el capítulo «Les exclus de l'amour» {Los excluidos del amor} se hablaba de los «*Schlémiliés*», con motivo de cuya descripción él se dijo: «Es mi caso». Es que habría sido cosa de pobre diablo el faltar a la cita.

Parece que el simbolismo sexual ha encontrado ya una corroboración experimental directa. En 1912, el doctor en filosofía K. Schrötter, por inspiración de H. Swoboda, produjo sueños en personas bajo hipnosis profunda; por sugestión les instiló un encargo que establecía buena parte del contenido del sueño. Cuando el encargo consistía en soñar con un comercio sexual normal o anormal, el sueño lo cumplía remplazando el material sexual por los símbolos ya familiares en la interpretación psicoanalítica de los sueños. Por ejemplo, tras la sugestión de que se soñase un comercio homosexual con una amiga, apareció esta en el sueño llevando en la mano una raída *maleta de viaje* de la cual pendía un cartelito; ahí se leían estas palabras: «Sólo para damas». Cabe presumir que la soñante ni había oído hablar del simbolismo onírico ni de la interpretación de los sueños. El desgraciado hecho de que el doctor Schrötter se suicidara poco después hace difícil justificar esta importante investigación. Apenas contamos, para sus experimentos sobre el sueño, con una comunicación provisional en *Zentralblatt für Psychoanalyse* (Schrötter, 1912). [1914.]

Resultados parecidos publicó G. Roffenstein en 1923. Ahora bien, particular interés presentan los experimentos de

* {Palabra de origen hebreo muy usada en alemán, que significa «pobre diablo», «infeliz».}

Betlheim y Hartmann (1924), porque en ellos se dejó de lado la hipnosis. Estos autores contaron a enfermos que padecían el síndrome de Korsakoff historias de grosero contenido sexual, observando la desfiguración con que después reproducían lo contado. Quedó demostrado que los símbolos ya familiares en la interpretación de los sueños salían a la luz (montar escaleras, pinchar y tirar al blanco como símbolos del coito; cuchillos y cigarrillos como símbolos del pene). Atribuyen valor particular a la aparición del símbolo de la escalera porque, como observan con acierto, «una simbolización de esa índole sería inalcanzable para un deseo conciente de desfiguración». [1925.]

Sólo ahora, tras haber apreciado el simbolismo en el sueño, podemos retomar el tratamiento de los *sueños típicos*, interrumpido en [4] página 284. [1914.] Creo justificado clasificar a grandes líneas estos sueños en dos clases: los que realmente poseen siempre idéntico sentido, y los que a pesar de su contenido idéntico o parecido tienen que experimentar todavía las más variadas interpretaciones. Entre los sueños típicos de la primera clase, ya traté en profundidad el sueño de examen. [1909.][42]

Por su semejanza en cuanto a la impresión afectiva, los sueños en que no alcanzamos un tren merecen clasificarse junto con los de examen. Y su esclarecimiento justifica esa aproximación. Son sueños que nos consuelan de otra moción de angustia sentida mientras dormimos: la angustia ante la muerte. «Partir» es, para la muerte, uno de los símbolos más corrientes y que mejor pueden fundamentarse. El sueño nos dice entonces, consoladoramente: «Sosiégate, no morirás (no partirás)», como el sueño de examen nos tranquilizaba: «Nada temas, tampoco esta vez te ocurrirá nada». La dificultad que ofrece la comprensión de estos dos tipos de sueños se debe a que a la expresión del consuelo se anuda precisamente el sentimiento de angustia. [1911.][43]

El sentido de los «*sueños por estímulo dentario*»[44] que hartas veces hube de analizar en mis pacientes se me escapó

[42] [Cf. *supra*, **4**, págs. 281 y sigs.]
[43] [La edición de 1911 incluía en este punto la siguiente oración: «El libro de Stekel recientemente publicado (1911*a*) se ocupa con amplitud de los símbolos de muerte».]
[44] [Cf. *supra*, **4**, pág. 239. Este párrafo y los ocho siguientes datan de 1909.]

durante mucho tiempo porque, para mi sorpresa, regularmente oponían a la interpretación unas resistencias excesivas. Por último, abrumadoras pruebas establecieron fuera de toda duda que en los hombres la fuerza impulsora de estos sueños proviene de la concupiscencia onanista de la pubertad. Me propongo analizar dos de tales sueños, uno de los cuales es al mismo tiempo un «sueño de vuelo». Ambos provienen de la misma persona, un joven de marcada homosexualidad, pero que él inhibe en su vida.

Asiste a la representación de «Fidelio». Está en la platea junto a L., una personalidad que le es simpática y cuya amistad bien querría granjearse. De pronto se vuela de través por la platea hasta el final, y entonces se agarra la boca y se extrae dos dientes.

El mismo describe el vuelo como si fuera «lanzado» por el aire. Puesto que se trata de una representación de *Fidelio*, viene a cuento el verso:

«*Wer ein holdes Weib errungen*...».*

Pero conseguir una mujer, aun la más dulce, no está entre los deseos del soñante. Otros dos versos armonizan mejor con ellos:

«*Wem der* grosse Wurf *gelungen,*
Eines Freundes Freund zu sein...».**[45]

Ahora bien, el sueño contiene esta «*grossen Wurf*», esta gran suerte, pero no es sólo un cumplimiento de deseo. Tras él se oculta también una reflexión penosa (ya hartas veces sus requerimientos de amistad le hicieron desgraciado, fue «lanzado afuera» {«*hinausgeworfen*»}) y el temor de que ese destino pueda repetirse con el joven junto al cual goza de la representación de *Fidelio*. Y ahora se acopla a ello la confesión, vergonzosa para el delicado soñante: en una ocasión, después que un amigo rompió con él, añorándolo se masturbó dos veces, una tras otra, presa de excitación sexual.

* {«Quien ha conseguido una dulce mujer...».}
** {«Quien ha tenido la gran suerte / de ser amigo de un amigo...».}
45 [«*Wem der grosse Wurf gelungen, / Eines Freundes Freund zu sein, / Wer ein holdes Weib errungen*...». Estos son los versos con que se inicia la segunda estrofa del *Himno a la alegría* de Schiller, al que Beethoven puso música en su *Sinfonía coral.* Pero el tercero de ellos (el citado en primer término por Freud) es también, en realidad, el primero de la última parte del coro final en la ópera *Fidelio*, de Beethoven (cuyo libretista aparentemente plagió a Schiller).]

El otro sueño: *Dos profesores universitarios conocidos de él lo tratan en mi remplazo. Uno hace algo con su miembro; siente angustia ante una operación. El otro le golpea la boca con una varilla de hierro, por lo que pierde uno o dos dientes. Está atado con cuatro bandas de seda.*

El sentido sexual de este sueño es indudable. Las bandas de seda corresponden a una identificación con un homosexual que él conoce. El soñante, que nunca practicó el coito, y tampoco ha buscado en la realidad comercio sexual con hombres, se representa el comercio sexual según el modelo del onanismo de la pubertad con que estuvo familiarizado.

Opino que las frecuentes modificaciones del sueño típico de estímulo dentario (p. ej., que otra persona extrae un diente al soñante, y cosas parecidas) se vuelven comprensibles por esa misma explicación.[46] Ahora bien, puede parecer enigmático que el «estímulo dentario» alcance este significado. Llamo la atención aquí sobre el traslado de abajo a arriba, tan común, y que está al servicio de la represión sexual;[47] en virtud de él, en la histeria toda clase de sensaciones y de intenciones destinadas a jugarse en los genitales pueden realizarse al menos en otras partes del cuerpo que están libres de objeción. Un caso de traslado de esa índole se presenta también cuando en el simbolismo del pensamiento inconciente los genitales son sustituidos por el rostro. El uso lingüístico contribuye a ello, pues en las nalgas {*Hinterbacken*, mejillas de atrás} discierne el homólogo de las mejillas, y además de los labios que enmarcan la cavidad bucal conoce otros, los de la vulva. En incontables alusiones la nariz es equiparada al pene, y en un caso y otro la formación pilífera perfecciona la semejanza. Sólo un detalle escapa a toda comparación: los dientes; y precisamente esa superposición de concordancias y discordancias hace a los dientes aptos para los fines de la figuración bajo el acicate de la represión sexual.

Ahora bien, no quiero decir que la interpretación del sueño por estímulo dentario como sueño de onanismo, de cuya justificación no puedo dudar, se haya vuelto por entero tras-

[46] [*Nota agregada* en 1914:] La extracción de un diente por otra persona debe interpretarse casi siempre como castración (lo mismo que el corte de los cabellos por el peluquero, según Stekel). Es preciso distinguir entre sueños por estímulo dentario y sueños de dentista, como los comunicados por Coriat (1913).

[47] [Ejemplos de esto se encontrarán en el historial clínico de «Dora» (Freud, 1905*e*). La comparación que sigue había sido trazada por Freud en una carta a Fliess del 16 de enero de 1899 (Freud, 1950*a*, Carta 102), *AE*, **1**, pág. 319.]

parente.[48] Yo consigno todo cuanto sé acerca de su explicación, y tengo que dejar un resto irresuelto. Pero debo apuntar también otro nexo, contenido en la expresión lingüística. En los países de habla alemana hay una designación grosera para el acto masturbatorio: «*sich einen ausreissen*» o «*sich einen herunterreissen*» {«sacarse una» o «quitarse una»}.[49] No sé de dónde provienen estos giros ni conozco la figuración que está en su base, pero al primero de ellos convienen muy bien los «dientes».

La creencia popular interpreta los sueños de extracción o de caída de dientes como anuncio de la muerte de un familiar, pero el psicoanálisis no puede concederles ese significado sino, a lo sumo, en el sentido paródico antes señalado. En relación con ello intercalo aquí uno de los «sueños por estímulo dentario» que Otto Rank ha puesto a nuestra disposición:[50]

«De un colega que desde hace algún tiempo ha empezado a interesarse vivamente por los problemas de la interpretación de los sueños, he recibido el siguiente informe:

»"Hace poco soñé: *Estoy en el consultorio del dentista, quien me excava una de las últimas muelas de la mandíbula inferior. Pero trabaja tanto que termina por inutilizármela. Entonces toma las pinzas y me la extrae con una facilidad tan grande que me maravilla. Me dice que no debe importarme, pues ese no es el diente que verdaderamente me trataba. Acto seguido lo pone sobre la mesa, donde el diente (ahora me parece un incisivo superior) se fragmenta en varias capas. Me levanto del sillón, me acerco con curiosidad y le hago, interesado, una pregunta médica. El odontólogo me explica, mientras separa los diversos fragmentos del diente llamativamente blanco y los aplasta (pulveriza) con un instrumento, que eso tiene que ver con la pubertad y que sólo antes de la pubertad los dientes se sacan con tanta facilidad; en las mujeres el momento decisivo para ello es el nacimiento de un hijo.*

[48] [*Nota agregada* en 1909:] Según una comunicación de C. G. Jung, los sueños por estímulo dentario tienen en las mujeres el significado de sueños de nacimiento. — [*Agregado* en 1919:] E. Jones ha presentado una clara confirmación de esto [1914*b*]. El elemento común entre esta interpretación y la expuesta antes reside en que en ambos casos (castración y nacimiento) se trata de la separación de una parte del cuerpo.

[49] [*Nota agregada* en 1911:] Cf. sobre esto el sueño «biográfico» de págs. 353-4 [y *n.* 21].

[50] [Este párrafo y la cita de Rank que sigue (tomada de Rank, 1911*c*) fueron incluidos por primera vez en 1911. Véase el sueño de la escalera, del mismo soñante, en pág. 374.]

»"Reparo entonces (según creo, en duermevela) que ese sueño se acompañó de una polución, pero no puedo asignarla con seguridad a un lugar determinado del sueño; lo más probable, me parece, es que sobrevino cuando me extrajeron el diente.

»"Sigo soñando con algo que ya no puedo recordar, y concluye así: *Abandonando en algún lugar (posiblemente en el guardarropas del consultorio odontológico) sombrero y saco con la esperanza de que me serán devueltos, y cubierto sólo con el sobretodo, me apresuro a alcanzar un tren que parte. A último momento logro saltar al vagón posterior, donde ya hay alguien. Pero ya no pude introducirme en el interior del vagón, sino que debí hacer el viaje en una posición incómoda, de la que intentaba liberarme hasta que por fin lo conseguí. Atravesábamos un gran túnel, y en eso en sentido contrario pasaron dos trenes como a través del nuestro, cual si este fuera el túnel. Miro dentro del vagón como desde fuera, por una ventanilla.*

»"Como material para interpretar este sueño se presentan las siguientes vivencias y pensamientos del día anterior:

»"I. Es verdad que desde hace poco tiempo estoy bajo tratamiento odontológico, y para la época del sueño tuve continuos dolores en esa muela de la mandíbula inferior que es excavada en él; también en la realidad el dentista trabajó allí más tiempo del que yo hubiera querido. La mañana del día del sueño hice una nueva visita al odontólogo a causa de los dolores, y él me sugirió que me hiciese extraer otro diente de la misma mandíbula (no el que estaba bajo tratamiento), del cual probablemente provenía el dolor. Era una 'muela del juicio' que estaba cortando. Y en esa oportunidad, además, le hice una pregunta relativa a su conciencia médica.

»"II. La tarde del mismo día me vi obligado a mencionar mi dolor de muelas a una dama como disculpa de mi mal humor, con motivo de lo cual ella me contó que tenía miedo de hacerse extraer una raíz cuya corona se había desmoronado casi del todo. Creía que la extracción era particularmente dolorosa y peligrosa en el caso de los colmillos, aunque por otra parte una conocida le ha dicho que todo anda más fácil con los dientes de la mandíbula superior (y ella tiene su problema en uno de estos). Pero esta conocida le contó también que una vez, luego de anestesiarla, le extrajeron un diente equivocado, relato que no hizo sino multiplicar su horror ante esa operación necesaria. Me preguntó después si por colmillos {*Augenzähnen*} había que entender molares o caninos {*Backen- oder Eckzähne*}, y qué se sabía sobre ellos.

Le hice notar el sesgo supersticioso de todas esas opiniones, aunque sin dejar de reconocer el núcleo de verdad que contienen muchas intuiciones populares. Sobre esto me dijo que conocía una creencia popular, muy antigua y difundida según creía: *Cuando una embarazada tiene dolor de muelas, le nacerá un varoncito.*

»"III. Este refrán me interesó con referencia al significado típico de los sueños por estímulo dentario como sustitutos del onanismo, comunicado por Freud en *La interpretación de los sueños.* Es que esa sentencia popular [la mencionada por la dama] establece cierta relación entre los dientes y el genital masculino {*Bub*; *Bube*, varoncito}. Por eso al atardecer del mismo día leí los pasajes respectivos de *La interpretación de los sueños* y allí encontré, entre otras, las apuntaciones que a continuación reproduzco, y cuya influencia sobre mi sueño es tan fácil de reconocer como la de las dos vivencias antes mencionadas. Acerca de los sueños por estímulo dentario, escribe Freud que 'en los hombres la fuerza impulsora de estos sueños proviene de la concupiscencia onanista de la *pubertad*' [pág. 389]. Y después: 'Opino que las frecuentes modificaciones del sueño típico de estímulo dentario (p. ej., que otra persona extrae un diente al soñante, y cosas parecidas) se vuelven comprensibles por esa misma explicación. Ahora bien, puede parecer enigmático que el 'estímulo dentario' alcance este significado. Llamo la atención aquí sobre el *traslado de abajo a arriba*, tan común, y que está al servicio de la represión sexual; en virtud de él, en la histeria toda clase de sensaciones y de intenciones destinadas a jugarse en los genitales pueden realizarse al menos en otras partes del cuerpo que están libres de objeción' [pág. 390]. 'Pero debo apuntar también otro nexo, contenido en la expresión lingüística. En los países de habla alemana hay una designación grosera para el acto masturbatorio: '*sich einen ausreissen*' o '*sich einen herunterreissen*' {'sacarse una' o 'quitarse una'}' [pág. 391]. Ya de adolescente me era familiar esta expresión para designar el onanismo, y partiendo de aquí el intérprete de sueños ejercitado descubrirá sin dificultad el acceso al material infantil que pueda estar en la base de este sueño. Sólo he de consignar que la facilidad con que en el sueño se saca el diente que después de la extracción se muda en un incisivo superior me trae a la memoria un episodio de mi niñez, cuando *yo mismo me extraje*, con facilidad y sin dolor, un *incisivo superior* que tenía flojo. Este suceso, que todavía hoy recuerdo con nitidez en todos sus detalles, ocurrió en ese período temprano a que en

mi caso se remontan los primeros ensayos concientes de onanismo (recuerdo encubridor).

»"La referencia de Freud a una comunicación de C. G. Jung según la cual los sueños por estímulo dentario tienen en las mujeres el significado de *sueños de nacimiento* [pág. 391, *n.* 48], así como la creencia popular en el significado del dolor de muelas en las embarazadas, ocasionaron dentro del sueño la contraposición del significado femenino frente al masculino (pubertad). En relación con esto recuerdo un sueño anterior; poco después de terminar un tratamiento odontológico, soñé que se me caían justo las dos coronas de oro que acababan de implantarme y ello me causaba gran enojo, a causa del considerable gasto, del que aún no me había resarcido del todo. Ahora me resulta comprensible este sueño relacionándolo con una cierta vivencia: reconoce las ventajas materiales de la masturbación respecto del amor de objeto, que es en todas sus formas más perjudicial en lo económico (coronas de oro), y creo que lo dicho por aquella dama acerca del significado del dolor de muelas en las embarazadas evocó de nuevo en mí esta ilación de pensamientos".

»Hasta aquí la interpretación del colega, cabalmente esclarecedora y, según creo, inobjetable. Nada tengo que agregar, como no sea, quizá, una referencia al sentido probable de la segunda parte del sueño, que a través de los puentes léxicos *Zahn*-(*ziehen*-*Zug*; *reissen*-*reisen*) {diente-(extraer-tren; arrancar-partir)} figura, según todo parece indicarlo, el paso que el soñante consumó, en medio de dificultades, desde la masturbación hasta el comercio sexual (el túnel por el cual los trenes entran y salen en distintas direcciones), así como los peligros de este último (embarazo; sobretodo [51]).

»En lo teórico, por otra parte, el caso me parece interesante en dos sentidos. En primer lugar, es probatorio del nexo descubierto por Freud, a saber, que en el sueño se produce la eyaculación junto con el acto de extracción de un diente. Y por cierto que debemos ver en la polución, cualquiera que sea la forma en que sobrevenga, una satisfacción masturbatoria que se lleva a cabo sin el auxilio de estimulaciones mecánicas. A ello se suma que en este caso la satisfacción polutoria no se consuma, como es lo habitual, con relación a un objeto aunque sólo sea imaginado, sino que sucede sin objeto y es, si se nos permite la expresión, puramente autoerótica; a lo sumo deja reconocer un leve sesgo homosexual (dentista).

51 [Cf. *supra*, **4**, págs. 201-2.]

»He aquí el segundo punto que creo merece ponerse de relieve: Resulta tentador objetar que es por completo superfluo empeñarse en ver validada aquí la concepción de Freud, puesto que las vivencias del día anterior se bastan por sí solas para hacernos comprensible el contenido del sueño. La visita al dentista, la conversación con la dama y la lectura de *La interpretación de los sueños* explicarían suficientemente que el durmiente, desasosegado también de noche por su dolor de muelas, produjese este sueño; y hasta puede argüirse que lo hizo para alejar de sí el dolor que le perturbaba el dormir (mediante la representación del alejamiento del diente dolorido, y dando tinte libidinal a la temida sensación de dolor). Ahora bien, por más concesiones que se hagan en este sentido, no puede defenderse con seriedad la tesis de que la lectura de los esclarecimientos de Freud estableció en el soñante el nexo entre extracción del diente y acto masturbatorio, o siquiera le confirió eficacia. Ello no habría podido ocurrir si el soñante, como él mismo lo confiesa (en su frase "*sich einen ausreissen*"), no tuviera preformado ese nexo desde mucho antes. Más bien pudo haberlo reactualizado, aparte de la conversación con la dama, lo que después comunica: cuando leyó *La interpretación de los sueños*, razones por demás comprensibles hicieron que no quisiera dar entero crédito a este significado típico de los sueños por estímulo dentario, y se engendró en él el deseo de saber si dicho significado convenía a todos los sueños de ese tipo. Ahora bien, el sueño se lo confirmó, al menos para su persona, y así le mostró el porqué de sus obligadas dudas. Por tanto, también en este aspecto es el sueño el cumplimiento de un deseo, a saber, el de convencerse del alcance y la solidez de esta concepción de Freud».

Al segundo grupo de sueños típicos pertenecen aquellos en que volamos o flotamos en el aire, caemos, nadamos, etc. ¿Qué significan estos sueños? No se lo puede decir en general. Como habremos de enterarnos, en cada caso significan algo diverso, y sólo el material de sensaciones contenidas en ellos brota siempre de la misma fuente. [1909.]

Por los datos que nos proporcionan los psicoanálisis es preciso inferir que también tales sueños repiten impresiones de la infancia: se relacionan con los juegos de movimiento, tan singularmente atractivos para los niños. No hay tío que no haya hecho volar a su sobrinito tomándolo con sus brazos extendidos y corriendo por la habitación, o jugado a que lo deja caer balanceándolo sobre las rodillas y estirando de

pronto una pierna, o lanzándolo al aire y haciendo como si no fuese a sostenerlo. Los niños dan entonces gritos de alegría y no se cansan de pedir la repetición, en particular cuando va en ello algo de susto o de vértigo; andando el tiempo, se procuran en el sueño esa repetición, pero ahora faltan las manos que los sujetaban y por eso flotan o caen libremente. Conocida es la preferencia de todos los niños pequeños por esos juegos, como la hamaca y el subibaja; cuando después ven acrobacias en el circo, el recuerdo se renueva. En muchos varones el ataque histérico no consiste sino en reproducciones de tales acrobacias, que ejecutan con gran habilidad. No es raro que estos juegos de movimiento, en sí inocentes, despierten sensaciones sexuales. Para decirlo con una palabra usual entre nosotros, que abarca todos estos manejos: el «corretear» {«*Hetzen*»} de la infancia, que repiten {retoman} los sueños de volar, caer, tener vértigo, etc., es aquel cuyo sentimiento de placer se tuerce ahora simétricamente {*verkehren*} en angustia. Y toda madre sabe que el corretear de los niños con harta frecuencia termina en querellas y lágrimas. [1900.]

Por eso tengo buenas razones para rechazar la explicación según la cual el estado de nuestra sensibilidad cutánea mientras dormimos, las sensaciones del movimiento pulmonar, etc., provocan los sueños de volar o caer. Veo que estas sensaciones mismas son reproducidas {*reproduzieren*} a partir del recuerdo a que el sueño se refiere, y por tanto son contenido de este y no sus fuentes. [1900.][52]

Ahora bien, este material de sensaciones de movimiento, que es de tipo uniforme y brota de idéntica fuente, se usa para la figuración de los más diversos pensamientos oníricos. Los sueños en que se vuela o se flota, teñidos casi siempre de placer, reclaman las más variadas interpretaciones: por completo especiales en algunas personas o idénticamente típicas en otras. Una de mis pacientes soñaba con mucha frecuencia que flotaba sobre la calle a cierta altura, sin rozar el suelo. Era muy menuda de cuerpo y la horrorizaba toda contaminación que el trato con seres humanos produce. Su sueño de flotamiento le cumplía ambos deseos, pues elevaba sus pies del suelo y le hacía remontar su cabeza a regiones superiores. En otras soñantes, el sueño de vuelo tenía el significado de este anhelo: «Ojalá yo fuera un pajarito»; otras se convertían en ángeles de noche, a falta de que las llamasen así de

[52] [*Nota agregada* en 1930:] Estas observaciones sobre los sueños de movimiento se repiten aquí porque el presente contexto lo requiere. Véase *supra* [**4**], págs. 279-81 [donde se hallarán algunas notas de pie de página adicionales].

día. La proximidad asociativa del volar con la representación del pájaro nos permite comprender que en los hombres el sueño de vuelo tenga casi siempre un grosero significado sensual. [Cf. pág. 574, *n.* 8.] Y no nos maravillará enterarnos de que este o aquel soñante se pone todas las veces muy orgulloso de su capacidad de volar. [1909.]

El doctor Paul Federn, de Viena [trasladado después a Nueva York], ha expuesto[53] la seductora conjetura de que buena parte de estos sueños de vuelo son sueños de erección, pues este extraordinario fenómeno, que ha ocupado sin cesar la fantasía humana, no puede menos que impresionar como una cancelación de la gravedad. (Cf. sobre esto los falos alados de los antiguos.) [1911.]

Es notable que Mourly Vold, ese sobrio investigador experimental de los sueños que siente genuina repugnancia por toda interpretación, sostenga empero la interpretación erótica de los sueños de vuelo y de flotación.[54] Dice que el erotismo es el «motivo más importante del sueño de flotación», y para ello arguye el fuerte sentimiento de vibración que lo acompaña y su frecuente conexión con erecciones o poluciones. [1914.]

Los sueños de *caída* presentan más a menudo el carácter de angustia. Su interpretación no ofrece dificultad alguna en las mujeres, pues casi siempre ellas aceptan el uso simbólico de la caída como paráfrasis del ceder a una tentación erótica. Todavía no hemos agotado las fuentes infantiles del sueño de caída; casi todo niño se ha caído alguna vez, y entonces lo alzaron y acariciaron; cuando por la noche se caía de su camita, su madre o su niñera lo recogían en la cama de ellas. [1909.]

Personas que suelen soñar con que *nadan*, surcan las olas con gran gusto, etc., casi siempre {en su infancia} se han mojado en la cama y ahora repiten en el sueño un placer al que aprendieron a renunciar hace ya mucho tiempo. Pronto veremos en alguno que otro ejemplo [cf. págs. 402 y sigs.] la figuración a que se prestan los sueños de natación. [1909.]

La interpretación de los sueños sobre *fuego* da la razón a un mandato de la buena crianza: que los niños no jueguen con fuego, pues a la noche se mojarán en la cama. En efecto, tienen también por base la reminiscencia de la enuresis nocturna de los años infantiles. En mi «Fragmento de análisis de un caso de histeria»[55] ofrecí el análisis y la síntesis com-

[53] [En una reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Véase su ulterior artículo sobre el tema (Federn, 1914, pág. 126).]
[54] Vold, 1910-12, **2**, pág. 791.
[55] [1905*e*, *AE*, **7**, págs. 57 y sigs.]

pletos de uno de esos sueños sobre fuego en conexión con el historial clínico de la soñante, y mostré las mociones adultas a cuya figuración se prestó ese material infantil. [1911.]

Podríamos mencionar todavía toda una serie de sueños «típicos», si entendiésemos por tales aquellos en que idéntico contenido onírico manifiesto emerge con frecuencia en soñantes diversos. Por ejemplo: los sueños en que se anda por calles estrechas o por toda una serie de habitaciones,[56] los sueños del ladrón nocturno, a quien también van dirigidas las medidas precautorias que adoptan los neuróticos antes de irse a dormir [cf. pág. 406], los de persecución por animales salvajes (toros, caballos) [cf. pág. 411], o de amenaza con cuchillos, dagas, lanzas, etc. Los dos últimos son característicos del contenido manifiesto en sueños de personas que padecen de angustia. Muy provechosa sería una investigación que se ocupase especialmente de este material. En lugar de ello ofreceré dos[57] observaciones, aunque no referidas exclusivamente a sueños típicos. [1909.]

Cuanto más nos ocupemos de solucionar sueños, tanto mejor dispuestos estaremos a reconocer que los de adultos en su mayoría tratan de un material sexual y expresan deseos eróticos. Sólo puede formarse un juicio sobre ello el que realmente analiza sueños, es decir, penetra desde su contenido manifiesto hasta los pensamientos oníricos latentes; nunca el que se contenta con registrar el contenido manifiesto (como hace, por ejemplo, Näcke en sus trabajos sobre los sueños sexuales). Consignemos también que este hecho no nos aporta nada sorprendente, pues está en plena armonía con los principios que establecimos para la explicación del sue-

56 [Cf. *supra*, **4**, pág. 228.]

57 [Este «dos» es un vestigio de las ediciones de 1909 y 1911, donde todo el examen de los sueños «típicos» estaba contenido en el capítulo V. La primera observación, introducida por un «I», comenzaba con el párrafo que ahora sigue y continuaba hasta el final de la presente sección E (hasta la pág. 406). La segunda observación, introducida por un «II», le seguía inmediatamente; era el pasaje que comienza en la pág. 357 con «Cuando uno se ha familiarizado...» y continúa hasta «...habría sido cosa de pobre diablo el faltar a la cita», en la pág. 387. En las dos ediciones mencionadas, allí concluía el capítulo V. En las ediciones posteriores, por supuesto, estos dos pasajes se ampliaron mucho por la incorporación del nuevo material. En la edición de 1909 las dos observaciones ocupaban sólo unas cinco páginas, mientras que en la de 1930 ocupaban cuarenta y dos.]

ño. Ninguna otra pulsión debió soportar desde la niñez tan grande sofocación como la pulsión sexual en sus innúmeros componentes (cf. mis *Tres ensayos de teoría sexual*, 1905*d*), y ninguna otra dejó tras sí tantos ni tan fuertes deseos inconcientes que ahora, en el estado del dormir, tienen el efecto de producir sueños. En la interpretación de estos últimos jamás debe olvidarse la importancia que poseen ciertos complejos sexuales, pero tampoco es lícito, desde luego, exagerarla hasta la exclusividad. [1909.]

En muchos sueños, una interpretación cuidadosa podrá establecer que se los debe comprender como bisexuales, pues ofrecen una irrecusable sobreinterpretación: realizan también mociones homosexuales, vale decir, las opuestas a la función sexual normal de la persona que sueña. Pero que todos los sueños hayan de interpretarse bisexualmente, como sostienen W. Stekel (1911*a* [pág. 71]) y Adler (1910, etc.), paréceme una generalización a la vez indemostrable y poco verosímil, que yo no sustentaría. Y sobre todo, yo no podría desechar la evidencia de que existen numerosos sueños que satisfacen necesidades que no son las eróticas (consideradas estas en el sentido más lato): los sueños de hambre y de sed, los sueños de comodidad, etc. También afirmaciones como «tras todo sueño se descubre la cercanía de la muerte» (Stekel [1911*a*, pág. 34]), o la de que en todo sueño puede reconocerse un «avance de la línea femenina a la masculina» (Adler [1910]), trasgreden, creo, la medida de lo permisible en la interpretación de los sueños. [1911.]

La tesis según la cual *todos los sueños exigen una interpretación sexual*, eterno objeto de polémica en la bibliografía sobre este asunto, es ajena a *La interpretación de los sueños*. No se la encontrará en ninguna de las ediciones del libro, y está en palmaria contradicción con otras opiniones en él contenidas. [1919.][58]

Que los sueños llamativamente *inocentes* encarnan sin excepción crudos deseos eróticos, ya lo aseveramos en otro lugar [59] y podríamos certificarlo con numerosos ejemplos nuevos. Pero también muchos sueños que parecen indiferentes, en los que en ningún sentido se notaría nada de particular, se reconducen tras el análisis a mociones de deseo indudablemente sexuales, a menudo de naturaleza inesperada. Por ejemplo, ¿quién sospecharía antes del trabajo de interpretación un deseo sexual en el siguiente sueño? El soñante cuenta: *Entre dos suntuosos palacios, y un poco hacia atrás,*

[58] [Este punto se trata más ampliamente *supra*, **4**, págs. 177-8*n*.]
[59] [Cf. *supra*, **4**, págs. 198 y sigs.]

hay una casita cuyas puertas están cerradas. Mi mujer me guía por la calle el trecho que falta hasta llegar a ella, empuja las puertas y entonces me cuelo rápida y fácilmente en el interior de un patio que sube al sesgo. Quien tenga alguna práctica en la traducción de sueños recordará enseguida que el penetrar en espacios estrechos y el abrir puertas cerradas son parte del simbolismo sexual más socorrido, y con facilidad descubrirá en este sueño una figuración de un ensayo de coito desde atrás (entre las dos suntuosas nalgas del cuerpo femenino). El pasadizo estrecho que sube al sesgo es, desde luego, la vagina; en cuanto a la ayuda que se atribuye a la esposa del soñante, obliga a esta interpretación: en la realidad, sólo miramientos por su consorte le hicieron desistir de tal ensayo, y el soñante nos informa que el día del sueño entró a servir en su casa una mozuela que le apeteció y le dio la impresión de que no se mostraría demasiado renuente a una aproximación de esa naturaleza. La casita entre los dos palacios proviene de una reminiscencia de la Hradschin [Ciudadela] de Praga, y así alude a la misma muchacha, oriunda de esa ciudad. [1909.]

Cuando insisto ante mis pacientes en la frecuencia del sueño edípico de comercio sexual con la madre propia, obtengo esta respuesta: «No puedo acordarme de un sueño semejante». Mas poco después emerge el recuerdo de otro sueño, irreconocible e indiferente, que en la persona en cuestión se repitió a menudo; y el análisis muestra que ese sueño tiene idéntico contenido, vale decir, es un sueño edípico. Puedo asegurar que entre los sueños de comercio sexual con la madre son muchísimo más frecuentes los disfrazados que los francos. [1909.][60]

[60] [*Nota agregada* en 1911:] En otra parte he publicado un ejemplo típico de un sueño edípico disfrazado de esta clase. [Freud, 1910*l*; ahora reimpreso al final de esta nota.] Otro ejemplo, con una interpretación detallada, ha sido publicado por Otto Rank (1911*a*). — [*Agregado* en 1914:] Acerca de otros sueños edípicos disfrazados en que se destaca el simbolismo del ojo, véase Rank (1913*a*). En el mismo lugar se hallarán otros trabajos acerca de sueños de ojos y simbolismo del ojo, de Eder [1913], Ferenczi [1913*d*] y Reitler [1913*a*]. El enceguecimiento en la saga de Edipo, así como en otras partes, hace las veces de la castración. — [*Agregado* en 1911:] Por lo demás, los antiguos no desconocían la interpretación simbólica de los sueños edípicos no disfrazados. Rank (1910*a*, pág. 534) escribe: «De Julio César nos ha llegado un sueño de comercio sexual con la madre, que los intérpretes de sueños consideraron como un signo favorable para la conquista de la tierra (*Madre-Tierra*). Igualmente conocido es el oráculo dado a los tarquinos: conquistaría Roma aquel de ellos que primero *besara a la madre* (*"osculum matri tulerit"*). Bruto interpretó que esto se refería a la *Madre-Tierra* (*"Terram osculo*

Existen sueños de paisajes o de lugares en que todavía soñando se tiene esta certidumbre: «Ya estuve ahí una vez». Ahora bien, este «*déjà vu*» tiene en el sueño un significado particular.[61] Es que siempre ese lugar son los genitales de la madre; y en verdad, de ningún otro lugar puede afirmarse con tanta certidumbre «Ya estuve ahí una vez». [1909.]

contigit, scilicet quod ea communis mater omnium mortalium esset" {"Besó la tierra, diciendo que era lo común a todos los mortales"}, Livio, I, LVI)». — [*Agregado* en 1914:] Véase, sobre esto, el sueño de Hipias en Herodoto, VI, 107: «Pero Hipias condujo a los bárbaros a Maratón, después que la noche pasada tuvo la siguiente visión en un sueño: dormía con su propia madre. Y de este sueño sacó la conclusión de que debía regresar a Atenas y recobrar su poder, y morir en la madre patria en su vejez». — [*Agregado* en 1911:] Estos mitos e interpretaciones apuntan a un certero conocimiento psicológico. He hallado que las personas que se saben los preferidos o favorecidos por su madre dan pruebas en la vida de aquella particular confianza en sí mismos, de aquel inconmovible optimismo, que no rara vez aparecen como heroicos y llevan a un éxito real. [En su trabajo «Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*» (1917*b*), *AE*, **17**, pág. 150, Freud puso a Goethe como ejemplo del éxito alcanzado en la vida por alguien que había sido el hijo preferido de su madre. — En 1925 se agregó en este lugar el breve ensayo de Freud (1910*l*) mencionado al comienzo de la presente nota:]

«Un ejemplo típico de sueño edípico disfrazado

»Un hombre sueña: *Mantiene una relación secreta con una dama, a quien otro quiere desposar. Le preocupa que este pueda descubrir la relación y que así el casamiento no se realice, y por eso adopta una actitud muy tierna hacia el hombre; lo estrecha contra sí y lo besa.* — Los hechos de la vida del soñante tienen un solo punto de contacto con el contenido de este sueño. Mantiene una relación secreta con una mujer casada, y una frase ambigua del marido, a quien lo liga la amistad, despertó en él la sospecha de que pudo haber notado algo. Pero en la realidad hay en juego algo más, que en el sueño se omite mencionar y que, no obstante, es la única clave que permite comprenderlo. La vida del marido está amenazada por una enfermedad orgánica. Su mujer está preparada para la posibilidad de su muerte repentina, y nuestro soñante alienta concientemente el designio de tomar por mujer a la joven viuda tras la desaparición del esposo. Esta situación externa traslada al soñante a la constelación del sueño de Edipo; su deseo puede matar al marido para conseguir a la esposa como mujer; su sueño expresa este deseo en una desfiguración hipócrita. En lugar de estar ella casada con otro, las cosas se presentan como si otro quisiera casarse con ella, lo cual corresponde a su propio secreto propósito, y los deseos hostiles hacia el marido se esconden tras unas ternezas demostrativas que provienen del recuerdo de su trato infantil con el padre». [Los sueños hipócritas se examinan *supra*, **4**, pág. 163, *n*. 11, e *infra*, págs. 468 y sigs.]

[61] [La última oración se intercaló en 1914. El fenómeno del «*déjà vu*» en general es discutido por Freud en su *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*), *AE*, **6**, págs. 257-60, y en otro artículo breve (1914*a*). Cf. también *infra*, pág. 445.]

En una única ocasión me dejó perplejo un neurótico obsesivo con la comunicación de este sueño: Visita una casa en la que ya ha estado *dos veces*. Ahora bien, este paciente me había contado hacía largo tiempo un episodio de su sexto año de vida; cierta vez compartió el lecho de su madre y abusó de esa circunstancia para introducir el dedo en los genitales de la durmiente. [1914.]

Una gran cantidad de sueños [62] que suelen ser angustiantes y tener por contenido el pasar por espacios estrechos o la permanencia en el agua surgen de fantasías sobre la vida intrauterina, la estancia en el vientre de la madre y el acto del nacimiento. A continuación trascribo el sueño de un joven que en la fantasía aprovecha ya la circunstancia de estar dentro del útero para espiar un coito entre sus padres.

El se encuentra en un pozo profundo en el que hay una ventana como en el túnel de Semmering:[63] *Por esta ve primero un paisaje vacío, y entonces él desde dentro compone un cuadro que al punto aparece ahí y llena el vacío. El cuadro figura una tierra labrantía removida en profundidad por el instrumento, y el aire magnífico, la idea del trabajo empeñoso, los terrones de color negro azulino, hacen una bella impresión. Después se adelanta, ve un manual de pedagogía abierto . . . y le asombra que en él se consagre tanta atención a los sentimientos sexuales (del niño), lo cual le hace pensar en mí.*

Ahora, un bello sueño de agua de una paciente, que fue de particular utilidad para la cura: *En su residencia veraniega junto al lago de. . ., se zambulle en el agua oscura, ahí donde la pálida luna se refleja en el agua.*

Sueños de este tipo son sueños de nacimiento; obtenemos su interpretación invirtiendo el hecho comunicado en el sueño manifiesto, y entonces en lugar de zambullirse en el agua entendemos «salir del agua», vale decir, nacer.[64] Y reconoceremos el lugar del cual se nació si reparamos en el sentido picaresco de «*la lune*» en francés. La pálida luna es entonces la blanca cola, de la cual el niño cree haber salido. Pero, ¿qué significa que la paciente engendre el deseo de «nacer» en su estancia veraniega? Inquiero a la soñante, quien sin vacilar me responde: «¿Acaso por la cura no soy como *na-*

62 [Este párrafo y los tres siguientes datan de 1909.]

63 [Túnel situado a unos 110 kilómetros al sudoeste de Viena.]

64 [*Nota agregada* en 1914:] Para la significación mitológica del nacer desde el agua, cf. Rank, 1909.

cida de nuevo?». Así el sueño se convierte en una invitación a proseguir el tratamiento en aquel lugar veraniego, es decir, a que la visite allí; y quizá contiene también una alusión en extremo pudorosa al deseo de ser ella misma madre.[65]

De un trabajo de E. Jones [1910*b*][66] tomo otro sueño de nacimiento, junto con su interpretación: «*Ella estaba a orillas del mar y vigilaba a un niño pequeño, que parecía ser el suyo, mientras él se adentraba en el agua. Y lo hizo tanto que el agua llegó a cubrirlo, de manera que no veía más que su cabeza, que emergía y se sumergía. La escena se mudó después al vestíbulo lleno de gente de un hotel. Su marido la abandona, y ella traba conversación con un extraño.* La segunda mitad del sueño se reveló sin más en el análisis como figuración del acto de fugarse de su esposo y anudar relaciones íntimas con una tercera persona. La primera parte era manifiestamente una fantasía de nacimiento. Así en los sueños como en la mitología, el parto del niño desde el líquido amniótico suele figurarse por medio de una inversión, como ingreso del niño en el agua; entre muchos otros, los nacimientos de Adonis, de Osiris, de Moisés y de Baco ofrecen bien conocidos ejemplos de ello. El emerger y sumergirse la cabeza del niño en el agua recuerda enseguida a la paciente la sensación de los movimientos del feto, que ella experimentó durante su único embarazo. El pensamiento del niño que se adentra en el agua le evoca una ensoñación en que se vio a sí misma sacándolo del agua, después lo llevaba a un cuarto de niños, lo lavaba, lo vestía, y por último lo conducía a casa de ella.

»La segunda mitad del sueño figura, pues, pensamientos que atañen al acto de escapar, vinculado con la primera mitad de los pensamientos oníricos encubiertos; y la primera mitad del sueño corresponde al contenido latente de la segunda mitad, la fantasía de nacimiento. Además de la inversión antes mencionada, en cada una de las mitades del

[65] [*Nota agregada* en 1909:] Sólo más tarde aprendí a apreciar el significado de las fantasías y pensamientos inconcientes sobre la vida en el vientre materno. Contienen tanto el esclarecimiento de la extraña angustia que sienten muchos hombres ante la posibilidad de ser enterrados vivos, cuanto la más profunda raíz inconciente de la creencia en una perduración tras la muerte, que no constituye más que la proyección al futuro de esta ominosa {*unheimlich*} vida anterior al nacimiento. *El acto del nacimiento es, por lo demás, la primera vivencia de angustia y, en consecuencia, la fuente y el modelo del afecto de angustia.* [Hay un examen mucho más tardío de esto en *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926*d*), *AE*, **20**, págs. 89 y 126 y sigs.]

[66] [Este párrafo y el siguiente se agregaron en 1914.]

sueño se producen sendas inversiones. En la primera, el niño *entra* en el agua y su cabeza bailotea; en los pensamientos oníricos que están en la base, primero emergen los movimientos fetales y después el niño *abandona* el agua (una inversión doble). En la segunda mitad, su marido la abandona; en los pensamientos oníricos, ella abandona a su marido». (Traducido {al alemán} por O. Rank.)

Otro sueño de nacimiento es el que cuenta Abraham [1909, págs. 22 y sigs.], de una joven señora que espera su primer parto. Desde un lugar del piso de la habitación, un canal subterráneo lleva directamente al agua (canal genital - líquido amniótico). Quita una trampa del piso, y al instante aparece una criatura cubierta por una piel pardusca, que se asemeja a una foca. Este ser se revela como el hermano menor de la soñante, hacia quien ella siempre mantuvo una actitud maternal. [1911.]

Rank [1912*d*] ha mostrado, para una serie de sueños, que los de nacimiento se sirven del mismo simbolismo que los de estímulo vesical. El estímulo erótico es figurado en aquellos como estímulo vesical; la estratificación del significado en estos sueños responde a un cambio de significado que el símbolo experimentó desde la niñez. [1914.]

Aquí podemos retomar el tema que habíamos interrumpido,[67] acerca de la participación de los estímulos orgánicos perturbadores del dormir en la formación del sueño. Los sueños producidos bajo tales influjos no sólo nos exhiben abiertamente la tendencia al cumplimiento de un deseo y el carácter de la comodidad; hartas veces presentan, también, un simbolismo por entero trasparente: no es raro que provoque el despertar un estímulo *cuya satisfacción bajo un disfraz simbólico ya se había intentado en vano en el sueño.* Esto vale para los sueños de polución, así como para los desencadenados por presión vesical o intestinal. «El carácter peculiar de los sueños de polución no sólo nos permite desenmascarar directamente ciertos símbolos sexuales ya reconocidos como típicos, aunque todavía susciten ásperas controversias; también es apto para convencernos de que muchas situaciones oníricas en apariencia inocentes no son más que el preludio simbólico de una escena crudamente sexual que, no obstante, casi nunca alcanza figuración directa si no es en los sueños de polución, relativamente raros, mientras

[67] [Cf. *supra*, **4**, pág. 249. — Este párrafo y los tres siguientes datan de 1919.]

que con harta frecuencia se trueca en un sueño de angustia que de igual modo provoca el despertar». [Rank, *ibid.*, pág. 55.]

El simbolismo del *sueño por estímulo vesical* es de particular trasparencia y desde siempre se lo coligió. Ya Hipócrates sustentó la opinión de que el soñar con fontanas y manantiales significa una perturbación de la vejiga (H. Ellis [1911*a*, pág. 164]). Scherner [1861, pág. 189] estudió la diversidad del simbolismo por estímulo vesical, y aseveró asimismo que «un estímulo vesical de intensidad mayor siempre se vuelca en la estimulación de la esfera sexual y de sus productos simbólicos. (...) El sueño por estímulo vesical suele ser al mismo tiempo el representante del sueño sexual». [*Ibid.*, pág. 192.]

O. Rank, cuyas elucidaciones, contenidas en su trabajo acerca de la estratificación simbólica en el sueño de despertar [1912*d*], sigo aquí, logró prestar considerable verosimilitud a esta tesis: buen número de los «sueños por estímulo vesical» en verdad son causados por un estímulo sexual que busca satisfacerse primero por el camino de la regresión a la forma infantil del erotismo uretral. [*Ibid.*, pág. 78.] Particularmente instructivos son entonces los casos en que el estímulo vesical así producido hace que el soñante despierte y desagote su vejiga, a pesar de lo cual el sueño prosigue y exterioriza su necesidad en imágenes eróticas no disfrazadas.[68]

De manera enteramente análoga, los *sueños por estímulo intestinal* descubren el simbolismo correspondiente, corroborando el nexo entre *oro* y *mierda*,[69] vastamente documentado también en la psicología de los pueblos. «Así, el sueño de una mujer en la época en que estaba bajo tratamiento médico a causa de un *trastorno intestinal*: en las cercanías de una cabañita de madera, que se parece a los *escusados* aldeanos, alguien entierra un *tesoro*. Una segunda parte del sueño tiene este contenido: ella *le limpia el trasero* a su hijita, que se ha *ensuciado*». [Rank, 1912*d*, pág. 55.]

[68] [*Nota agregada* en 1919:] «Las mismas figuraciones simbólicas que en la dimensión infantil están en la base del sueño vesical aparecen en la dimensión "reciente" con un significado eminentemente sexual: agua = orina = esperma = fluido amniótico; navío = "navegar" (orinar) = útero (caja); mojarse = enuresis = coito = embarazo; nadar = vejiga llena = estadía fetal; llover = orinar = símbolo de la fecundación; trasladarse (viajar = bajarse) = bajarse de la cama = tener comercio sexual ("viajar", viaje de bodas); orinar = polución». (Rank, 1912*d*, pág. 95.)

[69] Cf. Freud, 1908*b*; Rank, 1912*d*; Dattner, 1913, y Reik, 1915*b*. [Cf. también Freud, 1958*a*.]

A los *sueños de nacimiento* se enlazan los sueños de «*rescate*». Rescatar, en particular rescatar del agua, tiene el significado de parir si la soñante es mujer, pero este sentido se modifica si es hombre.[70] [1911.]

Los ladrones, los asaltantes nocturnos y los fantasmas que dan miedo antes de meterse en cama y que en ocasiones también asedian al durmiente provienen de una misma reminiscencia infantil. Son los visitantes nocturnos que despertaron al niño para sentarlo a la bacinilla a fin de que no mojase la cama, o que levantaron las cobijas para inspeccionar cuidadosamente qué hacía, dormido, con sus manos. Por los análisis de algunos de estos sueños de angustia hasta logré que se identificase a la persona del visitante nocturno. El ladrón era siempre el padre, y los fantasmas, con preferencia personas del sexo femenino que llevaban blancos camisones. [1909.]

70 [*Nota agregada* en 1911:] Pfister (1909) ha informado sobre un sueño de esta clase. Acerca del símbolo del «rescatar», véase mi conferencia «Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica» (1910*d*) [*AE*, **11**, pág. 135] y mi artículo «Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre» (1910*b*) [*ibid.*, págs. 165-6]. [*Agregado* en 1914:] Cf. también Rank, 1911*b*, y Reik, 1911. [*Agregado* en 1919:] Cf. además Rank, 1914*a*. [Se hallará un sueño de rescate del agua en el segundo caso examinado por Freud en «Sueño y telepatía» (1922*a*), *AE*, **18**, págs. 202 y sigs.]

F. Ejemplos. Cuentas y dichos en el sueño[1]

Antes de situar el cuarto de los factores que presiden la formación del sueño en el lugar que le corresponde [cf. págs. 485 y sigs.], quiero referir algunos ejemplos de mi colección de sueños, que en parte elucidan la cooperación de los tres factores que ya conocemos y en parte pueden proporcionar pruebas para tesis consignadas de pasada, o explicitar consecuencias irrecusables de ellas. En mi anterior exposición sobre el trabajo del sueño me fue muy difícil ejemplificar mis descubrimientos. Los ejemplos para cada uno de los enunciados sólo son probatorios en el contexto de la interpretación de un sueño; arrancados de él pierden su bondad, y una interpretación, por poco profunda que sea, enseguida se extiende tanto que nos hace perder los hilos del discurso a cuya ilustración debía servir. Si en lo que sigue enhebro en dispersión toda clase de cosas que sólo reciben coherencia por su vínculo con el texto de la sección precedente, sírvame de disculpa el motivo técnico que he dicho. [1900.]

Primero, algunos ejemplos de modos de figuración onírica particularmente curiosos o inhabituales. Una dama sueña: *Una mucama está sobre una escalera como para limpiar una ventana y tiene junto a sí a un chimpancé y a un gato gorila* {*Gorillakatze*} (después corrige: *gato de Angora* {*Angorakatze*}). *Echa los animales encima de la soñante; el chimpancé se estrecha contra ella, y eso es muy asqueroso.* Este sueño ha alcanzado su fin por un medio en extremo sencillo; en efecto, ha tomado al pie de la letra un giro idiomático, figurándolo según suenan sus palabras. «Mono», y los nombres de animales en general, son palabras insultantes {*Schimpfwörter*; *Schimpanse*: chimpancé}, y la situación onírica no quiere decir sino «cubrir de insultos» {«cubrir de chimpancés»}. Dentro de la misma serie vendrán enseguida otros ejemplos de este simple artificio usado por el trabajo onírico. [1900.]

De manera por entero semejante procede otro sueño:

1 [Como en el caso de la sección E, gran parte de la primera mitad de esta sección se agregó en las sucesivas ediciones de la obra. Por consiguiente, a continuación de cada párrafo se indica, entre corchetes, la fecha en que apareció por primera vez. La segunda mitad (desde la pág. 415 en adelante) data de la primera edición. — Otra colección de ejemplos de análisis de sueños se encontrará en la 12ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1916-17), *AE*, **15**, págs. 168 y sigs.]

Una mujer con un niño cuyo cráneo está llamativamente malformado; acerca de ese niño oyó que quedó así por su posición en el cuerpo de la madre. Por compresión, dice el médico, podría darse al cráneo mejor forma, sólo que ello lesionaría el cerebro. Piensa que es un varón, y eso le perjudica menos. Este sueño contiene la figuración plástica del concepto abstracto «*impresiones infantiles*» que la soñante ha oído en las explicaciones de la cura. [1900.]

Un camino algo diverso emprende el trabajo onírico en el ejemplo que sigue. El sueño contiene el recuerdo de una excursión al Hilmteich,[2] cerca de Graz: *Hace un tiempo horrible afuera; un hotel miserable, de las paredes gotea agua, las camas están húmedas.* (El último fragmento del contenido no es en el sueño tan directo como yo lo expuse.) El sueño significa «superfluo» {«*überflüssig*»}. Lo abstracto que se encuentra en los pensamientos oníricos es primero forzado hasta hacerlo equívoco, quizá se lo remplazó por «*überfliessend*» {«rebosante»} o por «*flüssig und überflüssig*» {«fluencia y superfluencia»}, y después se lo figura por acumulación de impresiones de igual suerte. Agua afuera, agua dentro de las paredes, agua como humedad en las camas, todo fluido y «*super*»-fluo. [1900.]

Que a los fines de la figuración en el sueño la ortografía ceda con mucho a la pronunciación no ha de asombrarnos, pues la rima, por ejemplo, se toma libertades semejantes. En el sueño de una doncella, que Rank (1910*a*, pág. 482) comunica en detalle y analiza muy a fondo, se cuenta que ella va de paseo por los campos, donde corta hermosas *espigas* {*Ähren*} de cebada y de trigo. Un joven amigo viene en dirección a ella, y quiere evitar encontrarlo. El análisis muestra que se trata de un *beso honroso* {*Kuss in Ehren*}.[3] Las *Ähren*, que no deben arrancarse sino segarse, sirven en este sueño como tales y en su condensación con *Ehre* {honor}, *Ehrungen* {homenajes}, para figurar toda una serie de otros pensamientos [latentes]. [1911.]

En otros casos el lenguaje facilita mucho al sueño la figuración de sus pensamientos, pues dispone de toda una serie de palabras que originariamente se entendieron de manera figural y concreta y hoy se usan en sentido desvaído y abstracto. El sueño no tiene más que devolverles su pleno significado primitivo, o descender un peldaño en la evolución

2 [Un curso de agua en las afueras de la ciudad.]

3 [Alusión a un proverbio alemán: «*Einen Kuss in Ehren kann niemand verwehren*» {«Nadie puede rehusarse a un beso honroso»}. La soñante había recibido en la realidad su primer beso mientras atravesaba un campo de trigo —un beso entre las espigas del trigo—.]

de su significado. Por ejemplo, alguien sueña que su hermano está dentro de una *caja* {*Kasten*}; en el trabajo de interpretación la caja se sustituye por un «armario» {«*Schrank*»; en sentido abstracto, también «barrera» o «restricción»}; ahora bien, el pensamiento onírico es que ese hermano —y no el soñante— debe «restringirse» {«*sich einschränken*»}.[4] [1909.]

Otro soñante escala un monte desde el cual tiene un *panorama* extraordinariamente *amplio*. Es que se identifica con un hermano que edita una *revista* {*Rundschau*; literalmente, «panorama», «mirar en torno»} que se ocupa de las relaciones con el *Lejano* Oriente. [1911.]

En un sueño de *Der Grüne Heinrich*,[5] un caballo brioso {*übermütig*; también, «petulante»} se revuelca en la más hermosa avena: cada grano es «una almendra dulce, una pasa de uva y un centavo nuevo», todo «envuelto en seda roja y atado con un pedacito de cerda de chancho». El autor (o el soñante) nos da enseguida la interpretación de esta figuración onírica; en efecto, el caballo siente una agradable cosquilla, y por eso exclama: «*Der Hafer sticht mich!*».* [1914.]

Las viejas sagas nórdicas hacen (según Henzen [1890]) un uso particularmente generoso de sueños con giros idiomáticos y chistes verbales; apenas hay en ellas un ejemplo de sueño sin doble sentido o sin juego de palabras. [1914.]

Requeriría un trabajo especial reunir esos modos de figuración y ordenarlos de acuerdo con los principios que los presiden. [1909.] Muchas de estas figuraciones han de llamarse casi retruécanos. Se tiene la impresión de que nunca se habría acertado con ellas de no haber sabido comunicarlas el soñante [1911]:

1. Un hombre sueña que *se le inquiere por un nombre, del que empero no puede acordarse*. El mismo explica que ello quiere decir: «*No se me ocurre ni en sueños*». [1911.]

2. Una paciente [6] cuenta un sueño en que *todas las personas actuantes eran particularmente grandes*. «Quiere decir», acota, «que ha de referirse a un acontecimiento de mi

[4] [Este ejemplo y el siguiente aparecen citados también (con comentarios algo diferentes) en las *Conferencias de introducción* (Freud, 1916-17), *AE*, **15**, págs. 110 y 118.]

[5] [Parte IV, capítulo 6, de la novela de Gottfried Keller.]

* {Literalmente: «La avena me pica», pero como expresión idiomática significa: «La prosperidad me ha vuelto presuntuoso».}

[6] [Este ejemplo y los dos siguientes se publicaron por primera

primera infancia, pues desde luego fue entonces cuando todos los adultos me parecieron así, enormemente grandes».[7] Su propia persona no intervenía en el contenido de este sueño. — El traslado a la infancia se expresa en otros sueños de diverso modo, a saber, traduciendo el tiempo al espacio. Vemos a las personas y escenas respectivas como en la lejanía, al final de un largo camino o como si se las mirase por unos prismáticos puestos al revés. [1911.]

3. Un hombre que en la vigilia se inclinaba por modos de expresión demasiado abstractos e imprecisos, aunque estaba dotado de buen ingenio, sueña en cierto contexto que *va a una estación a la que está entrando un tren. Pero entonces el andén es acercado al tren, que permanece quieto,* una inversión absurda de lo que realmente ocurre. También aquí, este detalle no es sino el anunciador de que alguna otra cosa del contenido onírico debe invertirse.[8] El análisis del mismo sueño lleva a recuerdos de libros de estampas donde había figurados unos hombres que andaban sobre las manos, cabeza abajo. [1911.]

4. El mismo soñante nos informa de otro sueño, breve, que casi recuerda a la técnica de un acertijo. *Su tío le da un beso en el automóvil.* Apunta inmediatamente esta interpretación, que yo jamás habría hallado: *Autoerotismo.* Habría podido ser una broma hecha en la vigilia.[9] [1911.]

5. El soñante *saca al descubierto* {*hervorziehen*} *a una mujer por detrás de la cama.* Significado: le *da la preferencia* {*vorziehen*}.[10] [1914.]

6. El soñante, *como oficial de las Fuerzas Armadas, se sienta a una mesa enfrente del emperador.* Se pone en *oposición* al padre. [1914.]

7. El soñante *trata a otra persona por la fractura de un hueso* {*Knochenbruch*}. El análisis revela a esa fractura co-

vez en un artículo breve, «Agregados a la interpretación de los sueños» (Freud, 1911*a*). Cf. *supra,* pág. 366*n.*]

[7] [Cf. *supra,* **4**, págs. 55-6*n.*]

[8] [Cf. *supra,* **4**, pág. 331.]

[9] [Freud informa sobre este sueño, en términos algo distintos, en sus *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE,* **15**, pág. 215.]

[10] [Freud cita este sueño en sus *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE,* **15**, pág. 110. Los ejemplos 5, 6, 8 y 9 de esta serie fueron publicados por primera vez en «Experiencias y ejemplos extraídos de la práctica analítica» (Freud, 1913*b*).]

mo figuración de una *ruptura matrimonial* {*Ehebruch*; más exactamente, «adulterio»}, etc.[11] [1914.]

8. Las horas del día con mucha frecuencia hacen las veces, en el contenido del sueño, de las edades de la infancia. Así, en el caso de un soñante las cinco y cuarto de la mañana significaban la edad de cinco años y tres meses, el significativo momento en que le nació un hermanito. [1914.]

9. Otra figuración de *edades* en el sueño: *Una mujer anda con dos niñas pequeñas, cuya diferencia es de quince meses.* La soñante no encuentra ninguna familia conocida a la que esto se le aplique. Ella misma interpreta que las dos niñas figuran a su propia persona y el sueño le dice que los dos acontecimientos traumáticos de su infancia estuvieron separados por ese tiempo (a los tres años y medio, y a los cuatro años y nueve meses). [1914.]

10. No es asombroso que personas bajo tratamiento psicoanalítico sueñen a menudo con él, y se vean llevadas a expresar en el sueño todos los pensamientos y expectativas que él suscita. La imagen escogida para la cura es por regla general la de un viaje, la mayoría de las veces en *automóvil*, en su calidad de vehículo novedoso y complejo; y entonces la referencia a la velocidad del automóvil deja campo libre a la ironía del paciente. Si es el «*inconciente*», como elemento de los pensamientos de vigilia, el que ha de encontrar figuración en el sueño, muy oportunamente se lo sustituye por sitios «*subterráneos*» que en otro caso, y sin relación alguna con la cura psicoanalítica, habrían significado el vientre de la mujer o el seno materno. «*Abajo*» en los sueños se refiere hartas veces a los genitales, y lo opuesto, «*arriba*», al rostro, la boca o el pecho. Mediante *animales salvajes* el trabajo del sueño simboliza por lo común pulsiones pasionales, así las del soñante como las de otras personas, que él teme; y por tanto, con un mínimo desplazamiento, simbolizan a las personas mismas que son las portadoras de esas pasiones. De aquí a la figuración del padre *temido* mediante animales feroces, perros, caballos salvajes, que se asemeja al totemismo, no hay gran distancia.[12] Podría decirse que los animales salvajes sirven para figurar la libido temida por el

11 [Este ejemplo se cita también en las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, **15**, pág. 160, donde se informa en nota al pie sobre un «acto sintomático» que confirma la interpretación.]

12 [Cf. *Tótem y tabú* (Freud, 1912-13), *AE*, **13**, págs. 130-4.]

yo, combatida por represión. También la neurosis misma, la «persona enferma», es escindida muchas veces del soñante y mostrada en el sueño como una persona independiente. [1919.]

11. Dice H. Sachs (1911): «Por *La interpretación de los sueños* [de Freud] sabemos que el trabajo onírico conoce diversos caminos para figurar de manera sensible e intuitiva una palabra o un giro idiomático. Por ejemplo, aprovechando la circunstancia de que la expresión a figurar es ambigua, y siguiendo el "cambio de vía" del doble sentido, puede recoger en el contenido manifiesto del sueño el segundo sentido; no el primero, que aparece en los pensamientos oníricos.

»Es lo que sucedió en el breve sueño que comunico a continuación, donde se aprovechan muy hábilmente, como material figurativo, las impresiones diurnas recientes aptas para ello.

»El día del sueño había sufrido un resfriado y por eso al final del día decidí no dejar la cama en toda la noche, mientras me fuese posible. El sueño, en apariencia, no hizo sino proseguir mi trabajo diurno; había estado ocupándome de pegar en un álbum recortes de revistas, con el cuidado de asignar a cada recorte el lugar correspondiente. He aquí el sueño:

»*Me esfuerzo por pegar un recorte en el álbum; pero no cabe en la página {er geht aber nicht auf die Seite}, lo que me causa gran dolor.*

»Me desperté y hube de comprobar que el dolor del sueño perduraba como un real dolor corporal que me obligaba a ser infiel a mi propósito. El sueño, como "guardián del dormir", había entretenido el cumplimiento de mi deseo de permanecer en cama mediante la figuración de las palabras "*er geht aber nicht auf die Seite*" {"pero no va al baño"}». [1914.]

Puede decirse lisa y llanamente que para la figuración visual de los pensamientos oníricos el trabajo del sueño se sirve de todos los medios a su alcance, permitidos o no por la crítica de la vigilia, y así se expone a las dudas e ironías de aquellos que de la interpretación de los sueños sólo saben de oídas, pero nunca la ejercitaron. Particularmente rico en ejemplos de esta índole es el libro de Stekel, *Die Sprache des Traumes* (1911*a*); no obstante, evito tomar de ahí las pruebas porque la falta de crítica y la arbitrariedad técnica de este autor las hacen inciertas incluso para aquellos que

no están encastillados en sus prevenciones. [Cf. *supra*, pág. 356.] [1919.]

12. De un trabajo de V. Tausk (1914) sobre el uso de vestidos y colores al servicio de la figuración onírica, tomo los siguientes ejemplos:

a. A. sueña que *ve a su anterior gobernanta con un traje de lustrina* {*Lüster*} *negra, muy ceñido en las caderas.* — Significa que declara *lasciva* {*lüstern*} a esta mujer.

b. C. ve en el sueño, *en el camino de X, a una muchacha bañada de una luz blanca y vestida con una blusa blanca.* — En ese camino, el soñante había cambiado las primeras intimidades con una señorita Weiss {Blanca}.

c. La señora D. sueña que *ve al viejo* Blasel *(un actor vienés octogenario), con todo su* atuendo {*Rüstung*}, *tendido en el diván. Después salta sobre mesas y sillas, saca su espadín, y en eso se ve en el espejo y revolea el espadín por el aire como si luchara con un enemigo imaginario.* — Interpretación: La soñante tiene una vieja afección a la *vejiga* {*Blase*}. En el análisis ella se tiende en el diván, y cuando se mira al espejo secretamente se encuentra, a pesar de sus años y de su enfermedad, todavía *muy lozana* {*sehr rüstig*}. [1914.]

13. El «gran logro» en el sueño

El soñante, un hombre, se ve *yacente en cama como mujer grávida. Ese estado se le hace muy fastidioso. Exclama: «¡Preferiría...!»* (en el análisis completa, por el recuerdo de una niñera: «picar piedras»). *Tras su cama hay colgado un mapa cuyo borde inferior se mantiene tieso gracias a un listón de madera. Raja este listón, tomándolo por los dos extremos, pero de ese modo no lo quiebra trasversalmente, sino que lo divide a lo largo en dos mitades. Al hacerlo se alivia y ayuda al nacimiento.*

Por sí solo interpreta el rajar el *listón* {*Leiste*} como un gran *logro* {*Leistung*} mediante el cual se libra de su incómoda situación (en la cura), arrancándose de su actitud femenina. (...) El detalle absurdo de que el listón de madera no se quiebre meramente, sino que se divida a lo largo, halla su explicación cuando el soñante recuerda que la duplicación unida a la destrucción alude a la castración. Muy a menudo, movido por la tenaz oposición en el deseo, el sueño figura la castración mediante la presencia de dos símbolos del pene. [Cf. págs. 362-3.] La *ingle* {*Leiste*} es por cierto una región del cuerpo próxima a los genitales. Todo se conjuga entonces

en esta interpretación: él supera la amenaza de la castración que lo ha puesto en la actitud femenina.[13] [1919.]

14. En un análisis que llevé a cabo en francés, debí interpretar un sueño en que yo aparecía como elefante. Desde luego, tuve que preguntar cómo había llegado yo a esa figuración. «*Vous me trompez*» {«Usted me engaña»}, respondió el soñante (*trompe* = trompa). [1919.]

El trabajo onírico logra a menudo figurar aun un material muy refractario, como son los nombres propios, mediante el recurso forzado a referencias muy lejanas. En uno de mis sueños, *el viejo Brücke* [cf. pág. 478, *n.* 24] *me encarga una tarea. Dispongo un preparado y limpio de él algo que parece papel de estaño* {*Silberpapier*}. (Sobre este sueño volveré después [págs. 450 y sigs.].) La ocurrencia, nada fácil de hallar, resultó ser «*Stanniol*»,* y ahora sé que alude a *Stannius*, el autor de un tratado sobre el sistema nervioso de los peces por el que sentí hondo respeto en mi juventud. Y la primera tarea científica que me encargó mi maestro [Brücke] se refería de hecho al sistema nervioso de un pez, el amocetes [Freud, 1877*a*]. Es evidente que este último nombre no se prestaba para un acertijo. [1900.]

No puedo resistirme a intercalar todavía un sueño de curioso contenido, también notable como sueño infantil y que

13 [Este ejemplo se publicó por primera vez como un artículo separado (1914*e*). Al reproducirlo aquí, Freud omitió un pasaje, que seguía a las palabras «arrancándose de su actitud femenina». El pasaje omitido (que nunca volvió a imprimirse) trata del «fenómeno funcional» de Silberer, examinado *infra*, págs. 498 y sigs. Decía así: «Nada puede objetarse a esta interpretación del paciente, aunque yo no la describiría como "funcional" simplemente porque sus pensamientos oníricos latentes estuvieran relacionados con su actitud en el tratamiento. Pensamientos de esa índole sirven igual que cualesquiera otros como "material" para la construcción de sueños. No se echa de ver por qué los pensamientos de una persona en análisis no habrían de estar referidos a su conducta durante el tratamiento. [Cf. también *supra*, **4**, pág. 228, *n*. 41.] La distinción entre el "material" del sueño y los "fenómenos funcionales", en el sentido de Silberer, sólo cobra significación en aquellos casos (como en las conocidas autoobservaciones que hizo Silberer en estado de somnolencia [cf. págs. 350-1]) en que el sujeto tiene la *alternativa* de dirigir su atención, ya sea a algún fragmento del contenido de pensamientos presentes en su psique, ya sea a su estado anímico actual, pero no cuando este estado constituye en sí mismo el contenido de sus pensamientos». Freud también apuntaba entre paréntesis que, en todo caso, «el detalle absurdo de que el listón de madera no se quiebre meramente, sino que se divida a lo largo», no podía considerarse «funcional».]

* {«*Stanniol*» es sinónimo de «*Silberpapier*», papel de estaño o

mediante el análisis halló fácil explicación. Una dama cuenta: «Recuerdo aún que de niña soñé repetidas veces: *El buen Dios tiene un bonete de papel puntiagudo sobre la cabeza.* Ahora bien, un bonete así solían ponerme muchas veces estando a la mesa, para que yo no pudiese atisbar el plato de los otros niños y ver cuánto les daban de algún manjar. Como había oído decir que Dios es omnisapiente, el sueño significa que yo lo sabía todo a pesar del bonete que me pusieron».[14] [1909.]

La naturaleza del trabajo del sueño [15] y el modo en que maneja su material, los pensamientos oníricos, pueden mostrarse instructivamente en los números y cálculos que aparecen en sueños. Además, la superstición atribuye a los números soñados un carácter particularmente profético.[16] Escojo entonces, de mi colección, algunos ejemplos de ese tipo.

I

Del sueño de una señora, sobrevenido poco antes de la terminación de su cura: *Ella quiere pagar algo; su hija le toma 3 florines y 65 kreuzer de la cartera; pero ella dice: «¿Qué haces? Sólo cuesta 21 kreuzer».*[17]

Este fragmento mínimo de sueño me resultó comprensible sin más aclaración de la soñante, por la situación en que se encontraba. Era extranjera y había puesto a su hija como pupila en un instituto educativo de Viena; podía proseguir su tratamiento conmigo mientras su hija continuase allí. El año escolar de esta terminaría tres semanas después, y así llegaría a su fin también la cura. El día anterior al sueño la directora del instituto le había sugerido que se decidiese a dejarle su hija un año más. Es manifiesto que retomó entre sí esa insinuación diciéndose que en ese caso podría pro-

papel de plata utilizado para envolturas por su resistencia a la corrosión. La palabra corriente en alemán para «estaño» es «*Zinn*».}

[14] [Freud menciona también este sueño en sus *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, **15**, pág. 107.]

[15] [El resto de esta sección F, excepto el ejemplo IV (pág. 418), apareció en la edición original (1900).]

[16] [La actitud supersticiosa hacia los números es tratada por Freud en su *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*), *AE*, **6**, págs. 241-5, y en su artículo sobre «Lo ominoso» (1919*h*), *AE*, **17**, págs. 237-8.]

[17] [La antigua moneda austríaca sólo fue remplazada después de la primera publicación de este libro. 1 florín equivalía a 100 kreuzer.]

longar también en un año el tratamiento. Ahora bien, a ello se refiere el sueño, pues un año es igual a 365 días, y las tres semanas faltantes hasta la terminación del año escolar, y de la cura, pueden sustituirse por 21 días (aunque las horas de tratamiento no eran tantas). Los números que en los pensamientos oníricos se referían a tiempos son incorporados en el sueño a valores monetarios, pero no sin que así se exprese un sentido más profundo, pues «*time is money*», el tiempo es oro. En todo caso, 365 kreuzer son 3 florines y 65 kreuzer. La pequeñez de las sumas que aparecen en el sueño es manifiestamente un cumplimiento de deseo; el deseo ha empequeñecido los costos del tratamiento, así como del año de enseñanza en el instituto.

II

A relaciones más complejas llevan los números en otro sueño. Una dama joven, pero casada desde hace ya varios años, se entera de que su conocida, Elise L., casi de la misma edad que ella, ha contraído esponsales; y sobre eso sueña: *Está sentada con su marido en el teatro, un sector de la platea está totalmente desocupado. Su marido le cuenta que Elise L. y su prometido también habían querido ir, pero sólo consiguieron malas localidades, 3 por 1 florín y 50 kreuzer, y no pudieron tomarlas. Ella piensa que eso no habría sido una calamidad.*

¿De dónde proviene la cifra de 1 florín y 50 kreuzer? De una ocasión de la víspera, genuinamente indiferente. Su cuñada había recibido en obsequio de su marido 150 florines, y se apresuró a desprenderse de ellos comprándose una alhaja en cambio. Reparemos en que 150 florines son *100 veces* más que 1 florín y 50 kreuzer. ¿De dónde proviene el número tres, que son las localidades del teatro? Respecto de ello sólo surge un anudamiento; la novia es más joven que ella en esa cantidad de meses —*tres*—. Y después, la averiguación de lo que puede significar ese otro rasgo del sueño, a saber, que un sector de la platea está vacío, nos lleva a resolver el sueño. Es una alusión no modificada a un pequeño episodio que dio a su marido buen fundamento para abochornarla. Se le había puesto a ella ir a una de las representaciones teatrales anunciadas para la semana; tan previsora fue que tomó entradas con varios días de anticipación y debió pagar por ellas una prima por reservación. Después, cuando llegaron al teatro, se encontraron con que

un sector de la sala estaba casi vacío; *no habría necesitado apresurarse tanto.*

Ahora sustituiré el sueño por los pensamientos oníricos: «Seguro que fue un *disparate* casarse tan temprano, *no habría necesitado apresurarme tanto.* Por el ejemplo de Elise L. veo que de todos modos habría conseguido un marido. Y por cierto uno *cien veces* mejor (hombre, tesoro), con que sólo hubiera *esperado* (oposición al *apresuramiento* de la cuñada). ¡*Tres* hombres así me habría podido comprar a cambio del dinero (la dote)!». Observamos que en este sueño los números alteraron su significado y su contexto en grado mucho mayor que en el sueño tratado antes. El trabajo de trasmudación y desfiguración del sueño fue aquí más vasto; interpretamos esto suponiendo que los pensamientos oníricos debieron vencer hasta su figuración una medida particularmente alta de resistencia intrapsíquica. No queremos pasar por alto que en este sueño se contiene un elemento absurdo, a saber, que *dos* personas hayan de tomar *tres* localidades. Nos adelantaremos a la interpretación de lo absurdo en el sueño [cf. págs. 426 y sigs.] apuntando que ese detalle absurdo del contenido del sueño está destinado a figurar al más acentuado de los pensamientos oníricos: «Fue un *disparate* casarse tan temprano». Al número 3, implícito en una relación entre las dos personas comparadas que es, desde todo punto, colateral (3 meses de diferencia de edad), se lo usa entonces diestramente para producir el *disparate* que el sueño requiere. El empequeñecimiento de los 150 florines reales a 1 florín y 50 kreuzer corresponde al *menosprecio* por el marido (o tesoro) en los pensamientos sofocados de la soñante.[18]

III

Otro ejemplo nos enfrenta con la aritmética del sueño, que tanto desprecio le ha traído. Un hombre sueña: *Está sentado en lo de B.* (una familia que había frecuentado antes) *y dice: «Fue un disparate que ustedes no me dieran a Mali». Y sobre eso pregunta a la muchacha: «Veamos, ¿qué edad tiene usted?». Respuesta: «Soy nacida en 1882». «¡Ah! Entonces tiene usted 28 años».*

[18] [Este sueño se analiza con mayor minuciosidad en varios puntos de las *Conferencias de introducción* (1916-17), particularmente en la 7ª conferencia, *AE*, **15**, págs. 111-4, y en la 14ª, *ibid.*, págs. 201-2 y 206. Al igual que el sueño anterior, es mencionado asimismo en *Sobre el sueño* (1901*a*), *infra*, págs. 651-2.]

Puesto que el sueño ocurrió en 1898, el error de cuenta es patente, y la torpeza del soñante para los cálculos puede ser parangonada a la del paralítico general, como no se la pueda explicar de otro modo. Mi paciente era una de aquellas personas que después que ven a una mujer no pueden apartar sus pensamientos de ella. De manera regular, durante algunos meses, la paciente que le seguía en mi consultorio era una joven dama, con quien se topaba al salir; recabó muchas veces noticias sobre ella y se esmeraba en mostrársele enteramente cortés. Estimó su edad en 28 años. Esto basta para explicar el resultado del falso cálculo. Ahora bien, 1882 fue el año en que él se casó. Y además, no pudo dejar de trabar conversación con las otras dos personas del sexo femenino que encontró en mi casa; en modo alguno eran jóvenes esas dos empleadas que alternativamente solían abrirle la puerta, y como las halló poco locuaces, dio en pensar que le tenían por un señor mayor «*asentado*».

IV[19]

Otro sueño de números, que se singulariza por una trasparente determinación, o más bien sobredeterminación, lo debo, junto con su interpretación, al señor B. Dattner:

«*Mi casero, guardia de seguridad en el ayuntamiento, sueña que está de servicio en la calle*, lo que es un cumplimiento de deseo. *En eso se le acerca un inspector que lleva en la solapa el número 22 y 62, o 22 y 26. De todas maneras eran varios los números dos.*

»Ya la partición del número 2262 en el relato del sueño permite inferir que cada uno de los elementos tiene un significado propio. He aquí la ocurrencia del soñante: Ayer, en el trabajo, habían hablado sobre el tiempo de servicio de cada cual. Causa de la charla fue un inspector que había pasado a retiro a los 62 años. El soñante tiene solamente 22 años de servicio, y todavía necesita 2 años y 2 meses para obtener una pensión del 90 %. Ahora bien, el sueño le pinta en primer lugar el cumplimiento de un deseo largamente acariciado: tener la jerarquía de inspector. El jefe que lleva en la solapa el número 2262 es él mismo; desempeña su servicio en la calle, lo que es también un deseo, una predilección de él; ha cumplido sus 2 años y 2 meses y ahora puede jubilarse con pensión completa, como el inspector de 62 años».[20]

[19] [Este ejemplo se agregó en 1911.]
[20] [*Nota agregada* en 1914:] Para análisis de otros sueños de

Si cotejamos estos ejemplos y otros parecidos (como los que después expondremos [págs. 446 y sigs.]) estamos autorizados a decir: El trabajo onírico no hace cuentas ningunas, ni correctas ni erróneas; se limita a componer en la forma de un cálculo unos números que aparecen en los pensamientos oníricos y pueden servir como alusiones a un material no figurable [de otra manera]. Trata entonces a los números como material para la expresión de sus propósitos; es exactamente lo mismo que hace con todas las otras representaciones, aun con los nombres y los dichos reconocibles en calidad de representaciones-palabra.

Es que el trabajo onírico tampoco puede crear un dicho.[21] Por más dichos y réplicas que aparezcan en los sueños, y que en sí pueden tener sentido o ser irracionales, el análisis muestra en todos los casos que el sueño no ha hecho sino tomar de los pensamientos oníricos fragmentos de dichos realmente pronunciados u oídos, procediendo con ellos de manera en extremo arbitraria. No sólo los arrancó de su contexto y los fragmentó, acogió unos fragmentos y desestimó otros, sino que con harta frecuencia los compuso de nuevo, de tal suerte que los dichos oníricos que parecen coherentes se descomponen en el análisis en tres o cuatro trozos. En este uso nuevo, a menudo deja de lado el sentido que las palabras tenían en los pensamientos oníricos y presta a su literalidad un sentido por completo novedoso.[22] En un estudio más atento, distinguimos en los dichos de los

números, véase Jung [1911], Marcinowski [1912*b*] y otros. A menudo presuponen operaciones numéricas muy complicadas que, empero, el soñante realiza con desconcertante seguridad. Véase también Jones (1912*a*).

[21] [Cf. *supra*, **4**, págs. 199 y 310.]

[22] [*Nota agregada* en 1909:] La neurosis se comporta de igual manera que el sueño. Conozco a una paciente que padece de lo siguiente: oye (alucina) canciones o fragmentos de canciones sin quererlo y contra su voluntad, y no comprende el significado que puedan tener para su vida anímica. Digamos de pasada que no es paranoica. El análisis muestra que hace un uso impropio de estas canciones, permitiéndose ciertas licencias. En el verso [del aria de Agata, en *Freischütz*, de Weber] «*Leise, leise, fromme Weise!*» {literalmente, «¡Quedo, quedo, piadosa melodía!»}, las últimas palabras son tomadas por su inconciente como si dijeran «*fromme* Waise» {«piadosa huérfana»}, y esta es ella misma. «*O du selige, o du fröhliche*» {«Oh bienaventurada, oh dichosa...»} es el comienzo de una canción de Navidad; ella no la prosigue hasta «Navidad», y así la convierte en una canción de bodas, etc. — El mismo mecanismo de desfiguración puede imponerse, por lo demás, sin que medie alucinación, como mera ocurrencia. ¿Por qué uno de mis pacientes era asediado por el recuerdo de un poema que había aprendido en su juventud: «*Nächtlich am Busento lispeln...*» {«Silbando de noche en Busento...»} [primeros versos de un célebre poema de Von Platen]? Porque

sueños unos ingredientes más nítidos, compactos, de otros que sirven como medios de unión y probablemente se completaron como solemos hacerlo en la lectura con las letras y sílabas omitidas. Así, el dicho del sueño tiene la estructura de una roca de brecha, en que grandes fragmentos de diversos materiales se cohesionaron mediante una masa intermediaria endurecida. [Cf. pág. 448.]

Empero, esta descripción es válida en sentido estricto solamente para aquellos dichos {*Rede*} que tienen algo del carácter sensible del habla {*Rede*} y pueden describirse como «proferencias» {«*Rede*»}. Los otros, los que por así decir no se percibieron como oídos o como pronunciados (no tienen en el sueño ninguna inflexión acústica o motriz), son simplemente pensamientos como los que acuden a nosotros en la actividad mental de vigilia y pasan inalterados a muchos sueños. Para el material de dichos que en el sueño aparecen con carácter de indiferentes, la lectura parece ser también una fuente copiosa y difícil de rastrear. Pero, por otro lado, todo aquello que en el sueño se destaca llamativamente de un modo cualquiera como un dicho admite ser reconducido a dichos reales, pronunciados por uno mismo u oídos.

Ejemplos de esta derivación de los dichos del sueño hallamos ya en análisis que comunicamos con otros fines. Así, en el «inocente sueño del mercado» de [**4**] pág. 199, donde el dicho «*De eso no tenemos más*» sirve para que la soñante me identifique con el carnicero, mientras que un fragmento del otro dicho: «*A eso no lo conozco y no lo llevo*», no hace sino cumplir la tarea de volver inocente al sueño. En efecto, la víspera la soñante había replicado a su cocinera, frente

su fantasía se contentaba con un fragmento de esa cita: «*Nächtlich am Busen*» {«De noche en el pecho»}.

Es sabido que el chiste paródico no ha renunciado a este artilugio. La *Fliegende Blätter* [conocida revista humorística] trajo una vez entre sus ilustraciones de «clásicos» alemanes una referida a «*Siegesfest*», de Schiller; la cita había sido truncada:

«*Und des frisch erkämpften Weibes*
Freut sich der Atrid und strickt...»

{«Y el Atrida se regocija por la mujer que acaba de conquistar, y teje...»}.

La continuación era:

«*Um den Reiz des schönen Leibes*
Seine Arme hochbeglückt».

{«...trasportado de dicha, sus brazos en torno de los encantos de su hermoso cuerpo».}

a alguna insinuación de esta, con las palabras: «A eso no lo conozco, *pórtese decorosamente*»; y ocurrió que de este dicho se recogió en el sueño el primer fragmento, que sonaba indiferente, a fin de aludir así al segundo fragmento, el cual conviene muy bien a la fantasía que está en la base del sueño pero también la habría delatado.

Vaya un ejemplo parecido en remplazo de muchos, puesto que todos desembocan en lo mismo:

Un vasto patio donde se incineran cadáveres. El soñante dice: «Yo me voy {*geh' ich weg*}, *no puedo ver eso».* (Esto no es un dicho nítido.) *Después encuentra a dos aprendices de carnicero y pregunta: «Vaya, ¿gustó eso?». Y uno responde: «Qué va, no estaba bueno». Como si hubiera sido carne humana.*

He aquí la ocasión inocente de ese sueño: Después de cenar hace con su mujer una visita a los honrados, pero en modo alguno *apetitosos*, vecinos. La anciana y hospitalaria dama se encuentra justamente en su comida nocturna y lo *fuerza* (entre hombres se usa jocosamente para ello una palabra compuesta, de acento sexual)* a probar algo. El se rehúsa, ya no tiene más apetito. «*Pero ándele* {*gehn S' weg*}, todavía podrá digerirlo», o cosa parecida. Debe entonces probar, y después le elogia lo ofrecido: «*Pero está bueno*». De nuevo a solas con su mujer, echa pestes contra la importuna insistencia de la vecina y también contra la calidad del manjar que hubo de probar. «No puedo ver eso», tampoco en el sueño emerge como algo genuinamente dicho; es un pensamiento que se refiere a los encantos físicos de la invitante dama, y habría que traducirlo diciendo que no está ganoso de mirarlos.

Más instructivo resultará el análisis de otro sueño que comunico aquí a causa del dicho muy nítido que forma su punto central, pero que sólo será esclarecido cuando consideremos los afectos en los sueños [cf. págs. 458 y sigs.]. Soñé con mucha claridad: *He ido de noche al laboratorio de Brücke y abro la puerta, después que golpearon suavemente, al* (difunto) *profesor Fleischl,*[23] *quien entra con varios amigos y luego de algunas palabras se sienta a su mesa.* Sigue

* {«*Notzüchtigen*», «forzar sexualmente», «violar», en lugar de «*nötigen*», «forzar» en el sentido común.}

[23] [En pág. 478, *n*. 24, se explica quiénes eran las personas que aquí se mencionan.]

otro sueño: *Mi amigo Fl.* [Fliess] *ha llegado a Viena en julio, de incógnito; lo encuentro por la calle en coloquio con mi* (difunto) *amigo P., y voy con ellos a alguna parte, donde se sientan a una pequeña mesa frente a frente, y yo en la cabecera, sobre el lado más angosto de la mesita. Fl. cuenta acerca de su hermana y dice: «En tres cuartos de hora quedó muerta», y después algo como «Ese es el umbral». Como P. no le entiende,*[24] *Fl. se vuelve a mí y me pregunta cuánto de sus cosas he comunicado entonces a P. Y tras eso yo, presa de extraños afectos, quiero comunicar a Fl. que P. (nada puede saber porque él) no está con vida. Pero digo, notando yo mismo el error:* «NON VIXIT». *Miro entonces a P. con intensidad, y bajo mi mirada él se torna pálido, difuso, sus ojos se ponen de un azul enfermizo . . . y por último se disuelve. Ello me da enorme alegría, ahora comprendo que también Ernst Fleischl era sólo un aparecido, un resucitado,* y hallo enteramente posible que una persona así no subsista sino por el tiempo que uno quiere, y que pueda ser eliminada por el deseo del otro.*

Este bello sueño reúne en su contenido tantos caracteres enigmáticos —la crítica ejercida en el sueño mismo, que repare en mi error de decir «*Non vixit*» en lugar de «*Non vivit*»,** el trato despreocupado con difuntos que el sueño mismo declara tales, lo absurdo de la conclusión final y el gran contento que me depara— que bien querría yo, «daría la vida», por comunicar la solución completa de este enigma. Pero en la realidad soy incapaz de sacrificar a mi orgullo, como hago en el sueño, el miramiento por personas tan queridas. Ahora bien, un escamoteo cualquiera echaría a perder el sentido del sueño, que yo bien conozco. Por eso me contentaré con extraer, primero aquí y más adelante luego [págs. 477 y sigs.], algunos elementos del sueño para interpretarlos.

El centro del sueño lo forma una escena en que yo aniquilo a P. con una mirada. Sus ojos se ponen entonces extraña y siniestramente azules, y al final se disuelve. Esta escena es la copia inequívoca de una realmente vivenciada. Yo era ayudante en el Instituto de Fisiología, cumplía mi servicio desde la mañana temprano, y Brücke se había enterado de que algunas veces yo llegaba tarde al laboratorio pedagógico. Entonces, en una ocasión llegó puntualmente para abrir y me esperó. Lo que me dijo fue breve y categórico; pero no importaban las palabras. Lo imponente eran los terribles

[24] [Este detalle se analiza *infra*, pág. 508.]
* {«*Revenant*»; literalmente, «alguien que regresa».}
** {«No ha vivido» en lugar de «No está con vida».}

ojos azules con que me miró y ante los cuales quedé aniquilado... como P. en el sueño que, para mi alivio, ha trocado los papeles. Quien recuerde los ojos maravillosamente bellos del gran maestro, que conservó aun de anciano, y alguna vez lo haya visto encolerizado, con facilidad revivirá los afectos del joven pecador.

Pero por mucho tiempo no hubo caso de poder derivar el «*Non vixit*» con que en el sueño dicto aquella sentencia; hasta que al fin recordé que estas dos palabras, no como oídas o proferidas, sino como *vistas*, habían tenido suma nitidez en el sueño. Y al punto supe su proveniencia. En el pedestal del monumento que en el Palacio Imperial de Viena recuerda al emperador José se leen estas hermosas palabras:

«*Saluti patriae* vixit
non *diu sed totus*».*[25]

De esa inscripción saqué yo lo que convenía a una de las series —hostil— de los pensamientos oníricos; ella pudo ser: «El tipo ya no está para contar el cuento, él no está con vida». Y entonces hube de recordar que el sueño me sobrevino pocos días después que se descubrió el monumento a Fleischl en el peristilo de la Universidad;[26] con ese motivo había vuelto a ver el monumento a Brücke y (en el inconciente) debió de apesadumbrarme que mi amigo P., tan altamente dotado y consagrado por entero a la ciencia, hubiese perdido por su muerte prematura la fundada pretensión a un monumento en ese lugar. Entonces le erigí ese monumento en el sueño; mi amigo P. se llamaba Josef {José}.[27]

Empero, por las reglas de la interpretación de los sueños no estaría aún justificado para sustituir el «*Non vivit*» que necesito por «*Non vixit*», que el recuerdo del monumento a José pone a mi disposición. Algún otro elemento de los pensamientos oníricos tiene que haber contribuido a posi-

* {«Tuvo corta vida, pero la dedicó íntegra al bien de su patria».}

25 [*Nota agregada* en 1925:] La inscripción dice, en realidad:

«*Saluti* publicae *vixit*
non diu sed totus».

El motivo de la operación fallida de escribir «*patriae*» en vez de «*publicae*» probablemente fue colegido con acierto por Wittels [1924, pág. 86].

26 [Esta ceremonia tuvo lugar el 16 de octubre de 1898.]

27 Un aporte a la sobredeterminación: Mi disculpa por haber llegado tarde era que después de trabajar largo tiempo a la noche tenía que salvar la distancia que va de la calle *Emperador José* a la calle Währinger.

bilitar ese paso. Ahora bien, hay aquí algo que me obliga a reparar en que la escena del sueño conjuga una corriente de pensamientos hostiles y otra de pensamientos tiernos hacia mi amigo P.; de ellas la primera es superficial, la segunda está escondida, y logran su figuración en idénticas palabras: «*Non vixit*». Porque ha hecho méritos científicos le erijo un monumento; pero porque se hizo culpable de un mal deseo [28] (que se expresa al final del sueño) lo aniquilo. Acabo de formar una frase de cuño muy particular, para lo cual tiene que haberme influido algún modelo. ¿Y dónde hay una antítesis parecida, en que se ponen una junto a la otra dos reacciones contrapuestas hacia la misma persona, y ambas pretenden estar plenamente justificadas y no obstante dicen no estorbarse una a la otra? En un único pasaje que se graba profundamente en el lector; en el discurso justificatorio de Bruto, en el *Julio César* de Shakespeare [acto III, escena 2]: «Porque César me amó, lloro por él; porque fue afortunado, regocíjome; porque fue valiente, lo venero; mas porque fue ambicioso lo maté». ¿No es esta la misma construcción de las frases y la misma oposición de ideas incluidas en el pensamiento onírico que yo he descubierto? Hago entonces de Bruto en el sueño. ¡Si pudiera descubrir en el contenido de este alguna otra pista que corroborase este sorprendente enlace colateral! Creo que podría ser la siguiente: Mi amigo Fl. vino a Viena en *julio*. Pero este detalle no encuentra apoyo ninguno en la realidad. Que yo sepa, mi amigo jamás estuvo en Viena en el mes de *julio*. Pero el mes de *julio* se llama así por *Julio César*, y muy bien podría ser este el subrogado de la alusión que busco al pensamiento intermediario, el de que yo hago el papel de Bruto.[29]

Y, cosa extraña, en la realidad hice una vez de Bruto. Ante un auditorio infantil representé la escena de Bruto y César, tomada de una obra de Schiller;[30] fue cuando yo tenía catorce años, y lo hicimos junto con mi sobrino, un año mayor que yo, que por entonces había venido a visitarnos de Inglaterra; era también un *revenant*, pues con él reaparecía el compañero de juegos de mi primera infancia. Hasta mi tercer año cumplido fuimos inseparables, nos amábamos y reñíamos, y esta relación infantil, como señalé,[31] fue determinante para todos mis sentimientos posteriores en el trato

28 [Este detalle se explica mejor *infra*, pág. 481.]
29 Había otra conexión más: entre «César» y «emperador».
30 [Se trataba en realidad de un diálogo en verso que recitaba Karl Moor en el acto IV, escena 5, de la primera versión de *Die Räuber*, de Schiller.]
31 [Cf. *supra*, **4**, págs. 212 y 243.]

con personas de mi edad. Desde entonces mi sobrino John* encontró muchas encarnaciones que revivían ora este aspecto, ora estotro, de su ser fijado de manera indeleble en mi recuerdo inconciente. Por momentos ha de haberme tenido muy a mal traer, y yo debo de haber dado muestras de arrojo contra mi tirano, pues años después me fue contado muchas veces un breve dicho justificatorio con que me defendía cuando mi padre —su abuelo— me pedía cuentas: «¿Por qué le pegaste a John?». Y venía la justificación, en el lenguaje del niño que aún no llegaba a los dos años: «*Le pegué porque él me pegó*». Debe ser esta escena infantil la que desvía el «*Non vivit*» al «*Non vixit*», pues en el lenguaje de los niños mayores «pegar» {«*Schlagen*»} se dice «*Wichsen*» {«sobar»; se pronuncia «*vixen*»}; el trabajo onírico no desdeña usar tales conexiones. La hostilidad, tan poco fundada en la realidad, hacia mi amigo P., quien muchas veces me venció y por eso pudo espejar una reedición de los juegos infantiles, retrocede con seguridad hasta mi compleja relación infantil con John.[32]

Como he dicho, volveré luego sobre este sueño.

* {O *Hans*, hijo mayor de su hermanastro Emmanuel, quien se trasladó con su familia de Leipzig a Manchester en 1859, cuando tanto Sigmund como Hans eran aún pequeños.}

[32] [Cf. págs. 479-80. Freud se refiere a sus relaciones con su sobrino John en una carta a Fliess del 3 de octubre de 1897 (Freud, 1950*a*, Carta 70), *AE*, **1**, pág. 304. Otro relato, algo disfrazado, de un episodio temprano en el que figuraban John y su hermana menor, Pauline (mencionada *infra*, pág. 483), es sin duda el incluido en «Sobre los recuerdos encubridores» (Freud, 1899*a*), *AE*, **3**, págs. 303 y sigs. — El tema de los dichos en los sueños se menciona también *supra*, **4**, págs. 199-200, 310 y 319, e *infra*, pág. 463.]

G. Sueños absurdos. Las operaciones intelectuales en el sueño [1]

En las interpretaciones de sueños emprendidas hasta aquí tropezamos tantas veces con el elemento de lo *absurdo* en el contenido onírico que no queremos posponer por más tiempo el estudio de su origen y su eventual significado. Recordamos bien que lo absurdo de los sueños proporcionó a sus menospreciadores un argumento clave para no ver en ellos más que productos sin sentido de una actividad mental aminorada y fragmentada.[2]

Empiezo con algunos ejemplos en que lo absurdo del contenido del sueño no es sino una apariencia que se desvanece enseguida cuando se profundiza mejor en el sentido de aquel. Son algunos que versan —por azar, según parece al comienzo— sobre el padre muerto.

[I]

Sueño de un paciente que perdió a su padre seis años antes:

Al padre le ocurrió una gran desgracia. Viajaba en el tren nocturno, se produjo un descarrilamiento, los asientos se entrechocaron y le aplastaron la cabeza de través. Lo ve yacente en el lecho, con una herida sobre el arco superciliar izquierdo, que corre verticalmente. Le asombra que el padre se haya malogrado (pues ya está muerto, según completa en el relato*). Y los ojos están tan claros.*

De acuerdo con el criterio imperante acerca de los sueños, habría que esclarecer así el contenido de este: El soñante olvidó primero, mientras se representaba el accidente de su padre, que este desde mucho antes yacía en la tumba; cuando el sueño prosigue, ese recuerdo se evoca y hace que él, soñando todavía, se asombre de su propio sueño. Pero el análisis enseña que es notoriamente superfluo recurrir a tales explicaciones. El soñante había encargado a un artista un *busto* de su padre, y dos días antes del sueño había ido a mirarlo. Este fue el que se le antojó *malogrado*. El escultor nunca había visto a su padre y trabajaba según fotografías que le presentaron. Y aun el día anterior al sueño el piadoso

[1] [De aquí en adelante, hasta el final de la obra, ha de considerarse una vez más que todo el material apareció en la primera edición (1900), excepto en el caso de los pasajes para los que se menciona específicamente una fecha posterior.]

[2] [Cf. *supra*, **4**, págs. 78 y sigs.]

hijo había enviado al atelier a un viejo servidor de la familia para probar si también él pronunciaba el mismo fallo sobre la cabeza marmórea, a saber, que se la veía *demasiado estrecha en el sentido trasversal*, de una sien a la otra. Y ahora sigue el material mnémico que contribuyó a la construcción de este sueño. El padre tenía el hábito, cuando el cuidado de sus negocios o las dificultades familiares lo abrumaban, de oprimirse las sienes con ambas manos, como si su cabeza se le pusiese demasiado ancha y quisiera comprimirla. — Siendo un niño de cuatro años, cupo a nuestro soñante ver cómo el disparo de una pistola accidentalmente cargada ponía negros los ojos del padre (*Los ojos están tan claros*). — En el lugar donde el sueño muestra la herida del padre, exhibía él en vida, cuando estaba pensativo o triste, una profunda arruga longitudinal. Y que esta arruga se sustituyera en el sueño por una herida apunta a la segunda ocasión del sueño. El soñante había tomado una fotografía a su hijita; la placa se le cayó de la mano y cuando la recogió exhibía una resquebrajadura sobre la frente de la pequeña, como una arruga vertical que corría hasta la ceja. Entonces no pudo evitar una premonición supersticiosa, pues un día antes de la muerte de su madre se le había rayado la placa fotográfica con su imagen.

Por tanto, lo absurdo de este sueño no es sino el resultado de un descuido de la expresión lingüística, que no quiere distinguir de las personas los bustos y las fotografías. Todos nosotros solemos decir [ante una imagen tal]: «No se lo ve bien a papá, ¿no te parece?». Sin duda, habría sido fácil evitar la apariencia de absurdo en este sueño. Si hubiera derecho a juzgar por una experiencia única, se diría que esta apariencia de absurdo es consentida o deliberada.

II

Ahora un segundo ejemplo, en un todo semejante, tomado de mis propios sueños (he perdido a mi padre en 1896):

Mi padre ha desempeñado después de su muerte un papel político entre los magiares, los ha avenido políticamente. En relación con esto veo una pequeña imagen, no nítida: *Una multitud como en el Parlamento, una persona de pie sobre una o dos sillas, y otras le hacen rueda. Me acuerdo de que en su lecho de muerte se lo veía tan parecido a Garibaldi, y me regocija que este augurio se haya hecho verdadero.*

Es bastante absurdo. Lo soñé en la época en que los hún-

garos se quedaron sin legislación por obra de la *obstrucción* parlamentaria y atravesaron aquella crisis de que los libró Koloman Széll.[3] La nimia circunstancia de que la escena vista en el sueño constase de imágenes tan pequeñas no deja de tener importancia para esclarecer este elemento. Nuestros pensamientos oníricos son figurados corrientemente en imágenes visuales que parecen tener, más o menos, el tamaño de las cosas vividas; pero mi imagen onírica es la reproducción de una xilografía, inserta en el texto de una historia ilustrada de Austria, que figura a María Teresa en el Parlamento de Presburgo; es la famosa escena del «*Moriamur pro rege nostro*».[4] Como allí María Teresa, así está mi padre en el sueño rodeado por la multitud; pero está de pie sobre una o dos sillas {*Stuhl*} y, por tanto, como juez que preside {*Stuhlrichter*; literalmente, «juez de la silla»}. (El los ha *avenido*; acude en relación con esto el giro {alemán}: «No necesitaremos de ningún *juez*».) Que en su lecho de muerte se lo veía tan parecido a Garibaldi, todos los que lo rodeábamos lo observamos en la realidad. Tuvo un aumento de temperatura *posmortal*, sus mejillas se encendieron poniéndose cada vez más rojas. (. . .) Sin quererlo proseguimos:

> «*Und hinter ihm, in wesenlosem Scheine*
> *lag, was uns alle bändigt, das Gemeine*».[5]

Esta exaltación de nuestros pensamientos nos prepara [en el análisis] para que tengamos que ocuparnos precisamente de eso «ordinario». La elevación «*posmortal*» de la temperatura corresponde a las palabras «*después de su muerte*» que aparecen en el contenido onírico. Lo más torturante de su enfermedad fue la total parálisis intestinal («*obstrucción* parlamentaria») de las últimas semanas. Con esto se anudan

[3] [En 1898-99, la formación de un gobierno de coalición dirigido por Széll había resuelto una aguda crisis política en Hungría.]

[4] [«¡La vida por nuestra reina!», exclamaron los nobles húngaros cuando María Teresa, tras subir al trono en 1740, les pidió su apoyo en la guerra por la sucesión de Austria.] Ya no sé en qué autor hallé mencionado un sueño en que pululaban figuras inusualmente pequeñas, y resultó que su fuente era uno de los grabados de Jacques Callot, que el soñante había mirado durante el día. De hecho, estos grabados contienen innumerables figuras muy pequeñitas; una serie de ellas tratan de los horrores de la Guerra de los Treinta Años.

[5] [Versos pertenecientes al «Epílogo» al «Lied von der Glocke» {«Canto de la campana»}, de Schiller, escrito por Goethe para la ceremonia en homenaje de su amigo realizada el 10 de agosto de 1805. Dice allí que el espíritu de Schiller avanza hacia la eternidad de la verdad, la bondad y la belleza, mientras que «tras él, como una apariencia insustancial, yacía lo que a todos nos ata, lo ordinario».]

toda una serie de pensamientos irreverentes. Uno de mis compañeros, que perdió a su padre siendo él todavía estudiante secundario, motivo por el cual yo, profundamente conmovido, le ofrecí mi amistad, me contó cierta vez con sarcasmo el dolor de una parienta cuyo padre murió en la calle y lo llevaron a la casa, donde después, desvistiendo al cadáver, se encontró que en el momento de la muerte o *posmortalmente* se había producido una *evacuación del vientre* {*Stuhlentleerung*}. Ese odioso detalle causó en la hija tan profunda desazón que hubo de enturbiarle la memoria de su padre. Hemos avanzado así hasta el deseo que se corporiza en este sueño: *Yacer después de la muerte limpio y grande ante los hijos*, ¿quién podría no desearlo? ¿Y en qué ha parado lo absurdo de este sueño? Su apariencia de tal se engendra solamente por el hecho de que un giro idiomático por completo lícito, en el que estamos habituados a descuidar la absurdidad que pueda estar presente entre sus elementos, es figurado en el sueño al pie de la letra. Tampoco aquí podemos evitar la impresión de que la apariencia de lo absurdo es querida, producida adrede.[6]

La frecuencia [7] con que en el sueño personas ya muertas se presentan como vivas, actúan y tratan con nosotros ha provocado improcedente asombro y dado lugar a extrañas explicaciones, que echan viva luz sobre nuestra incomprensión del sueño. Y no obstante, el esclarecimiento de tales sueños está al alcance de la mano. Harto corriente es que pensemos: «*Si* mi padre viviera, ¿qué diría de esto?». A ese «*si*» el sueño no puede figurarlo como no sea mediante la presencia [de la persona en cuestión] dentro de una situación determinada. Así, un joven a quien su abuelo ha dejado una gran herencia, en una oportunidad en que hubo de reprocharse un importante desembolso soñó que el abuelo estaba de nuevo con vida y le pedía cuentas. Eso que juzgamos una sublevación contra el sueño, la protesta —dictada por nuestro mejor saber— de que esa persona ya ha muerto, es en realidad, o bien el pensamiento consolador de que el difunto no tuvo necesidad de vivir eso, o bien la satisfacción por el hecho de que ya no pueda contar el cuento.

Otra clase de absurdo que se encuentra en sueños sobre deudos muertos no expresa escarnio y sarcasmo, sino que sirve a la repulsa más extrema, a la figuración de un pensa-

6 [Este sueño vuelve a tratarse *infra*, pág. 446.]
7 [Este párrafo se agregó como nota al pie en 1909, incluyéndoselo en el texto en 1930.]

miento reprimido que preferiríamos considerar impensable.[8] Sueños de esta clase sólo se tornan resolubles si recordamos que el sueño no hace diferencia entre lo deseado y lo real. Así, un hombre que había cuidado a su padre durante la enfermedad de este, y sufrió mucho a causa de su muerte, tuvo tiempo después este sueño disparatado: *El padre estaba de nuevo con vida y hablaba con él como solía, pero* (esto era lo asombroso) *estaba no obstante muerto, sólo que no lo sabía.* Se comprenderá este sueño si a continuación de «estaba no obstante muerto» se agrega «a causa del deseo del soñante», y si se completa «sólo que no lo sabía» así: el soñante «no sabía que tenía este deseo». Mientras asistía a su padre enfermo, el hijo había deseado repetidas veces que él muriese, vale decir, había engendrado el pensamiento verdaderamente piadoso de que por fin viniese la muerte a poner término a esa tortura. Sobrevenida la muerte, y durante el duelo, este mismo deseo del hijo compasivo devino reproche inconciente, como si con él hubiera contribuido realmente a acortar la vida del enfermo. Y por el despertar de las más tempranas mociones infantiles contra el padre fue posible que ese reproche se expresara como sueño; pero precisamente a causa de la oposición inconmensurable entre el excitador del sueño y el pensamiento onírico debió cobrar aquel una apariencia tan absurda.[9]

Los sueños sobre muertos queridos plantean en general a la interpretación difíciles tareas, cuya solución satisfactoria no siempre se alcanza. La razón de ello puede buscarse en el sentimiento de ambivalencia, fuertemente impreso, que preside la relación del soñante con el muerto. Es muy común que en tales sueños primero se trate al difunto como si viviese y después se diga de pronto que está muerto, pero en la continuación del sueño vuelva a vivir. Esto mueve a perplejidad. Por fin he colegido que esta alternancia de muerte

[8] [Este párrafo se agregó como nota al pie en 1911 y fue incluido en el texto en 1930. La primera oración implica que Freud ya ha explicado lo absurdo en los sueños como debido a la presencia de «escarnio y sarcasmo» en los pensamientos oníricos. En realidad, todavía no lo ha hecho, y esta conclusión sólo se enuncia explícitamente en el párrafo (*infra*, págs. 433-4) donde resume su teoría de los sueños absurdos. Es posible que el presente párrafo, en su forma original de nota al pie, haya sido introducido aquí por error, en vez de hacerlo en ese lugar.]

[9] [*Nota agregada* en 1911:] Véase acerca de esto mi trabajo sobre los dos principios del acaecer psíquico (1911*b*) [al final del cual se examina este mismo sueño. — Un sueño muy similar se analiza en la 12ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1916-17), *AE*, **15**, págs. 171-3. — El párrafo que sigue fue agregado como nota al pie en 1919 e incluido en el texto en 1930.]

y vida está destinada a figurar la *indiferencia* del soñante («Me da lo mismo que viva o esté muerto»). Desde luego, esa no es una indiferencia real, sino deseada; lleva el propósito de ayudar a desmentir las actitudes afectivas del soñante, muy intensas y a menudo contradictorias, y así pasa a ser la figuración onírica de su *ambivalencia*. Para otros sueños en que se tiene trato con muertos, la siguiente regla ha servido muchas veces de orientación: Cuando en el sueño no se advierte que el muerto está muerto, es que el soñante se iguala al muerto, sueña con su propia muerte. El recuerdo que con asombro emerge de pronto en el sueño: «¡Pero si ha muerto hace tiempo!» opera como cautela contra esta comunidad y rechaza ese significado, el de la muerte del propio soñante.[10] Pero he de confesar esta impresión: falta mucho para que la interpretación de los sueños arranque todos sus secretos a los de este contenido.

III

En el ejemplo que ahora expongo puedo sorprender al trabajo del sueño fabricando con deliberación un absurdo para el cual no hay ocasión alguna en el material. Proviene del sueño que me provocó el encuentro con el conde Thun antes de emprender mi viaje de vacaciones.[11]

Viajo en un cabriolé y doy al cochero la orden de llevarme a una estación de ferrocarril. «Por la vía férrea no puedo desde luego viajar con usted», le digo, después que él hizo una objeción como si yo lo hubiera extenuado; y en eso es como si ya hubiera viajado con él un trayecto que normalmente se recorre en tren.

Sobre esta historia confusa y disparatada, el análisis me da los siguientes esclarecimientos: Ese día había tomado un cabriolé que debía llevarme a Dornbach,[12] a una calle apartada. Pero el cochero no conocía el camino, y no obstante, al estilo de estas buenas gentes, siguió viaje, hasta que yo reparé en ello y le indiqué el rumbo, sin dejar de hacerle algunas observaciones burlonas. Desde este cochero se urde una conexión de pensamiento hasta los aristócratas; nos toparemos después con ella {en el análisis}. Provisionalmente es sólo la indicación de que a nosotros, la plebe de los ciudadanos, nos resulta llamativa la predilección que siente la

[10] [Freud señaló esto por primera vez en su escrito «Experiencias y ejemplos extraídos de la práctica analítica» (1913*b*).]
[11] [Cf. *supra*, **4**, págs. 221 y sigs.]
[12] [En las afueras de Viena.]

aristocracia por ocupar el lugar del cochero. Y es el caso que el conde Thun conduce el carro del Estado en Austria. Pero la frase que sigue en el sueño se refiere a mi hermano, a quien, por tanto, identifico con el cochero del cabriolé. Ese año yo me había rehusado a viajar con él a Italia (*«Por la vía férrea no puedo desde luego viajar con usted»*), y esa negativa fue una suerte de castigo por sus continuas quejas de que yo en esos viajes solía *extenuarlo* (expresión que alcanzó al sueño inmodificada) obligándolo a desplazamientos demasiado rápidos y a ver demasiadas bellezas en un solo día. Mi hermano me había acompañado esa tarde a la estación, pero poco antes de llegar a la estación del Oeste descendió en la del ferrocarril metropolitano, con el propósito de viajar por él hasta Purkersdorf.[13] Le hice notar que podría acompañarme todavía un rato si no viajaba hasta Purkersdorf por el ferrocarril metropolitano, sino por el del Oeste. En el sueño, esto fue a dar en que yo recorro en *cabriolé un trayecto que normalmente se recorre en tren.* En la realidad ocurrió a la inversa (y «*salió justamente al revés*» {«*Umgekehrt ist auch gefahren*»}); había dicho a mi hermano: «El trayecto que recorres en el metropolitano puedes recorrerlo también en mi compañía, con el ferrocarril del Oeste». Yo armé todo el enredo del sueño remplazando «metropolitano» por «cabriolé», lo que por otra parte me venía de perillas para compendiar al cochero con mi hermano. Así me procuro en el sueño algo disparatado, que tal como se lo declara no parece desentrañable, y además entra en contradicción con mi dicho anterior (*«Por la vía férrea no puedo viajar con usted»*). Ahora bien, puesto que en modo alguno me hacía falta confundir ferrocarril metropolitano y cabriolé, tengo que haber fabricado a propósito toda esta enigmática historia del sueño.

Pero, ¿con *qué* propósito? Ahora nos enteraremos de lo que significa lo absurdo en el sueño y de los motivos por los cuales se lo consiente o se lo crea. La solución del secreto en el presente caso es la siguiente: Me hace falta en el sueño un absurdo y algo incomprensible en conexión con el «*viajar*» {«*Fahren*»}, pues en los pensamientos oníricos tengo cierto juicio que pide figuración. Durante una velada en casa de aquella dama acogedora y espiritual que en otra escena del mismo sueño aparece como «gobernanta», me hicieron dos adivinanzas que no pude resolver. Puesto que todos los presentes las conocían, mis infructuosos esfuerzos por hallar la solución me dejaron un poco en ridículo. Eran dos retrué-

13 [A unos doce kilómetros de Viena.]

canos con los vocablos «*Nachkommen*» y «*Vorfahren*». Rezaban, según creo, así:

«El amo lo manda,
el cochero lo hace,
todos lo tienen,
en la tumba descansa».
(Respuesta: «*Vorfahren*».) *

Lo embrollante era que la segunda adivinanza tenía una mitad idéntica a la primera:

«El amo lo manda,
el cochero lo hace,
no todos lo tienen,
en la cuna descansa».
(Respuesta: «*Nachkommen*».) **

Ahora bien, cuando vi al conde Thun *seguir viaje* con tanta prosopopeya, me sobrevino el talante de Fígaro, quien no veía otro mérito en los grandes señores que el de haberse tomado el trabajo de nacer (de ser *descendientes*); así las dos adivinanzas se convirtieron en pensamientos intermediarios para el trabajo onírico. Puesto que a los aristócratas es fácil confundirlos con cocheros, y antes en los países de lengua alemana solía llamarse «*Herr Schwager*» {«cuñado»} al cochero, el trabajo de condensación pudo incluir a mi hermano en la misma figuración. Pues bien, he aquí el pensamiento onírico que ha operado detrás: «*Es un disparate enorgullecerse de sus antepasados. Prefiero ser yo mismo un antepasado, el fundador de un linaje*». Y a causa de ese juicio, «Es un disparate», se engendró el disparate del sueño. Ahora se resuelve también el último enigma de este oscuro pasaje onírico, a saber, que ya *antes viajé* {*vorher gefahren*} con el cochero, *seguí viaje con él* {*vorgefahren*, desciendo de los mismos padres que mi hermano}.

Por consiguiente, el sueño se fabrica absurdo cuando en los pensamientos oníricos aparece, como uno de los elementos del contenido, el juicio «*Es un disparate*»; y, en general, cuando la crítica y la burla motivan uno de los itinerarios de pensamiento inconcientes del soñante. Así, lo absurdo se convierte en uno de los medios por los cuales el trabajo

* {«seguir viaje» y «antepasado».}
** {«ir en pos» y «descendiente».}

onírico figura la contradicción; en esto se asimila a la inversión de una relación material entre pensamientos oníricos y contenido del sueño, y al uso de la sensación de inhibición motriz.[14] Pero lo absurdo del sueño no ha de traducirse por un simple «no», sino que está destinado a reproducir la disposición de los pensamientos oníricos y al mismo tiempo a escarnecer o ridiculizar con la contradicción. Sólo con este propósito brinda el trabajo onírico algo risible. También aquí *convierte un fragmento del contenido latente en una forma manifiesta.*[15]

En verdad, hemos tropezado ya con un convincente ejemplo de este significado de los sueños absurdos. Es el sueño, interpretado sin análisis, de la representación de Wagner que duró hasta las siete y cuarto de la mañana, y en que la orquesta era dirigida desde lo alto de una torre, etc. (cf. págs. 348-9). Manifiestamente quiere significar: Este es un mundo *al revés* y esta es una sociedad *disparatada.* El que lo merece no lo alcanza, y al que no le importa lo tiene; así la soñante comparaba su destino con el de su prima.

Por otra parte, el hecho de que ofreciéramos primero los sueños sobre el padre muerto como ejemplos de lo absurdo no es obra del azar. Es que ahí se reúnen de manera típica las condiciones para la creación de sueños absurdos. La autoridad que es propia del padre despertó desde muy temprano la crítica del niño; las rigurosas exigencias por él impuestas movieron al niño a acechar, para su descargo, cualquier debilidad del padre; pero el halo de piedad que en nuestro pensamiento envuelve a la persona del padre, en especial tras su muerte, hace más rigurosa a la censura, que esfuerza a {*abdrängen*} las exteriorizaciones de esa crítica a no devenir concientes.

IV

Un nuevo sueño absurdo de padre muerto:

Recibo una carta de la municipalidad de mi ciudad natal

[14] [Cf. *supra*, **4**, págs. 331-2 y 341-2, respectivamente.]

[15] El trabajo del sueño parodia entonces el pensamiento que tilda de risible creando algo risible en relación con él. De manera similar procedió Heine cuando quiso burlarse de los malos versos del rey de Baviera; hizo otros todavía peores:

«El señor Luis es un gran poeta,
y cuando canta, se precipita Apolo
ante él, de rodillas, y le ruega y le pide:
"¡Detente, que si no me vuelvo loco, oh!"».
[*Lobgesänge auf König Ludwig,* I.]

referente a las costas de una internación hospitalaria a que debió recurrirse en 1851 a causa de un ataque producido en mi casa. Ello me resulta cómico, pues en primer lugar en 1851 yo todavía no había nacido, y en segundo lugar mi padre, a quien el asunto podría referirse, ya está muerto. Voy a verlo a la habitación contigua, donde yace en la cama, y se lo cuento. Para mi asombro, se acuerda de que por 1851 se emborrachó una vez y debió ser encerrado o detenido. Era cuando trabajaba para la casa T. «¿Entonces tú has bebido también?», le pregunto. «¿Y poco después te casaste?». Hago la cuenta de que soy nacido en 1856, y me parece como si este año siguiera inmediatamente al otro.

De acuerdo con nuestras anteriores elucidaciones, habremos de traducir la insistencia con que este sueño exhibe sus absurdos como mero signo de una polémica particularmente apasionada y amarga en el interior de los pensamientos oníricos. Pero con tanto mayor sorpresa comprobamos que en este sueño la polémica se plantea francamente y el padre es caracterizado como la persona a que se hace objeto de las burlas. Semejante franqueza parece contradecir nuestras premisas sobre la censura en el trabajo del sueño. Pero hay algo que ayuda a aclarar esto: aquí el padre no es sino un testaferro; la disputa se empeña con otra persona que en el sueño sale a la luz a través de una única alusión. Mientras que lo corriente es que el sueño verse sobre la sublevación contra otras personas tras las cuales se encubre el padre, aquí sucede lo inverso: el padre se convierte en hombre de paja, en pantalla de otro, y por eso el sueño es autorizado a ocuparse tan sin disfraz de su persona, sacrosanta en cualquier otro caso; es que hay implícito un saber cierto de que él no es, en realidad, el aludido. De ese estado de cosas nos entera la ocasión del sueño. Sobrevino, en efecto, después que me dijeron que un colega más anciano, cuyo juicio se tiene por inapelable, manifestó su condena y su asombro por el hecho de que uno de mis pacientes continuara el trabajo psicoanalítico conmigo, que iba ya por el *quinto año*.[16] Las frases iniciales del sueño apuntan, bajo un trasparente disfraz, al hecho de que este colega tomó por un tiempo sobre sí las obligaciones que mi padre ya no podía cumplir (*costas, internación en el hospital*); y cuando nuestros lazos de amistad empezaron a aflojarse, sufrí yo el mismo conflicto de

[16] [Es el paciente frecuentemente mencionado por Freud en sus cartas a Fliess (Freud, 1950*a*) con la inicial «E.». Se hace referencia al presente sueño en la Carta 126, del 21 de diciembre de 1899, y la muy satisfactoria terminación del tratamiento se anuncia en la Carta 133, del 16 de abril de 1900.]

sentimientos que, en el caso de una desavenencia entre padre e hijo, ha de provocar por fuerza el papel que antes cumplió el padre y su temprana asistencia. Ahora bien, los pensamientos oníricos se defienden amargamente contra el reproche de que *yo no progrese más rápido*, reproche que del tratamiento de ese paciente se extiende después a otras cosas. ¿Acaso él conoce a alguien que pueda hacerlo más rápido? ¿No sabe que estados de esta índole son incurables por otros medios y duran toda la vida? ¿Qué son *cuatro o cinco años* comparados con la duración de toda una vida, tanto más si durante el tratamiento se le alivió la existencia al enfermo en medida tan grande?

El sesgo de lo absurdo se imprimió a este sueño en buena parte por el hecho de que frases provenientes de diversos ámbitos de los pensamientos oníricos se enhebraron una después de otra sin transición mediadora. Así, la frase *voy a verlo a la habitación contigua*, etc., abandona el tema recogido en las frases anteriores y reproduce con fidelidad las circunstancias en que comuniqué a mi padre mi compromiso matrimonial, que había contraído sin su autorización. Por tanto, esta frase quiere ponerme por delante el noble desinterés que en esa ocasión probó el anciano, para oponerlo al comportamiento de otra persona, de una nueva persona. Hago notar aquí que el sueño se permite hacer escarnio del padre porque en los pensamientos oníricos se lo presenta, con reconocimiento pleno, como modelo frente a otro. Va en la naturaleza de toda censura el autorizar que de las cosas no permitidas se digan falsedades, y no la verdad. La frase que sigue, a saber, que él *se acuerda de que se emborrachó una vez y debió ser encerrado*, no contiene tampoco nada que en la realidad se refiera a mi padre. La persona que él encubre es nada menos que la del gran Meynert,[17] cuyas huellas he seguido con veneración tan alta y cuya conducta hacia mí, después de un breve período de predilección, se trocó en una hostilidad indisimulada. El sueño me recuerda algo que él mismo contó: que en su juventud se había entregado al hábito de *embriagarse con cloroformo* y por eso debió *ingresar al sanatorio*, y además otra vivencia que tuve con él poco antes de su muerte. Había mantenido con él por escrito una agria polémica sobre la histeria masculina, que él no admitía;[18] cuando fui a visitarlo en su lecho de enfermo, y después que le pregunté por su estado, se demoró en la des-

[17] [Theodor Meynert (1833-1892) había sido profesor de psiquiatría en la Universidad de Viena.]

[18] [Esta controversia se describe con cierto detalle en la *Presentación autobiográfica* de Freud (1925*d*), *AE*, **20**, pág. 15.]

cripción de sus padecimientos y concluyó con estas palabras: «Sabe usted, siempre fui uno de los más bellos casos de histeria masculina». Así, para mi contento y para mi asombro, concedía aquello a lo cual se había opuesto obstinadamente tanto tiempo. Que en esta escena del sueño pueda yo encubrir a Meynert tras mi padre no tiene su fundamento en una analogía hallada entre ambas personas, sino que es la figuración escueta, pero suficiente en un todo, de una cláusula condicional contenida en los pensamientos oníricos. Hela aquí, explicitada: «¡Ah! Si yo fuera segunda generación, el hijo de un profesor o de un consejero áulico {*Hofrat*}, sin duda avanzaría más rápido». Por eso en el sueño convierto a mi padre en consejero áulico y en profesor. El absurdo más grosero y enojoso del sueño reside en el tratamiento de la fecha 1851, que me parece no diferente de 1856, *como si la diferencia de cinco años no significara nada.* Y precisamente eso es lo que debe expresarse desde los pensamientos oníricos. *De cuatro a cinco años,* ese es el lapso durante el cual gocé del apoyo del colega que cité al comienzo, pero también el tiempo que hice esperar a mi novia hasta nuestro casamiento, y por una coincidencia casual, bien aprovechada por los pensamientos oníricos, es la misma cantidad de años que ahora hago esperar a mi paciente más constante hasta su completa curación. «*¿Qué son cinco años?*», preguntan los pensamientos oníricos. «*Eso para mí es un instante, ni merece que se lo tome en cuenta.* Tengo por delante suficiente tiempo, y así como finalmente se cumplió todo aquello en que ustedes no querían creer, también llevaré esto a buen puerto». Pero, además, la cifra 51, desprendida de las que marcan el siglo, está determinada aún en otro sentido, y por cierto en un sentido opuesto; por eso aparece varias veces en el sueño. Esa, 51, es la edad en que el hombre estaría especialmente amenazado, la edad en que he visto morir de manera repentina a colegas, y entre ellos a uno que después de mucho penar había sido nombrado profesor pocos días antes {de su muerte}.[19]

[19] [Aquí sin duda se hace referencia a la teoría de la periodicidad de Fliess: $51 = 28 + 23$, en los períodos femenino y masculino, respectivamente. Véanse las secciones I y IV de la «Introducción» de Kris a la correspondencia de Freud con Fliess (Freud, 1950*a*). Véase también *supra*, **4**, págs. 183 y sigs., así como un pasaje de la *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*) suprimido por Freud desde 1907 en adelante (y que se reproduce en *AE*, **6**, pág. 243, *n.* 20). — En la pág. 508, *infra*, se comenta la repetición del número 51. El análisis del sueño continúa *infra*, págs. 448 y sigs.]

V

Otro sueño absurdo que juega con números:

Uno de mis conocidos, el señor M., ha sido atacado en un ensayo nada menos que por Goethe y, según todos opinamos, con una saña injustificada. Desde luego, el señor M. quedó aniquilado por este ataque. Con amargura se lamenta de ello en un convite; empero, su veneración por Goethe no ha sufrido menoscabo por esta experiencia personal. Yo procuro aclararme un poco las relaciones de tiempo, que me parecen inverosímiles. Goethe murió en 1832; y puesto que su ataque a M. tuvo que ser naturalmente anterior, el señor M. sería por entonces un hombre joven en extremo. Se me antoja verosímil que tuviera dieciocho años. Pero no sé con certeza el año en que escribimos, y así toda la cuenta se hunde en la oscuridad. Por lo demás, ese ataque está contenido en el bien conocido ensayo de Goethe «Naturaleza».*

Muy pronto tendremos a nuestro alcance los medios para justificar la necedad de este sueño. El señor M., a quien conozco de un *convite*, me pidió no hace mucho que examinase a un hermano suyo que presentaba signos de *parálisis general.* La conjetura era acertada; durante la visita ocurrió algo penoso: el enfermo, sin que viniera al caso, puso a su hermano en situación desairada aludiendo a *travesuras juveniles* de este. Yo había preguntado al enfermo el año en que nació y repetidas veces lo moví a hacer pequeños cálculos a fin de comprobar el debilitamiento de su memoria; pruebas estas de las que, por lo demás, aún podía salir airoso. Ya advierto que en el sueño me comporto como un paralítico general (*no sé con certeza el año en que escribimos*). Hay otro material del sueño que brota de una fuente reciente diversa. El editor de una revista médica,[20] con quien tenía yo amistad, había dado cabida en ella a una crítica en extremo inmisericorde, *aniquiladora*, al último libro de mi amigo Fl. [Fliess], de Berlín; el autor de la crítica era un colaborador muy *joven* y de poco discernimiento. Yo creí tener derecho a inmiscuirme, y recibí del editor esta respuesta: lamentaba vivamente haber admitido la crítica, pero no quería prometer enmienda. Ante eso rompí mis relaciones con la revista y en mi carta de renuncia formulé la esperanza de que *nuestras relaciones personales no sufrirían menoscabo por lo ocurrido.* La tercera fuente de este sueño es el relato, que tenía fresco a la sazón, de una paciente acer-

* {«el año en que escribimos» es un giro muy utilizado por Goethe en su epistolario.}

[20] [La *Wiener klinische Rundschau.*]

ca de su hermano, quien había caído en delirio frenético al grito de *«¡Naturaleza, naturaleza!»*. Los médicos creyeron que el grito provenía de la lectura de aquel hermoso *ensayo de Goethe* y era indicio en el enfermo del *surmenage* provocado por sus estudios sobre filosofía de la naturaleza. Yo preferí atender al sentido sexual con que entre nosotros aun las personas de escasa cultura hablan de la «naturaleza», y el hecho de que más tarde el desdichado mutilase sus genitales pareció indicar que al menos yo no andaba descaminado. La edad de este enfermo, cuando sufrió el ataque de delirio frenético, era de *18 años*.

Si ahora añado que el libro tan duramente criticado de mi amigo («Uno se pregunta si el autor es un loco, o si uno mismo lo es», había escrito otro crítico) se ocupa de las *relaciones de tiempo* de la vida, y también recondujo la duración de la vida de Goethe a un múltiplo de un número significativo para la biología, con facilidad se advierte que yo en el sueño me pongo en el lugar de mi amigo. (*Yo procuro aclararme un poco las relaciones de tiempo*). Pero yo me comporto como un paralítico y el sueño se disipa en lo absurdo. Esto implica también que los pensamientos oníricos dicen, irónicos: «*Naturalmente*, él [mi amigo Fl.] es el loco, el trastornado, y ustedes [los críticos] son los genios que todo lo saben mejor. Pero, ¿no será a la inversa?». Y esta *inversión* está extensamente subrogada en el contenido del sueño: Goethe ha atacado al joven, lo cual es absurdo, mientras que es fácil que todavía hoy un jovencito ataque al inmortal Goethe, y además yo cuento desde el *año de la muerte* de Goethe, cuando en la realidad hice contar al paralítico desde el *año de su nacimiento*.[21]

Pero yo había prometido también demostrar que ningún sueño es inspirado por otras mociones que las egoístas.[22] Tengo que justificarme entonces por el hecho de que en este sueño hago mías las cosas de mi amigo y me pongo en lugar de él. Pero la convicción crítica que de ello tengo en la vigilia no alcanza. Ahora bien, la historia del enfermo de 18 años y la interpretación divergente de su grito *«¡Naturaleza!»* aluden a la oposición en que me he puesto con la mayoría de los médicos a causa de mi tesis sobre la etiología sexual de las psiconeurosis. Puedo decirme: «Así como le ha ido a tu amigo, así te irá a ti con la crítica, y en parte ya te ha sucedido eso»; y ahora tengo derecho a sustituir en el

[21] [Cf. *supra*, **4**, págs. 331-2, donde ya se había hecho mención de este sueño.]

[22] [Cf. *supra*, **4**, págs. 276 y sigs.]

interior de los pensamientos oníricos el «él» por un «nosotros»: «Sí, tienen razón; nosotros dos somos los locos». Que «*mea res agitur*» me lo señala con vigor la mención del breve e incomparablemente bello ensayo de Goethe, pues su exposición en una conferencia popular fue lo que me impulsó, siendo yo un bachiller todavía vacilante, al estudio de la ciencia natural.[23]

VI

He contraído la deuda de mostrar el carácter egoísta de otro sueño en que mi yo no aparece. En [**4**] pág. 277 cité un breve sueño. El profesor M. dice: «*Mi hijo, el miope...*». En ese lugar consigné que este sueño no era sino el prólogo de otro, en el que yo juego un papel. He aquí el sueño principal que faltaba, y que nos propone el esclarecimiento de una formación léxica absurda e incomprensible:

A causa de algunos sucesos ocurridos en la ciudad de Roma es necesario poner a salvo a los niños, y eso es lo que acontece. La escena se despliega después ante una puerta, puerta doble al estilo antiguo (la Porta Romana de Siena, según yo lo sé todavía en el sueño). Me siento sobre el borde de una fuente y estoy muy triste, casi lloro. Una persona del sexo femenino —cuidadora, monja— saca a los dos varoncitos y los entrega al padre, que no soy yo. El mayor de los dos es nítidamente el mayor de mis hijos, y no veo el rostro del otro; la mujer que lo trae le pide un beso como despedida. Ella se singulariza por una nariz roja. El niño le rehúsa el beso, pero le dice, tendiéndole la mano a manera de despedida: «AUF GESERES»; *y a nosotros dos (o a uno de nosotros):* «AUF UNGESERES». *Tengo la idea de que esto último significa una preferencia.*[24]

Este sueño se construye sobre una madeja de pensamientos despertados por una obra de teatro que vi, *Das neue Ghetto* {El nuevo gueto}. La cuestión judía, la inquietud por el futuro de los hijos a quienes no podemos dar una patria, el cuidado por educarlos de tal modo que puedan

[23] [Este sueño vuelve a considerarse *infra*, pág. 447; también se lo analiza extensamente, con unos pocos detalles adicionales, en *Sobre el sueño* (1901*a*), *infra*, págs. 644 y sigs. — R. Pestalozzi, en un artículo de *Neue Zürcher Zeitung* (1º de julio de 1956), ha mostrado que el ensayo «Naturaleza» no pertenecía a Goethe sino a un autor suizo, G. C. Tobler. Cf. también la *Presentación autobiográfica* de Freud (1925*d*), *AE*, **20**, págs. 8-9.]

[24] [Las palabras «*Geseres*» y «*Ungeseres*», ninguna de las cuales tiene significado en alemán, se analizan cuatro párrafos más adelante.]

ser cosmopolitas, son fácilmente reconocibles en los pensamientos oníricos correspondientes.

«Cabe las aguas de Babilonia estábamos sentados y llorábamos». Siena es, como Roma, famosa por sus bellas fuentes: para Roma debo yo en el sueño buscarme algún sustituto a partir de lugares conocidos.[25] Junto a la Porta Romana de Siena vimos un gran edificio, intensamente iluminado. Supimos que era el *Manicomio.* Poco antes de sobrevenirme el sueño me había enterado de que un hombre de mi mismo credo había debido abandonar la plaza que con tanto trabajo consiguiera en un manicomio estatal.

Despierta nuestro interés el dicho «*Auf Geseres*», que aparece donde, por la situación creada en el sueño, deberíamos esperar «*Auf Wiedersehen*» {«Hasta la vista»}; y es llamativo también su opuesto, que carece de todo sentido: «*Auf Ungeseres*».*

De acuerdo con la información que recogí de los exégetas, «*Geseres*» es una palabra hebrea derivada de un verbo, «*goiser*», y su mejor traducción sería «sufrimiento impuesto, fatalidad». Por su uso en la jerga judía, se diría que significa «quejas y lamentaciones». «*Ungeseres*», una formación léxica creada por mí, es la que primero llama mi atención, pero al comienzo me deja perplejo. La breve observación del final del sueño, a saber, que *Ungeseres* significa una preferencia respecto de *Geseres*, abre las puertas a las ocurrencias y, por tanto, a la comprensión. Es que una relación así encontramos en el caviar; el no salado {*ungesalzene*} se aprecia más que el salado {*gesalzene*}. Caviar para el pueblo, «nobles pasiones»: ahí se esconde una alusión en broma a una de las personas de mi casa, y de quien espero, por ser más joven que yo, que velará por el futuro de mis hijos. Armoniza con eso el que otra persona de mi casa, nuestra honrada niñera, aparezca bien reconocible en la cuidadora (o monja) del sueño. Ahora bien, entre el par *gesalzen-ungesalzen* y *Geseres-Ungeseres* falta una transición mediadora. Esta se encuentra en «*gesäuert-ungesäuert*» {«con levadura-sin levadura»}; en su huida de Egipto, los hijos de Israel no tuvieron tiempo de hacer fermentar su pan, y en memoria de ello todavía hoy comen pan ázimo para Pascuas. Puedo insertar aquí también la ocurrencia repentina que me sobrevino en este fragmento del análisis. Me acordé de que en la *Pascua* pasada nos paseábamos, mi amigo de Berlín y yo, por las calles de Breslau, ciudad para nosotros descono-

25 [Cf. *supra*, **4**, págs. 208-9.]
* {«*Un-*» es partícula de negación.}

cida. Una niñita me preguntó cómo se llegaba a cierta calle; debí disculparme diciéndole que no lo sabía, y manifesté después a mi amigo: «Esperemos que la pequeña dé pruebas después, en su vida, de mayor agudeza para elegir las personas que habrán de guiarla». A los pocos pasos, mi vista dio con una placa: «Dr. *Herodes*, consultorio...». Yo pensé: «Esperemos que el colega no sea médico de niños». Entretanto mi amigo me había desarrollado sus opiniones sobre el significado biológico de la *simetría bilateral*, y había comenzado una de sus frases con este introito: «Si tuviéramos un ojo en mitad de la frente como el cíclope {*Zyklop*}...». Ahora bien, esto me conduce al dicho del profesor en el sueño-prólogo: «*Mi hijo, el miope* {*Myop*}...». Y me veo llevado a la fuente principal de *Geseres*. Hace muchos años, cuando este hijo del profesor M., que hoy es un pensador independiente, se sentaba todavía en el *banco de la escuela*, sufrió una afección a los ojos que el médico declaró de cuidado. Opinó que mientras se mantuviera *en un solo lado* {*einseitig*} no sería nada, pero que si se pasaba al *otro ojo* cobraría gravedad. La afección sanó sin complicaciones; pero poco después se presentaron realmente los signos de la enfermedad en el segundo ojo. La madre, desesperada, hizo que el médico viniese enseguida al solitario lugar en que se hallaba su residencia campestre. Pero él ahora se volcó *al otro lado*. «*¿Por qué hace usted un* Geseres*?*», dijo a la madre con tono imperioso. «Si de *un* lado todo anduvo bien, lo mismo ocurrirá del *otro*». Y así fue.

Y ahora la relación conmigo y con los míos. El *banco de escuela* en que el hijo del profesor M. aprendió las primeras letras pasó, por obsequio de la madre, a ser propiedad de mi hijo mayor, en cuyos labios pongo en el sueño las palabras de despedida. Ahora bien, es fácil colegir uno de los deseos que pudieron anudarse a esa trasferencia. Es que ese banco de escuela, por su construcción, estaba destinado a proteger al niño de resultar *corto de vista* {*kurzsichtig*} o de tener un desarrollo *unilateral* {*einseitig*}. De ahí que aparezca en el sueño la palabra *Myop* {miope} (y tras ella *Zyklop* {cíclope}), y de ahí también las elucidaciones sobre *bilateralidad*. El cuidado por la unilateralidad es multívoco; además de la unilateralidad física puede aludir a la del desarrollo intelectual. ¿Y acaso no parece como si la escena onírica en su insensatez contradijera precisamente ese cuidado? Después que el niño pronuncia su palabra de despedida *hacia un lado*, profiere *hacia el otro* la contraria, cual si quisiera producir un equilibrio. *¡Actúa como si tomase en cuenta la simetría bilateral!*

Así, muchas veces el sueño es un dechado de profundidad cuando parece serlo de insensatez. En todos los tiempos, aquellos que tenían algo para decir y no podían decirlo sin peligro supieron disimularse bajo el capirote del loco. Aquel a quien estaba destinado el dicho prohibido, el que debía oírlo, lo sufría mejor si podía tomarlo a risa y sentirse lisonjeado *con el juicio* de que evidentemente eso desagradable era bastante insensato. El sueño hace en la realidad lo mismo que hace en el drama el príncipe que tiene que hacerse pasar por loco; y por eso puede enunciarse de los sueños lo que Hamlet, sustituyendo las condiciones verdaderas por un incomprensible juego de ingenio, afirmó de sí mismo: «Sólo estoy loco con el Nor-noroeste; cuando el viento sopla del Sur, puedo distinguir una garza de un halcón».[26]

Es así, por tanto, como he resuelto el problema del absurdo del sueño: los pensamientos oníricos nunca son absurdos —al menos no lo son los de personas mentalmente sanas—, y el trabajo onírico produce sueños absurdos y sueños con elementos singulares absurdos cuando en los pensamientos oníricos se le ofrecen la crítica, la ironía y el sarcasmo, y él debe figurarlos en su forma de expresión.[27] No me resta sino demostrar que todo el trabajo del sueño es agotado por la cooperación de los tres factores mencionados[28] —y de un cuarto que todavía hemos de elucidar [cf. pág. 485]—, que no opera otra cosa sino una traducción de los pensamientos oníricos con observancia de las cuatro condiciones que le están prescritas, y que el averiguar si el alma trabaja en el sueño con todas sus facultades o sólo con una parte de ellas es un problema mal planteado y nos desvía de los nexos efectivos. No obstante, puesto que hay abun-

[26] [*Hamlet*, acto II, escena 2.] Este sueño proporciona entonces un buen ejemplo de la tesis, de validez universal, según la cual los sueños de una misma noche, aunque separados en el recuerdo, crecieron sobre el suelo de idéntico material de pensamientos. [Cf. *supra*, **4**, pág. 338.] Por lo demás, la situación onírica en que yo pongo a salvo a mis hijos sacándolos de la ciudad de Roma está desfigurada por una referencia retrospectiva a un hecho análogo, correspondiente a mi infancia. El sentido es que envidio a unos parientes a quienes hace ya muchos años se les ofreció la oportunidad de trasladar a sus hijos a otro suelo.

[27] [El tema del absurdo en los sueños se aborda también en el libro sobre el chiste (Freud, 1905*c*), *AE*, **8**, pág. 168. — En el historial clínico del «Hombre de las Ratas» (1909*d*), *AE*, **10**, pág. 170, *n*. 52, Freud señala que las neurosis obsesivas emplean el mismo mecanismo.]

[28] [O sea, la condensación, el desplazamiento y el miramiento por la figurabilidad.]

dancia de sueños en cuyo contenido se juzga, se critica y se reconoce, en los que emerge el asombro frente a un elemento singular del sueño, se hacen intentos de explicación y se lucubran argumentaciones, debo despejar mediante ejemplos escogidos las objeciones que de tales acaecimientos se derivan.

Mi réplica [en síntesis] es esta: *Nada de lo que se encuentra en el sueño como quehacer aparente de la función del juicio ha de aprehenderse como una operación intelectual del trabajo onírico, sino que pertenece al material de los pensamientos oníricos, y desde ellos, como producto ya terminado, alcanzó el contenido manifiesto del sueño.* En principio, aun puedo llevar más lejos esta afirmación: También de los juicios que *después de despertar* se nos ocurren sobre el sueño recordado, y de los sentimientos que provoca en nosotros la reproducción {*Reproduktion*} de ese sueño, una buena parte pertenece al contenido onírico latente y debe insertarse en la interpretación del sueño.

I

Ya he mencionado un notable ejemplo de esto.[29] Una paciente no quiere contar su sueño porque *no es suficientemente claro*. Ha visto en él a una persona y no sabe *si era su marido o si era su padre*. Después sigue un segundo fragmento en el que aparece un «tarro de basura» {«*Mistträgerl*»}, al cual se asocia el siguiente recuerdo: Una vez, siendo ella reciente ama de casa, manifestó en broma, delante de un pariente joven que frecuentaba la casa, que lo que más la urgía era la compra de un tarro de basura nuevo. A la mañana siguiente le fue enviado uno, pero estaba lleno de lirios del valle. Este fragmento de sueño sirve a la figuración del giro idiomático: «No es de mi propio huerto» {«*Nicht auf meinem eigenen Mist gewachsen*»}.[30] Cuando se completó el análisis, pudo averiguarse que en los pensamientos oníricos se trataba de una historia que oyó en su juventud acerca de una muchacha que tuvo un hijo y *no sabía con suficiente claridad quién era el verdadero padre*. Por tanto, en este caso la figuración onírica avanza sobre el

[29] [Cf. *supra*, **4**, págs. 336-7. En el mismo pasaje, unas líneas antes (pág. 336), se cita otro ejemplo.]

[30] [Es decir: «No soy responsable por eso». La palabra alemana «*Mist*», que en sentido estricto significa «estiércol», designa en el lenguaje vulgar a la basura, y así ocurre en la denominación vienesa del tarro de basura: «*Mistträgerl*».]

pensamiento despierto y hace que uno de los elementos de los pensamientos oníricos esté subrogado por un juicio que se pronuncia en la vigilia acerca del sueño en su conjunto.

II

Un caso parecido: Uno de mis pacientes tiene un sueño que se le antoja interesante, pues se dice enseguida de despertar: «*Debo contárselo al doctor*». Analizado el sueño, resultaron las más nítidas alusiones a una relación que había iniciado durante el tratamiento y de la que se había propuesto *no contarme nada.*[31]

III

Un tercer ejemplo, de mi propia experiencia:

Voy con P. por una comarca donde hay casas y jardines, hacia el hospital. Tengo la idea de haber visto en sueños ya muchas veces esa comarca. No me oriento muy bien; él me enseña un camino que, doblando una esquina, lleva a un recreo (salón, no jardín); allí pregunto por la señora Doni y me dicen que mora en el traspatio, en una habitación pequeña, con tres hijos. Voy allí y ya antes de llegar encuentro a una persona desdibujada con mis dos hijitas, que llevo conmigo después de estar un rato con ellas. Hay una suerte de reproche contra mi mujer por haberlas abandonado ahí.

Cuando despierto me siento inundado por una gran *satisfacción*, y la encuentro motivada en que ahora, merced al análisis, sabré el significado del *yo ya he soñado con ello.*[32] Pero el análisis no me enseña nada sobre esto; sólo me muestra que la satisfacción pertenece al contenido latente del sueño, y no a un juicio sobre este último. Es la *satisfacción por el hecho de haber tenido hijos en mi matrimonio.* P. es una persona con quien durante un buen trecho anduvimos el mismo camino por la vida; después él me sacó mucha ventaja en lo social y en lo material, pero en su ma-

[31] [*Nota agregada* en 1909:] El recordatorio o designio «*Debo contárselo al doctor*», en sueños sobrevenidos durante el tratamiento psicoanalítico, corresponde regularmente a una gran resistencia a confesar el sueño, y no es raro que enseguida se lo olvide.

[32] [Cf. *supra*, pág. 401.] Sobre este tema se ha entablado una larga discusión en las últimas entregas de la *Revue philosophique* [1896-98] bajo el título «La paramnesia en los sueños». — [Este sueño es considerado nuevamente *infra*, págs. 475-6.]

trimonio no ha tenido hijos. No es menester un análisis completo para probar esto; bastará con mencionar las dos ocasiones del sueño. El día anterior leí en un periódico el aviso necrológico de una señora *Dona A*... *y* (de donde yo formé *Doni*), que murió de un *parto*; mi mujer me dijo que la difunta había sido atendida por la misma partera que la asistió a ella en el caso de nuestros dos últimos hijos. El nombre «Dona» me llamó la atención porque poco antes lo había encontrado por primera vez en una novela inglesa. La otra ocasión del sueño deriva de la fecha en que se produjo; era la noche anterior al cumpleaños de mi hijo mayor, dotado, según parece, para la poesía.

IV

Esa misma satisfacción me quedó después que desperté de un sueño absurdo, aquel en que mi padre desempeñó luego de su muerte un papel político entre los magiares, y estuvo motivada por la persistencia de la sensación que acompañó a la última frase del sueño [cf. pág. 427]: «*Me acuerdo de que en su lecho de muerte se lo veía tan parecido a Garibaldi, y me regocija que este augurio se haya hecho verdadero*...». (*Sigue algo que he olvidado.*) Ahora bien, el análisis me permitió hallar lo omitido en esa laguna del sueño. Era la mención de mi segundo hijo varón, a quien le he dado el nombre de pila de una gran personalidad histórica [Cromwell] que me había atraído mucho en mi juventud, en particular desde mi estadía en Inglaterra. Durante la espera me formé el designio de darle precisamente ese nombre en caso de que naciese un varón, y con él saludé, altamente *satisfecho*, al recién nacido. Es fácil observar que la sofocada manía de grandeza del padre se trasfiere, en sus pensamientos, al hijo; y aun se creería que este es uno de los caminos por los cuales se cumple esa sofocación que la vida ha hecho necesaria. El pequeño se ganó el derecho de ser recogido en la trama del sueño porque sufrió el accidente —disculpable por igual en niños y moribundos— de ensuciarse las ropas. Compárese la alusión «*juez que preside*» {«*Stuhlrichter*»} y el deseo del sueño: «Yacer después de la muerte *limpio* y *grande* ante los hijos». [Cf. pág. 475.]

V

Ahora me pongo a buscar expresiones de juicios que se encierran en el sueño mismo, que no prosiguen en la vigilia

ni se sitúan en ella; me sentiré muy aliviado si para esto puedo servirme de sueños que ya fueron comunicados con otro propósito. El sueño en que Goethe ataca al señor M. [págs. 438 y sigs.] contiene en apariencia toda una serie de actos de juicio. «*Yo procuro aclararme un poco las relaciones de tiempo, que me parecen inverosímiles*». ¿No se tratará de una moción crítica contra el disparate de que Goethe pueda haber atacado literariamente a un joven de mi conocimiento? «*Se me antoja verosímil* que tuviera dieciocho años». También esto suena como el resultado de un cálculo, aunque idiota. Y «*no sé con certeza el año en que escribimos*» sería un ejemplo de inseguridad o de duda en el sueño.

Ahora bien, por el análisis de este sueño yo sé que esos actos de juicio, que semejan cumplirse por primera vez en el sueño, admiten en su literalidad otro modo de entenderlos, en virtud del cual se vuelven indispensables para la interpretación, despejando al mismo tiempo todo absurdo. Con la frase «*Yo procuro aclararme un poco las relaciones de tiempo*», me pongo en el lugar de mi amigo [Fliess], quien en la realidad procura aclarar las relaciones de tiempo de la vida. Así, la frase pierde el significado de un juicio que se revolvería contra el disparate de las frases anteriores. Y la intercalación «*que me parecen inverosímiles*» forma unidad con la frase posterior «*Se me antoja verosímil*». Poco más o menos con esas palabras repliqué a la dama que me contó la historia clínica de su hermano: «*Me parece inverosímil* que el grito "¡Naturaleza, naturaleza!" tuviera algo que ver con Goethe: *considero muy probable* que poseyera el significado sexual que usted conoce». Es cierto que aquí se formuló un juicio, pero ello no ocurrió en el sueño sino en la realidad, y con ocasión de algo que es recordado y usado por los pensamientos oníricos. El contenido del sueño se apropia de este juicio como de cualquier otro fragmento de los pensamientos oníricos.

El número 18, con el cual el juicio del sueño se enlaza disparatadamente, testimonia también una huella del contexto del que fue arrancado el juicio real. Por último, «*no sé con certeza el año en que escribimos*» no está destinado sino a establecer mi identificación con el paralítico, en cuyo examen médico había sido ese realmente uno de los puntos de apoyo.

Con vistas a resolver los aparentes actos judicativos del sueño podemos recordar la regla que ya dimos para la ejecución del trabajo interpretativo,[33] a saber: cabe desechar

33 [Cf. *supra*, **4**, pág. 125.]

como apariencia inesencial la trabazón que el sueño establece entre sus componentes y someter cada elemento, por sí, a la reconducción. El sueño es un conglomerado que debe ser descompuesto de nuevo a los fines de su investigación. [Cf. pág. 420.] Pero, por otra parte, debe observarse que en los sueños se exterioriza una fuerza psíquica que produce esa trabazón aparente, vale decir, somete al material adquirido por el trabajo onírico a una *elaboración secundaria.* Aquí estamos frente a exteriorizaciones de ese poder que después apreciaremos como el cuarto de los factores que participan en la formación del sueño. [Cf. págs. 485 y sigs.]

VI

Busco otros ejemplos de trabajo judicativo en los sueños ya comunicados. En el sueño absurdo de la carta de la municipalidad [págs. 434 y sigs.] pregunto: «*"¿Y poco después te casaste?". Hago la cuenta de que soy nacido en 1856, y me parece como si este año siguiera inmediatamente al otro*». Esto se reviste por entero con la forma de un *razonamiento.* Mi padre se casó en 1851, poco después del ataque; yo soy el mayor, y nací en 1856; por tanto, ello es correcto. Nosotros sabemos que esta conclusión está falseada por el cumplimiento del deseo, y que la frase que preside los pensamientos oníricos reza: «*Cuatro o cinco años, eso para mí es un instante, ni merece que se lo tome en cuenta*». Pero desde los pensamientos oníricos cada fragmento de ese razonamiento ha de determinarse diversamente en su contenido y en su forma: Es el paciente cuya perseverancia irrita a mi colega el que piensa casarse enseguida que termine la cura. El modo como trato con mi padre en el sueño recuerda a un *interrogatorio* o a un *examen*, y, por esa vía, a un profesor universitario que en el momento de la inscripción tenía por costumbre recoger las señas personales completas: «¿Fecha de nacimiento?». «1856». «*¿Patre?*». A eso se respondía agregando al nombre de pila del padre la desinencia latina, y los estudiantes suponíamos que ese consejero áulico {*Hofrat*} extraía del nombre del padre *conclusiones* que el nombre de pila del inscrito en ningún caso le habría permitido obtener. Así, el *sacar conclusiones* contenido en el sueño no era sino la repetición de ese otro *sacar conclusiones* que emerge como parte del material de los pensamientos oníricos. Gracias a ello nos enteramos de algo nuevo. Cuando en el contenido onírico ocurre una con-

clusión, ella con seguridad proviene de los pensamientos oníricos; pero, en estos, puede contenerse como fragmento del material recordado o puede enlazar entre sí, como unión lógica, una serie de pensamientos oníricos. En todos los casos, la conclusión del sueño figura una conclusión proveniente de los pensamientos oníricos.[34]

En este punto podremos proseguir el análisis de este sueño. El interrogatorio del profesor trae el recuerdo del registro (que en mis tiempos se redactaba en latín) de los estudiantes de la universidad. Trae, además, el de mi carrera universitaria. Los *cinco años* previstos para los estudios de medicina fueron también demasiado pocos para mí. Seguí trabajando impertérrito unos años más, y en el círculo de mis conocidos se me juzgó malogrado; dudaban de que yo hubiera de «*conseguirlo*». Entonces me decidí *con rapidez* a rendir mis exámenes, y lo conseguí: *a pesar de la dilación.* Un nuevo refuerzo de los pensamientos oníricos, que yo opongo con arrogancia a mis críticos: «Y si no me quieren creer porque me he tomado tiempo, yo igual lo conseguiré, llegaré a la *conclusión.* Ya en muchas oportunidades sucedió así».

El mismo sueño contiene en su fragmento inicial algunas frases a las que no puede impugnarse con fundamento su carácter de argumentación. Y esta por cierto no es absurda, sino que podría hacerse igualmente en el pensamiento de vigilia. *La carta de la municipalidad me resulta en el sueño cómica, pues en primer lugar en 1851 yo todavía no había nacido, y en segundo lugar mi padre, a quien el asunto podría referirse, ya está muerto.* Ambas cosas no sólo son en sí correctas, sino que coinciden por entero con los argumentos reales a que yo habría recurrido en caso de recibir una carta semejante. Por el análisis anterior sabemos que este sueño nació del suelo de pensamientos oníricos profundamente enconados y cargados de ironía; y si además se nos permite suponer que los motivos para la censura eran muy fuertes, comprenderemos que el trabajo del sueño tuvo todas las razones para crear, siguiendo el modelo contenido en los pensamientos oníricos, una *refutación intachable de una exigencia disparatada.* Pero el análisis nos muestra que aquí el trabajo del sueño no se entregó a una recreación libre, sino que debió usar para ello un material tomado de

[34] Estos resultados corrigen en algunos puntos mis anteriores indicaciones sobre la figuración de las relaciones lógicas (cf. *supra* [**4**], págs. 317-8). En aquel primer pasaje se describe el comportamiento general del trabajo del sueño, pero no se toman en cuenta sus operaciones más finas y cuidadosas.

los pensamientos oníricos. Es como si en una ecuación algebraica apareciesen, además de los números, signos de suma y resta, de potenciación y radicación, y alguien, copiándola sin comprenderla, volcara en su copia tanto los signos de las operaciones cuanto los números, pero mezclándolos sin concierto. Aquellos dos argumentos [los del contenido del sueño] admiten que se los reconduzca al siguiente material. Me resulta penoso pensar que muchas de las premisas que yo pongo en la base de mi resolución psicológica de las psiconeurosis han de provocar, cuando se las conozca por primera vez, incredulidad y burla. Así, debo aseverar que ya impresiones del segundo año de vida, y a veces del primero, dejan una huella permanente en la vida mental del que después enferma y —aunque muchas veces deformadas y exageradas por el recuerdo— pueden constituir el fundamento primero y básico de un síntoma histérico. Ciertos pacientes a quienes enfrento con esto en el momento adecuado suelen parodiar el esclarecimiento que así acaban de adquirir diciendo que están dispuestos a rastrear recuerdos del tiempo en que *aún no habían nacido.* Y temo con fundamento que parecida acogida ha de tener el descubrimiento del insospechado papel que desempeña *el padre* respecto de las más tempranas mociones sexuales en el caso de ciertas enfermas mujeres. (Cf. la consideración sobre esto en [4] págs. 266-7.) Y, no obstante, según mi bien fundada convicción, ambas cosas son verdaderas. En refuerzo de lo dicho quiero aducir ejemplos en que un niño pierde a su padre a edad muy temprana, y después ciertos sucesos de otro modo inexplicables demuestran que conservó, inconcientes, recuerdos de la persona desaparecida tan pronto para él. Sé que mis dos aseveraciones descansan en *conclusiones* cuya validez se objetará. Es, por tanto, un logro del cumplimiento de deseo el que precisamente el material de estas *conclusiones, cuyo rechazo me temo,* sea usado por el trabajo del sueño para producir *conclusiones irrefutables.*

VII

En un sueño del que hasta ahora sólo me he ocupado tangencialmente [cf. pág. 414] se expresa con nitidez, al comienzo, el asombro por el tema emergente:

El viejo Brücke ha de haberme encargado alguna tarea; COSA BASTANTE RARA, *se refería a un preparado de la parte inferior de mi propio cuerpo, piernas y pelvis, que yo veo frente a mí en la sala de disección, pero sin sentir su falta*

en mi cuerpo y también sin sombra de temor. Louise N. está ahí y hace el trabajo conmigo. La pelvis ha sido eviscerada, y se ve ora su lado superior, ora su lado inferior, ambos mezclados. Pueden verse espesas protuberancias de color carne (frente a las cuales pienso, todavía en el sueño, en hemorroides). También debió limpiársele cuidadosamente algo que había encima y que parecía papel de estaño arrugado.[35] *Después estaba de nuevo en posesión de mis piernas e iba de paseo por la ciudad, pero (porque estaba cansado) tomé un coche. El coche me llevó, para mi asombro, a través de los portales de una casa que se abrieron y lo dejaron pasar por un corredor que, desfondado al final, conducía otra vez al aire libre.*[36] *Finalmente deambulaba yo con un guía alpino, que llevaba mis cosas, por cambiantes paisajes. Un trecho me cargó también a mí, por consideración a mis cansadas piernas. El suelo era cenagoso; marchábamos por el borde; había gente sentada en el suelo, entre ella una muchacha; eran como indios o como gitanos. Antes había yo avanzado por ese suelo resbaladizo, asombrándome siempre de que pudiera hacerlo tan bien después del preparado. Por fin llegamos a una pequeña cabaña de madera que remataba en una ventana abierta. Allí el guía me depositó, y puso sobre el alféizar dos tablones de madera ya dispuestos de manera de echar un puente sobre el abismo que debía salvarse desde la ventana. Entonces sentí real angustia por mis piernas. Pero en lugar del esperado pasaje vi a dos hombres adultos que yacían sobre bancos de madera adosados a las paredes de la cabaña, y como a dos niños que dormían junto a ellos. Como si no fuesen los tablones, sino los niños, los destinados a posibilitar el pasaje. Desperté despavorido.*

A quien alguna vez se haya formado una impresión exacta de la vastedad de la condensación onírica le será fácil imaginar qué gran cantidad de páginas exigiría el análisis detallado de este sueño. Pero, para alivio de nuestra ilación, sólo lo tomo aquí como ejemplo del asombro experimentado en sueños, que en este caso se da a conocer por la intercalación «*cosa bastante rara*». Paso a considerar la ocasión del sueño. Fue la visita de esa dama Louise N. que también en el sueño asiste al trabajo. «Préstame algo para leer». Le ofrezco *She* {Ella}, de Rider Haggard. «Un libro *raro*, pero lleno de un sentido oculto —así empiezo a exponerle—; el

[35] «*Stanniol*», una alusión al libro de Stannius sobre el sistema nervioso de los peces. (Cf. *loc. cit.*)

[36] El lugar del corredor de mi casa donde se guardaban los cochecitos de los niños de sus moradores; pero, por lo demás, sobredeterminado de manera múltiple.]

eterno femenino, lo imperecedero de nuestros afectos». Entonces ella me interrumpió: «A eso ya lo conozco. ¿No tienes nada tuyo?». «No, mis obras imperecederas todavía no fueron escritas». «Y entonces, ¿cuándo aparecen tus sedicentes "últimos esclarecimientos" que, como has prometido, serán legibles también por nosotros?», me pregunta, algo mordaz. Ahora reparo en que es otro el que habla por su boca, y callo. Pienso en el triunfo que me cuesta dar a publicidad aunque sólo sea el trabajo sobre el sueño, en el que tanto de mi intimidad debí revelar.

«Lo mejor que alcanzas a saber
no puedes decirlo a los muchachos».[37]

El preparado *con mi propio cuerpo*, que en el sueño me encargan, es por tanto el *autoanálisis*[38] ligado con la comunicación de los sueños. El viejo Brücke aparece aquí a justo título; ya en esos primeros años de trabajo científico ocurrió que yo dejé estar un descubrimiento hasta que una orden enérgica de él me forzó a publicarlo. Pero los otros pensamientos que se devanan desde el coloquio con Louise N. muerden demasiado en lo hondo para que puedan hacerse concientes; experimentan un desvío por el material que se evocó colateralmente en mí merced a la mención de *She*, de Rider Haggard. Sobre este libro, y sobre otro del mismo autor, *Heart of the World* {Corazón del mundo}, recae el juicio «*bastante raro*», y numerosos elementos del sueño están tomados de ambas novelas fantásticas. El suelo cenagoso por el cual uno es cargado, el abismo que debe salvarse mediante los tablones allí tendidos, provienen de *She*; los indios, la muchacha y la cabaña de madera, de *Heart of the World*. En las dos novelas una mujer es la guía, y en ambas se trata de expediciones peligrosas; en *She*, de un atrevido viaje a lo no descubierto, a lo jamás hollado. Las cansadas piernas han sido, según caigo en la cuenta a raíz del sueño, una sensación real de aquellos días. Probablemente respondía a ellas mi fatigado talante y la pregunta dubitativa: «¿Por cuánto tiempo más habrán de sostenerme mis piernas?». En *She*, la aventura termina así: la guía, en lugar de conquistar la inmortalidad para sí y para los otros, halla la muerte en el misterioso fuego central. Es innegable que una angustia

[37] [Cf. *supra*, **4**, pág. 160*n.*]

[38] [El autoanálisis de Freud durante los años previos a la publicación de este libro es uno de los temas de su correspondencia con Fliess (Freud, 1950*a*). Véase la parte III de la «Introducción» de Kris a dicha correspondencia.]

de esa índole ha estado activa en los pensamientos oníricos. La *cabaña de madera* es con seguridad el *sarcófago*, la tumba. Pero en la figuración de este, el menos deseado de todos los pensamientos, el trabajo del sueño consumó su obra maestra mediante un cumplimiento de deseo. En efecto, ya una vez había estado en una tumba, pero fue en Orvieto, en una tumba etrusca exhumada, una cámara estrecha con dos bancos de piedra adosados a las paredes, sobre los cuales yacían los esqueletos de dos adultos. Y el interior de la cabaña de madera muestra en el sueño ese mismo aspecto, sólo que la piedra fue sustituida por madera. El sueño parece decir: «Si es que ya has de descender a la tumba, que sea a una tumba etrusca», y con esta voltereta muda la más triste de las expectativas en una expectativa deseada.[39] Por desgracia él puede, como pronto sabremos [cf. págs. 458 y sigs.], trastornar hacia lo contrario * solamente la representación que acompaña al afecto, pero no siempre al afecto mismo. Por eso me despierto *despavorido* después que se conquistó una figuración la idea de que quizá los niños alcanzarán lo que al padre le fue denegado, una nueva alusión a la rara novela en que la identidad de una persona es conservada a través de un sucederse de generaciones que abarca dos milenios.[40]

VIII

En la trama de otro sueño se encuentra también una expresión de asombro por lo vivenciado en él, pero anudada a un intento de explicación tan llamativo, tan rebuscado y casi brillante, que ya por eso solo me vería obligado a someter todo el sueño al análisis, aunque no poseyera además otros dos polos para nuestro interés. La noche del 18 al 19 de julio viajo por la línea ferroviaria del Sur, y oigo, dormido, que anuncian: *«Hollthurn,*[41] *diez minutos». Enseguida pienso en las holoturias —un museo de historia natural—, y que es este un lugar donde hombres valerosos han combatido sin éxito contra las fuerzas superiores de su señor feudal. ¡Ah, la Contrarreforma en Austria! Como si fue-*

[39] [Este detalle se utiliza como ejemplo en *El porvenir de una ilusión* (Freud, 1927*c*), *AE*, **21**, pág. 17.]

* {*Verkehrung ins Gegenteil*; vale decir, lo que era temor se convierte en deseo (inversión), y pasa a ser agente lo que antes era paciente (yo bajo a la tumba, no me bajan a ella).}

[40] [Este sueño es objeto de ulterior análisis *infra*, págs. 474-5.]

[41] [No es el nombre de ningún lugar real.]

ra un lugar de Estiria o del Tirol. Ahora veo de manera desdibujada un pequeño museo donde se conservan los restos o reliquias de esos hombres. Quería apearme, pero lo aplazo. Sobre el andén hay mujeres que venden fruta, están acuclilladas sobre el piso y ofrecen las cestas tan tentadoras. He vacilado, en la duda de que no tuviéramos ya tiempo, y todavía ahora seguimos aquí. De pronto estoy en otro compartimiento en que los cueros y los asientos son tan estrechos que se choca con la espalda directamente en el respaldo.[42] *Eso me provoca asombro,* PERO PUEDE SER QUE DORMIDO YO HAYA TRASBORDADO. *Hay mucha gente, y entre ella una pareja de hermanos; son ingleses; veo con nitidez una serie de libros sobre un estante adosado a la pared. Veo «Wealth of Nations», «Matter and Motion» (de Maxwell), libro grueso y forrado en tela marrón. El hombre pregunta a su hermana por un libro de Schiller, si ella lo ha olvidado. Los libros son por momentos como míos, por momentos como de ellos dos. Quisiera mezclarme en la conversación para corroborar o para ir en respaldo de lo que dicen. . .* Me despierto con todo el cuerpo sudado; es que todas las ventanas están cerradas. El tren se detiene en Maribor.*

Mientras lo ponía por escrito, se me ocurrió un fragmento del sueño que el recuerdo quiso omitir. *Digo a la pareja de hermanos, a propósito de cierta obra: «It is from. . .»* {«Es de. . .»}, *pero me corrijo: «It is by. . .»* {«Es por. . .»}. *El hombre observa a su hermana: «El lo ha dicho correctamente».*[43]

El sueño empieza con el nombre de la estación, que debe de haberme despertado apenas. Sustituyo ese nombre, que era Maribor, por Hollthurn. Que yo oí Maribor al primer anuncio, o quizás a uno posterior, lo prueba la mención de Schiller en el sueño, puesto que él nació en Marburgo, aunque no en el de Estiria.[44] Ahora bien, por más que esa

[42] Esta descripción tampoco es comprensible para mí, pero sigo la regla fundamental de reproducir el sueño con las palabras que se me ocurren al ponerlo por escrito. Esta versión literal es también una pieza de la figuración onírica. [Cf. págs. 508-9.]

* {*Marburg*, que en alemán designa tanto la ciudad alemana Marburgo como la actual ciudad yugoslava Maribor, en la región de Estiria.}

[43] [En págs. 513-4 se vuelve sobre este fragmento del sueño.]

[44] [*Nota agregada* en 1909:] Schiller no nació en ningún Marburgo, sino en Marbach, como lo sabe cualquier alumno de escuela secundaria en Alemania, y lo sabía yo también. Es otro de aquellos errores (cf. *supra* [**4**], pág. 211*n.*) que se deslizan como sustitutos de una falsificación deliberada en otro punto, y cuyo esclarecimiento he intentado en mi *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*) [*AE*, **6**, págs. 212-3].

vez viajaba yo en primera clase, lo hacía en condiciones muy incómodas. El tren iba atestado, y en el compartimiento me encontré con un caballero y una dama que parecían muy distinguidos y no tuvieron la urbanidad o no creyeron que valiese la pena tomarse el trabajo de disimular de algún modo su fastidio frente al intruso. Mi cortés saludo no obtuvo respuesta; aunque el caballero y la dama estaban sentados juntos (en sentido contrario a la marcha del tren), ella se apresuró a ocupar con un paraguas, ante mis propias narices, el lugar que tenía enfrente junto a la ventanilla; al punto se cerró la puerta y ellos cruzaron dichos amenazadores acerca de la apertura de las ventanillas. Probablemente notaron enseguida que yo estaba ansioso de aire fresco. Era una noche tórrida, y, en ese compartimiento cerrado por todas partes, la atmósfera pronto se hizo asfixiante. Según mi experiencia de viajero, una conducta tan abusiva y desconsiderada es característica de personas que no han pagado su boleto o han pagado sólo la mitad. Cuando vino el guarda y yo le enseñé mi boleto, adquirido a alto precio, tronó la dama con dureza y a modo como de amenaza: «Mi marido tiene pase». Era ella una matrona frondosa, de rasgos desagradables, y cuya edad ya frisaba el tiempo en que se marchita la lozanía femenina; el hombre no dijo esta boca es mía, y se quedó ahí sentado sin venirle conato alguno. Yo intenté dormir. En el sueño me tomé una terrible venganza de mis nada amables compañeros de viaje; ni sospechará el lector los insultos y escarnios que se ocultan en los desgarrados jirones de la primera mitad del sueño. Después que esta necesidad quedó satisfecha, se hizo valer el segundo deseo, el de cambiar de compartimiento. Es tan frecuente que el sueño cambie de escena, y sin que esa alteración le repugne en nada, que habría sido totalmente natural que yo sustituyese a mis compañeros de viaje por otros más agradables tomados de mi recuerdo. Pero aquí interviene alguna cosa que pone objeción al cambio de escena y hace necesario que se lo explique {en el sueño}. ¿Cómo fui a dar de repente a otro compartimiento? No podía acordarme de que hubiera trasbordado. Entonces quedaba una sola explicación: *Debí de haber abandonado dormido el vagón*, raro suceso, del cual empero la experiencia de los neuropatólogos ofrece ejemplos. Sabemos de personas que emprenden viajes por ferrocarril en un estado crepuscular sin que signo alguno delate esa anormalidad; al fin, en alguna de las estaciones del viaje recobran por completo el sentido, y entonces les asombran las lagunas de su recuerdo. Por tanto, todavía

en el sueño declaro que mi caso es de *«automatisme ambulatoire»*.

El análisis permite alcanzar otra resolución. El intento de explicación, que tanto me sorprende si es que debo atribuirlo al trabajo onírico, no es original; está copiado de la neurosis de uno de mis pacientes. Ya en otro lugar conté [45] acerca de un hombre muy culto y que en su vida daba muestras de poseer un tierno corazón; poco después que murieron sus padres empezó a acusarse de inclinaciones homicidas, y padeció a causa de las medidas precautorias que se vio obligado a adoptar para asegurarse contra ellas. Era un caso de graves ideas obsesivas con plena conservación de la inteligencia. Primero se le fueron las ganas de andar por la calle, debido a su necesidad obsesiva de ver por dónde desaparecían todos aquellos con quienes se topaba; y si alguno se sustraía repentinamente de su mirada inquisidora, le quedaba la penosa sensación, y la posibilidad pensada, de que tal vez él lo hubiera liquidado. Tras ello había, entre otras cosas, una fantasía de fratricidio, pues «todos los hombres son hermanos». Por la imposibilidad de llevar a cabo su tarea, dejó de dar paseos y vivió encerrado entre sus cuatro paredes. Pero a su cuarto llegaban de continuo, por los periódicos, noticias de homicidios que habían ocurrido ahí afuera, y su conciencia moral quiso insinuarle, bajo la forma de la duda, que él era el asesino buscado. La certidumbre de que durante semanas no había salido de su casa lo protegió un tiempo contra esas acusaciones, hasta que un día se le pasó por la cabeza la posibilidad de que él pudo *abandonar su casa en estado de inconciencia* y así perpetrar el asesinato sin sospecharlo siquiera. Desde entonces clausuró las puertas de su casa, entregó la llave a la vieja gobernanta y le prohibió terminantemente que la dejase en sus manos por más que él se la pidiese.

De ahí proviene entonces el intento de explicación, a saber, que yo en estado de inconciencia he trasbordado; se la tomó ya terminada del material de los pensamientos oníricos, y así ingresó en el sueño; evidentemente, está destinada a permitir que yo me identifique en este último con la persona de aquel paciente. El recuerdo de él se evocó en mí por una asociación fácil. Unas semanas antes había hecho con ese hombre mi anterior viaje nocturno. Estaba curado, y me acompañaba a provincias, a casa de unos parientes suyos que me llamaban; teníamos un compartimiento para nosotros, dejamos las ventanillas abiertas toda la noche y,

[45] [Cf. *supra*, **4**, pág. 269.]

mientras estuve despierto, mantuvimos una exquisita plática. Yo sabía que impulsos hostiles hacia su padre, nacidos en su infancia en un contexto sexual, fueron la raíz de su enfermedad. Por tanto, si me identifiqué con él quise confesarme algo análogo. La segunda escena del sueño se resuelve realmente en una atrevida fantasía, a saber, que mis dos maduros compañeros de viaje se habían conducido tan desconsideradamente conmigo porque yo les estorbé, con mi entrada, el nocturno intercambio de ternezas que tenían en mientes. Pero esta fantasía retrocede hasta una temprana escena infantil en que el niño, probablemente movido por una curiosidad sexual, irrumpe en el dormitorio de los padres y es expulsado de ahí por la palabra autoritativa del padre.

Juzgo superfluo acumular más ejemplos. No harían sino corroborar lo que nos enseñaron los ya considerados, a saber, que toda vez que en el sueño aparece un acto de juicio no es sino la repetición de un modelo procedente de los pensamientos oníricos. Y las más de las veces es una repetición traída de los cabellos, injertada en un contexto impropio; pero también, en ocasiones, como en nuestros últimos ejemplos, está usada con tanta habilidad que al principio puede recibirse la impresión de que hay en el sueño una actividad autónoma de pensamiento. Desde este punto podríamos volver nuestro interés a aquella actividad psíquica que no parece por cierto cooperar regularmente en la formación del sueño, pero que, donde lo hace, se empeña en combinar en una trabazón plena de sentido y exenta de contradicciones los elementos, dispares por su origen, que concurren al sueño. Pero antes nos sentimos obligados a ocuparnos de las exteriorizaciones de afecto que emergen en el sueño, y a compararlas con los afectos que el análisis descubre en los pensamientos oníricos.

H. Los afectos en el sueño

Una aguda observación de Stricker [1879, pág. 51] nos hizo notar que las exteriorizaciones de afecto del sueño no admiten el despreciativo encogimiento de hombros con que, despiertos, solemos alejar de nosotros el contenido de él: «Si yo en el sueño siento miedo de unos ladrones, los ladrones son por cierto imaginarios, pero el miedo es real»,[1] y lo mismo ocurre cuando me regocijo en sueños. De acuerdo con el testimonio de nuestra sensación, el afecto vivenciado en el sueño en modo alguno es inferior al de igual intensidad vivenciado en la vigilia; y es por su contenido afectivo que el sueño sustenta, más enérgicamente que por su contenido de representación, el reclamo de que se lo cuente entre las vivencias reales de nuestra alma. Si en la vigilia no lo clasificamos así es porque no atinamos a apreciar psíquicamente un afecto si no es en su enlace con un contenido de representación. Cuando afecto y representación no se compadecen por su índole y por su intensidad, nuestro juicio despierto se extravía.

Ha maravillado siempre que ciertos contenidos de representación no provoquen en los sueños los afectos que en el pensamiento de vigilia esperaríamos como los obligados. Strümpell manifestó [1877, págs. 27-8] que en ellos las representaciones están destituidas de sus valores psíquicos.[2] Pero tampoco falta el caso contrario, a saber, que una intensa exteriorización de afecto sobrevenga a raíz de un contenido que no parece ofrecer ocasión alguna al desprendimiento de afecto. Estoy en sueños en una situación temerosa, peligrosa o repugnante, pero no siento nada de miedo ni de repulsión; en cambio, otras veces me espantan cosas inofensivas o me provocan júbilo cosas pueriles. Este enigma se nos esfuma quizá más repentina y completamente que cualquier otro de los del sueño si nos trasladamos de su contenido manifiesto a su contenido latente. La aclaración del enigma ya no habrá de ocuparnos, pues él desaparecerá. El análisis nos enseña que *los contenidos de representación han experimentado desplazamientos y sustituciones, mientras que los afectos se mantuvieron incólumes.* No puede maravillar entonces que el contenido de representación alterado por la desfiguración onírica ya no se compadezca con el afecto, que se conservó intacto; pero todo asombro cesa cuando el análisis ha situado el contenido correcto en su lugar primero.[3]

1 [Cf. *supra*, **4**, pág. 97.]
2 [Cf. *supra*, **4**, pág. 77.]
3 [*Nota agregada* en 1919:] Si no me equivoco, el primer sueño

En un complejo psíquico sometido a la censura de la resistencia los afectos son la parte más resistente * a la acción de esta última, y por eso la única que puede darnos indicios para una reconstrucción correcta. Es lo que se revela en las psiconeurosis con mayor nitidez todavía que en el caso del sueño. En ellas el afecto siempre da en lo justo, al menos en cuanto a su cualidad; su intensidad, desde luego, es susceptible de incrementarse por desplazamientos de la atención neurótica. Cuando el histérico se asombra de que una pequeñez le haya provocado tanto miedo, y lo mismo hace el que padece de ideas obsesivas por la nadería que engendró en él reproches tan penosos, ambos se equivocan, pues toman el contenido de representación —la pequeñez o la nadería— por lo esencial, y es en vano que quieran defenderse haciendo de ese contenido el punto de partida de su trabajo de pensamiento. Entonces, el psicoanálisis les muestra el camino correcto; al contrario de ellos, reconoce justificado al afecto y pesquisa la representación que le corresponde, reprimida mediante una sustitución. La premisa es que el desprendimiento de afecto y el contenido de representación no formen esa unidad orgánica inescindible que estamos habituados a atribuirles, sino que ambas piezas puedan estar corridas una respecto de la otra, de manera que después el análisis tenga la posibilidad de separarlas. La interpretación de los sueños muestra que este es efectivamente el caso.

Traigo primero un ejemplo en que el análisis esclarece la aparente ausencia del afecto frente a un contenido de representación que obligadamente debía provocar su desprendimiento.

de que tuve noticia en mi nieto, de 20 meses, demuestra que el trabajo del sueño logra mudar su material en un cumplimiento de deseo, mientras que el afecto correspondiente se impone, inmutable, también en el dormir. La noche anterior al día en que su padre debía partir para el frente, el niño exclamó, entre fuertes sollozos: «¡Papá, papá... Nene!». Esto no puede significar sino que papá y nene permanecerían juntos, mientras que el llanto admite la inminente despedida. En esa época, el niño era enteramente capaz de expresar el concepto de la separación. «*Fort*» {«se fue»} (sustituido por un largo «o-o-o», curiosamente acentuado) había sido su primera palabra, y varios meses antes de este primer sueño había jugado a «fuera» con todos sus juguetes; esto se remontaba a la autodisciplina que había logrado imponerse a temprana edad para permitir que su madre se ausentase y estuviera «fuera». [Cf. *Más allá del principio de placer* (Freud, 1920*g*), *AE*, **18**, págs. 14-6.]

* {«*Resistent*», en el sentido físico de la resistencia de un sólido; la palabra correspondiente a la resistencia psíquica, empleada inmediatamente antes en esta oración, es «*Widerstand*».}

I

Ella ve en un desierto tres leones, de los cuales uno ríe; pero no les tiene miedo. Después debe de haber huido de ellos, pues quiere trepar a un árbol, pero se encuentra con que su prima, la profesora de francés, ya está encima, etc.

El análisis aporta el siguiente material: La ocasión indiferente del sueño es una frase de sus deberes de inglés: «La melena es el adorno del león». Su padre llevaba una barba así, que le enmarcaba el rostro como una *melena.* Su profesora de lengua inglesa se llama Miss *Lyons* (*lions* = leones). Un conocido le obsequió las baladas de *Loewe* {león}. He ahí los tres leones; ¿por qué habría de tenerles miedo? Ella leyó un cuento donde un negro que azuzaba a los otros a rebelarse fue perseguido con perros feroces y se trepó a un árbol para ponerse a salvo. Después siguen, traídos con el más travieso talante, jirones de recuerdos como este: La instrucción para cazar leones que da la *Fliegende Blätter*: «Tome un desierto, páselo por el tamiz; le quedarán los leones». Además, la anécdota desopilante, pero no muy decorosa, del empleado al que le preguntaron por qué no ponía más empeño en granjearse el favor de su jefe; y respondió que desde luego había intentado arrastrarse hasta ahí, pero su superior *ya estaba encima.* Todo el material se vuelve comprensible sabiendo que esta dama había recibido el día del sueño la visita del jefe de su marido. Se mostró muy cortés con ella, le besó la mano, y *ella no le tuvo miedo alguno*, a pesar de que era un «*bicho importante*» y en la ciudad cabecera del distrito hacía el papel de un «*león de la sociedad*». Este león es entonces comparable al de *Sueño de una noche de verano*, que se desenmascara como Snug, el carpintero, y así son todos los leones de los sueños ante los cuales no tenemos miedo.

II

Como segundo ejemplo ofrezco el sueño de aquella joven que vio yacente en el ataúd al hijito de su hermana,[4] pero, agrego ahora, sin sentir el menor dolor ni duelo. El análisis nos hace saber el porqué. El sueño no era sino el disfraz de su deseo de volver a ver al hombre amado; y el afecto debió armonizar con el deseo, no con su disfraz. Por tanto, no había ocasión para el duelo.

[4] [Cf. *supra*, **4**, págs. 170-1 y 258-9.]

En algunos sueños el afecto sigue manteniendo al menos cierta conexión con el contenido de representación que sustituyó al que le correspondía. En otros, la disolución del complejo ha avanzado más. El afecto aparece por completo desatado de la representación a que pertenece y se encuentra inserto en algún otro lugar del sueño, allí donde calza dentro del nuevo ordenamiento de los elementos de este. Ello es entonces parecido a lo que aprendimos respecto de los actos judicativos del sueño [págs. 444 y sigs.]. Si dentro de los pensamientos oníricos hay una conclusión importante, también el sueño la contiene; pero la conclusión del sueño puede estar desplazada a un material enteramente diverso. No es raro que ese desplazamiento se produzca siguiendo el principio de la oposición.

Ilustraré la última posibilidad con el siguiente ejemplo de sueño, que he sometido al más exhaustivo análisis.

III

Un castillo a orillas del mar, después no está directamente a orillas del mar, sino de un estrecho canal que lleva al mar. Un señor P. es el gobernador. Estoy de pie junto a él en un gran salón de tres ventanas, frente al cual se elevan unos saledizos como las almenas de una fortaleza. Creo que me destinaron a la guarnición como oficial voluntario de marina. Tememos que se presenten de pronto buques de guerra enemigos, pues estamos en guerra. El señor P. tiene el propósito de irse; me imparte instrucciones sobre lo que ha de hacerse si llega el caso temido. Su mujer enferma se encuentra con sus hijos en el castillo amenazado. Cuando empiece el bombardeo, la gran sala deberá evacuarse. El respira con dificultad y hace ademán de alejarse; yo lo retengo y le pregunto por el modo en que habremos de enviarle noticias en caso de necesidad. Sobre eso dice todavía algo, pero al instante cae por tierra muerto. Es que yo debo de haberlo fatigado inútilmente con las preguntas. Después de su muerte, que además no me hizo ninguna impresión, me acuden pensamientos: si la viuda permanecerá en el castillo, si yo debo comunicar la muerte al comando superior y si, como soy el que le sigue en el mando, debo asumir la jefatura del castillo. Ahora estoy a la ventana y observo los navíos que pasan; son buques mercantes que navegan a escape por el agua oscura, algunos con varias chimeneas, otros con la cubierta abombada (que es en un todo semejante a las construcciones de la estación de ferrocarril del sueño-prólogo —no contado

aquí—). *Después mi hermano está a mi lado, y los dos miramos por la ventana hacia el canal. A la vista de un navío nos aterrorizamos y gritamos: «¡Ahí viene el navío de guerra!». Pero, al parecer, sólo era que regresaban los mismos barcos que ya conozco. Ahora viene un pequeño navío, cómicamente seccionado, de manera que se termina a la altura de su manga; sobre cubierta se ven cosas extrañas, como copas o cajas. Gritamos como por una misma voz: «¡Es el navío del desayuno!».*

El rápido movimiento de los navíos, el azul profundo del agua, el humo marrón de las chimeneas, todo se conjuga para dar una impresión sombría, de cosa tensa.

Los lugares de este sueño provienen de sitios que visité en diversos viajes al *Adriático* (Miramare, Duino, Venecia, Aquileia). Una breve pero dichosa salida para Pascuas a *Aquileia*, que hicimos con mi hermano pocas semanas antes del sueño, era todavía para mí un fresco recuerdo.[5] También viene al caso aquí la *guerra naval* entre Estados Unidos y España y la preocupación que ella engendró en mí por la suerte de mis familiares que viven en Estados Unidos. En dos pasajes de este sueño salen a relucir los afectos. En uno está ausente un afecto que esperaríamos: se destaca expresamente que la muerte del gobernador no me hizo ninguna impresión; en el otro, tan pronto creo ver el buque de guerra me *aterrorizo* y, dormido, tengo todas las sensaciones del terror. La colocación {*Unterbringung*} de los afectos está tan lograda en este bien construido sueño que se ha evitado toda contradicción llamativa. No hay razón alguna para que yo me aterrorice con la muerte del gobernador, y es atinado que me aterrorice a la vista del navío de guerra, puesto que soy comandante del castillo. Ahora bien, el análisis demuestra que el señor P. es sólo un sustituto de mi propio yo (en el sueño yo soy su sustituto). Yo soy el gobernador que muere repentinamente. Los pensamientos oníricos se ocupan del futuro de los míos después de mi muerte prematura. Ningún otro pensamiento penoso se encuentra entre los pensamientos oníricos. El terror que en el sueño va unido a la vista del navío de guerra debo soltarlo de ahí y llevarlo a aquel otro pensamiento. A la inversa, el análisis muestra que la región de los pensamientos oníricos de donde se tomó el navío de guerra rebosa de las más apacibles reminiscencias.

5 [Este viaje fue descrito ampliamente por Freud en una carta a Fliess del 14 de abril de 1898 (Freud, 1950*a*, Carta 88). Aquileia, ubicada unos pocos kilómetros tierra adentro, está conectada por un pequeño canal con el lago, en una de cuyas islas está situada Grado. Estos lugares, en el extremo septentrional del Adriático, formaban parte de Austria antes de 1918.]

Fue un año antes, en Venecia; era un día mágicamente hermoso, estábamos a la ventana de nuestra habitación sobre la Riva degli Schiavoni y contemplábamos la azul laguna, donde ese día había más movimiento que de costumbre. Se esperaban unos buques ingleses que iban a recibirse con fiestas, y de pronto gritó mi mujer, alegre como un niño: «*¡Ahí viene el navío de guerra inglés!*». En el sueño me aterrorizan esas mismas palabras; de nuevo vemos que los dichos del sueño provienen de dichos de la vida de vigilia [cf. págs. 419 y sigs.]. Y tampoco el elemento «*inglés*», incluido en esa exclamación, se perdió para el trabajo onírico; es lo que mostraré pronto. Entonces, entre los pensamientos oníricos y el contenido del sueño trastorno aquí el júbilo en terror; y sólo me hace falta indicar que con esta mudanza expreso también un fragmento del contenido latente del sueño. Pero el ejemplo prueba que al trabajo onírico le es permitido desatar la ocasión del afecto de sus conexiones en el interior de los pensamientos oníricos e insertarla dentro del contenido del sueño en cualquier otra parte.

Aprovecho la oportunidad que se me ofrece para someter a un análisis más atento ese «*navío del desayuno*» cuya aparición en el sueño remata de manera tan disparatada una situación que se había construido racionalmente. Cuando reparo mejor en este objeto onírico, se me hace patente con posterioridad que era negro y, por su seccionamiento en el sentido de la manga, presentaba en ese extremo notable parecido con un objeto que despertó nuestro interés en los museos de pueblos etruscos. Era una bandeja rectangular de cerámica negra, provista de dos asas, sobre la cual habían como tazas de té o de café, todo no muy distinto de uno de nuestros modernos servicios para el *desayuno*. Habiéndolo preguntado, nos enteramos de que era la toilette de una dama etrusca, con las polveras y los potes de cosmético; y dijimos, por bromear, que no estaría mal llevarnos una cosa así para la dueña de casa. El objeto onírico significa, pues, *toilette negra*, luto, y alude directamente a una muerte. Por su otro extremo, tal objeto recuerda a las barcas funerarias [6] sobre las cuales, en tiempos primitivos, se depositaban los cadáveres para darles el mar por sepultura. A esto responde el hecho de que en el sueño los buques regresen:

«A salvo en su barco, el viejo navega tranquilamente hacia el puerto».[7]

[6] «*Nachen*», palabra {alemana} que deriva, según me dice un amigo filólogo, de la raíz «νέκυς» {«cadáver»}.

[7] [Parte de una alegoría de la vida y la muerte perteneciente a Schiller, *Nachträge zu den Xenien*, «Erwartung und Erfüllung».]

Es el regreso después del naufragio {«*Schiffbruch*»; literalmente, «ruptura del navío»}, y por cierto el navío del desayuno es como si se hubiera roto {*abge*brochen} por la mitad. Pero, ¿de dónde viene el nombre «navío del *desayuno*»? Es aquí donde tiene aplicación el elemento «inglés» que nos sobraba de los navíos de guerra. Desayuno {en inglés} es *breakfast*, lo que rompe el ayuno. El *romper* corresponde de nuevo al naufragio, y el ayuno se relaciona con la toilette negra.

Ahora bien, en este navío del desayuno, sólo el nombre es creación del sueño. La cosa existió, y me recuerda uno de los momentos más alegres de nuestro último viaje. Desconfiando de las provisiones de Aquileia, las llevamos con nosotros desde Gorizia y compramos en Aquileia una botella del exquisito vino de Istria; y mientras el vaporcito del correo navegaba lentamente por el Canale delle Mee, atravesando la desierta laguna en dirección a *Grado*, nosotros, los únicos pasajeros, con el humor más alegre tomamos sobre cubierta el desayuno, que nos supo como muy pocos antes. Ese fue entonces el «*navío del desayuno*», y precisamente tras esta reminiscencia del goce más jubiloso de la vida esconde el sueño los pensamientos más conturbados sobre un futuro desconocido y ominoso.[8]

El desasimiento de los afectos de las masas de representación que los hicieron desprenderse es lo más llamativo que les sucede durante la formación del sueño, pero no es el único cambio ni el esencial que sufren en el camino que lleva de los pensamientos oníricos hasta el sueño manifiesto. Si se comparan los afectos de los pensamientos oníricos con los del sueño, algo se hace claro enseguida: Toda vez que en el sueño se encuentra un afecto, este se encuentra también en los pensamientos oníricos; pero lo inverso no es cierto. El sueño es, en general, más pobre en afectos que el material psíquico de cuya elaboración surgió. Si tengo reconstruidos los pensamientos oníricos, observo que en ellos por regla general pugnan por imponerse las mociones más intensas del alma, la mayoría de las veces en lucha con otras que quieren contrarrestarlas. Y si después echo una mirada al sueño, no es raro que lo encuentre descolorido, falto de ese tono afectivo más intenso. Mediante el trabajo onírico, no meramente el contenido, sino con mucha frecuencia también el tono afectivo de mis pensamientos, es llevado al nivel de lo indi-

8 [Este sueño vuelve a mencionarse *infra*, pág. 540.]

ferente. Yo podría decir que por el trabajo del sueño se produce una *sofocación de los afectos*. Considérese, por ejemplo, el sueño de la monografía botánica.[9] En el pensamiento le corresponde un alegato apasionado en favor de mi libertad de obrar como lo hago y de encaminar mi vida como a mí, y sólo a mí, me parece bien. Pero el sueño que de ahí surgió suena indiferente: Tengo escrita una monografía, ella está frente a mí, tiene láminas de colores, plantas desecadas acompañan a cada ejemplar. Es como la paz de un campo sembrado de cadáveres; ya no se oye más el fragor de la batalla.

Las cosas pueden presentarse de otro modo, e introducirse en el sueño vivas exteriorizaciones de afecto; pero primero queremos detenernos en el hecho indiscutible de que muchos sueños parecen indiferentes, mientras que no es posible trasladarse a los pensamientos oníricos sin experimentar una profunda emoción.

No es este el lugar indicado para el pleno esclarecimiento teórico de esa sofocación de los afectos que se produce durante el trabajo del sueño; presupondría el más prolijo abordaje de la teoría de los afectos y del mecanismo de la represión. [Cf. págs. 593 y sigs.] Me permitiré consignar aquí sólo dos ideas. Me veo precisado a representarme —por otras razones— el desprendimiento del afecto como un proceso centrífugo dirigido hacia el interior del cuerpo y análogo a los procesos de inervación motriz y secretoria.[10] Ahora bien, así como en el estado del dormir parece cancelado el envío de impulsos motores hacia el mundo exterior, de igual modo podría en él entorpecerse el despertar centrífugo de afectos por obra del pensamiento inconciente. Las mociones afectivas que sobrevienen en el decurso de los pensamientos oníricos serían entonces, en sí y por sí, mociones débiles, y por eso tampoco serían más fuertes las que alcanzan al sueño. De acuerdo con este razonamiento, la «sofocación de los afectos» en modo alguno sería resultado del trabajo del sueño, sino una consecuencia del estado del dormir. Puede que así sea, pero es imposible que eso sea todo. Debemos reparar en que todos los sueños más complejos se re-

[9] [Cf. *supra*, **4**, págs. 186 y sigs.]

[10] [El desprendimiento de afecto es descrito como «centrífugo» (aunque dirigido hacia el interior del cuerpo) por referencia al aparato psíquico. La teoría del desprendimiento de afecto implícita en este pasaje se explica con cierta extensión en el «Proyecto de psicología» (Freud, 1950*a*), *AE*, **1**, págs. 365-6. Cf. también *infra*, pág. 573. — Con respecto al uso que hace Freud del término «inervación», cf. pág. 530*n*.]

velaron como el compromiso resultante de un conflicto entre poderes psíquicos. Por un lado, los pensamientos que formaron el deseo tuvieron que librar combate contra la objeción de una instancia censuradora, y, por otro lado, hemos visto a menudo que en el pensar inconciente cada itinerario de pensamiento era uncido con su contraparte contradictoria. Puesto que todos estos itinerarios de pensamiento son susceptibles de afecto {*affektfähig*}, difícilmente dejaremos de acertar, a bulto, si concebimos la sofocación del afecto como una consecuencia de la inhibición que los opuestos se provocan unos a otros y que la censura ejerce contra las aspiraciones sofocadas por ella. *La inhibición del afecto sería entonces el segundo resultado de la censura onírica, así como la desfiguración onírica era el primero.*

Quiero insertar un ejemplo en que el tono afectivo indiferente del contenido del sueño puede ser explicado por la presencia de opuestos en el interior de los pensamientos oníricos. Tengo para contar el siguiente sueño breve, ante el cual todos los lectores sentirán asco:

IV

Una colina, y sobre esta algo como un escusado al aire libre; un banco muy largo, a cuyo extremo hay un gran agujero de escusado. Todo el borde de atrás está cubierto por montoncitos de mierda de todos los tamaños y grados de frescura. Tras el banco, un matorral. Yo orino sobre el banco: un largo chorro de orina lo limpia todo, los pegotes de mierda se desprenden con facilidad y caen dentro de la abertura. Como si al final todavía quedara algo.

¿Por qué motivo no experimenté asco alguno durante este sueño?

Como lo muestra el análisis, ello se debe a que en la emergencia de este sueño cooperaron pensamientos gratísimos que producían enorme satisfacción. En el análisis se me ocurren enseguida los *establos de Augias*, que Hércules limpió. Y ese Hércules soy yo. La colina y el matorral pertenecen a Aussee, donde ahora están mis hijos. Yo he descubierto la etiología infantil de las neurosis, y así he preservado de la enfermedad a mis propios hijos. El banco es la fiel reproducción (exceptuado, claro está, el agujero de escusado) de un mueble que me obsequió una agradecida paciente. Me recuerda cuánto me respetan mis pacientes. Y aun el museo de excrementos humanos es susceptible de una interpretación deleitosa. Por más asco que deba sentir frente a él, en

el sueño es una reminiscencia de las bellas comarcas de Italia, en cuyas pequeñas ciudades, como es sabido, los W.C. no están dispuestos de otro modo. El chorro de orina que todo lo limpia es una inequívoca alusión a la grandeza. Así extinguió Gulliver el gran incendio en el país de los liliputienses; es verdad que ello le atrajo la animadversión de la pequeñísima reina. Pero también Gargantúa, el superhombre de Rabelais, se venga de igual modo de los parisienses: encaramándose sobre Notre-Dame y dirigiendo el chorro de su orina sobre la ciudad. Justamente ayer, antes de dormirme, estuve hojeando las ilustraciones de Garnier a las obras de Rabelais. Y curiosamente, hay de nuevo aquí una prueba de que soy yo el superhombre. La plataforma de Notre-Dame era mi lugar preferido en París; todas las siestas que tenía libres solía trepar a las torres de la iglesia, entre los monstruos y vestiglos que allí hay. Que toda la mierda desaparezca tan rápido con el chorro alude al dicho «*Afflavit et dissipati sunt*», que una vez pensé poner como epígrafe a un capítulo sobre la terapia de la histeria.[11]

Y ahora el ocasionamiento eficaz del sueño. Había sido una tórrida siesta de verano; por la tarde había dictado mi conferencia sobre el vínculo entre la histeria y las perversiones, y todo lo que atiné a decir me dejó una profunda desazón, se me antojó falto de valor. Yo estaba fatigado, sin un atisbo de contento por mi difícil trabajo; dejé la exhumación de toda esta sordidez del linaje humano y en mi añoranza me remonté a mis hijos y después a las bellezas de Italia. Con este talante me dirigí desde la sala de conferencias hasta un café, para tomar allí, al aire libre, una colación modesta, pues se me habían ido las ganas de comer. Pero uno de mis oyentes se vino conmigo; me pidió permiso para sentarse a mi lado mientras yo bebía mi café y me atragantaba con mi media luna, y empezó a lisonjearme. Me encarecía lo que había aprendido de mí, y que ahora lo veía todo con otros ojos; yo había limpiado los *establos de Augias* de los errores y prejuicios en la doctrina de las neurosis; en suma, era yo un muy grande hombre. Mi talante soportaba mal su cántico de alabanzas; tuve que luchar con el asco, me fui más temprano a casa para sacármelo de encima, y antes de dormir hojeé a Rabelais y leí un cuento de C. F. Meyer, «Die Leiden eines Knaben».

De este material surgió el sueño. El cuento de Meyer trajo

[11] [*Nota agregada* en la edición de 1925 solamente:] Para una corrección de esta cita, cf. *supra* [**4**], pág. 227 y *n*. 38.

el recuerdo de escenas de la niñez.[12] El talante de asco y de fastidio que había tenido durante el día se enseñoreó del sueño a punto tal que se habilitó para aportar casi todo el material del contenido. Pero a la noche se despertó el talante opuesto, de fuerte y hasta desmedida afirmación de mí mismo, y eliminó al primero. El contenido del sueño debió conformarse de tal modo que posibilitase la expresión tanto del delirio de insignificancia cuanto de la excesiva autoestima. De esta formación de compromiso resultó para el sueño un contenido ambiguo, pero también, por inhibición recíproca de los opuestos, un tono afectivo indiferente.

De acuerdo con la teoría del cumplimiento de deseo, este sueño no se habría posibilitado de no sumarse al itinerario de pensamiento del asco su opuesto, el del delirio de grandeza, sofocado por cierto, pero teñido de placer. En efecto, lo penoso no está destinado a figurarse en el sueño; es que lo penoso de nuestros pensamientos diurnos sólo puede ingresar en aquel cuando al mismo tiempo presta su disfraz a un cumplimiento de deseo. [Cf. págs. 549-50.]

El trabajo del sueño, además de acoger los afectos de los pensamientos oníricos o de reducirlos a cero, puede todavía hacer otra cosa con ellos. Puede *trastornarlos hacia lo contrario*. Ya tomamos conocimiento de la regla según la cual, para la interpretación, todo elemento del sueño puede figurar a su contrario tanto como a sí mismo.[13] Nunca se sabe de antemano si debe suponerse lo uno o lo otro; sólo el contexto decide sobre ello. Es evidente que una vislumbre de ese estado de cosas se impuso a la conciencia popular: muchas veces los libros de sueños proceden en su interpretación siguiendo el principio del contraste. Esa mudanza en lo contrario es posibilitada por el íntimo encadenamiento asociativo que en nuestro pensamiento liga la representación de una cosa {*Ding*} a la de su opuesto. Como cualquier otro desplazamiento, sirve este a los fines de la censura, pero es también frecuente que sea obra del cumplimiento de deseo, que no consiste sino en la sustitución de una cosa desagradable por su contraria. Lo mismo que las representaciones-cosa {*Dingvorstellungen*}, también los afectos pertenecientes a los pensamientos oníricos pueden aparecer en el sueño trastornados hacia lo contrario, y es probable que este trastorno del afecto sea llevado a cabo las más de las veces por la

[12] Véase la última imagen del sueño del conde Thun [*supra*, **4**, pág. 229].
[13] [Cf. *supra*, **4**, pág. 324.]

censura del sueño. Tanto la *sofocación del afecto* cuanto el *trastorno del afecto* sirven asimismo en la vida social, que nos ha proporcionado una analogía familiar para la censura del sueño, particularmente con miras a la *disimulación.* Si yo tengo trato verbal con una persona frente a la cual debo mostrarme respetuoso, cuando en verdad me gustaría decirle frases hostiles, es casi más importante que le oculte las exteriorizaciones de mi afecto, y no que suavice la formulación verbal de mis pensamientos. Si le hablo con palabras no descorteses, pero las acompaño con una mirada o un ademán de odio o de desprecio, el efecto que produzco en esa persona no difiere mucho del que le provocaría arrojándole al rostro sin ambages mi desprecio. Entonces, la censura me manda sobre todo que sofoque mis afectos, y si soy un maestro de la disimulación fingiré el afecto contrario: sonreiré cuando montaría en cólera y me pondré tierno cuando querría aniquilar.

Ya conocemos un notable ejemplo de ese trastorno del afecto que se produce en el sueño al servicio de la censura. En el sueño «de la barba de mi tío» [14] sentía yo gran ternura por mi amigo R., en tanto que —y por lo mismo que— los pensamientos oníricos lo motejaban de idiota. Este ejemplo de trastorno de los afectos nos ofreció el primer indicio de la existencia de una censura del sueño. Tampoco aquí es necesario suponer que el trabajo del sueño crea enteramente de la nada ese afecto contrario; por lo común lo encuentra ya preparado en el material de los pensamientos oníricos, y no hace sino acrecentarlo con la fuerza psíquica de los motivos de la defensa hasta que pueda prevalecer en la formación del sueño. En el sueño sobre mi tío, que acabo de mencionar, el afecto contrario de ternura brotó probablemente de fuentes infantiles (como lo sugiere la continuación del sueño), pues el vínculo entre tío y sobrino ha pasado a ser en mí, dada la particular naturaleza de mis vivencias infantiles más tempranas (cf. el análisis, págs. 424-5 [y págs. 480-1]), la fuente de toda amistad y de todo odio.

Un notable ejemplo de ese trastorno del afecto [15] nos lo da un sueño del que nos informa Ferenczi (1916):

«Un señor mayor fue despertado a la noche por su mujer, angustiada porque él reía con voz tan alta y tan desenfrenadamente. El hombre contó después que había tenido el siguiente sueño: *Yo estaba acostado en mi cama, entró un*

14 [Cf. *supra,* **4**, págs. 155 y sigs.]

15 [Este párrafo y la siguiente cita de Ferenczi se agregaron en 1919.]

señor conocido y yo quise encender la luz, pero no pude; lo intenté una y otra vez... pero en vano. En eso se levantó de la cama mi mujer para ayudarme, y tampoco ella pudo conseguir nada; pero como ella se sintió molesta frente al señor a causa de su "négligé", terminó por desistir y por meterse de nuevo en la cama; todo esto era tan cómico que me dio una risa terrible. Mi mujer dijo: "¿Por qué te ríes, por qué te ríes?", pero yo me reía cada vez más, hasta que desperté. Al día siguiente este señor estuvo en extremo deprimido, tenía dolores de cabeza: "Del mucho reír, que me ha descalabrado", opinó él.

»Considerado analíticamente, el sueño aparece menos placentero. El "señor conocido" que entró es en los pensamientos oníricos latentes la imagen, evocada la víspera, de la muerte como el "gran desconocido".* El viejo señor, que sufre de arterioesclerosis, tuvo en la víspera razones para pensar en su muerte. La risa desenfrenada sustituye al llorar y gimotear frente a la idea de que debe morir. Es la luz de la vida esa que él ya no puede encender. Ese triste pensamiento quizá se haya anudado al intento de coito que hizo hace poco, pero no logró consumar, y en el cual de nada le valió tampoco la ayuda de su mujer en "*négligé*"; notó que eso ya se le iba decayendo. El trabajo del sueño se las arregló para trasmudar las tristes ideas de la impotencia y de la muerte a una escena cómica, y el gimoteo, a risa».

Existe una clase de sueños [16] que merecen particularmente el calificativo de «hipócritas» y someten a una dura prueba la teoría del cumplimiento de deseo. Hube de reparar en ellos cuando la doctora M. Hilferding presentó para debatir en la Sociedad Psicoanalítica de Viena el informe de un sueño, de Rosegger, que a continuación trascribo.

En su historia titulada *Fremd gemacht!* {¡Despedido!},[17] Rosegger relata lo siguiente:

«Por lo común gozo de un dormir sano, pero he perdido el descanso de muchísimas noches; es que junto a mi discreta existencia de estudioso y de literato he arrastrado por largos años la sombra de una verdadera vida de sastre, como un fantasma del que no podía liberarme.

* {En alemán, «la muerte» es «*der Tod*», de género masculino.}

16 [Este párrafo y la siguiente cita de Rosegger, junto con el examen de esta última, se agregaron en 1911. Rosegger (1843-1918) era un conocido escritor austríaco de origen muy humilde, aldeano, que alcanzó celebridad.]

17 En el segundo volumen de *Waldheimat*, pág. 303.

»No era que durante el día ocupase mi mente con mi pasado con tanta frecuencia y vividez. Un conquistador del cielo y del mundo como soy yo, salido de la piel de un filisteo, tiene otras cosas que hacer. Siendo aún planta tierna tampoco presté casi atención a mis sueños nocturnos. Más tarde, cuando me habitué a reflexionar sobre todas las cosas, o quizá cuando volvió a despertarse un poco en mí el filisteo, se me ocurrió preguntarme por qué cada vez que soñaba era siempre, todas las noches, aprendiz de sastre, y como tal hacía larguísimo tiempo que trabajaba en casa de mi maestro, en el taller, sin paga ninguna. Cuando así estaba sentado junto a él, y cosía y planchaba, tenía muy clara conciencia de que ese ya no era mi lugar, y de que como ciudadano tenía otras cosas en qué ocuparme; pero siempre había para mí ferias, siempre vacaciones de verano, y así era que me pasaba sentado junto a mi maestro como su auxiliar. A menudo eso me resultaba desagradable, lamentaba la pérdida de un tiempo del que habría sabido sacar mejor provecho. De tanto en tanto, cuando algo no quería salirme bien en la medida y el corte, debía soportar una reprimenda del maestro; pero de salarios nunca se hablaba. Hartas veces, cuando así estaba sentado en el oscuro taller, la espalda agobiada, me formé el propósito de abandonar el trabajo y despedirme. Y una vez lo hice, pero el maestro ni se percató de ello, y al poco tiempo ya estaba de nuevo sentado junto a él, cosiendo.

»¡Cuán dichoso me sentía despertando después de unas jornadas tan tediosas! Y entonces me proponía, para el caso de que ese sueño insistente me asediase de nuevo, apartarlo con energía y exclamar: "¡Es sólo una fantasmagoría, yo estoy en cama y quiero dormir...!". Pero a la noche siguiente estaba de nuevo sentado en el taller del sastre.

»Y así fue, por años, con una siniestra regularidad. Cierta vez sucedió que nosotros, el maestro y yo, trabajábamos en lo de Alpelhofer, el campesino en cuya casa me había iniciado en el oficio, y ese día el maestro se mostró particularmente insatisfecho con mis trabajos. "¡Quisiera saber dónde tienes la cabeza!", me dijo, arrojándome una torva mirada. Yo pensé que lo más racional era ponerme ahora de pie y señalar al maestro que sólo estaba con él de favor, y marcharme enseguida. Pero no lo hice. Admití que el maestro tomara un aprendiz y me ordenara hacerle sitio en mi banco. Me encogí en un rincón y cosí. Y ese mismo día se tomó además a un aprendiz, un santurrón, era de Bohemia; diecinueve años antes había trabajado con nosotros, y en ese tiempo se cayó al arroyo viniendo de la taberna. Cuando quiso sentarse, no había lugar. Miré inquisitivamente al maestro, y él

me dijo: "No tienes ninguna habilidad para la sastrería, *puedes irte, quedas despedido*". Y ante eso mi espanto fue tan enorme que me desperté.

»Las primeras luces del alba entraban por las ventanas y ponían en claroscuro mi hogar, mi hogar familiar. Objetos de arte me rodeaban; en la primorosa biblioteca me esperaban el eterno Homero, el gigantesco Dante, el incomparable Shakespeare, el glorioso Goethe... los empíreos, los inmortales todos. En la habitación vecina resonaban las claras vocecitas de los niños que se despertaban y traveseaban con su madre. Para mí fue como si reencontrase de nuevo esa vida idílicamente dulce, esa vida que trascurría en las mieles de la paz, la riqueza de la poesía y la diafanidad del espíritu, en la que tantas veces y con tanta hondura me inundó la dicha serena de la humanidad. Y entonces me dio rabia no haberme adelantado al maestro, y haber dejado que él me echara.

»Y, cosa extraña, desde aquella noche en que el maestro me "despidió" gozo de paz, ya no sueño con mis tiempos de sastre, que se hunden en el pasado remoto, esos tiempos tan alegres por la falta de exigencias y que pese a eso proyectaron una sombra tan vasta sobre mis años posteriores».

En esta serie onírica del escritor que en su juventud había sido sastre resulta difícil reconocer el imperio del cumplimiento de deseo. Todo lo gozoso se contiene en la vida diurna, mientras que el sueño parece arrastrar las sombras fantasmales de una existencia desdichada, que por fin se superó. Otros sueños de índole parecida me han dado la posibilidad de echar alguna luz sobre ellos. Recién recibido de médico, trabajé mucho tiempo en un instituto de química sin poder aportar nada a las artes allí empleadas, y por eso en la vigilia nunca pienso de buena gana en ese episodio infecundo, y en verdad bochornoso, de mi aprendizaje. En cambio, sueño recurrentemente con que trabajo en el laboratorio, hago análisis, tengo diversas vivencias, etc.; estos sueños provocan el mismo desasosiego que los sueños de examen, y nunca son muy nítidos. En la interpretación de uno de ellos, reparé por fin en la palabra «*análisis*», que me dio la clave para entenderlo. Es que desde entonces me he hecho «analista», hago análisis que son muy alabados; en verdad, son *psicoanálisis*. Ahora entiendo: si en la vida diurna me enorgullezco de este tipo de análisis y querría alabarme por haber llegado tan lejos, por la noche el sueño me hace presentes esos otros análisis malaventurados de los que no tengo razón alguna para estar orgulloso; son los sueños punitorios de un advenedizo, como los de ese aprendiz de sastre que

llegó a ser un festejado autor. Ahora bien, ¿cómo le es posible al sueño, en el conflicto entre el orgullo del *parvenu* y la autocrítica, ponerse al servicio de esta última y tomar por contenido una advertencia racional en vez de un cumplimiento de deseo no permitido? Ya dije que la respuesta a esta pregunta tropieza con dificultades. Podemos inferir que primero una fantasía de ambición desmedida formó la base del sueño; pero en vez de ella, fueron su chasco y el consecuente bochorno los que alcanzaron el contenido del sueño. Cabe recordar que existen en la vida anímica tendencias masoquistas a las que puede atribuirse una inversión así. Nada tendría yo que objetar si se quisiese separar a esta clase de sueños, como *sueños punitorios*, de los *sueños de cumplimiento de deseo*. No vería en esto una restricción de la teoría sobre el sueño que he sostenido hasta aquí, sino una mera concesión lingüística al modo de pensar que juzga extraña la coincidencia de opuestos.[18] No obstante, un examen más preciso de algunos de estos sueños nos permite reconocer algo adicional. En el armazón no nítido de uno de mis sueños de laboratorio tenía yo precisamente la edad que me traslada al año más sombrío e infructuoso de mi carrera médica; carecía de posición y no sabía cómo habría de ganarme la vida, pero de pronto era el caso que yo podía escoger entre varias mujeres para casarme. Entonces, yo era de nuevo joven, y sobre todo era de nuevo joven la mujer que compartió conmigo esos años difíciles. Y con ello, uno de los deseos que ahora, al envejecer, yo rumiaba sin cesar se revelaba como el excitador inconciente del sueño. Esa lucha entre la vanidad y la autocrítica, que hervía en otros estratos psíquicos, había determinado por cierto el contenido del sueño; pero sólo el deseo de ser joven, de raíz más profunda, la había hecho posible como sueño. Aun en la vigilia nos decimos muchas veces: «Ahora todo está muy bien, y antaño fueron épocas duras; pero eso era hermoso, todavía eras joven».[19]

Otro grupo de sueños,[20] que he registrado en mí con fre-

[18] [La última oración se agregó en 1919.]

[19] [*Nota agregada* en 1930:] Después que el psicoanálisis ha descompuesto a la persona en un yo y un superyó (cf. mi obra *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921*c*) (y *El yo y el ello* [Freud, 1923*b*]), es fácil reconocer en estos sueños punitorios unos cumplimientos de deseo del superyó. [Cf. *infra*, págs. 550 y sigs. — Los sueños de Rosegger se examinan también en «Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños» (Freud, 1923*c*), *AE*, **19**, pág. 120.]

[20] [Este párrafo se agregó en 1919, y al parecer fue intercalado en este punto por error. Probablemente debería haberse colocado *des-*

cuencia, reconociéndolos como sueños hipócritas, tienen por contenido la reconciliación con personas con quienes hace mucho hemos roto las relaciones de amistad. El análisis me descubrió después, por regla general, una ocasión que pudo invitarme a dejar de lado el último resto de consideración por estos ex amigos, y a tratarlos como extraños o enemigos. Pero el sueño se complace en pintar la relación opuesta.[21]

Cuando apreciamos los sueños que un literato nos cuenta, casi siempre acertaremos en suponer que excluyó de su comunicación aquellos detalles de su contenido que sintió embarazosos y juzgó inesenciales. Así, sus sueños nos plantean enigmas que con una reproducción más exacta de su contenido se solucionarían enseguida.

O. Rank me hizo notar que en el cuento del sastrecillo valiente, o «Siete de un golpe», de Grimm, tenemos un sueño de advenedizo enteramente parecido. El sastre, convertido en héroe y en yerno del rey, sueña con su oficio una noche estando junto a la princesa, su esposa; ella, picada por la desconfianza, dispone para la noche siguiente que unos hombres armados escuchen lo dicho en el sueño y pongan a buen recaudo la persona del soñante. Pero el sastrecillo está sobre aviso, y ahora sabe corregir el sueño.

Los complicados procesos de cancelación, sustracción y trastorno, por medio de los cuales los afectos pertenecientes a los pensamientos oníricos se truecan a la postre en los del sueño, pueden llegar a dominarse muy bien merced a una síntesis apropiada de sueños sometidos a un análisis completo. He de tratar ahora algunos ejemplos de la moción de afecto en sueños que muestren realizados algunos de los casos a que se ha hecho referencia.

V

Sobre el sueño de la extraña tarea que me encargó el viejo Brücke, la de hacer un preparado con mi pelvis [págs. 450-1], *en el sueño mismo yo echo de menos el horror correspondiente*. Ahora bien, este es un cumplimiento de deseo en

pués de los dos párrafos siguientes, que datan de 1911, al igual que las precedentes consideraciones sobre Rosegger —con las que están a todas luces relacionados—. Lo que les sigue se remonta una vez más a 1900. — Algunas observaciones adicionales sobre los sueños hipócritas se encontrarán en «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» (Freud, 1920*a*), *AE*, **18**, pág. 158.]

[21] [Cf. *supra*, **4**, pág. 163, *n*. 11.]

más de un sentido. El preparado significa el autoanálisis que, por así decir, consumo con la publicación de mi libro sobre el sueño; y en la realidad, tan penoso me resultó esto que por más de un año hube de diferir la impresión del manuscrito ya listo. Se engendra entonces el deseo de vencer ese sentimiento de aversión, y por eso en el sueño no siento *horror* {*Grauen*} alguno. Pero al «*Grauen*» {«encanecer»}, en otro sentido, bien quisiera no registrarlo; es que encanezco inexorablemente, y ese gris {*Grau*} de los cabellos me avisa también que no debo demorarme por más tiempo. Sabemos que al final del sueño se impone y logra figurarse el pensamiento de que tendría que dejar a mis hijos el proseguir la difícil peregrinación hasta alcanzar la meta.

Consideremos los dos sueños que trasladan la expresión de la satisfacción a los instantes inmediatos al despertar; en un caso encontré que esa satisfacción estaba motivada por la expectativa de que ahora sabría el significado de «yo ya he soñado con ello», cuando en verdad se refería al nacimiento de mi primer hijo [págs. 445-6], y en el otro, por la convicción de que ahora se cumpliría «lo que se anunció por un augurio», pero la satisfacción resultó ser aquella con la que en su momento saludé a mi segundo hijo varón [pág. 446]. Aquí han quedado en el sueño los afectos que presiden los pensamientos oníricos, pero en ningún sueño las cosas son tan sencillas. Si profundizamos un poco en ambos análisis, nos enteramos de que esa satisfacción que no sucumbió a la censura recibió un acrecentamiento de una fuente que tenía mucho que temer a la censura y cuyo afecto habría suscitado con seguridad contradicción, de no escudarse en el afecto de satisfacción del mismo género, proveniente de la fuente permitida y admitido de buen grado, y de no colarse, por así decir, tras él. Por desgracia, no puedo mostrarlo en este mismo sueño, pero un ejemplo de otra esfera hará comprensible mi opinión. Imagino el siguiente caso: En mi vecindad hay una persona a quien yo odio, de modo que se engendra en mí una viva moción a alegrarme si le sucede algo adverso. Pero la parte moral de mi ser no condesciende a esa moción; no oso exteriorizar mi deseo de desdicha, y cuando a esa persona le ocurre sin su culpa una desgracia, sofoco la satisfacción que ello me provoca y me fuerzo a exteriorizaciones y pensamientos de pesar. Todos hemos estado alguna vez en esa situación. Pero ahora sucede que la persona odiada se atrae, por una trasgresión suya, un bien merecido disgusto; entonces tengo permitido dar rienda suelta a mi

satisfacción por el justo castigo que ella recibió, y en esto me manifiesto de acuerdo con muchos otros que son neutrales. Puedo observar, sin embargo, que mi satisfacción se muestra más intensa que la de los otros; ha recibido un acrecentamiento de la fuente de mi odio, al cual hasta ese momento la censura interna le había impedido librar el afecto; ahora, con el cambio de las circunstancias, ya no es estorbado. Esto sucede en la sociedad siempre que personas antipáticas o miembros de una minoría que no es vista con buenos ojos cargan sobre sí una culpa. El castigo no suele guardar correspondencia entonces con el delito, sino que este se ve acrecentado por la mala voluntad que se les tiene y que hasta ese momento había sido inoperante. Por eso los que castigan cometen sin duda una injusticia; pero les impide percibirla la satisfacción que les deparó el cancelar en su interioridad una sofocación largo tiempo mantenida. En tales casos, el afecto está por cierto justificado en cuanto a su cualidad, pero no en cuanto a su medida; y el apaciguamiento de la autocrítica en el primer punto hace que se desdeñe con demasiada facilidad el examen del segundo. Al abrirse las puertas, irrumpen por ellas sin tropiezos más personas que las que originariamente se proyectó dejar pasar.

De esta manera se explica, hasta donde admite una explicación psicológica, el rasgo llamativo del carácter neurótico, a saber, que ocasiones susceptibles de afecto tienen un efecto cualitativamente justificado pero que en lo cuantitativo rebasa la medida. El exceso proviene de fuentes de afecto que permanecieron inconcientes, sofocadas hasta entonces, que pueden establecer una conexión asociativa con la ocasión real; la fuente permitida, exenta de veto, les abre la deseada facilitación {*Bahnung*} para el desprendimiento de su afecto. Esto nos advierte que entre la instancia anímica sofocada y la sofocadora no debemos discernir exclusivamente relaciones de inhibición recíproca. Igual atención merecen los casos en que las dos instancias, por cooperación, por refuerzo recíproco, provocan un efecto patológico.

Ahora apliquemos estas observaciones indicativas sobre la mecánica psíquica a la comprensión de las exteriorizaciones del afecto en el sueño. Una satisfacción que se da a conocer en el sueño, y que desde luego ha de rastrearse enseguida hasta su lugar en los pensamientos oníricos, no siempre queda esclarecida por completo con esa sola revelación. Por lo general habrá que buscar una segunda fuente dentro de los pensamientos oníricos, sobre la cual gravita la presión de la censura, que no le habría dejado producir satisfacción, sino el afecto contrario; pero la presencia de la primera fuente

onírica la habilita para sustraer de la represión su afecto de satisfacción y dejar que se reúna a la satisfacción que procede de la otra fuente, acrecentándola. De este modo, los afectos en el sueño aparecen como compuestos por varios afluentes y como sobredeterminados con relación al material de los pensamientos oníricos; *fuentes de afecto que pueden librar el mismo afecto se conjugan en el trabajo del sueño para la formación de este.*[22]

Atisbaremos algo de estas complicadas relaciones mediante el análisis del bello sueño que tenía por centro «*Non vixit*» (págs. 421 y sigs.), en cuyo contenido manifiesto se compendian en dos lugares exteriorizaciones de afecto de diversa cualidad. Mociones hostiles y penosas (en el sueño mismo se dice: *presa de extraños afectos*) se superponen unas a otras allí donde aniquilo a mi amigo antagonista con las dos palabras. Al final del sueño siento enorme alegría y después formulo un juicio, admitiendo una posibilidad que en la vigilia reconozco absurda, a saber, que existen resucitados que pueden eliminarse por el mero deseo.

Todavía no he comunicado la ocasión de este sueño. Ella es esencial, y nos sumerge en profundidad hacia su comprensión. De mi amigo de Berlín (que he designado como «Fl.» [Fliess]) yo había recibido la noticia de que se sometería a una operación, y que unos parientes que residían en Viena me irían informando sobre su estado. Las primeras noticias después de la operación no fueron muy alentadoras y me provocaron inquietud. Mi mayor deseo habría sido viajar yo mismo adonde él estaba, pero justamente por entonces me aquejaba una dolorosa enfermedad que convertía cada uno de mis movimientos en una tortura. Ahora bien, por los pensamientos oníricos yo sé que temí por la vida de mi caro amigo. Estaba enterado de que su única hermana, a quien yo no alcancé a conocer, había muerto joven después de una fulminante enfermedad. (En el sueño: *Fl. cuenta acerca de su hermana y dice: «En tres cuartos de hora quedó muerta».*) Debo de haberme imaginado que su propia constitución no era mucho más resistente, y que, recibidas unas noticias mucho peores, en definitiva yo viajaría... llegando *demasiado tarde*, por lo cual debería hacerme eternos reproches.[23] Este reproche a causa de llegar tarde se ha convertido

[22] [*Nota agregada* en 1909:] De manera análoga he explicado el efecto placentero extraordinariamente fuerte del chiste tendencioso [en su libro sobre el chiste (Freud, 1905*c*), *AE*, **8**, págs. 130-1.]

[23] Esta fantasía proveniente de los pensamientos oníricos incon-

en el centro del sueño, pero se figura en una escena en que Brücke, el venerado maestro de mis años de estudiante, me lo hace con una terrible mirada de sus ojos azules. De inmediato ha de ponerse de manifiesto qué es lo que provocó esa difracción de la escena {de un reproche a otro}; a la escena misma, el sueño no puede reproducirla tal como yo la vivencié. Es verdad que deja al otro los ojos azules, pero me asigna el papel aniquilador, una inversión que es evidentemente obra del cumplimiento de deseo. La inquietud por la vida del amigo, el reproche por no viajar hasta donde él está, mi bochorno (*él ha llegado «de incógnito»* —para mí— *a Viena*), mi necesidad de sentirme disculpado ante él por mi enfermedad, todo eso compone la tormenta de sentimientos que, percibida con nitidez mientras duermo, brama en aquella región de los pensamientos oníricos.

Pero en la ocasión del sueño había todavía otra cosa que ejerció sobre mí un efecto totalmente contrario. Con las noticias desfavorables de los primeros días que siguieron a la operación recibí también la advertencia de que no hablara a nadie de todo el asunto, lo cual me ofendió, por presuponer una innecesaria desconfianza en cuanto a mi discreción. Desde luego, sabía que ese encargo no partía de mi amigo, sino que era una torpeza o un exceso de celo del mensajero que hizo de intermediario, pero ese reproche encubierto me afectó muy penosamente porque... no era del todo injustificado. Como es sabido, los reproches en que no es cierto que «algo hay» no afectan, no tienen poder irritativo. No con relación a mi amigo, pero una vez, antes, siendo yo muy joven, y entre dos amigos que querían también honrarme con ese título, había divulgado innecesariamente algo que uno de ellos dijo del otro. Y los reproches que esa vez debí escuchar no los he olvidado. Uno de esos dos amigos entre quienes entonces hice de sembrador de discordias era el profesor Fleischl; al otro puedo sustituirlo por el nombre de Josef, que también llevaba mi amigo y oponente P., el que aparece en el sueño.[24]

cientes es la que tan insistentemente pide «*Non vivit*» en lugar de «*Non vixit*»: «Has llegado demasiado tarde, él ya no está con vida». En las págs. 422-4 indiqué que también la situación manifiesta del sueño apunta a «*Non vivit*».

[24] [Algunos datos extraídos de un artículo de Bernfeld (1944) harán más inteligible lo que sigue. Freud trabajó en el Instituto de Fisiología de Viena («el laboratorio de Brücke») desde 1876 hasta 1882. Ernst Brücke (1819-1892) era su director; sus dos asistentes, en la época de Freud, eran Sigmund Exner (1846-1925) y Ernst Fleischl von Marxow (1846-1891), quienes tenían diez años más que Freud. Fleischl padeció una enfermedad orgánica muy grave durante los últimos años de su vida. Fue en el Instituto de Fisiología donde Freud

Del reproche de que soy incapaz de guardar un secreto son testimonios, en el sueño, los elementos *«de incógnito»* y la pregunta de Fl., *«cuánto de sus cosas he comunicado entonces a P.»*. Ahora bien, la intromisión de ese recuerdo [el de la vieja indiscreción y sus consecuencias] es lo que traslada el reproche a causa de llegar tarde, del presente, al tiempo en que yo vivía en el laboratorio de Brücke, y si en la escena de la aniquilación sustituyo a la segunda persona por un Josef, hago que esta escena no sólo figure un reproche, el de llegar demasiado tarde, sino también el otro, afectado con mayor fuerza por la represión, a saber, que no guardo los secretos. El trabajo de condensación y desplazamiento del sueño, así como sus motivos, se hacen aquí patentes.

El ligero enfado que en el presente me provocó la advertencia de que no dejara traslucir nada [acerca de la enfermedad de Fl.] recibe, empero, refuerzos de fuentes que fluyen en lo profundo, y así acrece una corriente de mociones hostiles hacia personas a quienes en la realidad yo amo. La fuente que ofrece el refuerzo fluye dentro de lo infantil. Ya he contado [cf. págs. 424-5] que tanto mis calurosas amistades como mis enemistades con personas de mi edad se remontan al trato que tuve en la niñez con un sobrino un año mayor que yo, en el que él era el que triunfaba y yo muy temprano debí aprender a defenderme; éramos inseparables y nos amábamos, pero entretanto, según lo sé por el testimonio de personas mayores, reñíamos y nos *acusábamos*. Todos mis amigos son en cierto sentido encarnaciones de esta primera figura que «antaño se mostró a mis opacos ojos»;[25] son *resucitados*. Y en verdad mi sobrino regresó de jovencito, y esa vez hicimos entre los dos los papeles de César y de Bruto. Un amigo íntimo y un enemigo odiado fueron siempre los requerimientos necesarios de mi vida afectiva; siempre supe crearme a ambos de nuevo, y no rara vez ese ideal infantil se impuso hasta el punto de que amigo y enemigo coincidieron en la misma persona, desde luego que ya no al mismo tiempo ni en una alternancia muchas veces repetida, como pudo suceder en aquellos tempranos años de la infancia.

conoció a Josef Breuer (1842-1925), mucho mayor que él, en colaboración con el cual escribió *Estudios sobre la histeria* (1895*d*). Breuer es el segundo Josef en este análisis; el primer Josef —el «amigo y oponente P.», tempranamente fallecido— era Josef Paneth (1857-1890), quien remplazó a Freud en su puesto en el Instituto. — Véase también el primer volumen de la biografía de Freud escrito por Ernest Jones (1953).]

[25] [Goethe, *Fausto*, «Dedicatoria».] {«De nuevo aparecéis, formas flotantes, / como ya antaño ante mis turbios ojos».}

No quiero seguir estudiando aquí el modo en que, en tales circunstancias, una ocasión reciente del afecto puede resonar en lo infantil, para ser sustituida por esto último en cuanto a la producción del afecto. [Cf. pág. 539.] Ello pertenece a la psicología del pensamiento inconciente y forma parte de una explicación psicológica de las neurosis. Para nuestros fines, que son los de la interpretación del sueño, supongamos que interviene un recuerdo infantil, o uno de esa índole formado en la fantasía. Por ejemplo, del siguiente contenido: Los dos niños entran en disputa por un objeto (cuál sería, dejémoslo por ahora, aunque el recuerdo o el espejismo del recuerdo tiene en vista uno bien preciso); cada uno sostiene que *llegó primero*, y por ende tiene derecho prioritario sobre él; se van a los golpes, se hace valer la fuerza en vez del derecho; por las indicaciones del sueño, quizá yo tenía conciencia de que estaba equivocado (*notando yo mismo el error*); pero esta vez resulté el más fuerte, quedé dueño del campo de batalla, el vencido corrió a buscar a mi padre —que era su abuelo—, me acusó, y yo me defendí con las palabras que conozco porque mi padre me contó: «*Le pegué porque él me pegó*», de tal suerte que este recuerdo o probable fantasía que se me impuso en el curso del análisis del sueño —sin certificación ulterior, yo mismo no sé cómo—[26] es un fragmento intermedio de los pensamientos oníricos que reúne en sí, como hace la taza de una fuente con los hilillos de agua que recibe, las mociones de afecto que reinan en los pensamientos oníricos. Desde ahí parten los pensamientos oníricos por los siguientes caminos: «Lo tienes bien merecido, pues quisiste quitarme mi lugar; ¿por qué quisiste desalojarme de mi lugar? Yo no te preciso, ya encontraré otro para jugar», etc. Después se abren los caminos por los cuales estos pensamientos desembocan de nuevo en la figuración onírica. Un tal «*Ôte-toi que je m'y mette!*»* debí yo reprochar en su momento a mi difunto amigo Josef [P.]. Había ingresado al laboratorio de Brücke como aspirante, después que yo. Pero allí la promoción era lenta. Ninguno de los dos asistentes se movía de su sitio, y el joven fue ganado por la impaciencia. Mi amigo, que sabía próxima su muerte, y a quien ningún vínculo íntimo lo unía con su superior inmediato, en cierta ocasión expresó esa impaciencia en voz alta. Puesto que dicho superior [Fleischl] era un enfermo grave, el deseo de hacerlo a un lado pudo admitir, además de su sentido de alcanzar la pro-

[26] [Este punto se trata *infra*, pág. 508.]
* {«¡Quítate del medio para que yo ocupe ese lugar!».}

moción, una chocante interpretación colateral. Desde luego, unos años antes yo tuve ese mismo deseo de ocupar un lugar que dejaran libre, y aun fue en mí más ardiente; dondequiera que en el mundo hay jerarquía y promoción, está abierto el camino para la sofocación de unos menguados deseos. El príncipe Hal, de Shakespeare, ni siquiera frente al lecho de su padre enfermo pudo sustraerse a la tentación de probar una vez cómo le iba la corona.[27] Pero, como es comprensible, el sueño castiga este deseo inmisericorde, no en mí, sino en él.[28]

«Porque fue ambicioso lo maté». [Cf. pág. 424.] Porque no supo esperar a que el otro le dejase el lugar, por eso él mismo fue quitado de en medio. Estos pensamientos me acudieron inmediatamente después de la ceremonia en que se descubrió el monumento consagrado [no a él sino] al otro. Por tanto, una parte de la satisfacción que yo siento en el sueño se interpreta así: «Justo castigo; te está bien empleado».

En el entierro de este amigo [P.], un joven hizo una observación que pareció inconveniente: «El orador ha hablado como si el mundo ya no pudiera seguir existiendo sin este hombre». Es que en él se sublevó el hombre veraz, aquel cuyo dolor se resiente por la exageración. Pero a este dicho se anudan los pensamientos oníricos: «En realidad, nadie es insustituible; a cuántos he acompañado a la tumba, y yo sigo viviendo, los he sobrevivido a todos, he quedado dueño del terreno». Semejante pensamiento, en momentos en que temía que mi amigo [Fliess] ya no se contase entre los vivos cuando yo llegara adonde él estaba, sólo admite este desarrollo: que me alegra sobrevivir de nuevo a alguien, que *yo* no esté muerto sino *él*, que yo quedo dueño del terreno como entonces, en la escena infantil fantaseada. Esta satisfacción, proveniente de lo infantil, por haber quedado yo dueño del terreno cubre la parte principal del afecto recogido en el sueño. Me regocijo por sobrevivir yo, y lo exteriorizo con el egoísmo ingenuo de la anécdota de aquellos cónyuges: «Si uno de nosotros muere, yo me mudo a París». Tan obvio como eso es, para mi expectativa, que no habré de ser yo.[29]

27 [*2 Enrique IV*, acto IV, escena 5.]

28 Llamará la atención que el nombre Josef {José} desempeñe un papel tan grande en mis sueños (véase el sueño sobre mi tío [*supra*, **4**, págs. 156 y sigs.]). Mi yo puede esconderse con particular facilidad tras las personas que lo llevan, pues José se llamaba también el *intérprete de sueños* famoso por la Biblia.

29 [Esta anécdota es citada nuevamente por Freud en su escrito «De guerra y muerte» (1915*b*), *AE*, **14**, pág. 300.]

No puede disimularse que es preciso vencer en sí mismo serios reparos para interpretar y comunicar los sueños propios. Es que así uno se descubre como el único malvado entre todos los nobles seres con quienes comparte la vida. Hallo, entonces, del todo comprensible que los *resucitados* sólo subsistan el tiempo que uno quiera y puedan ser eliminados por el deseo. Es también por eso que mi amigo Josef fue castigado. Ahora bien, los resucitados son las sucesivas encarnaciones de mi amigo de la infancia; así pues, también estoy satisfecho por haber podido encontrar siempre sustitutos para esa persona, y aun para ese que ahora estoy en trance de perder hallaré enseguida el sustituto. Nadie es irremplazable.

¿Dónde queda aquí la censura del sueño? ¿Por qué no levanta la contradicción más enérgica contra esta ilación de pensamientos del egoísmo más craso, y muda la satisfacción adherida a ella en el displacer más intenso? Opino que se debe a que otros itinerarios de pensamiento, exentos de veto y sobre las mismas personas, culminan en una satisfacción y cubren con su afecto el de la fuente infantil prohibida. En otro estrato de pensamientos me he dicho, a raíz de la ceremonia en que se descubrió aquel monumento: «He perdido tantos amigos queridos, unos por la muerte, otros por la ruptura de los lazos de amistad; y es suerte que los haya remplazado, que haya ganado otro que para mí significa más de lo que pudieron significar aquellos, y que ahora, a la edad en que no es fácil ya trabar nuevas amistades, conserve la suya para siempre». Me es permitido retomar intacta en el sueño la satisfacción por haber encontrado este sustituto para los amigos que perdí, pero tras ella se cuela la satisfacción inamistosa que procede de la fuente infantil. La ternura infantil con seguridad contribuye a reforzar la ternura hoy justificada; pero también el odio infantil se facilitó su camino en la figuración.

Pero el sueño contiene, además, otra referencia nítida a una ilación de pensamientos que lícitamente provoca satisfacción. Mi amigo [Fliess] acaba de tener, después de mucho esperarla, una hijita. Yo sé cuánto lamentó a su hermana, la que él perdió temprano, y le escribo que sobre esa niña habrá de trasferir el amor que él sentía por su hermana; esta niñita le hará olvidar por fin esa pérdida irreparable.

Así, también esta serie se anuda a los pensamientos intermediarios del contenido onírico latente, desde donde los caminos se bifurcan en direcciones opuestas: «Nadie es irremplazable. Vean, son sólo *resucitados*; todo lo que uno ha

perdido, regresa». Y ahora los lazos asociativos entre los contradictorios componentes de los pensamientos oníricos se atraen mejor por una circunstancia accidental: la hijita de mi amigo lleva el mismo nombre que mi compañerita de juegos, la hermana, de mi misma edad, de mi más antiguo amigo y oponente. Con *satisfacción* he oído [que le pusieron] el nombre de «Pauline», y para aludir a esta coincidencia he sustituido en el sueño a un Josef por otro Josef, y me resultó imposible sofocar la similitud del sonido inicial en los nombres de Fleischl y de Fl. Y desde ahí, después, un hilo de pensamientos corre hasta los nombres que he puesto a mis propios hijos. Tuve en mucho que sus nombres no se escogiesen siguiendo la moda del día, sino por el recuerdo de personas queridas. Sus nombres hacen de los niños unos «*resucitados*». Y en definitiva, ¿no es el tener hijos, para todos nosotros, el único acceso a la *inmortalidad*?

Acerca de los afectos del sueño sólo agregaré unas pocas observaciones desde otro punto de vista. Una inclinación afectiva —lo que llamamos *talante*— puede estar contenida en el alma del que duerme como elemento dominante y comandar después el sueño. Ese talante puede proceder de las vivencias e ilaciones de pensamiento del día, o tener fuentes somáticas;[30] en ambos casos irá acompañado por las ilaciones de pensamiento que le corresponden. Pero que este contenido de representación de los pensamientos oníricos en un caso condicione primariamente a la inclinación afectiva, y en cambio en el otro sea evocado secundariamente por una disposición de sentimientos que ha de explicarse en términos somáticos, es indiferente para la formación del sueño. En cualquier caso esta se encuentra bajo la restricción de que sólo puede figurar lo que es un cumplimiento de deseo, y sólo del deseo puede tomar prestada su fuerza psíquica impulsora. El talante que se tiene actualmente recibirá el mismo tratamiento que la sensación que emerge actualmente mientras se duerme (cf. [4] pág. 247), la cual es desdeñada o bien es reinterpretada en el sentido de un cumplimiento de deseo. Talantes apenados mientras se duerme se convertirán en fuerzas impulsoras del sueño si despiertan deseos enérgicos que este último está llamado a cumplir. El material a que adhieren será retrabajado hasta que pueda usárselo para expresar el cumplimiento de deseo. Cuanto más intenso y dominante sea el elemento del talante apenado en

[30] [Cf. *supra*, **4**, págs. 248-9.]

el interior de los pensamientos oníricos, con tanto mayor seguridad las mociones de deseo más sofocadas aprovecharán esa oportunidad para llegar a figurarse, puesto que por la existencia actual del displacer, que de lo contrario ellas producirían por sí mismas, tienen ya finiquitada la parte más gravosa del trabajo que les implicaría irrumpir hasta su figuración. Y con estas elucidaciones rozamos de nuevo el problema de los sueños de angustia, que mostrarán ser el caso límite en cuanto a la operación onírica. [Cf. págs. 571 y sigs.]

I. La elaboración secundaria

Pasamos ahora, por fin, a poner de relieve el cuarto de los factores que participan en la formación del sueño.

Cuando la indagación del contenido del sueño se prosigue de la manera que tenemos indicada, examinando de qué modo provienen de los pensamientos oníricos sus llamativos sucesos, se tropieza también con elementos para cuyo esclarecimiento se requiere un supuesto enteramente nuevo. Me vienen aquí a la memoria los casos en que en el sueño nos asombramos, nos enfadamos o nos mostramos renuentes, y por cierto respecto de un fragmento del contenido del sueño mismo. Las más de esas mociones de crítica dentro del sueño no se dirigen a su contenido, sino que se revelan como partes del material onírico, retomadas y usadas convenientemente, según lo expuse con los ejemplos adecuados [en la última sección]. Pero de ellas, hay una parte que no admite una derivación así; no es posible descubrir su correlato en el material onírico. Por ejemplo, ¿qué significa la crítica, no rara en el sueño, «Esto no es más que un sueño»? [1] Es una verdadera crítica al sueño, tal como yo podría ejercerla en la vigilia. No pocas veces es la anunciadora del despertar; pero no sólo eso: con mayor frecuencia todavía, es precedida por un sentimiento penoso que se calma luego de esa comprobación, a saber, que se estaba soñando. El pensamiento «Esto no es más que un sueño», concebido mientras se sueña, se propone empero lo mismo que pretende decir, en la escena de Offenbach, la bella Helena; [2] quiere restar importancia a lo que acaba de vivenciarse, y posibilitar que se tolere lo que viene. Sirve para adormecer cierta instancia que en ese momento tendría todos los motivos para despertarse y para prohibir la continuación del sueño —o de la escena—. Pero es más cómodo volver a dormirse y tolerar el sueño «porque es sólo un sueño». Conjeturo que la crítica despreciativa «Esto es sólo un sueño» emerge entonces en el sueño mismo cuando la censura, que nunca se duerme del todo, se ve sorprendida por el sueño que ya dejó pasar. Es demasiado tarde para sofocarlo, y por eso ella sale al paso, con aquella observación, a la angustia o el pesar que dimana del sueño. Es una exteriorización de *esprit d'escalier** por parte de la censura psíquica.

[1] [Cf. *supra*, **4**, pág. 342.]

[2] [En el dúo de amor entre Paris y Helena (*La Belle Hélène*, acto II), al final del cual son sorprendidos por Menelao.]

* {Expresión con que se designa en francés el actuar con retraso, cuando ya ha pasado la oportunidad.}

Pues bien, en este ejemplo tenemos una prueba inobjetable de que no todo lo contenido en el sueño proviene de los pensamientos oníricos, sino que una función psíquica indiferenciable de nuestro pensamiento de vigilia puede brindar aportes al contenido onírico. Ahora cabe preguntarse si esto ocurre sólo por excepción, o si a esa instancia psíquica —que en lo demás actúa sólo como censura— le corresponde una participación regular en la formación del sueño. Sin vacilar tenemos que decidirnos por lo segundo. Es indudable que la instancia censuradora, cuya influencia sólo hemos reconocido hasta aquí en restricciones y omisiones en el interior del contenido onírico, es responsable también de intercalaciones y acrecentamientos de este. Tales intercalaciones son a menudo fácilmente reconocibles; esas partes se relatan con titubeos, se las introduce con un «como si», carecen en sí y por sí de una vivacidad particularmente alta, y siempre se acomodan en lugares donde pueden servir al enlace de dos fragmentos del contenido onírico, a la facilitación de un nexo entre dos partes del sueño. Su capacidad de permanencia en la memoria es menor que la de los genuinos retoños del material onírico; cuando el sueño sucumbe al olvido, son ellas las que caen primero, y yo tengo la fuerte presunción de que nuestra frecuente queja —que hemos soñado tanto pero olvidamos la mayor parte y no conservamos sino jirones—[3] se debe justamente a la rápida disipación de estos pensamientos-argamasa. Ante un análisis más exhaustivo, estas intercalaciones se delatan muchas veces porque no hay en el material de los pensamientos oníricos nada que les corresponda. No obstante, después de un cuidadoso examen, debo caracterizar a este caso como el más raro; las más de las veces los pensamientos aglutinantes se dejan reconducir de todos modos a un material de los pensamientos oníricos, que, empero, ni por su valencia propia ni por sobredeterminación podría pretender que se lo acogiese en el sueño. Esta función psíquica que ahora consideramos, operante en la formación del sueño, sólo en los casos más extremos parece elevarse hasta producir creaciones nuevas; mientras le es posible, usa lo que puede convenirle dentro del material onírico.

Lo que singulariza y delata a este fragmento del trabajo del sueño[4] es su tendencia. Esta función procede de manera parecida a los filósofos, según la maligna afirmación

[3] [Cf. *supra*, **4**, pág. 287.]

[4] [En otro lugar, Freud señala que, en términos estrictos, la «elaboración secundaria» *no* forma parte del trabajo del sueño. Cf. su artículo titulado «Psicoanálisis» en el *Handwörterbuch* de Marcuse

del poeta: con retazos y harapos tapa las lagunas en el edificio del sueño.[5] Resultado de su empeño es que el sueño pierde su aspecto de absurdo y de incoherencia y se aproxima al modelo de una vivencia inteligible. Pero ese empeño no siempre se ve coronado por el éxito. Así surgen sueños que a la consideración superficial pueden parecer inobjetablemente lógicos y correctos; parten de una situación posible, la prosiguen a lo largo de trasformaciones exentas de contradicción y la llevan, si bien es lo más raro, a una conclusión no paradójica. Ellos han experimentado la más profunda elaboración por parte de esa función psíquica similar al pensamiento de vigilia; parecen tener un sentido, pero en verdad ese sentido está alejadísimo del real significado del sueño. Si los analizamos, nos convencemos de que aquí la elaboración secundaria del sueño ha espigado de la manera más libre en el material, conservando las menos de sus relaciones. Son sueños que, por así decir, ya fueron interpretados antes que los sometiésemos a interpretación en la vigilia.[6] En otros sueños, esta elaboración tendenciosa avanzó apenas; hasta ahí parece dominar la coherencia, y en lo que sigue el sueño se vuelve disparatado o confuso, quizá para empinarse luego por segunda vez en su decurso hasta la apariencia de lo inteligible. En otros sueños la elaboración fracasa por completo; quedamos como inermes frente a un montón de jirones de contenido sin sentido alguno.

A este cuarto poder plasmador del sueño, que enseguida discerniremos como ya conocido —es en realidad el único de los cuatro formadores del sueño que nos es familiar—; a este cuarto factor, digo, no le negaría yo de manera terminante la capacidad de contribuir al sueño con creaciones nuevas. No obstante, es indudable que su influencia, como la de los otros tres, se exterioriza predominantemente en la selección que aplica a un material psíquico ya formado, incluido en los pensamientos oníricos, así como en el privilegiar ciertas partes de él. Ahora bien, hay un caso en que el trabajo de construirle al sueño una fachada, digamos, le es ahorrado en buena medida por el hecho de que dentro del material de los pensamientos oníricos se encuentra, ya listo, un producto así, que no espera sino que se lo use. A ese

(Freud, 1923*a*), *AE*, **18**, pág. 237. Lo mismo afirma en «Un sueño como pieza probatoria» (Freud, 1913*a*), *AE*, **12**, pág. 288.]

5 [Alusión a unos versos de «Die Heimkehr», de Heine (LVIII). El pasaje completo es citado por Freud a poco de iniciada la última de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), *AE*, **22**, pág. 148.]

6 [Véanse, por ejemplo, los sueños de págs. 490-1 y 574.]

elemento de los pensamientos oníricos a que aludo suelo designarlo como «*fantasía*»; quizá despeje posibles malentendidos si enseguida lo llamo *sueño diurno* {*Tagtraum*}, por ser lo análogo al sueño que encontramos en la vida de vigilia.[7] El papel que cumple este elemento dentro de nuestra vida anímica no ha sido aún reconocido ni develado exhaustivamente por los psiquiatras; M. Benedikt ha iniciado en su apreciación un abordaje que creo promisorio.[8] La importancia del sueño diurno no ha escapado a la penetrante y certera mirada del literato; es de todos conocida la descripción que hace Daudet, en *Le Nabab*, de los sueños diurnos de uno de los personajes secundarios de ese cuento. [Cf. *infra*, pág. 528.] El estudio de las psiconeurosis nos depara un sorprendente hallazgo: estas fantasías o sueños diurnos son las etapas previas más inmediatas de los síntomas histéricos —al menos de toda una serie de ellos—; no de los recuerdos mismos, sino de las fantasías construidas sobre la base de ellos, dependen sobre todo los síntomas histéricos.[9] La frecuente emergencia de fantasías diurnas concientes nos pone en conocimiento de estas formaciones; pero así como las hay concientes, son abundantísimas las fantasías inconcientes que tienen que permanecer tales a causa de su contenido y por provenir de material reprimido. Una mayor profundización en los caracteres de estas fantasías diurnas nos enseña que con todo derecho conviene a estas formaciones el mismo nombre que llevan nuestras producciones mentales nocturnas: el nombre de *sueños*. Tienen en común con los sueños nocturnos una parte esencial de sus propiedades; su estudio habría podido abrirnos, en verdad, el más directo y mejor acceso para la inteligencia de estos.

Como los sueños, ellas son cumplimientos de deseo; como los sueños, se basan en buena parte en las impresiones de vivencias infantiles; y como ellos, gozan de cierto relajamiento de la censura respecto de sus creaciones. Si pesquisamos

[7] «*Rêve*», «*petit roman*»—«*day-dream*», «[*continuous*] *story*». [El término «*Tagtraum*» no era familiar para los lectores alemanes, y requería elucidación.]

[8] [Freud mismo dedicó después dos artículos al tema de los sueños diurnos: «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad» (1908*a*) y «El creador literario y el fantaseo» (1908*e*). En 1921, J. Varendonck publicó *The Psychology of Day-Dreams* {La psicología de los sueños diurnos}, libro para el cual Freud escribió una introducción (1921*b*), *AE*, **18**, págs. 268-9.]

[9] [Freud expresa esto más tajantemente en un manuscrito anexo a su carta a Fliess del 2 de mayo de 1897 (Freud, 1950*a*, Manuscrito L), *AE*, **1**, pág. 289: «Las fantasías son unos parapetos psíquicos edificados para bloquear el acceso a esos recuerdos [de la escena primordial]».]

su construcción, advertimos cómo el motivo de deseo que se afirma en su producción ha descompaginado, reordenado y compuesto en una totalidad nueva el material de que están construidas. Mantienen con las reminiscencias infantiles, a las que se remontan, la misma relación que muchos palacios barrocos de Roma con las ruinas antiguas, cuyos sillares y columnas han proporcionado el material para un edificio de formas modernas.

En la «elaboración secundaria», que hemos computado como el cuarto de los factores formativos en relación con el contenido del sueño, reencontramos la misma actividad que en la creación de los sueños diurnos puede exteriorizarse sin la inhibición de otras influencias. Podríamos decir sin vacilaciones que este cuarto factor busca configurar, con el material que se le ofrece, *algo semejante a un sueño diurno.* Ahora bien, en los casos en que un tal sueño diurno ya se encuentra formado dentro de la trama de los pensamientos oníricos, este factor del trabajo del sueño se apropiará de él con preferencia y hará que llegue al contenido. Hay sueños así, que no consisten sino en la repetición de una fantasía diurna, de una fantasía que quizá permaneció inconciente.[10] Por ejemplo, el del niño que viaja en el carro de combate con los héroes de la guerra de Troya.[11] En mi sueño «*Autodidasker*»,[12] al menos el segundo fragmento es la repetición fiel de una fantasía diurna, en sí inofensiva, sobre mi trato con el profesor N. A la complejidad de las condiciones que el sueño debe satisfacer en su génesis se debe el que con harta frecuencia la fantasía preexistente constituya sólo un fragmento del sueño, o sólo un fragmento de ella irrumpa en el contenido onírico. En total, la fantasía será tratada después como cualquier otro de los componentes del material latente; pero a menudo es todavía reconocible como un todo en el sueño. En mis sueños suelen presentarse partes que se destacan de las otras por la diferente impresión que hacen. Me parecen como fluidas, mejor compaginadas y al mismo tiempo más fugitivas que otros fragmentos del mismo sueño; yo sé que esas son fantasías inconcientes que han llegado al sueño dentro de su trama, pero nunca he logrado fijar una de ellas. Por lo demás, estas fantasías, como todos los otros componentes de los pensamientos oníricos, son comprimidas, condensadas, superpuestas unas con otras, etc.;

[10] [Véase la larga nota al pie de la sección sobre «La barrera contra el incesto», en *Tres ensayos de teoría sexual* (Freud, 1905*d*), *AE*, **7**, pág. 206. Esa nota fue agregada en la cuarta edición del libro (1920).]

[11] [Cf. *supra*, **4**, pág. 149.]

[12] [Cf. *supra*, **4**, págs. 305 y sigs.]

pero existen gradaciones desde el caso en que se les permite constituir, casi intactas, el contenido del sueño, o al menos su fachada, hasta el caso opuesto en que sólo uno de sus elementos o una alusión remota a uno de ellos están subrogados en el contenido. Evidentemente, también para el destino de las fantasías incluidas en los pensamientos oníricos lo decisivo son las ventajas que puedan ofrecer respecto de las exigencias de la censura y de la compulsión a la condensación.

En mi selección de ejemplos para la interpretación de sueños esquivé en lo posible aquellos en que fantasías inconcientes desempeñaban un papel destacado, pues la introducción de este elemento psíquico habría exigido extensas elucidaciones sobre la psicología del pensamiento inconciente. Pero en el presente contexto no puedo omitir del todo a la «fantasía», pues ella con frecuencia llega íntegra al sueño, y con mayor frecuencia todavía este la deja traslucir con nitidez. Por eso quiero citar un sueño que parece compuesto por dos fantasías diferentes, contrapuestas, y que en determinados lugares se cubren una a la otra; de ellas, una es la superficial, y la otra se convierte, por así decir, en la interpretación de la primera.[13]

El sueño (es el único del que no poseo anotaciones cuidadosas) reza más o menos así: El soñante —un joven soltero— está sentado en su cervecería, mejor dicho, en aquella donde hace tertulia; entonces aparecen muchas personas que vienen a buscarlo, y entre ellas una que quiere arrestarlo. Dice él a sus camaradas de mesa: «Después pago, enseguida vuelvo». Pero ellos se le mofan: «A esa canción la conocemos, todos dicen lo mismo». Y cuando ya sale, uno de los parroquianos lo despide todavía: «¡Ahí se vuela otro!». Después lo conducen a un local estrecho donde encuentra a una mujer con un niño en los brazos. Uno de sus acompañantes dice: «Es el señor Müller». Un comisario,

[13] [*Nota agregada* en 1909:] En mi «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905*e* [parte II]) analicé un buen ejemplo de sueño de esa clase, nacido por superposición de varias fantasías. Por lo demás, he subestimado la importancia de esas fantasías para la formación del sueño mientras elaboraba predominantemente mis propios sueños, que suelen basarse en discusiones y conflictos de ideas, y rara vez en sueños diurnos. En otras personas es a menudo mucho más fácil demostrar la *total analogía del sueño nocturno con el sueño diurno*. Es frecuente que en los histéricos se pueda sustituir un ataque por un sueño; entonces es fácil convencerse de que la fantasía del sueño diurno es la etapa previa inmediata para esas dos formaciones psíquicas.

o algún otro funcionario, revisa un fajo de fichas o de papeles y al hacerlo repite: «Müller, Müller, Müller». Por fin le hace una pregunta, que él responde con un «Sí». Después se vuelve para mirar a la mujer y observa que a ella le ha salido una gran barba.

Aquí es fácil separar los dos componentes. El superficial es una *fantasía de arresto*, y nos parece creación nueva del trabajo onírico. Tras él, empero, es visible un material que ha sufrido una ligera remodelación por el trabajo onírico, la *fantasía del casamiento*, y los rasgos que pueden ser comunes a ambas se destacan con particular nitidez como en una de esas fotografías mixtas de Galton. La promesa del mozo hasta entonces soltero de que volvería a ocupar su lugar en la tertulia; la incredulidad de sus camaradas, chasqueados ya por muchas experiencias; la despedida: «¡Ahí se vuela (se casa) otro!», son rasgos que con facilidad se entienden en el sentido de la otra interpretación. Lo mismo la palabra «Sí» dada al funcionario. El revisar en una pila de papeles repitiendo el mismo nombre corresponde a un detalle menor, pero bien conocido, de la celebración de los esponsales: la lectura en alta voz de los telegramas de felicitación apilados en montón, y en todos los cuales se dicen los mismos nombres. Con la aparición de la novia en persona en el sueño, la fantasía de casamiento prevaleció sobre la fantasía de arresto que la encubría. Y al hecho de que esta novia, al final, deje ver una barba pude explicarlo por una información —no se llegó a hacer un análisis—: El día anterior el soñante iba caminando por la calle con un amigo, tan reacio al matrimonio como él; en eso llamó su atención sobre una beldad morena que venía hacia ellos, pero el amigo observó: «¡Bah! ¡Si no fuera porque a estas mujeres les salen con los años unas barbas como las de su padre!».

Desde luego, tampoco en este sueño faltan elementos en que la desfiguración onírica ha ejecutado un trabajo más profundo. Así, el dicho «Después pago» puede apuntar a un comportamiento que el soñante teme que adopte su suegro con relación a la dote. Es manifiesto que toda suerte de reparos le impiden entregarse con todo gusto a la fantasía de casamiento. Uno de ellos, que con el casamiento se pierde la libertad, se encarnó en la trasmudación en una escena de arresto.

Si ahora atendemos de nuevo al hecho de que el trabajo del sueño se sirve de buen grado de una fantasía que en-

cuentra ya lista, en lugar de componerla a partir del material de los pensamientos oníricos, quizá podamos resolver con esta intelección uno de los enigmas más interesantes del sueño. En [4] pág. 52 relaté el sueño de Maury, quien, alcanzado en la nuca por una varilla, despertó con un largo sueño, una novela completa del tiempo de la Gran Revolución. Puesto que ese sueño nos es presentado como coherente y explicado todo él por el estímulo despertador que sobrevino sin que el durmiente pudiera saberlo, no parece quedarnos sino una hipótesis: que todo este complejo sueño se compuso y tuvo que producirse en el breve lapso que media entre la caída de la varilla sobre las vértebras cervicales de Maury y su despertar, forzado por ese golpe. No nos atreveríamos a atribuir semejante rapidez al trabajo del pensamiento en la vigilia, y así llegaríamos a conceder al trabajo del sueño el privilegio de una notable aceleración en su discurrir.

En contra de esta conclusión, que muy pronto se hizo popular, nuevos autores (Le Lorrain, 1894 y 1895; Egger, 1895, entre otros) han levantado la más viva objeción. En parte ponen en entredicho la exactitud del informe que Maury da del sueño, y en parte intentan mostrar que la rapidez de nuestro pensamiento de vigilia no le va en zaga a la que puede concederse sin exageración a la operación onírica. La discusión envuelve cuestiones de principio cuya solución no me parece próxima. Pero debo confesar que, por ejemplo, la argumentación de Egger justamente sobre este sueño de Maury, el de la guillotina, no me sonó para nada convincente. Yo propondría la siguiente explicación: ¿Acaso sería tan improbable que el sueño de Maury figurase una fantasía que él conservaba en su memoria ya lista desde hacía años, y que fue evocada —me gustaría decir *aludida*— en el momento en que tomó conocimiento del estímulo despertador? De ser así se disiparía en primer lugar toda la dificultad que supone el que una historia tan larga haya podido componerse, con todos sus detalles, en el brevísimo lapso de que el soñante disponía; ya estaba compuesta. Si esa madera del dosel le hubiera caído a Maury en la nuca estando despierto, quizás habría dado lugar a este pensamiento: «Es justamente como si me guillotinaran». Pero como fue alcanzado por la varilla mientras dormía, el trabajo del sueño aprovechó rápidamente el estímulo que se le ofrecía para producir un cumplimiento de deseo, *como si* pensara (esto ha de tomarse por entero en el sentido figurado): «Ahora se me presenta una buena oportunidad para hacer verdadera la fantasía de deseo que yo me formé

en tal o cual época a raíz de mis lecturas». Me parece indiscutible que la novela soñada se asemeja precisamente a las que suelen formar los jóvenes a raíz de impresiones que les provocan fuerte excitación. ¿Quién no se sentiría cautivado —y tanto más un francés, e historiador de la cultura— por esas descripciones de la época del Terror en que la nobleza, sus hombres y sus mujeres, la flor de la Nación, mostraban cómo se podía morir con ánimo sereno, y aun frente a la cita fatal conservaban la frescura de su espíritu y la finura de sus maneras? ¡Cuán tentador verse en la fantasía en medio de ellos, como uno de esos jóvenes que se despedían de las damas con un besamanos en el momento de subir impertérritos al cadalso! O, si el motivo principal del fantasear fue la ambición, encarnarse en una de aquellas potentes individualidades que por la sola fuerza de sus ideas y de su oratoria llameante dominaban la ciudad en la cual en ese tiempo palpitaba convulsivamente el corazón de la humanidad toda, ellos, los que por convicción enviaban a la muerte a millares de hombres y emprendían la remodelación de Europa, aunque su cabeza no estaba segura y un día caían bajo el filo de la guillotina. ¿No es tentador ponerse en los papeles de los girondinos o del héroe Danton? Que la fantasía de Maury fue de esa índole, una fantasía de ambición, parece indicarlo el rasgo «en presencia de una enorme multitud», conservado en el recuerdo.

Ahora bien, a esta fantasía íntegra, lista desde hacía tiempo, no necesitó Maury repasarla mientras dormía; bastó con que, por así decir, ella fuese «tocada». Entiendo lo siguiente: Cuando se atacan un par de compases y alguien, como en el *Don Juan*, dice: «Son de las *Bodas de Fígaro*, de Mozart», en mí bulle al unísono un tropel de recuerdos, ninguno de los cuales puede un instante después elevarse a la conciencia. Esa clave actúa como la avanzada desde la cual una totalidad se pone en movimiento a un mismo tiempo. No hace falta que ocurra de otro modo en el pensamiento inconciente. Por el estímulo despertador es excitada esa avanzada psíquica que abre el acceso a la fantasía íntegra de la guillotina. Pero esta no se repasa todavía durmiendo, sino sólo en el recuerdo del que despertó. Despierto, se recuerda ahora en sus detalles la fantasía que se agitó en el sueño como una totalidad. Y no hay medio alguno para asegurarse de que se recuerda realmente algo soñado. Esta explicación, a saber, que se trata de fantasías ya listas que son excitadas como un todo por el estímulo despertador, es aplicable también a otros sueños, sobrevenidos frente a un estímulo así.

Por ejemplo, el sueño del cañoneo, que Napoleón tuvo ante la explosión de la máquina infernal.[14]

Entre los sueños [15] reunidos por Justine Tobowolska en su tesis sobre las ilusiones de tiempo en el sueño, el más probatorio me parece el que un autor teatral, Casimir Bonjour, relató a Macario (1857, pág. 46).[16] Este hombre quiso asistir una tarde al estreno de una de sus piezas teatrales, pero estaba tan fatigado que se adormeció en su asiento tras bambalinas justo en el momento en que se levantaba el telón. Y dormido repasó los cinco actos íntegros de su pieza, y observó todos los diversos signos de emoción que exteriorizaron los espectadores ante cada una de las escenas. Terminada la representación, se sintió dichoso oyendo aclamar su nombre entre fortísimas salvas de aplausos. De pronto despertó. No quería dar crédito a sus ojos ni a sus oídos: la representación no había pasado de los primeros versos de la primera escena; habría estado dormido a lo sumo dos minutos. No es demasiada osadía sostener, respecto de este sueño, que el repaso de los cinco actos de la pieza teatral y la observación de la conducta del público frente a cada uno de sus pasajes no necesita provenir de una producción nueva que el soñante hizo dormido, sino que puede repetir un trabajo de la fantasía ya consumado en el sentido que indicamos. Como carácter común a los sueños que exhiben un discurrir acelerado de las representaciones, Tobowolska y otros autores destacan que parecen particularmente coherentes, disímiles de otros sueños, y que el recuerdo que se tiene de ellos es más sumario que detallado. Pero serían estas, justamente, las características que convendrían a esas fantasías ya listas, tocadas por el trabajo del sueño —conclusión que, sin embargo, los autores no extraen—. No quiero afirmar que todos los sueños de despertar admitan esta explicación ni que el problema del decurso acelerado de las representaciones en el sueño quede así resuelto por completo.

Es inevitable que nos ocupemos aquí del vínculo entre esta elaboración secundaria del contenido onírico y los [restantes] factores del trabajo del sueño. ¿Ocurren las cosas de suerte que los factores que plasman al sueño —el afán de condensación, la compulsión a escapar de la censura y el miramiento por la figurabilidad dentro de los recursos psí-

14 [Cf. *supra*, **4**, págs. 52 y 245-6.]

15 [Este párrafo se agregó en 1914, con excepción de la última oración, que ya figuraba en la primera edición.]

16 Cf. Tobowolska [1900], pág. 53.

quicos del sueño— forman primero, a partir del material, un contenido onírico provisional, y este es remodelado con posterioridad hasta satisfacer en todo lo posible los requisitos de una segunda instancia? Es harto improbable. Más bien hemos de suponer que los requerimientos de esa [segunda] instancia establecen desde el comienzo mismo una de las condiciones que el sueño está obligado a satisfacer, y que esta condición, junto con las otras, que son la condensación, la censura de la resistencia y la figurabilidad, influye al mismo tiempo sobre el material en bruto de los pensamientos oníricos por vía de inducción y de selección. Ahora bien, entre esas cuatro condiciones de la formación del sueño, la que hemos averiguado en último término aparece como la de requerimientos menos compulsivos para el sueño. Esta función psíquica que emprende la llamada elaboración secundaria del contenido onírico parece idéntica al pensamiento de vigilia. Es lo que resulta, con mucha probabilidad, de la siguiente consideración: Nuestro pensamiento despierto (preconciente)[17] se comporta hacia un material perceptivo cualquiera de idéntico modo que lo hace esta función hacia el contenido onírico. Le compete, desde luego, poner orden en ese material, establecer relaciones y adecuarlo a la expectativa de una trama inteligible.[18] Más bien nos excedemos en ello; los trucos del prestidigitador nos engañan porque se apoyan en este hábito intelectual nuestro. En el afán de componer de manera inteligible las impresiones sensoriales que se nos ofrecen, a menudo incurrimos en los más extraños errores o aun falseamos la verdad del material que nos es presentado. Las pruebas que vienen al caso son demasiado conocidas por todos como para que se requiera exponerlas por extenso. En la lectura saltamos los errores de imprenta que alteran el sentido creándonos la ilusión de que el texto es el correcto. Dicen que el jefe de redacción de un diario francés muy leído hizo esta apuesta: en todas las frases de un largo artículo haría intercalar al tipógrafo un «delante» o un «detrás» sin que ninguno de los lectores lo notase. Y ganó la apuesta. Un ejemplo cómico de falsa conexión se me ofreció hace algunos años leyendo una gaceta. Después de aquella sesión del Parlamento francés en que Dupuy disipó con las animosas palabras «*La séance*

[17] [Aparentemente, la primera vez que Freud utilizó este término en una obra publicada fue en el presente libro (cf. *supra*, **4**, pág. 342). Lo explica *infra*, pág. 534. Había empleado «preconciencia» en una carta a Fliess del 6 de diciembre de 1896 (Freud, 1950*a*, Carta 52), *AE*, **1**, pág. 275.]

[18] [Cf. *supra*, **4**, págs. 54-5 y 70-1.]

continue» el pánico que había sembrado en la sala la bomba arrojada por un anarquista, los que asistían a la barra fueron citados como testigos para que depusiesen sus impresiones sobre el atentado. Entre ellos había dos personas de provincia; una contó que al terminar un discurso él había percibido bien una detonación, pero creyó que en el Parlamento era costumbre, cada vez que un orador dejaba el uso de la palabra, disparar un tiro. El otro sujeto, que probablemente ya había oído varios discursos, coincidió en el mismo juicio, pero con esta variante: el tiro era una señal de aprobación, y sólo se disparaba después de discursos particularmente logrados.

No es, por tanto, otra instancia psíquica, sino nuestro pensamiento normal el que aborda el contenido onírico con la exigencia de que sea inteligible, lo somete a una primera interpretación y por esa vía origina el total malentendido del mismo. [Cf. págs. 486-7.] Queda para nuestra interpretación el siguiente precepto: a esa coherencia aparente del sueño hemos de desdeñarla, en todos los casos, como de origen sospechoso y emprender, así respecto de lo claro como de lo confuso, idéntico camino de retroceso hasta el material onírico.

Y con esto averiguamos aquello de lo cual depende esencialmente la escala de cualidades de los sueños, ya referida en [4] pág. 335, y que va desde la confusión hasta la claridad. Claras nos aparecen aquellas partes del sueño en que la elaboración secundaria consiguió algo, y confusas aquellas otras donde fracasó el poder de esta operación. Y puesto que las partes confusas del sueño son asimismo, con harta frecuencia, las menos vívidamente perfiladas, tenemos derecho a inferir que el trabajo secundario del sueño aporta algo también a la intensidad plástica de los diversos productos de este.

Obligado a buscar en alguna parte un término de comparación para la plasmación definitiva del sueño, tal como resulta después que cooperó en ella el pensamiento normal, no se me ofrece otro que aquellas inscripciones enigmáticas con que la *Fliegende Blätter* ha entretenido por tanto tiempo a sus lectores. Sobre cierta frase, tomada de un dialecto para mayor contraste, y del significado más chusco posible, se propone despertar la expectativa de que contiene una inscripción latina. Para ese fin los elementos de las palabras, las letras, son separados de su articulación en sílabas y ordenados de nuevo. Aquí y allí aparece una genuina palabra latina, en otros lugares creemos estar frente a abreviaturas de ellas, y en otros todavía, llevados por la ilusión de unas

partes que habrían sido obliteradas o unas lagunas en la inscripción, nos dejamos engañar por la falta de sentido de las letras así aisladas. Si no queremos caer en el lazo, tenemos que hacer a un lado todos los requisitos de una inscripción, considerar las letras mismas y, despreocupándonos del ordenamiento ofrecido, componerlas en palabras de nuestra lengua materna.[19]

La elaboración secundaria[20] es el factor del trabajo del sueño en que repararon la mayoría de los autores, justipreciando su importancia. Con amena plasticidad describe Havelock Ellis su modo de operar (1911*a*, «Introducción», págs. 10-1): «Podemos imaginar de hecho que la conciencia dormida se dice entre sí: "Aquí viene nuestro amo, la conciencia de vigilia, que atribuye un valor enorme a la razón, la lógica, etc. ¡Rápido! Acomoda las cosas, ponlas en orden —cualquier orden servirá— . . . antes que ella entre para tomar posesión"». La identidad de este modo de trabajo con el del pensamiento de vigilia es afirmada en términos particularmente claros por Delacroix (1904, pág. 926): «*Cette fonction d'interprétation n'est pas particulière au rêve; c'est le même travail de coordination logique que nous faisons sur nos sensations pendant la veille*».*

J. Sully [1893, págs. 355-6] sostiene la misma concepción. También Tobowolska (1900, pág. 93): «*Sur ces successions incohérentes d'hallucinations, l'esprit s'efforce de faire le même travail de coordination logique qu'il fait pendant la veille sur les sensations. Il relie entre elles par un lien imaginaire toutes ces images décousues et bouche les écarts trop grands qui se trauvaient entre elles*».**

19 [Cf. *supra*, **4**, págs. 254 y 272, donde se ofrecen ejemplos del proceso de elaboración secundaria en un cuento de hadas tradicional y en *Edipo rey*, de Sófocles. Su aplicación en el caso de las obsesiones y fobias se menciona en la primera de esas páginas, y en el caso de la paranoia, en la 24ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1916-17), *AE*, **16**, pág. 347. En su *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*), *AE*, **6**, págs. 128-9, Freud registra un ejemplo (nº 19) de elaboración secundaria en un error telegráfico. La analogía entre la elaboración secundaria de los sueños y la formación de «sistemas» de pensamiento se trata con cierta extensión en *Tótem y tabú* (Freud, 1912-13), *AE*, **13**, págs. 98 y sigs.]

20 [El resto de este capítulo fue agregado en 1914, con excepción del último párrafo, que data de la primera edición.]

* {«Esta función de interpretación no es específica del sueño; es el mismo trabajo de coordinación lógica a que sometemos nuestras sensaciones durante la vigilia».}

** {«El espíritu se esfuerza por someter estas sucesiones incoherentes de alucinaciones al mismo trabajo de coordinación lógica que

Otros autores dicen que esta actividad ordenadora e interpretadora comienza cuando todavía se sueña y es proseguida en la vigilia. Así, Paulhan (1894, pág. 546): «*Cependant j'ai souvent pensé qu'il pouvait y avoir une certaine déformation, ou plutôt reformation, du rêve dans le souvenir. (...) La tendence systématisante de l'imagination pourrait fort bien achever après le réveil ce qu'elle a ébauché pendant le sommeil. De la sorte, la rapidité réelle de la pensée serait augmentée en apparence par les perfectionnements dus à l'imagination éveillée*».* Bernard-Leroy y Tobowolska (1901, pág. 592): «*Dans le rêve, au contraire, l'interprétation et la coordination se font non seulement à l'aide des données du rêve, mais encore à l'aide de celles de la veille*...».**

Era ineludible entonces que se sobrestimase la importancia de este factor de la formación del sueño, el único reconocido, y que se le atribuyese toda la operación de crear el sueño. Esta creación se cumpliría en el momento del despertar, según supusieron Goblot (1896 [págs. 288-9]) y, de manera más decidida, Foucault (1906), quienes adscriben al pensamiento de vigilia la capacidad de formar el sueño a partir de los pensamientos que emergieron mientras se dormía. Bernard-Leroy y Tobowolska (1901) dicen acerca de esta concepción: «*On a cru pouvoir placer le rêve au moment du réveil, et ils ont attribué à la pensée de la veille la fonction de construire le rêve avec les images présentes dans la pensée du sommeil*».***

Luego de esta apreciación de la elaboración secundaria, pasaré a considerar un nuevo elemento que contribuye al trabajo del sueño, señalado por las finas observaciones de H.

lleva a cabo durante la vigilia con las sensaciones. El une entre sí, mediante un lazo imaginario, todas esas imágenes deshilvanadas, y cierra las brechas demasiado grandes que hay entre ellas».}

* {«Sin embargo, he pensado a menudo que podría haber allí una cierta deformación, o más bien reformación, del sueño en el recuerdo. (...) Bien podría ser que la tendencia sistematizante de la imaginación consumara luego de despertar lo que esbozó durante el dormir. De tal suerte, la rapidez real del pensamiento sería incrementada en apariencia por las mejoras debidas a la imaginación despierta».}

** {«En el sueño, por lo contrario, la interpretación y la coordinación se realizan no sólo con ayuda de los datos del sueño, sino también con ayuda de los de la vigilia...».}

*** {«Se ha creído posible ubicar el sueño en el momento del despertar, y [estos autores] han atribuido al pensamiento de la vigilia la función de construir el sueño con las imágenes presentes en el pensamiento del dormir».}

Silberer. Como ya mencioné en otro lugar (cf. págs. 350-1), Silberer ha sorprendido por así decir *en flagrante* la trasposición de los pensamientos en imágenes, forzándose a desarrollar una actividad mental en estados de fatiga y somnolencia. En tales circunstancias ese pensamiento así elaborado se le escapaba, y en su lugar se instalaba una visión que resultaba ser el sustituto de ese pensamiento las más de las veces abstracto. (Véanse los ejemplos de las páginas citadas.) Ahora bien, en estos experimentos sucedía que la imagen emergente, equiparable a un elemento onírico, figuraba algo diverso del pensamiento en espera de elaboración, a saber: la fatiga misma, la dificultad o el displacer frente a ese trabajo; por tanto, el estado subjetivo y el modo de funcionamiento de la persona que se afana, en lugar del objeto de su empeño. Silberer llamó a este caso, que a él le sobrevenía con mucha frecuencia, el «fenómeno *funcional*», por contraste con el «fenómeno *material*» que sería de esperar. Por ejemplo:

«Después de almorzar estoy echado, en extremo somnoliento, en mi sofá, pero me fuerzo a reflexionar sobre un problema filosófico. Procuro comparar las opiniones de Kant acerca del tiempo con las de Schopenhauer. No logro, por mi estado de somnolencia, retener una junto a la otra las dos líneas de pensamiento, lo cual es indispensable para la comparación. Después de muchos intentos vanos, me grabo otra vez con toda la fuerza de mi voluntad la deducción de Kant, a fin de aplicarla después al planteo de Schopenhauer. Acto seguido dirijo toda mi atención a este último; y ahora, cuando quiero volver a Kant, encuentro que se me ha escapado de nuevo, y en vano me empeño por recobrarlo. Este vano empeño por reencontrar ahora los legajos de Kant, traspapelados en algún lugar de mi mente, me es figurado de pronto, teniendo yo cerrados los ojos, como símbolo plástico-intuible, semejante a una imagen onírica: *Pido una información a un secretario gruñón que, inclinado sobre un escritorio, hace oídos sordos a mi insistencia. Incorporándose a medias, me mira enfadado y me la rehúsa*». (Silberer, 1909, págs. 513-4. [Las bastardillas son de Freud.])

Otros ejemplos referidos a la oscilación entre el dormir y el estar despierto:

«"Ejemplo nº 2. Condiciones: Es de mañana, a la hora de despertar. En un cierto estado de adormecimiento (estado crepuscular), reflexionando sobre un sueño anterior, y por

así decir resoñándolo o retomándolo, siento que ya se me acerca la conciencia de vigilia, pero yo quiero permanecer todavía en el estado crepuscular.

»"Escena: *Doy un paso metiendo un pie en un arroyo, pero lo retiro enseguida, y me propongo quedarme de este lado*"». (Silberer, 1912, pág. 625.)

«"Ejemplo nº 6. Condiciones similares a las del ejemplo nº 4. (Quiero permanecer acostado otro poco, sin dormirme hasta tarde.) Quiero entregarme todavía otro poco al sueño.

»"Escena: *Me despido de alguien y concierto con él (o con ella) volver a encontrarnos enseguida*"». [*Ibid.*, pág. 627.]

El «fenómeno funcional», la «figuración del mundo de los estados en vez del mundo de las cosas», fue observado por Silberer en lo esencial bajo las dos condiciones del adormecerse y del recobrar el sentido. Es fácil comprender que respecto de la interpretación de los sueños sólo interesa el segundo caso. Silberer ha mostrado con buenos ejemplos que los fragmentos finales del contenido manifiesto de muchos sueños a los que sigue inmediatamente el despertar no figuran sino el designio o el proceso del despertar mismo. Sirven a este propósito: atravesar un umbral («simbolismo del umbral»), abandonar una habitación para entrar en otra, partir, volver a casa, separarse de un acompañante, zambullirse en el agua, etc. En todo caso, no puedo dejar de observar que en mis propios sueños y en los de las personas analizadas por mí he hallado elementos referibles al simbolismo del umbral con frecuencia muchísimo menor que la esperable según las comunicaciones de Silberer.

En modo alguno es inconcebible o inverosímil que este simbolismo del umbral pueda tener valor esclarecedor respecto de muchos elementos en medio de la trama de un sueño, por ejemplo en lugares en que están en juego oscilaciones en la profundidad del dormir y la tendencia a interrumpir el sueño. Empero, todavía no se han aportado ejemplos ciertos de este hecho.[21] Con mayor frecuencia parece presentarse el caso de la sobredeterminación, a saber, que un pasaje del sueño que recibe su contenido material de la ensambladura de los pensamientos oníricos sea usado *además* para figurar algo atinente al estado de la actividad anímica.

El muy interesante fenómeno funcional de Silberer ha dado lugar a muchos abusos (aunque de esto no tiene la

[21] [Véase, sin embargo, una observación posterior de Freud en pág. 552.]

culpa su descubridor), pues la vieja tendencia a la interpretación simbólica y abstracta de los sueños halló apuntalamiento en él. La primacía otorgada a la «categoría funcional» llega en muchos tan lejos, que hablan de fenómeno funcional dondequiera que en el contenido de los pensamientos oníricos aparezcan actividades intelectuales o procesos afectivos, cuando en verdad este material no tiene ni más ni menos derecho que otros a entrar en el sueño en calidad de resto diurno.[22]

Admitimos que los fenómenos de Silberer configuran una segunda contribución a la formación del sueño de parte del pensamiento de vigilia, si bien menos constante y menos importante que la primera, introducida bajo el nombre de «elaboración secundaria». Había quedado demostrado que una parte de la atención activa durante el día permanece volcada también al sueño en el estado del dormir, lo controla, lo critica y se reserva el poder de interrumpirlo. Ello nos sugirió reconocer en esa instancia anímica que se mantiene despierta desde la vigilia al censor,[23] que ejerce una influencia restrictiva tan fuerte sobre la plasmación del sueño. Lo que agregan las observaciones de Silberer es el hecho de que en ciertas circunstancias está activa también una suerte de observación de sí que brinda su contribución al contenido del sueño. Acerca de las relaciones probables entre esta instancia de observación de sí, quizá particularmente activa en mentes filosóficas, y la percepción endopsíquica, el delirio de ser notado,* la conciencia moral y el censor del sueño convendrá ocuparse en otro sitio.[24]

Me propongo ahora resumir estas extensas elucidaciones acerca del trabajo del sueño. Nos habíamos encontrado con este problema: en la formación del sueño, ¿usa el alma todas sus capacidades en un despliegue no inhibido, o sólo una parte de ellas inhibida en su operación? Nuestras inves-

[22] [Cf. *supra*, pág. 414, *n.* 13, y **4**, pág. 228, *n.* 41.]

[23] [Freud utiliza casi siempre la palabra «*Zensur*» («censura»), pero aquí y unas líneas más adelante usa la forma personal «*Zensor*» («censor»). Otros ejemplos de este uso infrecuente se encontrarán en «Introducción del narcisismo» (Freud, 1914*c*), *AE*, **14**, pág. 94, y en la 29ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1933*a*), *AE*, **22**, pág. 15.]

* {«*Beachtungswahn*»; en otro de sus trabajos («Introducción del narcisismo» (1914*c*), *AE*, **14**, pág. 92), Freud lo da como sinónimo del «delirio de ser observado» («*Beobachtungswahn*»).}

[24] [*Nota agregada* en 1914:] «Introducción del narcisismo» (Freud, 1914*c*) [*AE*, **14**, págs. 89 y sigs.]. — [El párrafo siguiente apareció en la primera edición.]

tigaciones nos llevan a desestimar totalmente ese problema por inadecuado en su planteo. Si en la respuesta hubiéramos de mantenernos en el mismo terreno desde el cual se nos hace la pregunta, deberíamos afirmar ambas concepciones, que al parecer se excluyen entre sí por ser opuestas. El trabajo del alma en la formación del sueño se descompone en dos operaciones: la producción de los pensamientos oníricos y su trasmudación en el contenido del sueño. Los pensamientos oníricos se forman de modo enteramente correcto y con todo el gasto psíquico de que somos capaces; pertenecen a nuestro pensar no devenido conciente, del cual por una cierta trasposición surgen también los pensamientos concientes. Muy interesantes y enigmáticos pueden ser los problemas que ellos plantean, pero tales enigmas no tienen relación particular con el sueño y no merecen ser tratados entre los problemas de este.[25] En cambio, el otro trabajo, el que muda los pensamientos inconcientes en el contenido del sueño, es propio de la vida onírica y característico de ella. Ahora bien, este trabajo específico del sueño se aleja del modelo del pensamiento despierto mucho más de lo que sospecharon aun los más decididos denostadores del rendimiento psíquico en la formación del sueño. No se trata de que sea más descuidado, incorrecto, olvidadizo o incompleto que el pensamiento de vigilia; es algo que cualitativamente difiere por entero de él y, por tanto, en principio no puede comparársele. No piensa ni calcula ni en general juzga, sino que se limita a remodelar pensamientos, cálculos y juicios. Se lo puede describir exhaustivamente si se tienen presentes las condiciones que su producto ha de satisfacer. Este pro-

[25] [*Nota agregada* en 1925:] Al comienzo me resultó extraordinariamente difícil acostumbrar a los lectores al distingo entre contenido manifiesto del sueño y pensamientos oníricos latentes. Una y otra vez se tomaban argumentos y objeciones del sueño no interpretado, tal como el recuerdo lo conservó, descuidándose el requisito de la interpretación. Ahora que al menos los analistas se han avenido a sustituir el sueño manifiesto por su sentido hallado mediante interpretación, muchos de ellos incurren en otra confusión, a la que se aferran de manera igualmente obstinada. Buscan la esencia del sueño en este contenido latente y descuidan así el distingo entre pensamientos oníricos latentes y trabajo del sueño. En el fondo, el sueño no es más que una *forma* particular de nuestro pensamiento, posibilitada por las condiciones del estado del dormir. Es el *trabajo del sueño* el que produce esa forma, y sólo él es la esencia del sueño, la explicación de su especificidad. Lo digo a modo de enjuiciamiento de la tristemente célebre «tendencia prospectiva» del sueño. [Cf. *infra*, págs. 570-1*n*.] El hecho de que el sueño se ocupe de intentos de solucionar las tareas que se presentan a nuestra vida psíquica no es más sorprendente que el hecho de que lo haga nuestra vida conciente de vigilia; lo único que agrega es que ese trabajo puede realizarse también en el preconciente, cosa que ya sabemos.

ducto, el sueño, debe sustraerse ante todo a la *censura*, y para este fin el trabajo del sueño se sirve del *desplazamiento de las intensidades psíquicas* hasta llegar a la subversión de todos los valores psíquicos; los pensamientos deben reflejarse exclusiva o predominantemente dentro del material de huellas mnémicas visuales o acústicas, y este requisito engendra para el trabajo del sueño el *miramiento por la figurabilidad*, al que él responde mediante nuevos desplazamientos. Deben (probablemente) producirse intensidades mayores que aquellas de que por la noche se dispone dentro de los pensamientos oníricos, y a este fin sirve la vasta *condensación* emprendida con los componentes de los pensamientos oníricos. Por las relaciones lógicas del material de pensamientos se tiene poco miramiento; ellas finalmente hallan una figuración escondida en ciertas propiedades *formales* de los sueños. Los afectos de los pensamientos oníricos sufren alteraciones menores que su contenido de representaciones. Por regla general son sofocados; donde se conservan, son desasidos de las representaciones [a que en propiedad pertenecen] y compuestos según su homogeneidad. Sólo un fragmento del trabajo del sueño, de magnitud inconstante, el retrabajo realizado por el pensamiento de vigilia parcialmente despierto, se ajusta a la concepción que los autores querrían válida para toda la actividad de la formación del sueño.[26]

[26] [En las ediciones cuarta a séptima (de 1914 a 1922) venían a continuación dos ensayos de Otto Rank: «Sueño y creación literaria» (1914*c*) y «Sueño y mito» (1914*d*). Ambos fueron omitidos en los *GS* (1925), con un comentario de Freud (**3**, pág. 150) de que «naturalmente no se los incluyó en una compilación de mis obras». Sin embargo, no fueron reinsertados en la edición siguiente (la octava, de 1930). Véase mi «Introducción», *supra*, **4**, págs. 6 y 14.]

VII. Sobre la psicología de los procesos oníricos[1]

Entre los sueños de que he tomado conocimiento por comunicación de otras personas, hay uno que tiene un mérito particular para que lo consideremos ahora. Me fue contado por una paciente que a su vez lo escuchó en una conferencia sobre el sueño; su verdadera fuente sigue siendo desconocida para mí. Pero a esa dama le impresionó su contenido, pues no tardó en «resoñarlo», vale decir, en repetir elementos del sueño en un sueño propio a fin de expresar, mediante esa trasferencia, una concordancia en un punto determinado.

Las condiciones previas de este sueño paradigmático son las siguientes: Un padre asistió noche y día a su hijo mortalmente enfermo. Fallecido el niño, se retiró a una habitación vecina con el propósito de descansar, pero dejó la puerta abierta a fin de poder ver desde su dormitorio la habitación donde yacía el cuerpo de su hijo, rodeado de velones. Un anciano a quien se le encargó montar vigilancia se sentó próximo al cadáver, murmurando oraciones. Luego de dormir algunas horas, el padre sueña que *su hijo está de pie junto a su cama, le toma el brazo y le susurra este reproche: «Padre, ¿entonces no ves que me abraso?»*. Despierta, observa un fuerte resplandor que viene de la habitación vecina, se precipita hasta allí y encuentra al anciano guardián adormecido, y la mortaja y un brazo del cadáver querido quemados por una vela que le había caído encima encendida.

La explicación de este tocante sueño es bien simple y, según me cuenta mi paciente, la proporcionó correctamente quien le informó acerca de él. El fuerte resplandor dio sobre los ojos del durmiente a través de la puerta que él había dejado abierta, y le sugirió la misma conclusión que habría extraído en la vigilia: una vela volcada había provocado un incendio cerca del cadáver. Y aun quizás el pa-

1 [Las primeras cartas de Freud a Wilhelm Fliess (Freud, 1950*a*) arrojan alguna luz acerca de las dificultades que presentan las últimas secciones de este capítulo. Véase mi «Introducción», *supra*, **4**, págs. 8 y sigs.]

dre se fue a dormir con la preocupación de que el viejo guardián no fuera capaz de desempeñar bien su cometido.

Nada que modificar encontramos en esta interpretación, excepto que agregaríamos este requisito: el contenido del sueño debió estar sobredeterminado, y el dicho del niño hubo de componerse de dichos realmente pronunciados en la vida y enlazados con sucesos importantes para el padre. Quizá la queja «*Me abraso*» fue expresada por el niño en medio de la fiebre que lo llevó a la muerte, y las palabras «*Padre, ¿entonces no ves?*» proceden de otra oportunidad que no conocemos pero que fue rica en afectos.

Ahora bien, después que hemos reconocido al sueño como un producto provisto de sentido que puede insertarse en la trama del acontecer psíquico, nos maravillará naturalmente que en tales circunstancias sobreviniese un sueño, cuando lo indicado era el más brusco despertar. Pero debemos reparar en que este sueño tampoco escapa a un cumplimiento de deseo. En él, el niño se comporta como si estuviera vivo, él mismo da aviso al padre, se llega hasta su cama y le toma de un brazo, como probablemente lo hizo en aquel recuerdo del cual el sueño recogió el primer fragmento del dicho del niño. Y en virtud de ese cumplimiento de deseo, precisamente, prolongó el padre por un momento su dormir. El sueño prevaleció sobre la reflexión de vigilia porque pudo mostrar al niño otra vez con vida. Si el padre se hubiera despertado enseguida, extrayendo la conclusión que lo llevó a la cámara mortuoria, habría abreviado la vida del niño, digámoslo así, por ese breve lapso.

Es bien patente la peculiaridad por la cual este breve sueño cautiva nuestro interés. Hasta ahora nos empeñamos sobre todo en averiguar aquello en que consiste el sentido secreto de los sueños, el camino por el cual lo hallaríamos y los medios de que se ha servido el trabajo del sueño para ocultarlo. En el centro de nuestro campo visual estuvieron hasta este momento las tareas de la interpretación de los sueños. Y ahora tropezamos con este sueño que no plantea tarea alguna a la interpretación, cuyo sentido está dado sin disfraz, y paramos mientes en que, sin embargo, conserva los caracteres esenciales por los cuales los sueños se apartan llamativamente de nuestro pensamiento de vigilia y engendran en nosotros la necesidad de explicarlos. Sólo después de despachado todo lo que atañe al trabajo de la interpretación podemos advertir cuán incompleta ha quedado nuestra psicología del sueño.

Pero antes de encaminar nuestros pensamientos por este nuevo sendero queremos hacer un alto y repasar el trayecto

recorrido, para ver si en nuestro viaje hasta aquí no hemos omitido nada importante. Es que debemos tener bien en claro que el tramo cómodo y agradable queda atrás. Si no estoy muy equivocado, por todos los caminos que hasta ahora emprendimos llegamos a la luz, al esclarecimiento y a la comprensión plena; a partir de este momento, en que pretendemos penetrar más a fondo en los procesos anímicos envueltos en los sueños, todas las sendas desembocan en la oscuridad. Tropezamos con la imposibilidad de *esclarecer* al sueño como hecho psíquico, pues explicar significa reconducir a lo conocido, y por ahora no existe ningún conocimiento psicológico al que pudiéramos subordinar lo que cabe discernir en calidad de principio explicativo a partir del examen psicológico de los sueños. Por lo contrario, nos veremos precisados a estatuir una serie de nuevos supuestos que rocen mediante conjeturas el edificio del aparato psíquico y el juego de las fuerzas que en él actúan; y deberemos tener el cuidado de no devanarlos mucho más allá de su primera articulación lógica, pues de lo contrario su valor se perdería en lo indeterminable. Aun cuando no cometiésemos error alguno en el razonamiento y tomásemos en cuenta todas las posibilidades que se siguen lógicamente, la probable imperfección en el planteo de los elementos amenaza hacernos equivocar por completo los cálculos. No puede obtenerse, o al menos no puede fundamentarse, una inferencia acerca de la construcción y del modo de trabajo del instrumento anímico por medio de la indagación del sueño o de cualquier otra operación tomada *aisladamente*, por cuidadosa que ella sea; para este fin deberá conjugarse lo que el estudio comparativo de toda una serie de operaciones psíquicas arroje como elementos de constancia necesaria. Entonces, los supuestos psicológicos que extraemos del análisis de los procesos oníricos deberán aguardar en una estación de empalme, por así decir, hasta que puedan acoplarse a los resultados de otras investigaciones que se empeñan en atacar el núcleo del mismo problema desde otros puntos de abordaje.

A. El olvido de los sueños

Opino, por tanto, que antes hemos de volvernos a un tema del que se desprende una objeción que hasta aquí no consideramos, pero capaz de dar por tierra con nuestros esfuerzos en torno de la interpretación de los sueños. Más de un autor nos ha hecho presente que en verdad no conocemos al sueño que pretendemos interpretar; más correctamente: que no tenemos certidumbre alguna de conocerlo tal como en realidad fue (cf. [4] págs. 70 y sigs.).

Lo que recordamos del sueño y sobre lo cual ejercemos nuestras artes interpretativas está, en primer lugar, mutilado por la infidelidad de nuestra memoria, que parece sumamente incapaz de conservar al sueño y quizás ha perdido justamente el fragmento más significativo de su contenido. Y en efecto, hartas veces, cuando queremos prestar atención a nuestros sueños, tenemos motivo para quejarnos de que soñamos mucho más y por desgracia no sabemos sino este único jirón, y aun su recuerdo se nos antoja verdaderamente inseguro. En segundo lugar, empero, todo nos dice que nuestro recuerdo del sueño no es sólo lagunoso, sino que lo refleja de manera infiel y falseada. Así como, por una parte, puede ponerse en duda que lo soñado fuera en realidad tan incoherente y nebuloso como lo conservamos en la memoria, puede dudarse también, por la otra, de que un sueño haya sido tan coherente como lo contamos, y de que en el intento de reproducirlo no hayamos llenado con material nuevo, escogido al acaso, lagunas inexistentes o creadas por el olvido; en fin, de que no embellezcamos, redondeemos o rectifiquemos el sueño de modo tal que se vuelva imposible todo juicio sobre su contenido efectivo. Y hasta hemos encontrado, en un autor (Spitta [1882, pág. 338]),[1] la conjetura de que todo lo que es en el sueño orden y trabazón sólo se introdujo en él a raíz del intento de evocarlo.[2] Así corremos el riesgo de que se nos escape de las manos el objeto mismo cuyo valor nos hemos empeñado en determinar.

Hemos desoído estas advertencias en las interpretaciones de sueños que nos ocuparon hasta aquí. Por lo contrario, aun los elementos más ínfimos e inciertos y menos destacados del contenido del sueño nos dieron un acicate tanto o más perceptible para interpretarlos que los elementos conservados con mayor nitidez y certidumbre. En el sueño de

[1] [*Agregado* al texto en 1914 y trasferido a nota en 1930:] También en Foucault [1906, págs. 141-2] y Tannery [1898].
[2] [Cf. *supra*, **4**, pág. 71.]

la inyección de Irma se dice: «*Aprisa* llamo al doctor M.»,[3] y entonces supusimos que ese agregado no habría llegado al sueño si no admitiese una derivación particular. Así dimos con la historia de aquella desdichada paciente a cuyo lecho de enferma llamé *aprisa*, para una consulta, a mi colega mayor que yo. En el sueño en apariencia absurdo que trata como *quantité négligeable* la diferencia entre cincuenta y uno y cincuenta y seis, la cifra de cincuenta y uno se mencionaba varias veces [cf. págs. 434 y sigs.]. En vez de considerar esto trivial o indiferente, inferimos desde allí la existencia de una segunda ilación de pensamientos en el contenido latente del sueño, que llevaría a la cifra de cincuenta y uno; y ese rastro, que seguimos persiguiendo, nos llevó a aprehensiones que veían en la edad de cincuenta y un años un límite de la vida, en total oposición a un itinerario de pensamiento, dominante, que alardeaba presuntuoso de una larga vida. En el sueño «*Non vixit*» [págs. 422 y sigs.] había una intercalación poco destacada, que yo al comienzo descuidé; era el pasaje: «*Como P. no le entiende, Fl. se vuelve*, etc.». Cuando después la interpretación quedó atascada, retomé esas palabras y desde ellas reencontré el camino hacia la fantasía infantil que en los pensamientos del sueño se presentaba como punto nodal intermediario. [Cf. pág. 480.] Esto aconteció por medio de los versos del poeta:

«Rara vez me *comprendieron*
y pocas los comprendí a ustedes,
sólo cuando nos encontramos en la *mierda*
nos comprendimos al instante».[4]

En todo análisis podrían documentarse ejemplos de que precisamente los rasgos más ínfimos del sueño son indispensables para la interpretación, y podría mostrarse cómo se demora la culminación de la tarea cuando se tarda en prestarles atención. El mismo aprecio tuvimos en la interpretación de los sueños por cada uno de los matices de la expresión lingüística en que el sueño se nos presentaba; y hasta cuando se nos ofreció un texto disparatado o incompleto, como si hubiera fracasado el empeño de traducir el sueño a la versión correcta, también esta falla de la expresión fue respetada por nosotros. En resumen, tratamos como a un texto sagrado lo que en opinión de otros autores no sería sino una improvisación arbitraria, recompuesta a toda prisa en el

[3] [Cf. *supra*, **4**, págs. 132-3.]
[4] [Heine, *Buch der Lieder*, «Die Heimkehr», LXXVIII.]

aprieto del momento. Esta contradicción requiere ser esclarecida.

Dicho esclarecimiento se pronuncia en favor nuestro, sin por eso invalidar la opinión de otros autores. Desde el punto de vista de lo que acabamos de conocer sobre la génesis del sueño, esas contradicciones armonizan por completo. Es cierto que desfiguramos el sueño en el intento de reproducirlo; reencontramos en esto lo que caracterizamos como la elaboración secundaria del sueño por parte de la instancia del pensamiento normal, que a menudo incurre en un malentendido sobre aquel. [Cf. págs. 485 y sigs.] Pero tal desfiguración no es, a su vez, sino un fragmento de la elaboración a que son sometidos regularmente los pensamientos oníricos a consecuencia de la censura del sueño. Otros autores han entrevisto o han notado aquí el fragmento de la desfiguración del sueño que trabaja de manera ostensible; a nosotros nos afecta menos, pues sabemos que un trabajo de desfiguración mucho más extenso y difícil de asir se ensañó con el sueño ya desde los pensamientos oníricos escondidos. Los autores sólo yerran en esto: juzgan arbitraria la modificación del sueño en el recuerdo que de él nos queda y en su versión en palabras; por tanto, no creen que se la pueda resolver más, y la consideran capaz de extraviarnos en el conocimiento del sueño.[5] Subestiman el determinismo {*Determinierung*} dentro de lo psíquico. No hay allí nada de arbitrario. Puede demostrarse con total generalidad que un segundo itinerario de pensamiento toma sobre sí el comando {*Bestimmung*} del elemento que el primero dejó no comandado. Yo pretendo, por ejemplo, que se me ocurra un número al azar; no es posible: el número que se me ocurre está comandado de manera unívoca y necesaria por pensamientos que hay en mí, aunque estén alejados de mi designio del momento.[6] De igual modo, tampoco son arbitrarias las alteraciones que el sueño experimenta en la redacción {*Redaktion*} de vigilia. Mantienen enlace asociativo con el contenido en cuyo lugar se ponen, y nos sirven para indicarnos el camino hacia ese contenido que, a su vez, puede ser el sustituto de otro.

[5] [Al final de su artículo sobre «El uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis» (1911*e*), Freud examina un malentendido de signo inverso sobre la importancia del «texto» en los sueños.]

[6] [*Nota agregada* en 1909:] Véase mi *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*) [capítulo XII(A), ejemplos n°s. 2 a 7 (*AE*, **6**, págs. 236-45). — El ejemplo nº 2 alude a una carta escrita por Freud a Fliess el 27 de agosto de 1899 (Freud, 1950*a*, Carta 116), mientras corregía las pruebas de imprenta de la presente obra, carta en la cual profetizaba que el libro contendría 2.467 erratas (cf. *infra*, pág. 525, *n*. 36).]

En los análisis de sueños con pacientes, suelo someter esta aseveración al siguiente examen, y nunca falla: Cuando a primera vista el informe de un sueño me parece de difícil comprensión, ruego al que me lo cuenta que lo repita. Es raro que lo haga con idénticas palabras. Ahora bien, los lugares en que él modificó la expresión, que me dan a conocer los puntos débiles del disfraz del sueño, me sirven como a Hagen la señal bordada en el vestido de Sigfrido.[7] Por ahí puede comenzar la interpretación del sueño. Mi exhortación alertó al informante de que yo tenía el propósito de empeñarme particularmente en la solución del sueño; y rápidamente protegió, bajo el esfuerzo {*Drang*} de la resistencia, los puntos débiles del disfraz del sueño, sustituyendo una expresión reveladora por otra más remota. Así llama mi atención sobre la expresión abandonada. El empeño que se pone en impedir la solución del sueño me habilita a inferir la preocupación que urdió al sueño su vestidura.

Menos razón llevan los autores cuando conceden tanto espacio a la duda que suscita en nuestro juicio el relato del sueño. En efecto, esta duda carece de una justificación intelectual; nuestra memoria, en general, no conoce garantías ningunas, y así y todo nos vemos precisados a dar fe a sus indicaciones mucho más que lo justificado objetivamente. La duda sobre el reflejo* correcto del sueño o de datos singulares de él no es, de nuevo, sino un retoño de la censura onírica, de la resistencia a la irrupción de los pensamientos oníricos en la conciencia.[8] Esta resistencia no se ha agotado ni siquiera con los desplazamientos y las sustituciones que impuso, y entonces todavía se adhiere como duda a lo ya filtrado. Erramos sobre la índole de esta duda tanto más fácilmente cuanto que se vale de la precaución de no atacar nunca los elementos intensos del sueño, sino sólo los débiles y no nítidos. Pero ahora ya sabemos que entre pensamientos oníricos y sueño sobrevino una total subversión de los va-

7 [Sólo había un punto en el cuerpo de Sigfrido donde este podía ser herido. Mediante una treta, Hagen convenció a Crimilda, la única que sabía cuál era, de que bordara una pequeña cruz en la capa de Sigfrido, en ese punto vital. Allí lo apuñaló luego. (*Nibelungos*, XV y XVI.)]

* {«*Wiedergabe*»; todo el pasaje parece dominado por la idea de las «trascripciones» en distintos lugares del aparato psíquico, tal como Freud la examinó después en «Lo inconciente» (1915*e*) y como la había desarrollado en las cartas a Fliess (1950*a*). Véase dos párrafos antes el término «*Redaktion*».}

8 [Sobre el mismo mecanismo de duda en casos de histeria, véase el historial clínico de «Dora» (Freud, 1905*e*), *AE*, **7**, pág. 17.]

lores psíquicos. La desfiguración sólo fue posible por sustracción de valor; por regla general se exterioriza en esta operación y a veces se contenta con ella. Y cuando a un elemento desdibujado del contenido onírico se le agrega encima la duda, podemos nosotros, siguiendo ese indicio, reconocerlo como un retoño más directo de uno de los pensamientos oníricos proscritos. Es como después de una gran revolución en una de las repúblicas de la Antigüedad o del Renacimiento. Las familias antes nobles y poderosas son ahora desterradas, y todos los altos cargos se ocupan con recién llegados; en la ciudad únicamente se tolera a miembros por entero empobrecidos y carentes de poder, o a dependientes de los destronados que se han distanciado de estos. Pero tampoco ellos gozan en plenitud de los derechos civiles, se los vigila con desconfianza. En lugar de la desconfianza del ejemplo, en nuestro caso aparece la duda. Por eso en el análisis de un sueño exijo que se abandone toda la escala de apreciaciones de la certidumbre, y a la más leve posibilidad de que algo haya ocurrido en el sueño de tal o cual suerte la trato como una certeza plena. Quien no renuncie a este miramiento {por la certidumbre} en la persecución de uno de los elementos del sueño se atascará en el análisis hasta que se decida a hacerlo. El menosprecio por el elemento en cuestión tiene, en el analizado, este efecto psíquico: no logra que se le ocurra nada de las representaciones involuntarias que se ocultan tras él. En verdad, tal efecto no es cosa trivial; no sería disparatado imaginar que alguien dijese: «No estoy seguro de si esto o aquello estaba contenido en el sueño, pero sobre ello se me ocurre lo siguiente». Nunca se dice eso, y precisamente este efecto de la duda, perturbador del análisis, permite desenmascararla como un retoño y como un instrumento de la resistencia psíquica. El psicoanálisis es desconfiado, y con razón. Una de sus reglas reza: *Todo lo que perturba la prosecución del trabajo* [analítico] *es una resistencia.*[9]

[9] [*Nota agregada* en 1925:] La tesis tan perentoriamente formulada aquí, «Todo lo que perturba la prosecución del trabajo es una resistencia», podría dar origen con facilidad a un malentendido. Desde luego, sólo tiene el valor de una regla técnica, de una advertencia para el analista. No debe dudarse de que durante un análisis pueden producirse diversos hechos ajenos a la intención del analizado. Puede morir el padre del paciente sin que él lo haya matado, también puede estallar una guerra que ponga fin al análisis. Pero tras la manifiesta exageración de esa tesis se esconde un sentido novedoso y correcto. Por más que el suceso perturbador sea real e independiente del paciente, a menudo depende de este el grado de perturbación a que da lugar, y la resistencia se evidencia inequívocamente en el pronto y desmedido aprovechamiento de una oportunidad tal.

También el olvido de los sueños sigue careciendo de explicación mientras no se recurra al poder de la censura psíquica. La sensación de que una noche hemos soñado mucho y de eso retenemos muy poco puede tener en numerosos casos otro sentido: quizá toda la noche se sintió activo al trabajo del sueño y sólo dejó tras sí un sueño breve.[10] Por otra parte, es indudable que el sueño se va olvidando cada vez más después de despertar. Y a menudo se lo olvida a pesar de los penosos empeños por retenerlo. Pero, a mi juicio, así como por lo general se sobrestima el alcance de este olvido, se sobrestiman también los perjuicios que trae para el conocimiento del sueño su carácter lagunoso. Todo lo que el olvido carcomió en el contenido del sueño a menudo puede ser rescatado por el análisis; al menos en toda una serie de casos es posible, desde un solo jirón que quedó en pie, descubrir, no por cierto el sueño —pero ello nada importa—, sino los pensamientos oníricos. En el análisis se requiere un gasto mayor de atención y de empeño por vencerse a sí mismo; esto es todo, pero muestra también que en el olvido del sueño no ha faltado un propósito {*Absicht*} hostil [vale decir, generado por la resistencia].[11]

[10] [Cf. *supra*, págs. 486, y **4**, págs. 287-8, e *infra*, pág. 567.]

[11] [*Nota agregada* en 1919:] De mis *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17) [*AE*, **15**, pág. 108], puedo citar el siguiente ejemplo acerca del significado de la duda y la incertidumbre en el sueño, con la simultánea contracción del contenido del sueño a un único elemento; no obstante estas características, su análisis se obtuvo tras breve lapso:

«Una paciente escéptica tiene un sueño más largo, en que sucede que ciertas personas le cuentan algo sobre mi libro consagrado al "chiste" [1905*c*] y lo alaban mucho. Entonces se menciona algo acerca de un *"canal", quizás otro libro en que aparece el canal, o si no algo con canal... ella no sabe... es totalmente oscuro.*

»Sin duda, ustedes se inclinarán a creer que el elemento "canal" se quiere sustraer de la interpretación, puesto que es tan impreciso. Aciertan al conjeturar esa dificultad, pero el elemento no es difícil porque sea desdibujado, sino que es desdibujado por otra razón, la misma que nos dificulta la interpretación. A la soñante no se le ocurre nada sobre "canal"; yo, desde luego, tampoco sé decir nada. Tiempo después, en verdad al día siguiente, cuenta que se le ha ocurrido aquello a lo cual *quizá* corresponda, a saber, un chiste que ha oído contar. En un barco que navega entre Dover y Calais conversa un conocido escritor con un inglés, quien en cierto contexto cita el dicho "*Du sublime au ridicule il n'y a qu'un pas*" {"De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso"}. Y el escritor responde: "*Oui, le Pas de Calais*" {"Sí, el Paso de Calais"}, con lo que quiere decir que encuentra a Francia sublime y a Inglaterra ridícula. Ahora bien, el *Pas de Calais* es justamente un canal, el Canal de la Mancha. [En realidad, el Paso de Calais está en un extremo del Canal de la Mancha.] ¿Si yo creo que esta ocurrencia tiene algo que ver con el sueño? Por cierto que sí; opino que da realmente la solución del

Una prueba convincente de la naturaleza **tendenciosa**,* al servicio de la resistencia, del olvido del sueño [12] nos la proporciona, en los análisis, la apreciación de uno de los grados previos del olvido. No es raro que en mitad del trabajo interpretativo emerja repentinamente un fragmento omitido del sueño, al que se define como olvidado hasta ese momento. Ahora bien, esta parte del sueño arrancada al olvido es en todos los casos la más importante; lleva por el camino más corto a la solución del sueño y por eso fue la más sometida a la resistencia. Entre los ejemplos de sueños que he diseminado en el marco de este tratado, hay uno en que intercalé de ese modo, con posterioridad, un fragmento del contenido.[13] Me refiero al sueño en que me vengo de dos nada amables compañeros de viaje, y que a causa de su contenido groseramente escabroso dejé casi sin interpretar. [Cf. págs. 453 y sigs.] La parte omitida era esta: *Digo a la pareja de hermanos, a propósito de un libro de Schiller: «It is from. . .», pero me corrijo, reparando yo mismo en el error: «It is by. . .». El hombre observa sobre ello a su hermana: «El lo ha dicho correctamente».*[14]

La autocorrección en el sueño, que a muchos autores les parece tan asombrosa, no merece ocupar nuestra atención.

elemento onírico enigmático. ¿O dudan ustedes de que este chiste preexistía al sueño como lo inconciente del elemento "canal"? ¿Acaso pueden suponer que fue agregado con posterioridad? La ocurrencia, en efecto, atestigua el escepticismo que se oculta en la enferma tras sus insistentes y cargosas manifestaciones de asombro {el asombro de la paciente ante las interpretaciones del analista}, y la resistencia es en verdad el fundamento común de ambas cosas, tanto de su demora en producir la ocurrencia cuanto de que el elemento onírico correspondiente resulte tan impreciso. Miren ustedes aquí por la relación del elemento onírico con su inconciente. Es como un pequeño fragmento de eso inconciente, como una alusión a eso; por su aislamiento se volvió enteramente incomprensible».

* {O sea, que tiene tendencia (*Tendenz*), sentido (*Sinn*), significado (*Bedeutung*), propósito (*Absicht*); véase la última frase del párrafo anterior.}

12 Acerca del propósito del olvido en general, véase mi pequeño ensayo «Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria» (1898*b*), [*agregado* en 1909:] incluido más tarde [con modificaciones] como primer capítulo de mi *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*).

13 [Se da otro ejemplo en el análisis del segundo sueño de «Dora» (Freud, 1905*e*), *AE*, **7**, pág. 88.]

14 [*Nota agregada* en 1914:] Correcciones como estas en el uso de lenguas extranjeras no son raras en los sueños, pero es más frecuente que se las atribuya a personas extrañas. Maury (1878, pág. 143) soñó cierta vez, en la época en que aprendía inglés, que, para decirle a alguien que lo había visitado el día anterior, empleaba estas palabras: «*I called* for *you yesterday*». Y el otro le replicó, correctamente: «Se dice: "*I called* on *you yesterday*"».

Prefiero mostrar el modelo, tomado de mi recuerdo, al que obedeció ese error de lenguaje. Tenía yo diecinueve años [15] y había viajado por primera vez a Inglaterra. Un día me fui a pasear por las playas del Irish Sea. Me entregué desde luego a la búsqueda de los animales marinos que la marea había depositado, y estaba absorbido por una estrella de mar (el sueño empieza con *Hollthurn-holoturias*) cuando una encantadora niñita se llegó a mí y me preguntó: «*Is it a starfish? Is it alive?*» {«¿Es una estrella de mar? ¿Está viva?»}. Yo respondí: «*Yes, he is alive*» {«Sí, está viva»}, pero enseguida me avergoncé por la incorrección y repetí la frase correctamente.* Ahora bien, el sueño sustituye ese error idiomático que una vez cometí por otro, en que con facilidad puede caer un alemán. «*Das Buch ist von Schiller*» {«El libro es de Schiller»} no debe traducirse con *from* sino con *by*. Que el trabajo del sueño cumpla esta sustitución porque *from*, por su homofonía con el calificativo alemán *fromm* {pío, inocente, dócil}, posibilita una condensación de largo vuelo, no puede ya maravillarnos después de todo lo que hemos llegado a saber sobre los propósitos del trabajo del sueño y sobre su falta de miramiento en la elección de los medios. Pero, ¿qué significa dentro de la trama del sueño el inofensivo recuerdo de mi paseo por la playa? Ilustra, con el ejemplo más inocente posible, que yo uso el género {«*Geschlechtswort*», «artículo»; literalmente, «palabra del sexo»} equivocadamente, y por tanto pongo lo relativo al género o al sexo {*Geschlechtliche*} donde no corresponde. Esta es, por lo demás, una de las claves para la solución del sueño. Quien haya oído la derivación del título del libro «Ma*tter and* Mo*tion*»[16] (Mo*lière* en *Le* ma*lade imaginaire*: «*La* ma*tière est-elle laudable?*»[17] . . . *a* mo*tion of the bowels* {un movimiento de los intestinos}) podrá completar con facilidad lo que falta.

Por lo demás, mediante una *demonstratio ad oculos* puedo ahorrarme la prueba de que el olvido del sueño es en buena parte obra de la resistencia. Un paciente cuenta que ha soñado, pero olvidó el sueño sin que quedaran rastros; entonces lo tiene por no ocurrido. Proseguimos el trabajo, yo tropiezo con una resistencia, aclaro algo al enfermo, median-

15 [En la primera edición (pero no en la reimpresión que se hizo de ella en 1925) decía «diecisiete años». Cf. Jones, 1953, págs. 35-6.]

* {En inglés se emplea habitualmente el pronombre «*it*» para designar un animal.}

16 [El libro de Maxwell mencionado en el sueño, pág. 454.]

17 [Antigua fórmula médica para inquirir si una excreción corporal (materia fecal, pus) revela mejoría en el paciente.]

te incitaciones y esfuerzos lo ayudo a reconciliarse con algún pensamiento desagradable, y apenas lo he logrado exclama: «¡Ahora sé de nuevo lo que he soñado!». La misma resistencia que ese día lo perturbó en nuestro trabajo le hizo olvidarse del sueño. Y venciendo esa resistencia yo le hice evocar el sueño en su recuerdo.

De igual modo puede el paciente, llegado a cierto punto del trabajo, acordarse de un sueño que tuvo hace tres, cuatro o más días, y que hasta ese momento había descansado en el olvido.[18]

La experiencia psicoanalítica[19] nos ha deparado todavía otra prueba de que el olvido de los sueños depende mucho más de la resistencia que de la ajenidad entre el estado de la vigilia y el del dormir, como creen los autores.[20] No es raro en mí y en otros analistas, así como en los pacientes que están bajo este tratamiento, que después de haber sido despertados por un sueño, digamos así, empezamos a interpretarlo inmediatamente y en la plena posesión de nuestra actividad de pensamiento. En tales casos, muchas veces no volvía a dormirme hasta que lograba la total inteligencia del sueño, y con todo eso pudo suceder que ya despierto por la mañana olvidase el trabajo de interpretación tan completamente como al contenido mismo del sueño, aunque yo sabía que había soñado y había interpretado el sueño.[21] Y era mayor la frecuencia con que el trabajo de interpretación se veía arrastrado al olvido por el sueño, que aquella con que esa actividad mental lograba retener al sueño en la memoria. Ahora bien, entre este trabajo de interpretacion y el pensamiento de vigilia no hay ese abismo psíquico por el cual los autores pretenden explicar en forma exclusiva el olvido del sueño. Cuando Morton Prince (1910 [pág. 141]) objeta, en contra de mi explicación del olvido del sueño, que no sería sino un caso especial de amnesia en estados anímicos escindidos (*dissociated states*), y que la imposibilidad de extender mi explicación de esta amnesia especial a otros tipos de amnesia le restaría valor también respecto de su propósito más inmediato, trae a la memoria de los lectores que en sus descripciones de tales estados disociados nunca hizo el intento de hallar la explicación dinámica de

18 [*Nota agregada* en 1914:] Ernest Jones ha descrito un caso análogo que se presenta con frecuencia: durante el análisis de un sueño, se recuerda otro que se tuvo la misma noche pero de cuya existencia nada se sabía. [Cf. Jones, 1912*b*.]

19 [Este párrafo se agregó en 1911.]

20 [Cf. *supra*, 4, pág. 69.]

21 [Véase, con relación a esto, el «Apéndice al análisis del pequeño Hans» (Freud, 1922*c*).]

estos fenómenos. De haberlo hecho, tendría que descubrir que la represión (o la resistencia engendrada por ella) es la causa tanto de estas escisiones cuanto de la amnesia de su contenido psíquico.

Que los sueños se olvidan tan poco como otros actos anímicos, y que aun respecto de su persistencia en la memoria son comparables sin mengua a las otras operaciones del alma, es lo que me muestra una experiencia que pude hacer a raíz de la redacción de este manuscrito. En mis cuadernos de anotaciones había conservado gran cantidad de sueños propios que, por una razón cualquiera, sólo había interpretado muy incompletamente o ni siquiera lo había hecho. Uno o dos años después intenté interpretar algunos de ellos con el propósito de procurarme material para ilustrar mis tesis. Lo conseguí sin excepción; y hasta diría que habiendo trascurrido tanto tiempo la interpretación fue más fácil que en el momento mismo, cuando los sueños eran aún vivencias frescas. Y como explicación posible apuntaría que desde entonces he superado en mi interioridad muchas resistencias que en aquella época me perturbaban. En tales interpretaciones hechas con posterioridad comparé los pensamientos oníricos que había obtenido entonces con los actuales, casi siempre de mayor riqueza, y reencontré lo antiguo incólume en lo actual. A su tiempo salí del asombro que ello me produjo parando mientes en que desde hacía mucho yo solía, con mis pacientes, interpretar sueños de años anteriores, que me contaban incidentalmente, como si fueran de la noche pasada, y lo hacía con el mismo procedimiento e idéntico éxito. A propósito de los sueños de angustia comunicaré después dos ejemplos de esa interpretación pospuesta de los sueños. [Cf. págs. 574 y sigs.] Cuando emprendí ese intento por primera vez me guiaba la justificada expectativa de que el sueño también en esto habría de comportarse sólo como un síntoma neurótico. En efecto, si yo trato por medio del psicoanálisis a un psiconeurótico, por ejemplo un caso de histeria, debo esclarecer tanto los primeros síntomas de su sufrimiento, hace tiempo superados, cuanto los que todavía hoy subsisten y que le hicieron acudir a mí, y encuentro esa primera tarea más fácil de solucionar que la apremiante hoy. Ya en los *Estudios sobre la histeria*, publicados en 1895, pude comunicar el esclarecimiento de un primer ataque histérico que la paciente,[22] una mujer que había superado la cuarentena, tuvo a los quince años.[23]

22 [Se refiere a Cäcilie M., de la que se ocupa en la mencionada obra (Breuer y Freud, 1895), *AE*, **2**, págs. 189 y sigs.]

23 [*Agregado* al texto en 1919, y trasferido a nota en 1930:] Los

Quiero presentar aquí todavía algo, desprendido en parte del contexto, que debo señalar acerca de la interpretación de los sueños y que quizás oriente al lector que desee controlarme mediante un retrabajo sobre sus propios sueños.

Nadie tiene derecho a esperar que la interpretación de sus sueños le caiga del cielo. Ya para la percepción de fenómenos endópticos y otras sensaciones que por lo común escapan a la atención es preciso ejercitarse, por más que ningún motivo psíquico se revuelva contra este grupo de percepciones. Harto más difícil es entrar en posesión de las «representaciones involuntarias». Quien lo pretenda deberá hacer suyas las expectativas que se suscitaron en este tratado y, obedeciendo a las reglas que se han dado aquí, empeñarse en sofrenar durante el trabajo toda crítica, todo preconcepto, todo compromiso afectivo o intelectual. Deberá seguir la norma que Claude Bernard estableció para el experimentador en el laboratorio de fisiología: «*Travailler comme une bête*» {«Trabajar como una bestia»}, es decir, con esa tenacidad, pero también con esa despreocupación por el resultado. El que siga ese consejo ya no encontrará difícil la tarea.

Además, la interpretación de un sueño no siempre se consuma de un golpe; no es raro que uno sienta exhausta su capacidad para lograrlo cuando ha seguido un encadenamiento de ocurrencias y el sueño no le dice nada más por ese día; en tal caso hará bien en interrumpir y volver sobre el trabajo un día próximo. Entonces otro fragmento del contenido del sueño atrae la atención y se encuentra el acceso a un nuevo estrato de los pensamientos oníricos. Podemos llamar a esto «interpretación *fraccionada* del sueño».

Lo más difícil es mover al que se inicia en la interpretación de los sueños a que reconozca que su labor no termina cuando tiene en sus manos una interpretación completa, una interpretación plena de sentido, coherente y que dé razón de todos los elementos del contenido del sueño. Es que para el mismo sueño es posible que haya otra, una sobreinterpretación, que se le escapó. En verdad no es fácil concebir toda la riqueza de ilaciones de pensamiento inconcientes que pugnan por expresarse, ni dar crédito a la habilidad con que el trabajo del sueño se vale en cada caso de expresiones multívocas para matar siete moscas de un solo golpe, como el

sueños sobrevenidos durante la primera infancia y que se han conservado en la memoria durante décadas, a menudo con toda su frescura sensorial, casi siempre poseen gran importancia para entender el desarrollo [psíquico] y de la neurosis del soñante. Su análisis precave al médico de errores e incertezas que podrían inducirlo a confusión también en lo teórico. [Sin duda, Freud tenía particularmente presente aquí el ejemplo del «Hombre de los Lobos» (1918*b*).]

sastrecillo del cuento. El lector se inclinará siempre a reprochar al autor que malgaste sin motivo su ingenio; pero quien haya hecho la experiencia en sí mismo tomará mejor consejo.[24]

Por otra parte,[25] no puedo refrendar la tesis que H. Silberer [26] fue el primero en sostener, según la cual todo sueño —o al menos muchos sueños y ciertos grupos de ellos— reclama dos interpretaciones diferentes, que incluso mantendrían entre sí una relación fija. Una de estas interpretaciones, la que Silberer llama *psicoanalítica*, atribuye al sueño un sentido cualquiera, la mayoría de las veces infantil-sexual; la otra, más importante y que él llama *anagógica*, enseña los pensamientos más serios, a menudo profundos, que el trabajo del sueño tomó como material. Silberer no demostró esta tesis comunicando una serie de sueños que él hubiera analizado en esas dos direcciones. Debo replicar que no hay tal hecho. Es que la mayoría de los sueños no demandan sobreinterpretación y, en particular, son insusceptibles de interpretación anagógica. En la teoría de Silberer, no menos que en otros empeños teóricos de años recientes, hay una inequívoca tendencia a velar las condiciones básicas de la formación del sueño y a desviar el interés de sus raíces pulsionales. Para una cantidad de casos pude corroborar las indicaciones de Silberer; el análisis me mostró entonces que el trabajo del sueño había emprendido la tarea de mudar en un sueño, tomándolos de la vida de vigilia, una serie de pensamientos muy abstractos e insusceptibles de figuración directa, y procuró solucionar esa tarea apoderándose de algún otro material de pensamiento que mantenía una relación laxa (que a menudo ha de llamarse *alegórica*) con aquel pensamiento abstracto, y que ofrecía menores dificultades a la figuración. La interpretación abstracta de un sueño así nacido es dada directamente por el soñante; la interpretación correcta del material deslizado debajo tiene que buscarse con los medios técnicos que nos son conocidos.[27]

Si se nos pregunta si de todo sueño puede obtenerse interpretación, hemos de responder por la negativa.[28] No debe

[24] [Cf. *supra*, **4**, págs. 304-5*n*.]

[25] [Este párrafo se agregó en 1919.]

[26] [Cf., por ejemplo, Silberer, 1914, parte II, sección 5.]

[27] [Freud trató también este punto en una extensa nota al pie de su «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d*), *AE*, **14**, pág. 227, y en «Sueño y telepatía» (1922*a*), *AE*, **18**, págs. 207-8.]

[28] [Este problema es considerado con mayor extensión en «Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto» (Freud, 1925*i*), *AE*, **19**, págs. 129-32.]

olvidarse que en el trabajo de interpretación se tiene en contra a los poderes psíquicos responsables de la desfiguración del sueño. Será asunto de la relación de fuerzas el que alguien pueda, merced a su interés intelectual, su capacidad para vencerse a sí mismo, sus conocimientos psicológicos y su ejercitación en la interpretación de sueños, doblegar las resistencias internas. Siempre es posible dar un paso más, al menos hasta el punto de convencerse de que el sueño es una formación plena de sentido y aun, las más de las veces, hasta entrever este sentido. Es harto frecuente que un sueño sobrevenido a continuación de otro permita asegurar y proseguir la interpretación adoptada tentativamente para el primero. Una serie de sueños que se arrastra por semanas o meses suele brotar de un terreno común y debe entonces someterse a la interpretación como una urdimbre.[29] En sueños que se siguen el uno al otro, puede observarse a menudo que uno toma como centro lo que en el siguiente es indicado sólo en la periferia, y a la inversa, de suerte que los dos se complementan entre sí también respecto de la interpretación. Ya he demostrado con ejemplos que los diversos sueños de una misma noche deben ser tratados en general como un todo por el trabajo interpretativo.[30]

Aun en los sueños mejor interpretados es preciso a menudo dejar un lugar en sombras, porque en la interpretación se observa que de ahí arranca una madeja de pensamientos oníricos que no se dejan desenredar, pero que tampoco han hecho otras contribuciones al contenido del sueño. Entonces ese es el ombligo del sueño, el lugar en que él se asienta en lo no conocido.[31] Los pensamientos oníricos con que nos topamos a raíz de la interpretación tienen que permanecer sin clausura alguna y desbordar en todas las direcciones dentro de la enmarañada red de nuestro mundo de pensamientos. Y desde un lugar más espeso de ese tejido se eleva luego el deseo del sueño como el hongo de su micelio.

Volvamos a los hechos del olvido del sueño. Es que aún no alcanzamos a extraer de ellos una importante conclusión. Si la vida de vigilia muestra el inequívoco propósito de olvidar el sueño que se formó por la noche, sea como un todo inmediatamente tras el despertar o fragmento por fragmento en el curso del día, y si hemos reconocido en la resistencia que el alma opone al sueño la principal responsable de ese

[29] [Cf. *supra*, págs. 367 y sigs., y **4**, pág. 208.]
[30] [Cf. *supra*, **4**, pág. 338.]
[31] [Cf. *supra*, **4**, pág. 132, *n*. 18.]

olvido (resistencia que ya en la noche ha hecho lo suyo en contra de aquel), se nos plantea esta pregunta: ¿Qué fue lo que en general posibilitó que el sueño se formara en contra de esa resistencia? Tomemos el caso más flagrante, aquel en que la vida de vigilia vuelve a eliminar al sueño como si no hubiera ocurrido; si entonces consideramos el juego de las fuerzas psíquicas, tendremos que afirmar que el sueño en general no habría sobrevenido de haber reinado la resistencia durante la noche como lo hace durante el día. Nuestra conclusión es que ella, por la noche, perdió una parte de su poder; sabemos que no fue cancelada, pues en la desfiguración onírica pudimos señalar su aporte a la formación del sueño. Pero se nos impone la posibilidad de que estuviera aminorada de noche, y por esta disminución de la resistencia se hizo posible la formación del sueño; así comprendemos con facilidad que ella, repuesta en la plenitud de su fuerza tras el despertar, enseguida vuelva a eliminar lo que se vio forzada a admitir mientras estaba disminuida. Y en efecto, la psicología descriptiva nos enseña que la condición principal para que se forme el sueño es que el alma se encuentre en el estado del dormir; ahora podríamos agregar esta explicación: *El estado del dormir posibilita la formación del sueño por cuanto rebaja la censura endopsíquica.*

Estamos por cierto tentados de ver esta conclusión como la única posible a partir de los hechos del olvido del sueño, y de extraer desde ella ulteriores inferencias acerca de las proporciones de energía en el dormir y en la vigilia. Pero provisionalmente nos detendremos aquí. Cuando hayamos profundizado un poco más en la psicología del sueño nos enteraremos de que hay aún otro modo de concebir la vía por la cual se hace posible su formación. Quizá la resistencia a que los pensamientos oníricos devengan concientes pueda evitarse aunque ella en sí no haya experimentado rebaja. Y es verosímil, además, que esos dos factores favorables a la formación del sueño, la rebaja de la resistencia o su evitación, sean posibilitados al mismo tiempo por el estado del dormir. Interrumpimos aquí, para retomar esto poco más adelante. [Cf. págs. 565-6.]

Hay otra serie de objeciones al procedimiento que proponemos para la interpretación de los sueños; de ellas debemos ocuparnos ahora. Lo primero que hacemos es desechar todas las representaciones-meta que normalmente presidirían la reflexión; dirigimos nuestra atención a un único elemento del sueño y entonces anotamos todos los pensamientos in-

voluntarios que sobre él se nos ocurren. Después tomamos el siguiente elemento del contenido del sueño, repetimos con él idéntico trabajo y, sin hacer caso de la dirección a que los pensamientos nos empujan {*treiben*}, nos dejamos guiar por ellos, con lo cual, como suele decirse, marchamos a la deriva. Y al hacerlo tenemos la firme esperanza de que al final, sin proponérnoslo, daremos con los pensamientos oníricos de los cuales nació el sueño. Ahora bien, la crítica podría objetar lo siguiente: Nada tiene de asombroso que desde un elemento singular del sueño lleguemos a alguna parte. A cada representación es posible anudar algo por vía asociativa; lo único asombroso es que con este discurrir de los pensamientos al acaso y sin meta alguna haya de darse justamente con los pensamientos oníricos. Es probable que eso sea un autoengaño; se sigue la cadena de asociaciones partiendo de un elemento hasta notar que por alguna razón ella se interrumpe; y entonces, cuando se toma un segundo elemento, es muy natural que ahora experimente un cercenamiento la libertad originaria de la asociación. Todavía se conserva en la memoria la primera cadena de pensamientos, y por eso en el análisis de la segunda representación onírica se tropieza más fácilmente con ocurrencias singulares que tienen algo en común con las ocurrencias de la primera cadena. Entonces nos figuramos haber hallado un pensamiento que constituye un punto nodal entre dos elementos del sueño. Y como se admitió total libertad en el enlace de los pensamientos, y en verdad las únicas transiciones de una representación a otra que se excluyen son las que rigen en el pensamiento normal, no es en definitiva difícil, a partir de una serie de «pensamientos intermedios», componer algo a que se da el nombre de «pensamientos oníricos» y, sin verificación alguna (dado que no tenemos conocimiento de ellos por ninguna otra vía), presentarlo como el sustituto psíquico del sueño. Pero todo eso no es más que arbitrariedad y un aprovechamiento en apariencia ingenioso del azar, y todo el que se someta a ese inútil empeño puede excogitar por este camino, para un sueño cualquiera, la interpretación que más le guste.

Si en la realidad se nos hiciesen estas objeciones, podríamos aducir a modo de defensa la impresión que hacen nuestras interpretaciones de sueños, las sorprendentes conexiones con otros elementos oníricos que se establecen mientras se persigue a las representaciones singulares, y lo improbable de que algo que se ajusta al sueño y lo esclarece de manera tan exhaustiva como nuestras interpretaciones de sueños pueda alcanzarse si no es a remolque de conexiones psíquicas ya existentes. Podríamos alegar también, para justificarnos, que

el procedimiento para la interpretación de los sueños es idéntico al que se sigue en la resolución de los síntomas histéricos, en cuyo caso su corrección es certificada por la emergencia y la desaparición de los síntomas en su localización, y, por tanto, la explicitación del texto encuentra un asidero en las ilustraciones intercaladas. Pero a este problema, a saber, cómo es posible alcanzar una meta preexistente siguiendo una cadena de pensamientos que se devanan al acaso y sin meta fija, no tenemos motivo alguno para eludirlo; en efecto, si bien no podemos solucionarlo, sí podemos desecharlo.

Según puede demostrarse, no es cierto que nos entreguemos a un decurso de representaciones sin meta alguna cuando en el trabajo de la interpretación de los sueños resignamos nuestra reflexión y dejamos emerger las representaciones involuntarias. Es comprobable que no podemos renunciar sino a las representaciones-meta que nos son conocidas, y cuando ellas cesan cobran valimiento representaciones-meta ignoradas —o como decimos de manera imprecisa: inconcientes— que pasan a gobernar el determinismo del decurso de las representaciones involuntarias. Por más influencia que ejerzamos sobre nuestra vida anímica es imposible establecer un pensar sin representaciones-meta; e ignoro los estados de desorden psíquico en que semejante pensar podría establecerse.[32] Los psiquiatras han renunciado

[32] [*Nota agregada* en 1914:] Sólo más tarde he advertido que en este importante punto psicológico E. von Hartmann sostiene la misma opinión: «En su elucidación del papel de lo inconciente en la creación artística, Eduard von Hartmann (1890, **1**, sección B, capítulo V) ha formulado la ley de la asociación de ideas guiada por representaciones-meta inconcientes en términos claros, aunque sin percatarse totalmente del alcance de esta ley. Se propone así demostrar que "toda combinación de representaciones sensibles, en caso de que no esté librada puramente al azar, sino destinada a llevar a determinada meta, necesita de la ayuda de lo inconciente" [*ibid.*, pág. 245], y que el interés conciente por un determinado enlace de pensamientos impulsa a lo inconciente a buscar la más conveniente entre las innumerables representaciones posibles. "Es lo inconciente lo que escoge con arreglo a los fines del interés, y esto vale para *la asociación de ideas en el pensamiento abstracto, así como en el representar sensible o en la combinación artística*", y *para la ocurrencia chistosa* [*ibid.*, pág. 247]. Por eso no es sostenible restringir la asociación de ideas a la representación provocadora y a la provocada, en el sentido de la psicología asociacionista pura. Una restricción tal "únicamente estaría de hecho justificada si en la vida del hombre se presentaran estados en que él estuviera libre no sólo de todo fin conciente, sino también del imperio o la cooperación de cualquier interés inconciente, de cualquier talante. Pero es un estado que difícilmente haya existido alguna vez, pues *aun cuando en apariencia uno deje librada totalmente al azar la serie de los pensamientos, o*

demasiado pronto a la solidez de la ensambladura psíquica. Yo sé que un discurrir sin reglas, carente de representaciones-meta, de los pensamientos no se presenta ni en el marco de la histeria o de la paranoia ni en la formación o en la resolución de los sueños. Quizá no se instale en ninguna de las afecciones psíquicas endógenas; según una aguda conjetura de Leuret [1834, pág. 131], aun los delirios de los que sufren estados confusionales están provistos de sentido y sólo por sus omisiones se vuelven incomprensibles para nosotros. He podido convencerme de esto cada vez que se me ofreció la oportunidad de observarlos. Los delirios son la obra de una censura que ya no se toma el trabajo de encubrir su reinado, y que en vez de cooperar en una remodelación que ya no sea chocante elimina sin miramientos todo aquello que suscita su veto, con lo cual lo que resta se vuelve incoherente. Esta censura procede de manera en un todo análoga a la censura rusa de los periódicos en la frontera: velando por los lectores, sólo deja llegar a sus manos los periódicos extranjeros cruzados por tachaduras en negro.

Quizás en los procesos orgánicos de destrucción cerebral se presente el juego libre de las representaciones de acuerdo con un encadenamiento caprichoso de la asociación; lo que en las psiconeurosis se considera tal puede esclarecerse siempre por la acción de la censura sobre una serie de pensamientos que han sido empujados al primer plano por unas representaciones-meta que permanecen ocultas.[33] Como signo inequívoco de asociación exenta de cualquier representación-meta se ha considerado al caso en que las representaciones (o imágenes) emergentes aparecen unidas por los lazos de la llamada «asociación superficial», es decir, por consonancia, ambigüedad de las palabras, coincidencia en el tiempo sin

se abandone por completo a los sueños involuntarios de la fantasía, en un momento dado reinan en el ánimo unos intereses principales, unos sentimientos decisivos y unos talantes diversos que en el momento siguiente, y en todos los casos ellos ejercen su influencia sobre la asociación de ideas" (*ibid.*, pág. 246). "En los sueños semiconcientes sólo se tienen aquellas representaciones que corresponden al interés principal (inconciente) del momento" (*loc. cit.*). La insistencia en el influjo de los sentimientos y talantes sobre el libre curso de las ideas hace que el procedimiento del psicoanálisis aparezca completamente justificado también desde el punto de vista de la psicología de Hartmann». (Pohorilles, 1913.) — Del hecho de que a menudo se nos ocurre de pronto, impensadamente, un nombre del que no podíamos acordarnos, Du Prel (1885, pág. 107) infiere que existe un pensar inconciente, aunque dirigido a metas, cuyo resultado emerge de súbito a la conciencia.

33 [*Nota agregada* en 1909:] Véase la brillante confirmación de esta tesis obtenida por C. G. Jung (1907) mediante análisis de la *dementia praecox.*

relación interna de sentido, todas las asociaciones que nos permitimos usar en el chiste y en el juego de palabras. Esta caracterización conviene a los enlaces de pensamiento que nos llevan desde los elementos del contenido del sueño hasta los pensamientos intermedios, y desde estos hasta los genuinos pensamientos oníricos; en numerosos análisis de sueños hemos encontrado ejemplos de ello, que no pudieron menos que provocarnos extrañeza. Ningún enlace era demasiado laxo y ningún chiste demasiado desdeñable como para que no estuviesen autorizados a constituir los puentes entre un pensamiento y otro. Pero la comprensión correcta de semejante tolerancia no tarda en alcanzarse. *Toda vez que un elemento psíquico se enlaza con otro por una asociación chocante y superficial, existe también entre ambos un enlace correcto y que cala más hondo, sometido a la resistencia de la censura.*[34]

Presión de la censura, no cancelación de las representaciones-meta: he ahí el verdadero fundamento del predominio de las asociaciones superficiales. Estas sustituyen en la figuración a las profundas cuando la censura hace intransitables tales vías normales de conexión. Es como cuando un impedimento general, por ejemplo el desborde de los ríos, vuelve impracticables los caminos principales de una zona montañosa, los caminos amplios, y entonces el tránsito se mantiene por sendas incómodas y empinadas que de otro modo sólo hollarían los cazadores.

Aquí pueden distinguirse dos casos que en lo esencial son uno. En el primero, la censura se dirige sólo a la trabazón de dos pensamientos, cada uno de los cuales, por separado, no suscita su veto. Entonces los dos entran en la conciencia sucesivamente; su trabazón permanece oculta, pero a trueque de ello se nos ocurre un enlace superficial entre ambos, en el cual de otro modo no habríamos pensado y que, por regla general, aborda el complejo de las representaciones {*Vorstellungskomplex*} desde un ángulo diverso del que parte la conexión sofocada, pero esencial. En el segundo caso, los dos pensamientos atraen por sí mismos a la censura a causa de su contenido; entonces ninguno de los dos aparece en su forma correcta, sino en una modificada, sustitutiva, y los dos pensamientos sustitutivos se escogen de tal suerte que reflejan, merced a una asociación superficial, la conexión

[34] [En el resto de esta obra Freud habla de «la censura de la resistencia». Una clarificación ulterior de la relación entre los conceptos de «resistencia» y «censura» se encontrará en la 29ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1933*a*), *AE*, **22**, págs. 13-6.]

esencial en que están aquellos a los que sustituyen. *Bajo la presión de la censura se ha producido aquí, en los dos casos, un desplazamiento* {descentramiento} *desde una asociación normal y seria a otra superficial y que parece absurda.*

Y puesto que nosotros sabemos de tales desplazamientos, en la interpretación de los sueños nos confiamos, sin reparo alguno, también en las asociaciones superficiales.[35]

De estos dos enunciados (que con el abandono de las representaciones-meta concientes se entrega a unas representaciones-meta ocultas el gobierno sobre el decurso de las representaciones, y que las asociaciones superficiales son un sustituto, por desplazamiento, de otras sofocadas que calan más hondo) hace el psicoanálisis amplísimo uso en las neurosis; aún más: los eleva a ambos a la condición de pilares de su técnica. Cuando pido a un paciente que deponga toda reflexión y me cuente todo lo que se le pase por la cabeza, me atengo a la premisa de que no puede deponer las representaciones-meta relativas al tratamiento, y me considero con fundamento para inferir que eso que él me cuenta, en apariencia lo más inofensivo y arbitrario, tiene relación con su estado patológico. Otra representación-meta de la que el paciente no tiene sospecha es la de mi persona. La apreciación plena y la demostración en profundidad de esos dos esclarecimientos pertenece a la exposición de la técnica psicoanalítica como método terapéutico. Hemos alcanzado aquí uno de los puntos de empalme en los que tenemos decidido abandonar el tema de la interpretación de los sueños.[36]

[35] Las mismas consideraciones se aplican, desde luego, a casos en que las asociaciones superficiales aparecen francamente en el contenido del sueño; por ejemplo, en los dos sueños de Maury citados *supra* [**4**], págs. 82-3 (*pélerinage - Pelletier - pelle*; *kilómetro - kilo - Gilolo - lobelia - López - lotería*). Por el trabajo con neuróticos yo sé qué reminiscencia gusta de figurarse así. Es la de hojear diccionarios o enciclopedias en el afán de dilucidar los enigmas del sexo, como la mayoría de las personas lo han hecho en la época de la curiosidad característica de la pubertad. [Un ejemplo de esto se hallará en el análisis del segundo sueño de «Dora» (Freud, 1905*e*), *AE*, **7**, págs. 88-9.]

[36] [*Nota agregada* en *1909:*] Estas dos tesis, que sonaban muy improbables en la época en que fueron formuladas, han recibido después justificación experimental y aplicación por obra de los «estudios diagnósticos de asociación» de Jung y sus discípulos. [Jung, 1906. — Una argumentación en extremo interesante sobre el tema afín de la validez de las cadenas asociativas que parten de números seleccionados «al azar» (cf. *supra*, pág. 509) es desarrollada por Freud en la larga nota al pie agregada en 1920 al capítulo XII de su *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*), *AE*, **6**, pág. 244.]

Una cosa es cierta y queda en pie de estas objeciones: no todas las ocurrencias del trabajo de interpretación precisan ser atribuidas al trabajo nocturno del sueño.[37] Es que en la interpretación de la vigilia recorremos un camino que retrocede desde los elementos del sueño hasta los pensamientos oníricos. El trabajo del sueño emprendió el camino inverso, y no es probable que tales caminos sean transitables en dirección opuesta. Es el caso, más bien, que de día nos internamos por nuevas conexiones de pensamientos que aciertan con los pensamientos intermedios y los pensamientos oníricos ora en este, ora en estotro lugar. Asistimos al modo en que el fresco material de pensamientos del día se inmiscuye en las series interpretativas, y probablemente también el aumento de la resistencia sobrevenido desde la noche constriñe a emprender nuevos y más largos rodeos. Ahora bien, el número o la índole de los hilos colaterales[38] que así se devanan de día carece de toda importancia psicológica con tal que nos abra el camino hasta los pensamientos oníricos que buscamos.

37 [Cf. *supra*, **4**, págs. 288 y 316-7.]
38 [Cf. *supra*, **4**, pág. 317, *n*.. 3.]

B. La regresión

Ahora bien, ya puestos a salvo de las objeciones, o al menos habiendo señalado el lugar donde descansan las armas para nuestra defensa, no podemos posponer por más tiempo el abordaje de las investigaciones psicológicas para las cuales venimos preparándonos desde hace mucho. Resumamos los principales resultados que nuestra investigación nos procuró hasta aquí. El sueño es un acto psíquico de pleno derecho; su fuerza impulsora es, en todos los casos, un deseo por cumplir; el que sea irreconocible como deseo, así como sus múltiples extravagancias y absurdos, se deben a la influencia de la censura psíquica que debió soportar en su formación; además del constreñimiento a sustraerse de esta censura, cooperaron en su formación un constreñimiento a la condensación del material psíquico, un miramiento por su figurabilidad en imágenes sensibles y —aunque no como regla— un miramiento por dar una fachada racional e inteligible al producto onírico. De cada uno de estos enunciados se abren nuevas vías hacia postulados y conjeturas psicológicos; queda por investigar la relación recíproca entre el motivo-deseo y las cuatro condiciones, así como de estas entre ellas; el sueño debe encontrar un lugar en la concatenación de la vida anímica.

Al comienzo de este capítulo consignamos un sueño a modo de recordatorio de los enigmas cuya solución espera todavía. La interpretación de ese sueño del niño que se abrasaba no nos deparó dificultades, aunque no quedó completa de acuerdo con nuestros requisitos. Nos preguntamos por qué el padre había soñado en vez de despertarse, y reconocimos como un motivo del soñante el deseo de representarse al niño con vida. Que también otro deseo desempeñó en ello un papel, podremos verlo después de elucidaciones que haremos más adelante [cf. pág. 562]. En primer término, por tanto, es por un cumplimiento de deseo que el proceso de pensamiento del durmiente se mudó en un sueño.

Si hacemos a un lado el cumplimiento de deseo, nos resta un carácter que separa a los dos tipos de acontecer psíquico. El pensamiento onírico rezaba tal vez: «Veo un fulgor que viene de la cámara en que yace el muerto. ¡Quizá se ha caído una vela, y el niño se abrasa!». El sueño refleja inmodificado el resultado de esta reflexión, pero lo figura dentro de una situación que es presente y que los sentidos aprehenderán como una vivencia de la vigilia. Ahora bien, es este el carácter psicológico más general y llamativo del soñar; un pensamiento, por lo común el pensamiento deseado, es ob-

jetivado en el sueño, es figurado como escena o, según creemos, es vivenciado.

Pero, ¿cómo se explica esta peculiaridad característica del trabajo del sueño, o —expresado más modestamente— cómo se ensambla dentro de la trama de los procesos psíquicos?

Examinándolo más de cerca, se repara en que dentro de la forma en que se manifiesta este sueño hay impresos dos caracteres casi independientes entre sí. Uno es la figuración como situación presente, omitiendo el «quizá»; el otro, la trasposición del pensamiento a imágenes visuales y dichos.

La trasmudación que los pensamientos oníricos experimentan por esa vía, a saber, que la expectativa expresada en ellos es puesta en presente, quizá no parezca muy notable en este sueño determinado. Ello condice con el papel particular, en realidad accesorio, que en él tiene el cumplimiento de deseo. Tomemos otro sueño en que el deseo onírico no se aparte de la prosecución de los pensamientos de vigilia en el estado del dormir, por ejemplo el de la inyección de Irma.[1] Aquí el pensamiento onírico que alcanza la figuración es una oración desiderativa: «¡Ojalá que Otto sea el culpable de la enfermedad de Irma!». El sueño suplanta {*verdrängen*} el optativo * y lo sustituye por un presente de indicativo: «Sí, Otto es el culpable de la enfermedad de Irma». Y es esta la primera de las mudanzas que el sueño, aun el más exento de desfiguración, emprende con los pensamientos oníricos. No nos demoraremos mucho en esta primera peculiaridad. La despacharemos mencionando la fantasía conciente, el sueño diurno, que procede de idéntico modo con su contenido de representaciones. Cuando el señor Joyeuse,[2] el personaje de Daudet, vaga sin ocupación por las calles de París, mientras sus hijas deben creer que tiene un empleo y está sentado en su oficina, él sueña como si fuera en presente con los hechos que lo llevarían a encontrar un protector y a procurarse trabajo. Así, el sueño se vale del presente del mismo modo y con el mismo derecho que el sueño diurno. El presente es el tiempo en que el deseo se figura como cumplido.

Peculiaridad exclusiva del sueño, que lo diferencia del sueño diurno, es el segundo carácter, a saber, que el contenido de representaciones no se piensa, sino que se muda en imágenes sensibles a las que se da crédito y se cree viven-

1 [Cf. *supra*, **4**, págs. 127 y sigs.]

* {«*Optativ*», el modo subjuntivo empleado en oraciones desiderativas.}

2 [En *Le Nabab* (cf. *supra*, pág. 488). En su *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*), *AE*, **6**, pág. 148, Freud alude a un desliz que cometió con este nombre en su primer borrador del presente trabajo.]

ciar. Agreguemos enseguida que no todos los sueños muestran esa trasmudación de la representación en una imagen sensible; hay sueños compuestos sólo por pensamientos, y a los que no por eso se les negará el carácter de sueños. Mi sueño «*Autodidasker*, la fantasía diurna con el profesor N.»[3] es uno de ellos; en él se mezclaron muy pocos elementos sensoriales más que si hubiera pensado su contenido de día. Además, en todo sueño algo largo hay elementos que no pasaron por la trasmudación a lo sensible, que simplemente son pensados o sabidos como suelen serlo en la vigilia. Por otra parte, queremos apuntar enseguida que tal mudanza de representaciones en imágenes sensibles no es exclusiva de los sueños, sino igualmente de las alucinaciones, de las visiones, que pueden emerger de manera autónoma en estado de salud o como síntomas de las psiconeurosis. En resumen, la condición que aquí investigamos en modo alguno es exclusiva; queda en pie, empero, que este carácter del sueño, toda vez que se presenta, nos aparece como el más notable, a punto tal que no podríamos concebir sin él la vida onírica. Ahora bien, su comprensión exige extensas elucidaciones.

Entre todas las observaciones sobre la teoría del soñar que pueden hallarse en la bibliografía, quiero destacar una que merece ser retomada. El gran G. T. Fechner expresa en su *Psychophysik*,[4] a propósito de algunas elucidaciones que ahí consagra al sueño, la conjetura de que el *escenario de los sueños es otro que el de la vida de representaciones de la vigilia*.[5] Ningún otro supuesto permitiría conceptualizar las peculiaridades de la vida onírica.[6]

La idea que así se pone a nuestra disposición es la de una *localidad psíquica*. Queremos dejar por completo de lado que el aparato anímico de que aquí se trata nos es conocido también como preparado anatómico, y pondremos el mayor cuidado en no caer en la tentación de determinar esa localidad psíquica como si fuera anatómica. Nos mantenemos en el terreno psicológico y sólo proponemos seguir esta sugerencia: imaginarnos el instrumento de que se valen las operaciones del alma como si fuera un microscopio compuesto, un aparato fotográfico, o algo semejante. La locali-

3 [Cf. *supra*, **4**, págs. 305 y sigs.]
4 1889, **2**, págs. 520-1.
5 [Cf. *supra*, **4**, pág. 72.]
6 [En una carta a Fliess del 9 de febrero de 1898 (Freud, 1950*a*, Carta 83), Freud escribe que este pasaje de Fechner es la única observación sensata que halló en la literatura sobre los sueños.]

dad psíquica corresponde entonces a un lugar en el interior de un aparato, en el que se produce uno de los estadios previos de la imagen. En el microscopio y el telescopio, como es sabido, estas son en parte unas localizaciones ideales, unas zonas en las que no se sitúa ningún componente aprehensible del aparato. Juzgo superfluo disculparme por los defectos de este símil y todos los del mismo tipo. Tales analogías no persiguen otro propósito que servirnos de apoyo en el intento de hacernos comprensible la complejidad de la operación psíquica descomponiéndola y atribuyendo a componentes singulares del aparato cada operación singular. Que yo sepa, nadie ha osado hasta ahora colegir la composición del instrumento anímico por vía de esa descomposición. Me parece inocua. Tenemos derecho, creo, a dar libre curso a nuestras conjeturas con tal que en el empeño mantengamos nuestro juicio frío y no confundamos los andamios con el edificio. Puesto que para una primera aproximación a algo desconocido no necesitamos otra cosa que unas representaciones auxiliares, antepondremos a todo lo demás los supuestos más toscos y aprehensibles.

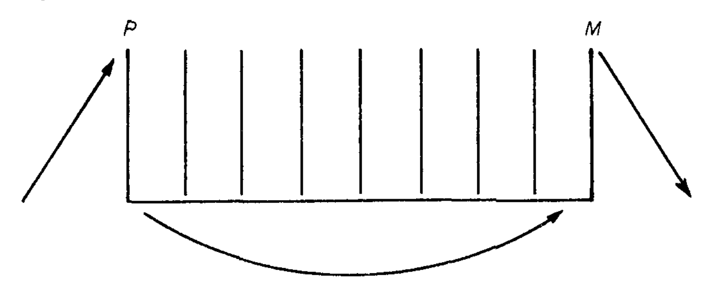
Imaginamos entonces el aparato psíquico como un instrumento compuesto a cuyos elementos llamaremos *instancias* o, en beneficio de la claridad, *sistemas*. Después formulamos la expectativa de que estos sistemas han de poseer quizás una orientación espacial constante, al modo en que los diversos sistemas de lentes de un telescopio se siguen unos a otros. En rigor, no necesitamos suponer un ordenamiento realmente *espacial* de los sistemas psíquicos. Nos basta con que haya establecida una secuencia fija entre ellos, vale decir, que a raíz de ciertos procesos psíquicos los sistemas sean recorridos por la excitación dentro de una determinada serie *temporal*. La serie puede experimentar una alteración en el caso de otros procesos; queremos dejar abierta esa posibilidad. En lo que sigue, y en aras de la brevedad, nos referiremos a los componentes del aparato como «sistemas ψ».

Lo primero que nos salta a la vista es que este aparato, compuesto por sistemas ψ, tiene una dirección. Toda nuestra actividad psíquica parte de estímulos (internos o externos) y termina en inervaciones.[7] Por eso asignamos al apa-

[7] [«Inervación» es un término muy ambiguo. Frecuentemente se lo emplea en un sentido estructural, para significar la distribución anatómica de los nervios en algún organismo o región del cuerpo. Freud lo usa más a menudo (aunque no siempre) para denotar la

rato un extremo sensorial y un extremo motor; en el extremo sensorial se encuentra un sistema que recibe las percepciones, y en el extremo motor, otro que abre las esclusas de la motilidad. El proceso psíquico trascurre, en general, desde el extremo de la percepción hacia el de la motilidad. El esquema más general del aparato psíquico tendría entonces el siguiente aspecto:

Figura 1.



Pues bien, esto no hace sino cumplir un requisito con el que estamos familiarizados hace mucho, a saber, que el aparato psíquico ha de estar construido como un aparato de reflejos. El proceso del reflejo sigue siendo el modelo de toda operación psíquica.

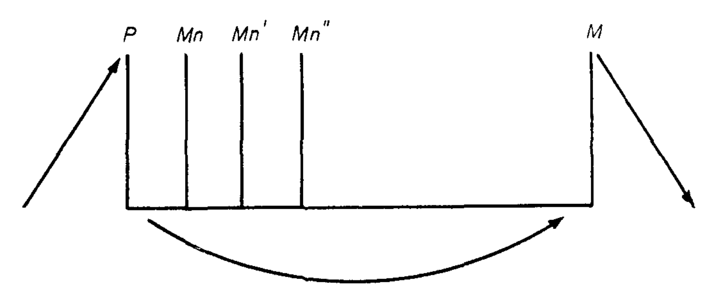
Ahora tenemos fundamentos para hacer que ingrese en el extremo sensorial una primera diferenciación. De las percepciones que llegan a nosotros, en nuestro aparato psíquico queda una huella que podemos llamar «huella mnémica». Y a la función atinente a esa huella mnémica la llamamos «memoria». Si tomamos en serio el designio de anudar los procesos psíquicos a sistemas, la huella mnémica sólo puede consistir en alteraciones permanentes sobrevenidas en los elementos de los sistemas. Ahora bien, como ya ha sido consignado,[8] trae consigo manifiestas dificultades suponer que un mismo sistema deba conservar fielmente alteraciones sobrevenidas a sus elementos y, a pesar de ello, mantenerse siempre abierto y receptivo a las nuevas ocasiones de alteración. De acuerdo con el principio que guía nuestra búsqueda, distribuiremos entonces estas dos operaciones entre sistemas

trasmisión de energía a un sistema de nervios, o (como en este caso) específicamente a un sistema *eferente* —es decir, para indicar un proceso que tiende a la descarga de energía—.]

[8] [Por Breuer, en una nota al pie de *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895), *AE*, **2**, págs. 200-1, donde entre otras cosas escribe: «El espejo de un telescopio de reflexión no puede ser al mismo tiempo una placa fotográfica».]

diversos. Suponemos que un sistema del aparato, el delantero, recibe los estímulos perceptivos, pero nada conserva de ellos y por tanto carece de memoria, y que tras él hay un segundo sistema que traspone la excitación momentánea del primero a huellas permanentes. Este sería, entonces, el cuadro de nuestro aparato psíquico:

Figura 2.



Es bien sabido que de las percepciones que tienen efecto sobre el sistema *P* conservamos como duradero algo más que su contenido. Nuestras percepciones se revelan también enlazadas entre sí en la memoria, sobre todo de acuerdo con el encuentro en la simultaneidad que en su momento tuvieron. Llamamos *asociación* a este hecho. Ahora es claro que si el sistema *P* no tiene memoria alguna, tampoco puede conservar las huellas para la asociación; los elementos *P* singulares se verían intolerablemente impedidos en su función si contra cada percepción nueva se hiciese valer un resto de enlace anterior. Por tanto, tenemos que suponer que la base de la asociación son más bien los sistemas mnémicos. El hecho de la asociación consiste entonces en lo siguiente: a consecuencia de reducciones en la resistencia y de facilitaciones, desde uno de los elementos *Mn* la excitación se propaga más bien hacia un segundo elemento *Mn* que hacia un tercero.

Una mayor profundización nos muestra la necesidad de suponer no uno sino varios de esos elementos *Mn*, dentro de los cuales la misma excitación propagada por los elementos *P* experimenta una fijación {*Fixierung*} de índole diversa. El primero de estos sistemas *Mn* contendrá en todo caso la fijación de la asociación por *simultaneidad*, y en los que están más alejados el mismo material mnémico se ordenará según otras clases de encuentro, de tal suerte que estos sistemas más lejanos han de figurar, por ejemplo, relaciones de semejanza u otras. Desde luego, sería vano empeñarse en

indicar con palabras el significado * psíquico de un sistema semejante. Su característica residiría en la intimidad de sus vínculos con elementos del material mnémico en bruto, o sea, si queremos apuntar a una teoría que vaya más a lo hondo, en las gradaciones de la resistencia de conducción hacia esos elementos.

Habría que intercalar aquí una observación de naturaleza general que quizás apunte a algo importante. El sistema *P*, que no tiene capacidad ninguna para conservar alteraciones, y por tanto memoria ninguna, brinda a nuestra conciencia toda la diversidad de las cualidades sensoriales. A la inversa, nuestros recuerdos, sin excluir los que se han impreso más hondo en nosotros, son en sí inconcientes. Es posible hacerlos concientes; pero no cabe duda de que en el estado inconciente despliegan todos sus efectos. Lo que llamamos nuestro carácter se basa en las huellas mnémicas de nuestras impresiones; y por cierto las que nos produjeron un efecto más fuerte, las de nuestra primera juventud, son las que casi nunca devienen concientes. Pero cuando los recuerdos se hacen de nuevo concientes, no muestran cualidad sensorial alguna o muestran una muy ínfima en comparación con las percepciones. Si pudiéramos confirmar que *en los sistemas ψ memoria y cualidad para la conciencia se excluyen entre sí*, se nos abriría una promisoria perspectiva sobre las condiciones de la excitación de las neuronas.[9]

Lo que hasta aquí hemos supuesto acerca de la compo-

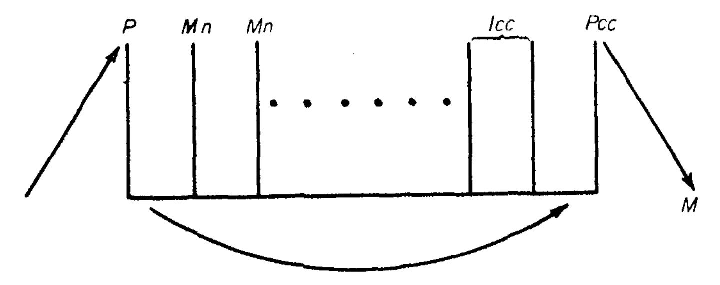
* {«*Bedeutung*»: «significado» o «valor»; la última frase equivale a «sería vano empeñarse en traducirlo a representaciones-palabra».}

[9] [*Nota agregada* en 1925:] Después he sugerido que, en realidad, la conciencia surge *en remplazo* de la huella mnémica. Véase mi «Nota sobre la "pizarra mágica"» (1925*a*). [Cf. también *Más allá del principio de placer* (Freud, 1920*g*), *AE*, **18**, pág. 25, donde se hace la misma afirmación. — Todo este examen de la memoria se hará más comprensible si se estudian esos dos pasajes pertenecientes a escritos posteriores de Freud; pero sus primeras reflexiones sobre el tema, reveladas en la correspondencia con Fliess (Freud, 1950*a*), arrojan todavía más luz al respecto. Cf., por ejemplo, el «Proyecto de psicología» de 1895 (Freud, 1950*a*), *AE*, **1**, págs. 343-6, y la Carta 52 (del 6 de diciembre de 1896), *ibid.*, págs. 274-80. Digamos de paso que esta carta contiene lo que evidentemente es una versión temprana del «esquema» aquí presentado, así como también la primera aparición de las abreviaturas que distinguen a los diversos sistemas. {Las abreviaturas que adoptamos en la presente versión castellana siguen el criterio de Freud de emplear la primera letra de cada sílaba: *Bew*usstsein = *Bw* (Conciencia = *Cc*); *Unbew*usst = *Ubw* (*Inc*on*c*iente = *Icc*); *V*or*b*e*w*usst = *Vbw* (*Pre*con*c*iente = *Prcc*, con el agregado de la «*r*» para diferenciar mejor de:) *W*ahrnehmung = *W* (*P*ercepción = *P*). Además, cuando el término así abreviado cumple función de adjetivo (p. ej., «cualidades *icc*») hemos utilizado la sigla en minúscula. «*Mn*» es abreviatura de «mnémico».}]

sición del aparato psíquico en el extremo sensorial se obtuvo sin referencia al sueño ni a los esclarecimientos psicológicos que de él pueden derivarse. Ahora, para el conocimiento de otra pieza del aparato, el sueño nos servirá como fuente de prueba. Hemos visto[10] que nos resultaba imposible explicar la formación del sueño si no osábamos suponer la existencia de dos instancias psíquicas, una de las cuales sometía la actividad de la otra a una crítica cuya consecuencia era la exclusión de su devenir-conciente.

La instancia criticadora, según inferimos, mantiene con la conciencia relaciones más estrechas que la criticada. Se sitúa entre esta última y la conciencia como una pantalla. Además, encontramos asideros [pág. 486] para identificar la instancia criticadora con lo que guía nuestra vida de vigilia y decide sobre nuestro obrar conciente, voluntario. Ahora, conforme a nuestras hipótesis, sustituyamos estas instancias por sistemas; si tal hacemos, en virtud del conocimiento citado en último término el sistema criticador se situará en el extremo motor. Incluimos los dos sistemas en nuestro esquema, y en los nombres que les damos expresamos su relación con la conciencia:

Figura 3.



Al último de los sistemas situados en el extremo motor lo llamamos *preconciente* para indicar que los procesos de excitación habidos en él pueden alcanzar sin más demora la conciencia, siempre que se satisfagan ciertas condiciones; por ejemplo, que se alcance cierta intensidad, cierta distribución de aquella función que recibe el nombre de «atención» [cf. págs. 582-3], etc. Es al mismo tiempo el sistema que posee las llaves de la motilidad voluntaria. Al sistema que está detrás lo llamamos *inconciente** porque no tiene acceso al-

[10] [Cf. *supra*, **4**, págs. 162 y sigs.]

* {«*Das Unbewusst*»: En general, hemos traducido «*lo* inconciente», salvo en los casos en que (como aquí) el texto se refiere al «sistema

guno a la conciencia *si no es por vía del preconciente*, al pasar por el cual su proceso de excitación tiene que sufrir modificaciones.[11]

Ahora bien, ¿en cuál de estos sistemas situamos el envión para la formación del sueño? Para simplificar, lo hacemos en el sistema *Icc.* Claro que en ulteriores elucidaciones llegaremos a saber que esto no es del todo correcto y que la formación del sueño se ve precisada a anudarse con pensamientos oníricos que pertenecen al sistema del preconciente [pág. 554]. Pero en otro lugar, cuando tratemos del deseo onírico, nos enteraremos de que la fuerza impulsora del sueño es aportada por el *Icc* [pág. 553]; y a causa de este último factor adoptamos ahora el supuesto de que el sistema inconciente es el punto de partida para la formación del sueño. Como todas las otras formaciones de pensamiento, esta excitación onírica exteriorizará el afán de proseguirse dentro del *Prcc* y alcanzar desde ahí el acceso a la conciencia.

La experiencia nos enseña que durante el día la censura de la resistencia les ataja a los pensamientos oníricos este camino que lleva a la conciencia pasando por el preconciente. En la noche se abren el acceso a la conciencia, pero debemos averiguar por qué camino y merced a qué alteración. Si ello les fuese posibilitado por el hecho de que a la noche disminuye la resistencia que monta guardia en la frontera entre inconciente y preconciente, recibiríamos en el material de nuestras representaciones unos sueños que no mostrarían el carácter alucinatorio que ahora nos interesa.

Por eso la disminución de la censura entre los dos sistemas *Icc* y *Prcc* sólo puede explicar formaciones oníricas del

inconciente», donde recurrimos al artículo masculino. Esto implica cierta cuota de interpretación, pues el término alemán siempre es neutro, como lo son también «*das Bewusstsein*» («la conciencia») y «*das Vorbewusst*» («lo preconciente»; en este caso también aplicamos el criterio antes expuesto). Lo importante es advertir que no corresponde asociar este problema del género gramatical con el de averiguar si para Freud «inconciente» es cualidad o cosa; esto último debe discernirse por el contexto. La aclaración no es ociosa, pues en castellano el artículo neutro sugiere una cualidad, lo que no es válido para el alemán.}

11 [*Nota agregada* en 1919:] La ulterior ampliación de este esquema de desenvolvimiento lineal deberá incluir el supuesto de que el sistema que sigue al *Prcc* es aquel al que tenemos que adscribir la conciencia, vale decir, *P* = *Cc.* [Cf. *infra*, págs. 603 y sigs. Para un tratamiento más completo de esto, véase «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (Freud, 1917*d*). — El último «esquema» del aparato psíquico, que Freud presentó por primera vez en el capítulo II de *El yo y el ello* (1923*b*), y repitió (con algunas modificaciones) en la 31ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), insiste más en la estructura que en la función.]

tipo de «*Autodidasker*», pero no sueños como el del *niño que se abrasa*, que nos propusimos como problema al comienzo de estas indagaciones.

Lo que ocurre en el sueño alucinatorio no podemos describirlo de otro modo que diciendo lo siguiente: La excitación toma un camino *de reflujo* {*rückläufig*}. En lugar de propagarse hacia el extremo motor del aparato, lo hace hacia el extremo sensorial, y por último alcanza el sistema de las percepciones. Si a la dirección según la cual el proceso psíquico se continúa en la vigilia desde el inconciente la llamamos *progrediente* {*progredient*}, estamos autorizados a decir que el sueño tiene carácter *regrediente* {*regredient*}.[12]

Esta regresión {*Regression*} es entonces, con seguridad, una de las peculiaridades psicológicas del proceso onírico; pero no tenemos derecho a olvidar que no es propia exclusivamente de los sueños. También el recordar deliberado y otros procesos parciales de nuestro pensamiento normal corresponden a una marcha hacia atrás {*Rückschreiten*} dentro del aparato psíquico desde algún acto complejo de representación hasta el material en bruto de las huellas mnémicas que está en su base. Pero en la vigilia esta retrogresión {*Zurückgreifen*} no va más allá de las imágenes mnémicas; no puede producir la animación alucinatoria de las imágenes perceptivas. ¿Por qué ocurre de otro modo en el sueño? Cuando hablamos del trabajo de condensación no pudimos evitar el supuesto de que las intensidades adheridas a las representaciones son trasferidas íntegramente de una a otra por obra del trabajo del sueño.[13] Probablemente sea esta modificación del proceso psíquico corriente la que posibilita que el sistema de las *P* se invista hasta la plena vivacidad sensorial en la dirección inversa, partiendo de los pensamientos.

[12] [*Nota agregada* en 1914:] La primera referencia al factor de la regresión se encuentra ya en Alberto Magno. La *imaginatio*, nos dice, construye al sueño a partir de las imágenes conservadas de los objetos sensibles. El proceso es el inverso del que se consuma en la vigilia. (Citado por Diepgen, 1912, pág. 14.) — Hobbes escribe en el *Leviatán* (1651, parte I, capítulo 2): «*In sum, our dreams are the reverse of our waking imaginations, the motion, when we are awake, beginning at one end, and when we dream at another*» {«En suma, nuestros sueños son lo inverso de nuestras imaginaciones de la vigilia, pues cuando estamos despiertos el movimiento comienza en uno de los extremos, y cuando dormimos, en el otro»}. (Citado por Havelock Ellis, 1911*a*, pág. 109.) — [Breuer, en *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895), *AE*, **2**, pág. 201, se había referido, en relación con las alucinaciones, a una «excitación "retrocedente" del aparato perceptivo —o sea, desde el órgano de la memoria— por unas representaciones».]

[13] [Cf. *supra*, **4**, págs. 334-5.]

Espero que estemos muy lejos de engañarnos acerca del alcance de estas elucidaciones. Nos hemos limitado a dar un nombre a un fenómeno cuya explicación no alcanzamos. Así, llamamos «regresión» al hecho de que en el sueño la representación vuelve a mudarse en la imagen sensorial de la que alguna vez partió. Pero este paso exige justificación. ¿Para qué poner un nombre si ello no nos enseña nada nuevo? Es que a mi juicio el nombre de «regresión» nos sirve en la medida en que anuda ese hecho por nosotros conocido al esquema del aparato anímico provisto de una dirección. Ahora bien, en este punto obtenemos la primera recompensa por haber establecido ese esquema. En efecto, otra peculiaridad de la formación del sueño se nos hará inteligible sin nueva meditación y únicamente con el auxilio del esquema. Si consideramos al proceso del sueño como una regresión en el interior de ese aparato anímico que hemos supuesto, se nos explica sin más el hecho, comprobado empíricamente, de que a raíz del trabajo del sueño todas las relaciones lógicas entre los pensamientos oníricos se pierden o sólo hallan expresión trabajosa.[14] De acuerdo con nuestro esquema, esas relaciones entre pensamientos no están contenidas en los primeros sistemas *Mn*, sino en otros, situados mucho más adelante, y por eso en la regresión tienen que quedar despojados de todo medio de expresarse, excepto el de las imágenes perceptivas. *La ensambladura de los pensamientos oníricos es resuelta, por la regresión, en su material en bruto.*

Pero, ¿qué alteración posibilita esa regresión imposible durante el día? Aquí nos daremos por satisfechos con conjeturas. Muy bien puede tratarse de alteraciones en las investiduras energéticas de los sistemas singulares, en virtud de las cuales ellos se vuelven más o menos transitables para el decurso de la excitación; no obstante, en un aparato de esta índole, idéntico efecto para el camino de la excitación podrían tener otras clases de modificaciones. Enseguida se piensa, desde luego, en el estado del dormir y en las alteraciones de investidura que provoca en el extremo sensorial del aparato. Durante el día hay una corriente continua desde el sistema ψ de las *P* hasta la motilidad; ella cesa durante la noche y ya no podría oponer impedimento alguno a una contracorriente de la excitación. Esta sería la «clausura del mundo exterior» que en la teoría de algunos autores pretende aclarar los caracteres psicológicos del sueño.[15] Entretanto será preciso atender, para explicar la regresión del sue-

[14] [Cf. *supra*, **4**, págs. 317-8.]
[15] Cf. [*supra*, **4**] pág. 75.

ño, a aquellas otras regresiones que se producen en estados patológicos de la vigilia. En el caso de estas formas, desde luego, la perspectiva que acabamos de dar no nos sirve. La regresión se produce a pesar de una corriente sensorial ininterrumpida en la dirección progrediente.

Respecto de las alucinaciones de la histeria y de la paranoia, y de las visiones de personas normales, puedo dar este esclarecimiento: de hecho corresponden a regresiones, es decir, son pensamientos mudados en imágenes, y sólo experimentan esa mudanza los pensamientos que mantienen íntima vinculación con recuerdos sofocados o que han permanecido inconcientes. Por ejemplo, a uno de mis histéricos más jóvenes, un muchacho de doce años, no le dejan dormirse unos «*rostros verdes de ojos rojos*», que lo espantan. Fuente de este fenómeno es el recuerdo sofocado, pero una vez conciente, de un chico a quien veía a menudo cuatro años antes y que le ofrecía un cuadro atemorizador de muchos vicios infantiles, entre ellos el del onanismo, que él mismo se reprocha ahora con posterioridad {*nachträglich*}. La mamá había apuntado entonces que ese chico malcriado tenía la tez de color *verde* y ojos *rojos* (vale decir, *enrojecidos*). De ahí el espectro aterrador que, por lo demás, sólo está destinado a recordarle otra profecía de la mamá, a saber, que tales niños se vuelven cretinos, no pueden aprender nada en la escuela y mueren pronto. Nuestro pequeño paciente hace que una parte de esa profecía se cumpla; no avanza en la escuela y, como lo muestra la escucha de sus ocurrencias involuntarias, la segunda parte lo aterroriza. Puedo agregar que, al cabo de poco tiempo, el tratamiento dio por resultado que él pudiese dormir, perdiese su estado de angustia y terminara el año escolar con mención de honor.

Aquí puedo traer a cuento cómo se resolvió una visión que me contó una histérica de cuarenta años, del tiempo en que estaba sana. Una mañana abrió los ojos y vio en la habitación a su hermano, a pesar de que, como bien sabía, él se encontraba en el manicomio. Su hijito dormía en la cama junto a ella. Para que el niño no se *espantase* ni le viniesen *convulsiones* viendo a su *tío*, lo cubrió con la *sábana*, y entonces se esfumó el aparecido. Esta visión es la refundición de un recuerdo infantil de la dama, que por cierto fue conciente, pero en su interioridad mantenía la más íntima relación con todo un material inconciente. Su niñera le había contado que su madre, fallecida muy prematuramente (ella tenía apenas un año y medio en el momento de la muerte), había sufrido *convulsiones* epilépticas o histéricas a consecuencia de un *susto* que le provocó su hermano (el *tío* de

mi paciente) apareciéndosele como un fantasma con una *sábana* sobre la cabeza. La visión contiene los mismos elementos que el recuerdo: la aparición del hermano, la sábana, el susto y su efecto. Pero estos elementos se han ordenado en una nueva trama y se han trasferido a otras personas. El motivo manifiesto de la visión, el pensamiento al que esta sustituye, es la preocupación de que su hijito, físicamente tan parecido a su tío, hubiese de sufrir el mismo destino que él.

Los dos ejemplos que acabo de mencionar no están libres de relación con el estado del dormir, y por eso quizá sean inapropiados para probar lo que busco. Por eso remito a mi análisis de una paranoica con alucinaciones [16] y a los resultados de mis estudios, todavía inéditos, sobre la psicología de las psiconeurosis,[17] a fin de ratificar que en estos casos de mudanza regrediente del pensamiento no es posible descuidar el influjo de un recuerdo sofocado o que ha permanecido inconciente, las más de las veces infantil. A los pensamientos que están en conexión con él, impedidos de expresarse a causa de la censura, este recuerdo por así decir los arrastra consigo a la regresión, en cuanto es aquella forma de figuración en que él mismo tiene existencia psíquica. Puedo aducir aquí, como un resultado de los *Estudios sobre la histeria*,[18] que las escenas infantiles (sean ellas recuerdos o fantasías), cuando se logra hacerlas concientes, son vistas de manera alucinatoria y sólo al comunicarlas se borra este carácter. Es también sabido que aun en personas que no suelen tener memoria visual los recuerdos más tempranos de la infancia conservan, hasta edad avanzada, el carácter de la vivacidad sensorial.

Ahora bien, si tenemos presente el papel que en los pensamientos oníricos desempeñan las vivencias infantiles o las fantasías fundadas en ellas, la frecuencia con que sus fragmentos reaparecen en el contenido del sueño, y el hecho de que los deseos oníricos mismos hartas veces derivan de ahí, no podremos rechazar, respecto del sueño, la posibilidad de que la mudanza de pensamientos en imágenes visuales sea en parte consecuencia de la *atracción* que sobre el pensamiento desconectado de la conciencia y que lucha por expresarse ejerce el recuerdo, figurado visualmente, que pugna por ser reanimado. Según esta concepción, el sueño puede

16 «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896*b*) [*AE*, **3**, págs. 175 y sigs.].

17 [Nunca publicados con ese título.]

18 [Breuer y Freud, 1895; véase, por ejemplo, el primer historial clínico expuesto por Breuer (*AE*, **2**, págs. 47 y sigs.).]

describirse también como *el sustituto de la escena infantil, alterado por trasferencia a lo reciente.* La escena infantil no puede imponer su renovación; debe conformarse con regresar como sueño.

La referencia al significado {valor} por así decir paradigmático de las escenas infantiles (o de sus repeticiones fantaseadas) para el contenido del sueño vuelve superfluo uno de los supuestos que Scherner y sus discípulos hicieron acerca de las fuentes internas de estímulo. Scherner [1861] supone un estado de «estímulo visual», de excitación interna en el órgano de la visión, toda vez que los sueños muestran una vivacidad particular o una abundancia notable en sus elementos visuales.[19] No hace falta que nos revolvamos contra esa hipótesis; bastaría con que postulásemos un estado de excitación tal meramente para el sistema perceptivo psíquico del órgano de la visión, pero sosteniendo que ese estado de excitación es producido por el recuerdo, es el refrescamiento de una excitación visual que en su momento fue actual. En mi experiencia propia no dispongo de ningún ejemplo bueno sobre semejante influencia de un recuerdo infantil; en general, mis sueños poseen menor riqueza de elementos sensoriales que la que me veo llevado a apreciar en los de otras personas; pero en el sueño más hermoso y vívido que he tenido estos últimos años me resulta fácil reconducir la nitidez alucinatoria del contenido a cualidades sensoriales de impresiones recientes o habidas no mucho ha. En las páginas 461 y siguientes mencioné un sueño en que el azul profundo del agua, el color pardo del humo que despedían las chimeneas de los barcos y el marrón oscuro y el rojo de las construcciones que yo vi me dejaron una profunda impresión. Este sueño debería atribuirse a un estímulo visual, si es que alguno ha de serlo. ¿Y qué había puesto a mi órgano visual en ese estado de estimulación? Una impresión reciente que se sumó a una serie de impresiones anteriores. Los colores que vi eran, en primer lugar, los del juego de ladrillos con que el día anterior al sueño mis hijos habían realizado una grandiosa construcción que me hicieron admirar. Ahí se veía el mismo rojo oscuro en los ladrillos grandes, y el azul y el marrón en los pequeños. Y a ello se sumaron las impresiones cromáticas de mis últimos viajes a Italia: el hermoso azul del Isonzo y de la laguna, y el marrón del Carso.[20] La belleza cromática del sueño no era sino una repetición de lo visto en el recuerdo.

19 [Cf. *supra*, **4**, pág. 239.]
20 [Comarca de mesetas calcáreas cerca de Trieste.]

Resumamos lo que llevamos averiguado acerca de esta peculiaridad del sueño que consiste en trasvasar su contenido de representaciones a imágenes sensoriales. A este carácter del trabajo del sueño no lo hemos explicado, por ejemplo reconduciéndolo a leyes conocidas de la psicología, sino que lo destacamos como algo que apunta a constelaciones desconocidas y lo distinguimos mediante el nombre de «carácter *regrediente*». Hemos dicho que esta regresión es, dondequiera que aparece, un efecto de la resistencia que se opone a la penetración del pensamiento en la conciencia por la vía normal, así como de la simultánea atracción que sobre él ejercen recuerdos que subsisten con vivacidad sensorial.[21] En los sueños quizá contribuye a hacer más fácil la regresión el cese de la corriente progrediente que durante el día parte de los órganos sensoriales, factor auxiliar este que en las otras formas de regresión tiene que ser compensado por el fortalecimiento de los otros motivos para ella. No queremos dejar de apuntar que en estos casos patológicos de regresión, así como en el sueño, el proceso de la trasferencia de energía podría ser diverso que en las regresiones de la vida anímica normal, pues en virtud de él se posibilita [en los casos patológicos y en el sueño] una total investidura alucinatoria de los sistemas perceptivos. Lo que en el análisis del trabajo del sueño hemos descrito como el «miramiento por la figurabilidad» podría ser referido a la *atracción selectiva* de las escenas visualmente recordadas y con las cuales los pensamientos oníricos entran en contacto.

Acerca de la regresión,[22] queremos observar aún que en la teoría de la formación del síntoma neurótico desempeña un papel no menos importante que en la del sueño. Distinguimos entonces tres modos de regresión: *a*) una regresión *tópica*, en el sentido del esquema aquí desarrollado de los sistemas ψ; *b*) una regresión *temporal*, en la medida en que se trata de una retrogresión a formaciones psíquicas más antiguas, y *c*) una regresión *formal*, cuando modos de expresión y de figuración primitivos sustituyen a los habituales. Pero en el fondo los tres tipos de regresión son uno solo y

[21] [*Nota agregada* en 1914:] En una exposición de la doctrina de la represión habría que puntualizar que un pensamiento cae en la represión por la influencia aunada de dos factores sobre él. Es repelido de una parte (por la censura de la *Cc*) y atraído de la otra (por el *Icc*), de la misma manera que la gente es llevada hasta la cima de la Gran Pirámide. [*Agregado* en 1919:] Véase mi trabajo sobre «La represión» (1915*d*) [en especial, las páginas iniciales].

[22] [Este párrafo se agregó en 1914.]

en la mayoría de los casos coinciden, pues lo más antiguo en el tiempo es a la vez lo primitivo en sentido formal y lo más próximo al extremo perceptivo dentro de la tópica psíquica.[23]

Tampoco podemos abandonar el tema de la regresión en el sueño[24] sin formular una impresión que ya se nos había impuesto repetidas veces y que habrá de retornar con más fuerza luego de profundizar en el estudio de las psiconeurosis: El soñar en su conjunto es una regresión a la condición más temprana del soñante, una reanimación de su infancia, de las mociones pulsionales que lo gobernaron entonces y de los modos de expresión de que disponía. Tras esta infancia individual, se nos promete también alcanzar una perspectiva sobre la infancia filogenética, sobre el desarrollo del género humano, del cual el del individuo es de hecho una repetición abreviada, influida por las circunstancias contingentes de su vida. Entrevemos cuán acertadas son las palabras de Nietzsche: en el sueño «sigue actuándose una antiquísima veta de lo humano que ya no puede alcanzarse por un camino directo»; ello nos mueve a esperar que mediante el análisis de los sueños habremos de obtener el conocimiento de la herencia arcaica del hombre, lo que hay de innato en su alma. Parece que sueño y neurosis han conservado para nosotros de la antigüedad del alma más de lo que podríamos suponer, de suerte que el psicoanálisis puede reclamar para sí un alto rango entre las ciencias que se esfuerzan por reconstruir las fases más antiguas y oscuras de los comienzos de la humanidad.

Es bien posible que esta primera parte de nuestra apreciación psicológica del sueño no nos haya dejado demasiado satisfechos. Consolémonos reparando en que nos vemos precisados a edificar desde las tinieblas. Si no andamos por completo descaminados, otros puntos de abordaje nos llevarán aproximadamente a la misma región, en la cual quizá podremos luego orientarnos mejor.

[23] [Cf. «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (Freud, 1917*d*), *AE*, **14**, pág. 226. Allí se modifica en parte lo enunciado en este párrafo.]
[24] [Este párrafo se agregó en 1919.]

C. Acerca del cumplimiento de deseo

El sueño del niño que se abrasa, que expusimos al comienzo de este capítulo, nos da una bienvenida oportunidad para apreciar ciertas dificultades con que choca la doctrina del cumplimiento de deseo. Todos hemos recibido con asombro, sin duda, la afirmación de que el sueño no es otra cosa que un cumplimiento de deseo, y quizá no únicamente por la contradicción que significa el sueño de angustia. Cuando por el análisis obtuvimos los primeros esclarecimientos y estos nos enseñaron que tras el sueño se ocultaban un sentido y un valor psíquico, en modo alguno habríamos esperado una precisión tan unívoca de ese sentido. Según la correcta pero harto escueta definición de Aristóteles, el sueño es el pensar que se continúa en el estado del dormir —y en tanto se duerme—.[1] Ahora bien, si durante el día nuestro pensamiento crea actos psíquicos tan variados —juicios, razonamientos, refutaciones, expectativas, designios, etc.—, ¿por qué estaría obligado por la noche a restringirse con exclusividad a la producción de deseos? ¿Acaso no son muchos los sueños que mudan en forma de sueño un acto psíquico de otra índole, por ejemplo, una preocupación? ¿Y el sueño particularmente trasparente con que encabezamos este capítulo, el sueño del padre, no es uno de ellos? Del fulgor que hiere sus ojos mientras duerme, él extrae la preocupada conclusión de que una vela se ha caído y pudo poner fuego al cadáver; mudó esta inferencia en un sueño vistiéndola como una situación percibida por los sentidos y en tiempo presente. ¿Qué papel desempeña en esto el cumplimiento de deseo? ¿Acaso puede desconocerse aquí el imperio del pensamiento que se continúa desde la vigilia o que fue incitado por la nueva impresión sensorial?

Todo esto es atinado y nos obliga a estudiar de más cerca el papel del cumplimiento de deseo en el sueño y el valor {*Bedeutung*} de los pensamientos de vigilia que se continúan durante el dormir.

Precisamente el cumplimiento de deseo ya nos movió a separar los sueños en dos grupos. Hallamos sueños que se presentaban de manera franca como cumplimiento de deseo, y otros en que este era irreconocible y a menudo ocultado por todos los medios. En estos últimos discernimos las operaciones de la censura onírica. A los sueños de deseo no des-

1 [Cf. *supra*, **4**, pág. 30.]

figurados los encontramos sobre todo en los niños; y *breves* sueños de deseo francos *parecen* —recalco esta reserva— ocurrir también en adultos.

Ahora podemos preguntar de dónde proviene en cada caso el deseo que se realiza en el sueño. Pero, ¿a qué oposición o a qué diversidad referimos este «de dónde»? A mi juicio, a la oposición entre la vida diurna devenida conciente y una actividad psíquica que permanece inconciente y que sólo puede hacerse notable durante la noche. Hallo tres posibilidades para la génesis de un deseo: 1) Puede haberse excitado durante el día sin obtener satisfacción a causa de condiciones exteriores; así queda pendiente para la noche un deseo admitido y no tramitado. 2) Puede haber emergido de día, pero topándose con una desestimación; queda pendiente, pues, un deseo no tramitado pero que fue sofocado. 3) Puede carecer de relación con la vida diurna y contarse entre aquellos deseos que sólo de noche se ponen en movimiento en nosotros desde lo sofocado. Si ahora recurrimos a nuestro esquema del aparato psíquico, localizamos un deseo de la primera clase en el sistema *Prcc*; del deseo de la segunda clase suponemos que fue esforzado hacia atrás {*zurückdrängen*}, del sistema *Prcc* al *Icc*, y si es que se ha conservado, lo ha hecho sólo ahí; y de la moción de deseo de la tercera clase creemos que es de todo punto incapaz de trasponer el sistema del *Icc*. Ahora bien, ¿tienen los deseos de estas diversas fuentes la misma significatividad para el sueño, el mismo poder de incitar un sueño?

Una revisión de los sueños de que disponemos para responder a esta pregunta nos indica, primero, que hemos de agregar como cuarta fuente del deseo del sueño las mociones de deseo actuales, que se despiertan durante la noche (v. gr., por el estímulo de la sed o la necesidad sexual). Después, nos parece probable que la procedencia del deseo onírico en nada modifique su capacidad para provocar un sueño. Me viene a la memoria el sueño de la pequeña que prosiguió el viaje por el lago, interrumpido de día, y los sueños infantiles que comuniqué junto con ese;[2] ellos se explican por un deseo del día, no cumplido, pero no sofocado. Ejemplos de un deseo sofocado durante el día que se abre paso en el sueño pueden señalarse muchos; agregaré ahora uno de este tipo, en extremo simple. Lo tuvo una dama de espíritu algo burlón, una de cuyas amigas, más joven, se había comprometido. A lo largo del día sus amistades le preguntaron si conocía al novio y qué juicio le merecía, y ella

[2] [Cf. *supra*, **4**, págs. 147 y sigs.]

respondió cada vez elogiándolo sin tasa; así imponía silencio a su juicio, pues de buena gana habría dicho la verdad: «*Es un hombre adocenado*».* A la noche soñó que le hacían esa misma pregunta y ella respondía con la fórmula: «*Para nuevos pedidos basta indicar el número*». Por último, que en todos los sueños sometidos a la desfiguración el deseo proviene del inconciente y no pudo percibirse durante el día, lo sabemos como resultado de innumerables análisis. Así, a primera vista, todos los deseos parecen tener el mismo valor y el mismo poder para la formación del sueño.

No puedo probar aquí que las cosas son en verdad muy distintas, pero me inclino mucho a suponer un condicionamiento más estricto del deseo onírico. Los sueños infantiles, es cierto, no nos dejan duda alguna de que un deseo no tramitado durante el día puede ser el excitador del sueño. Pero no debe olvidarse que se trata del deseo de un niño, de una moción de deseo con la fuerza propia de lo infantil. Me resulta por completo dudoso que un deseo no cumplido durante el día baste para producir un sueño en un adulto. Paréceme, más bien, que a medida que vamos dominando nuestra vida pulsional mediante la actividad del pensamiento renunciamos cada vez más, por inútil, a la formación o conservación de deseos tan intensos como los que el niño conoce. Quizá se hagan valer en esto diferencias individuales, y unos conserven más tiempo que otros el tipo infantil de los procesos anímicos, diferencias como las que existen también respecto del debilitamiento del modo de representación originario, que es por imágenes nítidas. Pero en general, creo yo, en el adulto el deseo que quedó pendiente de cumplimiento durante el día no basta para crear un sueño. Concedo de buen grado que la moción de deseo que proviene de lo conciente habrá de contribuir a incitar el sueño, pero probablemente nada más. El sueño no se engendraría si el deseo preconciente no supiese ganarse un refuerzo de otra parte.

¿De dónde? Del inconciente. *Me imagino las cosas así: el deseo conciente sólo deviene excitador de un sueño si logra despertar otro deseo paralelo, inconciente, mediante el cual se refuerza.* A estos deseos inconcientes los considero, de acuerdo con las indicaciones que he recogido en el psicoanálisis de las neurosis, como siempre alertas, dispuestos en todo momento a procurarse expresión cuando se les ofrece la oportunidad de aliarse con una moción de lo conciente y de trasferir su mayor intensidad a la menor intensidad de

* {«*Dutzendmensch*», «de los que hay o se venden por docena»; véase lo que sigue.}

esta.[3] Entonces tiene que parecer como si sólo el deseo conciente se hubiera realizado en el sueño; únicamente un pequeño detalle llamativo en la configuración de este nos servirá de indicio para ponernos sobre la pista del poderoso auxiliar que viene del inconciente. Estos deseos siempre alertas, por así decir inmortales, de nuestro inconciente, que recuerdan a los *titanes* de la saga sepultados desde los tiempos primordiales bajo las pesadas masas rocosas que una vez les arrojaron los dioses triunfantes, y que todavía ahora, de tiempo en tiempo, son sacudidas por las convulsiones de sus miembros; estos deseos que se encuentran en estado de represión, decía, son ellos mismos de procedencia infantil, como nos lo ha enseñado el estudio psicológico de las neurosis. Querría por eso tachar el enunciado que formulé antes [pág. 544], a saber, que la procedencia del deseo onírico es indiferente, y sustituirlo por este otro: *El deseo que se figura en el sueño tiene que ser un deseo infantil.* Por tanto, en el adulto proviene del *Icc*; en el niño, en quien la separación y la censura entre *Prcc* e *Icc* todavía no existen o sólo están constituyéndose poco a poco, es un deseo incumplido, no reprimido, de la vida de vigilia. Yo sé que esta intuición no puede probarse en general; pero afirmo que puede probársela muchas veces, aun donde no se lo habría sospechado, y no puede ser refutada en general.

A las mociones de deseo que restan de la vida conciente de vigilia les asigno, entonces, un papel secundario en la formación del sueño. No quiero concederles otro que, por ejemplo, el que respecto del contenido del sueño cumple el material de sensaciones actuales sobrevenidas mientras se duerme (cf. [4] págs. 240-1). Me atengo a la línea que me prescribe esta argumentación cuando ahora paso a considerar las otras incitaciones psíquicas que restan de la vida diurna y que no son deseos. Puede ocurrir que logremos, cuando decidimos dormirnos, el cese provisional de las investiduras energéticas de nuestro pensamiento de vigilia. El que puede

[3] Comparten este carácter de la indestructibilidad con todos los otros actos anímicos realmente inconcientes, vale decir, los que pertenecen con exclusividad al sistema *Icc*. Son vías facilitadas de una vez por todas, que nunca quedan desiertas y que llevan a la descarga el proceso de la excitación cada vez que se reinviste la excitación inconciente. Para servirme de un símil: sólo pueden ser aniquiladas de la misma manera que las sombras del mundo subterráneo en *La Odisea*, que cobraban nueva vida tan pronto como bebían sangre. Los procesos que dependen del sistema preconciente son destructibles en un sentido muy diferente. Sobre esta diferencia se basa la psicoterapia de las neurosis. [Cf. *infra*, pág. 569.]

hacerlo bien es un buen durmiente; el primer Napoleón parece haber sido un modelo de este género. Pero no siempre lo logramos, y no siempre por completo. Problemas no solucionados, preocupaciones martirizantes, un excesivo aflujo de impresiones, hacen que la actividad de pensamiento prosiga también mientras dormimos y mantenga procesos anímicos dentro del sistema que denominamos «preconciente». Y si debemos trazar una clasificación de estas mociones de pensamiento que se continúan mientras dormimos, podemos consignar los siguientes grupos: 1) lo que durante el día, a causa de una coartación contingente, no se llevó hasta el final; 2) lo que por desfallecimiento de nuestra capacidad de pensar quedó sin tramitar, lo no solucionado; 3) lo rechazado y sofocado durante el día. A ello se suma, como un poderoso grupo: 4) lo que por el trabajo de lo preconciente fue alertado durante el día en nuestro *Icc*; y por último, podemos agregar como otro grupo: 5) las impresiones del día que nos resultaron indiferentes y por eso quedaron sin tramitar.

Las intensidades psíquicas que son introducidas en el estado del dormir por estos restos de la vida diurna, sobre todo por los del grupo de lo no solucionado, no han de ser tenidas a menos. Es seguro que también durante la noche estas excitaciones pugnan por expresarse, y con igual seguridad podemos suponer que el estado del dormir imposibilita el avance habitual del proceso de excitación en el interior del preconciente y su terminación por el devenir-conciente. En la medida en que también durante la noche podemos hacernos concientes de nuestros procesos de pensamiento por el camino normal, en esa misma medida dejamos de estar dormidos. No sé indicar la alteración que el estado del dormir provoca en el sistema *Prcc*;[4] pero es indudable que la característica psicológica del dormir ha de buscarse, en lo esencial, en las alteraciones de investidura de este sistema en particular, que también gobierna el acceso a la motilidad, paralizada mientras se duerme. Por oposición a esto, yo no sabría indicar nada en la psicología del sueño que nos obligue a suponer que el dormir altera en las condiciones del sistema *Icc* algo que no sea secundario. A la excitación nocturna en el interior del *Prcc* no le queda entonces otro camino que el que toman las excitaciones de deseo que provienen del *Icc*; tiene que buscar un refuerzo

[4] [*Nota agregada* en 1919:] He procurado penetrar en el conocimiento de la situación imperante en el estado del dormir y de las condiciones de la alucinación en mi ensayo «Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d*).

de lo *Icc* y acompañar en sus rodeos a las excitaciones inconcientes. Ahora bien, ¿cómo se sitúan los restos diurnos preconcientes respecto del sueño? Es indudable que penetran abundantemente en él, que aprovechan su contenido para abrirse paso hasta la conciencia también durante la noche; y aun a veces llegan a dominar el contenido del sueño y lo fuerzan a proseguir el trabajo diurno; es también seguro que los restos diurnos pueden tener cualquier otro carácter, no sólo el de deseos; pero es en extremo instructivo, y decisivo para la doctrina del cumplimiento de deseo, ver la condición a que tienen que adecuarse a fin de hallar acogida en el sueño.

Tomemos uno de los ejemplos de sueño ya consignados, aquel en que mi amigo Otto se me apareció con los signos de la enfermedad de Basedow (cf. [4] págs. 277 y sigs.). Durante el día me había entrado una preocupación motivada por el semblante de Otto, y la sentí mucho, como a todo lo que atañe a su persona. Ella me persiguió, puedo suponerlo, aun dormido. Es probable que yo quisiera averiguar lo que podría aquejarle. Y a la noche ese cuidado se expresó en el sueño que comuniqué, cuyo contenido, en primer lugar, era disparatado y, en segundo lugar, no respondía a ningún cumplimiento de deseo. Pero entonces empecé a rebuscar el origen de esa expresión inadecuada de la preocupación que había sentido durante el día, y por el análisis hallé un nexo, pues a él lo identificaba con un barón L., y a mí mismo, en cambio, con el profesor R. ¿Por qué debí escoger precisamente este sustituto del pensamiento onírico? Había una sola explicación. A identificarme con el profesor R. debía de estar yo siempre dispuesto en el *Icc*, pues ello cumplía uno de los deseos infantiles imperecederos, el deseo de la manía de grandeza. Desagradables pensamientos en relación con mi amigo, seguramente desestimados durante el día, habían aprovechado la oportunidad para colarse en la figuración, pero también el cuidado del día había alcanzado una suerte de expresión a través de un sustituto en el contenido del sueño.[5] El pensamiento diurno, que en sí no era un deseo, sino al contrario una preocupación, tuvo que procurarse por algún camino el anudamiento con un deseo infantil sofocado y ahora inconciente, que le permitió después, aunque convenientemente modificado, «nacer» para la conciencia. Y cuanto más dominante fuera ese cuidado, tanto más forzado podía ser el enlace que se estableciera; no hacía falta que hubiera nexo alguno entre

[5] [Cf. *supra*, 4, pág. 275.]

el contenido del deseo y el de la preocupación, y en nuestro ejemplo no lo había tampoco.

Quizá sea oportuno [6] tratar esta misma cuestión en la forma de un examen del modo en que el sueño se comporta cuando se le ofrece en los pensamientos oníricos un material que es todo lo contrario de un cumplimiento de deseo, vale decir, cuidados fundados, consideraciones dolorosas, penosas intelecciones. La diversidad de los resultados posibles puede articularse del siguiente modo: *a*) El trabajo del sueño consigue sustituir todas las representaciones penosas por sus contrarias y sofocar los afectos displacenteros correspondientes. Esto da por resultado un sueño de satisfacción puro, un «cumplimiento de deseo» palpable en el que no parece preciso elucidar nada más. *b*) Las representaciones penosas, modificadas en mayor o menor medida, pero bien reconocibles, alcanzan el contenido manifiesto del sueño. Este es el caso que mueve a dudar de la teoría del deseo con relación al sueño y que reclama ulterior examen. Estos sueños de contenido penoso pueden sentirse como indiferentes, pueden traer consigo todo el afecto penoso que parece justificado por su contenido de representaciones, o aun provocar el despertar por un desarrollo de angustia.

El análisis demuestra que también estos sueños de displacer son cumplimientos de deseo. Un deseo inconciente y reprimido cuyo cumplimiento no podía ser sentido por el yo del soñante sino como penoso se valió de la oportunidad que le ofrecían los restos diurnos penosos que seguían investidos, les prestó su apoyo y así los hizo soñables. Pero mientras que en el caso *a* el deseo inconciente coincidía con el deseo conciente, en el caso *b* se hace patente la divergencia entre lo inconciente y lo conciente —lo reprimido y el yo— y se realiza la situación del cuento de los tres deseos que el hada concedió a la pareja (cf. *infra*, pág. 572*n.*). La satisfacción por el cumplimiento del deseo reprimido puede resultar tan grande que equilibre los afectos penosos adheridos a los restos diurnos [cf. pág. 468]; el sueño presenta entonces un tono afectivo indiferente, aunque por una parte es el cumplimiento de un deseo y, por otra, el de una aprensión. O puede suceder que el yo durmiente participe con mayor amplitud en la formación del sueño, reaccione con violenta indignación frente a la satisfacción procurada del deseo reprimido y aun ponga fin al sueño mediante la an-

[6] [Este párrafo y los dos siguientes se agregaron en 1919.]

gustia. No es difícil entonces reconocer que los sueños de displacer y los de angustia son cumplimientos de deseo, en el sentido de nuestra teoría, con igual título que los sueños de satisfacción lisa y llana.

Los sueños de displacer pueden ser también *«sueños punitorios»*. [Cf. págs. 470 y sigs.] Ha de concederse que admitiéndolos se agrega en cierto sentido algo nuevo a la teoría del sueño. Lo que con ellos se cumple es igualmente un deseo inconciente, el de un castigo del soñante a causa de una moción de deseo no permitida, reprimida. En esa medida tales sueños se adecuan al requisito que nosotros sustentamos, a saber, que la fuerza impulsora para la formación del sueño tiene que ser proporcionada por un deseo oriundo de lo inconciente. Empero, una descomposición {análisis} psicológica más fina permite reconocer su diferencia con los otros sueños de deseo. En los casos del grupo *b*, el deseo inconciente, formador del sueño, pertenecía a lo reprimido; en los sueños punitorios también se trata de un deseo inconciente, pero no debe imputárselo a lo reprimido, sino al «yo». Los sueños punitorios indican, por tanto, la posibilidad de una participación todavía más extensa del yo en la formación del sueño. El mecanismo de la formación del sueño se vuelve en general más trasparente si la oposición entre «conciente» e «inconciente» es remplazada por la oposición entre «yo» y «reprimido». Pero esto no puede hacerse sin referencia a los procesos que ocurren en la psiconeurosis, y por eso no se lo llevó a cabo en este libro. Me limito a hacer notar que los sueños punitorios no están ligados en general a la condición de que los restos diurnos sean penosos. Más bien se engendran con la mayor facilidad bajo la premisa opuesta, a saber, cuando los restos diurnos son pensamientos de naturaleza satisfactoria, pero expresan satisfacciones no permitidas. Entonces, de estos pensamientos no llega al sueño manifiesto más que su opuesto directo, a semejanza de lo que ocurría en los sueños del grupo *a*. El carácter esencial de los sueños punitorios reside, por tanto, en que en ellos el formador del sueño no es el deseo inconciente que procede de lo reprimido (el sistema *Icc*), sino el deseo punitorio que reacciona contra aquel; este último pertenece al yo, aunque es también inconciente (es decir, preconciente).[7]

[7] [*Nota agregada* en 1930:] Este es el lugar en que habría que insertar el superyó, que fue un descubrimiento posterior del psicoanálisis. [Cf. pág. 473, *n.* 19. — Una clase de sueños que constituyen una excepción a la «teoría del deseo» (los que sobrevienen en

Quiero ilustrar con un sueño propio [8] algo de lo presentado aquí, sobre todo la manera en que el trabajo del sueño procede con un resto diurno de expectativas penosas:

Comienzo no nítido. *Digo a mi mujer que tengo una noticia para ella, algo muy particular. Ella se asusta y no quiere oír nada. Yo le aseguro que, por lo contrario, es algo que la pondrá muy contenta, y empiezo a contar que el cuerpo de oficiales ha enviado a nuestro hijo una suma de dinero (¿5.000 coronas?), . . . algo como por reconocimiento . . . distribución . . . En eso entro yo con ella en una pequeña habitación, como una despensa, para buscar algo. De pronto veo aparecer a mi hijo; no está de uniforme, sino más bien enfundado en un estrecho traje deportivo (¿como una foca?), con capucha pequeña. Se trepa sobre una cesta que se encuentra de costado junto a un armario, como para poner algo en él. Yo lo llamo; no hay respuesta. Me parece que tiene vendados el rostro o la frente, se acomoda algo en la boca, se introduce algo. También sus cabellos tienen un destello gris. Yo pienso: «¿Es posible que esté tan desmedrado? ¿Y tiene dientes postizos?».* Antes que pueda llamarlo de nuevo, me despierto sin angustia, pero con palpitaciones. Mi reloj de noche marca las dos y media.

Tampoco en este caso puedo comunicar un análisis completo. Me limito a destacar algunos de los puntos más decisivos. La ocasión del sueño la proporcionaron expectativas penosas del día; otra vez, había trascurrido más de una semana sin que tuviéramos noticias del que combatía en el frente. Fácil es advertir que en el contenido del sueño se expresa la convicción de que él está herido o ha caído en combate. Al comienzo del sueño se observa el enérgico esfuerzo para sustituir los pensamientos penosos por su contrario. Tengo para comunicar algo en extremo grato, algo sobre un envío de dinero, reconocimiento, distribución. (La suma de dinero proviene de un suceso alentador de mi práctica médica, y por tanto a toda costa quiere desviar del tema.) Pero este esfuerzo fracasa. La madre sospecha algo terrible y no quiere oír nada. Además, las vestiduras son demasiado delgadas. . . dondequiera se trasluce la alusión a lo que debe ser sofocado. Si nuestro hijo ha caído, sus camaradas nos devolverán sus pertenencias; lo que él deja, tendré

las neurosis traumáticas) es examinada por Freud en *Más allá del principio de placer* (1920*g*), *AE*, **18**, págs. 12-4, y en la 29ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*), *AE*, **22**, págs. 26-8.]

[8] [Este párrafo y los dos siguientes se agregaron como nota al pie en 1919, y se incorporaron al texto en 1930.]

que distribuirlo entre los hermanos y otros; reconocimientos se otorgan a menudo al oficial después de su «muerte heroica». El sueño pasa entonces a dar expresión directa a lo que primero quiso desmentir, aunque la tendencia al cumplimiento de deseo se hace notable aun a través de las desfiguraciones. (El cambio de lugar en este sueño ha de entenderse sin duda como «simbolismo del umbral» en el sentido de Silberer [1912; cf. *supra*, pág. 500].) Todavía no vislumbramos lo que presta al sueño la fuerza impulsora requerida para ello. Ahora bien, el hijo no aparece como alguien que «cae», sino como alguien que «trepa». Es que ha sido un osado montañista. No está de uniforme, sino en traje deportivo, vale decir, el accidente ahora temido es remplazado por uno anterior que sufrió haciendo deportes, cuando se cayó en una pista de esquí y se quebró la cadera. Pero la manera en que está vestido, tal que parece una foca, recuerda enseguida a alguien más joven, a nuestro travieso nietecito; los cabellos grises remiten al padre de este, nuestro yerno, duramente castigado por la guerra. ¿Qué significa esto? Pero basta; la localización en una despensa, el armario del que quiere sacar algo (poner algo, en el sueño), son alusiones inequívocas a un accidente que yo mismo me provoqué cuando tenía más de dos años y todavía no había cumplido los tres.[9] En la despensa me trepé a un taburete a fin de sacar algo bueno que estaba sobre un armario o sobre una mesa. El taburete se volteó y su borde me golpeó tras la mandíbula inferior. Habría podido romperme todos los dientes. Una admonición se insinúa en esto: «Te está bien empleado», como una moción hostil al gallardo guerrero. La profundización del análisis me permite hallar la moción escondida que pudo satisfacerse con el temido accidente de mi hijo. Es la envidia a la juventud, que los mayores creen haber extirpado de raíz; y es innegable que precisamente la fuerza de la emoción penosa en caso de que ese accidente realmente ocurriera hace salir a luz, como su sedante, ese cumplimiento de deseo reprimido.[10]

Ahora puedo definir con exactitud la significación que tiene el deseo inconciente respecto del sueño. Concedo que existe toda una clase de sueños cuya *incitación* proviene de manera predominante, y hasta exclusiva, de los restos de la vida diurna, y opino que aun mi deseo de llegar a ser por fin

9 [Cf. *supra*, **4**, págs. 43-4*n*.]

10 [El posible sentido telepático de este sueño es tratado brevemente en «Sueño y telepatía» (Freud, 1922*a*), *AE*, **18**, págs. 189-90.]

professor extraordinarius habría podido dejarme dormir en paz aquella noche si el cuidado por la salud de mi amigo no se hubiera conservado activo desde el día.[11] Pero ese cuidado no habría producido ningún sueño; la *fuerza impulsora* que le hacía falta a este tenía que ser aportada por un deseo; incumbía a la preocupación el procurarse tal deseo como fuerza impulsora. Para decirlo con un símil: Es muy posible que un pensamiento onírico desempeñe para el sueño el papel del *empresario*; pero el empresario que, como suele decirse, tiene la idea y el empuje para ponerla en práctica, nada puede hacer sin capital; necesita de un *capitalista* que le costee el gasto, y este capitalista, que aporta el gasto psíquico para el sueño, es en todos los casos e inevitablemente, cualquiera que sea el pensamiento diurno, *un deseo que procede del inconciente.*[12]

Otras veces el capitalista mismo es el empresario; para el sueño este caso es incluso el más usual. La actividad diurna ha incitado un deseo inconciente, que crea entonces al sueño. Y los procesos oníricos presentan analogías también con respecto a todas las otras posibilidades de la relación económica que aquí usamos como ejemplo: el empresario mismo puede aportar una cuota pequeña de capital; varios empresarios pueden acudir al mismo capitalista; varios capitalistas pueden reunir en conjunto lo que el empresario necesita. Así existen sueños sostenidos por más de un deseo onírico, y todas las otras variaciones semejantes que se disciernen con facilidad y ya no tienen ningún interés para nosotros. Lo que ha quedado incompleto en esta elucidación del deseo onírico sólo después podrá completarse.

El *tertium comparationis* {tercer elemento de comparación} de los símiles que hemos usado, la cantidad[13] puesta libremente a disposición en el volumen adecuado, admite todavía una aplicación más fina para ilustrar la estructura del sueño. En la mayoría de los sueños puede reconocerse un centro provisto de una particular intensidad sensible, como se consignó en [4] pág. 311 [y 333 y sigs.]. Este es por lo general la figuración directa del cumplimiento de deseo, pues si enderezamos los desplazamientos producidos por el trabajo del sueño, hallamos que la intensidad psíquica de los elementos incluidos en los pensamientos oníricos fue susti-

11 [Cf. *supra*, **4**, pág. 279.]

12 [Este último párrafo es citado textualmente por Freud al final de su análisis del primer sueño de «Dora» (1905*e*), *AE*, **7**, pág. 76, el cual, según comenta, ratifica por completo lo expresado aquí.]

13 [De capital en el caso de la analogía, y de energía psíquica en el caso del sueño.]

tuida por la intensidad sensorial de los elementos del contenido del sueño. Los elementos que están en las cercanías del cumplimiento de deseo a menudo nada tienen que ver con el sentido de este, sino que resultan ser retoños de pensamientos penosos, contrarios al deseo; pero por su nexo con el elemento central, establecido hartas veces de manera artificiosa, recibieron una intensidad tan grande que se volvieron capaces de figuración. Así, la fuerza figurante del cumplimiento de deseo se difunde por una cierta esfera de nexos, dentro de la cual todos los elementos, aun los en sí faltos de medios, son elevados a la figuración. En sueños con varios deseos pulsionantes es fácil deslindar entre sí las esferas de los diversos cumplimientos de deseo, y a menudo aun las lagunas del sueño pueden comprenderse como zonas de frontera.[14]

Si bien mediante las observaciones precedentes hemos restringido la importancia que los restos diurnos tienen para el sueño, vale la pena prestarles todavía otro poco de atención. Es que, no obstante, tienen que ser un ingrediente necesario de la formación del sueño; de otro modo no se explicaría que la experiencia pueda depararnos la sorpresa de que en el contenido de todo sueño se identifique un anudamiento con una impresión diurna reciente, a menudo del tipo más indiferente. Ahora bien, aún no pudimos discernir aquello que hace necesario este agregado a la mezcla constitutiva del sueño (cf. [4] págs. 196-7). Lo lograremos si, reteniendo el papel del deseo inconciente, acudimos a la psicología de las neurosis en busca de esclarecimiento. Esta nos enseña que la representación inconciente como tal es del todo incapaz de ingresar en el preconciente, y que sólo puede exteriorizar ahí un efecto si entra en conexión con una representación inofensiva que ya pertenezca al preconciente, trasfiriéndole su intensidad y dejándose encubrir por ella. Este es el hecho de la *trasferencia*,[15] que explica tantos su-

[14] [En «Un sueño como pieza probatoria» (Freud, 1913*a*) se hallará un resumen particularmente claro sobre el papel desempeñado por los «restos diurnos» en la construcción del sueño.]

[15] [En sus escritos posteriores, Freud utilizó regularmente esta misma palabra «trasferencia» («*Übertragung*») para describir un proceso psicológico distinto —aunque conexo—, descubierto por él en el trascurso de los tratamientos psicoanalíticos: el proceso de «trasferir» a un objeto contemporáneo sentimientos que el individuo aplicó originalmente —y sigue aplicando en forma inconciente— a un objeto infantil. (Cf., por ejemplo, «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905*e*), *AE*, **7**, págs. 101-5, y «Puntualizaciones sobre

cesos llamativos de la vida anímica de los neuróticos. La trasferencia puede dejar intacta esa representación oriunda del preconciente, la cual alcanza así una intensidad inmerecidamente grande, o imponerle una modificación por obra del contenido de la representación que se le trasfiere. Perdónese mi inclinación por los símiles tomados de la vida cotidiana, pero estoy tentado de decir que para la representación reprimida la situación se parece a aquella en que se encuentran en nuestra patria los odontólogos norteamericanos, quienes no pueden ejercer su profesión si no se valen, como subterfugio y como cobertura frente a la ley, de un doctor en medicina promovido en debida forma. Y así como no son precisamente los médicos de mayor clientela los que pactan esas alianzas con los dentistas, tampoco en lo psíquico se escogen para encubrir una representación reprimida aquellas representaciones concientes o preconcientes que han atraído sobre sí en medida considerable la atención que actúa dentro del preconciente. Lo inconciente urde sus conexiones, de preferencia, en torno de aquellas impresiones y representaciones de lo preconciente a las que se descuidó por indiferentes o que, desestimadas, se sustrajeron enseguida de la consideración. Una conocida tesis de la doctrina de las asociaciones, corroborada por toda la experiencia, dice que representaciones que han anudado una conexión muy íntima en cierta dirección se comportan como refractarias frente a grupos enteros de nuevas conexiones; una vez hice el intento de fundar sobre esta tesis una teoría de las parálisis histéricas.[16]

Si suponemos que también en el sueño tiene valimiento esa misma necesidad de trasferencia por parte de las representaciones reprimidas que nos ha enseñado el análisis de las neurosis, se explican también de un golpe dos de los enigmas del sueño, a saber, que todo análisis de sueños pone de manifiesto algún entrelazamiento de una impresión reciente, y que este elemento reciente es a menudo del tipo más indiferente.[17] Y agregamos lo que ya tenemos aprendido en otro lugar:[18] que si estos elementos recientes e indiferentes pueden llegar con tanta frecuencia al contenido

el amor de trasferencia» (1915*a*), *AE*, **12**, págs. 163 y sigs.) La palabra aparece también en este otro sentido en la presente obra (por ejemplo, *supra*, **4**, págs. 199 y 214), y ya había sido usada por Freud en *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895), *AE*, **2**, págs. 306-8.]

[16] [Cf. «Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas» (Freud, 1893*c*), *AE*, **1**, págs. 206-10.]

[17] [Cf. *supra*, **4**, págs. 195-6.]

[18] [Cf. *supra*, **4**, pág. 193.]

del sueño, en calidad de sustitutos de los más antiguos entre los pensamientos oníricos, ello se debe a que son, al mismo tiempo, los que menos tienen que temer de la censura de la resistencia. Ahora bien, mientras que su carácter de exentos de censura nos esclarece sólo la preferencia por los elementos triviales, la constancia de los elementos recientes nos deja entrever el constreñimiento a la trasferencia. Lo reprimido exige un material todavía libre de asociaciones; y ambos grupos de impresiones satisfacen ese reclamo: las indiferentes, porque no han ofrecido ocasión alguna a extensas conexiones, y las recientes, porque les faltó tiempo para ello.

Vemos así que los restos diurnos, a los cuales tenemos el derecho de asimilar ahora las impresiones indiferentes, no sólo toman algo prestado del *Icc* cuando logran participar en la formación del sueño —vale decir: la fuerza pulsionante de que dispone el deseo reprimido—, sino que también ofrecen a lo inconciente algo indispensable, el apoyo necesario para adherir la trasferencia. Si quisiésemos penetrar aquí con mayor profundidad en los procesos anímicos, tendríamos que dilucidar mejor el juego de las excitaciones entre preconciente e inconciente; el estudio de las psiconeurosis nos impulsa a hacerlo, pero precisamente el sueño no ofrece asidero alguno para ello.

Todavía una observación sobre los restos diurnos. No hay duda de que los verdaderos perturbadores del dormir son ellos, y no el sueño, que más bien se esfuerza por protegerlo. Sobre esto volveremos luego [págs. 568 y sigs.].

Hasta ahora hemos estudiado el deseo onírico; lo derivamos del ámbito del inconciente y descompusimos su vínculo con los restos diurnos, que a su vez pueden ser deseos o mociones psíquicas de cualquier otra índole, o simplemente impresiones recientes. Así hemos hecho lugar a los eventuales reclamos en favor de la importancia que tiene, para la formación del sueño, el trabajo del pensamiento de vigilia (en toda su diversidad). Tampoco sería imposible que sobre la base de nuestra argumentación lográsemos explicar aun aquellos casos extremos en que el sueño, como continuador del trabajo diurno, lleva a feliz término una tarea irresuelta de la vigilia.[19] No nos hace falta sino un ejemplo de esa clase para descubrir mediante su análisis la fuente de deseo infantil o reprimida cuya convocación vino a reforzar tan exitosamente el empeño de la actividad preconciente. Pero

[19] [Cf. *supra*, **4**, pág. 88. Un ejemplo de esto se menciona en una nota al pie de *El yo y el ello* (Freud, 1923*b*), *AE*, **19**, pág. 28.]

no hemos dado un solo paso hacia la solución de este enigma: ¿Por qué durante el sueño lo inconciente no puede ofrecer nada más que la fuerza pulsionante para un cumplimiento de deseo? La respuesta a esta pregunta está destinada a arrojar luz sobre la naturaleza psíquica del desear; debe procurársela con el auxilio del esquema del aparato psíquico.

No tenemos dudas de que este aparato ha alcanzado su perfección actual sólo por el camino de un largo desarrollo. Intentemos trasladarnos retrospectivamente a una etapa más temprana de su capacidad de operación. Supuestos que han de fundamentarse de alguna otra manera nos dicen que el aparato obedeció primero al afán de mantenerse en lo posible exento de estímulos,[20] y por eso en su primera construcción adoptó el esquema del aparato reflejo que le permitía descargar enseguida, por vías motrices, una excitación sensible que le llegaba desde fuera. Pero el apremio de la vida perturba esta simple función; a él debe el aparato también el envión para su constitución ulterior. El apremio de la vida lo asedia primero en la forma de las grandes necesidades corporales. La excitación impuesta {*setzen*} por la necesidad interior buscará un drenaje en la motilidad que puede designarse «alteración interna» o «expresión emocional». El niño hambriento llorará o pataleará inerme. Pero la situación se mantendrá inmutable, pues la excitación que parte de la necesidad interna no corresponde a una fuerza que golpea de manera momentánea, sino a una que actúa continuadamente. Sólo puede sobrevenir un cambio cuando, por algún camino (en el caso del niño, por el cuidado ajeno), se hace la experiencia de la *vivencia de satisfacción* que cancela el estímulo interno. Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera. Una moción

[20] [El llamado «principio de constancia», que se examina en las páginas iniciales de *Más allá del principio de placer* (1920*g*), pero ya constituía una hipótesis fundamental en algunos de los primeros escritos psicológicos de Freud; por ejemplo, en su carta a Josef Breuer del 29 de junio de 1892, publicada póstumamente (Freud, 1941*a*). Lo sustancial de este párrafo se enuncia ya en el «Proyecto de psicología» de 1895 (Freud, 1950*a*), *AE*, **1**, págs. 340-1, 362-4 y 373-5. Véase mi «Introducción», *supra*, **4**, págs. 8 y sigs.]

de esa índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo, y el camino más corto para este es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción. Nada nos impide suponer un estado primitivo del aparato psíquico en que ese camino se transitaba realmente de esa manera, y por tanto el desear terminaba en un alucinar. Esta primera actividad psíquica apuntaba entonces a una *identidad perceptiva*,[21] o sea, a repetir aquella percepción que está enlazada con la satisfacción de la necesidad.

Una amarga experiencia vital tiene que haber modificado esta primitiva actividad de pensamiento en otra, secundaria, más acorde al fin {más adecuada}. Es que el establecimiento de la identidad perceptiva por la corta vía regrediente en el interior del aparato no tiene, en otro lugar, la misma consecuencia que se asocia con la investidura de esa percepción desde afuera. La satisfacción no sobreviene, la necesidad perdura. Para que la investidura interior tuviera el mismo valor que la exterior, debería ser mantenida permanentemente, como en la realidad sucede en las psicosis alucinatorias y en las fantasías de hambre, cuya operación psíquica se agota en la *retención* del objeto deseado. Para conseguir un empleo de la fuerza psíquica más acorde a fines, se hace necesario detener la regresión completa de suerte que no vaya más allá de la imagen mnémica y desde esta pueda buscar otro camino que lleve, en definitiva, a establecer desde el mundo exterior la identidad [perceptiva] deseada.[22] Esta inhibición [de la regresión], así como el desvío de la excitación que es su consecuencia, pasan a ser el cometido de un segundo sistema que gobierna la motilidad voluntaria, vale decir, que tiene a su exclusivo cargo el empleo de la motilidad para fines recordados de antemano. Ahora bien, toda la compleja actividad de pensamiento que se urde desde la imagen mnémica hasta el establecimiento de la identidad perceptiva por obra del mundo exterior no es otra cosa que *un rodeo para el cumplimiento de deseo*, rodeo que la experiencia ha hecho necesario.[23] Por tanto, el pensar no es sino el sustituto del deseo alucinatorio, y en

21 [Es decir, algo perceptivamente idéntico a la «vivencia de satisfacción».]

22 [*Nota agregada* en 1919:] En otras palabras: se reconoce la necesidad de introducir un «examen de realidad».

23 Con justicia alaba Le Lorrain [1895] el cumplimiento de deseo del sueño: «*Sans fatigue sérieuse, sans être obligé de recourir à cette lutte opiniâtre et longue qui use et corrode les jouissances poursuivies*» {«Sin fatiga seria, sin estar obligado a recurrir a esa lucha obstinada y larga que desgasta y corroe los goces perseguidos»}.

el acto se vuelve evidente que el sueño es un cumplimiento de deseo, puesto que solamente un deseo puede impulsar a trabajar a nuestro aparato anímico. El sueño, que cumple sus deseos por el corto camino regrediente, no ha hecho sino conservarnos un testimonio del modo de trabajo *primario* de nuestro aparato psíquico, que se abandonó por inadecuado. Parece confinado a la vida nocturna lo que una vez, cuando la vida psíquica era todavía joven y defectuosa, dominó en la vigilia; de igual modo reencontramos en el cuarto de los niños el arco y las flechas, esas armas de la humanidad incipiente ahora desechadas. *El soñar es un rebrote de la vida infantil del alma, ya superada.* En las psicosis vuelven a imponerse estos modos de trabajo del aparato psíquico que en la vigilia están sofocados en cualquier otro caso, y entonces muestran a la luz del día su incapacidad para satisfacer nuestras necesidades frente al mundo exterior.[24]

Es evidente que las mociones de deseo inconcientes aspiran a regir también durante el día, y tanto el hecho de la trasferencia como las psicosis nos enseñan que querrían irrumpir por el camino que a través del sistema del preconciente lleva hasta la conciencia y hasta el gobierno de la motilidad. En la censura entre *Icc* y *Prcc*, que precisamente el sueño nos obligó a suponer, hemos reconocido y honrado entonces al guardián de nuestra salud mental. Pero, ¿no es un descuido del guardián el que reduzca su actividad durante la noche, dejando así que lleguen a expresarse las mociones sofocadas del *Icc* y haciendo de nuevo posible la regresión alucinatoria? Creo que no; en efecto, cuando el guardián crítico se entrega al reposo —y tenemos pruebas de que no se adormece muy profundamente—, cierra también la puerta a la motilidad. Pueden ser permitidas cuantas mociones de lo *Icc* (inhibido en todo otro caso) quieran pulular en el escenario; ellas resultan inofensivas porque no son capaces de poner en movimiento al aparato motor, el único que puede actuar sobre el mundo exterior trasformándolo. El estado del dormir garantiza la seguridad de la fortaleza en custodia. Menos inofensiva es la situación cuando el desplazamiento de fuerzas no es producido por la relajación nocturna del gasto de fuerzas de la censura crítica, sino por un debilitamiento patológico de esta o por un

[24] [*Nota agregada* en 1914:] En mis «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911*b*), trabajo referido al principio de placer y al principio de realidad, he desarrollado con detalle esta ilación de pensamiento. [De hecho, esta idea se sigue desarrollando *infra*, págs. 587 y sigs.]

refuerzo patológico de las excitaciones inconcientes, mientras el preconciente está investido y las puertas a la motilidad están abiertas. En tales casos, el guardián es yugulado, las excitaciones inconcientes someten al *Prcc*, y desde ahí gobiernan nuestra habla y nuestra acción o fuerzan la regresión alucinatoria y guían el aparato, que no les está destinado, en virtud de la atracción que las percepciones ejercen sobre la distribución de nuestra energía psíquica. A este estado lo llamamos psicosis.

Ahora nos encontramos en el mejor camino para seguir construyendo los andamios psicológicos que habíamos abandonado con la inclusión de los dos sistemas *Icc* y *Prcc*. Pero aún tenemos bastantes motivos para detenernos en la apreciación del deseo como la única fuerza psíquica pulsionante del sueño. Aceptamos el esclarecimiento de que el sueño es en todos los casos un cumplimiento de deseo porque es una operación del sistema *Icc*, que no conoce en su trabajo ninguna otra meta que el cumplimiento de deseo ni dispone de otras fuerzas que no sean las mociones de deseo. Y si ahora queremos arrogarnos todavía por un momento el derecho a desarrollar, partiendo de la interpretación del sueño, especulaciones de tan vasto alcance, estamos obligados a mostrar que con ellas insertamos al sueño dentro de una concatenación que puede abarcar también otras formaciones psíquicas. Si existe un sistema del *Icc* —o algo análogo a él para nuestras elucidaciones—, entonces el sueño no puede ser su única exteriorización; todo sueño será un cumplimiento de deseo, pero tiene que haber, además de los sueños, otras formas anormales de cumplimiento de deseo. Y, en realidad, la teoría de todos los síntomas psiconeuróticos culmina en una sola tesis: *También ellos tienen que ser concebidos como cumplimientos de deseos de lo inconciente.*[25] En virtud del esclarecimiento que hemos dado, el sueño se convierte en el primer eslabón, no más, de una serie en extremo importante para el psiquiatra; comprenderla significa solucionar la parte puramente psicológica de la tarea psiquiátrica.[26] De otros miembros de esta serie de cumplimien-

[25] [*Nota agregada* en 1914:] Dicho más correctamente: una parte del síntoma corresponde al cumplimiento de deseo inconciente, y otra, a la formación reactiva contra este.

[26] [*Nota agregada* en 1914:] Hughlings Jackson había expresado: «Si lo descubrís todo acerca del sueño, habréis descubierto todo lo relativo a la insania» («*Find out all about dreams and you will have found out all about insanity*»). [Citado por Ernest Jones (1911*c*), quien lo había oído directamente de labios de Hughlings Jackson.]

tos de deseo, por ejemplo de los síntomas histéricos, yo conozco empero un carácter esencial que todavía echo de menos en el sueño. Sé, en efecto, por las investigaciones que tantas veces he mencionado a lo largo de este tratado, que para la formación de un síntoma histérico tienen que coincidir dos corrientes de nuestra vida anímica. El síntoma no es la mera expresión de un deseo inconciente realizado; tiene que agregarse todavía un deseo del preconciente que se cumpla mediante el mismo síntoma, de suerte que este resulte determinado *por lo menos* doblemente, una vez por cada uno de los sistemas que intervienen en el conflicto. Lo mismo que en el sueño, no hay barrera alguna para una mayor sobredeterminación.[27] La determinación que no proviene del *Icc* es, hasta donde yo veo, por regla general un itinerario de pensamiento de reacción frente al deseo inconciente, por ejemplo, un autocastigo. Así pues, en términos completamente generales, puedo decir que *un síntoma histérico sólo se engendra donde dos cumplimientos de deseo opuestos, provenientes cada uno de un diverso sistema psíquico, pueden coincidir en una expresión.* (Véanse sobre esto mis últimas formulaciones sobre la génesis de los síntomas histéricos en el ensayo «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad».[28]) Mencionar aquí ejemplos sería poco fructífero, pues sólo puede resultar convincente la revelación completa de las complicaciones existentes. Lo dejo entonces como una aseveración, y aporto un ejemplo teniendo en cuenta únicamente su carácter ilustrativo, no su fuerza probatoria. Helo aquí: En el caso de una paciente, el vómito histérico resultó ser, por una parte, el cumplimiento de una fantasía inconciente del tiempo de su pubertad; era el deseo de estar continuamente grávida, de tener innumerables hijos, a lo cual se sumó después este agregado: y del mayor número posible de hombres. Contra este deseo desenfrenado se elevó una poderosa moción de defensa. Y como por los vómitos la paciente podía perder la lozanía de su cuerpo y su belleza, de suerte que ningún hombre la encontrase ya agradable, el síntoma se ajustaba también a la ilación de pensamientos punitorios y, admitido por ambos costados, podía hacerse realidad. Este mismo trato, el de admitir un cumplimiento de deseo, fue el que quiso dar la reina de los partos al triunviro Craso. Creyó que había emprendido la campaña guerrera por ansia de oro, y entonces

[27] [Cf. *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895), *AE*, **2**, pág. 270.]
[28] [Freud, 1908*a*. — Esta última oración se agregó en 1909.]

hizo verter oro fundido en las fauces del muerto: «Aquí tienes lo que deseabas». Del sueño, hasta ahora no sabemos sino que expresa un cumplimiento de deseo de lo inconciente; parece que el sistema dominante, preconciente, se lo permite después de constreñirlo a ciertas desfiguraciones. En la realidad no podemos revelar en todos los casos un itinerario de pensamiento opuesto al deseo onírico, que se realizara en el sueño como su contraparte. Sólo aquí y allí aparecen, en los análisis de sueños, indicios de productos reactivos; por ejemplo, la ternura hacia mi amigo R. en el sueño sobre mi tío (cf. [4] págs. 159 y sigs.). Pero a ese añadido del preconciente que aquí echamos de menos podemos descubrirlo en otro lugar. El sueño es autorizado a dar expresión a un deseo del *Icc* tras toda clase de desfiguraciones; en tanto, el sistema dominante se retira al *deseo de dormir*, lo realiza produciendo en el interior del aparato psíquico las alteraciones en la investidura que le son posibles y, en definitiva, retiene este deseo todo el tiempo en que se duerme.[29]

Ahora bien, este deseo de dormir a que se aferra el preconciente tiene el efecto general de facilitar la formación del sueño. Recordemos el sueño del padre a quien el fulgor que venía de la cámara mortuoria le sugirió la conclusión de que el cadáver de su hijo podría estar abrasándose [págs. 504-5]. Como una de las fuerzas psíquicas que llevaron al padre a extraer en sueños esta conclusión (en vez de despertarse a causa del resplandor) indicamos el deseo de prolongar un momento la vida del hijo representado en el sueño. Otros de los deseos que vienen de lo reprimido se nos escapan, probablemente, porque no pudimos hacer el análisis de este sueño. Pero como segunda fuerza pulsionante cabe agregar el deseo que el padre tenía de dormir; así como prolongó la vida del niño, el sueño también dejó al padre dormir un momento más: «Dejemos que siga el sueño —tal era su motivación— o tendré que despertar». Y como en el caso de este sueño, en todos los otros el deseo de dormir presta su apoyo al deseo inconciente. En [4] páginas 143 y siguientes informamos acerca de sueños que se presentan manifiestamente como sueños de comodidad. En verdad, todos los sueños merecen esa designación. Y es muy fácil reconocer la eficacia del deseo de seguir durmiendo en los sueños de despertar, que elaboran el estímulo sensorial exterior de suerte que lo hacen compatible con la prolon-

[29] He tomado estas ideas de la teoría sobre el dormir desarrollada por Liébeault (1889), a quien debemos el resurgimiento de la investigación del hipnotismo en nuestros días.

gación del dormir, lo entretejen en un sueño a fin de privarlo de los derechos que podría reclamar como llamado hacia el mundo exterior. Pero este mismo deseo ha de contribuir por igual a la tolerancia de todos los otros sueños, que sólo desde adentro pueden sacudirnos del dormir en calidad de despertadores. Lo que en muchos casos el *Prcc* comunica a la conciencia cuando el sueño se pone demasiado peliagudo —«Quédate en paz y duérmete de nuevo, es sólo un sueño» [cf. pág. 485]— describe de manera enteramente general, aunque no se pronuncie eso mismo, la conducta que la actividad dominante de nuestra alma manifiesta hacia el soñar. Debo extraer la conclusión de que *todo el tiempo que dura el dormir sabemos que soñamos con la misma certeza con que sabemos que dormimos.* Es imperioso restar importancia a la objeción según la cual la conciencia no es dirigida a la segunda de esas certezas, y a la primera lo es sólo en una determinada ocasión, cuando la censura se siente como sorprendida. En contra de ello [30] debe consignarse: hay personas que por la noche comprueban con entera claridad su saber de que duermen y sueñan, y que parecen poseer, pues, una capacidad conciente para guiar la vida onírica. A uno de tales soñantes, por ejemplo, no le satisface el giro que toma un sueño, lo interrumpe sin despertarse y lo empieza de nuevo para continuarlo de otro modo, tal como un escritor popular da un final más feliz a su pieza dramática si así se lo piden. O bien otra vez piensa entre sí, dormido, si el sueño lo ha trasladado a una situación sexualmente excitante: «A esto no quiero seguir soñándolo para no agotarme en una polución; mejor lo cancelo en beneficio de una situación real».

El marqués d'Hervey [1867, págs. 268 y sigs.] (citado por Vaschide, 1911, pág. 139) [31] afirmaba haber adquirido tal poder sobre sus sueños que era capaz de apresurar a voluntad su discurrir y de imprimirles la dirección que él quería. Parece que el deseo de dormir había dejado sitio en él a otro deseo preconciente, el de observar sus sueños y deleitarse con ellos. El dormir es compatible con un deseo de este tipo, y es igualmente compatible con la reserva mental, hecha al acostarse, de que despertaremos si se cumple determinada condición (como en el caso de la nodriza [cf. *supra*, 4, pág. 236]). Es también sabido que quien se interesa por los sueños recuerda un número considerablemente mayor de ellos tras el despertar.

30 [Lo que resta de este párrafo se agregó en 1909.]
31 [Este párrafo se agregó en 1914.]

Acerca de otras observaciones sobre esta capacidad para guiar los sueños,[32] dice Ferenczi [1911*a*]: «El sueño elabora desde todos los costados los pensamientos que en el momento ocupan a la vida anímica, abandona una imagen onírica cuando amenaza hacerle fracasar el cumplimiento de deseo, ensaya con un tipo nuevo de solución, hasta que por último logra crear un cumplimiento de deseo que satisface a las dos instancias de la vida anímica como compromiso entre ellas».

32 [Este párrafo se agregó como nota al pie en 1914 y se incluyó en el texto en 1930.]

D. El despertar por el sueño. La función del sueño. El sueño de angustia

Puesto que sabemos que el preconciente se acomoda toda la noche al deseo de dormir, podemos ahora avanzar un paso más en la comprensión del proceso onírico. Pero resumamos primero el conocimiento que hasta ahora hemos adquirido de él. Del trabajo de vigilia, entonces, quedan pendientes restos diurnos de los que no se sustrajo por entero la investidura energética, o bien por el trabajo de vigilia se despertó durante el día uno de los deseos inconcientes, o suceden ambas cosas; ya hemos dilucidado la diversidad de situaciones posibles. En el curso del día, o al producirse el estado del dormir, el deseo inconciente se facilitó el camino hacia los restos diurnos y ejecutó su trasferencia sobre ellos. Así se engendra un deseo trasferido al material reciente, o el deseo reciente sofocado cobra nueva vida por el refuerzo que le viene del inconciente. Ahora él querría penetrar en la conciencia siguiendo los caminos normales de los procesos de pensamiento, vale decir, a través del *Prcc*, al que pertenece por uno de sus componentes. Pero choca con la censura que todavía subsiste y a cuya influencia queda entonces sometido. Aquí adopta la desfiguración que ya se había iniciado por la trasferencia a lo reciente. Hasta ahora está en camino de convertirse en algo parecido a una representación obsesiva, a una idea delirante, etc., es decir, en un pensamiento reforzado por trasferencia y desfigurado en su expresión por la censura. Pero el estado del dormir en que se encuentra el preconciente no le permite seguir avanzando; probablemente este sistema se protegió de su invasión rebajando sus propias excitaciones. El proceso onírico emprende entonces el camino de la regresión, expedito justamente por la peculiaridad del estado del dormir; así obedece a la atracción que sobre él ejercen grupos mnémicos que en parte existen sólo como investiduras visuales, no como traducción a los signos de los sistemas que vienen después. [Cf. pág. 539.] Por el camino de la regresión cobra figurabilidad. De la compresión trataremos luego [págs. 584-5]. Ya tiene recorrido el segundo tramo de su trayectoria zigzagueante. El primer tramo se extiende, en sentido progrediente, desde las escenas o fantasías inconcientes hasta lo preconciente; el segundo tramo vuelve, desde el límite de la censura, hasta las percepciones. Ahora bien, cuando el proceso onírico ha devenido un contenido perceptivo, ha sorteado por así decir el impedimento que dentro del *Prcc* le opusieron la censura y el estado del dormir. [Cf. pág. 520.] Logra llamar la

atención sobre sí y ser notado por la conciencia. En efecto, la conciencia, que para nosotros tiene el significado de un órgano sensorial para la aprehensión de cualidades psíquicas, es excitable en la vigilia desde dos lugares. Primero, desde la periferia de todo el aparato, el sistema de la percepción; segundo, desde las excitaciones de placer y displacer que resultan, como casi la única cualidad psíquica, de las trasposiciones de energía ocurridas en el interior del aparato. Todos los otros procesos que sobrevienen en los sistemas ψ, incluidos los que tienen por teatro al *Prcc*, carecen de toda cualidad psíquica y por tanto no son objeto de la conciencia mientras no le ofrezcan un placer o un displacer para su percepción. Esto nos impone la siguiente hipótesis: *Esos desprendimientos de placer y displacer regulan automáticamente el curso de los procesos de investidura.* Más tarde, empero, a fin de posibilitar operaciones más finas surgió la necesidad de conformar el decurso de las representaciones de manera que fuese más autónomo de los signos de displacer. Con este propósito, el sistema *Prcc* hubo de requerir cualidades propias que pudieran atraer a la conciencia, y las consiguió, muy probablemente, por el enlace de los procesos preconcientes con el sistema mnémico (no desprovisto de cualidad) de los signos del lenguaje. [Cf. págs. 598*n.* y 605.] Por medio de las cualidades de este sistema, la conciencia, que antes era sólo un órgano sensorial para las percepciones, pasa a ser también el órgano sensorial para una parte de nuestros procesos de pensamiento. Ahora existen, por así decir, dos superficies sensoriales: una volcada al percibir y la otra a los procesos de pensamiento preconcientes.

Debo suponer que el estado del dormir vuelve más inexcitable la superficie sensorial de la conciencia volcada al *Prcc* que la dirigida a los sistemas *P*. Es que la resignación del interés por los procesos de pensamiento nocturnos es funcional. Dentro del pensar nada debe ocurrir; el *Prcc* exige dormir. Ahora bien, una vez que el sueño devino percepción, puede excitar a la conciencia por medio de las cualidades que adquirió. Esta excitación sensorial rinde aquello en lo cual consiste, en general, su función: dirige a lo excitante una parte de la energía de investidura disponible en el *Prcc*, en calidad de atención. [Cf. págs. 582-3.] Así, debe concederse que el sueño en todos los casos *despierta*, pone en actividad una parte de la fuerza en reposo del *Prcc*. De esta fuerza experimenta el influjo que designamos «elaboración secundaria»: el miramiento por la coherencia y la inteligibilidad. Esto significa que ella trata al sueño como a cualquier otro contenido perceptivo; lo somete a las mismas

representaciones-expectativa, hasta donde su material lo admita [pág. 495]. Si en este tercer tramo del proceso onírico se considera la dirección de su marcha, ha de afirmarse que es de nuevo la progrediente.

Para evitar malentendidos, será oportuno decir algo acerca de las propiedades temporales de estos procesos oníricos. Un argumento muy atractivo de Goblot [1896, págs. 289-90], evidentemente suscitado por el enigma del sueño de Maury sobre la guillotina,[1] procura demostrar que el sueño no puede reclamar para sí otro tiempo que el período de transición entre el dormir y el despertar. Este requiere tiempo; en ese lapso ocurre el sueño. Creemos que la última imagen del sueño fue tan fuerte que nos compelió a despertar. En realidad fue tan fuerte solamente porque ya estábamos próximos a despertar. «*Un rêve c'est un réveil qui commence*».*

Ya Dugas [1897*b*] ha destacado que Goblot tiene que omitir muchos hechos para mantener su tesis en términos generales. Hay también sueños tras los cuales no despertamos; por ejemplo, muchos en los que soñamos que soñamos. Con el conocimiento que ya tenemos sobre el trabajo del sueño nos es imposible conceder que él se extienda por el solo período del despertar. Al contrario, tiene que parecernos verosímil que el primer tramo del trabajo del sueño empieza ya durante el día, aún bajo el imperio del preconciente. El segundo tramo, la alteración por la censura, la atracción ejercida por las escenas inconcientes, el irrumpir en la percepción, sin duda se recorre a lo largo de toda la noche, y, en consecuencia, quizás estemos siempre en lo cierto cuando expresamos la sensación de que hemos soñado toda la noche, aunque no sabemos decir con qué. [Cf. pág. 512.] Pero yo no creo que sea necesario suponer que de hecho los procesos oníricos sigan, hasta llegar a la conciencia, la secuencia temporal que hemos descrito; no es que primero haya existido el deseo onírico trasferido, después ocurra la desfiguración por la censura, a eso siga el cambio de dirección (la regresión), etc. Nos vimos obligados a establecer una sucesión así con fines descriptivos; en la realidad se trata más bien del ensayo simultáneo de este o estotro camino, de un fluctuar la excitación de un lado al otro, hasta que al final permanece un determinado agrupamiento por ser la acumulación más adecuada de aquella. De acuerdo con ciertas experiencias personales, yo tendería a creer que al trabajo

1 [Cf. *supra*, **4**, pág. 52.]
* {«Un sueño es un despertar que comienza».}

del sueño le hacen falta a menudo más de un día y una noche para brindar su resultado; y si esto es así, el arte extraordinario desplegado en la construcción del sueño perdería todo su carácter asombroso. Aun el miramiento por la inteligibilidad como evento perceptivo puede, a mi juicio, operar antes que el sueño atraiga sobre sí a la conciencia. Desde ahí el proceso experimenta en todo caso una aceleración, pues el sueño recibe ahora el mismo tratamiento que cualquier otra cosa percibida. Es como un fuego de artificio cuya preparación lleva muchas horas pero se enciende en un momento.

Ahora bien, por el trabajo del sueño el proceso onírico puede ganar la intensidad suficiente para atraer sobre sí a la conciencia y despertar al preconciente, sin que interesen para nada el tiempo que dura el dormir ni su profundidad; o, en cambio, puede ocurrir que su intensidad no baste y tenga que mantenerse al acecho hasta que, inmediatamente antes del despertar, establezca una transacción con él la atención que ahora se ha vuelto más móvil. La mayoría de los sueños parecen trabajar con intensidades psíquicas comparativamente pequeñas, pues aguardan el despertar. Y ello explica también que por regla general percibimos algo soñado cuando repentinamente nos arrancan de un dormir profundo. La primera mirada, como en el caso del despertar espontáneo, cae sobre el contenido perceptivo creado por el trabajo del sueño; la siguiente, sobre lo dado desde afuera.

Pero el mayor interés teórico recae sobre los sueños que tienen la capacidad de despertarnos en mitad del dormir. Estamos autorizados a tomar en consideración el carácter acorde a fines, registrable dondequiera, y a preguntarnos entonces por qué se le confiere al sueño, y por tanto al deseo inconciente, el poder de perturbar el dormir, que es el cumplimiento del deseo preconciente. La respuesta debe de encontrarse en relaciones de energía cuya intelección nos falta. Si la tuviéramos, quizás hallaríamos que tolerar al sueño y gastar en él una cierta atención separada representa un ahorro de energía respecto del caso en que fuera menester poner al inconciente por la noche las mismas barreras que durante el día. [Cf. pág. 570.] Como muestra la experiencia, el soñar, aunque interrumpa varias veces el dormir en una misma noche, es compatible con este último. Nos despertamos un instante y volvemos a dormirnos enseguida. Es como cuando, dormidos, espantamos una mosca; nos despertamos *ad hoc.* Cuando nos dormimos de nuevo, hemos eliminado la perturbación. El cumplimiento del deseo de dormir es, según lo muestran conocidos ejemplos de sueños

de nodrizas, etc., del todo compatible con el mantenimiento de cierto gasto de atención en un sentido determinado.

Pero aquí pide ser oída una objeción que se basa en un mejor conocimiento de los procesos inconcientes. Es que hemos definido los deseos inconcientes como siempre alertas. Y a pesar de ello, durante el día no son lo bastante fuertes para hacerse sentir. Pero si el estado del dormir perdura y el deseo inconciente ha mostrado fuerza para formar un sueño y despertar con él al preconciente, ¿por qué se agota esta fuerza después que se tomó conocimiento del sueño? ¿No debería el sueño renovarse de continuo, precisamente como la mosca perturbadora gusta de regresar de nuevo cada vez que se la espanta? ¿Con qué derecho hemos aseverado que el sueño elimina lo que perturba al dormir?

Es del todo correcto que los deseos inconcientes permanecen siempre alertas. Constituyen caminos siempre transitables tan pronto como una cantidad de excitación se sirve de ellos. [Cf. pág. 546*n.*] Y aun es una particularidad destacada de los procesos inconcientes el permanecer indestructibles. En el inconciente, a nada puede ponerse fin, nada es pasado ni está olvidado. Es lo que nos impresiona sobremanera en el estudio de las neurosis, en especial de la histeria. Ese camino inconciente de pensamiento que en el ataque conduce al aligeramiento {de energía} vuelve a ser transitable no bien se ha reunido la energía suficiente. Una afrenta ocurrida treinta años antes produce sus efectos ahora como si fuera reciente, después que se procuró el acceso a las fuentes de afecto inconcientes. Tan pronto como su recuerdo es rozado, ella revive y se muestra investida con una excitación que se procura una descarga motriz en un ataque. Precisamente aquí tiene que hincar el diente la psicoterapia. Su tarea consiste en procurar a los procesos inconcientes una tramitación y un olvido. Es que eso mismo que nos inclinamos a juzgar trivial y que explicamos por una influencia primaria del tiempo sobre los restos mnémicos del alma, a saber, el empalidecimiento de los recuerdos y el debilitamiento afectivo de las impresiones que ya no son recientes, es en realidad producto de alteraciones secundarias que se consiguen tras arduo trabajo. El preconciente es el que consuma ese trabajo, *y la psicoterapia no puede emprender otro camino que el de someter el Icc al imperio del Prcc.*[2]

Para cada proceso de excitación inconciente hay, pues,

[2] [Cf. pág. 546*n.* — La última cláusula de esta oración sólo fue impresa con caracteres destacados a partir de la edición de 1919.]

dos salidas. O bien queda librado a sí mismo, y entonces termina irrumpiendo por alguna parte y se procura para su excitación una descarga en la motilidad, o se somete a la influencia del preconciente, y su excitación, en vez de *descargarse*, es *ligada* por este. Pues bien, *esto segundo es lo que ocurre en el proceso onírico.* [Cf. pág. 591*n.*] La investidura que, desde el *Prcc*, establece una transacción con el sueño devenido percepción, porque fue guiada hasta él por la excitación de la conciencia, liga la excitación inconciente del sueño y lo vuelve inocuo como perturbación. Si por un momento despierta al soñante, es que por un momento este se ha espantado la mosca que amenazaba perturbarle su dormir. Ahora podemos vislumbrar que fue realmente más adecuado al fin y más económico tolerar al deseo inconciente, despejarle el camino de la regresión, a fin de que formase un sueño, y después, con un pequeño gasto de trabajo preconciente, ligar este sueño y darle trámite, que no mantener enfrenado al inconciente durante todo el tiempo que se dormía. Puede conjeturarse entonces que el sueño, aunque en su origen no fuese un proceso adecuado a un fin, dentro del juego de fuerzas de la vida anímica se adueñó de una función. Y vemos la función de que se trata. Ha tomado sobre sí la tarea de traer de nuevo bajo el imperio del preconciente la excitación del *Icc* que había quedado libre; así descarga la excitación del *Icc*, le sirve como válvula y al mismo tiempo preserva, a cambio de un mínimo gasto de actividad de vigilia, el dormir del preconciente. Así se perfila como un compromiso, lo mismo que las otras formaciones psíquicas de la serie a que pertenece: sirve simultáneamente a los dos sistemas cumpliendo ambos deseos en tanto sean compatibles entre sí. Un vistazo a la «teoría de la eliminación» de Robert [1886], citada en [4] págs. 102-3, nos mostrará que debemos darle la razón a este autor en lo principal, en cuanto a definir la función del sueño, mientras que nos apartamos de él en las premisas que establece y en su apreciación del proceso onírico.[3]

[3] [Cf. *supra*, **4**, págs. 193-4. — *Nota agregada* en 1914:] ¿Es la única función que podemos atribuir al sueño? No conozco otra. Es verdad que A. Maeder [1912] ha hecho el intento de reclamar para el sueño otras funciones, «secundarias». Parte de la observación correcta de que muchos sueños contienen ensayos de solucionar conflictos, los cuales más tarde se ejecutan de hecho, y por tanto se comportan como ejercitaciones de actividades de la vigilia. Por eso Maeder establece un paralelo entre el soñar y los juegos de los animales y de los niños, que han de concebirse como la ejercitación de instintos innatos y la preparación para la actividad seria posterior, y afirma que el soñar cumple una *fonction ludique*. Poco antes que Maeder, también A. Adler [1911, pág. 215*n.*] destacó que el sueño tiene la

La restricción *«en tanto ambos deseos sean compatibles entre sí»* alude a los casos posibles en que la función del sueño termina en un fracaso. El proceso onírico es permitido primero como cumplimiento de un deseo del inconciente; pero si ese intentado cumplimiento de deseo se agita en el preconciente con tanta intensidad que este ya no puede mantener su reposo, el sueño ha roto el compromiso, ha dejado de cumplir la otra parte de su cometido. Al punto es interrumpido y sustituido por el despertar pleno. Pero tampoco aquí es culpa del sueño que él, de ordinario el guardián del dormir, tenga que aparecer como su perturbador; y no necesitamos impugnarle su carácter de adecuado a un fin. No es este el único caso en el organismo en que un dispositivo adecuado de ordinario pierde este carácter y se vuelve perturbador tan pronto como algo se altera en las condiciones de su producción, y entonces la perturbación sirve por lo menos al nuevo fin de indicar la alteración y convocar en contra de esta a los medios de regulación del organismo. Como es natural, tengo *in mente* el caso del sueño de angustia, y para que no parezca que rehúyo a este testigo contrario a la teoría del cumplimiento de deseo cada vez que tropiezo con él, quiero aproximarme a la explicación del sueño de angustia siquiera con algunas indicaciones.

Que un proceso psíquico que desarrolla angustia pueda ser a pesar de ello un cumplimiento de deseo, ha mucho que no contiene ya contradicción alguna para nosotros. Ya sabemos explicarnos así lo que sucede: El deseo pertenece a un sistema, el *Icc*, mientras que el sistema del *Prcc* lo ha deses-

función de «anticipar en el pensamiento». (En un análisis que publiqué en 1905 [«Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905*e*), parte II], un sueño que debía entenderse como un designio se repitió todas las noches hasta que fue ejecutado. [Cf. *supra*, **4**, págs. 204-5.])

Pero una breve reflexión nos enseña que esta función «secundaria» del sueño no merece ser admitida en el marco de una interpretación de los sueños. La anticipación en el pensamiento, la formación de designios, el proyecto de soluciones que después pueden realizarse en la vida de vigilia, todo ello y muchas otras cosas más son operaciones de la actividad inconciente y preconciente del espíritu que, en calidad de «restos diurnos», se prosiguen en el estado del dormir y después pueden conjugarse con un deseo inconciente para formar un sueño (cf. págs. 543 y sigs.). Por tanto, esa función del sueño como anticipador en el pensamiento es más bien una función del pensamiento preconciente de la vigilia, cuyo resultado puede sernos revelado por el análisis de los sueños o el de otros fenómenos. Después de haber equiparado durante tanto tiempo al sueño con su contenido manifiesto, hay que guardarse ahora de confundirlo con los pensamientos oníricos latentes. [Cf. pág. 502, *n*. 25, y «Sueño y telepatía» (Freud, 1922*a*), *AE*, **18**, págs. 199-200.]

timado y sofocado.[4] Aun mediando la plena salud psíquica, el sometimiento del *Icc* por el *Prcc* no es total; la medida de esa sofocación indica el grado de nuestra normalidad psíquica. La existencia de unos síntomas neuróticos nos muestra que los dos sistemas se encuentran en conflicto recíproco; ellos son los productos de compromiso de ese conflicto, que le ponen término provisionalmente. Por una parte procuran al *Icc* una salida para la descarga de su excitación, le sirven como puerta de escape, y por otra parte dan al *Prcc* la posibilidad de gobernar al *Icc* de algún modo. Es instructivo, por ejemplo, considerar la intencionalidad de una fobia histérica o de la agorafobia. Pongamos que un neurótico sea incapaz de marchar solo por la calle, lo que con derecho rotularíamos de «síntoma». Ahora bien, suprimamos ese síntoma obligándolo a realizar esa acción para la cual se cree incapaz. Subseguirá entonces un ataque de angustia, tal como a menudo un ataque de angustia sobrevenido en la calle es la ocasión para que se produzca la agorafobia. Averiguamos así que el síntoma se constituyó para prevenir el estallido de la angus-

[4] [*Nota agregada* en 1919:] «Un segundo factor, mucho más importante y que cala más hondo, descuidado igualmente por los legos, es el siguiente. Un cumplimiento de deseo tendría sin duda que brindar placer, pero también cabe preguntar: ¿a quién? Desde luego, a quien tiene el deseo. Ahora bien, sabemos que el soñante mantiene con sus deseos una relación sumamente particular. Los desestima, los censura; en suma, no le gustan. Por tanto, un cumplimiento de ellos no puede brindarle placer alguno, sino lo contrario. La experiencia muestra entonces que eso contrario, que hemos de explicar todavía, entra en escena en la forma de la angustia. Por consiguiente, en su relación con sus deseos oníricos, el soñante sólo puede ser equiparado a una sumación de dos personas, que, empero, están ligadas por una fuerte comunidad. En lugar de toda una serie de ulteriores puntualizaciones, les ofrezco un conocido cuento en que reencontrarán idénticas relaciones. Un hada buena promete a una pareja pobre, marido y mujer, el cumplimiento de los tres primeros deseos que se les ocurran. Eso los llena de dicha y se proponen escoger con cuidado los tres deseos. Pero la mujer se deja seducir por el aroma de unas salchichas que cocinan en la choza vecina, y desea para sí un par de salchichas como esas. Y volando están ellas ahí; es el primer cumplimiento de deseo. Entonces el marido se enoja y en su ira desea que las salchichas le queden a su mujer colgadas de la nariz. También esto se consuma, y las salchichas no pueden removerse de su nuevo lugar; he ahí el segundo cumplimiento de deseo, pero el deseo fue del hombre: a la mujer no le gusta nada ese cumplimiento de deseo. Ya saben cómo sigue el cuento. Puesto que los dos en el fondo son uno, marido y mujer, el tercer deseo tiene que ser que las salchichas se aparten de la nariz de la mujer. Podremos aplicar este cuento muchas veces en otros contextos; aquí nos sirve sólo como ilustración de la posibilidad de que el cumplimiento de deseo de uno pueda significar displacer para el otro cuando los dos no están de acuerdo entre sí». (*Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1916-17) [*AE*, **15**, págs. 197-8].)

tia; la fobia se antepuso a la angustia como si fuera un fortín.

No podemos proseguir nuestra elucidación si no entramos a considerar el papel de los afectos en estos procesos, lo cual, empero, sólo es posible aquí de manera incompleta. Formulemos entonces este enunciado: La sofocación de lo *Icc* se vuelve necesaria, sobre todo, porque el decurso de las representaciones en el interior del *Icc*, librado a sí mismo, desarrollaría un afecto que en su origen tuvo el carácter del placer, pero desde que se produjo el proceso de la *represión* lleva el carácter del displacer. La sofocación tiene el fin, pero también el resultado, de prevenir ese desarrollo de displacer. La sofocación se extiende al contenido de representación de lo *Icc* porque desde ese contenido podría producirse el desprendimiento del displacer. En la base de lo dicho hay un supuesto muy determinado sobre la naturaleza del desarrollo de afecto. [Cf. pág. 465.] Este es visto como una operación motriz o secretoria, la clave de cuya inervación se sitúa en las representaciones del *Icc*. En virtud del gobierno que ejerce el *Prcc,* estas representaciones son por así decir ocluidas, inhibidas en cuanto al envío de los impulsos que desarrollarían afecto. El peligro, si cesa la investidura de parte del *Prcc*, consiste entonces en que las excitaciones inconcientes desprendan ese afecto, el cual —a consecuencia de la represión ocurrida antes— sólo puede ser sentido como displacer, como angustia.

Este peligro se desencadena cuando el proceso onírico es tolerado. Las condiciones para que se efectivice son: que hayan sobrevenido represiones y que las mociones de deseo sofocadas puedan cobrar fuerza suficiente. Tales condiciones, en consecuencia, desbordan enteramente el marco psicológico de la formación del sueño. Si no fuera porque nuestro tema entró en conexión por uno solo de sus aspectos —a saber, la liberación del *Icc* mientras se duerme— con el tema del desarrollo de angustia, yo podría renunciar a la mención del sueño de angustia y ahorrarme aquí todas las oscuridades que de ahí se siguen.

La doctrina del sueño de angustia pertenece, como ya lo he dicho repetidas veces, a la psicología de las neurosis.[5] Nada más tenemos que ver con ella después que pesquisamos sus puntos de contacto con el tema del proceso onírico. Sólo puedo agregar una cosa. Puesto que aseveré que la angustia neurótica proviene de fuentes sexuales, puedo some-

5 [En 1911 se agregó en este punto la siguiente frase, que se suprimió a partir de 1925: «La angustia en los sueños, permítaseme insistir, es un problema de angustia y no un problema del sueño».]

ter al análisis sueños de angustia a fin de poner de manifiesto el material sexual incluido en sus pensamientos oníricos.[6]

Buenas razones me llevan a renunciar a todos los ejemplos que con gran riqueza me ofrecen muchos pacientes neuróticos, y prefiero considerar sueños de angustia de personas jóvenes.

Yo mismo no he tenido ningún genuino sueño de angustia desde hace décadas. De cuando tenía siete u ocho años recuerdo uno, que sometí a la interpretación treinta años después. Fue muy vívido y me mostró a *la madre querida con una expresión durmiente, de extraña calma en su rostro, que era llevada a su habitación y depositada sobre el lecho por dos (o tres) personajes con pico de pájaro.* Desperté llorando y gritando, y turbé el sueño de mis padres. A las figuras con pico de pájaro, muy alargadas y curiosamente vestidas, las había tomado de las ilustraciones de la Biblia de *Philippson*;[7] creo que eran dioses con cabeza de gavilán, del bajorrelieve de una tumba egipcia. Pero, en otra dirección, el análisis me brinda el recuerdo del malcriado hijo de un conserje, que solía jugar con nosotros en el prado lindero a la casa; y yo diría que se llamaba *Philipp.* Después me parece como si de ese muchacho hubiera oído yo por primera vez la palabra vulgar que designa al comercio sexual y que las personas cultas sustituyen siempre {en alemán} por una palabra de origen latino, «*coitieren*», y a la cual la elección de las cabezas de gavilán alude con suficiente nitidez.[8] Debo de haber colegido el significado sexual de la palabra por el gesto de ese maestro tan experimentado. La expresión del rostro de la madre en el sueño estaba copiada del semblante del abuelo, a quien unos días antes de su muerte yo había visto roncando en coma. La interpretación llevada a cabo en el sueño mismo por la elaboración secundaria [cf. pág. 487] ha de haber sido, pues, que la *madre* moría, con lo cual armoniza también el bajorrelieve de la *tumba.* En esta angustia desperté, y no cejé hasta despertar a mis padres. Recuerdo que me tranquilicé de repente cuando tuve a la vista a la madre, como si hubiera necesitado de esta

[6] [Algunos de los comentarios que siguen deben revisarse a la luz de los puntos de vista posteriores de Freud sobre la angustia. Cf. también *supra*, **4**, págs. 178 y sigs., 248 y 342.]

[7] [*Die israelitische Bibel*, edición del Antiguo Testamento en hebreo y alemán, Leipzig, 1839-54 (2ª ed., 1858). Una nota al pie en el cuarto capítulo del Deuteronomio muestra una cantidad de grabados en madera de dioses egipcios, varios de ellos con cabezas de pájaros.]

[8] [El vulgarismo alemán al que se alude es «*vögeln*», derivado de «*Vogel*», «pájaro».]

tranquilización: ella no ha muerto entonces. Pero esa interpretación secundaria del sueño se produjo ya bajo la influencia de la angustia desarrollada. No era que yo estuviese angustiado por haber soñado que la madre moría, sino que interpreté así al sueño dentro de la elaboración preconciente porque ya estaba bajo el imperio de la angustia. Ahora bien, mediando la represión, la angustia admite ser reconducida a una apetencia oscura, manifiestamente sexual, que en el contenido visual del sueño encontró buena expresión.

Un hombre de veintisiete años, que desde hace un año sufre una enfermedad grave, entre los once y los trece años soñó repetidas veces, con gran angustia, que *un hombre con un azadón lo perseguía; él quería correr, pero quedaba como paralizado y no se movía del sitio.* Es este un buen modelo de un sueño de angustia muy común e insospechable de tener raíz sexual. En el análisis, el soñante dio primero con un relato que en un tiempo posterior le había hecho su tío: este había sido atacado de noche en la calle por un individuo sospechoso; y el propio soñante infirió, de esta ocurrencia, que en la época del sueño podía él haber oído de una vivencia parecida. Sobre el *azadón* recuerda que por esa época de su vida, una vez, astillando leña, se hirió en la mano con el azadón. Después, sin transición, dio con su relación con un hermano menor al que solía maltratar y revolcar, y especialmente se acuerda de una vez en que lo golpeó con el zapato en la cabeza, de lo cual su hermano sangró y la madre dijo: «Tengo miedo de que alguna vez lo mate». Mientras él parece así centrado en el tema de la *violencia*, de pronto emerge un recuerdo de cuando tenía nueve años. Los padres habían regresado tarde a casa y, mientras él se fingía dormido, se fueron a la cama y oyó un jadeo y otros ruidos que se le antojaron siniestros; también pudo entrever la posición de los dos en el lecho. Sus pensamientos ulteriores muestran que había establecido una analogía entre lo que pasaba entre sus padres y su relación con el hermano menor. Subsumió lo que ocurría entre los padres bajo este concepto: *violencia* y *riña*. Una prueba en favor de esta concepción fue, para él, que a menudo había observado *sangre en el lecho de la madre.*

Que el intercambio sexual de los adultos se les antoja ominoso a los niños que lo observan y les despierta angustia, yo diría que la experiencia cotidiana lo atestigua. Para esa angustia he dado una explicación, a saber, que se trata de una excitación sexual que su comprensión no puede dominar, pero que de todos modos tropieza con una repulsa porque en ella están envueltos los padres, y así se muda en

angustia. En un período todavía anterior de la vida, la moción sexual hacia el miembro de sexo contrario de la pareja parental no choca todavía con la represión y se exterioriza libremente, como ya dijimos (cf. [4] págs. 265 y sigs.).

Sin vacilar asigno esta misma explicación a los ataques nocturnos de angustia con alucinaciones (el *pavor nocturnus*), tan frecuentes en los niños. También en este caso no puede tratarse sino de mociones sexuales no comprendidas y repelidas, en cuyo registro probablemente podría establecerse una periodicidad temporal, pues un incremento de la libido sexual puede producirse tanto por impresiones excitantes de índole contingente como por los procesos espontáneos de desarrollo, que sobrevienen por oleadas.

Me falta el material de observación indispensable para verificar esta tesis.[9] Los pediatras, en cambio, parecen ajenos a ese punto de vista, el único que permite comprender toda la serie de fenómenos tanto en el aspecto somático cuanto en el psíquico. Como un ejemplo cómico de lo cerca que se puede estar de la comprensión de esos casos sin verla, cegado por las anteojeras de la mitología médica, me permitiré citar uno que hallé en la tesis de Debacker (1881, pág. 66) sobre el *pavor nocturnus*:

Un muchacho de trece años, de salud delicada, empezó a mostrarse angustiado y ensoñador, su dormir era intranquilo y casi todas las semanas se lo interrumpía un grave ataque de angustia con alucinaciones. El recuerdo de estos sueños era siempre muy nítido. Pudo así contar que el diablo le había gritado: «¡Ahora te tenemos, ahora te tenemos!», y después había olor a azufre y alquitrán, y el fuego abrasaba su piel. Más tarde, ese sueño lo hacía despertarse aterrorizado; primero no podía gritar, después recuperaba la voz y se le oía decir nítidamente: «¡No, no, a mí no; yo no hice nada!», o también: «¡Por favor, no, nunca más lo haré!». Algunas veces decía también: «Albert nunca ha hecho eso». Después evitó desvestirse «porque el fuego sólo lo sorprendía estando él desnudo». En medio de estos sueños demoníacos que hacían peligrar su salud fue enviado al campo, allí se recuperó en el curso de un año y medio, y una vez confesó, teniendo ya quince años: «*Je n'osais pas l'avouer, mais j'éprouvais continuellement des picotements et des surexcitations aux* parties;[10] *à la fin, cela m'énervait*

[9] [*Nota agregada* en 1919:] Después que escribí estas líneas, la literatura psicoanalítica ha aportado gran cantidad de material de esta clase.

[10] Destacado por mí, aunque es imposible confundirse en cuanto a esta expresión.

tant que plusieurs fois j'ai pensé me jeter par la fenêtre du dortoir».*

En verdad, no es difícil adivinar que: 1) el muchacho en años anteriores se masturbaba, probablemente lo había negado, y lo amenazaron con serios castigos por su mal hábito (su confesión: «*Je ne le ferai plus*» {«Nunca más lo haré»}; su negativa: «*Albert n'a jamais fait ça*» {«Albert nunca ha hecho eso»}); 2) bajo la presión de la pubertad, con el cosquilleo en los genitales, se le despertó de nuevo la tentación de masturbarse; pero ahora: 3) se desató en él una lucha represiva que sofocó la libido y la mudó en angustia, la cual retomó, con posterioridad, los castigos con que antaño lo habían amenazado.

Oigamos ahora las conclusiones de nuestro autor (*ibid.*, pág. 69):

«De esta observación se desprende:

»1. Que la influencia de la pubertad puede producir en un muchacho de salud delicada un estado de gran debilidad, que puede llegar a una *anemia cerebral muy elevada.*[11]

»2. Esta anemia cerebral produce una alteración del carácter, alucinaciones demonomaníacas y muy graves estados de angustia nocturna, y quizá también diurna.

»3. La demonomanía y los autorreproches del muchacho se remontan a las influencias de la educación religiosa que lo afectaron de niño.

»4. Todos esos síntomas desaparecieron tras una prolongada estadía en el campo, mediante el ejercicio físico y la recuperación de las fuerzas subsiguiente a la culminación de la pubertad.

»5. Quizá puede atribuirse a la herencia y a la antigua sífilis del padre una influencia predisponente sobre la génesis del estado cerebral en el hijo».

Y el resultado final: «*Nous avons fait entrer cette observation dans le cadre des délires apyrétiques d'inanition, car c'est à l'ischémie cérébrale que nous rattachons cet état particulier*».**

* {«No osaba admitirlo, pero continuamente sentía picazones y sobreexcitaciones en las *partes*; al fin eso me exasperaba tanto que varias veces pensé en arrojarme por la ventana del dormitorio».}

11 Las bastardillas son mías.

** {«Hemos ubicado esta observación en el cuadro de los delirios apiréticos de inanición, porque vinculamos este estado particular con la isquemia cerebral».}

E. El proceso primario y el proceso secundario. La represión

Cuando osé penetrar con mayor profundidad en la psicología de los procesos oníricos, emprendí una difícil tarea, para la cual mi arte expositivo no bastaba. Reflejar una trabazón tan complicada, cuyos elementos son simultáneos, en la sucesión a que necesariamente ha de recurrirse para describirla, y a la vez procurar que cada tesis se presente sin presupuestos, por momentos supera mis fuerzas. Además, se toma conmigo su desquite el que yo no pueda, en la exposición de la psicología del sueño, seguir el desarrollo histórico de mis concepciones. Los puntos de vista para la concepción del sueño me fueron procurados por trabajos previos acerca de la psicología de las neurosis a los que aquí no debo referirme y, no obstante, tengo que hacerlo a cada paso mientras avanzo en la dirección inversa y, desde el sueño, me propongo alcanzar el entronque con la psicología de las neurosis. Conozco todos los inconvenientes que ello genera para el lector; pero no sé de medio alguno que permitiera evitarlos.[1]

Insatisfecho con este estado de cosas, me complace demorarme en otro punto de vista que, me parece, realzará mi esfuerzo. Abordé un tema donde reinaban las más ríspidas contradicciones en las opiniones de los autores, como lo ha mostrado el primer capítulo. Tras nuestra elaboración de los problemas del sueño, la mayoría de esas contradicciones han hallado cabida. Sólo debimos refutar terminantemente dos de las opiniones expresadas, a saber, que el sueño es un hecho carente de sentido [págs. 78 y sigs.] y un proceso somático [págs. 100-1]; pero a todas las otras, que se contradecían entre ellas, las hemos justificado en algún lugar de la enmarañada trabazón, y pudimos demostrar que habían puesto de relieve algo correcto. Que el sueño prosigue las incitaciones e intereses de la vida de vigilia [págs. 34-5] se corroboró por el descubrimiento de los *pensamientos oníricos* escondidos, y con total generalidad. En efecto, ellos sólo se ocupan de lo que nos parece importante y nos interesa poderosamente. El sueño no se gasta en pequeñeces. Pero también admitimos lo contrario, a saber, que el sueño recoge los desechos indiferentes del día [págs. 44 y sigs.] y

[1] [Cf. *supra*, **4**, pág. 126, *n*. 12. {Todas las remisiones intercaladas en el texto que sigue, hasta la pág. 581, corresponden al primer volumen de esta obra.}]

no puede apoderarse de un gran interés diurno sino cuando se ha sustraído de algún modo a la actividad de la vigilia. Hallamos que esto era válido para el *contenido del sueño*, que da a los pensamientos oníricos una expresión alterada por desfiguración {dislocación}. El proceso onírico, dijimos, por razones que dependen de la mecánica de la asociación se apodera con mayor facilidad del material de representaciones fresco o indiferente, todavía no ocupado por la actividad de pensamiento de la vigilia, y por razones que dependen de la censura trasfiere la intensidad psíquica de lo importante, pero también chocante, a lo indiferente. La hipermnesia del sueño [págs. 38 y sigs.] y el hecho de que tiene a su disposición el material infantil [págs. 42 y sigs.] se han convertido en pilares fundamentales de nuestra doctrina; en nuestra teoría del sueño hemos atribuido al deseo que proviene de lo infantil el papel de motor indispensable para la formación del sueño. No pudo ocurrírsenos, desde luego, dudar de la eficacia, experimentalmente demostrada, de los estímulos sensoriales exteriores que sobrevienen mientras se duerme [págs. 48 y sigs.], pero sostuvimos que este material tiene con el deseo onírico la misma relación que los restos de pensamiento pendientes del trabajo diurno. No nos hizo falta poner en entredicho que el sueño interpreta al estímulo sensorial objetivo al modo de una ilusión [págs. 54-5]; pero hemos agregado el motivo de esa interpretación, que los autores habían dejado sin precisar. La interpretación consigue que el objeto percibido no interrumpa el dormir y se vuelva utilizable para el cumplimiento de deseo. Al estado subjetivo de excitación de los órganos sensoriales mientras se duerme, que Trumbull Ladd [1892; cf. *supra*, pág. 58] parece haber demostrado, no le concedemos el rango de una fuente onírica particular, sino que sabemos explicarlo por la reanimación regrediente de los recuerdos que operan tras el sueño. También hemos reservado un papel, aunque modesto, en nuestra concepción a las sensaciones orgánicas internas, que fueron tomadas con predilección como punto axial de la explicación del sueño [págs. 58 y sigs.] Ellas, las sensaciones de caer, de flotar, de estar inhibido, constituyen a nuestro juicio un material disponible en todo momento, del cual el trabajo del sueño se sirve para expresar los pensamientos oníricos cada vez que le es necesario.

Que el proceso onírico es rápido, instantáneo [pág. 87], nos parece correcto en cuanto a la percepción por la conciencia del contenido onírico ya preformado; pero en cuanto a los tramos previos del proceso onírico, hallamos probable un trayecto largo, sinuoso. Sobre el enigma que plantean los

sueños compuestos en lapso brevísimo, no obstante lo cual su contenido es de extrema riqueza, pudimos aportar esta contribución: se recogen allí productos ya listos de la vida psíquica. Creemos correcto que el sueño es desfigurado y mutilado por el recuerdo [págs. 70-1], pero no nos pareció un obstáculo; en efecto, este es el último tramo, manifiesto, de un trabajo de desfiguración eficaz desde el comienzo de la formación del sueño. En la acerba querella, en que ninguna reconciliación parece posible, sobre si la vida anímica duerme por la noche [págs. 77-8] o dispone, lo mismo que durante el día, de toda su capacidad de rendimiento [págs. 84-5], dimos la razón a los dos partidos, pero sin concedérsela entera a ninguno. En los pensamientos oníricos hallamos las pruebas de un rendimiento intelectual en extremo complejo, que trabaja con casi todos los recursos del aparato anímico; pero es indiscutible que estos pensamientos oníricos surgieron durante el día, y es indispensable admitir que la vida del alma conoce un estado del dormir. Así, también hemos admitido la doctrina del dormir parcial [págs. 99-100]; pero para nosotros la característica del estado del dormir no es la disgregación de las trabazones del alma, sino el hecho de que el sistema psíquico que gobierna de día se acomoda al deseo de dormir. El desvío respecto del mundo exterior [pág. 34] conservó también su valor para nuestra concepción; contribuye, si bien no como factor único, a posibilitar la regresión propia de la figuración onírica. La renuncia a la guía voluntaria del decurso de las representaciones [pág. 73] resulta innegable; mas no por ello queda sin meta la vida psíquica, pues sabemos que cuando se resignan las representaciones-meta voluntarias cobran imperio otras, involuntarias. No sólo admitimos el carácter laxo del enlace asociativo en el sueño [págs. 81-2], sino que atribuimos a su imperio una extensión mucho mayor de la que pudiera haberse sospechado; pero hallamos que no es más que el obligado sustituto de otro enlace, correcto y pleno de sentido. Por cierto que también nosotros llamamos absurdo al sueño; pero numerosos ejemplos pudieron enseñarnos cuán inteligente es cuando parece absurdo. Ninguna objeción nos separa de los autores en cuanto a las funciones que le han discernido al sueño. Que él aligera al alma como una válvula [pág. 102] y que, según la expresión de Robert [1886, págs. 10-1], toda clase de cosas perjudiciales dejan de serlo por obra de su representación en el sueño, no sólo coincide exactamente con nuestra doctrina acerca del doble cumplimiento de deseo que se alcanza mediante él, sino que, en su literalidad, ello es aún más inteligible en nosotros

que en Robert. La libre afirmación del alma en el juego de sus facultades [pág. 105] vuelve a encontrarse, en nuestra concepción, en la tolerancia del sueño por parte de la actividad preconciente. El «regreso de la vida anímica en el sueño al punto de vista embrional» y la observación de Havelock Ellis [1899*a*, pág. 721], «*an archaic world of vast emotions and imperfect thoughts*» [pág. 83], nos parecen felices anticipaciones de nuestras tesis, según las cuales en la formación del sueño participan modalidades de trabajo *primitivas*, sofocadas durante el día; a la aseveración de Sully [1893, pág. 362], para quien «el sueño vuelve a presentarnos nuestras personalidades anteriores que fueron desarrollándose de manera sucesiva, nuestra vieja manera de ver las cosas, impulsos y modos de reacción que nos gobernaron en un lejano pasado» [pág. 83],* pudimos hacerla nuestra en todo su alcance;[2] como para Delage [1891], para nosotros es lo «*sofocado*» [pág. 104] el resorte impulsor del soñar.

También aceptamos en todo su alcance el papel que Scherner [1861] adscribe a la fantasía onírica, así como las interpretaciones que él ensaya [págs. 106 y sigs.], pero debimos señalarles otra ubicación dentro del problema, por así decir. La fantasía no forma al sueño, sino que en la formación de los pensamientos oníricos la actividad inconciente de la fantasía tiene la participación mayor. Debemos a Scherner la indicación de la fuente de los pensamientos oníricos; pero casi todo lo que él adscribe al trabajo del sueño ha de imputarse a la actividad del inconciente, alerta durante el día, que proporciona las incitaciones para los sueños no menos que para los síntomas neuróticos. Nosotros debimos separar de esta actividad al trabajo onírico como algo por entero diverso y mucho más circunscrito. Por último, en modo alguno renunciamos al vínculo del sueño con las perturbaciones del alma [págs. 110 y sigs.], sino que lo fundamos con mayor solidez en un nuevo terreno.

Hemos podido entonces ensamblar en nuestro edificio los más variados y contradictorios hallazgos de los autores anteriores merced a lo novedoso de nuestra doctrina sobre el sueño, que, por así decir, los combina en una unidad superior. A muchos de esos hallazgos les dimos otro sesgo, y

* {Aquí Freud parafrasea a Sully; la versión literal se hallará en la última de nuestras notas al pie de pág. 83.}

[2] [La referencia a Sully y la correspondiente cita fueron agregadas en 1914.]

fueron muy pocos los que debimos desestimar por completo. Pero tampoco nuestra construcción está del todo terminada. Aun prescindiendo de las múltiples oscuridades que nos atrajimos a medida que íbamos penetrando en las tinieblas de la psicología, una nueva contradicción parece que ha de atormentarnos aún. Por una parte, hicimos que los pensamientos oníricos naciesen de un trabajo mental enteramente normal, pero, por otra, descubrimos entre ellos una serie de procesos de pensamiento en un todo anormales que desde ahí alcanzan al contenido del sueño, procesos que después repetimos {retomamos} en la interpretación del sueño. Todo lo que hemos llamado «trabajo del sueño» parece distanciarse muchísimo de los procesos [de pensamiento] que reconocemos como los correctos, a punto tal que deberíamos juzgar atinados los más duros juicios de los autores acerca del ínfimo rendimiento psíquico del soñar.

En este punto, quizá sólo avanzando un poco más podamos procurarnos esclarecimiento y auxilio. Quiero poner de relieve una de las constelaciones que llevan a la formación del sueño.

Tenemos averiguado que el sueño sustituye a una cantidad de pensamientos que provienen de nuestra vida diurna y poseen una perfecta ensambladura lógica. Por eso no podemos poner en duda que estos se engendran en nuestra vida mental normal. En los pensamientos oníricos reencontramos todas las propiedades que tanto apreciamos en nuestras ilaciones de pensamiento, y que los caracterizan como unas operaciones complejas de un orden superior. Pero no hay necesidad alguna que nos obligue a suponer que ese trabajo de pensamiento se consumó durante el dormir, lo cual confundiría gravemente todo lo que hasta ahora tenemos sabido sobre ese estado psíquico. Más posible es que esos pensamientos se originaran de día, pasaran inadvertidos para nuestra conciencia desde el comienzo, y se continuaran; así estuvieron ya listos en el momento de adormecerse. Si pretendemos inferir algo de esa relación de las cosas será, a lo sumo, la prueba de que *los rendimientos intelectuales más complejos son posibles sin la intervención de la conciencia*; pero ya cualquier psicoanálisis de una persona histérica o que sufra neurosis obsesiva nos fuerza a enterarnos de ello. Sin duda, estos pensamientos oníricos no son en sí insusceptibles de conciencia; si durante el día no nos devinieron concientes, ello puede deberse a diversas razones. El devenir-conciente se entrama de manera íntima con la aplicación de una cierta función psíquica, la atención [pág. 534], que, al parecer, sólo es gastada en determinada cantidad; entonces,

otras metas quizá la desviaron de la ilación de pensamiento en cuestión.[3] Otro modo en que esa ilación de pensamiento puede ser escatimada a la conciencia es el siguiente: Por nuestra actividad reflexiva conciente sabemos que, poniendo atención en algo, seguimos un determinado camino. Si por este camino llegamos a una representación que no resiste la crítica, lo interrumpimos; dejamos caer la investidura de atención. Ahora bien, parece que la ilación de pensamiento iniciada y abandonada puede seguir devanándose sin que la atención se aplique de nuevo a ella, a menos que en cierto lugar alcance una intensidad particularmente elevada que se imponga a la atención. Una desestimación inicial por el juicio (acaso hecha con conciencia) de algo que se considera incorrecto o inutilizable para el fin actual del acto de pensamiento puede, entonces, ser la causa de que un proceso de pensamiento prosiga inadvertido para la conciencia hasta el adormecimiento.

Resumamos: a una ilación de pensamiento de esa índole la llamamos *preconciente*, la juzgamos por entero correcta y creemos que puede haber sido meramente descuidada, o bien interrumpida, sofocada. Expongamos con claridad el modo en que nos imaginamos el decurso de las representaciones. Nuestra opinión es que, desde una representación-meta, una cierta magnitud de excitación que llamamos «energía de investidura» se desplaza a lo largo de las vías asociativas seleccionadas por aquella. Una ilación de pensamiento «descuidada» no ha recibido esa investidura; si ella ha sido «sofocada» o «desestimada», es que se le volvió a retirar la investidura; en cualquiera de los dos casos queda librada a su excitación propia. En ciertas condiciones, la ilación de pensamiento investida con una meta {*zielbesetzt*} es capaz de atraer sobre sí la atención de la conciencia, y por intermedio de esta recibe una «sobreinvestidura». Un poco más adelante tendremos que aclarar nuestros supuestos sobre la naturaleza y el funcionamiento de la conciencia. [Cf. págs. 603 y sigs.]

Una ilación de pensamiento incitada en el preconciente puede extinguirse espontáneamente o conservarse. Al primer desenlace nos lo imaginamos así: su energía se difunde siguiendo todas las direcciones asociativas que parten de ella, toda la cadena de pensamientos es puesta en un estado de

[3] [El concepto de «atención» desempeña escaso papel en los escritos posteriores de Freud. Por lo contrario, ocupa un lugar prominente en su «Proyecto de psicología» (1950*a*), por ejemplo en la parte III, *AE*, **1**, págs. 409-12. Cf. también *supra*, pág. 566, e *infra*, pág. 602.]

excitación que dura un momento, pero después decae en la medida en que la excitación que pugnaba por descargarse se trasmuda en investidura quiescente. Si es este primer desenlace el que sobreviene, el proceso que sigue ya no importa nada para la formación del sueño. Pero dentro de nuestro preconciente acechan otras representaciones-meta que provienen de las fuentes de nuestros deseos inconcientes y siempre alertas. Ellas pueden apropiarse de la excitación dentro del círculo de pensamientos librados a sí mismos; establecen la conexión entre este y el deseo inconciente, le *trasfieren* la energía que pertenece al deseo inconciente y desde ese instante la ilación de pensamiento descuidada o sofocada está en condiciones de conservarse, aunque este refuerzo no le otorgue ningún título para su acceso a la conciencia. Podemos decir que la ilación de pensamiento hasta entonces preconciente *ha sido arrastrada al inconciente.*

Otras constelaciones para la formación del sueño serían estas: que la ilación de pensamiento preconciente estuviera conectada de antemano con el deseo inconciente y por eso chocara con un rechazo de parte de la investidura-meta dominante; o que un deseo inconciente fuera alertado {puesto en movimiento} por otras razones (somáticas, quizás) y buscara trasferirse sin transacción alguna * a los restos psíquicos no investidos por el *Prcc.* Los tres casos en definitiva coinciden en un mismo resultado, a saber, que dentro del preconciente se lleva a cabo un itinerario de pensamientos que, abandonado por la investidura preconciente, ha encontrado investidura desde el deseo inconciente.

A partir de ahí el itinerario de pensamientos sufre una serie de trasmudaciones que ya no reconocemos como procesos psíquicos normales y que arrojan un resultado que nos extraña: una formación psicopatológica. Pongamos de relieve esos procesos y sinteticémoslos:

1. Las intensidades de las representaciones singulares se vuelven susceptibles de descargarse en su monto íntegro y traspasan de una representación a la otra, de suerte que se forman representaciones singulares provistas de gran intensidad.[4] Cuando este proceso se repite varias veces, la intensidad de un itinerario íntegro de pensamientos puede reunirse en definitiva en un único elemento de representación. Es el hecho de la *compresión* o *condensación* que vimos operar

* {«Sin transacción» («*ohne Entgegenkommen*»): sin negociación previa con la fuerza evocada por la palabra «rechazo» en la frase anterior.}

[4] [Cf. *supra*, **4**, págs. 334-5.]

en el trabajo onírico. Ella es la principal responsable de la impresión de extrañeza que provoca el sueño, pues nada análogo conocemos en la vida anímica normal y asequible a la conciencia. También en esta tenemos representaciones que en calidad de puntos nodales o de resultados finales de cadenas íntegras de pensamientos poseen una gran significatividad {*Bedeutung*} psíquica, pero esta valencia suya no se exterioriza en ningún carácter *sensorialmente* patente para la percepción interna; lo representado de ninguna manera se vuelve más intenso. En el proceso de la condensación todo nexo psíquico se traspone a la *intensidad* del contenido de representación. Es el mismo caso que si en un libro hago imprimir espaciada, o en caracteres gruesos, una palabra a la que atribuyo valor sobresaliente para comprender el texto. O si al leerla, la pronunciara con voz más alta y más lentamente, y cargara el acento sobre ella. El primer símil nos lleva directamente a un ejemplo tomado del trabajo onírico (*trimetilamina*, en el sueño de la inyección de Irma).[5] Los historiadores de la cultura nos hacen notar que las esculturas más antiguas obedecían a un principio parecido, pues expresaban el rango de las personas figuradas mediante el tamaño de las figuras. La figura del rey era dos o tres veces mayor que la de sus súbditos o la del enemigo vencido. Un grupo escultórico de la época romana se servirá para el mismo fin de recursos más finos. La figura del emperador se situará en el medio, se lo mostrará erguido, poniéndose particular cuidado en el modelado de su rostro; sus enemigos yacerán a sus pies, pero él ya no parecerá un gigante entre enanos. Entretanto, la reverencia del subordinado ante su jefe es, todavía hoy, una resonancia de aquel viejo principio figurativo.

La dirección siguiendo la cual avanzan las condensaciones del sueño es prescrita en parte por las relaciones preconcientes correctas entre los pensamientos oníricos y, en parte, por la atracción que ejercen los recuerdos visuales en el interior del inconciente. Como resultado, el trabajo de condensación alcanza aquellas intensidades que se requieren para irrumpir a través de los sistemas perceptivos.

2. Mediante la libre trasferibilidad de las intensidades y al servicio de la condensación se forman también *representaciones intermedias*, compromisos, por así decir (véanse los numerosos ejemplos que hemos dado).[6] Es de nuevo algo inaudito en el decurso normal de las representaciones, donde lo que interesa, sobre todo, es la elección y retención del

5 [Cf. *supra*, **4**, pág. 137.]
6 [Por ejemplo, *supra*, **4**, págs. 300 y sigs.]

elemento de representación «correcto». En cambio, con extraordinaria frecuencia sobrevienen formaciones mixtas y de compromiso cuando buscamos la expresión lingüística para los pensamientos preconcientes, las que se citan como ejemplos del desliz en el habla {*Versprechen*}.

3. Las representaciones que se trasfieren sus intensidades unas a otras mantienen entre sí *las relaciones más laxas* y se enlazan mediante variedades de la asociación que nuestro pensamiento desprecia y cuyo aprovechamiento sólo se admite para producir el efecto del chiste. En particular, a las asociaciones por homofonía y por paronimia se les asigna el mismo valor que a las otras.

4. Pensamientos que se contradicen entre sí no tienden a cancelarse mutuamente, sino que subsisten unos junto a los otros, y a menudo se componen en calidad de productos de condensación *como si no mediara contradicción alguna*, o forman compromisos que no admitiríamos en nuestro pensar [conciente], pero que muchas veces autorizaríamos en nuestra acción.

Esos serían algunos de los procesos anormales más llamativos a que los pensamientos oníricos, formados hasta ese momento según la *ratio*, son sometidos en el curso del trabajo del sueño. He aquí el rasgo principal que discernimos en esos procesos: todo el acento se pone en hacer que la energía invistiente se vuelva móvil y *susceptible de descarga*; el contenido y la significatividad intrínseca de los elementos psíquicos a que adhieren las investiduras pasan a ser cosas accesorias. Podría creerse también, por los casos en que es cuestión de mudar pensamientos en imágenes, que la condensación y la formación de compromiso acontecen sólo al servicio de la regresión. Empero, el análisis —y todavía con mayor claridad la síntesis— de aquellos sueños en los que falta la regresión a imágenes, por ejemplo el sueño «*Autodidasker*. Conversación con el profesor N.»,[7] presentan los mismos procesos de desplazamiento y de condensación que los otros.

No podemos entonces hacer caso omiso de esta intelección: en la formación del sueño participan dos procesos psíquicos de naturaleza diferente; uno crea pensamientos oníricos de perfecta corrección, de igual valor que el pensamiento normal; el otro procede con estos de una manera ex-

[7] [Cf. *supra*, **4**, págs. 305 y sigs.]

traña en grado sumo, incorrecta. Ya en el capítulo VI hemos distinguido a este último como el genuino trabajo del sueño. ¿Qué podemos aportar para la deducción de este proceso psíquico?

No podríamos dar aquí una respuesta si no hubiéramos penetrado un poco en la psicología de las neurosis, en especial de la histeria. Ahora bien, de ella hemos aprendido que estos mismos procesos psíquicos incorrectos —y aun otros, no enumerados aquí— presiden la producción de los síntomas histéricos. También en la histeria hallamos primero una serie de pensamientos absolutamente correctos, en un todo equiparables a nuestros pensamientos concientes. Pero no podemos averiguar nada de su existencia en esa forma, que reconstruimos sólo con posterioridad. Dondequiera que hayan irrumpido hasta nuestra percepción advertimos, por el análisis del síntoma formado, que esos pensamientos normales han sufrido un tratamiento anormal y han sido *trasportados al síntoma por medio de condensación, formación de compromiso, a través de asociaciones superficiales, por encubrimiento de las contradicciones y eventualmente por vía de la regresión*. Dada la plena identidad entre las peculiaridades del trabajo del sueño y las de la actividad psíquica que desemboca en los síntomas psiconeuróticos, nos juzgamos autorizados a trasferir al sueño las conclusiones que la histeria nos fuerza a extraer.

De la doctrina de la histeria tomamos este enunciado: *Esa elaboración psíquica anormal de un itinerario normal de pensamientos sólo ocurre cuando este último ha devenido la trasferencia de un deseo inconciente que proviene de lo infantil y se encuentra en la represión.* Con arreglo a este enunciado, construimos la teoría del sueño sobre el supuesto de que el deseo onírico pulsionante proviene en todos los casos del inconciente; esto, como nosotros mismos hemos confesado, no puede demostrarse en general, aunque tampoco es posible refutarlo. Pero para que podamos decir lo que es la «*represión*», con cuyo nombre hemos jugado ya muchas veces, tenemos que avanzar otro poco en la construcción de nuestro andamiaje psicológico.

Habíamos profundizado en la ficción de un aparato psíquico primitivo [págs. 557 y sigs.], cuyo trabajo era regulado por el afán de evitar la acumulación de excitación y de mantenerse en lo posible carente de excitación. Por eso lo construimos siguiendo el esquema de un aparato reflejo; la motilidad, al comienzo como camino a la alteración interna

del cuerpo, era la vía de descarga que se le ofrecía. Elucidamos después las consecuencias psíquicas de una vivencia de satisfacción, y entonces ya pudimos introducir un segundo supuesto, a saber, que la acumulación de la excitación —según ciertas modalidades de que no nos ocupamos— es percibida como displacer, y pone en actividad al aparato a fin de producir de nuevo el resultado de la satisfacción; en esta, el aminoramiento de la excitación es sentido como placer. A una corriente {*Strömung*} de esa índole producida dentro del aparato, que arranca del displacer y apunta al placer, la llamamos *deseo*; hemos dicho que sólo un deseo, y ninguna otra cosa, es capaz de poner en movimiento al aparato, y que el decurso de la excitación dentro de este es regulado automáticamente por las percepciones de placer y de displacer. El primer desear pudo haber consistido en investir alucinatoriamente el recuerdo de la satisfacción. Pero esta alucinación, cuando no podía ser mantenida hasta el agotamiento, hubo de resultar inapropiada para producir el cese de la necesidad y, por tanto, el placer ligado con la satisfacción.

Así se hizo necesaria una segunda actividad —en nuestra terminología, la actividad de un segundo sistema—, que no permitiese que la investidura mnémica avanzara hasta la percepción y desde allí ligara las fuerzas psíquicas, sino que condujese a la excitación que partía del estímulo de la necesidad por un rodeo que finalmente, por vía de la motilidad voluntaria, modificara el mundo exterior de modo tal que pudiera sobrevenir la percepción real del objeto de satisfacción. Hasta aquí habíamos desarrollado el esquema del aparato psíquico; los dos sistemas son el germen de lo que insertamos como *Icc* y *Prcc* en el aparato plenamente constituido.

Para poder trasformar con arreglo a fines el mundo exterior mediante la motilidad, se requiere la acumulación de una gran suma de experiencias dentro de los sistemas mnémicos y una múltiple fijación {*Fixierung*} de las referencias que diversas representaciones-meta pueden evocar en este material mnémico. [Cf. pág. 532.] Ahora proseguimos con nuestros supuestos. La actividad del segundo sistema, que procede por múltiples ensayos, que envía investiduras y vuelve a recogerlas, por una parte necesita disponer libremente de todo el material mnémico; por la otra, sería un gasto superfluo si enviara por cada una de las vías de pensamiento grandes cantidades de investidura que después se dispersarían sin finalidad, reduciendo así la cantidad necesaria para la trasformación del mundo exterior. Por tanto, teniendo en cuenta {el principio de} la adecuación a fines, postulo que

al segundo sistema le es dado conservar en estado quiescente {*in Ruhe*} la mayoría de las investiduras energéticas y emplear en el desplazamiento tan sólo una pequeña parte. La mecánica de estos procesos me es por entero desconocida; el que quisiera tomar en serio estas ideas debería investigar las analogías fisicistas y abrirse camino hacia la ilustración del proceso de movimiento en el caso de la excitación neuronal. Yo me atengo con exclusividad a esta idea: La actividad del primer sistema ψ está dirigida al *libre desagote* {*Abströmen*} *de las cantidades de excitación*, y el segundo sistema produce, por las investiduras que de él parten, una *inhibición* de este desagote, su mudanza en investidura quiescente, mediando sin duda una elevación del nivel.[8] Supongo entonces que bajo el imperio del segundo sistema el decurso de la excitación se anuda a condiciones mecánicas por entero diversas que bajo el imperio del primero. Una vez que el segundo sistema ha acabado su actividad tentativa de pensamiento, cancela también la inhibición y la estasis de las excitaciones y permite que ellas se drenen {*abfliessen*} hacia la motilidad.

Ahora obtenemos una argumentación interesante atendiendo a los vínculos entre esta inhibición del drenaje por parte del segundo sistema y la regulación ejercida por el principio de displacer.[9] Investiguemos la contraparte de la vivencia primaria de satisfacción, la *vivencia de terror frente a algo exterior.* Supongamos que sobre el aparato primitivo actúa un estímulo perceptivo que es la fuente de una excitación dolorosa. Entonces sobrevendrán prolongadas y desordenadas exteriorizaciones motrices hasta que por una de ellas el aparato se sustraiga de la percepción y, al mismo tiempo, del dolor; y cada vez que reaparezca la percepción, ese movimiento se repetirá enseguida (algo así como un movimiento de huida), hasta que la percepción vuelva a desaparecer. Pero en este caso no quedará inclinación alguna a reinvestir por vía alucinatoria o de otra manera la percepción de la fuente de dolor. Más bien subsistirá en el aparato primario la inclinación a abandonar de nuevo la imagen mnémica penosa tan pronto como se evoque de algún modo, y ello porque el desborde de su excitación hacia la percepción provocaría displacer (más precisamente: empezaría a provocarlo). El extrañamiento respecto del recuerdo, que no

8 [El «Proyecto de psicología» (Freud, 1950*a*), *AE*, **1**, págs. 409 y sigs., arroja alguna luz sobre el concepto de «nivel de investidura».]

9 [En obras posteriores, Freud lo llama «principio de placer»; una excepción aparece en la 4ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **15**, pág. 67.]

hace sino repetir {*Wiederholung*} el primitivo intento de huida frente a la percepción, es facilitado también por el hecho de que el recuerdo, a diferencia de la percepción, no posee cualidad suficiente para excitar a la conciencia y atraer de ese modo sobre sí una investidura nueva. Este extrañamiento que el aparato psíquico realiza fácilmente y de manera regular respecto del recuerdo de lo que una vez fue penoso nos proporciona el modelo y el primer ejemplo de la *represión psíquica* {esfuerzo de desalojo psíquico}. Es de todos conocido cuánto de ese extrañamiento respecto de lo penoso, de la táctica del avestruz, puede rastrearse todavía en la vida anímica normal del adulto.

A consecuencia del principio de displacer, entonces, el primer sistema ψ es incapaz de incluir algo desagradable en el interior de la trama de pensamiento. El sistema no puede hacer otra cosa que desear. Si todo quedara tal cual, se vería impedido el trabajo de pensamiento del segundo sistema, al que le hace falta disponer de todos los recuerdos decantados en la experiencia. Así, se abren dos caminos: o bien el trabajo del segundo sistema se independiza por completo del principio de displacer y sigue su camino sin hacer caso del displacer del recuerdo, o bien se las arregla para investir de tal suerte ese recuerdo displacentero que se evite el desprendimiento de displacer. Podemos desechar la primera posibilidad, pues el principio de displacer se muestra también como regulador para el discurrir de la excitación del segundo sistema; nos vemos remitidos a la otra posibilidad: que ese sistema inviste un recuerdo de tal modo que inhibe el drenaje desde él, y por tanto también el drenaje hacia el desarrollo de displacer, comparable este último a una inervación motriz. A esta hipótesis —que la investidura por el segundo sistema constituye al mismo tiempo una inhibición al drenaje de la excitación— nos vemos llevados entonces desde dos puntos de abordaje: por referencia al principio de displacer y [como se expuso dos párrafos antes] por el principio del gasto mínimo de inervación. Retengamos, pues (y es la clave de la doctrina de la represión), que *el segundo sistema sólo puede investir una representación si está en condiciones de inhibir el desarrollo de displacer que parta de ella.* Lo que se sustrajera de esta inhibición permanecería inasequible también para el segundo sistema; a consecuencia del principio de displacer, se lo abandonaría enseguida. Empero, la inhibición del displacer no tiene que ser completa; un comienzo de este debe admitirse, pues indica al segundo sistema la naturaleza del recuerdo y, llegado el caso, su falta de aptitud para el fin que el pensar busca.

Al proceso psíquico que conviene exclusivamente al primer sistema lo llamaré ahora *proceso primario*, y *proceso secundario* al que resulta de la inhibición impuesta por el segundo.[10] Puedo mostrar, todavía en otro aspecto, los fines para los cuales el segundo sistema tiene que corregir al proceso primario. Este último aspira a la descarga de la excitación a fin de producir, con la magnitud de excitación así reunida, una *identidad perceptiva* [con la vivencia de satisfacción (cf. págs. 557-8)]; el proceso secundario ha abandonado ese propósito y en su lugar adoptó este otro: el de apuntar a una *identidad de pensamiento* [con esa experiencia]. El pensar como un todo no es más que un rodeo desde el recuerdo de satisfacción, que se toma como representación-meta, hasta la investidura idéntica de ese mismo recuerdo, que debe ser alcanzada de nuevo por la vía de las experiencias motrices. El pensar tiene que interesarse entonces por las vías que conectan entre sí a las representaciones, sin dejarse extraviar por las intensidades de estas. Pero es claro que las condensaciones de representaciones, las formaciones intermedias y de compromiso, son impedimentos para alcanzar esa meta de la identidad; en la medida en que remplazan a una representación por otra, desvían del camino que habría podido conducir hacia adelante desde la primera. Por eso tales procesos se evitan cuidadosamente en el pensar secundario. Tampoco es difícil advertir que el principio de displacer, que en otros terrenos ofrece al proceso de pensamiento los más importantes puntos de apoyo, le depara aquí también dificultades en la persecución de la

10 [La distinción entre los sistemas primario y secundario, y la hipótesis de que la psique opera de modo diferente en cada uno de ellos, figuran entre los conceptos fundamentales de Freud. Están relacionados con la teoría (indicada en págs. 588-9 y al comienzo de la sección siguiente) de que existen dos tipos de energía psíquica: «libre» o «móvil» (como ocurre en el *Icc*) y «ligada» o «quiescente» (como ocurre en el *Prcc*). Al tratar el tema en sus escritos posteriores (p. ej., en «Lo inconciente» (1915*e*), *AE*, **14**, págs. 183-6, y en *Más allá del principio de placer* (1920*g*), *AE*, **18**, pág. 30), Freud atribuyó esta última distinción a una afirmación hecha por Breuer en *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895). Es difícil hallar tal afirmación en la contribución de Breuer a esa obra (capítulo III). Lo que más se le aproxima es una nota al pie donde distingue *tres* formas de energía nerviosa: «una energía potencial que está quiescente en el patrimonio químico de la célula», «una energía cinética, por nosotros desconocida, que en el estado de excitación corre por las fibras» y «aun otro estado quiescente de excitación nerviosa: la excitación tónica o tensión nerviosa» (*AE*, **2**, págs. 205-6*n*.). Por otra parte, la cuestión de la energía «ligada» se trata con cierto detenimiento en el «Proyecto de psicología» (1950*a*), escrito sólo unos pocos meses después de publicarse los *Estudios sobre la histeria*.]

identidad de pensamiento. El pensar tiene que tender, pues, a emanciparse cada vez más de su regulación exclusiva por el principio de displacer, y a restringir el desarrollo del afecto por el trabajo de pensamiento a un mínimo que aún sea utilizable como señal.[11] El agregado de una sobreinvestidura, que es procurada por la conciencia, está destinado a lograr ese refinamiento de operación. [Cf. págs. 603 y sigs.] Pero sabemos que aun en la vida anímica normal esto rara vez se alcanza por completo, y que nuestro pensar siempre está expuesto a falsearse debido a la injerencia del principio de displacer.

Pero no es esta la laguna en la eficacia funcional de nuestro aparato anímico por la cual se posibilitaría que pensamientos que se constituyen como resultado del trabajo de pensamiento secundario caigan bajo el proceso psíquico primario, fórmula esta con la que ahora podemos describir el trabajo que lleva a los sueños y a los síntomas histéricos. La tacha de insuficiencia es producto de la conjunción de dos factores que proceden de nuestra historia evolutiva, de los que uno es imputable por entero al aparato anímico y ha ejercido una influencia decisiva sobre el vínculo entre los dos sistemas, y el otro rige en dimensión variable e introduce en la vida anímica fuerzas pulsionales de origen orgánico. Ambos provienen de la vida infantil y son un sedimento de la alteración que nuestro organismo anímico y somático ha experimentado desde las épocas infantiles.

Cuando llamé *primario* a uno de los procesos psíquicos que ocurren en el aparato anímico, no lo hice sólo por referencia a su posición en un ordenamiento jerárquico ni a su capacidad de operación, sino que al darle ese nombre me refería también a lo cronológico. Un aparato psíquico que posea únicamente el proceso primario no existe, que nosotros sepamos, y en esa medida es una ficción teórica; pero esto es un hecho: los procesos primarios están dados en aquel desde el comienzo, mientras que los secundarios sólo se constituyen poco a poco en el curso de la vida, inhiben a los primarios, se les superponen, y quizás únicamente en la plena madurez logran someterlos a su total imperio. A consecuencia de este advenimiento tardío de los procesos secun-

11 [La idea de que un pequeño monto de displacer actúa como «señal» para impedir la ocurrencia de un monto mucho mayor fue retomada por Freud muchos años después y aplicada al problema de la angustia. Cf. *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, págs. 150-2.]

darios, el núcleo de nuestro ser, que consiste en mociones de deseos inconcientes, permanece inaprehensible y no inhibible para el preconciente, cuyo papel quedó limitado de una vez y para siempre a señalarles a las mociones de deseo que provienen del inconciente los caminos más adecuados al fin. Estos deseos inconcientes constituyen para todos los afanes posteriores del alma una compulsión a la que tienen que adecuarse, y a la que tal vez pueden empeñarse en desviar y dirigir hacia metas más elevadas. Un gran ámbito del material mnémico permanece también inasequible a la investidura preconciente a raíz de esa demora {*Verspätung*}.

Ahora bien, entre estas mociones de deseo indestructibles y no inhibibles que provienen de lo infantil se encuentran también aquellas cuyo cumplimiento ha entrado en una relación de contradicción con las representaciones-meta del proceso secundario. El cumplimiento de tales deseos ya no provocaría un afecto placentero, sino uno de displacer, y *justamente esta mudanza del afecto constituye la esencia de lo que designamos «represión»*. Averiguar los caminos y las fuerzas pulsionantes en virtud de los cuales puede operarse esa mudanza, en eso radica el problema de la represión, que aquí bastará con tocar tangencialmente.[12] Será suficiente establecer que una mudanza así del afecto ocurre en el curso del desarrollo (piénsese en el advenimiento del asco, que inicialmente faltaba en la vida infantil) y que se anuda con la actividad del sistema secundario. Los recuerdos desde los cuales el deseo inconciente provoca el desprendimiento del afecto nunca fueron accesibles al *Prcc*; por eso no fue posible inhibir su desprendimiento de afecto. Y precisamente a causa de este desarrollo del afecto tales representaciones tampoco ahora son asequibles desde los pensamientos preconcientes sobre los cuales han trasferido su fuerza de deseo. Más bien entra en funciones el principio de displacer y hace que el *Prcc* se extrañe de tales pensamientos de trasferencia. Estos son librados a sí mismos, son «reprimidos» {desalojados}, y de esa suerte la existencia de un tesoro de recuerdos infantiles sustraídos desde el comienzo al *Prcc* pasa a ser la condición previa de la represión.

En el caso más favorable, se pone término al desarrollo de displacer sustrayendo su investidura a los pensamientos de trasferencia situados en el *Prcc*, y este éxito caracteriza la intervención del principio de displacer como acorde a fines. Pero otra cosa sucede cuando el deseo inconciente reprimido

12 [Freud se ocupó del tema más extensamente en «La represión» (1915*d*); sus puntos de vista posteriores al respecto figuran en la 32ª de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933*a*).]

experimenta un refuerzo orgánico que él puede prestar a sus pensamientos de trasferencia, en cuyo caso los pone en condiciones de hacer el ensayo de irrumpir con su excitación, por más que hayan sido abandonados por la investidura del *Prcc.* Sobreviene entonces la lucha defensiva, pues el *Prcc* a su vez refuerza la oposición a los pensamientos reprimidos (contrainvestidura),[13] y ello trae como efecto ulterior la irrupción de los pensamientos de trasferencia, que son portadores del deseo inconciente, en algún tipo de compromiso mediante una formación de síntoma. Ahora bien, desde el momento en que los pensamientos reprimidos son investidos con fuerza por la moción inconciente de deseo, pero son en cambio abandonados por la investidura preconciente, ellos quedan a merced del proceso psíquico primario, sólo apuntan a la descarga motriz o, cuando el camino está expedito, a la reanimación alucinatoria de la deseada identidad perceptiva. Ya antes hemos descubierto empíricamente que los procesos incorrectos descritos sólo se desarrollan con pensamientos que se encuentran bajo la represión. Ahora aprehendemos un nuevo tramo de esa concatenación. Tales procesos incorrectos son los *primarios* en el aparato psíquico; sobrevienen dondequiera que algunas representaciones son abandonadas por la investidura preconciente, son libradas a *sí mismas* y pueden ser llenadas con la *energía no inhibida* del inconciente, que aspira a drenarse. Algunas otras observaciones vienen a apoyar la concepción según la cual estos procesos llamados incorrectos no son en realidad falseamientos de los procesos normales, errores de pensamiento, sino los modos de trabajo del aparato psíquico que han sido liberados de una inhibición. Así, vemos que la conducción de *la excitación preconciente a la motilidad acontece siguiendo* esos mismos procesos, y que el enlace de las representaciones preconcientes con palabras fácilmente muestra desplazamientos y contaminaciones idénticos a los que se atribuyen a la falta de atención. Por último, una prueba del incremento de trabajo que se vuelve necesario en el caso de la inhibición de esos modos primarios de funcionamiento resulta del siguiente hecho: conseguimos un efecto *cómico*, un sobrante [de energía] que ha de descargarse por la *risa cuando dejamos penetrar en la conciencia estos modos de funcionamiento del pensar.*[14]

13 [El término entre paréntesis se agregó en 1919.]

14 [Esto fue detenidamente examinado por Freud en el capítulo V de su libro sobre el chiste (1905*c*). La cuestión de los errores de pensamiento se trata con más amplitud en las páginas finales del «Proyecto de psicología» (1950*a*).]

La teoría de las psiconeurosis asevera con certeza excluyente que no pueden ser sino mociones de deseo sexuales procedentes de lo infantil las que experimentaron la represión (la mudanza del afecto) en los períodos de desarrollo de la infancia, y que en períodos posteriores del desarrollo son capaces de una renovación, ya sea a consecuencia de la constitución sexual que se configura desde la bisexualidad originaria, ya sea a consecuencia de influencias desfavorables sobre la vida sexual; y así ellas proporcionan las fuerzas pulsionantes de toda formación de síntoma psiconeurótica.[15] Sólo mediante la introducción de estas fuerzas sexuales pueden salvarse las lagunas todavía registrables en la teoría de la represión. Quiero dejar en suspenso el averiguar si tenemos derecho a invocar lo sexual y lo infantil también para la teoría del sueño; dejo aquí incompleta esta teoría porque ya con el supuesto de que el deseo onírico proviene en todos los casos del inconciente me he internado un paso más allá de lo comprobable.[16] Tampoco quiero indagar más

[15] [En sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*) Freud desarrolló el tema aquí expuesto.]

[16] Aquí, como en otros pasajes, hay lagunas en la elaboración del tema. Las he dejado ex profeso pues llenarlas requeriría un gran gasto, por una parte, y, por la otra, apuntalarse en un material ajeno al sueño. Así, he evitado indicar si atribuyo a la palabra «sofocado» {«*unterdrückt*»} un sentido diverso que a la palabra «reprimido» {«*verdrängt*»}. Pero debería haber quedado claro que esta última destaca más que la primera la pertenencia al inconciente. Tampoco he entrado a considerar este evidente problema: ¿Por qué la censura hace que los pensamientos oníricos se desfiguren también en el caso en que ellos han renunciado a su avance progrediente hasta la conciencia y se han decidido por el camino de la regresión? Y como esta, hay otras muchas omisiones. Me interesaba, sobre todo, que se obtuviera una impresión de los problemas a que lleva la ulterior descomposición del trabajo del sueño, e indicar los otros temas con los que entraría en contacto ese análisis ulterior. Además, no siempre me resultó fácil decidir el lugar en que debía interrumpir la exposición. — Una motivación particular, quizás inesperada para el lector, me llevó a no tratar exhaustivamente el papel que desempeña en el sueño el mundo de las representaciones sexuales y a evitar la interpretación de sueños de contenido sexual evidente. Está bien lejos de mí y de las opiniones científicas que sostengo en neuropatología el mirar la vida sexual como asunto vergonzoso, que ni el médico ni el investigador científico pueden tratar. También me parece risible la indignación moral que llevó al traductor de la *Oneirocritica* de Artemidoro Daldiano a sustraer al conocimiento de los lectores el capítulo que ella contiene sobre los sueños sexuales. En mi caso, lo único decisivo fue que la explicación de los sueños sexuales me habría hecho internarme en profundidad en los problemas todavía no explicados de la perversión y de la bisexualidad. Por eso me reservé ese material para otro contexto. [Quizá debería agregarse que el traductor de *Oneirocritica*, F. S. Krauss, publicó después el capítulo omitido en su periódico *Anthropophyteia*, citado por Freud

sobre la índole de la diferencia, en lo que atañe al juego de las fuerzas psíquicas, entre la formación del sueño y la de los síntomas histéricos; es que para ello nos falta un conocimiento más preciso de uno de los términos que han de ponerse en comparación. Pero es otro el punto en que yo me afirmo, y anticipo esta confesión: a causa de este solo punto he incluido aquí todas las elucidaciones sobre los dos sistemas psíquicos, sobre sus modos de trabajo y sobre la represión. En efecto, no interesa que yo haya concebido de manera aproximadamente correcta las constelaciones psicológicas en cuestión, o bien, como es muy posible en materias tan difíciles, lo haya hecho torcida y deficientemente. Comoquiera que después se altere la interpretación de la censura psíquica, de la elaboración correcta y anormal del contenido del sueño, sigue siendo válido que tales procesos intervienen en la formación del sueño y que en lo esencial muestran la más grande analogía con los procesos reconocidos en la formación de los síntomas histéricos. Ahora bien, el sueño no es un fenómeno patológico; no tiene por premisa ninguna perturbación del equilibrio psíquico; no deja como secuela debilitamiento alguno de la capacidad de rendimiento. La objeción según la cual mis sueños y los de mis pacientes neuróticos no permiten extraer inferencias sobre los sueños de personas sanas podría desecharse sin considerarla siquiera. Por tanto, cuando desde los fenómenos inferimos sus fuerzas pulsionantes, reconocemos que el mecanismo psíquico de que se sirve la neurosis no es creado primero por una perturbación patológica que atacara a la vida anímica, sino que ya se encuentra dispuesto dentro del edificio normal del aparato anímico. Los dos sistemas psíquicos, la censura del pasaje entre ellos, la inhibición y la superposición de una actividad por la otra, las relaciones de ambos con la conciencia —o lo que una interpretación más correcta de las condiciones fácticas pueda poner en su lugar—, todo eso pertenece al edificio normal de nuestro instrumento anímico, y el sueño nos indica uno de los caminos que llevan al conocimiento de su estructura. Si queremos contentarnos con un aumento mínimo, pero plenamente certificado, de nuestro saber, diremos que el sueño nos prueba que *lo sofocado persiste también en los hombres normales y sigue siendo capaz de operaciones psíquicas.* El sueño mismo es una de las exteriorizaciones de eso sofocado; según la teoría lo es en todos los casos, y según la experiencia palpable lo es al menos

supra (págs. 361-2, *n.* 14), y del cual en otros lugares habla con tanto elogio; ct. su carta al Dr. F. S. Krauss (1910*f*) y su prólogo a J. G. Bourke, *Scatologic Rites of All Nations* (1913*k*).]

en una gran cantidad de ellos, que exhiben precisamente de la manera más nítida los caracteres llamativos de la vida onírica. Eso sofocado que hay en el alma, cuya expresión es impedida en la vida de vigilia por la {recíproca y} *opuesta tramitación de las contradicciones* y que fue cortado de la percepción interna, encuentra en la vida nocturna y bajo el imperio de las formaciones de compromiso los medios y caminos para abrirse paso hasta la conciencia.

«Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo».[17]

Pero *la interpretación del sueño es la vía regia hacia el conocimiento de lo inconciente dentro de la vida anímica.*

Si perseguimos el análisis del sueño avanzaremos un poco en la intelección de la composición de ese instrumento, de todos el más maravilloso y el más lleno de secretos. Será muy poco, sin duda, pero al mismo tiempo habremos dado el primer paso para progresar después, desde otras formaciones (que han de llamarse patológicas), en su descomposición. Es que la enfermedad —al menos la que, con acierto, se llama «funcional»— no tiene por premisa la destrucción de este aparato o la producción de escisiones nuevas en su interior; ha de explicarse *dinámicamente* por el fortalecimiento y el debilitamiento de los componentes del juego de fuerzas del que tantos efectos permanecen ocultos durante la función normal. En otro lugar podría mostrarse todavía el modo en que la composición del aparato por las dos instancias mencionadas permite un refinamiento incluso de su función normal, imposible con una sola de ellas.[18]

[17] [«Si no puedo inclinar a los Poderes Superiores, moveré las Regiones Infernales». En una nota inserta en *GS*, **3** (1925), pág. 169, Freud hace la observación de que «este verso de Virgilio [*La Eneida*, VII, 312] intenta describir los esfuerzos de las mociones pulsionales desalojadas». Utilizó ese mismo verso como epígrafe de la presente obra. (Cf. *supra*, **4**, págs. 1 y 17*n.*) En una carta a Fliess del 4 de diciembre de 1896 (Freud, 1950*a*, Carta 51), proponía encabezar con él un capítulo sobre la formación de síntoma, en una obra proyectada que no llegó a realizarse. — La oración siguiente se agregó en 1909, y en el mismo año Freud la incluyó en la 3ª de sus *Cinco conferencias sobre psicoanálisis* (1910*a*), *AE*, **11**, pág. 29.]

[18] El sueño no es el único fenómeno que permite fundar la psicopatología sobre la psicología. En una serie de ensayos —«Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria» (1898*b*) y «Sobre los recuerdos encubridores» (1899*a*)—, no completada aún, he intentado interpretar cierto número de fenómenos de la vida cotidiana como pruebas en favor de la misma conclusión. [*Agregado* en 1909:] Estos ensayos, junto a otros sobre el olvido, el trastrabarse al hablar, el trastrocar las cosas confundido, etc., se han reunido después bajo el título de *Psicopatología de la vida cotidiana* (Freud, 1901*b*).

F. Lo inconciente y la conciencia. La realidad

Si las consideramos con mayor atención, las elucidaciones psicológicas de la sección anterior no nos sugieren el supuesto de la existencia de *dos sistemas* cerca del extremo motor del aparato, sino de *dos procesos* o de *dos modos en el decurso de la excitación.* Nos da lo mismo; siempre debemos estar dispuestos a abandonar nuestras representaciones auxiliares cuando nos creemos en condiciones de remplazarlas por alguna otra cosa que se aproxime mejor a la realidad desconocida. Intentemos ahora rectificar algunas intuiciones que pudieron nacer por un malentendido mientras teníamos en vista los dos sistemas, en el sentido más inmediato y grosero, como dos localidades situadas en el interior del aparato anímico; esas intuiciones han dejado su impronta en las expresiones «reprimir» {«*verdrängen*», «desalojar»} e «irrumpir» {«*durchdringen*»}. Cuando decimos, pues, que un pensamiento inconciente aspira a traducirse en el preconciente a fin de irrumpir desde allí en la conciencia, no queremos significar que se forme un pensamiento segundo, situado en un lugar nuevo, por así decir una trascripción junto a la cual subsistiría el original; y también respecto del irrumpir en la conciencia queremos aventar toda idea de un cambio de lugar. Cuando decimos que un pensamiento preconciente es reprimido {desalojado} y entonces el inconciente lo recibe, esta imagen, tomada del círculo de representaciones de la lucha por un terreno, podría inducirnos a suponer que realmente cierto ordenamiento es disuelto dentro de una localidad psíquica y sustituido por otro que se sitúa en una localidad diferente. Ahora remplazamos este símil por lo que parece responder mejor al estado real de cosas, a saber, que una investidura energética es impuesta a un determinado ordenamiento o retirada de él, de suerte que el producto psíquico en cuestión cae bajo el imperio de una instancia o se sustrae de él. De nuevo sustituimos aquí un modo de representación tópico por uno dinámico; no es el producto psíquico el que nos aparece como lo movible, sino su inervación.[1]

A pesar de ello, juzgo conveniente y justificado seguir

[1] [*Nota agregada* en 1925:] Fue necesario reformular y modificar esta idea cuando se reconoció que el carácter esencial de una representación preconciente es el enlace con restos de representaciones-palabra. Cf. «Lo inconciente» (Freud, 1915*e*) [*AE*, **14**, pág. 198. Allí se apunta, empero, que esto ya se indicaba en la primera edición de la presente obra. (Cf. *supra*, pág. 566, e *infra*, pág. 605.) También está anticipado en el «Proyecto de psicología» (1950*a*), *AE*, **1**, págs. 408-24.]

utilizando la representación intuitiva de los dos sistemas. Evitaremos cualquier abuso de este modo de figuración si recordamos que representaciones, pensamientos y, en general, productos psíquicos no pueden ser localizados dentro de elementos orgánicos del sistema nervioso, sino, por así decir, *entre ellos*, donde resistencias y facilitaciones constituyen su correlato. Todo lo que puede ser objeto de nuestra percepción interior es *virtual*, como la imagen dada en el telescopio por la propagación de los rayos de luz. Pero a los sistemas, que a su vez no son nada psíquico y nunca pueden ser asequibles a nuestra percepción psíquica, estamos justificados en suponerlos semejantes a las lentes del telescopio, que proyectan la imagen. Prosiguiendo este símil, la censura situada entre dos sistemas correspondería a la refracción de los rayos en el pasaje a un medio nuevo.

Hasta aquí hemos cultivado una psicología de nuestra propia cosecha; es tiempo de que pasemos a examinar las opiniones doctrinales que gobiernan la psicología de hoy, atendiendo a su vínculo con nuestras propuestas. La cuestión del inconciente en la psicología es, según la autorizada palabra de Lipps (1897), menos *una* cuestión psicológica que *la* cuestión de la psicología. Mientras la psicología la despache mediante la mera declaración verbal de que lo «psíquico» es precisamente lo «conciente» y unos «procesos psíquicos inconcientes» serían un palpable contrasentido, queda excluida una apreciación psicológica de las observaciones que un médico pudo haber conseguido en estados psíquicos anormales. El médico y el filósofo sólo se ponen de acuerdo si ambos reconocen que «procesos psíquicos inconcientes» son «la expresión adecuada y plenamente justificada de un hecho efectivo». Frente a la aseveración de que «la conciencia es el carácter infaltable de lo psíquico», el médico no puede replicar de otro modo que encogiéndose de hombros y tal vez, en caso de que su respeto por las manifestaciones de los filósofos sea todavía lo bastante grande, suponiendo que ellos no tratan el mismo objeto ni cultivan la misma ciencia. Es que basta una sola observación inteligente de la vida anímica de un neurótico, un único análisis de sueños, para imponerle la inconmovible convicción de que los procesos de pensamiento más complejos y correctos, a los que no puede rehusarse el nombre de procesos psíquicos, pueden ocurrir sin excitar la conciencia de la persona.[2] Es

[2] [*Nota agregada* en 1914:] Me alegra poder citar a un autor que ha extraído del estudio del sueño la misma conclusión que yo

cierto que el médico no tiene noticia de estos procesos inconcientes antes que ellos hayan ejercido sobre la conciencia un efecto susceptible de comunicación o de observación. Pero este efecto de conciencia puede mostrar un carácter psíquico por entero divergente del proceso inconciente, de suerte que la percepción interna no discierna en uno el sustituto del otro. El médico tiene que reservarse el derecho de avanzar, mediante un *proceso de inferencia*, desde el efecto conciente hasta el proceso psíquico inconciente; por este camino se entera de que el efecto conciente no es sino una repercusión psíquica remota del proceso inconciente, que, como tal, no ha devenido conciente; sabrá, no obstante, que ha existido y ha operado, aunque sin traslucirse de ningún modo para la conciencia.

Es preciso revertir la sobrestimación por la propiedad «conciencia»; es este un requisito indispensable para cualquier intelección correcta del origen de lo psíquico. Lo inconciente, segun la expresión de Lipps [1897, págs. 146-7], tiene que suponerse como una base universal de la vida psíquica. Lo inconciente es el círculo más vasto, que incluye en sí al círculo más pequeño de lo conciente; todo lo conciente tiene una etapa previa inconciente, mientras que lo inconciente puede persistir en esa etapa y, no obstante, reclamar para sí el valor íntegro de una operación psíquica. Lo inconciente es lo psíquico verdaderamente real, *nos es tan desconocido en su naturaleza interna como lo real del mundo exterior, y nos es dado por los datos de la conciencia de manera tan incompleta como lo es el mundo exterior por las indicaciones de nuestros órganos sensoriales.*

Ahora que la vieja oposición entre vida conciente y vida onírica quedó desvalorizada con la intercalación de lo psíquico inconciente en el lugar que le corresponde, se eliminan una serie de problemas del sueño que hubieron de ocupar todavía en profundidad a autores anteriores. Así, muchas operaciones de cuyo cumplimiento en el sueño cabía admirarse ya no son más imputables al sueño, sino al pen-

acerca de la relación entre la actividad conciente y la inconciente. Escribe Du Prel (1885, pág. 47): «El problema de la naturaleza del alma requiere, sin duda, una investigación preliminar para averiguar si conciencia y alma son idénticas. Justamente esa pregunta preliminar es respondida negativamente por el sueño, que muestra que el concepto de alma es más amplio que el de conciencia, de la misma manera que la fuerza gravitatoria de una estrella se extiende más allá del alcance de su luminosidad». Y en otro pasaje (*ibid.*, pág. 306 [citando a Maudsley, 1868, pág. 15]): «Es una verdad en la que nunca se insistirá bastante la de que conciencia y alma no son conceptos de igual extensión».

samiento inconciente que también trabaja durante el día. Si, según Scherner [1861, págs. 114-5], el sueño parece jugar con una figuración simbolizante del cuerpo,[3] ahora sabemos que esta es la operación de fantasías inconcientes que probablemente responden a mociones sexuales y que no se expresan sólo en el sueño, sino también en las fobias histéricas y en otros síntomas. Cuando el sueño prosigue y finiquita los trabajos del día y aun trae a la luz ocurrencias valiosas, no tenemos más que quitarle la vestidura onírica que es el producto del trabajo del sueño y la marca de la operación auxiliar de poderes oscuros provenientes de lo profundo del alma (cf. el diablo en el sueño de la sonata, de Tartini[4]). Pero esa operación intelectual se debe a las mismas fuerzas del alma que cumplen durante el día todas las operaciones de esa índole. Incluso es probable que nos inclinemos en exceso a sobrestimar el carácter conciente de la producción intelectual y artística. Por las comunicaciones de hombres en extremo productivos, como Goethe y Helmholtz, llegamos a saber más bien que lo esencial y lo nuevo de sus creaciones les fue dado a la manera de ocurrencias y advino a su percepción casi listo. La cooperación de la actividad conciente nada tiene de sorprendente en otros casos en que todas las fuerzas del espíritu se convocaron en el empeño. Pero es privilegio de la actividad conciente, del que mucho se abusa, el poder ocultarnos todo lo demás siempre que ella participa.

No merece la pena exponer como un tema particular la importancia histórica de los sueños. Si un caudillo se resolvió tal vez, a causa de un sueño, a una osada empresa cuyo éxito provocó un cambio de alcances históricos, ello nos depara un nuevo problema sólo si seguimos contraponiendo el sueño, como un poder ajeno, a otras fuerzas del alma que nos resultan más familiares, pero no si lo consideramos una *forma de expresión* de mociones sobre las cuales durante el día pesó una resistencia y que por la noche pudieron obtener un refuerzo de parte de fuentes de excitación situadas en lo profundo.[5] Ahora bien, el respeto de que el sueño gozó

[3] [Cf. *supra*, **4**, págs. 107-8.]

[4] [Se dice que el compositor y violinista Giuseppe Tartini (1692-1770) soñó que vendía su alma al diablo, quien tras eso tomó un violín y ejecutó una sonata de exquisita belleza con destreza consumada. Al despertar, el compositor escribió de inmediato lo que podía recordar de ella, y el resultado fue su famoso «Trillo del Diavolo».]

[5] [*Nota agregada* en 1911:] Véase sobre esto el sueño de Alejandro Magno cuando el sitio de Tiro. [Cf. *supra*, **4**, pág. 121, *n.* 4.]

en los pueblos antiguos es un homenaje, fundado en una intuición psicológica correcta, a lo indomeñado y a lo indestructible contenido en el alma del hombre, a lo *demoníaco*, eso que engendra el deseo onírico y eso que nosotros reencontramos en nuestro inconciente.

No sin deliberación digo *en nuestro inconciente*, pues lo que así llamamos no coincide con lo inconciente de los filósofos ni con lo inconciente según Lipps. En ellos está destinado a designar sólo lo opuesto a lo conciente; el conocimiento de que, además de los procesos concientes, hay otros procesos psíquicos que son inconcientes se impugna con ardor y se defiende con energía. En Lipps hallamos un enunciado que da un paso más, a saber, que todo lo psíquico ha existido como inconciente y, de eso, algo, después, lo ha hecho también como conciente. Pero no fue para probar *este* enunciado que adujimos los fenómenos del sueño y de la formación de síntomas histéricos; la sola observación de la vida diurna normal basta para establecerlo fuera de toda duda. Lo nuevo que nos enseña el análisis de las formaciones psicopatológicas y ya su primer eslabón, el sueño, consiste en que lo inconciente —por ende, lo psíquico— ocurre como función de dos sistemas separados y eso ya sucede dentro de la vida normal del alma. Lo *inconciente* existe por tanto *de dos modos*, que no hallamos todavía separados por los psicólogos. Uno y otro son inconcientes en el sentido de la psicología; pero en nuestra concepción, uno, que llamamos *Icc*, es también *insusceptible de conciencia*, mientras que el otro, *Prcc*, recibió de nosotros ese nombre porque sus excitaciones —por cierto que obedeciendo también a ciertas reglas y quizá sólo después de superar una nueva censura, pero sin miramiento por el sistema *Icc*— pueden alcanzar la conciencia. El hecho de que las excitaciones, para poder llegar a la conciencia, tengan que recorrer una secuencia inmutable, un itinerario de instancias que pudimos vislumbrar a través de las alteraciones que les impone la censura, nos sirvió para proponer un símil tomado de lo espacial. Describimos las relaciones de los dos sistemas entre sí y con la conciencia diciendo que el sistema *Prcc* se sitúa como una pantalla {*Schirm*} entre el sistema *Icc* y la conciencia. El sistema *Prcc* no sólo bloquea el acceso a la conciencia, sino que preside el acceso a la motilidad voluntaria y dispone acerca del envío de una energía de investidura móvil, una parte de la cual nos es familiar como atención.[6]

[6] [Cf. págs. 582-3. — *Nota agregada* en 1914:] Véase mi trabajo titulado «Nota sobre el concepto de lo inconciente en psicoanálisis» (1912*g*), publicado primero en inglés en los *Proceedings* de la So-

También de la distinción entre *supraconciencia* y *subconciencia*, predilecta de la bibliografía más reciente sobre las psiconeurosis, tenemos nosotros que mantenernos alejados, pues precisamente parece destacar la equiparación entre lo psíquico y lo conciente.

¿Qué papel resta en nuestro esquema a esa conciencia antaño todopoderosa y que todo lo recubría? Ningún otro que el de *un órgano sensorial para la percepción de cualidades psíquicas.*[7] De acuerdo con las ideas básicas de nuestro ensayo esquemático, sólo podemos concebir esa percepción-conciencia {*Bewusstseinswahrnehmung*} como la operación propia de un sistema particular para el cual es recomendable la designación abreviada *Cc*. A este sistema lo imaginamos, en sus caracteres mecánicos, de manera parecida a los sistemas de percepción *P*; o sea, excitable por cualidades e incapaz de conservar la huella de las alteraciones, vale decir, carente de memoria. El aparato psíquico, que con el órgano sensorial de los sistemas *P* está vuelto hacia el mundo exterior, es él mismo mundo exterior para el órgano sensorial de la *Cc*, cuya justificación teleológica descansa en esta circunstancia. El principio del itinerario de instancias, que parece presidir el armazón del aparato, nos sale aquí al paso otra vez. El material de excitaciones afluye desde dos lados al órgano sensorial *Cc*: desde el sistema *P*, cuya excitación condicionada por cualidades probablemente atraviese por un nuevo procesamiento antes de convertirse en sensación conciente, y desde el interior del propio aparato, cuyos procesos cuantitativos son sentidos, toda vez que los alcanzan ciertas alteraciones, como serie de cualidades de placer y displacer.

Los filósofos que se percataron de que son posibles, sin colaboración de la conciencia, formaciones de pensamiento correctas y en extremo complejas se vieron en dificultades para asignar a esta una función; ella les pareció un reflejo superfluo del proceso psíquico consumado. La analogía de nuestro sistema *Cc* con los sistemas de la percepción nos saca de esta perplejidad. Vemos que la percepción por nues-

ciety for Psychical Research, **26** [pág. 312], donde he distinguido los significados descriptivo, sistemático y dinámico de la multívoca palabra «inconciente». [Este tema es reexaminado en su totalidad a la luz de las posteriores opiniones de Freud en el capítulo I de *El yo y el ello* (1923*b*).]

[7] [El uso que hace Freud de los términos «cantidad» y «cualidad» es explicado en forma cabal en la parte I de su «Proyecto de psicología» (1950*a*).]

tros órganos sensoriales tiene la consecuencia de guiar una investidura de atención por los caminos a través de los cuales se propaga la excitación sensorial adviniente; la excitación cualitativa del sistema *P* sirve a la cantidad móvil dentro del aparato psíquico como regulador de su decurso. La misma función podemos pretender para el órgano sensorial, superpuesto, del sistema *Cc*. Cuando percibe cualidades nuevas presta una nueva contribución a la guía y a la distribución acorde a fines de las cantidades móviles de investidura. Por medio de la percepción de placer y displacer influye sobre la circulación de las investiduras en el interior del aparato psíquico, que por lo demás trabaja de manera inconciente y por desplazamientos de cantidad. Es probable que al comienzo el principio de displacer regule automáticamente los desplazamientos de la investidura; pero es muy posible que la conciencia de estas cualidades agregue una segunda regulación, más fina, que hasta puede contrariar a la primera y que perfecciona la capacidad de operación del aparato, por cuanto, en contra de su disposición originaria, lo habilita para someter a la investidura y a la elaboración también aquello que se enlaza con un desprendimiento de displacer. La psicología de las neurosis nos enseña que a estas regulaciones operadas por la excitación-cualidad de los órganos sensoriales les está reservado un importante papel en la actividad funcional del aparato. El imperio automático del principio primario de displacer (con la consecuente restricción de la capacidad de operación) es quebrantado por las regulaciones sensibles, a su vez otros tantos automatismos. Nos enteramos de que la represión, que, aunque originariamente adecuada a fines, desemboca en una renuncia dañina a la inhibición y al gobierno del alma, se consuma con facilidad mucho mayor en recuerdos que en percepciones, porque en los primeros necesariamente falta el aumento de investidura que es consecuencia de la excitación de los órganos sensoriales psíquicos. Si por una parte un pensamiento del que hay que defenderse no deviene conciente porque fue sometido a la represión, en otros casos puede ser reprimido sólo por el hecho de que en virtud de otras razones fue sustraído de la percepción-conciencia. De estas indicaciones se sirve la terapia para remover represiones consumadas.

Dentro de una concatenación teleológica, nada prueba mejor el valor de la sobreinvestidura producida por la influencia reguladora del órgano sensorial *Cc* sobre la cantidad móvil que la creación de una nueva serie de cualidades y, con ella, de una regulación nueva, que constituye el privilegio del ser humano frente a los animales. En efecto, los procesos

de pensamiento carecen de cualidad, salvo las excitaciones de placer y displacer que los acompañan, que deben mantenerse refrenadas como perturbación posible del pensar. Para prestarles una cualidad son asociados, en el ser humano, con recuerdos de palabra, cuyos restos de cualidad bastan para atraer sobre sí la atención de la conciencia y para volcar sobre el pensar, desde esta, una nueva investidura móvil. [Cf. págs. 566 y 598*n.*]

La multiplicidad de los problemas que suscita la conciencia no puede abarcarse sino descomponiendo los procesos de pensamiento de la histeria. Se tiene entonces la impresión de que también el paso del preconciente a la investidura conciente se conecta con una censura parecida a la situada entre *Icc* y *Prcc.*[8] También esta censura sólo entra en funciones por encima de cierto límite cuantitativo, de suerte que se le escapan pensamientos de poca intensidad. Todos los casos posibles de apartamiento de la conciencia, así como de irrupción en ella bajo ciertas restricciones, se hallan reunidos en el marco de los fenómenos psiconeuróticos; todos ellos apuntan a la íntima y bilateral concatenación entre censura y conciencia. Quiero cerrar estas elucidaciones psicológicas comunicando dos de esos casos.

El año pasado fui llamado a consulta, y me vi frente a una muchacha que lucía inteligente y desprejuiciada. Su compostura es extraña; la mujer suele cuidar de sus vestidos hasta la última arruga, mientras que ella lleva una media colgando y dos botones de la blusa desprendidos. Se queja de dolores en una pierna y sin que se lo pidan descubre una pantorrilla. Pero su principal queja es esta, textualmente: tiene una sensación en el cuerpo como si hubiera *algo metido ahí* que *se mueve para acá y para allá* y *la hace estremecerse toda.* Muchas veces eso le pone *tieso* todo el cuerpo. Mi colega, allí presente, me mira entonces; no halla dificultad alguna en comprender el significado de su queja. A los dos nos parece asombroso que la madre de la enferma no lo advierta; ya repetidas veces tiene que haberse encontrado en la situación que su hija describe. La muchacha misma ni sospecha el alcance de sus dichos, pues de lo contrario no los hubiera pronunciado. Aquí se ha logrado cegar a la censura de tal suerte que una fantasía que en otro caso permanecería en el preconciente es admitida en la conciencia como algo inocente, bajo la máscara de una queja.

Otro ejemplo: Inicio un tratamiento psicoanalítico con

[8] [La censura entre el *Prcc* y la *Cc* aparece rara vez en los escritos posteriores de Freud, pero se la trata extensamente en la sección VI de «Lo inconciente» (1915*e*).]

un muchacho de catorce años que sufre de un *tic convulsif*, vómitos histéricos, dolores de cabeza, etc., y le aseguro que cerrando los ojos verá imágenes o tendrá ocurrencias que él debe comunicarme. Responde en imágenes. Revive visualmente en su recuerdo la última impresión que tuvo antes de acudir a mi consultorio. Había jugado a las damas con su tío y ahora ve el tablero frente a sí. Considera diversas posiciones favorables o desfavorables, movidas que no están permitidas. Después ve sobre el tablero una navaja, objeto que su padre posee pero que su fantasía sitúa en el tablero. Luego hay puesta una hoz sobre el tablero, más adelante se agrega una guadaña, y ahora viene la imagen de un viejo campesino que corta con la guadaña el pasto que crece frente a la casa, frente al hogar distante. Pasados unos días pude comprender esta sucesión de imágenes. Relaciones familiares desdichadas han irritado al muchacho. Un padre duro, de mal genio, que vivía en querella con la madre y cuyo recurso pedagógico eran las amenazas; la separación del padre respecto de esa madre blanda y tierna; el nuevo matrimonio de él, quien un día trajo a la casa a una mujer joven presentándola como la nueva mamá. A poco de ello estalló la enfermedad de este muchacho de catorce años. Es la sofocada furia contra el padre la que compuso aquellas imágenes en alusiones inteligibles. Una reminiscencia de la mitología proporcionó el material. La hoz es aquella con que Zeus castró al padre; la guadaña y la imagen del campesino pintan a Cronos, el viejo violento que devoraba a sus hijos y del que Zeus se vengó de manera tan poco filial.[9] El casamiento del padre era una ocasión para devolverle los reproches y amenazas que el niño antes tuvo que oír de él por *jugar* con sus genitales (el juego de damas, los movimientos prohibidos, la navaja con la que se puede matar). Aquí son recuerdos largo tiempo reprimidos y sus retoños que han permanecido inconcientes los que se cuelan en la conciencia como imágenes *sin sentido aparente* por el rodeo que se les ha abierto.

Yo buscaría, por eso, el valor teórico del estudio del sueño en las contribuciones que puede hacer al conocimiento psicológico y en la preparación que puede darnos para comprender las psiconeurosis. ¿Quién es capaz de vislumbrar la altura a que puede elevarse todavía un conocimiento a fondo de la construcción y de las operaciones del aparato

[9] [Cf. *supra*, **4**, pág. 266.]

anímico, si ya el estado actual de nuestro saber permite una feliz corrección terapéutica de las formas de psiconeurosis en sí curables? ¿Cuál es el valor práctico de ese estudio, se me dirá, para el conocimiento del alma, el descubrimiento de las propiedades ocultas del carácter de los individuos? ¿Acaso las mociones inconcientes que el sueño pone de manifiesto no poseen el valor de reales poderes dentro de la vida anímica? ¿Y es de tenerse en poco el significado ético de los deseos sofocados, que, así como crean sueños, pueden engendrar mañana otra cosa?

No me siento autorizado para responder a estas preguntas. Mis pensamientos no han perseguido este aspecto de los problemas del sueño. Opino, simplemente, que se equivocaba el emperador romano que hizo ejecutar a uno de sus súbditos porque este había soñado que le daba muerte.[10] Primero habría debido preocuparse por buscar el significado de este sueño; muy probablemente, no era el que parecía. Y aun si un sueño de texto diferente tuviera ese significado {esa intencionalidad} de lesa majestad, cabría atender todavía al dicho de Platón, a saber, que el virtuoso se contenta con soñar lo que el malvado hace realmente. Opino, pues, que lo mejor es dejar en libertad a los sueños. Yo no sé si a los deseos inconcientes hay que reconocerles *realidad*; a todos los pensamientos intermedios y de transición, desde luego, hay que negársela. Y si ya estamos frente a los deseos inconcientes en su expresión última y más verdadera, es preciso aclarar que la realidad *psíquica* es una forma particular de existencia que no debe confundirse con la realidad *material*.[11] No parece entonces justificado que los hombres se muestren renuentes a tomar sobre sí la responsabilidad por el carácter inmoral de sus sueños. La apreciación del modo de funcionamiento del aparato anímico y la intelección del vínculo entre conciente e inconciente disipa, las más de las veces, lo que nos choca, en el aspecto ético, de nuestra vida onírica y de la fantasía. «Eso que el sueño nos

[10] [Cf. *supra*, **4**, pág. 90.]

[11] [Esta oración no figuraba en la primera edición. En 1909 apareció bajo la siguiente forma: «Y si ya estamos frente a los deseos inconcientes en su expresión última y más verdadera, es preciso recordar sin duda que también la realidad psíquica tiene más de una forma de existencia». En 1914 el texto es por primera vez el actual, salvo que la última palabra era «fáctica» en lugar de «material», palabra que remplazó a aquella en 1919. — El resto de este párrafo se agregó en 1914. — Freud ya había esbozado la distinción entre «realidad del pensar» y «realidad externa» en su «Proyecto de psicología» (1950*a*), *AE*, **1**, pág. 421, donde brindo mayores referencias en una nota al pie.]

ha hecho notorio en materia de relaciones con el presente (realidad) queremos después rebuscarlo también en la conciencia, y no tenemos derecho a asombrarnos si lo enorme que vimos bajo la lente de aumento del análisis lo reencontramos después como un infusorio microscópico»' (H. Sachs [1912, pág. 569]).

Para la necesidad práctica de juzgar el carácter del hombre, casi siempre bastan las obras y el credo expresado concientemente. Las obras, sobre todo, merecen ser situadas en la primera línea, pues muchos impulsos que han irrumpido hasta la conciencia son cancelados aún por poderes reales de la vida anímica antes de desembocar en las obras; e incluso muchas veces no tropiezan en su camino con ningún obstáculo psíquico porque el inconciente está seguro de que serán detenidos en otro lugar. Y en todo caso será instructivo tomar conocimiento del tan hozado suelo sobre el que se levantan, orgullosas, nuestras virtudes. La complicación de un carácter humano, dinámicamente movida en todas las direcciones, rarísima vez admite despacharse con una simple alternativa, como querría nuestra añeja doctrina moral.[12]

¿Y el valor del sueño para el conocimiento del futuro? Ni pensar en ello, naturalmente.[13] Podríamos remplazarlo por esto otro: para el conocimiento del pasado. Pues del pasado brota el sueño en todo sentido. Aunque tampoco la vieja creencia de que el sueño nos enseña el futuro deja de tener algún contenido de verdad. En la medida en que el sueño nos presenta un deseo como cumplido, nos traslada indudablemente al futuro; pero este futuro que al soñante le parece presente es creado a imagen y semejanza de aquel pasado por el deseo indestructible.

[12] [Este tema es objeto de ulterior examen en «Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto» (Freud, 1925*i*), *AE*, **19**, págs. 133 y sigs.]

[13] [Cf. *supra*, **4**, pág. 32, *n*. 10. — En la edición de 1911, solamente, aparecía aquí la siguiente nota al pie: «El profesor Ernst Oppenheim, de Viena, me ha mostrado, sobre la base de material folklórico, que existe una clase de sueños respecto de los cuales tampoco el pueblo cree que signifiquen nada para el futuro, y que de manera enteramente correcta ha reconducido a mociones de deseo y necesidades que emergen durante el dormir. Próximamente publicará un informe detallado sobre estos sueños, referidos casi siempre como "historias cómicas"». — A comienzos de 1911, D. E. Oppenheim, profesor de una escuela secundaria de Viena y especialista en estudios clásicos, escribió en colaboración con Freud «Sueños en el folklore» (Freud, 1958*a*), *AE*, **12**, págs. 177 y sigs. (cf. mi «Nota introductoria» a dicho trabajo, donde se encontrarán más pormenores). Oppenheim se convirtió poco más tarde en partidario de Adler y presentó su renuncia a la Sociedad Psicoanalítica de Viena, que lo contó entre sus miembros durante dos o tres años.]

Apéndice A. Una premonición onírica cumplida[1]

La señora B., persona inteligente y aun provista de sentido crítico, cuenta a raíz de otra cosa, y en un contexto en modo alguno tendencioso, que una vez, hace muchos años, soñó que se encontraba con su viejo médico de cabecera y amigo, el doctor K., en la Kärntnerstrasse,[2] frente a la tienda de Hiess. A media mañana del día siguiente iba ella por esa calle y se encontró realmente con la persona nombrada, en el lugar donde lo tenía soñado. Hasta ahí el argumento. Hago notar que este asombroso encuentro no reveló su significación por ningún acontecimiento subsiguiente, vale decir, no se justifica por lo venidero.

Del examen hecho con miras al análisis resultó que ella no podía probar inequívocamente que hubiera recordado ese sueño por la mañana, tras la noche del sueño, antes de aquel paseo. Una prueba de esa índole habría sido poner el sueño por escrito o comunicarlo con anterioridad a su cumplimiento. La dama, más bien, hubo de convenir sin reparos en la siguiente descripción del estado de cosas, que me parece el más probable: Un día a media mañana fue de paseo por la Kärntnerstrasse, y frente a la tienda de Hiess se encontró con su viejo médico de cabecera. Cuando lo vio, le entró la convicción de que la noche última había soñado justa-

1 [«Eine erfüllte Traumahnung». El manuscrito de este artículo está fechado el 10 de noviembre de 1899 —seis días después de haberse publicado *La interpretación de los sueños*—. En la misma carta a Fliess en que Freud anunciaba este acontecimiento (Freud, 1950*a*, Carta 123, del 5 de noviembre de 1899), señalaba que acababa de descubrir el origen y significado de los sueños premonitorios. El artículo fue publicado por primera vez en forma póstuma en *GW*, **17** (1941), pág. 21. — El mismo incidente fue objeto de un informe más breve en *Psicopatología de la vida cotidiana* (Freud, 1901*b*), *AE*, **6**, pág. 255. — En *La interpretación de los sueños* (1900*a*), el tema de los sueños premonitorios se toca *supra*, **4**, pág. 88, y **5**, pág. 608. {*Traducciones en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, **4**, pág. xiii y *n*. 6): 1955: «Una premonición onírica cumplida», *SR*, **21**, págs. 27-31, trad. de L. Rosenthal; 1967: Igual título, *BN* (3 vols.), **3**, págs. 369-72; 1972: Igual título, *BN* (9 vols.), **2**, págs. 753-4.}]

2 [La principal arteria comercial en el centro de Viena.]

mente con ese encuentro en ese mismo lugar. De acuerdo con la regla aplicable a la interpretación de síntomas neuróticos, ese convencimiento tiene que tener sus razones. Su contenido admite una reinterpretación.

El pasado de la señora B. contiene la siguiente historia, en la que está implicado el doctor K. De joven, y sin su plena aquiescencia, la casaron con un hombre mayor, pero acaudalado; pocos años después, él perdió su fortuna, enfermó de tuberculosis y murió. La joven señora se mantuvo a sí misma y mantuvo al enfermo durante largos años dando lecciones de música. En la desgracia halló amigos; uno de ellos fue el doctor K., médico de cabecera, que se consagró al cuidado del marido y le allanó a ella el camino para tener sus primeros alumnos. Otro fue un abogado, también un doctor K., quien puso en orden los estragados asuntos del comerciante arruinado, pero asimismo requirió de amores a la joven señora e incluso —por primera y única vez— encendió en ella la pasión. De esta relación de amor no resultó una dicha consumada, pues los escrúpulos de su crianza y su manera de pensar le estorbaron a la esposa, y después a la viuda, la entrega. Dentro del mismo orden de cosas a que el sueño citado al comienzo concierne, cuenta la señora B. un hecho real de aquel tiempo desdichado, en que ella cree ver un encuentro milagroso. Estaba en su habitación, de hinojos en el suelo, la cabeza reclinada sobre un sillón, y sollozaba en apasionada añoranza de su amigo y protector, el abogado, cuando en ese mismo instante él abrió la puerta para hacerle una visita. Nosotros no hallamos nada de milagroso en esa coincidencia si reflexionamos en la asiduidad con que ella debe de haberle tenido en sus pensamientos y con que él la habrá visitado. Y en verdad, en todas las historias de amor hallamos esas como convenidas casualidades. Y bien, esa coincidencia es probablemente el genuino contenido de su sueño y el único fundamento de su convicción de que se le había cumplido.

Entre aquella escena, en que le fue concedido el deseo, y el sueño corrieron más de veinticinco años. La señora B., entretanto, quedó viuda de un segundo marido que le dejó un hijo y bienes. La vieja señora conservó un permanente apego a ese hombre, el doctor K., que ahora es su consejero y el administrador de sus bienes y a quien suele ver a menudo. Conjeturemos que en los días anteriores al sueño ella había esperado su visita, pero él —ya no le era tan apremiante como otrora— no vino. Es fácil entonces que a la noche haya tenido un sueño de añoranza que la trasportó hacia atrás, a tiempos idos. Sueña ahora, probablemente,

con una cita del tiempo de la pasión, y la cadena de los pensamientos oníricos retrocede hasta aquella vez en que sin haberlo convenido él llegó justamente en el instante en que lo añoraba. Tales sueños deben de ocurrirle ahora con frecuencia; son una parte del tardío castigo que le es deparado a la mujer por la crueldad que tuvo en su juventud. Pero en cuanto retoños de una corriente sofocada, y plenos de reminiscencias de las citas en que, desde su segundo matrimonio, ya no piensa de buena gana, tales sueños son apartados de nuevo tras el despertar. Eso habrá sucedido en el caso de nuestro sueño presuntamente profético. Ella sale entonces, y en un punto en sí indiferente de la Kärntnerstrasse se encuentra con su viejo médico de cabecera, el doctor K. No lo ve desde hace mucho tiempo, él está íntimamente enlazado con las excitaciones de aquel período dichoso-desdichado, fue también un protector y, tenemos derecho a conjeturarlo, es en los pensamientos y quizá también en los sueños de la señora B. una persona-pantalla tras la que se esconde la del otro doctor K., el más amado. Y ese encuentro revive ahora el recuerdo del sueño. Debió de decirse en su interior: «Y justo, hoy mismo he soñado que tenía mi cita con el doctor K.». Pero este recuerdo tuvo que soportar la misma desfiguración de la que el sueño sólo se ha sustraído porque ni siquiera se conservó en el recuerdo. A cambio del K. amado se desliza el K. indiferente, que trae el recuerdo del sueño; el contenido del sueño —la cita— se trasfiere a la creencia de que ella ha soñado con este lugar preciso, pues una cita consiste en que dos personas llegan al *mismo tiempo a un* determinado lugar. Y si después se instala la impresión de que un sueño se ha cumplido, con esto no se hace sino dar curso al recuerdo de que en aquella escena, cuando ansiaba llorosa su presencia, su añoranza realmente se le cumplió al punto.

Así, la creación onírica hecha con posterioridad, la única que posibilita al sueño profético, no es tampoco otra cosa que una forma de la actividad de censura, que permite al sueño irrumpir en la conciencia.

10 Nov. 99

Sobre el sueño
(1901)

Nota introductoria

Über den Traum

Ediciones en alemán

1901 Publicado por primera vez como una parte de *Grenzfragen des Nerven- und Seelenlebens*, L. Löwenfeld y H. Kurella, eds. Wiesbaden: Bergmann, págs. 307-44.
1911 2ª ed. La misma editorial, 44 págs. (Impreso como separata y ampliado.)
1921 3ª ed. La misma editorial, 44 págs.
1925 *GS*, **3**, págs. 189-256.
1931 *Sexualtheorie und Traumlehre*, págs. 246-307.
1942 *GW*, **2-3**, págs. 643-700.

*Traducciones en castellano**

1922 «Los sueños». *BN* (17 vols.), **2**, págs. 181-249. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **2**, págs. 203-74. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **1**, págs. 233-59. El mismo traductor.
1952 Igual título. *SR*, **2**, págs. 159-215. El mismo traductor.
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), **1**, págs. 231-57. El mismo traductor.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **2**, págs. 721-52. El mismo traductor.

Apenas tres o cuatro meses después de haber aparecido *La interpretación de los sueños* (1900*a*), Freud ya pensaba en publicar una versión resumida del libro. Sin duda, Fliess le había escrito sugiriéndoselo, porque en una carta del 4 de

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, **4**, pág. xiii y *n*. 6.}

abril de 1900 (Freud, 1950*a*, Carta 132) Freud rechazó la propuesta argumentando, entre otras cosas, que ya había «prometido a Löwenfeld un ensayo del mismo tipo». También comentaba su renuencia a embarcarse en semejante tarea cuando hacía tan poco que había terminado su extenso libro. Evidentemente esta renuencia persistió, porque el 20 de mayo (*ibid.*, Carta 136) menciona que ni siquiera ha comenzado el «folleto», y el 10 de julio (*ibid.*, Carta 138) anuncia que lo ha postergado hasta octubre. La última referencia que aparece en la correspondencia con Fliess es del 14 de octubre de 1900 (*ibid.*, Carta 139), donde señala que está escribiendo el ensayo «sin extraer de ello ningún auténtico placer», porque el material para la *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*), que sería su próxima obra, ocupa por entero su mente. Digamos de paso que en este último libro se hace referencia a *Sobre el sueño* y a la duda acerca de si la publicación de un resumen no interferiría la venta del libro mayor (cf. *AE*, **6**, págs. 157-8).

Como se verá, el único agregado de importancia hecho por Freud en las reimpresiones posteriores del ensayo fue la sección sobre el simbolismo, incorporada en la segunda edición.

James Strachey

I

En las épocas que nos es lícito llamar precientíficas, los hombres explicaban el sueño sin sentirse perplejos. Cuando tras el despertar lo recordaban, lo tenían por un anuncio propicio o nefasto de unos poderes superiores, demoníacos y divinos. Con el florecimiento de la manera de pensar de las ciencias naturales, toda esta inspirada mitología se traspuso a psicología, y hoy, entre las personas cultas, es sólo una ínfima minoría la que pone en duda que el sueño es la *genuina operación psíquica* del soñante.

Desde la desestimación de la hipótesis mitológica, empero, el sueño se ha vuelto menesteroso de explicación. Las condiciones de su génesis, su relación con la vida anímica de la vigilia, su dependencia de estímulos que pugnan por llegar a la percepción durante el estado del dormir, las muchas peculiaridades de su contenido chocantes para el pensamiento despierto, la incongruencia entre sus imágenes-representación y los afectos anudados a ellas, y, por último, el carácter fugitivo del sueño, la manera en que el pensamiento de vigilia lo arroja a un lado como a algo ajeno, lo mutila o lo borra en el recuerdo: todos estos problemas, y otros más todavía, piden desde hace muchos siglos soluciones que hasta hoy no pudieron darse satisfactoriamente. Ahora bien, en el foco del interés está la pregunta por el *significado* del sueño, que encierra en sí un doble sentido. Se pregunta, en primer lugar, por el significado psíquico del soñar, por el estatuto del sueño respecto de otros procesos anímicos y por su eventual función biológica, y, en segundo lugar, se querría saber si el sueño es *interpretable*, si el contenido onírico singular tiene un «*sentido*» como solemos hallarlo en otras composiciones psíquicas.

Tres tendencias se hacen notar en la apreciación del sueño. Una de ellas, que por así decir ha conservado el eco de la vieja sobrestimación del sueño, encuentra su expresión en muchos filósofos. Disciernen el fundamento de la vida onírica en un estado particular de la actividad del alma, y aun celebran este como una exaltación a un nivel más elevado. Tal el juicio, por ejemplo, de Schubert [1814]: El sueño

es la emancipación del espíritu del yugo de la naturaleza exterior, el alma se desprende en él de los grillos de la sensoriedad. Otros pensadores no llegan tan lejos, pero sostienen que en lo esencial los sueños brotan de incitaciones del alma y constituyen exteriorizaciones de fuerzas anímicas, impedidas durante el día de desplegarse libremente (es la fantasía onírica; cf. Scherner [1861, págs. 97-8], Volkelt [1875, págs. 28-9]). Una capacidad de hiperrendimiento, al menos en ciertos ámbitos (la memoria), es atribuida a la vida onírica por gran número de observadores.

En tajante oposición a eso, la mayoría de los autores médicos sustentan una concepción que apenas si concede al sueño el valor de un fenómeno psíquico. Según ellos, los excitadores del sueño son con exclusividad los estímulos sensoriales y corporales, que alcanzan al durmiente desde afuera o bien se activan por azar dentro de sus órganos internos. Lo soñado no puede reclamar para sí más sentido ni significado que «la serie de notas que harían sonar los diez dedos de un hombre del todo ignaro en música si recorriesen las teclas de un piano» [Strümpell, 1877, pág. 84]. El sueño ha de caracterizarse sin más como «un proceso físico, en todos los casos inútil y, en muchos, enfermizo» (Binz [1878, pág. 35]). Todas las peculiaridades de la vida onírica se explican por el trabajo inconexo, forzado por estímulos fisiológicos, de órganos aislados o de grupos de células del cerebro sumido, por lo demás, en el dormir.

Poco influida por este juicio de la ciencia, y sin hacer caso de las fuentes del sueño, la opinión popular parece atenerse a la creencia de que el sueño, con todo, tiene un sentido, que atañe a la anunciación del futuro, y que de su contenido, muchas veces confuso y enigmático, puede obtenerse la interpretación mediante algún procedimiento. Los métodos de interpretación aplicados consisten en sustituir el contenido onírico recordado por otro contenido, ya sea fragmento a fragmento *siguiendo una clave fija* o bien el todo del sueño por otro todo con el cual está en la relación de un *símbolo*. Los hombres serios se ríen de tales empeños: «Los sueños, sueños son».

II

Para mi gran sorpresa, un día descubrí que no era la concepción del sueño de los médicos, sino la de los legos, medio prisionera todavía de la superstición, la que se aproximaba a la verdad. En efecto, alcancé nuevas elucidaciones sobre el sueño aplicándole un nuevo método de indagación psicológica que me había prestado destacadísimos servicios en la solución de las fobias, ideas obsesivas, ideas delirantes, etc., y que desde entonces ha sido acogido bajo el nombre de «psicoanálisis» por toda una escuela de investigadores. Las múltiples analogías de la vida onírica con los más diversos estados de enfermedad psíquica en la vigilia ya han sido señaladas con acierto por numerosos investigadores médicos. Por eso, de antemano pareció promisorio recurrir también, para el esclarecimiento del sueño, a un procedimiento de indagación que se había acreditado en el caso de los productos psicopáticos.* Las ideas angustiosas y obsesivas se contraponen a la conciencia normal de manera parecida a como lo hace el sueño respecto de la conciencia de vigilia; el origen de aquellas es para la conciencia tan desconocido como el de los sueños. En el caso de esas formaciones psicopáticas, un interés práctico presionó para que se sondease su origen y su génesis, pues la experiencia había mostrado que una tal revelación de las vías de pensamiento escondidas para la conciencia, las vías por las cuales las ideas patológicas se entraman con el restante contenido psíquico, equivale a la solución de esos síntomas y trae por consecuencia la sujeción de la idea hasta entonces no inhibible. De la psicoterapia provino entonces el procedimiento del que me valí para la resolución de los sueños.

Ese procedimiento es de fácil descripción, aunque ponerlo en práctica exigiría enseñanza y ejercicio.

Cuando uno tiene que aplicarlo a otro, por ejemplo a un enfermo que padece de una representación angustiosa, se lo exhorta a que dirija su atención a la idea respectiva, mas no,

* {Freud emplea «*Psychopathie*» («psicopatía») como sinónimo de «enfermedad de la psique», en general. Hoy suele designarse «psicopático» a un tipo particular de enfermedad mental.}

como él tantas veces ya lo ha hecho, para reflexionar sobre ella, sino para poner en claro *todo cuanto se le ocurre sobre ella, sin excepción*, y comunicarlo al médico. La aseveración, que tal vez emerja entonces, de que la atención nada puede asir, uno la descarta asegurando enérgicamente que es del todo imposible esa falta de un contenido de representación. De hecho, muy pronto se obtienen numerosas ocurrencias a las que se anudan otras respecto de las cuales, empero, quien se observa a sí mismo se apresura a decir, por lo general, que son disparatadas o carecen de importancia, no vienen al caso, se le ocurrieron al azar y no guardan conexión con el tema dado. Enseguida se nota que esta *crítica* es la que ha excluido todas esas ocurrencias de la comunicación y aun, antes de eso, de su devenir-concientes. Si uno puede mover a la persona en cuestión para que renuncie a esa crítica sobre sus ocurrencias y siga hilando las series de pensamientos que se presentan a raíz de esa atención sostenida, se gana entonces un material psíquico que pronto se anuda nítidamente a la idea patológica adoptada por tema, despeja sus enlaces con otras ideas y, si se lo persigue más adelante, permite sustituir la idea enfermiza por una nueva que se inserta de una manera comprensible dentro de la trama anímica.

No es este el lugar para tratar por extenso las premisas en que ese experimento se basa, ni las conclusiones que pueden inferirse de su habitual buen éxito. Baste entonces con este enunciado: a raíz de cualquier idea enfermiza alcanzamos un material suficiente para su solución si dirigimos nuestra atención, precisamente, a las asociaciones «*involuntarias*» que «*perturban nuestra reflexión*» y que por lo común la crítica eliminaría como desechos sin valor. Cuando uno practica sobre sí mismo este procedimiento, el mejor modo de procurarse un apoyo para la indagación es poner enseguida por escrito las ocurrencias, incomprensibles al principio, que a uno le vienen.

Ahora quiero mostrar adónde llego si aplico este método de indagación al sueño. Para ello serviría de igual manera cualquier ejemplo de sueño; no obstante, por ciertos motivos escojo un sueño propio que en el recuerdo se me aparece falto de nitidez y de sentido, y que es recomendable por su brevedad. Quizá precisamente el sueño de la noche pasada satisfaría esos requisitos. Su contenido, fijado inmediatamente después del despertar, rezaba de la siguiente manera: *Una reunión de personas, banquete o «table d'hôte»* * . . . *Se co-*

* {Comida servida en un restaurante, que los comensales pagan por partes iguales.}

me espinaca... La señora E. L. está sentada a mi lado, se me consagra por entero y pone confianzudamente su mano en mi rodilla. Yo le aparto la mano poniéndome a la defensiva. Ella dice entonces: «Pero ha tenido usted siempre unos ojos tan lindos...». Yo veo entonces de manera no nítida algo como dos ojos a guisa de dibujo o como el contorno de unas gafas...

Este es el sueño íntegro, o al menos todo lo que yo recuerdo de él Me parece oscuro y sin sentido, pero sobre todo extraño. La señora E. L. es una persona con quien apenas alguna vez cultivé relaciones de amistad, y que yo sepa nunca la he deseado más entrañablemente. Hace mucho tiempo que no la veo, y no creo que en los últimos días se hubiese hablado de ella. Ninguna clase de afectos acompañaron al proceso onírico.

El reflexionar sobre este sueño no lo acerca a mi comprensión. Pero ahora anotaré sin propósito deliberado y sin crítica las ocurrencias que la observación de mí mismo me brinden. De inmediato caigo en la cuenta de que para ello es conveniente descomponer al sueño en sus elementos y pesquisar para cada uno de estos fragmentos las ocurrencias que se les anuden.

Reunión de personas, banquete o «table d'hôte». A esto se anuda enseguida el recuerdo de una vivencia nimia que puso término a la velada de ayer. Yo partía de una pequeña reunión acompañado por un amigo que se ofreció a tomar un coche y llevarme a casa. «Prefiero un coche con taxímetro —dijo—; eso lo ocupa a uno tan agradablemente, uno siempre tiene algo a lo cual mirar». Cuando hubimos tomado asiento en el coche y el cochero acomodó el disco de suerte que pudieron verse los primeros sesenta céntimos, yo continué la broma: «Apenas hemos subido y ya le debemos sesenta céntimos. El coche con taxímetro me recuerda siempre a la *table d'hôte.* Me pone mezquino y egoísta, sin cesar me recuerda mi deuda. Se me antoja que esta crece demasiado rápido, y yo temo salir chasqueado, justo como en la *table d'hôte* no puedo defenderme de una cómica aprensión, la de que me dan demasiado poco, que tendría que afanarme por sacar provecho». En un contexto más alejado a lo dicho, yo cito:

«Ihr führt ins Leben uns hinein,
Ihr lasst den Armen schuldig *werden».*[1]

[1] [Estos versos son de una de las canciones del arpista en *Wilhelm Meister*, de Goethe. En el original las palabras estaban dirigidas a

Una segunda ocurrencia sobre la *table d'hôte*: Unas semanas antes, en la *mesa de restaurante* de un paraje de las montañas del Tirol, me fastidié muchísimo con mi querida esposa porque ella no fue bastante reservada respecto de unos vecinos con quienes yo no quería trabar relación en absoluto.[2] Le rogué que se ocupara más de mí que del extraño. Por cierto, es *como si yo en la «table d'hôte» hubiera salido chasqueado.* Ahora se me ocurre la oposición entre el comportamiento de mi esposa en aquella mesa y el de la señora E. L. en el sueño, que *se me consagra por entero.*

Y más: ahora reparo en que el proceso onírico es la reproducción de una pequeña escena, semejante punto por punto, que tuvo lugar entre mi esposa y yo en la época en que yo la pretendía secretamente. La caricia bajo el mantel fue la respuesta a una carta mía de serio requerimiento. En el sueño, empero, mi esposa está sustituida por la extraña E. L.

¡La señora E. L. es la hija de un hombre a quien yo *he debido dinero*! No puedo menos que reparar en que ahí se descubre un insospechado nexo entre los fragmentos del contenido del sueño y mis ocurrencias. Si avanzo por la cadena de asociaciones que parte de un elemento del contenido del sueño, pronto me veo reconducido a otro elemento de él. Mis ocurrencias sobre el sueño establecen conexiones que en el sueño mismo no son visibles.

Cuando alguien espera que otro se afane por procurarle provecho sin extraer de ello un provecho propio, ¿acaso no suele preguntársele irónicamente a ese cándido: «Cree usted que esto o aquello le será dado *por sus lindos ojos*»? Hete aquí, entonces, que el dicho de la señora E. L. en el sueño, *«Es que ha tenido usted siempre unos ojos tan lindos»*, no significa sino esto: «A usted la gente siempre le ha dado todo por amor; usted lo *ha tenido todo gratis*». Lo contrario es, desde luego, lo cierto: Todo lo más o menos bueno que otros me concedieron, yo lo he pagado caro. Por eso, buena impresión tiene que haberme causado el que ayer yo *tuviera gratis* el coche en que mi amigo me llevó a casa.

los Poderes Celestiales, y su traducción literal sería: «Vosotros nos ponéis en la vida, / dejáis que la pobre criatura se llene de culpas». Pero tanto «*Armen*» como «*schuldig*» pueden tener también otros significados. «*Armen*» puede significar «pobre» en el sentido económico, y «*schuldig*», «en deuda». De manera que en el presente contexto el segundo verso podría traducirse: «vosotros hacéis caer en deuda al hombre pobre». — Estos versos son citados nuevamente por Freud en *El malestar en la cultura* (1930*a*), *AE*, **21**, pág. 128.]

[2] [El episodio es también mencionado por Freud en su *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*), *AE*, **6**, pág. 136.]

Además, el amigo en cuya casa fuimos ayer los huéspedes me ha hecho muchas veces su deudor. No hace mucho dejé pasar, sin aprovecharla, una oportunidad de retribuirle. De mí tiene un único obsequio, un plato antiguo sobre el que se han pintado por doquier unos *ojos*; es uno de los llamados *occhiale* para *defenderse* del *malocchio*. Además, él es *médico oculista*. En esa misma velada le pregunté por una paciente que le había enviado para que le recetase *gafas*.

Según observo, casi todos los fragmentos del contenido del sueño se han acomodado dentro de la nueva trama. No obstante, para ser consecuente podría preguntar todavía: ¿Por qué en el sueño se come justamente espinaca? Porque *espinaca* me recuerda una pequeña escena que ocurrió hace poco en nuestra mesa familiar cuando uno de mis hijos —precisamente aquel de quien con derecho pueden alabarse los *lindos ojos*— se negó a comer espinaca. Yo mismo, de niño, hacía lo propio; la *espinaca* fue para mí, durante largo tiempo, un horror, hasta que más tarde mi gusto cambió y esta legumbre se alzó a la condición de plato predilecto. La mención de este plato establece, pues, un acercamiento entre mi juventud y la de mi hijo. «Date por contento de tener espinaca», reconvino la madre al pequeño *gourmet*. «Hay niños que se darían por bien satisfechos con espinaca». Así me son recordados los deberes de los padres hacia sus hijos. Las palabras de Goethe:

«Ihr führt ins Leben uns hinein,
Ihr lasst den Armen schuldig werden»

cobran en este contexto un nuevo sentido.[3]

Haré un alto aquí para echar una ojeada panorámica sobre los resultados obtenidos en el análisis del sueño. Siguiendo las asociaciones que se anudaron a los elementos singulares del sueño, desprendidos de su trama, he llegado a una serie de pensamientos y de recuerdos en que me vi forzado a reconocer importantes exteriorizaciones de mi vida anímica. Este material, hallado mediante el análisis del sueño, está en relación estrecha con su contenido; no obstante, esa relación es de tal índole que lo nuevo que hallé nunca habría podido discernirlo a partir del contenido del sueño. Este era falto de afectos, inconexo e incomprensible; en cambio, mientras yo iba desenvolviendo los pensamientos que había tras el sueño, sentí mociones afectivas intensas y bien fundadas; los pensamientos mismos se compaginan destacadamente en

3 [Cf. pág. 621*n*. El primer verso podría tomarse ahora en el sentido de que estas palabras están dirigidas a los padres.]

cadenas de conexión lógica en las que ciertas representaciones aparecen repetidas veces como centrales. Así, los opuestos *interés-desinterés*, los elementos *ser deudor* y *tener gratis*, son representaciones centrales de este tipo, no subrogadas como tales en el sueño. Dentro del tejido que el análisis descubrió, yo podría estirar más los hilos y mostrar entonces que ellos convergen a un único punto nodal; pero miramientos de naturaleza no científica, sino privada, me impiden exhibir en público este trabajo. Tendría que dejar traslucir demasiadas cosas que mejor me guardo en secreto, pues se me pusieron en claro, por el camino hacia esta solución, toda suerte de cuestiones que de mal grado me confieso a mí mismo. Ahora bien, ¿por qué no escogí de preferencia otro sueño cuyo análisis se prestase mejor a ser comunicado, y así despertara mayor convencimiento sobre el sentido y la trama del material descubierto por análisis? He aquí la respuesta: porque *todo* sueño del que quisiera ocuparme me llevaría a esas mismas cosas de difícil comunicación y me pondría en idéntico caso de forzarme a guardar discreción. Y tampoco evitaría esta dificultad trayendo para el análisis el sueño de otro, a menos que las circunstancias permitiesen, sin perjuicio para quien se ha confiado a mí, dejar caer todos los velos.

La concepción que ahora se me impone desemboca en esto: el sueño es una suerte de *sustituto* de aquellas ilaciones de pensamiento rebosantes de afecto y ricas de sentido que yo he alcanzado tras un análisis completo. Todavía no conozco el proceso que de estos pensamientos ha hecho nacer al sueño, pero bien veo que es equivocado tildarlo como un proceso puramente corporal, falto de significado psíquico, que nacería por la actividad aislada de grupos singulares de células del cerebro despertadas del dormir.

Dos cosas he de apuntar todavía: que el contenido del sueño es mucho más breve que los pensamientos de los cuales lo considero el sustituto, y que el análisis ha revelado que el suscitador del sueño fue un acontecimiento nimio de la velada anterior al soñar.

Desde luego, no extraeré una conclusión de tan vasto alcance teniendo ante mí un único análisis de sueño. Pero si la experiencia me ha mostrado que, persiguiendo las asociaciones con abandono de toda crítica, desde *cualquier* sueño puedo llegar a una cadena tal de pensamientos, entre cuyos elementos retornan los ingredientes del sueño, y que están interconectados de manera correcta y plena de sentido, debería resignarse sin dilación la mínima sospecha de que las tramas observadas la primera vez pudieran ser fruto del

azar. Me juzgo autorizado, entonces, a fijar la nueva intelección mediante un nombre. Al sueño, tal como se me aparece en el recuerdo, lo contrapongo al material correspondiente hallado por análisis; llamo al primero *contenido manifiesto del sueño*, y al segundo —para empezar, sin más distingos—, *contenido latente del sueño*. Me encuentro entonces frente a dos nuevos problemas, no formulados hasta ahora: 1) ¿Cuál es el proceso psíquico que ha trasportado el contenido latente del sueño a su contenido manifiesto, que me es conocido por el recuerdo?, y 2) ¿Cuál es el motivo o los motivos que han requerido esa trasposición? Al proceso de mudanza del contenido latente del sueño en su contenido manifiesto lo llamaré *trabajo del sueño*. Al correspondiente de ese trabajo, que realiza la trasmudación opuesta, lo conozco ya como *trabajo de análisis*. En cuanto a los otros problemas relativos al sueño, los interrogantes por sus suscitadores, por el origen del material onírico, por el eventual sentido del sueño y la función del soñar, y por las razones que provocan el olvido del sueño, no los elucidaré en el contenido manifiesto del sueño sino en este nuevo que hemos adquirido, el latente. Puesto que yo atribuyo a la ignorancia del contenido latente del sueño, que sólo puede revelarse mediante análisis, todas las indicaciones contradictorias y todas las equivocaciones que sobre la vida onírica hallamos en la bibliografía, en lo que sigue pondré el máximo cuidado para no confundir el *sueño manifiesto* con los *pensamientos oníricos latentes*.

III

La mudanza de los pensamientos oníricos latentes en el contenido manifiesto del sueño merece nuestra atención plena como el primer ejemplo llegado a nuestro conocimiento de trasposición de un material psíquico de una manera de expresión a otra, de una que nos resulta comprensible sin más a otra en cuya comprensión sólo podemos penetrar con guía y esfuerzo, aunque tiene que admitírsela, también a ella, como operación de nuestra actividad anímica.

Atendiendo a las relaciones entre su contenido manifiesto y el latente, los sueños admiten ser clasificados en tres categorías. Podemos distinguir, en primer lugar, los sueños que poseen *pleno sentido* y son al mismo tiempo *comprensibles*, vale decir, se dejan insertar sin mayor objeción dentro de nuestra vida anímica. De esos sueños hay muchos; las más de las veces son breves y en general nos parecen poco dignos de nota, pues les falta todo lo que mueva a asombro o a extrañeza. Su ocurrencia es, además, un fuerte argumento en contra de la doctrina que atribuye el origen del sueño a una actividad aislada de unos grupos singulares de células del cerebro; faltan en esos sueños todos los rasgos de una actividad psíquica disminuida o fragmentada y, no obstante, no se da el caso de que les objetemos su carácter de sueños ni los confundamos con los productos de la vigilia. Forman un segundo grupo aquellos sueños que son, por cierto, coherentes en sí mismos y poseen un sentido claro, pero producen un efecto *extraño*, porque no sabemos colocar este sentido dentro de nuestra vida anímica. Tal es el caso si soñamos, por ejemplo, que un pariente amado ha muerto de peste, cuando en verdad no tenemos razón alguna para una expectativa, una preocupación o una conjetura así, y nos preguntamos maravillados: ¿Cómo he dado con esta idea? Al tercer grupo, por último, pertenecen aquellos sueños a los que ya les falta sentido y comprensibilidad, que parecen *incoherentes*, *confusos* y *disparatados*. La abrumadora mayoría de los productos de nuestro soñar exhiben estos caracteres, que han dado pie al menosprecio por los sueños y a la teoría médica que los considera el producto de la activi-

dad anímica restringida. Sobre todo en las composiciones oníricas más largas y complicadas, rara vez están ausentes las notas más evidentes de la incoherencia.

La oposición entre contenido latente y contenido manifiesto sólo tiene importancia, desde luego, para los sueños de la segunda categoría y, con mayor propiedad todavía, para los de la tercera. Aquí se presentan los enigmas que únicamente se desvanecen cuando se ha sustituido el sueño manifiesto por el contenido de pensamientos latentes, y en un ejemplo de esta clase, en un sueño confuso e incomprensible, ejercitamos también el análisis que precedió. Ahora bien, muy a pesar nuestro, tropezamos con motivos que nos movieron a defendernos, a no tomar un conocimiento cabal de los pensamientos oníricos latentes, y por la repetición de idénticas experiencias estaríamos autorizados a formular la conjetura de que *entre el carácter incomprensible y confuso del sueño y las dificultades que ofrece la comunicación de los pensamientos oníricos media un nexo íntimo y ajustado a ley.* Antes de que exploremos la naturaleza de ese nexo, convendrá dirigir nuestro interés a los sueños de la primera categoría, los que se comprenden con facilidad, en los cuales contenido manifiesto y latente coinciden, y por ende el trabajo del sueño parece no haber intervenido.

La indagación de estos sueños es recomendable también desde otro punto de vista. En efecto, los sueños de los niños son de tal índole —plenos de sentido y no extraños— que, digámoslo de pasada, aportan una nueva refutación al intento de reconducir el sueño a una actividad cerebral disociada mientras se está dormido, pues, ¿por qué ese rebajamiento de las funciones psíquicas se contaría entre los caracteres del estado del dormir en el adulto, mas no en el niño? Ahora bien, nos es lícito, con pleno derecho, confiar en que el esclarecimiento de procesos psíquicos en el niño, donde quizás estén simplificados a lo esencial, demostrará ser un indispensable trabajo preparatorio para la indagación de la psicología del adulto.

Por tanto, comunicaré algunos ejemplos de sueños que he recopilado de niños. Una niña de diecinueve meses debió guardar ayuno todo un día porque había vomitado por la mañana y, según lo dicho por la niñera, se había indigestado con fresas. La noche que siguió a ese día de hambre se la oyó decir en sueños su nombre y agregar: «*Er(d)beer, Hochbeer, Eier(s)peis, Papp*».* Sueña, entonces, que come,

* {«Fresas, fresas silvestres, huevos, papilla», que en la media lengua propia de los niños sería, más o menos, «Fesas, fesas silvestes, evos, papía».}

y de su menú destaca precisamente aquello que en los días inmediatos, según supone, le será mezquinado. — De parecida manera sueña con un goce frustrado un varoncito de veintidós meses que, el día antes, se había visto forzado a ofrendar a su tío una cesta rebosante de frescas cerezas, de las que, desde luego, le dejaron probar sólo algunas. Despierta con esta gozosa comunicación: «*He(r)mann alle Kirschen aufgessen!*».* — Una niñita de tres años y tres meses había dado durante el día un paseo por el lago que seguramente le pareció corto, pues se echó a llorar cuando debió desembarcar. A la mañana siguiente contó que durante la noche había viajado por el lago; prosiguió, pues, el interrumpido paseo. — Un varón de cinco años y tres meses pareció quedar poco satisfecho de una excursión por la comarca del Dachstein;[1] quería saber, cada vez que se divisaba un nuevo monte, si ese era el Dachstein, y después se negó a sumarse a una caminata hasta una caída de agua. Su comportamiento se atribuyó a fatiga, pero se explicó mejor cuando, a la mañana siguiente, contó su sueño: *Había escalado el Dachstein.* Es evidente, había esperado que el escalamiento del Dachstein sería la meta de la excursión y se contrarió al no ver el anhelado monte. En el sueño recuperó lo que el día no quiso brindarle. — Idénticamente procedió el sueño de una niña de seis años [2] cuyo padre, por lo avanzado de la hora, hubo de interrumpir un paseo antes de alcanzada la meta. De regreso le saltó a la vista un cartel indicador que nombraba otro lugar de excursión, y el padre le había prometido que otro día la llevaría también ahí. A la mañana siguiente recibió a su padre con la comunicación de que por la noche soñó que *el padre había estado con ella en un lugar y también en el otro.*

Lo común a estos sueños infantiles salta a la vista. Cumplen cabalmente deseos que se avivaron durante el día y quedaron incumplidos. Son *simples, y no disfrazados, cumplimientos de deseo.*

No otra cosa que un cumplimiento de deseo es, asimismo, el siguiente sueño infantil, a primera vista no del todo comprensible. Una niña que todavía no tenía cuatro años fue llevada desde el campo a la ciudad a causa de una afección poliomielítica y pernoctó en casa de una tía sin hijos,

* {«¡Gemán comió todas cedezas!» («¡Germán se comió todas las cerezas!»).}

1 [Una montaña de los Alpes austríacos.]

2 [En *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra*, **4**, pág. 148, donde se informa sobre el mismo sueño, se dice en dos oportunidades que la niña tiene «ocho» años.]

en una cama grande —en extremo grande, desde luego, para ella—. A la mañana siguiente informó que había soñado que *la cama le quedaba tan chica que no cabía en ella.* La solución de este sueño como sueño de deseo se obtiene con facilidad si se recuerda que «ser *grande*» es un deseo, a menudo también expreso, de los niños. El grandor de la cama le hacía presente a la agrandada niña su pequeñez, remarcándosela en demasía; por eso corrigió en el sueño esa proporción que le disgustaba, y se hizo tan grande que aun esa gran cama le quedaba demasiado chica.

Por más que el contenido de los sueños infantiles se complique y sutilice, es en todos los casos evidente que ha de concebírselos como cumplimientos de deseo. Un muchacho de ocho años soñó que viajaba con Aquiles en el carro de guerra, y Diomedes era el auriga. Pudo demostrarse que días antes se había absorbido en la lectura de unas sagas de héroes griegos; fácil es comprobar que tomó a esos héroes por modelo y lamentaba no vivir en aquella época.[3]

De esta pequeña recopilación resalta, de inmediato, un segundo carácter de los sueños infantiles: su *nexo con la vida diurna.* Los deseos que en ellos se cumplen quedaron pendientes del día, por regla general de la víspera, y en el pensamiento de vigilia estuvieron provistos de una intensa tonalidad de sentimiento. Lo inesencial e indiferente, o lo que al niño tiene que parecerle tal, no ha hallado acogida ninguna en el contenido del sueño.

También en adultos pueden recopilarse numerosos ejemplos de tales sueños de tipo infantil, que, empero, como dijimos, las más de las veces son de sucinto contenido. Una serie de personas responden regularmente al estímulo nocturno de sed con el sueño de que beben, que así aspira a quitar del medio el estímulo y a proseguir el dormir. En muchos hombres hallamos tales *sueños de comodidad* a menudo antes del despertar, cuando se ven requeridos a levantarse. Sueñan entonces que ya están levantados, frente al lavabo, o ya se encuentran en la escuela, en la oficina, etc., dondequiera que deban estar a una hora fija. La noche anterior a un viaje proyectado no rara vez se sueña que se ha llegado al lugar de destino; antes de una representación teatral, de una reunión social, no pocas veces el sueño anticipa —impaciente, por así decirlo— el contento esperado. En otras oportunidades el sueño expresa el cumplimiento de

[3] [La mayoría de estos sueños infantiles son comunicados con más detalle en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra*, **4**, págs. 146 y sigs., y en la 8ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1916-17), *AE*, **15**, págs. 115 y sigs.]

deseo en un grado más indirecto; hace falta todavía establecer un vínculo, una relación de consecuencia, y por tanto el esbozo de un trabajo de interpretación, para reconocer ese cumplimiento de deseo. Así, un hombre me cuenta el sueño de su joven mujer: Le ha venido el período. No puedo menos que pensar que el período no llega, y por eso la joven señora espera inquieta un embarazo. Entonces, la comunicación del sueño es un anuncio de embarazo, y el sentido del sueño es que muestra cumplido el deseo de que el embarazo se retrase todavía un tiempo. En circunstancias desacostumbradas y extremas tales sueños de carácter infantil son particularmente frecuentes. El jefe de una expedición al polo, por ejemplo, informa que los hombres de su destacamento, durante el período de invernada en medio de los hielos, con su monótona dieta y sus magras raciones, soñaban regularmente, como los niños, con grandes banquetes, montañas de tabaco, y que estaban en casa.[4]

No es inusual que de un sueño largo, complicado y confuso en general, se destaque un fragmento particularmente claro que contiene un inequívoco cumplimiento de deseo, pero está soldado con otro material incomprensible. Si uno hace repetidas veces el experimento de analizar también los sueños en apariencia trasparentes [5] de adultos, averigua, para su sorpresa, que raramente son tan simples como los sueños infantiles, y que tal vez tras cierto [evidente] cumplimiento de deseo ocultan otro sentido.

Sería, es claro, una solución simple y satisfactoria del enigma de los sueños que el trabajo de análisis llegara a posibilitarnos reconducir también los sueños sin sentido y confusos de adultos al tipo infantil del cumplimiento de un deseo que durante el día se sintió con intensidad. Ciertamente, las apariencias no se pronuncian en favor de esta expectativa. Los sueños rebosan la mayoría de las veces del material más indiferente y ajeno, y en su contenido no hay indicio alguno de cumplimiento de un deseo.

Pero antes de abandonar los sueños infantiles, que son cumplimientos no disfrazados de deseo, no queremos dejar de mencionar uno de los caracteres principales del sueño, hace tiempo señalado, que justo en este grupo resalta con la mayor pureza. A todos estos sueños puedo sustituirlos por un enunciado desiderativo: «¡Ojalá el paseo por el lago hu-

[4] [Citado en forma completa, desde 1911 en adelante, en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra*, **4**, pág. 150, *n.* 11. — Las dos últimas oraciones de este párrafo se agregaron en 1911.]

[5] [«*Durchsichtigen*». Así rezaba en la primera edición. En la segunda y siguientes dice, por error de imprenta, «*undurchsichtigen*».]

biera durado más!», «¡Qué ganas tengo de estar ya aseado y vestido!», «¡Si pudiera guardarme las cerezas en vez de dárselas a mi tío!». Pero el sueño da algo más que este enunciado desiderativo. Muestra al deseo como cumplido, figura ese cumplimiento como real y presente, y el material de la figuración onírica se compone predominantemente —aunque no de manera exclusiva— de situaciones y de imágenes sensoriales, en su mayoría de índole visual. Tampoco en este grupo, por tanto, se echa de menos una suerte de trasmudación —que es lícito designar como trabajo del sueño—: *Un pensamiento en modo desiderativo es sustituido por una intuición* {sensible}* *en tiempo presente.*

* {«*Anschauung*»; cf. *infra*, pág. 648.}

IV

Nos inclinaremos a conjeturar que una trasposición así, a una situación, se ha producido también en el caso de los sueños confusos, aunque no podemos saber si también aquí recayó sobre un enunciado desiderativo. El ejemplo de sueño que comunicamos al principio, y en cuyo análisis nos hemos internado un tramo, en dos puntos nos da ocasión sin duda de sospechar algo de esa índole. En el análisis acontece que mi mujer se ocupa de otros estando a la mesa, y yo me resiento de ello con desagrado; el sueño contiene *exactamente lo contrario*, a saber, que la persona que sustituye a mi mujer se me consagra por entero. Ahora bien, ¿a qué deseo puede dar mejor ocasión una vivencia desagradable, si no al de que acontezca lo contrario de eso, tal como se contiene, consumado, en el sueño? Y en una relación completamente análoga se encuentra el amargo pensamiento del análisis, que nunca he tenido nada gratis, con lo dicho por la señora en el sueño: *«Es que ha tenido usted siempre unos ojos tan lindos»*. Una parte de las oposiciones entre contenido manifiesto y contenido latente del sueño, por tanto, admite reconducirse a cumplimiento de deseo.

Más llamativa es, empero, otra operación del trabajo del sueño, por la cual son producidos los sueños incoherentes. Si en un ejemplo cualquiera se compara el número de los elementos de representación, o la extensión que abarcan puestos por escrito, en el sueño y en los pensamientos oníricos a que conduce el análisis y de los que se reencuentra en aquel una huella, entonces no cabe duda de que el trabajo del sueño ha producido aquí una enorme compresión o *condensación*. Sobre la medida de esta condensación no es posible formarse un juicio desde el principio; pero se nos impone tanto más cuanto más hemos penetrado en el análisis del sueño. Es que no se encuentra ningún elemento del contenido del sueño desde el cual los hilos de la asociación no se separen en dos o más direcciones, y ninguna situación que no esté formada por retazos de dos o más impresiones y vivencias. Vaya un ejemplo: cierta vez soñé con una suerte de piscina en que los bañistas se dispersaban en todas direc-

ciones; en un lugar del borde estaba de pie una persona que se inclinaba hacia uno de ellos como para izarlo. La situación estaba compuesta del recuerdo de una vivencia de la época de mi pubertad y de dos cuadros, uno de los cuales yo había visto poco antes del sueño. Los dos cuadros eran estos: el de las ninfas sorprendidas en el baño, del ciclo *Melusina* de Schwind (véanse los bañistas que se dispersan [en el sueño]), y una representación del diluvio universal de un maestro italiano. Ahora bien, la pequeña vivencia de mi pubertad había consistido en que pude ver cómo en la escuela de natación el profesor ayudaba a salir del agua a una dama que se había demorado hasta el ingreso del turno de caballeros. En el ejemplo escogido antes, el análisis de la situación me lleva a una pequeña serie de recuerdos de los que cada uno ha contribuido con algo al contenido del sueño. Primero, está la breve escena del tiempo de mi requerimiento de amores, de la que ya hablé; un estrechamiento de manos bajo la mesa, ocurrido entonces, brindó para el sueño el detalle «bajo la mesa», cuyo recuerdo tengo que introducir con posterioridad. Del «consagrárseme por entero», desde luego, ni hablar en ese entonces; yo sé por el análisis que este elemento es el cumplimiento de deseo por oposición, que corresponde a la conducta de mi mujer en la *table d'hôte*. Tras este recuerdo reciente se oculta, sin embargo, una escena parecidísima y mucho más importante de la época de nuestros esponsales, que nos tuvo en discordia un día entero. La confianza de poner la mano sobre la rodilla pertenece a un contexto completamente diferente y a otras personas que nada tienen que ver. Este elemento onírico deviene, a su vez, el punto de partida de dos particulares series mnémicas, etc.

El material de pensamientos oníricos reunido para formar la situación del sueño tiene que ser apto de antemano, desde luego, para ese uso. A tal fin se requiere que algo *común* —o varias cosas comunes— esté presente en todos los componentes. El trabajo del sueño procede entonces como Francis Galton para producir sus fotografías de familia. Hace coincidir los diversos componentes como superponiéndolos unos a otros; entonces aparece nítidamente destacado lo común en la imagen conjunta, pues los detalles discordantes casi se eliminan entre sí. Este proceso de producción explica también en parte los cambiantes grados de característica nebulosidad de tantos elementos del contenido del sueño. La interpretación del sueño formula, apoyándose en esta intelección, la siguiente regla: Toda vez que en el análisis *algo no determinado* admite resolverse todavía en un «o

bien... o bien», hay que sustituirlo, para la interpretación, mediante una «*y*» y tomar cada miembro de esa aparente alternativa como punto de arranque independiente de una serie de ocurrencias.

Allí donde no están presentes esos *rasgos comunes* entre los pensamientos oníricos, el trabajo del sueño se empeña en *crearlos* para posibilitar su figuración común dentro del sueño. El camino más cómodo para aproximar entre sí dos pensamientos oníricos que todavía no tienen nada común consiste en alterar la expresión lingüística de uno de ellos; para concordar con este último, tal vez el otro se le acerque asimismo mediante un correspondiente trasvasamiento a otra expresión. Es este un proceso parecido al de la versificación rimada, en la cual la consonancia hace las veces de lo común que se busca. Buena parte del trabajo del sueño consiste en la creación de tales pensamientos intermedios, que aparecen sobradamente ingeniosos muchas veces, pero a menudo también forzados; ellos, desde la figuración común en el interior del contenido [manifiesto] del sueño, echan un puente hasta los pensamientos oníricos motivados por las ocasiones del sueño y diversos en su forma y en su esencia. En el análisis de nuestro ejemplo de sueño encuentro un caso así de remodelamiento de un pensamiento para hacerlo coincidir con otro, que por esencia le es ajeno. En efecto, en la prosecución del análisis tropiezo con este pensamiento: «Yo querría tener alguna vez algo gratis»; pero esta forma no es utilizable para el contenido del sueño. Por eso es sustituida por una nueva: «De buena gana querría gozar de algo sin tener "gastos"». Ahora bien, la palabra *Kosten* {gastos} se adecua, por su segunda acepción {probar}, al círculo de representaciones de la *table d'hôte*, y puede hallar su figuración mediante la espinaca que se come en el sueño. Cuando en casa se trae a la mesa un manjar que es rechazado por los niños, la madre ensaya primero la vía de la persuasión y los exhorta: «Prueben {*Kosten*} aunque sea un pedacito». Que el trabajo del sueño explote tan sin reparos la ambigüedad de las palabras parece sin duda insólito, pero una experiencia más rica nos lo presenta como un proceso enteramente habitual.

Por el trabajo de condensación del sueño se explican también ciertos ingredientes de su contenido que son sólo propios de él y no se encuentran en el representar de vigilia. Son las *personas de acumulación* y *personas mixtas*, y los extraños *productos mixtos*, creaciones comparables a esas mesturas de animales que compone la fantasía de los pueblos orientales, y que, empero, en nuestro pensamiento ya se han

cristalizado en formas estereotipadas, mientras que las composiciones oníricas los recrean siempre de nuevo con una riqueza inextinguible. Por sus propios sueños, cada uno de nosotros conoce tales productos; las maneras de su producción son en extremo variadas. Yo puedo componer una persona prestándole rasgos de una y de otra, o dándole la figura de una y pensándole en el sueño al mismo tiempo el nombre de la otra, o puedo representarme a una persona visualmente, pero ponerla en una situación que aconteció con la otra. En todos estos casos la contracción de diversas personas dentro del contenido del sueño en una única, su subrogada, es plena de sentido, está destinada a representar una «y», un «así como», una equiparación de las personas originales en algún aspecto, que también en el sueño mismo puede estar mencionado. Por regla general, no obstante, sólo el análisis permite pesquisar esta comunidad de las personas fusionadas, y en el contenido del sueño no se la indica sino, justamente, por la formación de la persona de acumulación.

Esa misma diversidad de la manera de producción, e idéntica regla para resolverla, valen para los productos mixtos en que es incalculablemente fértil el contenido del sueño y de los que por cierto no me hace falta citar ejemplos. Su carácter insólito se disipa del todo si nos decidimos a no clasificarlos en la misma serie que a los objetos de la percepción de vigilia, acordándonos de que constituyen un producto de la condensación onírica y ponen de relieve, en abreviación justa, un carácter común de los objetos así combinados. Esa comunidad ha de discernirse también las más de las veces por el análisis. El contenido del sueño sólo enuncia, por así decirlo: *Todas estas cosas tienen en común algo X*. La descomposición de tales productos mixtos mediante el análisis lleva a menudo por el camino más corto al significado del sueño. — Así, soñé cierta vez que estaba sentado con uno de mis primeros profesores universitarios en un banco que, en medio de otros bancos, experimentaba un rápido movimiento hacia adelante. Esta era una combinación de una sala de conferencias y de un *trottoir roulant*.[1] Omito proseguir aquí con ese pensamiento. — Otra vez estaba yo sentado en un vagón de ferrocarril y tenía en el regazo un objeto en forma de sombrero cilíndrico, pero confeccionado con vidrio trasparente. La situación hace que al punto se me ocurra el refrán: «Con el sombrero en la mano caigo bien en todos lados».* El *cilindro de vidrio* me

1 [Pasarela móvil instalada en la Exposición de París de 1900.]
* {«*Mit dem Hute in der Hand kommt man durchs ganze Land*»;

trae a la memoria, por un breve rodeo, la *luz de Auer* [lámpara de gas incandescente], y yo sé enseguida que me gustaría hacer un descubrimiento que me proporcionara tanta riqueza e independencia como dejó a mi compatriota, el doctor Auer von Welsbach, el suyo, y que querría viajar en vez de permanecer en Viena. En el sueño viajo yo con mi descubrimiento, el sombrero cilíndrico de vidrio (todavía no consagrado por el uso, es cierto). — El trabajo del sueño gusta en extremo de figurar dos representaciones, situadas en un vínculo de oposición, mediante idéntico producto mixto; así, una mujer se ve en el sueño portadora de un alto ramo florido, según es figurado el ángel en los cuadros de la Anunciación de María (inocencia; María es el nombre de ella), pero el ramo está poblado de grandes flores blancas,[2] que semejan camelias (opuesto a la inocencia: *La dama de las camelias*).

Buena parte de lo que hemos averiguado acerca de la condensación onírica se deja resumir en esta fórmula: Cada uno de los elementos del contenido del sueño está *sobredeterminado* por el material de los pensamientos oníricos; su genealogía no reconduce a un elemento único de los pensamientos oníricos, sino a una serie entera de ellos que en modo alguno tienen por fuerza que ser contiguos, sino que pueden pertenecer a las más diferentes regiones del tejido de pensamientos. El elemento onírico es, en el sentido cabal de la palabra, el *subrogado dentro del contenido del sueño* de todo ese material dispar. Pero el análisis descubre todavía otro costado del complejo vínculo entre contenido del sueño y pensamientos oníricos. Así como desde cada elemento del sueño hay conexiones que llevan a varios pensamientos oníricos, así también por regla general *un pensamiento onírico está subrogado por más de un elemento del sueño*; los hilos de la asociación no convergen simplemente desde los pensamientos oníricos hasta el contenido del sueño, sino que en el camino se entrecruzan y entretejen de múltiples modos.

Junto a la mudanza de un pensamiento en una situación (la «dramatización»), la condensación es el carácter más importante y peculiar del trabajo del sueño. Nada se nos ha develado por ahora acerca de algún motivo que habría forzado a semejante compresión del contenido.

literalmente, «Con el sombrero en la mano se puede atravesar todo el país».}

2 [Probablemente debería decir «rojas»; así son descritas las flores en el relato, mucho más completo, que se da de este sueño en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra*, págs. 353-4.]

V

En el caso de los sueños complicados y confusos, de los que ahora pasamos a ocuparnos, la impresión de desemejanza entre contenido del sueño y pensamientos oníricos no se deja reconducir por completo a condensación y dramatización. Se nos ofrecen testimonios de la operación de un tercer factor, merecedores de que se los recopile con cuidado.

En primer lugar, noto, cuando por el análisis he llegado al conocimiento de los pensamientos oníricos, que el contenido manifiesto del sueño maneja un material totalmente diverso del manejado por los pensamientos latentes. Por cierto, esta es sólo una apariencia que se disipa con una indagación más precisa, pues al final reencuentro a todo el contenido del sueño declarado en los pensamientos oníricos, y a casi todos estos, subrogados por aquel. No obstante, algo de esa diferencia persiste. Lo que en el sueño debía tildarse decidida y claramente de contenido esencial tiene que contentarse, tras el análisis, con un papel en extremo subordinado entre los pensamientos oníricos; y en cuanto a aquello que, después de que lo declararon mis sentimientos, tiene entre los pensamientos oníricos el derecho a la máxima atención, o bien nada de su material de representaciones se encuentra en el contenido del sueño, o bien está subrogado por una alusión remota en una región no nítida del sueño. Puedo describir así este hecho: *Durante el trabajo del sueño la intensidad psíquica se traspasa, de unos pensamientos y representaciones a los que justificadamente les corresponde, a otros que, a mi juicio, no tienen derecho alguno a ser destacados así.* Ningún otro proceso contribuye tanto a esconder el sentido del sueño y a volverme irreconocible la trabazón entre contenido del sueño y pensamientos oníricos. En este proceso, que llamo *desplazamiento onírico*, veo también trasponerse la intensidad, importancia o afectividad psíquicas de los pensamientos en cuanto a su vivacidad sensorial. Lo más nítido en el contenido del sueño me parece sin duda lo más importante; pero [por el desplazamiento ocurrido] en un elemento no nítido del sueño a menudo puedo reconocer el retoño más directo del pensamiento onírico esencial.

Lo que he llamado «desplazamiento onírico» pude designarlo también *subversión de las valencias psíquicas*.[1] Pero no habré apreciado el fenómeno de manera exhaustiva si no agrego que este trabajo de desplazamiento o de subversión participa muy variablemente en los diversos sueños. Los hay que se han producido casi sin desplazamiento. Estos son al mismo tiempo los plenos de sentido y comprensibles, según tomamos conocimiento de ello, por ejemplo, en los sueños de deseo no disfrazados. En otros sueños, ni un fragmento siquiera de los pensamientos oníricos ha conservado el valor psíquico que le es propio, o bien todo lo esencial de los pensamientos oníricos aparece sustituido por algo accesorio; entre esos dos extremos puede reconocerse la serie más completa de transiciones. Cuanto más oscuro y confuso es un sueño, tanto mayor es la parte que lícitamente puede adscribirse, en su formación, al factor del desplazamiento.

El ejemplo que escogimos para analizar exhibe por lo menos un grado de desplazamiento tal que su contenido aparece *centrado* diversamente que los pensamientos oníricos. Esfuerza hasta el primer plano del contenido del sueño una situación en la que una mujer parecería hacerme unos avances;* en los pensamientos oníricos, el centro de gravedad descansa en el deseo de gozar alguna vez de un amor desinteresado, que «nada cuesta», y esta idea se esconde tras el giro idiomático de los lindos ojos y tras la remota alusión a «espinaca».

Si por el análisis deshacemos el desplazamiento onírico, alcanzamos plena certeza sobre dos problemas del sueño, muy discutidos: el de los excitadores del sueño y el del vínculo de este con la vida de vigilia. Hay sueños que dejan traslucir directamente su anudamiento a las vivencias del día; en otros no se descubre huella alguna de un vínculo tal. Si después se demanda el auxilio del análisis, puede mostrarse que todo sueño, sin excepción posible, se anuda a una impresión de los últimos días —probablemente sea más correcto decir: del día anterior al sueño (el día del sueño)—. La impresión sobre la que recae el papel de excitador del sueño puede ser tan importante que el ocuparnos de ella en la vigilia no nos mueva a asombro, y en este caso decimos del sueño, con derecho, que prosigue los intereses importantes de la vida de vigilia. Pero toda vez que en el contenido del sueño aparece un vínculo con una impresión diurna, lo común es que esta sea tan ínfima, tan irrelevante y merece-

[1] [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra*, **4**, pág. 335 y *n*. 35.]

* {Freud emplea el galicismo «*Avance*».}

dora de olvido, que nosotros mismos no podemos sin algún trabajo recobrar el recuerdo de ella. El contenido del sueño parece entonces, aun donde es coherente y comprensible, ocuparse de las fruslerías más indiferentes, que si estuviéramos despiertos serían indignas de nuestro interés. Buena parte del menosprecio en que se tiene al sueño deriva de esta preferencia suya por lo indiferente y por introducir unas naderías en su contenido.

El análisis destruye la apariencia en que se funda ese juicio menospreciador. Donde el contenido del sueño pone en primer plano, como excitadora, una impresión indiferente, ahí el análisis pesquisa por lo general la vivencia importante, la que emociona con derecho, que se sustituye por la indiferente, con la cual ha entrado en vastas conexiones asociativas. Donde el contenido del sueño trata un material de representaciones falto de importancia y de interés, ahí el análisis descubre las numerosas vías de conexión por cuyo intermedio eso sin valor se entrama con lo más valioso en la estimación psíquica del individuo. *Que en lugar de la impresión justificadamente excitadora se recoja en el contenido del sueño la indiferente, y en vez del material que con derecho interesa llegue a él uno desdeñable, no son sino obras del trabajo de desplazamiento.* Si atendiendo a las intelecciones ganadas a raíz de la sustitución del contenido manifiesto del sueño por su contenido latente se busca dar respuesta a las preguntas acerca de los excitadores del sueño y de lo que entrama al soñar con los afanes cotidianos, es preciso decir: *El sueño jamás se ocupa de cosas que tampoco durante el día serían dignas de ocuparnos, y pequeñeces que de día no nos acosan tampoco tienen poder para perseguirnos cuando dormimos.*

¿Cuál es el excitador del sueño en el ejemplo que hemos escogido? La vivencia, en verdad trivial, de que un amigo me procuró *un viaje en coche gratis.* La situación de la *table d'hôte* en el sueño contiene una alusión a esta ocasión indiferente, pues durante el diálogo yo había parangonado al coche de taxímetro con la *table d'hôte.* Pero también puedo indicar la vivencia importante que se deja subrogar por esta, mezquina. Pocos días antes había hecho yo un fuerte desembolso en beneficio de una persona de mi familia que me es querida. «Vaya maravilla», se dice en los pensamientos oníricos, «que esta persona haya de estarme agradecida por eso; ese amor no sería "gratis"». Ahora bien, un amor *gratis* se sitúa en el primer plano entre los pensamientos oníricos. Que no hace mucho tiempo yo hice varios *viajes en coche* con el pariente en cuestión habilita a este otro viaje en coche

con mi amigo para hacerme acordar de los vínculos con aquella otra persona. La impresión indiferente que por esos enlaces se convierte en el excitador del sueño está sometida todavía a una condición que no rige para la fuente real del sueño: en todos los casos tiene que ser una impresión *reciente*, que provenga del día del sueño.

No puedo abandonar el tema del desplazamiento onírico sin traer a colación un extraordinario proceso que ocurre en la formación del sueño, y a cuyo efecto cooperan condensación y desplazamiento. Ya a raíz de la condensación hemos tomado conocimiento de este caso: dos representaciones incluidas en los pensamientos oníricos, que poseen algo común, un punto de contacto, son sustituidas en el contenido del sueño por una representación mixta en la que un núcleo más nítido corresponde a lo común, y unas determinaciones colaterales no nítidas, a las particularidades de ambas. Si a esta condensación se suma un desplazamiento, no se arriba a la formación de una representación mixta, sino de algo *común intermedio*, que se relaciona con los elementos singulares parecidamente a como lo hace, en el paralelogramo de fuerzas, la resultante respecto de sus componentes. Dentro del contenido de uno de mis sueños, por ejemplo, se habla de una inyección con *propilo*. En el análisis alcanzo al principio sólo una vivencia indiferente, eficaz como excitador del sueño, en la que «*amilo*» desempeña un papel. Pero todavía no puedo justificar la permutación de amilo por propilo. Ahora bien, al círculo de pensamientos de este mismo sueño pertenece también el recuerdo de una visita a Munich, donde los *propileos* [2] me llamaron la atención. Las circunstancias inmediatas del análisis inducen a conjeturar que fue la influencia de este segundo círculo de representaciones sobre el primero la responsable del desplazamiento desde amilo hasta propilo. *Propilo* es, por así decir, una representación intermedia entre *amilo* y *propileos*, y por eso ha alcanzado el contenido del sueño a la manera de un compromiso, mediante una condensación y un desplazamiento simultáneos.[3]

Más acuciantemente aún que en el caso de la condensación sale a relucir aquí, en el trabajo de desplazamiento, la necesidad de descubrirles un motivo a estos enigmáticos empeños del trabajo del sueño.

[2] [Un pórtico ceremonial construido según el modelo ateniense.]

[3] [El sueño del que se ha tomado este detalle fue el primero analizado por Freud en forma exhaustiva. Se informa extensamente sobre él en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra*, **4**, págs. 127 y sigs., y, para este detalle en particular, págs. 300-1.]

VI

Si ha de cargarse principalmente a la cuenta del trabajo de desplazamiento el que a veces no se reencuentren o no se reconozcan en el contenido del sueño los pensamientos oníricos —sin que lleguemos a colegir el motivo de semejante desfiguración—, hay otro modo de trasmudación, mitigado, que se emprende con los pensamientos oníricos y lleva a descubrir una operación nueva, pero fácilmente comprensible, del trabajo del sueño, a saber: los pensamientos oníricos más inmediatos que uno llega a desplegar por medio del análisis resultan con frecuencia llamativos por su insólita vestidura; no parecen vertidos en las sobrias formas idiomáticas de que nuestro pensamiento se sirve preferentemente, sino que están figurados más bien de una manera simbólica, mediante símiles y metáforas, cual sucede en el lenguaje de la poesía, pletórico de imágenes. No es difícil descubrir la motivación de ese grado de constreñimiento en la expresión de los pensamientos oníricos. El contenido [manifiesto] del sueño consiste las más de las veces en situaciones visuales; los pensamientos oníricos, por eso, tienen que soportar primero todo un acomodamiento que los haga aptos para ese modo de figuración. Imagínese, por ejemplo, la tarea que significaría sustituir las frases de un artículo editorial sobre un tema político, o de un alegato presentado a tribunales, mediante una serie de trazos figurales; con facilidad se comprenderán las alteraciones a que fuerza al trabajo del sueño *el miramiento por la figurabilidad en el contenido del sueño.*

Entre el material psíquico de los pensamientos oníricos se encuentran, en general, recuerdos de vivencias impresionantes —no es raro que de la primera infancia—, que, por tanto, en sí mismas han sido aprehendidas como situaciones de contenido casi siempre visual. Toda vez que ello es posible, este ingrediente de los pensamientos oníricos ejerce un influjo determinante sobre la conformación del contenido del sueño, operando, por así decir, como un punto de cristalización, con efectos de atracción y distribución sobre el material de los pensamientos oníricos. La situación del sueño

no es a menudo más que una repetición modificada, y complicada por intercalaciones, de una de esas vivencias impresionantes; en cambio, sólo muy rara vez brinda el sueño una reproducción fiel e incontaminada de escenas reales.

Ahora bien, el contenido del sueño no consiste con exclusividad en situaciones sino que incluye también jirones desunidos de imágenes visuales, dichos y aun fragmentos de pensamientos inmodificados. Quizá sea interesante, por eso, que pasemos revista de la manera más sucinta a los medios de figuración de que dispone el trabajo del sueño para reproducir los pensamientos oníricos en el peculiar modo de expresión del sueño.

Los pensamientos oníricos que llegamos a averiguar por medio del análisis se nos muestran como un complejo psíquico de una construcción enredada al máximo. Sus fragmentos mantienen entre sí las más diversas relaciones lógicas; forman primeros planos y trasfondo, condiciones, digresiones, elucidaciones, argumentaciones y objeciones. Por lo regular, junto a una ilación de pensamiento se sitúa su réplica contradictoria. A este material no le falta ninguno de los caracteres que nos son familiares por nuestro pensamiento despierto. Pero si a toda costa ha de convertirse en un sueño, ese material psíquico es sometido a una compresión que lo condensa enormemente, a un desgarramiento interno y a un desplazamiento que, por así decir, crean superficies nuevas, y a una influencia selectiva ejercida por los ingredientes más idóneos para formar una situación. Si se atiende a la génesis de este material, un proceso así merece el nombre de «regresión». Los lazos lógicos que hasta ese momento unían al material psíquico se pierden ahora a raíz de su trasmudación en el contenido del sueño. El trabajo del sueño sólo recoge para elaborarlo el contenido concreto, digámoslo así, de los pensamientos oníricos. Queda para el trabajo del análisis establecer los nexos que el trabajo del sueño aniquiló.

Los medios de expresión del sueño han de tildarse, pues, de mezquinos por comparación con los de nuestro lenguaje conceptual, a pesar de lo cual el sueño no necesita renunciar del todo a reproducir las relaciones lógicas entre los pensamientos oníricos; más bien logra con bastante frecuencia sustituirlos por caracteres formales de su propia ensambladura.

El sueño, en primer término, da razón del vínculo innegable entre todos los fragmentos de los pensamientos oníricos por el hecho de que unifica este material en una situación. Refleja un *nexo lógico* como *aproximación en el tiempo y en el espacio*, a semejanza del pintor que reúne en el cuadro del Parnaso a unos poetas que jamás estuvieron juntos

en la cima de un monte, pero que conceptualmente forman una comunidad.[1] Prosigue este modo de figuración hasta el detalle, y a menudo, si en su contenido muestra a dos elementos próximos el uno al otro, es garantía de que hay un nexo particularmente estrecho entre sus correspondientes de los pensamientos oníricos. Cabe apuntar aquí, por lo demás, que todos los sueños producidos en una misma noche dejan conocer, en el análisis, que proceden de idéntico círculo de pensamientos.

El *vínculo causal* entre dos pensamientos es o bien abandonado sin figuración o bien sustituido por la *sucesión* de dos fragmentos de sueño de diferente longitud. Con frecuencia esta figuración es invertida, brindando el comienzo del sueño la conclusión, y su final, la premisa. La *mudanza* directa de una cosa en otra parece figurar en el sueño la relación de *causa* y *efecto*.

El sueño nunca expresa la alternativa «*o bien... o bien*», sino que recoge dentro de idéntica trama a sus dos miembros como igualmente justificados. He mencionado ya que un «o bien... o bien» usado en la reproducción del sueño ha de traducirse por «*y*» [cf. págs. 633-4].

Representaciones que están en oposición unas con otras son expresadas de preferencia en el sueño mediante idéntico elemento.[2] El «no» parece no existir para el sueño. La oposición entre dos pensamientos, la relación de *inversión*, halla en él una figuración en extremo notable. Es expresada por el hecho de que otro fragmento del contenido del sueño —como si fuera con posterioridad— es trastornado hacia su contrario. De otra manera de expresar *contradicción* tomaremos conocimiento más adelante. También la sensación del *movimiento inhibido*, tan común en el sueño, sirve para figurar una contradicción entre impulsos: un *conflicto de la voluntad*.

Entre las relaciones lógicas hay una sola, la de la *semejanza*, la *comunidad*, la *concordancia*, que favorece en altísimo grado al mecanismo de la formación del sueño. El trabajo del sueño se sirve de estos casos como puntos de apoyo para la condensación onírica, en la medida en que a todo cuanto exhibe una tal concordancia lo comprime en una *nueva unidad*.

[1] [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra*, **4**, pág. 320, *n*. 9.]

[2] [*Nota agregada* en 1911:] Merece señalarse que lingüistas de nombradía aseveran que las lenguas más antiguas tendían en general a expresar opuestos contradictorios mediante la misma palabra (fuerte-débil, adentro-afuera, etc.). Se lo ha llamado «el sentido antitético de las palabras primitivas». [Cf. Freud (1910*e*).]

Esta breve serie de apuntamientos groseros no basta, desde luego, para estimar en su integridad la multitud de medios formales de figuración de que el sueño dispone para las relaciones lógicas entre los pensamientos oníricos. Los diversos sueños están trabajados en este aspecto con mayor fineza o descuido, se han atenido con exactitud mayor o menor al texto que les fue presentado, han recurrido con mayor o menor amplitud a los medios auxiliares del trabajo del sueño. En la segunda de estas alternativas, se muestran oscuros, confusos, incoherentes. Ahora bien, toda vez que el sueño aparece palmariamente absurdo, que incluye en su contenido un contrasentido evidente, es así con un propósito y expresa, por su aparente descuido de todos los requerimientos lógicos, una porción del contenido intelectual de los pensamientos oníricos. Lo absurdo en el sueño significa *contradicción*, *escarnio* o *burla* en los pensamientos oníricos. Puesto que este esclarecimiento que acabamos de dar ofrece la más fuerte objeción contra la concepción según la cual el sueño nace en virtud de una actividad mental disociada y falta de crítica, pondré énfasis en esto mediante un ejemplo.

Uno de mis conocidos, el señor M., ha sido atacado en un ensayo nada menos que por Goethe y, según todos opinamos, con una saña injustificada. Desde luego, el señor M. quedó aniquilado por este ataque. Con amargura se lamenta de ello en un convite; empero, su veneración por Goethe no ha sufrido menoscabo por esta experiencia personal. Ahora yo procuro aclarar un poco las relaciones de tiempo, que me parecen inverosímiles. Goethe murió en 1832; y puesto que su ataque a M. tuvo que ser naturalmente anterior, el señor M. sería por entonces un hombre joven en extremo. Se me antoja verosímil que tuviera dieciocho años. Pero no sé con certeza el año en que escribimos, y así toda la cuenta se hunde en la oscuridad. Por lo demás, ese ataque está contenido en el bien conocido ensayo de Goethe «Naturaleza».*

Lo disparatado de este sueño se hace más fulgurante si comunico que el señor M. es un joven hombre de negocios a quien le son ajenos cualesquiera intereses poéticos y literarios. Pero si me interno en el análisis de este sueño me será bien posible mostrar cuánto «método» hay tras este disparate.

El sueño extrae su material de tres fuentes:

* {«el año en que escribimos» es una locución muy comúnmente empleada por Goethe en su epistolario.}

1. El señor M., con quien yo trabé conocimiento a raíz de un *convite*, me rogó un día que examinase a su hermano mayor, que presentaba síntomas de una actividad mental perturbada.* En la conversación con el enfermo aconteció algo penoso: sin que viniera al caso, puso a su hermano en situación desairada aludiendo a las *travesuras juveniles* de este. Yo había preguntado al enfermo por su *año de nacimiento* (*año de la muerte* en el sueño) y lo moví a hacer diversos cálculos destinados a comprobar el debilitamiento de su memoria.

2. Una revista médica, que ostentaba también mi nombre en la portada, había recogido en sus páginas una crítica «*aniquiladora*» de un recencionista joven sobre un libro de mi amigo Fl. {Fliess} de Berlín. Pedí explicaciones por ello al editor, quien me expresó, sí, su pesar, pero no quiso prometer una enmienda. Rompí entonces mis relaciones con la revista y, en mi carta de renuncia, puse de resalto mi esperanza de que *nuestras relaciones personales no sufrirían menoscabo por lo ocurrido.* Esta es la genuina fuente del sueño. La recepción negativa del libro de mi amigo me había hecho una profunda impresión. El libro contenía, a mi entender, un descubrimiento biológico fundamental que sólo ahora —después de muchos años— ha empezado a tener buena acogida entre los especialistas.

3. Una paciente me había contado, poco antes, la historia clínica de su hermano, que al grito de «*¡Naturaleza, naturaleza!*» cayó en delirio frenético. Los médicos supusieron que el grito procedía de la lectura de aquel hermoso *ensayo de Goethe* y era indicador del exceso de trabajo con que se había sobrecargado el enfermo en sus estudios. Yo había manifestado *que se me antojaba más verosímil* que ese grito «¡Naturaleza!» tuviera el sentido sexual que entre nosotros conocen aun las personas de escasa cultura. El hecho de que el desventurado mutilara después sus genitales, pensé, por lo menos no me quitaba razón. La edad de este enfermo cuando le sobrevino el ataque era de *18 años.*

En el contenido del sueño, tras mi propio yo se oculta ante todo mi amigo, tan maltratado por la crítica. «*Yo procuro aclararme un poco las relaciones de tiempo*». Y en efecto, el libro de mi amigo se ocupa de las *relaciones de tiempo* de la vida y reconduce, entre otras, también la du-

* {«*gestörte geistige Tätigkeit*»; en pág. 438, *supra,* al informar sobre este sueño, Freud hablaba aquí de «parálisis general» (*«paralytische Geistesstörung»*). Véanse, al comienzo de la página siguiente, las alusiones a la parálisis.}

ración de la vida de *Goethe* a un múltiplo de un número de días significativo para la biología. Ahora bien, este yo es equiparado a un paralítico (*«Yo no sé con certeza el año en que escribimos»*). El sueño figura, por tanto, que mi amigo se comporta como un paralítico, y con eso se pierde en la absurdidad. Pero los pensamientos oníricos rezan, a modo de ironía: «Naturalmente, él es un trastornado, un loco, y ustedes son los genios que todo lo saben mejor. Pero, ¿no será *a la inversa*?». Ahora bien, esta *inversión* está ampliamente subrogada en el contenido del sueño. Por ejemplo, Goethe ha atacado al joven, lo cual es absurdo, pues más fácil es, todavía hoy, que un joven ataque al gran Goethe.

Me atrevería a sostener que ningún sueño se inspira en mociones que no sean egoístas.[3] El yo del sueño no hace en realidad meramente las veces de mi amigo, sino también de mí mismo. Yo me identifico con él, porque el destino de su descubrimiento me parece paradigmático para la recepción de mi *propio* hallazgo. Cuando yo salga a la palestra con mi teoría, que destaca el papel de la sexualidad en la etiología de las perturbaciones psiconeuróticas (véase la alusión a «*¡Naturaleza, naturaleza!*» del enfermo de 18 años), tropezaré con idéntica crítica y desde ahora le salgo al paso con el mismo escarnio.

Si sigo examinando los pensamientos oníricos, no hallo sino *burla y escarnio* como el *correlato de las absurdidades del sueño* [manifiesto]. Es bien sabido que el descubrimiento de un cráneo hendido de oveja en el Lido de Venecia sugirió a Goethe la idea de la llamada *teoría «vertebral» del cráneo.* Mi amigo se jacta de haber desatado, siendo estudiante, una tormenta para destituir a un viejo profesor que, si bien en su tiempo se había hecho meritorio (entre otros ámbitos, también en esta parte de la anatomía comparada), por *demencia senil* se volvió inepto para la enseñanza. El tumulto ocasionado por él ayudó a combatir la dañina situación de que en las universidades alemanas no se hubiera trazado un *límite de edad* para el ejercicio de la cátedra. *En efecto, ser anciano no es una excusa para ser tonto.* En el manicomio de aquí tuve el honor de servir durante años bajo un médico jefe desde hacía tiempo *fósil,* notoriamente *imbécil* desde hacía decenios, a quien se le permitía seguir al frente de ese cargo de responsabilidad.[4] Es

[3] [Sin embargo, Freud atenuó esta afirmación en un agregado hecho en 1925 al capítulo V de *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra,* **4**, pág. 279, *n.* 33.]

[4] [Según Ernest Jones (1953, pág. 218), se refiere aquí al doctor Franz Scholz.]

con relación a esto que se me impone aquí un término descriptivo del descubrimiento en el Lido.[5] Aludiendo a este hombre, unos colegas jóvenes del hospital inventaron cierta vez una canción basándose en un aire popular entonces en boga: «Ningún Goethe lo escribió, ningún Schiller lo poetizó, etc. . . .».[6]

[5] [«*Schafkopf*»; literalmente, «cabeza de oveja» {«tonto», «necio»}.]

[6] [Este sueño es también considerado extensamente en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra*, págs. 438 y sigs., y 447. — El descubrimiento de Goethe en el Lido se menciona como asociación a otro sueño en la Carta 70 a Fliess (Freud, 1950*a*), *AE*, **1**, pág. 304.]

VII

Todavía no hemos llegado al final en nuestra apreciación del trabajo del sueño. Nos vemos precisados a adscribirle, además de la condensación, el desplazamiento y el acomodamiento del material psíquico en forma sensorialmente intuible,* otra actividad cuya contribución, es verdad, no se advierte en todos los sueños. De esta parte del trabajo del sueño no trataré en detalle; bastará mencionar esto: el mejor modo de representarse su naturaleza es decidirse a adoptar el supuesto —probablemente desacertado— *de que ejerce su influencia sólo con posterioridad sobre el contenido del sueño ya previamente formado.* Su acción consiste, entonces, en ordenar los elementos del sueño de tal modo que ellos conformen una trama, una composición onírica. El sueño recibe así una suerte de fachada que sin duda no recubre su contenido en todos sus puntos; así experimenta una primera interpretación provisional, que es apoyada con intercalaciones y leves retoques. Cierto es que esta elaboración del contenido del sueño sólo se vuelve posible en la medida en que a todo hace la vista gorda; y además, no ofrece otra cosa que un extraordinario malentendido de los pensamientos oníricos, y si abordamos el análisis del sueño, tenemos que desembarazarnos primero de este intento de interpretación.

La motivación de esta pieza del trabajo del sueño es particularmente trasparente. Es el *miramiento por la comprensibilidad* el que ocasiona esta última revisión del sueño; pero esto deja traslucir también el origen de esa actividad. Respecto del contenido del sueño que le es presentado, se comporta tal como lo hace nuestra actividad psíquica normal respecto de un contenido perceptivo cualquiera que se le ofrezca. Lo aprehende por aplicación de ciertas representaciones-expectativa, lo ordena ya en el momento de percibirlo bajo la premisa de su comprensibilidad, corre en ello el peligro de falsearlo y, de hecho, cuando no puede enhebrarlo con algo ya familiar, cae al comienzo en los más extraños malentendidos. Cosa notoria es que no podemos mirar una serie

* {Cf. *supra*, pág. 631.}

de signos extraños ni escuchar una sucesión de palabras desconocidas sin falsear primero su percepción por *miramiento a la comprensibilidad*, apuntalándonos en algo ya sabido.

Sueños que han experimentado esta elaboración por parte de una actividad psíquica enteramente análoga al pensamiento despierto pueden llamarse *bien compuestos*. En el caso de otros sueños esa actividad ha fallado por completo; ni siquiera se ha hecho el ensayo de establecer un orden y una interpretación, y nosotros, identificándonos tras despertar con esta última pieza del trabajo del sueño, lo juzgamos «totalmente confuso». Para nuestro análisis, empero, el sueño que semeja un amontonamiento desordenado de jirones inconexos tiene el mismo valor que el ya pulido y provisto de una superficie. Y en el primer caso nos ahorramos incluso la fatiga de volver a demoler lo que se sobreimpuso al contenido del sueño.

Pero andaríamos errados [1] si en estas fachadas de los sueños no viéramos más que unas mal entendidas, y harto caprichosas, elaboraciones de su contenido por parte de la instancia conciente de nuestra vida anímica. En la producción de la fachada del sueño no rara vez se emplean fantasías de deseo que se hallan preformadas en los pensamientos oníricos, y que son del mismo tipo que los llamados con acierto «sueños diurnos», que conocemos por la vida despierta. Las fantasías de deseo que el análisis descubre en los sueños nocturnos resultan ser a menudo repeticiones y refundiciones de escenas infantiles; así, en muchos sueños, la fachada nos muestra directamente su núcleo genuino desfigurado por mezcla con otro material.

Otras actividades que las cuatro mencionadas no se descubren en el trabajo del sueño. Si nos atenemos a la determinación conceptual que dice que «trabajo del sueño» designa el trasporte de los pensamientos oníricos al contenido de aquel, tenemos que admitir que no es creador, no despliega una fantasía que le sea propia, no juzga, no infiere, y en general no rinde otra cosa que condensar el material, desplazarlo y refundirlo en forma sensorialmente intuible, a lo cual todavía se agrega esa última e inconstante piecita que es la elaboración interpretadora. Es cierto que dentro del contenido del sueño se hallan muchas cosas que se querría concebir como el resultado de otro rendimiento intelectual, de nivel más alto. Pero el análisis demuestra convincentemente en todos los casos que *estas operaciones intelectuales estaban efectuadas previamente en los pensamientos*

[1] [Este párrafo se agregó en 1911.]

oníricos y el contenido del sueño no hizo sino recogerlas. Una conclusión en el sueño no es más que la repetición de un razonamiento incluido en los pensamientos oníricos; no aparece chocante cuando se ha traspasado sin alteración al sueño; se vuelve disparatada si por obra del trabajo del sueño se la desplazó, tal vez, a otro material. Una cuenta en el contenido del sueño no significa sino que entre los pensamientos oníricos hay un cálculo; mientras que este es en todos los casos correcto, la cuenta del sueño puede brindar el resultado más loco por condensación de sus factores o por desplazamiento de ese mismo tipo de operación a un material diverso. Ni siquiera los dichos que se presentan en el contenido del sueño se compusieron como cosa nueva; demuestran ser unos emparchados de dichos proferidos, escuchados o leídos, que se renovaron en los pensamientos oníricos y cuya literalidad copian en todos sus puntos, mientras que dejan por entero de lado lo que los ocasionó y alteran su sentido hasta violentarlos al máximo.

No es superfluo, quizás, apoyar estas últimas aseveraciones mediante unos ejemplos.

I. Un sueño bien compuesto de una paciente, que suena inocente:

Va al mercado con su cocinera, que lleva la canasta. El carnicero le dice, después que ella le pidió algo: «De eso no tenemos más», y pretende darle otra cosa, con esta observación: «Esto también es bueno». Ella lo rechaza y se dirige a la verdulera. Esta quiere venderle una extraña hortaliza, que viene atada en haces pero es de color negro. Ella dice: «A eso no lo conozco, y no lo llevo».

El dicho «*De eso no tenemos más*» viene del tratamiento. Yo mismo había declarado textualmente a la paciente, días antes, que los recuerdos de infancia más antiguos *no los tenemos más* como tales, sino que se sustituyen por trasferencias y sueños. Yo soy, por tanto, el carnicero.

El segundo dicho, «*A eso no lo conozco*», aconteció en un contexto por entero diverso. El día antes ella misma había espetado a su cocinera, que por lo demás también aparece en el sueño, con tono reprobatorio: «*¡Pórtese usted decorosamente; a eso no lo conozco!*», es decir, a un comportamiento así no lo reconozco, no lo admito. La parte más inocente de este dicho alcanzó el contenido del sueño por un desplazamiento; en los pensamientos oníricos sólo la otra parte del dicho desempeñaba un papel, pues aquí el trabajo del sueño alteró, hasta volverla irreconocible y darle el carácter más extremadamente inocente, una situación de la

fantasía en que yo me *portaba* hacia la dama de *una cierta manera indecorosa.* Ahora bien, esta situación esperada en la fantasía no es, a su turno, más que la reedición de otra vivenciada realmente cierta vez.[2]

II. Un sueño en apariencia totalmente insignificante, en que se presentan números:

Ella quiere pagar algo; su hija le toma 3 florines y 65 kreuzer de la cartera; pero ella dice: «¿Qué haces? Sólo cuesta 21 kreuzer».

La soñante era una extranjera que había puesto a su hija en un instituto pedagógico de Viena y que podría continuar su tratamiento conmigo mientras aquella permaneciese en la ciudad. El día anterior al sueño, la directora del instituto le había sugerido que dejase a su hija todavía un año más. De ocurrir tal cosa, ella alargaría también el tratamiento en un año. Los números incluidos en el sueño cobran significado si se recuerda que el tiempo es oro. «*Time is money*». *Un año* es igual *a 365 días*; expresado en kreuzer, 365 kreuzer o 3 florines y 65 kreuzer. Los *21 kreuzer* corresponden a las *tres semanas* que debían trascurrir desde el día del sueño hasta el cierre de los cursos y, por tanto, el final del tratamiento. Eran evidentemente consideraciones pecuniarias las que habían movido a la dama a rechazar la propuesta de la directora, y las responsables de la pequeñez de la suma en el sueño.[3]

III. Una dama joven, pero casada desde hace años, se entera de que su conocida, la señorita Elise L., casi de la misma edad que ella, ha contraído esponsales. Esta ocasión excita el siguiente sueño:

Está sentada con su marido en el teatro, un sector de la platea está totalmente desocupado. Su marido le cuenta que Elise L. y su prometido también habían querido ir, pero sólo consiguieron malas localidades, 3 por 1 florín y 50 kreuzer, y no pudieron tomarlas. Ella piensa que eso no habría sido una calamidad.

Aquí nos interesarán el origen de los números tomados del material de los pensamientos oníricos y las mudanzas que han experimentado. *¿De dónde* proviene la cifra de 1 florín y 50 kreuzer? De una ocasión indiferente de la víspera. Su cuñada había recibido en obsequio de su marido

[2] [Este sueño se comunica con mayor detalle en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra*, **4**, pág. 199.]
[3] [Cf. para este sueño *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra*, págs. 415-6.]

la suma de 150 florines y se *apresuró* a desprenderse de ellos comprándose una alhaja a cambio. Reparemos en que 150 florines son cien veces más que 1 florín y 50 kreuzer. Para el *tres*, que está en el número de las entradas de teatro, se descubre este único anudamiento: que Elise L., la novia, es precisamente *tres* meses más joven que la soñante. La situación del sueño es el reflejo de un pequeño episodio por el cual su marido se mofó a menudo de ella. Una vez se había *apresurado* demasiado, había reservado con anticipación entradas para una función de teatro, y cuando después entraron en él *un sector de la platea estaba casi desocupado.* No habría necesitado, pues, *apresurarse tanto.* Que no se nos escape, por último, la *absurdidad* del sueño, a saber, ¡que dos personas hayan de comprar tres entradas para el teatro!

Ahora los pensamientos oníricos: «Seguro que fue un *disparate* casarse tan temprano; yo *no habría necesitado apresurarme tanto.* Por el ejemplo de Elise L. veo que de todos modos habría conseguido un marido, y por cierto uno *cien veces* mejor (hombre, tesoro), con sólo haber esperado. *Tres* hombres así me habría podido comprar a cambio del dinero (la dote)».[4]

[4] [Este sueño, que se menciona nuevamente *infra*, pág. 655, es analizado en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra*, págs. 416-7, y con mayor extensión en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1916-17), *AE*, **15**, esp. págs. 111-4 y 201-2.]

VIII

Después de haber aprendido, en las exposiciones precedentes, a conocer el trabajo del sueño, nos inclinaremos a declararlo un proceso psíquico sumamente particular, que, por lo que sabemos, no tiene igual en ninguna otra parte. Se ha trasladado al trabajo del sueño, por así decir, esa extrañeza que en otras ocasiones solía despertar en nosotros su producto, el sueño. En realidad, el trabajo del sueño es sólo el primero que hemos individualizado entre toda una serie de procesos psíquicos a los cuales ha de reconducirse la génesis de los síntomas histéricos, de las ideas angustiosas, de las obsesivas y de las delirantes. Condensación y, sobre todo, desplazamiento son caracteres que nunca les faltan, tampoco, a estos otros procesos. La refundición en lo sensorialmente intuible, en cambio, es peculiar del trabajo del sueño. Si este esclarecimiento sitúa al sueño dentro de una misma serie con los productos de ciertas enfermedades psíquicas, tanto más importante será para nosotros averiguar las condiciones esenciales de procesos como los que sobrevienen en la formación del sueño. Probablemente quedemos maravillados si nos dicen que ni el estado del dormir ni la enfermedad se cuentan entre estas condiciones indispensables. Toda una serie de fenómenos de la vida cotidiana de las personas sanas, los olvidos, los deslices en el habla, el trastrocar las cosas confundido, y una cierta clase de errores, deben su génesis a un mecanismo psíquico análogo al del sueño y los otros miembros de la serie.[1]

El núcleo del problema reside en el desplazamiento, con mucho la más llamativa entre las operaciones singulares del trabajo del sueño. Si penetramos a fondo en eso que se nos enfrenta, aprendemos que la condición esencial del desplazamiento es puramente psicológica; pertenece a la clase de una *motivación*. Damos con su huella examinando unas experiencias de que no podemos sustraernos en el análisis de sueños. En la página 624, a raíz de un ejemplo de sueño, he debido interrumpir la comunicación de los pensamientos

[1] [Cf. *Psicopatología de la vida cotidiana* (Freud, 1901*b*).]

oníricos porque entre ellos, según confesé, los había tales que de buena gana yo los guardaba en secreto frente a extraños y no podía comunicarlos sin grave menoscabo de importantes reparos personales. Agregué que de nada valía si en vez de este sueño escogía otro para comunicar su análisis; en todo sueño cuyo contenido fuera oscuro o confuso tropezaría con pensamientos oníricos que pedirían guardarse en secreto. Ahora bien, si prosigo para mí mismo el análisis, sin preocuparme por los otros (a quienes, en verdad, una vivencia tan personal como mi sueño en modo alguno puede estarles destinada), llego a pensamientos que me sorprenden, que yo no había advertido en el interior de mí mismo, que no me son sólo *ajenos*, sino también *desagradables*, y que por eso yo querría impugnar enérgicamente, mientras que la cadena de pensamientos que discurre por el análisis se me impone de manera inexorable. De ese estado de cosas totalmente universal no puedo dar razón si no es mediante un supuesto: esos pensamientos estuvieron realmente presentes en mi vida anímica y en posesión de una cierta intensidad o energía psíquicas, pero se encontraban en una peculiar situación psicológica a consecuencia de la cual no pudieron devenírseme concientes. A este particular estado lo llamo el de la *represión*. No puedo menos que suponer un vínculo causal entre la oscuridad del contenido del sueño y el estado de la represión, el de la *insusceptibilidad de conciencia*, de algunos de los pensamientos oníricos, e inferir que el sueño se vería forzado a ser oscuro *para no traicionar los pensamientos oníricos prohibidos*. Así arribo al concepto de la *desfiguración onírica*, que es la obra del trabajo del sueño y que sirve a la *disimulación*, al propósito de ocultar.

Quiero hacer la prueba con el ejemplo de sueño escogido para analizar y preguntarme cuál es, entonces, el pensamiento que se hace valer, desfigurado, en este sueño, mientras que de no estarlo provocaría mi más acerba oposición. Me acuerdo de que ese viaje en coche, gratis, me ha evocado los últimos viajes en coche, costosos, con una persona de mi familia; también de que había obtenido esta interpretación del sueño: «Yo querría saber alguna vez de un amor que no me costara nada», y que poco tiempo antes del sueño tuve que hacer un considerable desembolso de dinero justamente para esa persona. Dentro de esta trabazón, no puedo defenderme del pensamiento de que *ese desembolso me pesa*. Sólo si yo reconozco esta moción cobra un sentido que en el sueño desee para mí un amor que no me cause ningún desembolso. Y no obstante, puedo decirme honradamente que

no vacilé un instante en consentir en el gasto de aquella suma. El pesar provocado por ello, esa corriente contraria, no me devino conciente; por qué razón, esa es otra cuestión muy distinta, que nos llevaría muy lejos, y la respuesta que conozco para ella pertenece a un contexto diverso.

Si yo no someto al análisis un sueño propio, sino el de una persona extraña, el resultado es el mismo; pero los motivos para el convencimiento varían. Si se trata del sueño de una persona sana, para compelerla a admitir las ideas reprimidas que se hallaron no me queda otro recurso que la trabazón de los pensamientos oníricos, y esa persona siempre puede rehusarse a reconocerla. Pero si se trata de un enfermo neurótico, por ejemplo de un histérico, la aceptación del pensamiento reprimido se vuelve obligatoria para él por la trabazón de este último con sus síntomas patológicos y por la mejoría que experimenta con el trueque de síntomas por ideas reprimidas. En el caso, verbigracia, de la paciente de quien proviene el último sueño mencionado, el de las tres localidades a cambio de 1 florín y 50 kreuzer, el análisis tiene que suponer que ella menosprecia a su marido, que lamenta haberse casado con él, que bien querría permutarlo por otro. Claro está que sostiene amar a su marido, que su mundo de sentimientos nada sabe de ese menosprecio (¡uno cien veces mejor!), pero todos sus síntomas llevan a idéntica resolución que este sueño, y después que se hubieron evocado recuerdos, reprimidos por ella, de una cierta época en que tampoco concientemente había amado a su marido, esos síntomas se solucionaron y desapareció su resistencia a la interpretación del sueño.

IX

Una vez fijado el concepto de la represión, y puesta la desfiguración onírica en relación con un material psíquico reprimido, podemos enunciar en términos bien universales el principal resultado que brinda el análisis de los sueños. Con respecto a los sueños comprensibles y provistos de sentido, averiguamos que son cumplimientos de deseo no disfrazados, vale decir, que la situación onírica figura en ellos como cumplido un deseo sabido por la conciencia, que ha quedado pendiente de la vida diurna y es merecedor de interés. Ahora bien, sobre los sueños oscuros y confusos el análisis enseña algo enteramente análogo: la situación onírica figura también un deseo como cumplido, el que por regla general surge de los pensamientos oníricos; pero la figuración es aquí irreconocible, sólo se la puede esclarecer por reconducción dentro del análisis, y el deseo o bien es él mismo un deseo reprimido, ajeno a la conciencia, o bien está en la más estrecha unión con pensamientos reprimidos, que son sus portadores. La fórmula para estos sueños reza, entonces: *Son cumplimientos encubiertos de deseos reprimidos.* Al respecto es interesante hacer notar que la opinión popular acierta cuando sostiene que el sueño lisa y llanamente anuncia el futuro. En verdad es el futuro el que el sueño nos muestra, no el que acaecerá, sino el que querríamos que sobreviniera. El alma popular procede aquí como suele hacerlo en cualquier otra circunstancia: cree lo que desea.

Según su manera de comportarse hacia el cumplimiento de deseo, los sueños se dividen en tres clases. En primer lugar, los que figuran *no disfrazadamente* un deseo *no reprimido*; estos son los sueños de tipo infantil, que en el adulto se van haciendo cada vez más raros. En segundo lugar, los sueños que expresan *disfrazadamente* un deseo *reprimido*; sin duda, la abrumadora mayoría de todos nuestros sueños, que para ser comprendidos requieren, después, del análisis. En tercer lugar, los sueños que por cierto figuran un deseo *reprimido*, pero *sin disfraz* o con uno insuficiente. Estos últimos sueños van acompañados en general de *angustia*, que los interrumpe. La angustia es aquí el sustituto de la desfi-

guración onírica; en los sueños de la segunda clase, el que la ahorra es el trabajo del sueño. Puede demostrarse, sin demasiada dificultad, que el contenido de representación que ahora nos depara en el sueño una angustia fue otrora un deseo, desde entonces sometido a la represión.

Hay también claros sueños de contenido penoso, pero que dentro del sueño no se siente como penoso. Por eso no se los puede contar entre los sueños de angustia; pero siempre se los ha usado para demostrar la carencia de significado y de valor psíquico de los sueños. El análisis de un ejemplo de ellos mostrará que se trata de cumplimientos *bien disfrazados* de deseos reprimidos (por tanto, de sueños de la segunda clase), y al mismo tiempo evidenciará la descollante aptitud que posee el trabajo de desplazamiento para disfrazar al deseo.

Una muchacha sueña que ve frente a sí, muerto, al único hijo que le queda a su hermana, y en circunstancias idénticas a las que años antes vio el cadáver del primer hijo. No siente frente a eso dolor alguno, pero naturalmente se revuelve contra la idea de que esa situación respondería a un deseo suyo. Tampoco es forzoso que así sea; pero ante el ataúd de aquel niño había visto años antes por última vez a su hombre amado, y le había hablado; si el segundo niño muriera, sin duda se encontraría de nuevo con ese hombre en casa de la hermana. Ahora anhela ese encuentro, pero se rebela contra este sentimiento. El mismo día del sueño había comprado una entrada para una conferencia anunciada por ese hombre, que seguía siendo el amado. Su sueño es un simple sueño de impaciencia, como son corrientes antes de viajes, idas al teatro y otros disfrutes esperados de pareja índole. Pero, para ocultarle esta añoranza, la situación se desplazó a una circunstancia que es la menos adecuada para un sentimiento jubiloso, que se había presentado una vez en la realidad. Repárese además en que la conducta afectiva dentro del sueño no es adecuada al contenido empujado al primer plano, sino al real, pero refrenado. La situación del sueño anticipa la visión del amado, largamente añorada; no ofrece base alguna para una sensación dolorosa.[1]

[1] [Este sueño es comunicado con mayor detalle en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra*, **4**, págs. 170-1.]

X

Los filósofos no han tenido hasta hoy ocasión alguna de ocuparse de una psicología de la represión. Es lícito, por eso, que en una primera aproximación a ese estado de cosas todavía desconocido nos procuremos una representación sensorialmente intuible de la marcha de la formación del sueño. El esquema a que arribamos, y no sólo a partir del estudio del sueño, es por cierto ya bastante complicado; pero no podemos contentarnos con uno más simple. Suponemos que en nuestro aparato anímico existen dos instancias formadoras de pensamiento; de ellas, la segunda posee el privilegio de que sus productos tienen franco acceso a la conciencia, mientras que la actividad de la primera instancia es en sí inconciente y sólo puede alcanzar la conciencia pasando por la segunda. En la frontera entre ambas instancias, en el pasaje de la primera a la segunda, se encuentra una censura que sólo deja pasar lo que le es agradable, y a lo otro lo refrena. Entonces, eso expulsado por la censura se encuentra, según nuestra definición, en el estado de la represión. En ciertas condiciones, una de las cuales es el estado del dormir, la relación de fuerzas entre ambas instancias se altera de tal modo que lo reprimido ya no puede ser refrenado del todo. En el estado del dormir esto acontece, acaso, por el relajamiento de la censura; así, lo hasta entonces reprimido consigue facilitarse el camino hasta la conciencia. Empero, puesto que la censura nunca es cancelada, sino meramente rebajada, a lo reprimido se le hace preciso condescender en unas alteraciones para suavizar sus aspectos escandalosos. Lo que en tal caso deviene conciente es un compromiso entre aquello que se propone una instancia y lo exigido por la otra. *Represión, relajamiento de la censura, formación de compromiso*: he ahí el esquema básico para la génesis de muchísimas otras formaciones psicopáticas * de igual modo que para la del sueño, y en la formación de compromiso se observan aquí y allí los procesos de la condensación y el desplazamiento, así como el recurso a asociaciones superficiales de que hemos tomado conocimiento a raíz del trabajo del sueño.

* {Véase la nota de la traducción castellana de pág. 619.}

No tenemos razón alguna para encubrir el elemento de demonismo que ha intervenido en el planteo de nuestra explicación del trabajo del sueño. Hemos recibido la impresión de que la formación de los sueños oscuros se produce *como si* una persona, que es dependiente de una segunda, tuviera que exteriorizar algo, oír lo cual tiene que resultarle desagradable a esta última; y partiendo de este símil formulamos los conceptos de la *desfiguración onírica* y de la censura; y nos empeñamos en traducir nuestra impresión a una teoría psicológica sin duda grosera, pero por lo menos gráfica. No importa con qué habrán de identificarse nuestras instancias primera y segunda cuando avancemos en la aclaración del objeto; podemos confiar en que se confirmará un correlato de nuestro supuesto, a saber, que la segunda instancia gobierna el acceso a la conciencia y puede bloqueárselo a la primera.

Superado el estado del dormir, la censura vuelve a erguirse de súbito en toda su alteza y ahora puede aniquilar de nuevo lo que le fue impuesto mientras duraba su debilidad. Que el *olvido* del sueño pide esta explicación al menos en parte, he ahí lo que surge de una experiencia corroborada incontables veces. Durante el relato de un sueño o durante su análisis no es raro que de pronto vuelva a emerger un fragmento de su contenido que se creía olvidado. Este fragmento rescatado del olvido contiene por lo general el mejor y más directo acceso al significado del sueño. Y probablemente sólo por eso estuvo destinado a perderse en el olvido, es decir, a caer bajo una nueva sofocación.

XI

Si concebimos el contenido del sueño como figuración de un deseo cumplido y reconducimos su oscuridad a la alteración impuesta por la censura al material reprimido, ya no nos resulta difícil discernir la función del sueño. En extraña oposición a frases hechas según las cuales el dormir es turbado por los sueños, tenemos que reconocer al sueño como *el guardián del dormir.*

Para el sueño infantil, no es difícil hacer creíble nuestra aseveración. El estado del dormir, o la alteración psíquica que él trae aparejada, no importa en qué consista, es producido por la decisión de dormir que le es impuesta al niño o que él adopta por sentirse fatigado; sólo se vuelve posible mediante el alejamiento de estímulos que podrían plantear al aparato psíquico otras metas que la de dormir. Conocidos son los medios que se usan para mantener lejos los estímulos exteriores; pero, ¿cuáles son los medios de que disponemos para apartar los estímulos internos que estorban el dormirse? Obsérvese a una madre que hace dormir a su hijo. El manifiesta sin cesar deseos y necesidades, quiere otro beso, querría seguir jugando, y le son en parte satisfechos, pero en parte se le difieren autoritativamente para mañana. Resulta claro que los deseos y necesidades que se avivan son los obstáculos para dormirse. Quién no conoce la risueña historia de Balduin Groller [1] sobre el niñito malcriado que despertándose a la noche berrea desde el dormitorio: «¡Quiero el rinoceronte!». Un niño más formal, en vez de berrear, *soñaría* que juega con el rinoceronte. Puesto que el sueño que muestra cumplido al deseo es *creído* durante el dormir, cancela al deseo y posibilita el dormir. No puede dejar de pensarse que la imagen onírica suscita esa creencia porque se reviste con la apariencia psíquica de la percepción, y al niño le falta todavía la capacidad, que se adquiere más tarde, de distinguir la alucinación o fantasía de la realidad.

El adulto ha aprendido esta diferencia; también ha comprendido la inutilidad del desear, y mediante un continuado

[1] [Un popular novelista austríaco del siglo XIX.]

ejercicio ha logrado aplazar sus aspiraciones hasta el momento en que, tras largos rodeos, puedan realizarse por la modificación del mundo exterior. En consonancia, también mientras duerme es raro que se le cumplan deseos por ese corto camino psíquico; y aun es bien posible que ello ni siquiera le suceda, y todo lo que nos parece formado a la manera de un sueño infantil requiera de una resolución muy complicada. Es que en el adulto —y en toda persona cuerda sin excepción— se ha constituido una diferenciación del material psíquico, que falta en el niño. Ha advenido una *instancia psíquica que, aleccionada por la experiencia de la* vida, ejerce con celoso rigor una influencia regidora e inhibitoria sobre las mociones anímicas, y que, por la posición que ocupa respecto de la conciencia y de la motilidad voluntaria, está provista de los máximos recursos de poder psíquico. Ahora bien, una parte de las mociones infantiles ha sido sofocada, como inútil para la vida, por obra de esa instancia, y todo el material de pensamientos que reconoce ese linaje se encuentra en el estado de la represión.

Todo el tiempo en que se acomoda al deseo de dormir, la instancia en que reconocemos a nuestro yo normal parece verse precisada, por las condiciones psicofisiológicas de ese estado, a relajar la energía con la cual contenía a lo reprimido durante el día. Este relajamiento es, por cierto, inofensivo; las excitaciones del alma infantil sofocada pueden agitarse todo lo que quieran: por el estado del dormir hallan dificultado el acceso a la conciencia y bloqueado el de la motilidad. Pero hay que defenderse del peligro de que perturben el dormir. En este punto tendríamos que admitir, sin más, el supuesto de que aun en el dormir profundo un monto de atención libre es movilizado como guardián ante estímulos sensoriales que acaso hagan aparecer más indicado el despertar que la prosecución del dormir. De lo contrario no se explicaría que seamos despertados en cualquier momento por estímulos sensoriales de cierta *cualidad*, como ya lo destacó el viejo fisiólogo Burdach [1838, pág. 486]: la madre, verbigracia, por el lloriqueo de su hijo, el molinero por la detención de su molino, y la mayoría de las personas cuando se las llama quedamente por su nombre. Ahora bien, esta atención que se mantiene alerta se dirige asimismo a los estímulos internos de deseo que vienen de lo reprimido, y forma con ellos el sueño, que en calidad de compromiso satisface al mismo tiempo a ambas instancias. El sueño procura una suerte de finiquitación psíquica al deseo sofocado o formado con el auxilio de lo reprimido, presentándolo como cumplido; pero también contenta a la otra instancia,

puesto que permite la prosecución del dormir. Nuestro yo se comporta en esto como un niño; presta creencia a las imágenes del sueño, como si quisiera decir: «Sí, sí, tú tienes razón, pero déjame dormir». El menosprecio que nosotros, despiertos, oponemos al sueño, y que se prevale de su carácter confuso y en apariencia ilógico, no es con probabilidad otra cosa que el juicio de nuestro yo durmiente sobre las mociones que vienen de lo reprimido, juicio que se apoya con mejor derecho en la impotencia motriz de estos perturbadores del dormir. Ese juicio menospreciador nos deviene conciente a veces aun dormidos; cuando el contenido del sueño excede en demasía a la censura, pensamos: «Es sólo un sueño», y seguimos durmiendo.

El hecho de que también haya casos fronterizos en los que el sueño ya no puede mantener su función de precaver de interrupciones al dormir —es lo que sucede en el sueño de angustia—, y la permute por la otra, la de cancelarlo a tiempo, no es objeción alguna contra esta concepción. En eso no procede sino como el concienzudo vigilante nocturno, quien primero cumple con su deber aquietando las perturbaciones para que no despierten a los ciudadanos, pero después lo continúa, despertándolos, cuando las causas de la perturbación le parecen graves y no puede habérselas con ellas por sí solo.

Particularmente nítida se vuelve esta función del sueño cuando los sentidos del durmiente son estimulados. Es de todos conocido que unos estímulos sensoriales advenidos durante el estado del dormir influyen sobre el contenido de los sueños; se lo puede demostrar experimentalmente, y se cuenta entre los pocos resultados seguros, aunque sobrestimados por demás, de la investigación médica sobre el sueño. Pero esta averiguación ha sido acompañada hasta la fecha por un enigma insoluble. En efecto, el estímulo sensorial que el experimentador hace obrar sobre el durmiente no aparece en el sueño individualizado como lo que es, sino sometido a una cualquiera entre muchas interpretaciones, cuya elección parece arbitraria, librada a la ausencia de determinismo en lo psíquico. Desde luego, no hay tal ausencia de determinismo. El durmiente puede reaccionar de muchas maneras frente a un estímulo sensorial que le viene de afuera. O despierta o logra seguir durmiendo a pesar de él. En este último caso puede servirse del sueño para quitar del medio al estímulo externo, y por cierto, otra vez, de más de una manera. Puede, por ejemplo, neutralizar el estímulo soñando una situación que es del todo incompatible con este. Así, un durmiente a quien un doloroso absceso en el perineo

quería turbarlo, soñó que montaba un caballo usando como silla la cataplasma que debía aliviarle el dolor, y así pasó por alto la perturbación.[2] O bien —y este es el caso más frecuente— el estímulo externo experimenta una reinterpretación que lo inserta en la trabazón de un deseo reprimido que está al acecho de su cumplimiento; así se le roba su realidad y se lo trata como a una pieza del material psíquico. De ese modo, alguien soñó una vez que había escrito una comedia que daba cuerpo a determinada idea fundamental; se la representaba en el teatro, había terminado el primer acto y la aclamaban con entusiasmo. Fue aplaudida furiosamente... El soñante tiene que haber logrado en este caso prolongar su dormir más allá de la perturbación, pues cuando despertó ya no oyó más el ruido, pero juzgó, con buenos motivos, que habían estado sacudiendo una alfombra o un colchón. Los sueños que sobrevienen inmediatamente antes del despertar por un fuerte ruido han hecho, todos, el intento de desmentir, mediante alguna otra explicación, ese estímulo despertador previsto, y de prolongar el dormir todavía un ratito.

[2] [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra*, **4**, págs. 241 y sigs.]

XII [1]

Quien se atenga al punto de vista según el cual la *censura* es el motivo principal de la desfiguración onírica, no se sorprenderá al enterarse de que el análisis reconduce a deseos eróticos casi todos los sueños de los adultos. Esta aseveración no apunta a los sueños de contenido sexual no disfrazado, familiares por vivencia propia a todos los soñantes y los únicos que suelen caracterizarse como «sueños sexuales». Pero aun estos dan sobrado lugar al asombro por su elección de las personas a quienes convierten en objetos sexuales, por trasgredir todas las barreras que el soñante en su vida despierta impone a sus necesidades sexuales, y por muchos detalles extraños que recuerdan lo que suele llamarse *perversiones*. El análisis muestra, empero, que muchos otros sueños que en su contenido manifiesto no dejan ver nada erótico son desenmascarados por el trabajo de interpretación como cumplimientos de deseos sexuales, y que, por otro lado, muchísimos de los pensamientos pendientes del trabajo intelectual de la vigilia en calidad de «restos diurnos» sólo alcanzan su figuración dentro del sueño gracias al auxilio que les prestan unos deseos eróticos reprimidos.

Con miras a esclarecer este estado de cosas, que no es una postulación teórica, señalemos que ningún otro grupo de pulsiones ha experimentado una sofocación tan vasta por imperio de la educación cultural como las pulsiones sexuales, pero que al mismo tiempo estas son en la mayoría de las personas las que mejor saben sustraerse de la sujeción impuesta por las instancias más altas del alma. Desde que hemos tomado conocimiento de la *sexualidad infantil*, a menudo tan inaparente en sus exteriorizaciones, y por lo general omitida y mal interpretada, estamos autorizados a decir que casi todo hombre civilizado conservó la conformación infantil de la vida sexual en algún aspecto, y así concebimos que los deseos sexuales infantiles reprimidos resulten ser las más frecuentes y poderosas fuerzas impulsoras para la formación de los sueños.[2]

[1] [Esta sección se agregó en 1911.]
[2] Véanse mis *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*).

Cuando el sueño que expresa deseos eróticos logra aparecer en su contenido manifiesto como inofensivamente asexual, esto sólo puede ser posible de una manera. Al material de representaciones sexuales no le es permitido figurarse como tal, sino que tiene que sustituirse en el contenido del sueño por insinuaciones, alusiones y modos similares de figuración indirecta; pero, a diferencia de otros casos de esta, la empleada en el sueño no debe ser inmediatamente comprensible. Nos hemos habituado a designar a los medios de figuración que responden a estas condiciones como *símbolos* de lo figurado por ellos. Pasaron a ser objeto de un particular interés desde que se notó que los soñantes de una misma lengua se sirven de los mismos símbolos, y más aún, que en ciertos casos esa comunidad de símbolos rebasa el ámbito de una comunidad lingüística. Puesto que los soñantes no conocen el significado de los símbolos que usan, en principio sigue siendo enigmática la base de su vínculo con lo que sustituyen y designan. Pero el hecho como tal es indubitable y cobra importancia para la técnica de la interpretación de sueños, pues con el auxilio del conocimiento del simbolismo onírico es posible comprender el sentido de elementos singulares del contenido del sueño, o de fragmentos singulares del sueño, e incluso, a veces, de sueños íntegros, sin que nos veamos precisados a preguntar al soñante por sus ocurrencias.[3] Así nos aproximamos al ideal popular de una traducción de los sueños y, por otro lado, retomamos la técnica de interpretación de los pueblos de la Antigüedad, para quienes interpretar los sueños equivalía a hacerlo mediante un simbolismo.

Por más que los estudios sobre el simbolismo onírico estén lejos todavía de su conclusión, podemos formular con certeza una serie de aseveraciones generales y de indicaciones especiales sobre él. Hay símbolos traducibles de manera casi universalmente unívoca; así, emperador y emperatriz (rey y reina) significan a los padres; las habitaciones figuran mujeres,[4] y las entradas y salidas de ellas, las aberturas del cuerpo. La inmensa mayoría de los símbolos oníricos sirve para la figuración de personas, de partes del cuerpo y de manejos teñidos de interés erótico; en particular, los genitales pueden ser figurados por un número de símbolos a menudo muy sorprendentes, y los más diversos objetos se usan para su designación simbólica. Si armas aguzadas, objetos alargados y rígidos.

[3] [Véanse, sin embargo, las salvedades que con respecto a esto se hacen tres párrafos más adelante.]

[4] Cf. «*Frauenzimmer*» [literalmente, «habitación de mujer», expresión común en alemán para referirse en tono despectivo a la mujer].

como troncos de árboles y bastones, subrogan en el sueño a los genitales masculinos, y si armarios, cajitas, coches, hornos, lo hacen con la matriz de la mujer, el *tertium comparationis*, lo común a estas sustituciones, nos resulta comprensible de inmediato. Mas no para todos los símbolos es tan fácil aprehender las conexiones. Símbolos como el de la escalera y el subir por una escalera para el comercio sexual, el de la corbata para el miembro masculino, el de la madera para el vientre de la mujer, despiertan nuestra incredulidad hasta que no hemos adquirido por otras vías la intelección del vínculo simbólico. Toda una serie de símbolos oníricos es, por lo demás, bisexual; puede ser referida, según el contexto, a los genitales masculinos o a los femeninos.

Hay símbolos de difusión universal que hallamos en todos los soñantes de un círculo de lengua y de cultura, y otros de aparición individual, en extremo restringida, que un individuo se ha formado desde su material de representaciones. Entre los primeros se distinguen algunos cuyo reclamo a una subrogación de lo sexual es justificado sin más por el uso lingüístico (como los que provienen de la agricultura; por ejemplo, la fertilización o el sembrar), y otros cuyo vínculo con lo sexual parece remontarse a las épocas más antiguas y a las más oscuras profundidades de nuestra actividad conceptual. El poder de plasmar símbolos no se ha extinguido en el presente para ninguna de las dos variedades que distinguí al comienzo de este párrafo. Puede observarse que objetos de reciente invención (como el aeróstato) son elevados de inmediato a la condición de símbolos sexuales de uso universal.

Por lo demás, sería erróneo esperar que un conocimiento más profundo aún del simbolismo onírico (el «lenguaje del sueño») pudiera independizarnos de inquirir al soñante por sus ocurrencias y nos remitiera por entero a la técnica de interpretación de sueños de los antiguos. Prescindiendo de los símbolos individuales y de las oscilaciones en el uso de los universales, nunca se sabe si un elemento del contenido del sueño ha de interpretarse simbólicamente o en el sentido genuino, pero se sabe con certeza que no todo contenido del sueño ha de interpretarse simbólicamente. El conocimiento del simbolismo onírico nunca hará otra cosa que procurarnos la traducción de ingredientes singulares del contenido del sueño, y jamás tornará ocioso el uso de las reglas técnicas que antes hemos dado. Sin embargo, se presentará como el medio auxiliar más útil para la interpretación justamente ahí donde las ocurrencias del soñante no quieran sobrevenir o sean insuficientes.

El simbolismo onírico se revela también indispensable

para la comprensión de los llamados «sueños típicos», comunes a todos, y de los «sueños recurrentes» del individuo. Si el estudio de los modos simbólicos de expresión del sueño parece tan incompleto en esta breve exposición, ese descuido se justifica por referencia a una intelección que se cuenta entre lo más importante que podemos enunciar acerca de este tema. El simbolismo onírico nos lleva mucho más allá del sueño; no pertenece en propiedad a él, sino que de igual manera preside la figuración en los cuentos tradicionales, mitos y sagas, en los chistes y en el folklore. Nos permite perseguir las vinculaciones internas del sueño con estas producciones; pero debemos decir que no es engendrado por el trabajo del sueño, sino que es una peculiaridad, probablemente de nuestro pensar inconciente, que brinda a aquel el material para la condensación, el desplazamiento y la dramatización.[5]

[5] Más información acerca del simbolismo onírico puede hallarse en las viejas obras sobre interpretación de los sueños, como las de Artemidoro Daldiano, Scherner (1861), y también en mi libro *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *supra,* págs. 356 y sigs., en los estudios sobre mitología de la escuela psicoanalítica, y en los trabajos de W. Stekel (p. ej., 1911*a*). [Cf., además, la 10ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1916-17), *AE*, **15**, págs. 136 y sigs.]

XIII

No pretendo haber echado luz aquí sobre todos los problemas del sueño, ni tratado convincentemente los que aquí se elucidaron. Al que se interese por la vasta bibliografía sobre el sueño, lo remito al libro de Sante de Sanctis, *I sogni* (Torino, 1899); quien busque una concepción más profundizada de la que yo he expuesto, que recurra a mi escrito *La interpretación de los sueños* (1900).[1] Me limitaré a señalar la dirección en que habrán de proseguirse mis exposiciones sobre el trabajo del sueño.

Cuando presento como tarea de una interpretación del sueño la sustitución de este por los pensamientos oníricos latentes, vale decir, la resolución de lo que ha urdido el trabajo del sueño, planteo con ello, por un lado, una serie de problemas psicológicos nuevos atinentes al mecanismo de este trabajo onírico como tal, y a la naturaleza y condiciones de la llamada *represión*; por otro lado, sostengo la existencia de los pensamientos oníricos como un material muy rico de formaciones psíquicas del orden más alto y provistas de todos los rasgos de un rendimiento intelectual normal, material que, empero, se sustrae de la conciencia hasta que le da de sí una noticia desfigurada por el contenido del sueño. Me veo precisado a suponer la presencia de tales pensamientos en todos los hombres, pues casi todos ellos, aun los más normales, son capaces de soñar. A lo inconciente de los pensamientos oníricos, y a la relación de estos con la conciencia y la represión, se vinculan cuestiones ulteriores importantes para la psicología, cuyo tratamiento ha de aplazarse sin duda hasta que el análisis haya aclarado la génesis de otras formaciones psicopáticas, como los síntomas histéricos y las ideas obsesivas.

1 [Cf. también las once conferencias sobre los sueños que constituyen la parte II de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (Freud, 1916-17), *AE*, **15**, págs. 73 y sigs.]

Apéndice B

Escritos de Freud que versan predominantemente o en gran parte sobre el sueño

[No es exagerado decir que la mayoría de los escritos de Freud mencionan a los sueños. Sin embargo, la siguiente lista de obras (de importancia muy variable) puede ser de alguna utilidad práctica. La fecha que aparece a la izquierda es la del año de redacción; la que figura luego de cada uno de los títulos corresponde al año de publicación y remite al ordenamiento adoptado en la «Bibliografía A». Los trabajos que se dan entre corchetes fueron publicados póstumamente.]

[1895 «Proyecto de psicología», secciones 19, 20 y 21 de la parte I (1950*a*).]
1899 *La interpretación de los sueños* (1900*a*).
[1899 «Una premonición onírica cumplida» (1941*c*).]
1901 *Sobre el sueño* (1901*a*).
1901 «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905*e*).
1905 *El chiste y su relación con lo inconciente*, capítulo VI (1905*c*).
1907 *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen* (1907*a*).
1910 «Un ejemplo típico de sueño edípico disfrazado» (1910*l*).
1911 «Agregados a la interpretación de los sueños» (1911*a*).
1911 «El uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis» (1911*e*).
[1911 «Sueños en el folklore», en colaboración con E. Oppenheim (1958*a*).]
1913 «Un sueño como pieza probatoria» (1913*a*).
1913 «Materiales del cuento tradicional en los sueños» (1913*d*).

1913	«Experiencias y ejemplos extraídos de la práctica analítica» (1913*h*).
1914	«Figuración del "gran logro" en el sueño» (1914*e*).
1914	«De la historia de una neurosis infantil», sección IV (1918*b*).
1915-16	*Conferencias de introducción al psicoanálisis*, parte II (1916-17).
1917	«Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños» (1917*d*).
1920	«Complementos a la doctrina de los sueños» (1920*f*).
1922	«Sueño y telepatía» (1922*a*).
1923	«Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños» (1923*c*).
1923	«Josef Popper-Lynkeus y la teoría del sueño» (1923*f*).
1925	«Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto» (1925*i*).
1929	Carta a M. Leroy sobre un sueño de Descartes (1929*b*).
1932	«Mi contacto con Josef Popper-Lynkeus» (1932*c*).
1932	*Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, 29ª y 30ª conferencias (1933*a*).
[1938	*Esquema del psicoanálisis*, capítulo V (1940*a*).]

Bibliografías e índice de autores

[Los títulos de libros y de publicaciones periódicas se dan en bastardilla, y los de artículos, entre comillas. Las abreviaturas utilizadas para las publicaciones periódicas fueron tomadas de la *World List of Scientific Periodicals* (Londres, 1952; 4ª ed., 1963-65). Otras abreviaturas empleadas en este libro figuran *supra*, **4**, pág. xiv. Los números en negrita corresponden a los volúmenes en el caso de las revistas y otras publicaciones, y a los tomos en el caso de libros. Las cifras entre paréntesis al final de cada entrada indican la página o páginas de este libro en que se menciona la obra en cuestión. Las letras en bastardilla anexas a las fechas de publicación (tanto de obras de Freud como de otros autores) concuerdan con las correspondientes entradas de la «Bibliografía general» que será incluida en el volumen 24 de estas *Obras completas*.

La «Bibliografía A» cumple las veces de índice onomástico para los autores de trabajos especializados que se mencionan a lo largo del volumen. Para los autores no especializados, y para aquellos autores especializados de los que no se menciona ninguna obra en particular, consúltese el «Indice alfabético». (Sobre el contenido de las «Bibliografías A y B», véase también *supra*, **4**, págs. 6-7 y 14.)

Las entradas que llevan un asterisco no fueron verificadas para la presente edición {*SE*}.

{En las obras de Freud se han agregado entre llaves las referencias a la *Studienausgabe* (*SA*), así como a las versiones castellanas de Santiago Rueda (*SR*), Biblioteca Nueva (*BN*, 1972-75, 9 vols.) o *Revista de Psicoanálisis* (*RP*), y a las incluidas en los volúmenes correspondientes a esta versión de Amorrortu editores (*AE*). En las obras de otros autores se consignan, también entre llaves, las versiones castellanas que han podido verificarse con las fuentes de consulta bibliográfica disponibles.}]

A. Indice de autores y lista de trabajos que se mencionan en el texto

Abel, K. (1884) *Über den Gegensinn der Urworte*, Leipzig. (324)

Abraham, K. (1909) *Traum und Mythus: Eine Studie zur Völkerpsychologie*, Leipzig y Viena. {«Sueños y mitos. Un estudio de psicología colectiva», en *Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría*, Buenos Aires: Hormé, 3ª parte, pág. 145.} (357, 404)

Adler, A. (1910) «Der psychische Hermaphroditismus im Leben und in der Neurose», *Fortschr. Med.*, **28**, pág. 486. (399)

(1911*b*) «Beitrag zur Lehre vom Widerstand», *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 214. (570-1)

Almoli, S.: *véase* Salomón Almoli.

Allison, A. (1868) «Nocturnal Insanity», *Med. Times & Gaz.*, **947**, pág. 210. (111)

Amram, N. (1901) *Sepher pithrôn chalômôth*, Jerusalén. (32)

Aristóteles, *De somniis* y *De divinatione per somnum*. Trad. al alemán de H. Bender, «Über Träume und Traumdeutung» (*De somniis*) y «Von der Traumdeutung» (*De divinatione per somnum*), en *Langenscheidtsche Bibliothek griechischer u. römischer Klassiker*, **25**: *Aristoteles VI: Kleine naturwissenschaftliche Schriften (Parva Naturalia)*, Berlín y Stuttgart, 1855-97, IV parte, págs. 60-70 y 70-5. {*Tratado del sueño y de la vigilia* y *Tratado de la adivinación durante el sueño*, en *Obras completas*, Buenos Aires: Anaconda, **3**, págs. 111 y 149.} (30-1, 59, 119, 325, 543)

Artemidoro Daldiano, *Oneirocritica*. Trad. al alemán por F. S. Krauss, *Symbolik der Träume*, Viena, 1881. Trad. al alemán por H. Licht, «Erotische Träume und ihre Symbolik», *Anthropophyteia*, **9** (1912), pág. 316 {este capítulo de *Oneirocritica* no había sido incluido en la traducción de Krauss}. (31-2, 120-1, 333, 360, 595-596, 667)

Artigues, R. (1884) *Essai sur la valeur séméiologique du rêve* (tesis), París. (59)

Benini, V. (1898) «La memoria e la durata dei sogni», *Riv. ital. filos.*, **13***a*, pág. 149. (70, 94)

Bernard-Leroy, E. y Tobowolska, J. (1901) «Mécanisme intellectuel du rêve», *Rev. phil.*, **51**, pág. 570. (498)

Bernfeld, S. (1944) «Freud's Earliest Theories and the

School of Helmholtz», *Psychoanal. Quart.*, **13**, pág. 341. (8, 478)
Bernstein, I. y Segel, B. W. (1908) *Jüdische Sprichwörter und Redensarten*, Varsovia. (151)
Betlheim, S. y Hartmann, H. (1924) «Über Fehlreaktionen des Gedächtnisses bei der Korsakoffschen Psychose», *Arch. Psychiat. Nervenkrankh.*, **72**, pág. 278. (388)
Bianchieri, F. (1912) «I sogni dei bambini di cinque anni», *Riv. psicol. norm. patol. appl.*, **8**, pág. 325. (150)
(*Véase también* Doglia, S. y Bianchieri, F.)
Binz, C. (1878) *Über den Traum*, Bonn. (45, 79-80, 99-100, 109, 618)
Bleuler, E. (1910*a*) «Die Psychoanalyse Freuds. Verteidigung und kritische Bemerkungen», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **2**, pág. 623. (357)
Bonatelli, F. (1880) «Del sogno», *La filosofia delle scuole italiane*, 16 de febrero. (70)
Börner, J. (1855) *Das Alpdrücken, seine Begründung und Verhütung*, Würzburg. (60)
* Böttinger (1795) En C. P. J. Sprengel, *Beiträge zur Geschichte der Medizin*, **2**, pág. 163. (59)
Bouché-Leclercq, A. (1879-82) *Histoire de la divination dans l'antiquité*, París. (59)
Brandes, G. (1896) *William Shakespeare*, París, Leipzig y Munich. (274)
Breuer, J. y Freud, S. (1895): *véase* Freud, S. (1895*d*).
(1940 [1892]): *véase* Freud, S. (1940*d*).
Büchsenschütz, B. (1868) *Traum und Traumdeutung im Altertum*, Berlín. (30, 119, 151)
Burdach, K. F. (1838) *Die Physiologie als Erfahrungswissenschaft*, vol. 3 de la 2ª ed., 1832-40. (1ª ed., 1826-32.) (34, 49, 74, 76-7, 101, 105, 236, 661)
Busemann, A. (1909) «Traumleben der Schulkinder», *Z. pädag. Psychol.*, **10**, pág. 294. (150)
(1910) «Psychologie der kindlichen Traumerlebnisse», *Z. pädag. Psychol.*, **11**, pág. 320. (150)
Cabanis, P. J. G. (1802) *Rapports du physique et du moral de l'homme*, París; *Oeuvres complètes*, París, 1824, **3**, pág. 153. (111)
Calkins, M. Whiton (1893) «Statistics of Dreams», *Amer. J. Psychol.*, **5**, pág. 311. (46-7, 68, 234)
Careña, C. (1631) *Tractatus de Officio Sanctissimae Inquisitionis*, etc., Cremona. (Reimpresiones: Cremona, 1655; Lyon, 1649, 1659.) (93)
Cicerón, *De divinatione*. Trad. al alemán de G. H. Moser,

«Von der Weissagung», en Cicerón, *Werke*, Stuttgart, 1828, **7-8**. {*Tratado de la adivinación*, en *Obras completas*, Buenos Aires: Anaconda.} (36, 79)
Claparède, E. (1905) «Esquisse d'une théorie biologique du sommeil», *Arch. psychol.*, **4**, pág. 245. (76)
Coriat, I. H. (1913) «Zwei sexual-symbolische Beispiele von Zahnarzt-Träumen», *Zbl. Psychoanal.*, **3**, pág. 440. (390)
Chabaneix, P. (1897) *Physiologie cérébrale: le subconscient chez les artistes, les savants, et les écrivains*, París. (69, 88)
Dattner, B. (1913) «Gold und Kot», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 495. (405)
Davidson, W. (1799) *Versuch über den Schlaf*, 2ª ed., Berlín. (1ª ed., 1795.) (85)
Debacker, F. (1881) *Des hallucinations et terreurs nocturnes chez les enfants* (tesis), París. (154, 576-7)
Delacroix, H. (1904) «Sur la structure logique du rêve», *Rev. métaphys.*, **12**, pág. 921. (497)
Delage, Y. (1891) «Essai sur la théorie du rêve», *Rev. industr.*, **2**, pág. 40. (44, 103-4, 195, 581)
Delboeuf, J. R. L. (1885) *Le sommeil et les rêves*, París. (38-9, 46-7, 75, 81, 84, 98-9, 126, 195, 199)
Diepgen, P. (1912) *Traum und Traumdeutung als medizinisch-naturwissenschaftliches Problem im Mittelalter*, Berlín. (32, 536)
Doglia, S. y Bianchieri, F. (1910-11) «I sogni dei bambini di tre anni», *Contrib. psicol.*, **1**, pág. 9. (150)
Döllinger, J. (1857) *Heidenthum und Judenthum*, Ratisbona. (59)
Drexl, F. X. (1909) *Achmets Traumbuch: Einleitung und Probe eines kritischen Textes* (tesis), Munich. (32)
Dugas, L. (1897*a*) «Le sommeil et la cérébration inconsciente durant le sommeil», *Rev. phil.*, **43**, pág. 410. (78-9, 83)
(1897*b*) «Le souvenir du rêve», *Rev. phil.*, **44**, pág. 220. (567)
Du Prel, C. (1885) *Die Philosophie der Mystik*, Leipzig. (87, 151, 153, 288, 523, 600)
Eder, M. D. (1913) «Augenträume», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 157. (400)
Egger, V. (1895) «La durée apparente des rêves», *Rev. phil.*, **40**, pág. 41. (52-3, 71, 87, 492)
Ellis, H. (1899*a*) «The Stuff that Dreams are made of», *Popular Science Monthly*, **54**, pág. 721. (45, 83, 581)

(1911*a*) *The World of Dreams*, Londres. Trad. al alemán de H. Kurella, *Die Welt der Träume*, Würzburg, 1911. (88, 184-5, 198, 358, 378, 405, 497, 536)
Erdmann, J. E. (1852) *Psychologische Briefe* (carta VI), Leipzig. (93-4)
Fechner, G. T. (1889) *Elemente der Psychophysik* (2 vols.), 2ª ed., Leipzig. (1ª ed., Leipzig, 1860.) (72, 79, 529)
Federn, P. (1914) «Über zwei typische Traumsensationen», *Jb. Psychoanalyse*, **6**, pág. 89. (397)
Féré, C. (1886) «Note sur un cas de paralysie hystérique consécutive à un rêve», *Soc. biolog.*, **41**. (110)
(1887) «A Contribution to the Pathology of Dreams and of Hysterical Paralysis», *Brain*, **9**, pág. 488. (110)
Ferenczi, S. (1910*a*) «Die Psychoanalyse der Träume», *Psychiat.-neurol. Wschr.*, **12**, págs. 102, 114 y 125. Publicado primeramente en húngaro, 1909. {«El análisis psicológico de los sueños», en *Sexo y psicoanálisis*, Buenos Aires: Hormé, cap. III, pág. 73.} (121, 151, 255, 330-1)
(1911*a*) «Über lenkbare Träume», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 31. {«Sueños dirigibles», en *Problemas y métodos del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, cap. 27, pág. 287.} (564)
(1912*c*) «Symbolische Darstellung des Lust- und Realitätsprinzips im Ödipus-Mythos», *Imago*, **1**, pág. 276. {«La representación simbólica de los principios del placer y de la realidad en el mito de Edipo», en «Simbolismo», *Sexo y psicoanálisis*, Buenos Aires: Hormé, cap. X, pág. 179. En *RP*, **5**, nº 3, 1947-48, pág. 1019.} (272)
(1913*d*) «Zur Augensymbolik», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 161. {«Sobre el simbolismo del ojo», en «Simbolismo», *Sexo y psicoanálisis*, Buenos Aires: Hormé, cap. X, pág. 190.} (400)
(1916) «Affektvertauschung im Traume», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **4**, pág. 112. {«Intercambio de afecto en sueños», en *Teoría y técnica del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, cap. 55, pág. 283.} (469-70)
(1917) «Träume der Ahnungslosen», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **4**, pág. 208. {«Sueños sobre cosas "insospechables"», en *Teoría y técnica del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, cap. LVI, pág. 284.} (381)
Fichte, I. H. (1864) *Psychologie: die Lehre vom bewussten Geiste des Menschen* (2 vols.), Leipzig. (34, 86, 94)
Fischer, K. P. (1850) *Grundzüge des Systems der Anthro-*

pologie, parte I, **2**, en *Grundzüge des Systems der Philosophie*, Erlangen. (89)

Fliess, W. (1906) *Der Ablauf des Lebens*, Viena. (116, 183-5)

Förster, M. (1910) «Das lateinisch-altenglische pseudo-Danielsche Traumbuch in Tiberius A. III», *Archiv Stud. neueren Sprachen und Literaturen*, **125**, pág. 39. (32)

(1911) «Ein mittelenglisches Vers-Traumbuch des 13. Jahrhunderts», *Archiv Stud. neueren Sprachen und Literaturen*, **127**, pág. 31. (32)

Foster, M. y Sherrington, C. S. (1897) «The Central Nervous System», *A Textbook of Physiology*, parte III, 7ª ed., Londres. (10)

Foucault, M. (1906) *Le rêve: études et observations*, París. (498, 507)

Freud, S. (1877*a*) «Über den Ursprung der hinteren Nervenwurzeln im Rückenmarke von Ammocoetes (Petromyzon Planeri)» {«Sobre el origen de las raíces nerviosas posteriores en la médula espinal del amocetes (Petromyzon planeri)»}, *S. B. Akad. Wiss. Wien* (Math.-Naturwiss. Kl.), III Abt., **75**, pág. 15. {Véase 1897*b*.} (414)

(1884*e*) «Über Coca» {«Sobre la coca»}, *Zbl. ges. Ther.*, **2**, pág. 289. {*Véase* 1897*b*. «Sobre la coca», Buenos Aires: sin mención de editorial.} (132, 187)

(1893*c* [1888-93]) «Quelques considérations pour une étude comparative des paralysies motrices organiques et hystériques» {«Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas»} (en francés), *GS*, **1**, pág. 273; *GW*, **1**, pág. 39; *SE*, **1**, pág. 157. {*SR*, **11**, pág. 123; *BN*, **1**, pág. 13; *AE*, **1**, pág. 191.} (555)

(1894*a*) «Die Abwehr-Neuropsychosen» {«Las neuropsicosis de defensa»}, *GS*, **1**, pág. 290; *GW*, **1**, pág. 59; *SE*, **3**, pág. 43. {*SR*, **11**, pág. 85; *BN*, **1**, pág. 169; *AE*, **3**, pág. 43.} (9, 243)

(1895*b* [1894]) «Über die Berechtigung, von der Neurasthenie einen bestimmten Symptomenkomplex als "Angstneurose" abzutrennen» {«Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de "neurosis de angustia"»}, *GS*, **1**, pág. 306; *GW*, **1**, pág. 315; *SE*, **3**, pág. 87. {*SA*, **6**, pág. 25; *SR*, **11**, pág. 99; *BN*, **1**, pág. 183; *AE*, **3**, pág. 85.} (173, 178)

(1895*d*) En colaboración con Breuer, J., *Studien über Hysterie* {*Estudios sobre la histeria*}, Viena; reimpre-

Freud, S. *(cont.)*
sión, Francfort, 1970. *GS*, **1**, pág. 3; *GW*, **1**, pág. 77 (estas ediciones no incluyen las contribuciones de Breuer); *SE*, **2** (incluye las contribuciones de Breuer). {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 37 (sólo la parte IV: «Zur Psychotherapie der Hysterie»); *SR*, **10**, pág. 7; *BN*, **1**, pág. 39 (estas ediciones no incluyen las contribuciones de Breuer); *AE*, **2** (incluye las contribuciones de Breuer).} (7-8, 10, 103, 122, 128, 161, 195, 479, 516, 531, 536, 539, 555, 561, 591)

(1896*b*) «Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen» {«Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa»}, *GS*, **1**, pág. 363; *GW*, **1**, pág. 379; *SE*, **3**, pág. 159. {*SR*, **11**, pág. 175; *BN*, **1**, pág. 286; *AE*, **3**, pág. 157.} (161, 243, 539)

(1897*b*) *Inhaltsangaben der wissenschaftlichen Arbeiten des Privatdozenten Dr. Sigm. Freud (1877-1897)* {*Sumario de los trabajos científicos del docente adscrito Dr. Sigmund Freud*}, Viena. *GW*, **1**, pág. 463; *SE*, **3**, pág. 225. {*SR*, **22**, pág. 457; *AE*, **3**, pág. 219.}

(1898*b*) «Zum psychischen Mechanismus der Vergesslichkeit» {«Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria»}, *GW*, **1**, pág. 519; *SE*, **3**, pág. 289. {*SR*, **22**, pág. 477; *AE*, **3**, pág. 277.} (186, 513, 597)

(1899*a*) «Über Deckerinnerungen» {«Sobre los recuerdos encubridores»}, *GS*, **1**, pág. 465; *GW*, **1**, pág. 531; *SE*, **3**, pág. 301. {*SR*, **12**, pág. 205; *BN*, **1**, pág. 330; *AE*, **3**, pág. 291.} (44, 189, 256, 296, 354, 425, 597)

(1900*a* [1899]) *Die Traumdeutung* {*La interpretación de los sueños*}, Viena. *GS*, **2-3**; *GW*, **2-3**; *SE*, **4-5**. {*SA*, **2**; *SR*, **6-7**, y **19**, pág. 217; *BN*, **2**, pág. 343; *AE*, **4-5**.} (198, 272, 393, 395, 399, 412, 609, 615, 628-30, 636, 638, 640, 643, 646-7, 651-2, 657, 663, 667-9)

(1901*a*) *Über den Traum* {*Sobre el sueño*}, Wiesbaden. *GS*, **3**, pág. 189; *GW*, **2-3**, pág. 643; *SE*, **5**, pág. 629. {*SR*, **2**, pág. 159; *BN*, **2**, pág. 721; *AE*, **5**, pág. 613.} (152, 171, 199, 320, 329, 417, 440, 669)

(1901*b*) *Zur Psychopathologie des Alltagslebens* {*Psicopatología de la vida cotidiana*}, Berlín, 1904. *GS*, **4**, pág. 3; *GW*, **4**; *SE*, **6**. {*SR*, **1**; *BN*, **3**, pág. 755; *AE*, **6**.} (138, 186, 211, 225, 258, 266, 302, 401, 415, 437, 454, 497, 509, 513, 525, 528, 597, 609, 616, 622, 653)

(1904*a* [1903]) «Die Freudsche psychoanalytische Me-

Freud, S. *(cont.)*
thode» {«El método psicoanalítico de Freud»}, *GS*, **6**, pág. 3; *GW*, **5**, pág. 3; *SE*, **7**, pág. 249. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 99; *SR*, **14**, pág. 57; *BN*, **3**, pág. 1003; *AE*, **7**, pág. 233.} (122)
(1905*c*) *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten* {*El chiste y su relación con lo inconciente*}, Viena. *GS*, **9**, pág. 5; *GW*, **6**; *SE*, **8**. {*SA*, **4**, pág. 9; *SR*, **3**, pág. 7; *BN*, **3**, pág. 1029; *AE*, **8**.} (140, 209, 276, 304, 309, 346, 362, 443, 477, 512, 594, 669)
(1905*d*) *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie* {*Tres ensayos de teoría sexual*}, Viena. *GS*, **5**, pág. 3; *GW*, **5**, pág. 29; *SE*, **7**, pág. 125. {*SA*, **5**, pág. 37; *SR*, **2**, pág. 7, y **20**, pág. 187; *BN*, **4**, pág. 1169; *AE*, **7**, pág. 109.} (5, 21, 150, 255, 280, 360, 399, 489, 595, 664)
(1905*e* [1901]) «Bruchstück einer Hysterie-Analyse» {«Fragmento de análisis de un caso de histeria»}, *GS*, **8**, pág. 3; *GW*, **5**, pág. 163; *SE*, **7**, pág. 3. {*SA*, **6**, pág. 83; *SR*, **15**, pág. 7; *BN*, **3**, pág. 933; *AE*, **7**, pág. 1.} (7, 205, 316, 320, 346-7, 360, 390, 397, 490, 510, 513, 525, 553-4, 571, 669)
(1906*a* [1905]) «Meine Ansichten über die Rolle der Sexualität in der Ätiologie der Neurosen» {«Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis»}, *GS*, **5**, pág. 123; *GW*, **5**, pág. 149; *SE*, **7**, pág. 271. {*SA*, **5**, pág. 147; *SR*, **13**, pág. 9; *BN*, **4**, pág. 1238; *AE*, **7**, pág. 259.} (296)
(1907*a* [1906]) *Der Wahn und die Träume in W. Jensens «Gradiva»* {*El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen*}, Viena. *GS*, **9**, pág. 273; *GW*, **7**, pág. 31; *SE*, **9**, pág. 3. {*SA*, **10**, pág. 9; *SR*, **3**, pág. 209; *BN*, **4**, pág. 1285; *AE*, **9**, pág. 1.} (119, 377, 669)
(1908*a*) «Hysterische Phantasien und ihre Beziehung zur Bisexualität» {«Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad»}, *GS*, **5**, pág. 246; *GW*, **7**, pág. 191; *SE*, **9**, pág. 157. {*SA*, **6**, pág. 187; *SR*, **13**, pág. 108; *BN*, **4**, pág. 1349; *AE*, **9**, pág. 137.} (488, 561)
(1908*b*) «Charakter und Analerotik» {«Carácter y erotismo anal»}, *GS*, **5**, pág. 261; *GW*, 7, pág. 203; *SE*, **9**, pág. 169. {*SA*, **7**, pág. 23; *SR*, **13**, pág. 120; *BN*, **4**, pág. 1354; *AE*, **9**, pág. 149.} (214, 229, 405)
(1908*c*) «Über infantile Sexualtheorien» {«Sobre las teorías sexuales infantiles»}, *GS*, **5**, pág. 168; *GW*, **7**, pág. 171; *SE*, **9**, pág. 207. {*SA*, **5**, pág. 169; *SR*, **13**, pág. 47; *BN*, **4**, pág. 1262; *AE*, **9**, pág. 183.} (260, 369)

Freud, S. *(cont.)*
(1908*e* [1907]) «Der Dichter und das Phantasieren» {«El creador literario y el fantaseo»}, *GS*, **10**, pág. 229; *GW*, **7**, pág. 213; *SE*, **9**, pág. 143. {*SA*, **10**, pág. 169; *SR*, **18**, pág. 47; *BN*, **4**, pág. 1343; *AE*, **9**, pág. 123.} (488)
(1909*a* [1908]) «Allgemeines über den hysterischen Anfall» {«Apreciaciones generales sobre el ataque histérico»}, *GS*, **5**, pág. 255; *GW*, **7**, pág. 235; *SE*, **9**, pág. 229. {*SA*, **6**, pág. 197; *SR*, **13**, pág. 115; *BN*, **4**, pág. 1358; *AE*, **9**, pág. 203.} (333)
(1909*b*) «Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben» {«Análisis de la fobia de un niño de cinco años»}, *GS*, **8**, pág. 129; *GW*, **7**, pág. 243; *SE*, **10**, pág. 3. {*SA*, **8**, pág. 9; *SR*, **15**, pág. 113; *BN*, **4**, pág. 1365; *AE*, **10**, pág. 1.} (150, 260-2)
(1909*d*) «Bemerkungen über einen Fall von Zwangsneurose» {«A propósito de un caso de neurosis obsesiva»}, *GS*, **8**, pág. 269; *GW*, **7**, pág. 381; *SE*, **10**, pág. 155. {*SA*, **7**, pág. 31; *SR*, **16**, pág. 7; *BN*, **4**, pág. 1441; *AE*, **10**, pág. 119.} (310, 347, 443)
(1910*a* [1909]) *Über Psychoanalyse* {*Cinco conferencias sobre psicoanálisis*}, Viena. *GS*, **4**, pág. 349; *GW*, **8**, pág. 3; *SE*, **11**, pág. 3. {*SR*, **2**, pág. 107; *BN*, **5**, pág. 1533; *AE*, **11**, pág. 1.} (27, 597)
(1910*d*) «Die zukünftigen Chancen der psychoanalytischen Therapie» {«Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica»}, *GS*, **6**, pág. 25; *GW*, **8**, pág. 104; *SE*, **11**, pág. 141. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 121; *SR*, **14**, pág. 73; *BN*, **5**, pág. 1564; *AE*, **11**, pág. 129.} (360-1, 371, 375, 406)
(1910*e*) «Über den Gegensinn der Urworte» {«Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas»}, *GS*, **10**, pág. 221; *GW*, **8**, pág. 214; *SE*, **11**, pág. 155. {*SA*, **4**, pág. 227; *SR*, **18**, pág. 59; *BN*, **5**, pág. 1620; *AE*, **11**, pág. 143.} (324, 643)
(1910*f*) «Brief an Dr. Friedrich S. Krauss über *Anthropophyteia*» {«Carta al Dr. Friedrich S. Krauss sobre *Anthropophyteia*»}, *GS*, **11**, pág. 242; *GW*, **8**, pág. 224; *SE*, **11**, pág. 233. {*SR*, **20**, pág. 139; *BN*, **5**, pág. 1931; *AE*, **11**, pág. 233.} (596)
(1910*h*) «Über einen besonderen Typus der Objektwahl beim Manne (Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens, I)» {«Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor,

Freud, S. *(cont.)*
I)»}, *GS*, **5**, pág. 186; *GW*, **8**, pág. 66; *SE*, **11**, pág. 165. {*SA*, **5**, pág. 185; *SR*, **13**, pág. 61; *BN*, **5**, pág. 1625; *AE*, **11**, pág. 155.} (272, 406)

(1910*l*) «Typisches Beispiel eines verkappten Ödipustraumes» {«Un ejemplo típico de sueño edípico disfrazado»}, *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 45; reimpreso en *Die Traumdeutung* {*La interpretación de los sueños*}, *GS*, **3**, pág. 118*n.*; *GW*, **2-3**, pág. 404*n.*; *SE*, **5**, pág. 398*n.* {*SA*, **2**, pág. 389*n.*; *SR*, **19**, pág. 238; *BN*, **2**, pág. 589*n.*; *AE*, **5**, págs. 400-1*n.*} (163, 400-1, 669)

(1911*a*) «Nachträge zur Traumdeutung» {«Agregados a la interpretación de los sueños»}, *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 187; reimpreso parcialmente en *GS*, **3**, págs. 77 y sigs., 126-7; *GW*, **2-3**, págs. 365 y sigs., 412-3; *SE*, **5**, págs. 360 y sigs., 408-9. {*SA*, **2**, págs. 354 y sigs., 397-8; *SR*, **7**, págs. 55-9, 95-6; *BN*, **2**, págs. 564 y sigs., 594-5; *AE*, **5**, págs. 366 y sigs., 409-10.} (366, 371, 409-10, 669)

(1911*b*) «Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens» {«Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico»}, *GS*, **5**, pág. 409; *GW*, **8**, pág. 230; *SE*, **12**, pág. 215. {*SA*, **3**, pág. 13; *SR*, **14**, pág. 199; *BN*, **5**, pág. 1638; *AE*, **12**, pág. 217.} (430, 559)

(1911*e*) «Die Handhabung der Traumdeutung in der Psychoanalyse» {«El uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis»}, *GS*, **6**, pág. 45; *GW*, **8**, pág. 350; *SE*, **12**, pág. 91. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 149; *SR*, **14**, pág. 89; *BN*, **5**, pág. 1644; *AE*, **12**, pág. 83.} (125, 509, 669)

(1912*g*) «A Note on the Unconscious in Psycho-Analysis» {«Nota sobre el concepto de lo inconciente en psicoanálisis»} (en inglés). Trad. al alemán por H. Sachs, «Einige Bemerkungen über den Begriff des Unbewussten in der Psychoanalyse», 1913. *GS*, **5**, pág. 433; *GW*, **8**, pág. 430; *SE*, **12**, pág. 255. {*SA*, **3**, pág. 25; *SR*, **9**, pág. 93; *BN*, **5**, pág. 1697; *AE*, **12**, pág. 265.} (602)

(1912-13) *Totem und Tabu* {*Tótem y tabú*}, Viena, 1913. *GS*, **10**, pág. 3; *GW*, **9**; *SE*, **13**, pág. 1. {*SA*, **9**, pág. 287; *SR*, **8**, pág. 7; *BN*, **5**, pág. 1745; *AE*, **13**, pág. 1.} ((265-6, 272, 411, 497)

(1913*a*) «Ein Traum als Beweismittel» {«Un sueño como

Freud, S. *(cont.)*
pieza probatoria»}, *GS*, **3**, pág. 267; *GW*, **10**, pág. 12; *SE*, **12**, pág. 269. {*SR*, **19**, pág. 113; *BN*, **5**, pág. 1723; *AE*, **12**, pág. 279.} (357, 487, 554, 669)

(1913*d*) «Märchenstoffe in Träumen» {«Materiales del cuento tradicional en los sueños»}, *GS*, **3**, pág. 259; *GW*, **10**, pág. 2; *SE*, **12**, pág. 281. {*SR*, **19**, pág. 125; *BN*, **5**, pág. 1729; *AE*, **12**, pág. 293.} (669)

(1913*f*) «Das Motiv der Kästchenwahl» {«El motivo de la elección del cofre»}, *GS*, **10**, pág. 243; *GW*, **10**, pág. 24; *SE*, **12**, pág. 291. {*SA*, **10**, pág. 181; *SR*, **18**, pág. 69; *BN*, **5**, pág. 1868; *AE*, **12**, pág. 303.} (265)

(1913*h*) «Erfahrungen und Beispiele aus der analytischen Praxis» {«Experiencias y ejemplos extraídos de la práctica analítica»}, *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 377; reimpreso parcialmente en *GS*, **11**, pág. 301; *GW*, **10**, pág. 40. Incluido parcialmente en *Die Traumdeutung*, *GS*, **3**, págs. 41, 71-2, 127, 135; *GW*, **2-3**, págs. 238, 359 y sigs., 413-4, 433; *SE*, **13**, pág. 193 (completo). También incluido parcialmente en *SE*, **4**, pág. 232, y **5**, págs. 354-6, 409-10, 431. {*SA*, **2**, págs. 239, 349-50, 398-9, 417-8; *SR*, **19**, págs. 261-3 (4 ítems); *BN*, **5**, págs. 1675-8 (12 ítems); *AE*, **13**, pág. 193.} (244, 410, 431, 670)

(1913*k*) Prólogo a J. G. Bourke, *Der Unrat in Sitte, Brauch, Glauben und Gewohnheitsrecht der Völker* {Elementos escatológicos en las costumbres, los usos, las creencias y el derecho consuetudinario de los pueblos}, Leipzig. Trad. al alemán de *Scatalogic Rites of All Nations* {Ritos escatológicos de todos los pueblos}, *GS*, **11**, pág. 249; *GW*, **10**, pág. 453; *SE*, **12**, pág. 335. {*SR*, **20**, pág. 148; *BN*, **5**, pág. 1939; *AE*, **12**, pág. 365.} (596)

(1914*a*) «Über *fausse reconnaissance* (*"déjà raconté"*) während der psychoanalytischen Arbeit» {«Acerca del *fausse reconnaissance* (*"déjà raconté"*) en el curso del trabajo psicoanalítico»}, *GS*, **6**, pág. 76; *GW*, **10**, pág. 116; *SE*, **13**, pág. 201. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 231; *SR*, **14**, pág. 113; *BN*, **5**, pág. 1679; *AE*, **13**, pág. 203.} (401)

(1914*c*) «Zur Einführung des Narzissmus» {«Introducción del narcisismo»}, *GS*, **6**, pág. 155; *GW*, **10**, pág. 138; *SE*, **14**, pág. 69. {*SA*, **3**, pág. 37; *SR*, **14**, pág. 171; *BN*, **6**, pág. 2017; *AE*, **14**, pág. 65.} (501)

(1914*d*) «Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewe-

Freud, S. *(cont.)*
gung» {«Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico»}, *GS*, **4**, pág. 411; *GW*, **10**, pág. 44; *SE*, **14**, pág. 3. {*SR*, **12**, pág. 100; *BN*, **5**, pág. 1895; *AE*, **14**, pág. 1.} (5, 7, 354)

(1914*e*) «Darstellung der "grossen Leistung" im Traume» {«Figuración del "gran logro" en el sueño»}, *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **2**, pág. 384; reimpreso parcialmente en *Die Traumdeutung*, *GS*, **3**, pág. 130; *GW*, **2-3**, pág. 416; *SE*, **5**, pág. 412. {*SA*, **2**, pág. 401; *SR*, **19**, pág. 135; *BN*, **5**, pág. 1734; *AE*, **5**, pág. 413.} (3, 414, 670)

(1915*a* [1914]) «Bemerkungen über die Übertragungsliebe (Weitere Ratschläge zur Technik der Psychoanalyse, III)» {«Puntualizaciones sobre el amor de trasferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III)»}, *GS*, **6**, pág. 120; *GW*, **10**, pág. 306; *SE*, **12**, pág. 159. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 217; *SR*, **14**, pág. 147; *BN*, **5**, pág. 1689; *AE*, **12**, pág. 159.} (554-5)

(1915*b*) «Zeitgemässes über Krieg und Tod» {«De guerra y muerte. Temas de actualidad»}, *GS*, **10**, pág. 315; *GW*, **10**, pág. 324; *SE*, **14**, pág. 275. {*SA*, **9**, pág. 33; *SR*, **18**, pág. 219; *BN*, **6**, pág. 2101; *AE*, **14**, pág. 273.} (265, 320, 481)

(1915*c*) «Triebe und Triebschicksale» {«Pulsiones y destinos de pulsión»}, *GS*, **5**, pág. 443; *GW*, **10**, pág. 210; *SE*, **14**, pág. 111. {*SA*, **3**, pág. 75; *SR*, **9**, pág. 100; *BN*, **6**, pág. 2039; *AE*, **14**, pág. 105.} (280)

(1915*d*) «Die Verdrängung» {«La represión»}, *GS*, **5**, pág. 466; *GW*, **10**, pág. 248; *SE*, **14**, pág. 143. {*SA*, **3**, pág. 103; *SR*, **9**, pág. 121; *BN*, **6**, pág. 2053; *AE*, **14**, pág. 135.} (541, 593)

(1915*e*) «Das Unbewusste» {«Lo inconciente»}, *GS*, **5**, pág. 480; *GW*, **10**, pág. 264; *SE*, **14**, pág. 161. {*SA*, **3**, pág. 119; *SR*, **9**, pág. 133; *BN*, **6**, pág. 2061; *AE*, **14**, pág. 153.} (302, 510, 591, 598, 605)

(1916*c*) «Eine Beziehung zwischen einem Symbol und einem Symptom» {«Una relación entre un símbolo y un síntoma»}, *GS*, **5**, pág. 310; *GW*, **10**, pág. 394; *SE*, **14**, pág. 339. {*SR*, **13**, pág. 158; *BN*, **7**, pág. 2431; *AE*, **14**, pág. 346.} (367)

(1916*d*) «Einige Charaktertypen aus der psychoanalytischen Arbeit» {«Algunos tipos de carácter dilucidados

Freud, S. *(cont.)*
por el trabajo psicoanalítico»}, *GS*, **10**, pág. 287; *GW*, **10**, pág. 364; *SE*, **14**, pág. 311. {*SA*, **10**, pág. 229; *SR*, **18**, pág. 111; *BN*, **7**, pág. 2413; *AE*, **14**, pág. 313.} (274)

(1916-17 [1915-17]) *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse* {*Conferencias de introducción al psicoanálisis*}, Viena. *GS*, **7**; *GW*, **11**; *SE*, **15-16**. {*SA*, **1**, pág. 33; *SR*, **4-5**; *BN*, **6**, pág. 2123; *AE*, **15-16**.} (24, 43, 152, 162, 172, 244, 285, 305, 365, 369, 371, 407, 409-11, 415, 417, 430, 497, 512, 572, 589, 629, 652, 667-8, 670)

(1917*b*) «Eine Kindheitserinnerung aus *Dichtung und Wahrheit*» {«Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*»}, *GS*, **10**, pág. 357; *GW*, **12**, pág. 15; *SE*, **17**, pág. 147. {*SA*, **10**, pág. 255; *SR*, **18**, pág. 139; *BN*, **7**, pág. 2437; *AE*, **17**, pág. 137.} (401)

(1917*d* [1915]) «Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre» {«Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños»}, *GS*, **5**, pág. 520; *GW*, **10**, pág. 412; *SE*, **14**, pág. 219. {*SA*, **3**, pág. 175; *SR*, **9**, pág. 165; *BN*, **6**, pág. 2083; *AE*, **14**, pág. 215.} (59, 518, 535, 542, 547, 670)

(1918*b* [1914]) «Aus der Geschichte einer infantilen Neurose» {«De la historia de una neurosis infantil»}, *GS*, **8**, pág. 439; *GW*, **12**, pág. 29; *SE*, **17**, pág. 3. {*SA*, **8**, pág. 125; *SR*, **16**, pág. 143; *BN*, **6**, pág. 1941; *AE*, **17**, pág. 1.} (199, 316, 377, 517, 670)

(1919*h*) «Das Unheimliche» {«Lo ominoso»}, *GS*, **10**, pág. 369; *GW*, **12**, pág. 229; *SE*, **17**, pág. 219. {*SA*, **4**, pág. 241; *SR*, **18**, pág. 151; *BN*, **7**, pág. 2483; *AE*, **17**, pág. 215.} (363, 415)

(1920*a*) «Über die Psychogenese eines Falles von weiblicher Homosexualität» {«Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina»}, *GS*, **5**, pág. 312; *GW*, **12**, pág. 271; *SE*, **18**, pág. 147. {*SA*, **7**, pág. 255; *SR*, **13**, pág. 160; *BN*, **7**, pág. 2545; *AE*, **18**, pág. 137.} (474)

(1920*f*) «Ergänzungen zur Traumlehre» {«Complementos a la doctrina de los sueños»}, *Int. Z. Psychoanal.*, **6**, pág. 397; *SE*, **18**, pág. 4. {*SR*, **19**, pág. 137; *BN*, **7**, pág. 2630; *AE*, **18**, pág. 4.} (670)

(1920*g*) *Jenseits des Lustprinzips* {*Más allá del principio de placer*}, Viena. *GS*, **6**, pág. 191; *GW*, **13**, pág. 3; *SE*, **18**, pág. 7. {*SA*, **3**, pág. 213; *SR*, **2**, pág. 217; *BN*,

Freud, S. *(cont.)*
7, pág. 2507; *AE*, **18**, pág. 1.} (255, 276, 459, 533, 551, 557, 591)
(1921*b*) Introducción (en inglés) a J. Varendonck, *The Psychology of Day-Dreams* {La psicología de los sueños diurnos}, Londres. *SE*, **18**, pág. 271. Traducido parcialmente en la versión alemana del libro de Varendonck, *Über das vorbewusste phantasierende Denken*, Viena, 1922. *GS*, **11**, pág. 264; *GW*, **13**, pág. 439. {*SR*, **20**, pág. 167; *BN*, **7**, pág. 2816; *AE*, **18**, pág. 268.} (488)
(1921*c*) *Massenpsychologie und Ich-Analyse* {*Psicología de las masas y análisis del yo*}, Viena. *GS*, **6**, pág. 261; *GW*, **13**, pág. 71; *SE*, **18**, pág. 69. {*SA*, **9**, pág. 61; *SR*, **9**, pág. 7; *BN*, **7**, pág. 2563; *AE*, **18**, pág. 63.} (168, 473)
(1922*a*) «Traum und Telepathie» {«Sueño y telepatía»}, *GS*, **3**, pág. 278; *GW*, **13**, pág. 165; *SE*, **18**, pág. 197. {*SR*, **19**, pág. 139; *BN*, **7**, pág. 2631; *AE*, **18**, pág. 185.} (32, 178, 336, 406, 518, 552, 571, 670)
(1922*b* [1921]) «Über einige neurotische Mechanismen bei Eifersucht, Paranoia und Homosexualität» {«Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad»}, *GS*, **5**, pág. 387; *GW*, **13**, pág. 195; *SE*, **18**, pág. 223. {*SA*, **7**, pág. 217; *SR*, **13**, pág. 219; *BN*, **7**, pág. 2611; *AE*, **18**, pág. 213.} (111)
(1922*c*) «Nachschrift zur Analyse des kleinen Hans» {«Apéndice al análisis del pequeño Hans»}, *GS*, **8**, pág. 264; *GW*, **13**, pág. 431; *SE*, **10**, pág. 148. {*SA*, **8**, pág. 123; *SR*, **15**, pág. 225; *BN*, **4**, pág. 1440; *AE*, **10**, pág. 118.} (515)
(1923*a* [1922]) «"Psychoanalyse" und "Libidotheorie"» {«Dos artículos de enciclopedia: "Psicoanálisis" y "Teoría de la libido"»}, *GS*, **11**, pág. 201; *GW*, **13**, pág. 211; *SE*, **18**, pág. 235. {*SR*, **17**, pág. 183; *BN*, **7**, pág. 2661; *AE*, **18**, pág. 227.} (486)
(1923*b*) *Das Ich und das Es* {*El yo y el ello*}, Viena. *GS*, **6**, pág. 351; *GW*, **13**, pág. 237; *SE*, **19**, pág. 3. {*SA*, **3**, pág. 273; *SR*, **9**, pág. 191; *BN*, **7**, pág. 2701; *AE*, **19**, pág. 1.} (178, 473, 535, 556, 603)
(1923*c* [1922]) «Bemerkungen zur Theorie und Praxis der Traumdeutung» {«Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños»}, *GS*, **3**, pág. 305; *GW*, **13**, pág. 301; *SE*, **19**, pág. 109. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág.

Freud, S. *(cont.)*
257; *SR*, **19**, pág. 165; *BN*, **7**, pág. 2619; *AE*, **19**, pág. 107.} (125, 182, 328, 473, 670)

(1923*d* [1922]) «Eine Teufelsneurose im siebzehnten Jahrhundert» {«Una neurosis demoníaca en el siglo XVII»}, *GS*, **10**, pág. 409; *GW*, **13**, pág. 317; *SE*, **19**, pág. 69. {*SA*, **7**, pág. 283; *SR*, **18**, pág. 187; *BN*, **7**, pág. 2677; *AE*, **19**, pág. 67.} (364)

(1923*f*) «Josef Popper-Lynkeus und die Theorie des Traumes» {«Josef Popper-Lynkeus y la teoría del sueño»}, *GS*, **11**, pág. 295; *GW*, **13**, pág. 357; *SE*, **19**, pág. 261. {*SR*, **19**, pág. 179; *BN*, **7**, pág. 2628; *AE*, **19**, pág. 277.} (116, 314, 670)

(1924*c*) «Das ökonomische Problem des Masochismus» {«El problema económico del masoquismo»}, *GS*, **5**, pág. 374; *GW*, **13**, pág. 371; *SE*, **19**, pág. 157. {*SA*, **3**, pág. 339; *SR*, **13**, pág. 208; *BN*, **7**, pág. 2752; *AE*, **19**, pág. 161.} (176)

(1925*a* [1924]) «Notiz über den "Wunderblock"» {«Nota sobre la "pizarra mágica"»}, *GS*, **6**, pág. 415; *GW*, **14**, pág. 3; *SE*, **19**, pág. 227. {*SA*, **3**, pág. 363; *SR*, **14**, pág. 221; *BN*, **7**, pág. 2808; *AE*, **19**, pág. 239.} (533)

(1925*d* [1924]) *Selbstdarstellung* {*Presentación autobiográfica*}, Viena, 1934. *GS*, **11**, pág. 119; *GW*, **14**, pág. 33; *SE*, **20**, pág. 3. {*SR*, **9**, pág. 239; *BN*, **7**, pág. 2761; *AE*, **20**, pág. 1.} (185, 436, 440)

(1925*i*) «Einige Nachträge zum Ganzen der Traumdeutung» {«Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto»}, *GS*, **3**, pág. 172; *GW*, **1**, pág. 561; *SE*, **19**, pág. 125. {*SR*, **19**, pág. 185; *BN*, **8**, pág. 2887; *AE*, **19**, pág. 123.} (32, 97, 287, 518, 608, 670)

(1925*j*) «Einige psychische Folgen des anatomischen Geschlechtsunterschieds» {«Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos»}, *GS*, **11**, pág. 8; *GW*, **14**, pág. 19; *SE*, **19**, pág. 243. {*SA*, **5**, pág. 253; *SR*, **21**, pág. 203; *BN*, **8**, pág. 2896; *AE*, **19**, pág. 259.} (7, 265)

(1926*d* [1925]) *Hemmung, Symptom und Angst* {*Inhibición, síntoma y angustia*}, Viena. *GS*, **11**, pág. 23; *GW*, **14**, pág. 113; *SE*, **20**, pág. 77. {*SA*, **6**, pág. 227; *SR*, **11**, pág. 9; *BN*, **8**, pág. 2833; *AE*, **20**, pág. 71.} (178, 403, 592)

Freud, S. *(cont.)*
(1927*c*) *Die Zukunft einer Illusion* {*El porvenir de una ilusión*}, Viena. *GS*, **11**, pág. 411; *GW*, **14**, pág. 325; *SE*, **21**, pág. 3. {*SA*, **9**, pág. 135; *SR*, **14**, pág. 7; *BN*, **8**, pág. 2961; *AE*, **21**, pág. 1.} (453)
(1929*b*) Carta (en francés) a M. Leroy sobre un sueño de Descartes, *GS*, **12**, pág. 403; *GW*, **14**, pág. 558; *SE*, **21**, pág. 199. {*SR*, **19**, pág. 203; *BN*, **8**, pág. 3094; *AE*, **21**, pág. 195.} (670)
(1930*a* [1929]) *Das Unbehagen in der Kultur* {*El malestar en la cultura*}, Viena. *GS*, **12**, pág. 29; *GW*, **14**, pág. 421; *SE*, **21**, pág. 59. {*SA*, **9**, pág. 191; *SR*, **19**, pág. 11; *BN*, **8**, pág. 3017; *AE*, **21**, pág. 57.} (100, 622)
(1930*e*) «Ansprache im Frankfurter Goethe-Haus» {«Alocución en la casa de Goethe, en Francfort»}, *GS*, **12**, pág. 408; *GW*, **14**, pág. 547; *SE*, **21**, pág. 208. {*SA*, **10**, pág. 292; *SR*, **20**, pág. 234; *BN*, **8**, pág. 3068; *AE*, **21**, pág. 208.} (160, 274)
(1931*b*) «Über die weibliche Sexualität» {«Sobre la sexualidad femenina»}, *GS*, **12**, pág. 120; *GW*, **14**, pág. 517; *SE*, **21**, pág. 223. {*SA*, **5**, pág. 273; *SR*, **21**, pág. 279; *BN*, **8**, pág. 3077; *AE*, **21**, pág. 223.} (266)
(1932*c*) «Meine Berührung mit Josef Popper-Lynkeus» {«Mi contacto con Josef Popper-Lynkeus»}, *GS*, **12**, pág. 415; *GW*, **16**, pág. 261; *SE*, **22**, pág. 219. {*SR*, **19**, pág. 209; *BN*, **8**, pág. 3096; *AE*, **22**, pág. 199.} (5, 116, 314, 670)
(1933*a* [1932]) *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse* {*Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*}, Viena. *GS*, **12**, pág. 151; *GW*, **15**; *SE*, **22**, pág. 3. {*SA*, **1**, pág. 447; *SR*, **17**, pág. 7; *BN*, **8**, pág. 3101; *AE*, **22**, pág. 1.} (32, 114, 338, 361, 487, 524, 535, 551, 593, 670)
(1933*e* [1932]) Tres cartas a André Breton (en trad. al francés), *Le surréalisme au service de la révolution*, nº 5, pág. 10; el original alemán de una de ellas se reproduce en facsímil. {«Tres cartas de Freud», en *Los vasos comunicantes*, México: Joaquín Mortiz.} (7)
(1940*a* [1938]) *Abriss der Psychoanalyse* {*Esquema del psicoanálisis*}, *GW*, **17**, pág. 65; *SE*, **23**, pág. 141. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 407 (sólo el cap. VI: «Die psychoanalytische Technik»); *SR*, **21**, pág. 67; *BN*, **9**, pág. 3379; *AE*, **23**, pág. 133.} (670)

Freud, S. *(cont.)*
(1940*c* [1922]) «Das Medusenhaupt» {«La cabeza de Medusa»}, *GW*, **17**, pág. 47; *SE*, **18**, pág. 273. {*SR*, **21**, pág. 51; *BN*, **7**, pág. 2697; *AE*, **18**, pág. 270.} (363)
(1940*d* [1892]) En colaboración con Breuer, J., «Zur Theorie des hysterischen Anfalls» {«Sobre la teoría del ataque histérico»}, *GW*, **17**, pág. 9; *SE*, **1**, pág. 151. {*SR*, **21**, pág. 20; *BN*, **1**, pág. 51; *AE*, **1**, pág. 187.} (9-10)
(1941*a* [1892]) Carta a Josef Breuer, *GW*, **17**, pág. 5; *SE*, **1**, pág. 147. {*SR*, **21**, pág. 19; *BN*, **1**, pág. 50; *AE*, **1**, pág. 183.} (557)
(1941*c* [1899]) «Eine erfüllte Traumahnung» {«Una premonición onírica cumplida»}, *GW*, **17**, pág. 21; *SE*, **5**, pág. 623. {*SR*, **21**, pág. 27; *BN*, **2**, pág. 753; *AE*, **5**, pág. 609.} (32, 88, 609-11, 669)
(1942*a* [1905-06]) «Psychopathic Characters on the Stage» {«Personajes psicopáticos en el escenario»}. El original alemán, titulado «Psychopathische Personen auf der Bühne», se publicó en 1962: *Neue Rundschau*, **73**, pág. 53; *SE*, **7**, pág. 305. {*SA*, **10**, pág. 161; *SR*, **21**, pág. 388; *BN*, **4**, pág. 1272; *AE*, **7**, pág. 273.} (275)
(1950*a* [1887-1902]) *Aus den Anfängen der Psychoanalyse* {*Los orígenes del psicoanálisis*}, Londres. Abarca las cartas a Wilhelm Fliess, manuscritos inéditos y el «Entwurf einer Psychologie» {«Proyecto de psicología»}, 1895. *SE*, **1**, pág. 175 {incluye 29 cartas, 13 manuscritos y el «Proyecto de psicología». *SR*, **22**, pág. 13; *BN*, **9**, pág. 3433, y **1**, pág. 209; incluyen 153 cartas, 14 manuscritos y el «Proyecto de psicología»; *AE*, **1**, pág. 211 (el mismo contenido que *SE*)}. (5, 8-13, 20, 44, 116, 133, 137-8, 141-2, 145, 149, 156, 160, 163, 168, 174, 178, 188, 208-10, 214, 218-219, 227, 243, 251, 254, 258, 272, 276, 305, 323-4, 390, 425, 435, 437, 452, 462, 465, 495, 504, 509-10, 529, 533, 557, 583, 589, 591, 594, 597-8, 603, 607, 609, 616, 647, 669)
(1958*a* [1911]) En colaboración con Oppenheim, D. E., «Träume im Folklore» {«Sueños en el folklore»}, *Dreams in Folklore*, Nueva York, parte II, pág. 69. Publicado también en S. Freud, *Über Träume und Traumdeutungen*, Francfort: Fischer Taschenbuch Verlag, 1971, pág. 53. *SE*, **12**, pág. 177. {*AE*, **12**, pág. 177.} (405, 608, 669)

(1960*a*) *Briefe 1873-1939* (ed. por E. L. Freud), Francfort. (2ª ed. aumentada, Francfort, 1968.) {*Epistolario*, Barcelona: Plaza y Janés, 2 vols.} (17, 226)
Fuchs, E. (1909-12) *Illustrierte Sittengeschichte* (volúmenes complementarios), Munich. (352)
Galton, F. (1907) *Inquiries into Human Faculty and its Development*, 2ª ed., Londres. (1ª ed., 1883.) (158, 300, 491, 633)
Garnier, A. (1872) *Traité des facultés de l'âme, contenant l'histoire des principales théories psychologiques* (3 vols.), París. (1ª ed., 1852.) (52, 245)
Giessler, C. M. (1888) *Beiträge zur Phänomenologie des Traumlebens*, Halle. (110)
(1890) *Aus den Tiefen des Traumlebens*, Halle. (110)
(1896) *Die physiologischen Beziehungen der Traumvorgänge*, Halle. (110)
Girou de Bouzareinges, C. y Girou de Bouzareinges, L. (1848) *Physiologie: essai sur le mécanisme des sensations, des idées et des sentiments*, París. (50)
Goblot, E. (1896) «Sur le souvenir des rêves», *Rev. phil.*, **42**, pág. 288. (498, 567)
Gomperz, T. (1866) *Traumdeutung und Zauberei*, Viena. (120)
Gotthardt, O. (1912) *Die Traumbücher des Mittelalters*, Eisleben. (32)
Griesinger, W. (1845) *Pathologie und Therapie der psychischen Krankheiten*, Stuttgart. (153)
(1861) 2ª ed. (citado por Radestock, P.). (113, 243)
Gruppe, P. O. (1906) *Griechische Mythologie und Religionsgeschichte*, Munich. En I. E. P. von Müller, *Handbuch der klassischen Altertums-Wissenschaft*, **5**, pág. 2. (31)
Guislain, J. (1833) *Leçons orales sur les phrénopathies* (3 vols.), Bruselas. (La cita del texto pertenece a la trad. al alemán, *Abhandlungen über die Phrenopathien*, Nuremberg, 1838.) (111)
Haffner, P. (1887) «Schlafen und Träumen», *Sammlung zeitgemässer Broschüren*, Francfort, pág. 226. (32, 34, 75-6, 86, 89-91)
Hagen, F. W. (1846) «Psychologie und Psychiatrie», *Wagners Handwörterbuch der Physiologie*, Braunschweig, **2**, pág. 692. (112)
Hallam, F. y Weed, S. (1896) «A Study of Dream Consciousness», *Amer. J. Psychol.*, **7**, pág. 405. (44, 153, 180)
Hartmann, E. von (1890) *Philosophie des Unbewussten*, 10ª ed., Leipzig. (1ª ed., Berlín, 1869.) (153, 522)

Hartmann, H. y Betlheim, S.: *véase* Betlheim, S. y Hartmann, H.
Hennings, J. C. (1784) *Von den Träumen und Nachtwandlern*, Weimar. (40, 50)
Henzen, W. (1890) *Über die Träume in der altnordischen Sagaliteratur* (tesis), Leipzig. (409)
Herbart, J. F. (1892) *Psychologie als Wissenschaft neu gegründet auf Erfahrung, Metaphysik und Mathematik. (Zweiter, analytischer Teil)*; **6**, en *Herbarts Sämtliche Werke* (ed. por K. Kehrbach), Langensalza. (1ª ed., Königsberg, 1825.) (99)
Hermann, K. F. (1858) *Lehrbuch der gottesdienstlichen Alterthümer der Griechen*, 2ª ed., Heidelberg. Parte II de *Lehrbuch der griechischen Antiquitäten.* (59)
(1882) *Lehrbuch der griechischen Privatalterthümer*, 3ª ed., Friburgo. Parte IV de *Lehrbuch der griechischen Antiquitäten.* (59)
Herodoto, *Historia*. Trad. al alemán por F. Lange, *Die Geschichten des Herodotos* (nueva ed. de O. Güthling), 2ª parte, Leipzig (um 1885), libro VI: *Erato*. {*Los nueve libros de la historia*, Buenos Aires: El Ateneo.} (401)
Hervey de Saint-Denis, Marqués de (1867) *Les rêves et les moyens de les diriger*, París. Publicado anónimamente. (40, 51, 84-5, 563)
Hildebrandt, F. W. (1875) *Der Traum und seine Verwerthung für's Leben*, Leipzig. (36-7, 42, 45-6, 51-4, 79, 85-7, 90-5, 180)
Hipócrates, *El viejo arte de curar* y *Régimen*. (31, 59, 405)
Hitschmann, E. (1913*c*) «Goethe als Vatersymbol», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 569. (359)
Hobbes, T. (1651) *Leviathan*, Londres. {*Leviatán*, San Juan de Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico.} (536)
Hoffbauer, J. C. (1796) *Naturlehre der Seele*, Halle. (50)
* Hohnbaum, C. (1830) En C. F. Nasse, *Jb. Anthrop.*, **1**. (110)
Hug-Hellmuth, H. von (1911) «Analyse eines Traumes eines 5½jährigen Knaben», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 122. (150)
(1913*a*) «Kinderträume», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 470. (150)
(1915) «Ein Traum, der sich selbst deutet», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **3**, pág. 33. (161)
Ideler, K. W. (1853) «Über die Entstehung des Wahnsinns

aus Träumen», *Annalen des Charité-Krankenhauses*, Berlín, **3**, nº 2, pág. 284. (110)
Iwaya, S. (1902) «Traumdeutung in Japan», *Ost-Asien*, **5**, pág. 312. (32)
Jekels, L. (1917) «Shakespeares Macbeth», *Imago*, **5**, pág. 170. (274)
Jessen, P. (1855) *Versuch einer wissenschaftlichen Begründung der Psychologie*, Berlín. (34-5, 40, 49-50, 70-1, 89, 95)
Jodl, F. (1896) *Lehrbuch der Psychologie*, Stuttgart. (80)
Jones, E. (1910*a*) «The Oedipus Complex as an Explanation of Hamlet's Mystery», *Amer. J. Psychol.*, **21**, pág. 72. Trad. al alemán por P. Tausig, *Das Problem des Hamlet und der Ödipus-Komplex*, Leipzig y Viena, 1912. (274)
(1910*b*) «Freud's Theory of Dreams», *Amer. J. Psychol.*, **21**, pág. 283; *Papers on Psycho-Analysis*, todas las eds. (*véase* 1913*a*). (403)
(1911*c*) «The Relationship between Dreams and Psychoneurotic Symptoms», *Amer. J. Insanity*, **68**, pág. 57; *Papers on Psycho-Analysis*, todas las eds. (*véase* 1913*a*). (560)
(1912*a*) «Unbewusste Zahlenbehandlung», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 241. (419)
(1912*b*) «A Forgotten Dream», *J. abnorm. Psychol.*, **7**, pág. 5; *Papers on Psycho-Analysis* (*véase* 1913*a*). (515)
(1913*a*) *Papers on Psycho-Analysis*, Londres y Nueva York. (2ª ed., 1918, y 3ª ed., 1923, Londres y Nueva York; 4ª ed., 1938, y 5ª ed., 1948, Londres y Baltimore.)
(1914*a*) «Frau und Zimmer», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **2**, pág. 380. (360)
(1914*b*) «Zahnziehen und Geburt», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **2**, pág. 380. (391)
(1916*a*) «The Theory of Symbolism», *Brit. J. Psychol.*, **9**, pág. 181; *Papers on Psycho-Analysis* (*véase* 1913*a*). Trad. al alemán por H. Sachs, «Die Theorie der Symbolik», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **5**, pág. 244. (357)
(1949) *Hamlet and Oedipus* (versión corregida y aumentada de 1910*a*), Londres y Nueva York. (274)
(1953) *Sigmund Freud: Life and Work*, **1**, Londres y Nueva York. (Las páginas que se mencionan en el texto remiten a la edición inglesa.) {*Vida y obra de*

Sigmund Freud, Buenos Aires: Hormé, **1**.} (16, 132, 479, 514, 646)

Josefo, F. *Antiquitates Judaicae.* {«Antigüedades judías», en *Obras completas*, Buenos Aires: Acervo Cultural.} (338-9)

Jung, C. G. (1906, 1909) (ed.) *Diagnostische Assoziationsstudien* (2 vols.), Leipzig. (525)

(1907) *Über die Psychologie der Dementia praecox*, Halle. (523)

(1910*c*) «Über Konflikte der kindlichen Seele», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **2**, pág. 33. {«Conflictos del alma infantil», en *Conflictos del alma infantil*, Buenos Aires: Paidós, pág. 27.} (150)

(1910*d*) «Ein Beitrag zur Psychologie des Gerüchtes», *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 81. {«Contribución a la psicología del rumor», en *Conflictos del alma infantil*, Buenos Aires: Paidós, pág. 68.} (339)

(1911) «Ein Beitrag zur Kenntnis des Zahlentraumes», *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 567. (419)

Kant, I. (1764) *Versuch über die Krankheiten des Kopfes*, Königsberg. (112)

(1798) *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht abgefasst*, Königsberg. (93)

Karpinska, L. von (1914) «Ein Beitrag zur Analyse "sinnloser" Worte im Traume», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **2**, pág. 164. (310)

Kazowsky, A. D. (1901) «Zur Frage nach dem Zusammenhange von Träumen und Wahnvorstellungen», *Neurol. Zbl.*, **20**, págs. 440 y 508. (110)

Kirchgraber, F. (1912) «Der Hut als Symbol des Genitales», *Zbl. Psychoanal. Psychother.*, **3**, pág. 95. (367)

Kleinpaul, R. (1898) *Die Lebendigen und die Toten in Volksglauben, Religion und Sage*, Leipzig. (357)

Krauss, A. (1858-59) «Der Sinn im Wahnsinn», *Allg. Z. Psychiat.*, **15**, pág. 617, y **16**, págs. 10 y 222. (62, 110-3)

Krauss, F. S. (1881): *véase* Artemidoro Daldiano.

Ladd, G. T. (1892) «Contribution to the Psychology of Visual Dreams», *Mind*, nueva serie, **1**, pág. 299. (58, 579)

Landauer, K. (1918) «Handlungen des Schlafenden», *Z. ges. Neurol. Psychiat.*, **39**, pág. 329. (237)

Lasègue, G. (1881) «Le délire alcoolique n'est pas un délire, mais un rêve», *Archs. gén. Méd.*, **2**, pág. 513. (110)

Lauer, C. (1913) «Das Wesen des Traumes in der Beurtei-

lung der talmudischen und rabbinischen Literatur», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 459. (32)
Lehmann, A. (1908) *Aberglaube und Zauberei von den ältesten Zeiten bis in die Gegenwart*, trad. al alemán por Petersen, Stuttgart. (59)
Le Lorrain, J. (1894) «La durée du temps dans les rêves», *Rev. phil.*, **38**, pág. 275. (52, 87, 492)
(1895) «Le rêve», *Rev. phil.*, **40**, pág. 59. (492, 558)
Lélut, L.-F. (1852) «Mémoire sur le sommeil, les songes et le somnambulisme», *Ann. méd.-psychol.*, 2ª serie, **4**, pág. 331. (111)
Lemoine, A. (1855) *Du sommeil au point de vue physiologique et psychologique*, París. (78)
Leroy, E.: *véase* Bernard-Leroy, E. y Tobowolska, J.
Leuret, F. (1834) *Fragments psychologiques sur la folie*, París. (523)
Liébeault, A. A. (1889) *Le sommeil provoqué et les états analogues*, París. (562)
Lipps, T. (1883) *Grundtatsachen des Seelenlebens*, Bonn. (236)
(1897) «Der Begriff des Unbewussten in der Psychologie», *Records of the Third Int. Congr. Psychol.*, Munich. (599-600, 602)
* Löwinger (1908) «Der Traum in der jüdischen Literatur», *Mitt. jüd. Volksk.*, **10**. (32)
Lucrecio, *De rerum natura*. Trad. al alemán por K. L. von Knebel, *De rerum natura*, 2ª ed., Leipzig: Verlag Göschen, 1831. {*De la naturaleza*, Barcelona: Alma Mater.} (35)
Lynkeus: *véase* Popper, J.
* Lloyd, W. (1877) *Magnetism and Mesmerism in Antiquity*, Londres. (59)
Maass, J. G. E. (1805) *Versuch über die Leidenschaften*, Halle. (35)
Macario, M. M. A. (1847) «Des rêves, considérés sous le rapport physiologique et pathologique», parte II, *Ann. méd.-psychol.*, 1ª serie, **9**, pág. 27; en forma de libro, París, 1847. (111)
(1857) *Du sommeil, des rêves et du somnambulisme dans l'état de santé et de maladie*, París y Lyon. (494)
Macnish, R. (1830) *Philosophy of Sleep*, Glasgow. Trad. al alemán, *Der Schlaf in allen seinen Gestalten*, Leipzig, 1835. (50)
Maeder, A. (1908*a*) «Die Symbolik in den Legenden, Mär-

chen, Gebräuchen und Träumen», *Psychiat.-neurol. Wschr.*, **10**, pág. 55. (357)
(1912) «Über die Funktion des Traumes», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **4**, pág. 692. (570)
Maine de Biran, M. F. P. (1834) *Nouvelles considérations sur les rapports du physique et du moral de l'homme* (ed. por V. Cousin), París. (111-2)
Marcinowski, J. (1911) «Eine kleine Mitteilung», *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 575. (308-9)
(1912*a*) «Gezeichnete Träume», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 490. (362)
(1912*b*) «Drei Romane in Zahlen», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 619. (419)
Maudsley, H. (1868) *Physiology and Pathology of Mind*, 2ª ed., Londres. (1ª ed., 1867.) (600)
Maury, L. F. A. (1853) «Nouvelles observations sur les analogies des phénomènes du rêve et de l'aliénation mentale», parte II, *Ann. méd.-psychol.*, 2ª serie, **5**, pág. 404. (53)
(1878) *Le sommeil et les rêves*, París. (1ª ed., 1861.) (34, 36, 39, 42-3, 51-2, 57, 60, 78, 80, 82-4, 95-6, 100, 110-2, 114, 204, 492-3, 513)
* Meier, G. F. (1758) *Versuch einer Erklärung des Nachtwandelns*, Halle. (50)
Meynert, T. (1892) *Sammlung von populärwissenschaftlichen Vorträgen über den Bau und die Leistungen des Gehirns*, Viena. (260)
Miura, K. (1906) «Über japanische Traumdeuterei», *Mitt. dtsch. Ges. Naturk. Ost-Asiens.*, **10**, pág. 291. (32)
Moreau, J. (1855) «De l'identité de l'état de rêve et de folie», *Ann. méd.-psychol.*, 3ª serie, **1**, pág. 361. (111)
Müller, J. (1826) *Über die phantastischen Gesichtserscheinungen*, Coblenza. (57)
Myers, F. W. H. (1892) «Hypermnesic Dreams», *Proc. Soc. Psychic. Res.*, **8**, pág. 362. (40)
Näcke, P. *(1903) «Über sexuelle Träume», *Arch. Krim-Anthropol.*, pág. 307. (398)
(1905) «Der Traum als feinstes Reagens f. d. Art d. sexuellen Empfindens», *Monatschr. f. Krim.-Psychol.*, **2**, pág. 500. (398)
(1907) «Kontrastträume und spezielle sexuelle Kontrastträume», *Arch. Krim-Anthropol.*, **24**, pág. 1. (398)
(1908) «Beiträge zu den sexuellen Träumen», *Arch. Krim-Anthropol.*, **29**, pág. 363. (398)
*(1911) «Die diagnostische und prognostische Brauch-

barkeit der sexuellen Träume», *Ärztl. Sachv.-Ztg.*, nº 2. (398)

Negelein, J. von (1912) «Der Traumschlüssel des Jaggadeva», *Relig. Gesch. Vers.*, **11**, pág. 4. (32)

Nelson, J. (1888) «A Study of Dreams», *Amer. J. Psychol.*, **1**, pág. 367. (44)

Nordenskjöld, O. *et al.* (1904) *Antarctic. Zwei Jahre in Schnee und Eis am Südpol* (2 vols.), Berlín. (150)

Oppenheim, D. E. y Freud, S.: *véase* Freud, S. (1958*a* [1911]).

Pachantoni, D. (1909) «Der Traum als Ursprung von Wahnideen bei Alkoholdelirianten», *Zbl. Nervenheilk.*, **32**, pág. 796. (110)

Paulhan, F. (1894) «A propos de l'activité de l'esprit dans le rêve», en «Correspondence», *Rev. phil.*, **38**, pág. 546. (498)

Peisse, L. (1857) *La médecine et les mêdecins*, París. (114)

Pestalozzi, R. (1956) «Sigmund Freuds Berufswahl», *Neue Zürcher Zeitung*, 1º de julio, Fernausgabe, **179**, 5. (440)

Pfaff, E. R. (1868) *Das Traumleben und seine Deutung nach den Prinzipien der Araber, Perser, Griechen, Inder und Ägypter*, Leipzig. (90)

Pfister, O. (1909) «Ein Fall von psychoanalytischer Seelsorge und Seelenheilung», *Evangelische Freiheit*, Tubinga, N. F., **9**, pág. 108. (406)

(1911-12) «Die psychologische Enträtselung der religiösen Glossolalie und der automatischen Kryptographie», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **3**, págs. 427 y 730. (362)

(1913*a*) «Kryptolalie, Kryptographie und unbewusstes Vexierbild bei Normalen», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **5**, pág. 117. (362)

Pichon, A. E. (1896) *Contribution à l'étude des délires oniriques ou délires de rêve*, Burdeos. (110)

Pilcz, A. (1899) «Über eine gewisse Gesetzmässigkeit in den Träumen» (resumen del autor), *Mschr. Psychiat. Neurol.*, **5**, pág. 231. (47)

Platón, *República*. {Buenos Aires: Aguilar.} (90, 607)

Pohorilles, N. E. (1913) «Eduard von Hartmanns Gesetz der von unbewussten Zielvorstellungen geleiteten Assoziationen», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 605. (523)

Popper, J. (Lynkeus) (1900) *Phantasien eines Realisten*, 2ª ed., Viena. (1ª ed., Dresde, 1899.) (116, 314)

Pötzl, O. (1917) «Experimentell erregte Traumbilder in

ihren Beziehungen zum indirekten Sehen», *Z. ges. Neurol. Psychiat.*, **37**, pág. 278. (197)
Prince, M. (1910) «The Mechanism and Interpretation of Dreams», *J. abnorm. Psychol.*, **5**, pág. 139. (515)
Purkinje, J. E. (1846) «Wachen, Schlaf, Traum und verwandte Zustände», en R. Wagner, *Handwörterbuch der Physiologie mit Rücksicht auf physiologische Pathologie*, Braunschweig, **3**, pág. 412. (105-6, 153)
Putnam, J. J. (1912*a*) «Ein charakteristischer Kindertraum», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 328. (150)
* Raalte, F. van (1912) «Kinderdroomen», *Het Kind*, enero. (150)
Radestock, P. (1879) *Schlaf und Traum*, Leipzig. (35, 60, 69-70, 79-80, 89, 93, 110-3, 153)
Rank, O. (1909) *Der Mythus von der Geburt des Helden*, Leipzig y Viena. {*El mito del nacimiento del héroe*, Buenos Aires: Paidós.} (266, 275, 402)
(1910*a*) «Ein Traum, der sich selbst deutet», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **2**, pág. 465. (177, 249, 316, 339, 354, 400, 408)
(1911*a*) «Beispiel eines verkappten Ödipustraumes», *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 167. (400)
(1911*b*) «Belege zur Rettungsphantasie», *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 331. (406)
(1911*c*) «Zum Thema der Zahnreizträume», *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 408. (391-5)
(1912*b*) «Aktuelle Sexualregungen als Traumanlässe», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 596. (249)
(1912*c*) *Das Inzest-Motiv in Dichtung und Sage*, Leipzig y Viena. (266)
(1912*d*) «Die Symbolschichtung im Wecktraum und ihre Wiederkehr im mythischen Denken», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **4**, pág. 51. (232, 249, 358, 372, 404-5)
(1913*a*) «Eine noch nicht beschriebene Form des Ödipus-Traumes», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 151. (400)
(1914*a*) «Die "Geburts-Rettungsphantasie" in Traum und Dichtung», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **2**, pág. 43. (406)
(1914*c*) «Traum und Dichtung», en S. Freud, *Die Traumdeutung* (4ª a 7ª ed.), Leipzig y Viena. {«El sueño y la poesía», en S. Freud, *Obras completas*, *BN* (1948, 2 vols.), **2**, págs. 512-25.} (6, 14, 23, 26, 503)
(1914*d*) «Traum und Mythus», en S. Freud, *Die Traumdeutung* (4ª a 7ª ed.), Leipzig y Viena. {«El sueño y el mito», en S. Freud, *Obras completas*, *BN* (1948, 2 vols.), **2**, págs. 525-34.} (6, 14, 23, 26, 503)

Rank, O. y Sachs, H. (1913) *Die Bedeutung der Psychoanalyse für die Geisteswissenschaften, Grenzfr. Nerv.- u. Seelenleb.*, nº 93, Wiesbaden. (357)
Régis, E. (1894) «Les hallucinations oniriques ou du sommeil des dégénérés mystiques», *Compte rendu Congrès Méd. Alién.*, París, 1895, pág. 260. (110)
Reik, T. (1911) «Zur Rettungssymbolik», *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 499. (406)
(1915*b*) «Gold und Kot», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **3**, pág. 183. (405)
Reitler, R. (1913*a*) «Zur Augensymbolik», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 159. (400)
(1913*b*) «Zur Genital- und Sekret-Symbolik», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 492. (365)
Robert, W. (1886) *Der Traum als Naturnotwendigkeit erklärt*, Hamburgo. (44, 101-3, 180-1, 193-4, 204, 570, 580-1)
Robitsek, A. (1912) «Zur Frage der Symbolik in den Träumen Gesunder», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 340. (378-81)
Roffenstein, G. (1923) «Experimentelle Symbolträume», *Z. ges. Neurol. Psychiat.*, **87**, pág. 362. (387)
R[orschach], H. (1912) «Zur Symbolik der Schlange und der Krawatte», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 675. (361-2)
Sachs, H. (1911) «Zur Darstellungs-Technik des Traumes», *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 413. (412)
(1912) «Traumdeutung und Menschenkenntnis», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **3**, pág. 568. (608)
(1913) «Ein Traum Bismarcks», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 80. (382-5)
(1914) «Das Zimmer als Traumdarstellung des Weibes», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **2**, pág. 35. (360)
Sachs, H. y Rank, O.: *véase* Rank, O. y Sachs, H.
Salomón Almoli Ben Jacob (1637) *Pithrôn Chalômôth*, Amsterdam. (32)
Sanctis, S. de (1896) *I sogni e il sonno nell'isterismo e nella epilessia*, Roma. (110)
(1897*a*) «Les maladies mentales et les rêves», extractado de *Ann. Soc. Méd. de Gand*, **76**, pág. 177. (110)
* (1897*b*) «Sui rapporti d'identità, di somiglianza, di analogia e di equivalenza fra sogno e pazzia», *Riv. quindicinale Psicol. Psichiat. Neuropatol.*, 15 de noviembre. (110)
(1898*a*) «Psychoses et rêves», *Rapport du Congrès de neurol. et d'hypnologie de Bruxelles 1897: Comptes rendus*, **1**, pág. 137. (110)

(1898*b*) «I sogni dei neuropatici e dei pazzi», *Arch. Psichiat. antrop. crim.*, **19**, pág. 342. (110)
(1899) *I sogni*, Turín. Trad. al alemán por O. Schmidt, *Die Träume*, Halle, 1901. (111, 115)
Scherner, K. A. (1861) *Das Leben des Traumes*, Berlín. (62, 106-9, 118, 152, 237-9, 339, 351-2, 365, 405, 540, 581, 601, 618, 667)
Schleiermacher, F. E. D. (1862) *Psychologie*, **6**, sec. 3, en *Gesammelte Werke*, ed. por L. George, Berlín. (73, 94, 123)
Scholz, F. (1887) *Schlaf und Traum*, Leipzig. (46, 81, 90, 153)
Schopenhauer, A. (1851*b*) «Versuch über das Geistersehen und was damit zusammenhängt», *Parerga und Paralipomena* (ensayo V), **1**, Leipzig. (2ª ed., Berlín, 1862, **1**, pág. 213.) En *Sämtliche Werke* (ed. por Hübscher), Leipzig, 1938, **5**. (61-2, 89, 112)
Schrötter, K. (1912) «Experimentelle Träume», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 638. (387)
Schubert, G. H. von (1814) *Die Symbolik des Traumes*, Bamberg. (86, 358, 617-8)
Schwarz, F. (1913) «Traum und Traumdeutung nach "Abdalgani an-Nabulusi"», *Z. deutsch. morgenl. Ges.*, **67**, pág. 473. (32)
Secker, F. (1910) «Chinesische Ansichten über den Traum». *Neue metaph. Rundschau*, **17**, pág. 101. (32)
Segel, B. W. y Bernstein, I.: *véase* Bernstein, I. y Segel, B. W.
Sherrington, C. S. y Foster, M.: *véase* Foster, M. y Sherrington, C. S.
Siebeck, H. (1877) «Das Traumleben der Seele», *Sammlung gemeinverständlicher Vorträge*, Berlín. (81)
Silberer, H. (1909) «Bericht über eine Methode, gewisse symbolische Halluzinations-Erscheinungen hervorzurufen und zu beobachten», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **1**, pág. 513. (73, 123, 350-1, 383, 414, 499-501)
(1910) «Phantasie und Mythos», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **2**, pág. 541. (123, 228)
(1912) «Symbolik des Erwachens und Schwellensymbolik überhaupt», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **3**, pág. 621. (123, 499-500, 552)
(1914) *Probleme der Mystik und ihrer Symbolik*, Leipzig y Viena. (518)
Simon, P. M. (1888) *Le monde des rêves*, París. (55, 59-60, 63, 153)

Sperber, H. (1912) «Über den Einfluss sexueller Momente auf Entstehung und Entwicklung der Sprache», *Imago*, **1**, pág. 405. (358)
Spielrein, S. (1913) «Traum von "Pater Freudenreich"», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 484. (150)
Spitta, H. (1882) *Die Schlaf- und Traumzustände der menschlichen Seele*, 2ª ed., Tubinga. (1ª ed., 1878.) (60, 71, 74, 78, 80-1, 83, 86, 89-90, 93, 95, 110, 112, 234, 507)
Spitteler, C. (1914) *Meine frühesten Erlebnisse*, Jena. (177, 262)
Stannius, H. (1849) *Das peripherische Nervensystem der Fische, anatomisch und physiologisch untersucht*, Rostock. (414, 451)
Stärcke, A. (1911) «Ein Traum, der das Gegenteil einer Wunscherfüllung zu verwirklichen schien», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 86. (175)
Stärcke, J. (1913) «Neue Traumexperimente in Zusammenhang mit älteren und neueren Traumtheorien», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **5**, pág. 233. (85, 152)
Stekel, W. (1909) «Beiträge zur Traumdeutung», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **1**, pág. 458. (283, 342, 354, 362-4, 367-8, 384)
(1911*a*) *Die Sprache des Traumes*, Wiesbaden. (2ª ed., 1922.) {*El lenguaje de los sueños*, Buenos Aires: Imán.} (356, 363-5, 388, 399, 412-3, 667)
Stricker, S. (1879) *Studien über das Bewusstsein*, Viena. (80, 96-7, 458)
Strümpell, A. von (1883-84) *Lehrbuch der speciellen Pathologie und Therapie der inneren Krankheiten*, Leipzig. {*Tratado de patología y terapéutica especiales de las enfermedades internas*, Barcelona: Seix.} (48-9)
Strümpell, L. (1877) *Die Natur und Entstehung der Träume*, Leipzig. (34, 42, 45, 47-9, 54-5, 59, 63, 68-70, 74-5, 77, 80-1, 101, 180, 197, 234-6, 239, 246, 458, 618)
Stumpf, E. J. G. (1899) *Der Traum und seine Deutung*, Leipzig. (121)
Sully, J. (1893) «The Dream as a Revelation», *Fortnightly Rev.*, **53**, pág. 354. (83, 154, 497, 581)
Swoboda, H. (1904) *Die Perioden des menschlichen Organismus in ihrer psychologischen und biologischen Bedeutung*, Leipzig y Viena. (116, 183)
Tannery, M. P. (1898) «Sur la mémoire dans le rêve», *Rev. phil.*, **45**, pág. 637. (507)

Tausk, V. (1913*b*) «Zur Psychologie der Kindersexualität», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 444. {«Contribución a la psicología de la sexualidad infantil», en *Obras psicoanalíticas*, Buenos Aires: Morel, pág. 87.} (150, 310)
(1914) «Kleider und Farben im Dienste der Traumdarstellung», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **2**, pág. 464. {«Breves contribuciones a la interpretación de los sueños», en *Obras psicoanalíticas*, Buenos Aires: Morel, pág. 113.} (413)
Tfinkdji, J. (1913) «Essai sur les songes et l'art de les interpréter (onirocritie) en Mésopotamie», *Anthropos*, **8**, pág. 505. (32, 120)
Thomayer, J. (1897) «La signification de quelques rêves», *Rev. neurol.*, **5**, pág. 98. (111)
Tissié, P. (1898) *Les rêves, physiologie et pathologie*, París. (1ª ed., 1870.) (59-61, 66, 70, 110-1, 153)
Tobowolska, J. (1900) *Étude sur les illusions de temps dans les rêves du sommeil normal* (tesis), París. (88, 494, 497)
Tobowolska, J. y Bernard-Leroy, E.: *véase* Bernard-Leroy, E. y Tobowolska, J.
Varendonck, J. (1921) *The Psychology of Day-Dreams*, Londres y Nueva York. Trad. al alemán por A. Freud, *Über das vorbewusste phantasierende Denken*, Viena, 1922. (488)
Vaschide, N. (1911) *Le sommeil et les rêves*, París. (38, 40, 85, 563)
Vespa, B. (1897) «Il sonno e i sogni nei neuro- e psicopatici», *Boll. Soc. Lancisiana Osp.*, **17**, pág. 193. (110)
Vold, J. Mourly (1896) «Expériences sur les rêves et en particulier sur ceux d'origine musculaire et optique» (reseña), *Rev. phil.*, **42**, pág. 542. (63-4)
(1910-12) *Über den Traum* (2 vols.) (ed. por O. Klemm), Leipzig. (64, 236, 397)
Volkelt, J. (1875) *Die Traum-Phantasie*, Stuttgart. (42, 52, 62, 65-6, 79, 82, 89, 94, 106-9, 153, 237-9, 352, 618)
Waldeyer, W. (1891) «Über einige neuere Forschungen im Gebiete der Anatomie des Centralnervensystems», *Berl. klin. Wschr.*, **28**, pág. 691. (10)
Weed, S. y Hallam, F.: *véase* Hallam, F. y Weed, S.
Weygandt, W. (1893) *Entstehung der Träume*, Leipzig. (34, 51, 60, 66, 82, 144)
Whiton Calkins, M.: *véase* Calkins, M. Whiton.
Wiggam, A. (1909) «A Contribution to the Data of Dream

Psychology», *Ped. Sem. J. Genet. Psychol.*, **16**, pág. 250. (150)
Winterstein, A. von (1912) «Zwei Belege für die Wunscherfüllung im Traume», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 292. (35)
Wittels, F. (1924) *Sigmund Freud: der Mann, die Lehre, die Schule*, Viena. (227, 423)
Wundt, W. (1874) *Grundzüge der physiologischen Psychologie*, Leipzig. (54, 56, 65-6, 82, 112, 235-6, 246)
Zeller, A. (1818) «Irre», en J. S. Ersch y J. G. Gruber, *Allgemeine Encyclopedie der Wissenschaften und Künste*, **24**, pág. 120. (93)

B. Lista de otras obras sobre sueños publicadas antes de 1900

[Estas obras, incluidas también en la bibliografía por Freud, no tienen referencias en el texto.]

Ahmad Ibn Sirin, *Achmetis f. Seirim Oneirocriticae* (ed. por N. Rigaltius), París, 1603.
* Alberti, M. (1744) *Diss. de insomniorum influxi in sanitatem et morbos*, Resp. Titius Halae M.
Alix (1883) «Les rêves», *Rev. Sci. Industr.*, 3ª serie, **6**, pág. 554.
* Anónimas (1890) «Rêves et l'hypnotisme», *Le Monde*, 25 de agosto.
* (1890) «Science of Dreams», *The Lyceum*, Dublin, pág. 28.
(1893) «The Utility of Dreams», *J. Comp. Neurol.*, Granville, **3**, pág. 17.
Bacci, D. (1857) *Sui sogni e sul sonnambulismo, pensiero fisiologico-metafisici*, Venecia.
Ball, B. (1885) *La morphinomanie, les rêves prolongés*, París.
Benezé, E. (1897) «Das Traummotiv in der mittelhochdeutschen Dichtung bis 1250 und in alten deutschen Volksliedern», en E. Benezé, *Sageng. und lit.-hist. Unters.*, **1**, *Das Traummotiv*, Halle.
* Benini, V. (1898) «Nel moneto dei sogni», *Il Pensiero Nuovo*, abril.
* Birkmaier, H. (1715) *Licht im Finsterniss der nächtlichen Gesichte und Träume*, Nuremberg.

Bisland, E. (1896) «Dreams and their Mysteries», *N. Am. Rev.*, **162**, pág. 716.
Bradley, F. H. (1894) «On the Failure of Movement in Dream», *Mind*, Londres, nueva serie, **3**, pág. 373.
Brander, R. (1884) *Der Schlaf und das Traumleben*, Leipzig.
Bremer, L. (1893) «Traum und Krankheit», *New York med. Monatschr.*, **5**, pág. 281.
* Bussola, S. (1834) *De somniis* (tesis), Ticini Reg.
Caetani-Lovatelli, E. (1889) «I sogni e l'ipnotismo nel mondo antico», *Nuova Antologia*, 3ª serie, **24**.
Cane, F. E. (1889) «The Physiology of Dreams», *The Lancet*, **67**, nº 2, pág. 1330, 28 de diciembre.
Cardano, G. (1562) *Somniorum synesiorum, omnis generis insomnia explicantes libri IV*, Basilea. (2ª ed., en *Opera omnia Cardani*, **5**, pág. 593, Lyon, 1663.)
Cariero, A. (1575) *De somniis deque divinatione per somnia*, Padua.
Carpenter (1849-52) «Dreaming» («Sleep»), *Cyclop. of Anat. and Physiol.*, Londres, **4**, pág. 687.
Clavière (1897) «La rapidité de la pensée dans le rêve», *Rev. phil.*, **43**, pág. 507.
Coutts, G. A. (1896) «Night-terrors», *Amer. J. med. Sc.*
D. L. (1895) «A propos de l'appréciation du temps dans le rêve», *Rev. phil.*, **40**, pág. 69.
Dagonet, H. (1889) «Du rêve et du délire alcoolique», *Ann. méd.-psychol.*, 7ª serie, **10**, pág. 193.
Dandolo, G. (1889) *La conscienza nel sogno*, Padua.
Dechambre, A. (1880) «Cauchemar», *Dict. encycl. sc. méd.*, **2**, pág. 48.
* Dietrich, J. D. (1726) *An ea, quae hominibus in somno et somnio accidunt, iisdem possint imputari?*, resp. Gava, Wittemberg.
* Dochmasa, A. M. (1890) *Dreams and their Significance as Forebodings of Disease*, Kazán.
Dreher, E. (1890) «Sinneswahrnehmung und Traumbild», *Reichs.-med. Anzeiger*, **5**, nos. 20-24; **16**, nos. 3, 8, Leipzig.
Ducosté, M. (1899) «Les songes d'attaques des épileptiques», *J. méd. Bordeaux*, 26 de noviembre y 3 de diciembre.
* Du Prel, C. (1869) «Oneirokritikon: der Traum vom Standpunkte des transcend. Idealismus», *Deutsche Vierteljahrschrift*, Stuttgart, **2**.
(1880) *Psychologie der Lyrik*, Leipzig.
* (1889) «Künstliche Träume», *Sphinx*, julio.

Egger, V. (1888) «Le sommeil et la certitude, le sommeil et la mémoire», *Critique philos.*, París, **1**, pág. 341.
Ellis, H. (1895) «On Dreaming of the Dead», *Psychol. Rev.*, **2**, pág. 458.
(1897) «A Note on Hypnagogic Paramnesia», *Mind*, Londres, **6**, pág. 283.
Erdmann, J. E. (1855) «Das Träumen», *Ernste Spiele*, Berlín, cap. 12.
Erk, V. von (1874) *Über den Unterschied von Traum und Wachen*, Praga.
* Escande de Messières (1895) «Les rêves chez les hystériques» (tesis), Burdeos.
Faure (1876) «Études sur les rêves morbides. Rêves persistants», *Arch. gén. Méd.*, 6ª serie, **27**, pág. 550.
* Fenizia (1896) «L'azione suggestiva delle cause esterne nei sogni», *Arch. per l'Antrop.*, **26**.
* Féré, C. (1897) «Les rêves d'accès chez les épileptiques», *Méd. mod.*, 8 de diciembre.
* Fischer, J. (1899) *Ad artis veterum onirocriticae historiam symbola* (tesis), Jena.
Florentin, V. (1899) «Das Traumleben: Plauderei», *Alte und Neue Welt*, **33**, pág. 725.
Fornaschon, H. (1897) «Die Geschichte eines Traumes als Beitrag Trascendentalpsychologie», *Psychische Studien*, **24**, pág. 274.
Frensberg (1885) «Schlaf und Traum», *Sammlung gemeinverständlicher wiss. Vorträge*, Virchow-Holtzendorff, 20ª serie, pág. 466.
Frerichs, J. H. (1866) *Der Mensch: Traum, Herz, Verstand*, Norden.
Galen, *De praecognitione, ad Epigenem*, Lyon, pág. 1540.
* Girgensohn, L. (1845) *Der Traum: psychol.-physiol. Versuch.*
* Gleichen-Russwurm, A. von (1899) «Traum in der Dichtung», *Nat. Z.*, nos. 553-9.
* Gley, E. (1898) «Appréciation du temps pendant le sommeil», *L'intermédiaire des Biologistes*, **10**, pág. 228.
Gorton, D. A. (1896) «Psychology of the Unconscious», *Amer. med. Times*, **24**, págs. 33 y 37.
Gould, G. M. (1889) «Dreams, Sleep, and Consciousness», *The Open Court*, Chicago, **2**, págs. 1433-6 y 1444-7.
* Grabener, G. C. (1710) *Ex antiquitate judaica de menûdim bachalôm sive excommunicatis per insomnia exerc. resp. Klebius*, Wittemberg.
Graffunder, P. C. (1894) «Traum und Traumdeutung»,

Sammlung gemeinverständlicher wiss. Vorträge, Virchow-Holtzendorff, **197**.
Greenwood, F. (1894) *Imaginations in Dreams and their Study*, Londres.
* Grot, N. (1878) *Die Träume, ein Gegenstand wissenschaftl.* (en ruso), Kiev.
Guardia, J. M. (1892) «La personnalité dans les rêves», *Rev. phil.*, **34**, pág. 225.
Gutfeldt, I. (1899) «Ein Traum», *Psychol. Studien*, **26**, pág. 491.
Hampe, T. (1896) «Über Hans Sachsens Traumgedichte», *Z. deutsch. Unterricht*, **10**, pág. 616.
Heerwagen (1889) «Statist. Untersuch. über Träume u. Schlaf», *Philos. Stud.*, **5**, pág. 301.
Hiller, G. (1899) «Traum, Ein Kapitel zu den zwölf Nächten», *Leipz. Tagbl. und Anz.*, supl. 1, nº 657.
Hitschmann, F. (1894) «Über das Traumleben der Blinden», *Z. Psychol.*, **7**, pág. 387.
Jastrow, J. (1888) «The Dreams of the Blind», *New Princeton Rev.*, **5**, pág. 18.
Jensen, J. (1871) «Träumen und Denken», *Sammlung gemeinverständlicher wiss. Vorträge*, Virchow-Holtzendorff, 6ª serie, **134**.
Kingsford, A. (1888) *Dreams and Dreams-Stories* (ed. por F. Maitland) (2ª ed.), Londres.
Kloepfel, F. (1899) «Träumerei und Traum: Allerlei aus unserem Traumleben», *Universum*, **15**, págs. 2469 y 2607.
* Kramar, O. (1882) *O spànku a snu, Prager Akad. Gymn.*
Krasnicki, E. von (1897) «Karls IV. Wahrtraum», *Psychol. Studien*, **24**, pág. 697.
Kucera, E. (1895) «Aus dem Traumleben», *Mähr.-Weisskirchen, Gymn.*
Laistner, L. (1889) *Das Rätsel der Sphinx*, 2 vols., Berlín.
* Landau, M. (1892) «Aus dem Traumleben», *Münchner Neueste Nachrichten*, 9 de enero.
Laupts (1895) «Le fonctionnement cérébral pendant le rêve et pendant le sommeil hypnotique», *Ann. méd.-psychol.*, 8ª serie, **2**, pág. 354.
* Leidesdorf, M. (1880) «Das Traumleben», *Sammlung der «Alma Mater»*, Viena.
* Lerch, M. F. (1883-84) «Das Traumleben und seine Bedeutung», *Gymn. Progr.*, Komotau.
* Liberali, F. (1834) *Dei sogni* (tesis), Padua.

Liébeault, A. (1893) «A travers les états passifs, le sommeil et les rêves», *Rev. hypnot.*, **8**, págs. 41, 65 y 106.
Luksch, L. (1894) *Wunderbare Traumerfüllung als Inhalt des wirklichen Lebens*, Leipzig.
Macario, M. M. (1846) «Des rêves, considérés sous le rapport physiologique et pathologique», partes I, II, III, *Ann. méd.-psychol.*, 1ª serie, **8**, págs. 170, 180 y 184.
(1889) «Des rêves morbides», *Gaz. méd. de Paris*, **8**, págs. 1, 85, 97, 109 y 121.
Macfarlane, A. W. (1890) «Dreaming», *Edinb. med. J.*, **36**, pág. 499.
Maine de Biran, M. F. P. (1792) «Nouvelles considérations sur le sommeil, les songes, et le sonnambulisme», *Oeuvres philosophiques* (ed. por V. Cousin), París, 1841, pág. 209.
Maury, L. F. A. (1857) «De certains faits observés dans les rêves», *Ann. méd.-psychol.*, 3ª serie, **3**, pág. 157.
* Meisel, J. (seud.) (1783) *Natürlich-göttliche und teuflische Träume*, Sieghartstein.
Mélinand, M. C. (1898) «Dream and Reality», *Popular Science Monthly*, **54**, pág. 96.
Melzentin, C. (1899) «Über wissenschaftliche Traumdeutung», *Gegenwart*, Leipzig, nº 50.
Mentz, R. (1888) *Die Träume in den altfranzösischen Karls- und Artusepen*, Marburgo.
Monroe, W. S. (1899) «A Study of Taste-Dreams», *Amer. J. Psychol.*, **10**, pág. 326.
Moreau de la Sarthe, J. L. (1820) «Rêve», *Dict. sc. méd.*, **48**, pág. 245.
Motet (1829-36) «Cauchemar», *Dict. méd. chir. pratiques*, París.
Murray, J. C. (1894) «Do We Ever Dream of Tasting?», *Proc. Amer. Psychol. Ass.*, pág. 20.
* Nagele, A. (1889) «Der Traum in der epischen Dichtung», *Programm der Realschule*, Marburgo.
Newbold, W. R. (1896) «Sub-conscious Reasoning», *Proc. Soc. psychic. Res.*, Londres, **12**, pág. 11.
Passavanti, J. (1891) *Libro dei sogni*, Roma.
Pick, A. (1896) «Über pathologische Träumerei und ihre Beziehungen zur Hysterie», *Jb. Psychiat.*, **14**, pág. 280.
* Ramm, K. (1889) *Diss. pertractans somnia*, Viena.
* Régis, E. (1890) «Les rêves Bordeaux», *La Gironde*, 31 de mayo.
Richard, J. (1766) *La théorie des songes*, París.
Richardson, B. W. (1892) «The Physiology of Dreams», *Asclep.*, **9**, pág. 129.

Richier, E. (1816) *Onéirologie ou dissertation sur les songes, considérés dans l'état de maladie* (tesis), París.
* Richter, J. P. (Jean Paul) (1813) «Blicke in die Traumwelt», *Museum*, **2** (incluido también en *Werke*, ed. por Hempel, **44**, pág. 128).
* «Über Wahl- und Halbträume», *Werke*, **44**, pág. 142.
(1826-33) *Wahrheit aus Jean Pauls Leben.*
Robinson, L. (1893) «What Dreams are made of», *N. Am. Rev.*, **157**, pág. 687.
Rousset, C. (1876) *Contribution à l'étude du cauchemar* (tesis), París.
Roux, J. (1898) «Le rêve et les délires oniriques», *Province méd. Lyon*, **12**, pág. 212.
* Ryff, W. H. (1554) *Traumbüchlein*, Estrasburgo.
* Santel, A. (1874) «Poskus raz kladbe nekterih pomentjivih prokazni spanja in sanj», *Pogr. Gymn.*, Gorizia.
Sarlo, F. de (1887) *I sogni. Saggio psicologico*, Nápoles.
Sch. Fr. (1897) «Etwas über Träume», *Psychol. Studien*, **24**, pág. 686.
Schleich, K. L. (1899) «Schlaf und Traum», *Zukunft*, **29**, págs. 14 y 54.
Schwartzkopff, P. (1887) *Das Leben im Traum: eine Studie*, Leipzig.
Stevenson, R. L. (1892) «A Chapter on Dreams», *Across the Plain.*
Stryk, M. von (1899) «Der Traum und die Wirklichkeit», (bajo el nombre de C. Mélinand), *Baltische Mschr.*, Riga, pág. 189.
Sully, J. (1881) *Illusions, a Psychological Study*, Londres.
(1882) «Études sur les rêves», *Rev. scientif.*, 3ª serie, **3**, pág. 385.
(1892) *The Human Mind* (2 vols.), Londres.
(1875-89) «Dreams», *Enc. Brit.*, 9ª ed.
Summers, T. O. (1895) «The Physiology of Dreaming», *St. Louis Clin.*, **8**, pág. 401.
Surbled, G. (1895) «Origine des rêves», *Rev. quest. scient.*
(1898) *Le rêve*, París.
Synesius de Sirene, *Liber de insomniis.* Trad. al alemán por F. S. Krauss, *Oneiromantik*, Viena, 1888.
Tannery, M. P. (1894) «Sur l'activité de l'esprit dans le rêve», *Rev. phil.*, **38**, pág. 630.
(1898) «Sur la paramnésie dans les rêves», *Rev. phil.*, **46**, pág. 420.
Thiéry, A. (1896) Aristote et la psychologie physiologique du rêve», *Rev. neo-scol.*, **3**, pág. 260.

* Thomayer, S. (1897) «Beiträge zur Pathologie der Träume» (en checo), *Poliklinik der tschechischen Universität*, Praga.
Tissié, P. (1896) «Les rêves; rêves pathogènes et thérapeutiques; rêves photographiés», *J. méd. Bordeaux*, **36**, págs. 293, 308 y 320.
Titchener, E. B. (1895) «Taste Dreams», *Amer. J. Psychol.*, **6**, pág. 505.
Tonnini, S. (1887) «Suggestione e sogni», *Arch. psichiatr. antrop. crim.*, **8**, pág. 264.
* Tonsor, J. H. (1627) *Disp. de vigilia, somno et somniis, prop. Lucas*, Marburgo.
Tuke, D. H. (1892) «Dreaming», *Dict. of Psychol. Med.* (ed. por H. Tuke), Londres.
Ullrich, M. W. (1896) *Der Schlaf und das Traumleben, Geisteskraft und Geistesswäche*, 3ª ed., Berlín.
Unger, F. (1898) *Die Magie des Traumes als Unsterblichkeitsbeweiss. Nebst e. Vorwort: Okkultismus und Sozialismus von C. du Prel*, 2ª ed., Münster.
Vignoli, T. (1879) *Mito e scienza: Saggio*, Milán.
* Vischer, F. T. (1876) «Studien über den Traum», *Beilage allg. Z.*, pág. 105.
Vold, J. M. (1897) «Einige Experimente über Gesichtsbilder im Traume», *Bericht über d. 3. Psych. Kongr.*, Munich, y *Z. Psychol. Physiol. Sinnesorgane*, **13**, pág. 66.
* Vykoukal, F. V. (1898) *Über Träume und Traumdeutungen* (en checo), Praga.
Wedel, R. (1899) «Untersuchungen ausländischer Gelehrter über gew. Traumphänomene», *Beiträge zur Grenzwissenschaft*, pág. 24.
* Wehr, H. (1887) «Das Unbewusste im menschlichen Denken», *Programm der Oberrealschule*, Klagenfurt.
Weill, A. (1872) *Qu'est-ce que le rêve?*, París.
* Wendt, K. (1858) *Kriemhilds Traum* (tesis), Rostock.
Wilks, S. (1893-94) «On the Nature of Dreams», *Med. Mag.*, Londres, **2**, pág. 597.
Williams, H. S. (1891-92) «The Dream State and its Psychic Correlatives», *Amer. J. Insanity*, **48**, pág. 445.
Woodworth, R. S. (1897) «Note on the Rapidity of Dreams», *Psychol. Rev.*, **4**, pág. 524.
* (1886) «Ce qu'on peut rêver en cinq secondes», *Rev. sc.*, 3ª serie, **11**, pág. 572.
Zuccarelli (1894-95) «Polluzioni notturne ed epilepsia» *L'anomalo*, **1-3**.

Indice de sueños

A. *Soñados por Freud*

B. *Soñados por otras personas*

Los nombres o descripciones entre paréntesis corresponden al soñante y a quien informó sobre el sueño.

Indice de símbolos

Para lo simbolizado, véase «Símbolos» en el «Indice alfabético».

Indice alfabético

El presente índice incluye los nombres de autores no especializados, y también los de autores especializados cuando en el texto no se menciona una obra en particular. Para remisiones a obras especializadas, consúltense las «Bibliografías». Este índice, así como los de sueños y símbolos que le anteceden, fue preparado {para la *Standard Edition*} por la señora R. S. Partridge. {El de la presente versión castellana se confeccionó sobre la base de aquel.}

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en agosto de 1991.

Tirada de esta edición: 4.000 ejemplares.